

Alfonso de Lamartine

—◆◆◆—
La Revolución Francesa
(Historia de los Girondinos)

TOMO I

2
4

SG

6129

B.P. de Soria



61085106
D-2 12624

D-2
12624

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

TOMO I

2

209

A. DE LAMARTINE

La Revolución Francesa

== (HISTORIA ==
DE LOS GIRONDINOS)

== TRADUCCIÓN DE
F. CABAÑAS VENTURA

TOMO I



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97
1931



Derechos reservados.

ADVERTENCIA

No ponemos a este relato un preámbulo describiendo las épocas anteriores a la Revolución, porque nos proponemos hacer la historia de las Constituyentes, que será el preámbulo de la de los girondinos.

No hemos reproducido con la minuciosa escrupulosidad de un analista los numerosos detalles parlamentarios y militares de todos los acontecimientos de estos cuarenta meses, y, algunas veces, para agrupar los hombres y las cosas por masas, hemos invertido fechas muy relacionadas entre sí y sin importancia.

Escribimos después de haber hecho una escrupulosa investigación de los sucesos y de los caracteres, y aunque no hayamos documentado este relato con notas, citas, ni piezas justificativas, ni una sola de nuestras afirmaciones deja de estar autorizada por memorias auténticas, por algunas inéditas, por correspondencias autógrafas, que las familias de los principales personajes nos han dispensado la merced de confiarnos, o por noticias orales y fidedignas, recogidas de los últimos supervivientes de esta gran época.

Si, a pesar de esto, hemos incurrido en algunos errores de hecho o de apreciación, estamos dispuestos a reconocerlos y rectificarlos en las ediciones sucesivas, si las pruebas que tengan a bien comunicarnos lo merecen; pero no responde-

remos una por una las negativas o contradicciones que este libro pueda suscitar, porque esto sólo serviría para sostener una correspondencia enojosa en los diarios. Sin embargo, tomaremos nota de todas las observaciones que se nos hagan y responderemos a ellas en conjunto con nuestras pruebas y textos, cuando haya transcurrido algún tiempo. No buscamos más que la verdad, y nos avergonzaríamos de servirnos de la historia para calumniar a los muertos.

En cuanto al título del libro, sólo le hemos dado el que lleva, a falta de otro que designase bien la obra, que, no teniendo las pretensiones de historia, no debe afectar la solemnidad de ella. Es un término medio entre la historia y las memorias y en ella ocupan menos lugar los hechos que los hombres y las ideas. Los detalles íntimos abundan, porque éstos son la fisonomía de los caracteres, y por ellos se graban en la imaginación.

Escritores muy afamados han escrito ya los fastos de esta época memorable; otros los escribirán bien pronto, y no se nos trataría con justicia si se nos comparara a ellos, que han trazado la historia de un siglo, mientras nosotros sólo estudiamos un grupo de hombres y algunos meses de la Revolución.

París, 1.º de marzo de 1847.



LA REVOLUCIÓN FRANCESA

(HISTORIA DE LOS GIRONDINOS)

LIBRO PRIMERO

Preámbulo.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situación de la Asamblea nacional en 1791.—Aparición de la idea democrática.—La revolución desde su punto de partida.—Los partidos.—Principales jefes.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont-Tonnerre, el abate Maury, Cazalés, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Pethión.—Sociedades populares.—Retrato de Lafayette.—Apreciaciones.

I

Mi propósito es escribir la historia de algunos hombres, que, destinados por la Providencia a desenvolverse en medio del torbellino del drama más grande de los modernos tiempos, son la síntesis de las ideas, de las pasiones, de los vicios y de las virtudes de la época en que vivieron. Su manera de ser y su política constituyen, hasta cierto punto, el nudo de la Revolución francesa, hasta que sucumben al mismo golpe descargado sobre los destinos de su patria.

Esta historia, en la que sólo se habla de sangre y de lágrimas, es un fecundo manantial de lecciones para los pueblos. Jamás han ocurrido, en tan reducido espacio de tiempo, sucesos tan trágicos y tan numerosos; jamás se desarrolló tan rápidamente la correlación misteriosa que entre los hechos y sus consecuencias existe; jamás las debilidades humanas condujeron más pronto a los errores, los errores a los crímenes, y éstos al castigo. Nunca se ha revelado con tanta evidencia la justicia remuneratoria, que Dios ha puesto en los mismos actos del hom-

bre como conciencia más sagrada que la fatalidad en que creían los antiguos; nunca la ley moral se testimonió a sí misma de una manera más brillante, ni se vengó con mayor impiedad. De suerte, que el simple relato de los sucesos desarrollados durante estos dos años es el más luminoso comentario de toda gran revolución, y la sangre derramada a raudales no sólo impone terror y piedad, sino que alecciona y ejemplariza. Este es el móvil que me impulsa a contarla.

La imparcialidad de la historia no es la del espejo, que no hace más que reproducir los objetos, sino la del juez que ve, que escucha y que falla. Los anales no son la historia; ésta necesita una conciencia, porque, después, es la del género humano. La historia, como la entendían los antiguos, y como yo deseo escribirla, confiando en la ayuda de Dios, para dejar un fragmento de ella a mi patria, es la narración de los sucesos vivificada por la imaginación y juzgada con prudencia.

II

Mirabeau acababa de morir. El pueblo se agrupaba instintivamente en torno de la casa de su tribuno, como pidiendo todavía inspiraciones a su ataúd; pero Mirabeau, aunque viviera, no podría sugerirlas. El fulgor de su genio se había extinguido ante el de la Revolución; el mismo carro que él había lanzado, lo había arrastrado inevitablemente al precipicio, y en vano se asía él luego a la tribuna. Las últimas memorias que dirigió al rey y que el armario de hierro

nos ha entregado revelando el secreto de su venalidad, son la prueba de que había perdido el vigor de su inteligencia. Voluble, incoherente y casi pueril en sus consejos, tan pronto pretende contener la Revolución con un grano de arena, como hace depender la salvación de la monarquía de una proclama de la corona y de una ceremonia real encaminada a popularizar al rey; intenta comprar los aplausos de las tribunas, porque cree que se le venderá la nación con ellos. La pequeñez de los medios de salvación forma contraste con la inmensidad siempre creciente de los peligros. Sus ideas están completamente desordenadas; se advierte que las pasiones que ha excitado le sujetan las manos, y que, no pudiendo ya dirigir las, las traiciona, pero sin poder perderlas. Este gran agitador se convierte en un cortesano asustadizo que se refugia bajo el trono, y que, tartamudeando aún las palabras terribles de nación y libertad, que están en su papel, ha dado ya albergue en su alma a toda la vanidad y a toda la pequeñez de los pensamientos cortesanos. ¡El genio inspira lástima cuando se ve obligado a luchar con lo imposible! Mirabeau era el hombre más fuerte de su época; pero el más grande de los hombres luchando contra un elemento enfurecido, tiene todo el aspecto de un loco. Sólo hay majestad en la caída, cuando se cae con su virtud.

Dicen los poetas que las nubes adquieren las formas de los países que han atravesado, y, cerniéndose sobre los valles, las llanuras o los montes, conservan la impresión que reciben y ascienden con ella a los cielos. Tal es la imagen de algunos hombres, cuyo genio colectivo se modela, en cierto modo, sobre su época y encarna en sí mismo toda la individualidad de una nación. Mirabeau, que no inventó la Revolución, aunque la reveló, era uno de estos hombres; sin él quizá la Revolución no habría pasado del estado de idea y de tendencia. Nació, y tomó de él la forma, la pasión y el lenguaje, que hacen prorrumper a la multitud, cuando presencia una aparición: «Ahí está.»

Mirabeau había nacido noble; era de una familia antigua refugiada en la Provenza, pero originaria de Italia, y en su

principio de Toscana. Esta familia había sido arrojada de su seno por Florencia cuando las tormentas de su libertad, y por cuyo destierro y persecución recrimina Dante duramente, aunque en verso, a su patria. La sangre de Maquiavelo y el genio turbulento de las repúblicas italianas los llevaban dentro de sí todos los individuos de esta raza; las proporciones de sus almas son superiores a su destino; vicios, pasiones y virtudes, todo es extremado en ellos. Las mujeres son ángeles o demonios; los hombres, sublimes o depravados; hasta el mismo idioma es allí vibrante o grandioso como los caracteres. En su correspondencia más familiar se advierten el colorido y la vibración de las lenguas heroicas de Italia: los ascendientes de Mirabeau hablaban de sus asuntos domésticos como Plutarco de las reyertas de Mario y de Sila, de César y de Pompeyo; hay grandes hombres, fuera de su centro, en pequeñas cosas: Mirabeau había respirado esta majestad y esta energía doméstica desde la cuna. Insisto en estos detalles, porque, aunque parecen extraños a mi objeto, lo explican; la fuente del genio está muchas veces en la raza, y la familia es, en ocasiones, la profecía del destino.

III

Mirabeau fué severa y friamente educado, como fría y severa fué la mano de su padre, a quien daban el título de «el amigo de los hombres», pero cuyo espíritu inquieto y egósta vanidad lo convirtieron en perseguidor de su esposa y en tirano de sus hijos. Por toda virtud, se le enseñó el honor. Así es que se llamaba entonces, a ésta, virtud de probidad y la elegancia del vicio. Ingresó, siendo muy joven, en el servicio, y no tomó de las costumbres militares más que la afición al libertinaje y al juego. La mano de su padre le alcanzaba en todas partes no para remediarlo en sus apuros, sino para abrumarlo más bajo las consecuencias de sus faltas; pasó su juventud en las prisiones de Estado, y la soledad envenenó sus pasiones; su genio se aguzó contra los hierros de sus calabozos; su alma perdió allí el pudor,

que sobrevive rara vez a la infamia de estos castigos precoces. Sacado de la prisión para pretender, con consentimiento de su padre, la mano de la señorita de Marignán, rica heredera de una de las mejores casas de Provenza, se ejercitó en la astucia y en la audacia de la política en el pequeño teatro de Aix, poniendo en juego, para conseguir su propósito, todos los recursos de su naturaleza; apenas casado, vuelve a ser perseguido y se abre para él la fortaleza de Pontarlier, cuyas puertas le franquea un amor, que *Las cartas a Sofía* harán inmortal. Roba a su anciano esposo a la señora de Monier, y los amantes se refugian durante algunos meses en Holanda, donde son alcanzados y separados; a ella se la encierra en un convento y a él en el torreón de Vincennes. El amor, que como el fuego en las entrañas de la tierra, se descubre siempre en algún pliegue del destino de los grandes hombres, encendió en un solo y ardiente hogar todas las pasiones de Mirabeau. En la venganza satisface al amor ultrajado, en la libertad se une al amor y lo liberta, y en el estudio, ilustra también al amor. Entra hombre obscuro en su calabozo y sale de él convertido en escritor, orador y hombre de Estado; pero pervertido y dispuesto a todo, incluso a venderse, si esto puede proporcionarle fortuna y fama.

Él concibe el drama de la vida, pero le falta escenario para representarlo y el tiempo se lo proporciona. En el transcurso de los pocos años que pasan desde su salida de Vincennes hasta que llega a la tribuna de la Asamblea nacional, reúne trabajos polémicos que a cualquiera otro hubieran cansado, y que a él no hacen más que inquietarle. El banco de San Carlos, las instituciones de Holanda, la obra sobre Prusia, el pugilato con Beaumarchais, su estilo y su papel, los grandes informes acerca de cuestiones de guerra, de balanza europea y de hacienda, sus mordaces invectivas, sus polémicas con los ministros o con los hombres populares de la época, participan ya del foro romano en los tiempos de Clodio y de Cicerón; se ve el hombre antiguo en controversias por completo modernas; se cree oír el rugido de los tumultos populares, próximos a estallar

y que su voz está destinada a dominar. Rechazado y despreciado por la nobleza en las primeras elecciones de Aix, se precipita en el pueblo, con la seguridad de inclinar la balanza dondequiera que ponga el peso de su audacia y de su genio; Marsella disputa a Aix el gran plebeyo. Toda Francia se ocupa en sus dos elecciones, en los discursos que pronuncia, en las representaciones que redacta, y en la energía que despliega. Sus palabras retumbantes se convierten en proverbios de la Revolución. Comparándose en frases altisonantes con los hombres de la antigüedad, se pone a sí mismo en la imaginación del pueblo a la altura de los papeles que recuerda, y las gentes se acostumbran a confundirlo con los héroes que cita; promueve gran ruido para disponer los ánimos a las grandes conmociones, y se anuncia arrogantemente a la nación en este apóstrofe sublime de la proclama que dirigió a los marseleses. «¡Cuando expiró el último de los Gracos, arrojó un puñado de tierra hacia el cielo, y de esta tierra fué formado Mario! Mario, que fué menos grande por exterminar a los cimbros, que por abatir en Roma la aristocracia de la nobleza.»

Al entrar en la Asamblea nacional, la ocupó toda, porque en ella el pueblo entero era él. Sus gestos son órdenes, sus mociones golpes de Estado; se elevó al nivel del trono, y la nobleza fué vencida por esta fuerza emanada de su seno; el clero, que es pueblo también y aspira a introducir nuevamente la democracia en la Iglesia, le prestó apoyo para derribar la aristocracia de la nobleza y la de los obispos. Todo cuanto la labor constante de muchos siglos cimentó y construyó, fué derruido en pocos meses, y Mirabeau quedó solo en medio de los escambros; pone término a su papel de tribuno para empezar el de hombre de Estado, en el que fué todavía más grande que en el primero. En las cuestiones en que los demás caminan a ciegas, él ve el punto luminoso y marcha derecho a él. En su cabeza la Revolución no es una cólera, sino un plan; de sus labios brota la fillosofía del siglo XVIII, moderada por la prudencia del político; su elocuencia es imperiosa como la ley, consiste únicamente

te en el talento de aprisionar la razón. Su verbo todo lo vivifica e ilustra, y casi sólo desde entonces, tiene el valor de permanecer solo. Arrostra y desafía la envidia, el odio y las murmuraciones; apoyado en el sentimiento de su superioridad, se desprende desdeñosamente de las pasiones que le habían acompañado hasta aquel momento y las desprecia porque ya no las necesita, y habla a las gentes en nombre de su genio, sabiendo que este título le basta para ser obedecido; el asentimiento que en las almas encuentra la verdad constituye su poder, y, si es rechazada, le devuelve la fuerza; se eleva entre todos los partidos y sobre todos ellos; como domina a todos, todos lo detestan, pero ni uno solo deja de hacerle la corte porque puede perderlos o servirlos; él, sin embargo, no se entrega a ninguno; pero negocia con todos, estableciendo sobre el elemento tumultuoso de esta asamblea las bases de la constitución reformada: legislación, hacienda, diplomacia, guerra, religión, economía política, equilibrio de poderes, todo lo abarca su inteligencia poderosa, y resuelve todas las cuestiones, más que como utopista, como político; su solución es siempre el medio preciso entre lo ideal y lo práctico; pone la razón al alcance de las costumbres, y relaciona las instituciones con los hábitos. Desea el trono para apoyar la democracia, la libertad en las cámaras, y la voluntad de la nación única e irresistible en el gobierno. En el carácter de su genio tan definido como desconocido, hay más rectitud que audacia; tiene bajo la majestad de la expresión la infalibilidad del buen sentido, y ni aun sus vicios prevalecen sobre la claridad y sinceridad de su inteligencia: junto a la tribuna es un hombre impúdico y sin honor, y en ella es un hombre virtuoso. Entregado a sus desórdenes privados, deseando comprarle las potencias extranjeras y vendido a la corte para poder satisfacer sus enormes gastos, mantiene en este tráfico vergonzoso la incorruptibilidad de su genio. La honradez fué la única fuerza que le faltó para dominar su siglo. El pueblo no es una religión para él, sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fe la posteridad, su conciencia

no está en su espíritu, el fanatismo de su idea es completamente humano, el frío materialismo de su siglo quita a su alma el móvil, la fuerza y el fin de las cosas perdurables. Muere diciendo: «Perfumadme y coronadme de flores para dormir eternamente». Todo en él es transitorio, y no imprime a su obra nada de infinito, pues no consagra su carácter, ni sus actos, ni sus pensamientos con un signo inmortal. Si hubiera creído en Dios, acaso habría sido mártir; pero hubiera dejado tras sí la religión de la razón y el imperio de la democracia. En resumen, Mirabeau fué la razón de un pueblo; pero no llegó a ser la fe de la humanidad.

IV

Los secretos sentimientos que inspiró la muerte de Mirabeau a los diversos partidos quedaron ocultos bajo un velo de luto universal, con magníficas apariencias, tributando exequias reales a un ciudadano. Pero, mientras las campanas lanzaban al aire su clamor fúnebre, el cañón atronaba el espacio, lanzando de minuto en minuto un estampido, se celebraba una ceremonia presenciada por más de doscientos mil espectadores, y el panteón adonde se le conducía no se juzgaba digno monumento para encerrar tales cenizas, ¿qué ocurría en el fondo de los corazones?

El rey, que había puesto precio a la elocuencia de Mirabeau, y la reina, con quien había conferenciado secretamente más de una vez, lo echaban quizá de menos como el último instrumento de su salvación; pero, como les inspiraba menos confianza que terror, la humillación del socorro pedido por la corona a un súbdito, se sentía algo aliviada, al ver que este poder destructor caía por sí mismo antes que el trono. La corte consideraba la muerte como vengadora de las afrentas que el finado le había obligado a sufrir; la aristocracia, irritada, deseaba su caída más que sus servicios, y para la nobleza sólo era un apóstata de su orden, la última vergüenza para ella fué verse ensalzada un día por quien tanto la había humillado. A la Asamblea nacional había llegado a cansarle su superioridad; el duque de Orleans cono-

cía que el verbo de este hombre podía despertar y anonadar prematuras ambiciones. Lafayette, el héroe de la clase media, temía al orador del pueblo; al dictador de la ciudad y al dictador de la tribuna debían separarles celos secretos.

Mirabeau, que jamás había atacado a Lafayette en sus discursos, deslizaba muchas veces en la conversación respecto de su rival palabras que por sí mismas se imprimen al ser pronunciadas. Faltando Mirabeau, parecía más grande Lafayette, y esto mismo ocurría a todos los oradores de la Asamblea; allí no tenía rival, sino muchos envidiosos. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio; su democracia tenía un origen muy elevado, y no participaba de ese sentimiento de ambición y de odio que agita las pasiones viles, y que considera el bien hecho al pueblo como un insulto inferido a la nobleza: sus sentimientos populares no eran, en cierto modo, más que una especie de liberalidad de su genio. Los magníficos desahogos de su gran alma distaban mucho de parecerse a las mezuquinas irritaciones de los demagogos; al conquistar los derechos del pueblo, parecía que era él quien se los otorgaba; era un voluntario de la democracia; por su papel y por su actitud, recordaba mucho a los demócratas afiliados en pos de él, que desde los Gracos hasta él mismo, los tribunos más poderosos para servir al pueblo habían salido de los patricios. Su talento privilegiado, por la filosofía del pensamiento y por la expresión, era otra especie de aristocracia no menos imperdonable. La naturaleza le había hecho el primero: la muerte abría el campo al derredor de su tumba a todos los segundos, que iban a disputarse un puesto para el que ninguno era apto. Las lágrimas que derramaban sobre su tumba eran fingidas; sólo el pueblo lo lloraba sinceramente, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser celoso, y porque, lejos de reprochar a Mirabeau su nacimiento, apreciaba su nobleza como un despojo conquistado a la aristocracia. Además, la nación intranquila, que veía sucumbir, una en pos de otra, todas sus instituciones, y que temía un trastorno general, conocía instintivamente que el genio de un

gran hombre era la última fuerza que le quedaba. Extinguido este genio, sólo veía sombras y precipicios bajo las gradas del trono. Los únicos que revelaban claramente su satisfacción eran los jacobinos, porque aquel solo hombre era suficiente para contrabalancearlos.

La Asamblea nacional reanudó sus sesiones el 6 de abril de 1791. El asiento vacío de Mirabeau demostraba a todos la imposibilidad de reemplazarlo. La consternación reflejábese en la frente de los espectadores de las tribunas; en la amplia sala reinaba el silencio, y Talleyrand anunció a la Asamblea un discurso póstumo de Mirabeau; aun después de su muerte se quiso oírle. El débil eco de aquella voz parecía volver a su patria desde el fondo de las bóvedas del panteón. La lectura entristeció a todos; la impaciencia y la ansiedad dominaban los ánimos; los partidos ansiaban batirse sin contrapeso, y era inminente el momento de venir a las manos: el árbitro que los refrenaba había dejado de existir.

V

Antes de describir el estado en que se encontraban estos partidos, examinemos rápidamente el punto de partida de la Revolución, el camino que había recorrido, y los principales jefes que iban a pretender dirigirla en el que le faltaba recorrer. No hacía dos años aún que la opinión había abierto la brecha contra la monarquía, y ya había obtenido inmensos resultados. La debilidad y el vértigo del gobierno le había movido a convocar la asamblea de los Notables. La opinión pública había obligado al poder a convocar los Estados Generales reunidos; la nación había conocido su omnipotencia; de este sentimiento a la insurrección legal no había más que una palabra, y Mirabeau la había pronunciado. La Asamblea nacional se había puesto frente al trono, y en lugar más alto que él. La pródiga popularidad de Necker había agotado sus concesiones y se desvaneció tan pronto como no tuvo más despojos de la monarquía para arrojar al pueblo. Ministro de una monarquía en retirada, había sido derrotado: su último paso lo llevó fuera del reino; el rey, des-

armado, había quedado en rehenes del antiguo régimen, en manos de la nación. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, único acto metafísico de la Revolución hasta aquel momento, le había dado una significación social y universal. Esta declaración había sido objeto de burlas; contenía algunos errores, y confundía en los términos el estado de la naturaleza y el de la sociedad; pero, realmente, era un nuevo dogma.

VI

En la naturaleza hay objetos confusos, cuya forma sólo puede distinguirse bien alejándose de ellos; la proximidad es, como la distancia, lo que impide ver, y lo mismo ocurre con los grandes acontecimientos. La mano de Dios se manifiesta en las cosas humanas, pero esta misma mano proyecta una sombra que nos oculta lo que hace. Lo que entonces se podía prever de la revolución francesa, revelaba lo que hay de más grande en el mundo: la aparición de una idea nueva en el género humano, la idea democrática, y después el gobierno democrático. Esta idea era una consecuencia del cristianismo, que, habiendo encontrado a los hombres sujetos y degradados sobre toda la tierra, se impuso, a la caída del Imperio romano, como una venganza, bajo la forma de la resignación. Había proclamado las tres palabras, que repetidos mil años después la filosofía francesa: libertad, igualdad, fraternidad entre los hombres; pero este dogma había permanecido oculto durante algún tiempo en el fondo del alma de los cristianos. Demasiado débil al principio para atacar a las leyes civiles, había dicho a los poderosos: «Todavía os dejo durante algún tiempo el mundo político, y me confino en el mundo moral. Continúa, si podéis, encadenando, clasificando, sujetando y profanando los pueblos: yo voy a emancipar las almas. Quizá necesitaré dos mil años para renovar los espíritus antes de hacer brotar las instituciones; pero llegará el día en que mi doctrina se escapará del templo para entrar en el consejo de los pueblos. Cuando ese día llegue, se renovará el orden social.»

Y este día llegó, preparado por un siglo de filosofía, escéptica en apariencia y creyente en realidad. El escepticismo del siglo XVIII no afectaba más que a las formas exteriores y a los dogmas sobrenaturales del cristianismo; pero adoptaba de él apasionadamente la moral y el sentido social. A lo que el cristianismo daba el nombre de revelación, la filosofía llamaba razón; las palabras eran distintas, pero el sentido era el mismo. La emancipación de los individuos, de las castas y de los pueblos, se derivaban de él igualmente. La diferencia consistía en que el mundo antiguo se había emancipado con el nombre de Cristo, y el moderno se emancipaba invocando los derechos que toda criatura ha recibido del Creador; pero ambos hacían proceder esta emancipación de Dios o de la Naturaleza. La filosofía política de la Revolución no pudo inventar una palabra más verdadera, más completa ni más divina que el cristianismo para revelarse a Europa, y adoptó el dogma y la palabra *Fraternidad*. Y si la Revolución francesa combatía la forma exterior de la religión dominante, era porque esta religión se había incrustado en los gobiernos monárquicos, teocráticos o aristocráticos que se pretendía destruir. Así se explica la aparente contradicción que se advierte en el espíritu del siglo XVIII, que tomándolo todo del cristianismo en política, renegaba de él despojándolo. Había en esto una violenta repulsión y una atracción violenta entre las dos doctrinas, al mismo tiempo; se reconocían una a otra combatiéndose, y aspiraban a reconocerse de un modo más completo cuando cesara la lucha por el triunfo de la libertad.

Tres cosas, pues, tenían por indudables los hombres reflexivos en el mes de abril de 1791. La primera, que el movimiento revolucionario principiado, iría de consecuencia en consecuencia hasta la restauración absoluta de todos los derechos que sufrían en la humanidad, desde los de los pueblos ante sus gobiernos, hasta los del ciudadano ante las castas, y del proletario ante el ciudadano, y que combatiría la tiranía, el privilegio, la desigualdad y el egoísmo, no sólo en el trono, sino en la ley civil, en la admi-

nistración, en la distribución legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en el estado de la familia, y en todas las relaciones del hombre con el hombre y del hombre con la mujer. La segunda, que el movimiento filosófico y social de la democracia, buscaría su forma natural en una forma de gobierno análoga a su principio y a su modo de ser, es decir, en una forma que expresara la soberanía del pueblo: república con uno o muchos jefes. Y, por último, la tercera, que la emancipación social y política implicaría una emancipación intelectual y religiosa del espíritu humano; que a la libertad de pensar, de hablar y de obrar no opondría la libertad de creer; que la idea de Dios recluida en los santuarios, saldría de ellos para iluminar todas las conciencias libres con la luz de la misma libertad, y que esta luz, revelación para unos y razón para otros, haría que brillasen con más esplendor sobre la tierra la verdad y la justicia que dimanaban de Dios.

VII

Lo mismo que Dios, el pensamiento humano hace el mundo a su imagen.

Un siglo de filosofía había renovado el pensamiento y tenía que transformar el orden social.

La revolución francesa no era, pues, en el fondo, otra cosa que un espiritualismo sublime y apasionado; tenía un ideal divino y universal y, por eso, entusiasmaba más allá de las fronteras de Francia; los que la limitan la mutilan. Era el advenimiento de tres soberanías morales.

La soberanía del derecho sobre la fuerza.

La soberanía de la inteligencia sobre las preocupaciones.

La soberanía del derecho sobre los gobiernos.

Revolución en los derechos: la igualdad.

Revolución en las ideas: el raciocinio en substitución de la autoridad.

Revolución en los hechos: el reinado del pueblo. Un evangelio de los derechos sociales, un evangelio de los deberes, un código de la humanidad de la que Fran-

cia se declaraba apóstol. En esta lucha de ideas, Francia encontraba aliados en todas partes, hasta en los tronos.

VIII

En la historia de la humanidad hay épocas en que el árbol de la raza humana pierde las ramas secas, y en que las instituciones caducas se doblegan sobre sí mismas para dejar paso a otra savia y a otras instituciones que renueven los pueblos y rejuvenezcan las ideas. En lo antiguo ocurrieron muchas de estas transformaciones, cuyos vestigios se conservan en los monumentos y en la historia. Cada una de estas catástrofes de ideas arrastra consigo en su caída un mundo antiguo, y da su nombre a una civilización nueva. Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma, han presenciado estas catástrofes y estos renacimientos. Las ha presenciado Occidente cuando la teocracia drúidica fué substituída por los dioses y por el gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio renacieron rápida y casi instintivamente por sí mismos cuando, cansados y avergonzados del politeísmo, se levantaron a la voz de Constantino contra sus dioses, y arrasaron con viento furioso los templos, las ideas y los cultos sostenidos aún por el populacho; pero abandonados ya por los espíritus superiores. La civilización de Constantino y de Carlomagno envejecieron también, y las creencias que desde hace diez y ocho siglos conducían a los altares y a los tronos, se iban debilitando y amenazaban al mundo religioso y al mundo político con un desmoronamiento que raras veces deja el poder enhiesto cuando la fe vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo; la política se había modelado a imagen de la Iglesia; su autoridad estaba fundada en un misterio; el derecho lo había recibido de arriba, y el poder y la fe eran reputados igualmente divinos. Como la obediencia de los pueblos era sagrada, el examen era una blasfemia, y la servidumbre se conceptuaba virtud. El espíritu filosófico, que tres siglos antes se había sublevado en silencio contra una doctrina que desmentían constantemente los escándalos, las tiranías y los crí-

menes de los poderes civil y religioso, no quiso reconocer a éstos título divino, porque negaban la razón y avasallaban a los pueblos. Mientras el catolicismo fué la única doctrina legal en Europa, estos sordos trastornos del espíritu no convinieron a los Estados, y los príncipes los castigaron severamente. Los calabozos, los suplicios, las inquisiciones y las hogueras habían intimidado al raciocinio; pero el doble dogma en que reposaban ambos gobiernos se mantenía en pie.

La imprenta, explosión constante del pensamiento humano, fué para los pueblos como una segunda revelación. Empleada al principio exclusivamente por la Iglesia para vulgarizar las ideas dominantes, no tardó en combatirlos. Los dogmas del poder temporal y del poder espiritual, batidos sin cesar por estos arroyos de luz, se conmovieron pronto en los ánimos, y poco después en las cosas. «Gutenberg», sin pretenderlo, había sido el maquinista de un nuevo mundo: al inventar el medio de difundir las ideas, aseguró la independencia de la razón. Cada letra del alfabeto que salía de sus dedos contenía en sí más fuerza destructora que los ejércitos de los reyes y que los rayos de los pontífices. Armaba a la inteligencia con la palabra; dos fuerzas dueñas del hombre que debían adueñarse, muy pronto, de la humanidad. Una invención material había creado el mundo espiritual que había crecido en un momento; de allí salió la reforma religiosa.

El imperio del cristianismo católico se desmembró. Suiza, parte de Alemania, Holanda, Inglaterra y provincias enteras de Francia, desacataron la autoridad religiosa aceptando la doctrina del libre examen. Siendo la autoridad divina impugnada y discutida en el catolicismo, la autoridad del trono quedaba a merced de los pueblos. La filosofía, más poderosa que la sedición, se acercaba a ella cada vez con menos respeto y menos temor. La historia pudo consignar en sus páginas las debilidades y los crímenes de los reyes. Los publicistas se atrevieron a comentarla, y los pueblos a deducir consecuencias: las instituciones sociales fueron pesadas en la balanza de su utili-

dad real para la humanidad. Los ánimos más piadosos hablaron de deberes a los soberanos y de derechos a los pueblos. Los atrevidos y santos apóstrofes del cristianismo resonaron hasta en la cátedra sagrada, en presencia de Luis XIV. Bossuet, genio sacerdotal de la antigua sinagoga, aduló orgullosamente a Luis XIV al mismo tiempo que hacía aquellas advertencias austeras que consuelan a los pueblos de su abatimiento. Fenelón, genio evangélico y tierno de la nueva ley, escribió sus *Instrucciones a los Príncipes* y su *Telémaco* en el palacio de un rey y en el gabinete del heredero del trono. La filosofía política del cristianismo, esta insurrección de la justicia en favor de los oprimidos, se deslizó de sus labios entre Luis XIV y el oído de su nieto: Fenelón educaba toda una revolución educando al duque de Borgoña; el rey lo advirtió demasiado tarde y desterró la seducción divina de su palacio; pero la política revolucionaria había nacido ya en él; los pueblos la leían en las páginas del sabio arzobispo; Versalles debía ser, gracias a Luis XIV y a Fenelón, palacio del despotismo y cuna de la Revolución, al mismo tiempo. Montesquieu había sondeado las instituciones y analizado las leyes de todos los pueblos; clasificando los gobiernos los había comparado, y, al compararlos, los juzgó. Este juicio ponía de manifiesto en todas sus páginas el derecho y la fuerza, el privilegio y la igualdad, la tiranía y la libertad.

Juan Jacobo Rousseau, menos hábil, pero más elocuente, no estudió la política en las leyes, pero la estudió en la naturaleza. Alma libre, pero oprimida y paciente, con la generosa sublevación de su corazón sublevó todos los corazones ultrajados por la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Era ésta la revolución de las ideas contra la realidad. Fué el tribuno de la naturaleza, el Graco de los filósofos: no hizo la historia de las instituciones sino el sueño; pero este sueño era sugerido por el cielo y J. J. Rousseau se remontaba a él. Se conocía el designio de Dios y el calor de su amor; pero no se distinguían bien los achaques de los hombres. Era la autopsia de los gobiernos, y por eso precisamente Juan Jacobo seducía más. Para entu-

siasmar a los pueblos se necesita mezclar la ilusión con la verdad; la realidad por sí sola es extremadamente fría para fanatizar el espíritu humano, pues no se apasiona sino por cosas sobrenaturales: es el ideal, el atractivo y la fuerza de las religiones que aspiran siempre a colocarse a mayor altura que la que alcanzan, es lo que produce el fanatismo, el delirio de la virtud. Rousseau era el ideal de la política, como Fenelón fué el ideal del cristianismo.

Voltaire fué un genio crítico, la negación sarcástica que marchita todo lo que derriba. Hizo reír al género humano de sí mismo, y lo abatió para levantarlo; le mostró todas las preocupaciones, todos los errores, todas las iniquidades y todos los crímenes de la ignorancia, y le indujo a la seducción contra las ideas consagradas, no por medio del ideal, sino por el del desprecio. El destino le hizo vivir ochenta años para que tuviera tiempo de descomponer lentamente el viejo siglo, y, luchando en defensa de la vida, consiguió caer vencedor. Sus discípulos ocupaban las cortes, las academias y los salones; los de Rousseau se agriaban y soñaban más abajo en la esfera inferior de la sociedad. Uno fué abogado, dichoso y elegante, de la aristocracia, y otro consolador secreto y amado vengador de la democracia; su libro era el libro de los oprimidos y de las almas sensibles. El mismo Rousseau, al verse desgraciado y religioso, hizo a Dios protector del pueblo, y sus doctrinas santificaban el espíritu rebelando el corazón; su acento era el de la venganza, al mismo tiempo que el de la piedad: el pueblo de Voltaire podía derribar los altares, el de Rousseau podía edificarlos de nuevo. El uno podía pasar sin virtud y acomodarse a los tronos, el otro necesitaba un Dios y sólo podía fundar repúblicas.

Sus numerosos discípulos continuaban su obra, disponiendo de todos los órganos del pensamiento público; desde la geometría a la sagrada cátedra, la filosofía del siglo XVIII lo invadía o alteraba todo; D'Alembert, Diderot, Raynal, Bufón, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, Saint-Lambert y La Harpe, eran la iglesia del nuevo siglo, y todos ellos estaban animados por un

solo pensamiento, la renovación de las ideas humanas. Los números, la ciencia, la historia, la economía, la política, el teatro, la moral y la poesía, todo lo utilizaba la filosofía moderna para introducirse en las venas del tiempo, a cuyo fin había reclutado todos los genios, y hablaba por todas las lenguas. El destino o la Providencia determinaron que este siglo, casi estéril en otros conceptos, fuera el siglo de Francia. Desde el fin del reinado de Luis XIV hasta principios del de Luis XV, la naturaleza prodigó los hombres. El brillo continuado por tan grandes genios, desde Corneille a Voltaire, desde Bossuet a Rousseau, y desde Fenelón a Bernardino de Saint-Pierre, acostumbra a los pueblos a mirar a Francia. El templo de las ideas del mundo enviaba desde allí su deslumbradora claridad, repartiéndola por doquier; la autoridad moral del espíritu humano había dejado de estar en Roma. El ruido, la luz y la dirección salían de París, y toda Europa intelectual era francesa. Había, además, y habrá siempre en el genio francés, algo más poderoso que su poder y más brillante que su brillo, que es su calor y su deseo ardiente de comunicación: el atractivo que necesita y que inspira a Europa. El genio de la España de Carlos V es arrogante y aventurero; el de Alemania profundo y severo; el de Inglaterra hábil y orgulloso, y el de Francia apasionado, y en esto reside su fuerza. Fácil a la seducción, seduce fácilmente a los pueblos: las otras grandes individualidades del mundo de las naciones no tienen más que su genio; Francia tiene, además, su corazón, y lo prodiga en sus pensamientos, en sus escritos y en sus actos nacionales. Cuando la Providencia desea abrasar el mundo con una idea, la enciende en el alma de un francés. El carácter comunicativo, que constituye la idiosincrasia de esta raza, la atracción francesa, no alterada aún por la ambición de la conquista, era a la sazón el signo precursor del siglo. A juzgar por las apariencias, un instinto providencial reconcentraba toda la atención de Europa en este solo punto del horizonte, como si de él sólo pudiera recibir el movimiento y la luz; el único punto verdaderamente sonoro del conti-

nente era París, las cosas más pequeñas promovían allí gran ruido; la literatura era el vehículo de la influencia francesa; la monarquía intelectual tenía sus libros, sus teatros y sus escritos antes de que tuviera sus héroes. La inteligencia la había conquistado con el auxilio de la imprenta que fué su ejército.

IX

A la muerte de Mirabeau quedó la nación dividida en los siguientes partidos: en la Asamblea nacional, la corte y los jacobinos: en la Asamblea la derecha y la izquierda, y entre estos dos partidos extremos, uno fanático por las innovaciones, y el otro fanático por la resistencia, un partido intermedio formado por los hombres de bien y pacíficos de los otros dos: su fe afeminada e indecisa entre la revolución y la conservación, hubiera deseado que la primera conquistase pacíficamente, y la segunda concediera sin enojos; eran los filósofos de la revolución; pero aquél no era el tiempo de la filosofía, sino el de la victoria. Las ideas necesitaban combatientes y no jueces, y abrumaban a sus defensores haciendo que luchasen entre sí. Antes de que demos a conocer sus obras, presentemos a los principales jefes de estos partidos.

Luis XVI tenía entonces treinta y siete años; su fisonomía era la de su raza, algo calmosa, a causa de la sangre alemana de su madre, princesa de la casa de Sajonia; bellos ojos azules, muy rasgados y más puros que brillantes; frente redonda, inclinada hacia atrás; nariz romana, pero cuyo extremo carnoso y grueso, alteraba un tanto la energía de la forma aguileña; boca risueña y de expresión graciosa; labios gruesos, pero bien cortados; cutis fino; buena y coloreada encarnación, aunque algo caída; poca estatura, cuerpo grueso; actitud tímida y paso inseguro; cuando se detenía, balanceaba con cierta inquietud el cuerpo, inclinándose constantemente sobre una u otra cadera; ya porque la impaciencia que de ordinario se apodera de los príncipes obligados a dar largas audiencias le hubiera hecho contraer la costumbre de moverse de este modo, ya

porque fuese ésta la señal física de la constante irresolución de un ánimo indeciso. Advertíase en toda su persona una expresión de bondad más vulgar que real, que al primer golpe de vista tanto movía a risa como a respeto, y cuya circunstancia aprovechaban los enemigos con impía perversidad para mostrar al pueblo en la fisonomía del príncipe el símbolo de los vicios que pretendían inmolarse en la majestad: su conjunto tenía cierta semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. Luis XVI, en fin, era la dulzura de Antonio encarnada en la maciza obesidad de Vitelio.

X

Este joven príncipe había sido educado lejos de la corte de Luis XV, y la atmósfera que había infectado todo su siglo no pudo contaminarle. En tanto que Luis XV hacía de su corte un lugar sospechoso, su nieto, a quien educaban en un rincón del palacio de Meudón profesores piadosos e ilustrados, crecía en medio del respeto de su rango, el terror del trono, y la veneración del pueblo que estaba llamado a gobernar. Parecía que el alma de Fenelón había atravesado dos generaciones de reyes en el palacio en que había educado al duque de Borgoña, para dirigir también la educación de su descendiente. Lo que se conservaba quizá más en Francia era lo que estaba más cerca del vicio coronado en el trono; si el siglo no hubiera estado tan prostituido como el rey, allí habría concentrado su amor; pero se había llegado al punto de corrupción en que la pureza se califica de ridícula, y en que el pudor es despreciado.

El joven príncipe contrajo matrimonio a los veinte años de edad, con una hija de María Teresa de Austria, y continuó hasta su advenimiento al trono la vida de recogimiento doméstico, de estudio y de aislamiento que hasta entonces había hecho; Europa dormitaba en una paz vergonzosa, y la guerra, que es el ejercicio de los príncipes, no podía habituarle al contacto de los hombres ni acostumarle al mando. Los campos de batalla,

teatro de estos grandes actores, no le habían expuesto a las miradas del pueblo: su único prestigio era su nacimiento, y el horror que inspiraba su abuelo le conquistó la popularidad; pero, durante algunos días, gozó de la estimación de su pueblo, aunque jamás obtuvo su favor. Probo e instruido, llamó a su lado la honradez y el talento personificado en Turgot; pero con el sentimiento filosófico de la necesidad de las reformas, al príncipe, aunque tenía el alma de reformador, le faltaba el genio y la audacia, lo mismo que a sus hombres de Estado, que suscitaban todas las cuestiones y no las resolvían, y acumulaban los tormentos y no sabían utilizarlos, de donde resultaba que al fin se volvían contra ellos. De Maurepas a Turgot; de Turgot a Calonne; de éste a Necker, y de Necker a Malesherbes, fluctuaba entre un hombre honrado y un intrigante, entre un filósofo y un banquero; el espíritu sistemático de charlatanería suplía mal al espíritu de gobierno. Dios, que tantos hombres bulliciosos dió a aquel reino, le negó un hombre de Estado: todo era promesas y decepción. La corte clamaba, la nación se impacientaba y las oscilaciones se hacían convulsivas: Asamblea de Notables, Estados Generales, Asamblea nacional, todo había fracasado entre las manos del rey; sus buenas intenciones promovieron una revolución más ardiente y más irritada que hubieran podido promoverla sus vicios; vió el soberano esta revolución en la Asamblea nacional, y no tuvo en sus consejos un solo hombre capaz de destituirla, ni aun de comprenderla. Los verdaderamente fuertes preferían ser ministros populares de la nación, a ser, en aquellos momentos históricos, escudos del rey.

XI

Montmorín era adicto al rey, pero estaba desacreditado y el ministerio carecía de iniciativas y de resistencia: aquélla la tenían los jacobinos y el poder ejecutivo residía en los motines. Al rey, sin órganos, sin atribuciones y sin fuerza, sólo inspiraba temor la odiosa responsabilidad de la anarquía, contra la que todos los partidos encaminaban el

odio y el furor del pueblo; tenía el privilegio de todas las acusaciones. Mientras Mirabeau, Barnave, Petion, Lameth y Robespierre amenazaban con elocuencia al trono desde la tribuna, folletos infamantes y periódicos facciosos pintaban al rey bajo la forma de un tirano mal encadenado, embrutecido por el vino, sometido a los caprichos de una mujer impúdica que conspiraba en su palacio con los enemigos de Francia. En el convencimiento siniestro de su próxima caída, la estoica virtud de este príncipe tranquilizaba su conciencia; pero no le impulsaba a tomar resoluciones. Cuando salía de su consejo de ministros, en el que cumplía lealmente sus deberes constitucionales, buscaba en la amistad de sus decididos servidores, y hasta en sus enemigos, furtivamente admitidos en sus conferencias, inspiraciones más íntimas. Los consejos sucedían a los consejos; pero sus actos eran contradictorios. Sus enemigos le sugerían concesiones prometiéndole una popularidad que se deslizaba de entre sus manos cuando llegaba el momento de entregársela. La corte le aconsejaba el empleo de la fuerza, que sólo estaba en sus manos; la reina el valor que sentía en su alma; los intrigantes la corrupción; los tímidos la huida, y él ensayaba alternativa y juntamente todos estos medios, ninguno de los cuales era eficaz, porque el tiempo de las resoluciones útiles había ya pasado: la crisis era inevitable, y era indispensable elegir entre la vida y el trono: tratando de conservar ambas cosas, estaba seguro de que perdería las dos.

Cuando, al ponernos mentalmente en la situación de Luis XVI, nos preguntamos qué consejo hubiera podido salvarle, nos vemos obligados a responder: ninguno. Hay circunstancias que de tal manera enlazan todos los movimientos de un hombre, que cualquiera que sea la resolución que adopte le conduce fatalmente al abismo, impulsado por sus faltas o por sus virtudes. Luis XVI estaba en este caso. La impopularidad en que había caído el trono en Francia, los errores de los gobiernos anteriores, los vicios de los reyes, todas las vergüenzas de las cortes y todos los agravios del pueblo, se habían acumulado sobre su cabeza

y designado su frente pura para la expiación de muchos siglos. Las épocas tienen sus mártires como las religiones: cuando desean renovar una institución que ha dejado de parecerles buena, acusan al hombre en quien esta institución se personifica, de todo lo odioso y de todo lo condenable de la institución misma y hacen de él la víctima que inmolan al tiempo; Luis XVI fué esa víctima inocente, a quien cargaran con el peso de todas las iniquidades de los tronos, y que fué inmolada para castigar la majestad. Este fué el rey.

XII

La reina debió sin duda venir al mundo para contrastar con el rey y para atraer a través de los siglos el interés y la piedad sobre uno de los dramas de Estado, que, para ser completo, necesitó ser coronado por los infortunios de una mujer. Hija de María Teresa, se encontró, al empezar a vivir, en medio de las borrascas de la monarquía austriaca. Era uno de los hijos que la emperatriz llevó de la mano al presentarse suplicante a los fieles de Hungría, cuando exclamaron las tropas: «Muramos por nuestra reina María Teresa.» María Antonieta tenía también corazón de rey. Cuando llegó a Francia, su beldad deslumbró al reino; esta belleza dependía de su brillantez. Era alta, esbelta y bien formada; una verdadera hija del Tirolo. Los dos herederos que dió al trono, lejos de marchitarla, añadieron a la expresión de su persona el carácter de majestad que tan bien sienta a la que es madre de un pueblo. El presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versalles, y las inquietudes constantes marchitaron algo su primitiva frescura. La natural majestad de su porte nada robaba a la gracia de sus movimientos; su cuello, bien destacado de los hombros, tenía esas magníficas inflexiones que tanta expresión dan a las actitudes. Mostrábase la mujer en la reina, y se adivinaba la ternura del alma en la majestad de su posición. Sus cabellos, de un rubio claro, eran largos y finos; su frente, alta y algo arqueada, uníase a las sienes con esas curvas finas que

tanta delicadeza y tanta sensibilidad imprimen al sitio en que reside el pensamiento o el alma femenina; los ojos, de azul claro, recordaban el cielo del Norte o el agua del Danubio; la nariz, aguileña; sus ventanas bien abiertas, y cuyas aletas, algo prominentes, palpitaban a la menor emoción, que es el signo del valor; la boca, grande, y los dientes, brillantes; los labios, salientes y cortados, como los de casi todos los individuos de la casa de Austria; el contorno de su rostro, oval; la fisonomía, móvil, expresiva y apasionada, y sobre este conjunto, el brillo indescriptible de la mirada, de la sombra, de los reflejos del rostro, que le rodean de una brillantez semejante al vapor caliente y coloreado en que nadan los objetos heridos por el sol; suprema expresión de la belleza, que la idealiza, la vivifica y la convierte en atractivo. Juntamente con todos estos encantos, tenía un alma sedienta de afectos y un corazón que se conmovía con mucha facilidad, una sonrisa pensativa e inteligente, nada común; intimidades y preferencias, porque ella se consideraba digna de tener amigos. Tal era María Antonieta como mujer.

XIII

María Antonieta tenía cualidades suficientes para hacer la felicidad de un hombre y ser el ornamento de una corte; pero para inspirar a un rey indeciso y salvar un Estado en circunstancias difíciles se necesitaba algo más; se necesitaba el don de gobierno, y la reina carecía de él. Nada había podido prepararla al manejo de las fuerzas que desordenadamente se agitaban en torno suyo; la desgracia no le dió tiempo para reflexionar. Acogida con entusiasmo por una corte perversa y una nación ardiente, debió creer en la eternidad de sus sentimientos y se durmió en las disipaciones de Trianón; oyó los primeros estampidos de la tempestad sin creer en el peligro; confió en el amor que inspiraba y que ella misma sentía; pero la corte se había hecho exigente y la nación hostil; instrumento de las intrigas de la corte en el corazón del rey, empezó por favorecer cuantas reformas podrían precaver o di-

lutar las crisis, para combatir las después. Su política era sólo preocupación; su sistema el abandono alternativo a todos aquellos que le prometían salvar al rey. El conde de Artois, príncipe joven y caballeresco, adquirió gran ascendiente en su ánimo. Confiaba en la nobleza y hablaba de su espada, se refa de las crisis, desdeñaba las palabras, conspiraba contra los ministros y condenaba las transacciones. La reina, a quien embriagaban las adulaciones de los que la rodeaban, hacía que el rey retirase lo que había concedido la víspera. Se advertía la impresión de su mano en todos los actos del gobierno. En sus habitaciones se conspiraba constantemente contra el gobierno; la nación llegó a conocerlo y la aborreció, y el pueblo la consideró como un fantasma de la contrarrevolución: siempre se está dispuesto a calumniar lo que se teme. La pintaron bajo la figura de una Mesalina; circularon los más infames folletos, y se dió crédito a las anécdotas más escandalosas, y, sin embargo, podía acusársela de ternura, pero no de depravación. Bella, joven y adorada, si su corazón no fué insensible, sus sentimientos misteriosos, inocentes quizá, nunca dieron ocasión al escándalo. No hemos de violar nosotros el pudor de la historia.

XIV

La reina conoció al fin, aunque demasiado tarde, la enemistad del pueblo en los días 5 y 6 de octubre, y la venganza debió inflamar su pecho, las gentes empezaron a emigrar y ella vió esto favorablemente. Todos sus enemigos estaban en Coblenza; se la suponía cómplice con ellos, y, hasta cierto punto, no se equivocaban. Comenzaron a circular por el pueblo las patrañas de un comité austriaco, se acusó a la reina de conspirar para perder la nación, y constantemente se pedía su cabeza. Sublevado el pueblo, se le entregó la reina para satisfacer la necesidad de aborrecer a alguien; su nombre resonaba en las coléricas canciones; una mujer fué el enemigo de toda una nación, y su altivez no descendió a desengañarla. Se encerró en su resentimiento y en su terror; prisionera en el

palacio de las Tullerías, cada vez que asomaba la cabeza a la ventana provocaba ultrajes y oía insultos: el menor ruido le hacía temer una insurrección. Sus días eran tristes, y sus noches agitadas: durante dos años, su vida fué un continuo suplicio, acrecentado en su corazón por el amor que profesaba a sus hijos y por las inquietudes que le inspiraba el rey. Su corte estaba desierta, y sólo veía autoridades severas, ministros que la obligaban a temer y a Lafayette, ante quien se veía obligada a componer su gesto; en sus aposentos se ocultaba la delación y sus criados eran sus espías, por lo que tenía necesidad de engañarlos para poder concertarse con los pocos amigos que le quedaban. Los consejeros secretos que llamaba en torno suyo se dirigían durante la noche a los desvanes de palacio, por las escaleras excusadas y los pasadizos sombríos, por lo que estos consejos parecían conjuraciones, de donde salía la reina siempre con pensamientos diferentes con que luego asediaba el alma del rey. Por esta causa, la conducta de Luis XVI contrastaba con la incoherencia de una mujer reducida al último extremo.

Las medidas de fuerza, la corrupción de la Asamblea, el abandono sincero a la Constitución, los ensayos de resistencia, la actitud de dignidad real, el arrepentimiento, la debilidad, el terror y la fuga, todo se pensó, se tanteó, preparó, decidió y abandonó en un mismo día. Las mujeres tan sublimes en las decisiones tienen muy pocas veces la consecuencia e imperturbabilidad necesarias para un plan político. Su política está en el corazón, y su pasión demasiado cerca de la razón; de todas las virtudes necesarias para el trono, no poseen más que el valor; son con frecuencia héroes, pero rara vez hombres de Estado: la reina, además, hizo mucho daño al rey. Dotada de más talento, de más alma y de más carácter que él, utilizó esta superioridad para inspirarle confianza con sus consejos, pero sus consejos eran funestos. María Antonieta, en fin, fué el encanto de las desgracias y el genio de la pérdida de Luis XVI; lo condujo paso a paso hasta el patíbulo; pero ella subió también.

XV

Formaban la derecha de la Asamblea los enemigos naturales del movimiento, la nobleza y el alto clero; pero no todos lo eran, ni en el mismo grado ni con el mismo título. Las sediciones surgen del bajo fondo, las revoluciones se fraguan arriba; las primeras no son otra cosa que la cólera del pueblo, las segundas son la idea de una época, y las ideas principian en la cabeza de una nación. La revolución francesa era un pensamiento generoso de la aristocracia, del que se apoderó el pueblo, que lo convirtió en arma contra la nobleza, contra el trono y contra la religión. Lo que era filosofía en los grandes círculos, fué motín en las calles, a pesar de que todas las primeras casas del reino habían dado apóstoles a los primeros dogmas de la revolución: los Estados generales, antiguo teatro de la importancia y de los triunfos de la alta nobleza, despertaron la ambición de sus herederos, y los pusieron a la cabeza de los reformadores. El espíritu de cuerpo fué impotente para contenerlos cuando se trató de reunirlos al tercer Estado. Los Montmorency, los Noailles, los La Rochefoucauld, los Clérmont-Tonnerre, los Lally-Tollendal, los Virion, los de Aiguillon, los Lauzun, los Montesquieu, los Lameth, los Mirabeau, el duque de Orleans, primer príncipe de la sangre; el conde de Provenza, hermano del rey, que más tarde fué rey con el nombre de Luis XVIII, dieron impulso a las innovaciones más atrevidas. Habían tomado su efímero crédito de principios que era más fácil establecer que moderar, y la mayor parte de estos créditos habían dejado de existir. Cuando estos teóricos de la revolución especulativa advirtieron que eran arrastrados por el torrente, trataron de remontar la corriente donde había salido de su cauce, y unos volvieron a agruparse alrededor del trono, y los otros emigraron después de los días 5 y 6 de octubre. Algunos, los más animosos, ocuparon su puesto en la Asamblea nacional, combatieron sin esperanza, pero con gloria, por una causa perdida; se esforzaron por sostener siquiera

un poder monárquico, y abandonaron al pueblo sin disputarle los despojos de la nobleza y de la Iglesia. A este número pertenecían Cazalés, el abate Maury, Malhouet y Clermont-Tonnerre, que eran los oradores más notables de este moribundo partido.

Clermont-Tonnerre y Malhouet eran más hombres de Estado que oradores; su verbo seguro y reflexivo sólo impresionaba a la razón: buscaban el equilibrio entre la libertad y la monarquía, y creían haberlo encontrado en el sistema inglés de las dos cámaras. Los moderados de ambos partidos escuchaban respetuosamente su voz, y, como todos los partidos medios y los medios talentos, no despertaban odios ni cóleras; pero los acontecimientos no les hacían caso y proseguían, dejándolos a un lado, en busca de resultados más absolutos. Maury y Cazalés, menos filósofos, eran los dos atletas de la derecha; la naturaleza los había hecho diferentes, pero su poder oratorio era casi idéntico. Maury representaba al clero de que era ministro, Cazalés a la nobleza de que formaba parte. El uno, Maury, habituado desde joven a las polémicas sagradas, había perfeccionado y pulido en el púlpito la elocuencia que debía llevar a la tribuna. De origen humildísimo, sólo era partidario del antiguo régimen por su hábito; defendía la religión y la monarquía como dos textos asignados a sus discursos; su convicción era un papel, cualquiera otro hubiera convenido del mismo modo a su condición natural; pero sostenía con admirable valor y constancia el que las circunstancias le conferían. Imbuído en serios estudios, dotado de una palabra abundante y viva, sus arengas eran tratados completos de las cuestiones que discutía. Único rival de Mirabeau, sólo le faltaba para igualarle una causa más popular y más verdadera; pero el sofisma de los abusos no podía revestirse de colores más especiosos que aquellos con que Maury defendía el antiguo régimen. La erudición histórica y la erudición sagrada le suministraban sus argumentos; la audacia de su carácter y de su lenguaje le inspiraba aquellas palabras que, aun en medio de una derrota, reflejan arrogancia y denuedo. Lo hermoso de su figura, la sonori-

dad de su voz, el imperio de su gesto, la indiferencia y júbilo con que desafiaba a las tribunas, arrancaban frecuentemente aplausos a sus mismos enemigos. El pueblo, que conocía su fuerza invencible, se divertía con una impotente resistencia, pues Maury era para él como los gladiadores a quienes agrada ver combatir aunque se sepa que han de sucumbir. Al abate Maury no le faltaba más que la autoridad de la palabra, pues ni su nacimiento, ni su fe ni sus costumbres inspiraban respeto a los oyentes. Se veía el actor en el hombre y el abogado en la causa; el orador y la palabra se contradecían. Quitad a Maury el vestido de su Orden, y hubiera cambiado fácilmente, y tomado asiento entre los partidarios de la innovación. Semejantes oradores son el ornato de un partido, pero no sus salvadores.

XVI

De Cazalés nadie supo lo qué era, ni aun él mismo, hasta que las circunstancias lo revelaron un genio asignándole un deber. Oficial obscuro en el ejército, la casualidad, que le impelió a la tribuna, descubrió que era orador. No intentó averiguar qué causa defendía: como noble defendió la nobleza, como realista al rey, y como súbdito al trono; su situación formó su doctrina, y llevó a la Asamblea el carácter y las virtudes de su uniforme; la palabra sólo fué para él una espada más, y la consagró resuelta y caballerosamente a la causa de la monarquía. Indolente y no muy ilustrado, su buen sentido suplió al estudio; su fe monárquica no fué fanática, pues admitía las modificaciones, que, aceptadas por el mismo rey, eran compatibles con la dignidad del trono y la acción del poder ejecutivo. Entre el dogma de Mirabeau y el suyo no existía gran diferencia; pero uno quería la libertad como aristócrata y el otro como demócrata; el uno se había echado en brazos del pueblo, y el otro se había asido a las gradas del trono. La elocuencia de Cazalés tenía el carácter de una causa desesperada; protestaba más bien que discutía, y oponía a los violentos triunfos de la izquierda sus desafíos irónicos, sus indignaciones

amargas, que imponían durante un momento la admiración, pero que no le daban la victoria. La nobleza le debió el haber caído con gloria y el trono con majestad, y su elocuencia tuvo algo de heroísmo.

Aparte de Maury y Cazalés, sólo había un partido agriado por el infortunio, desalentado por su aislamiento en la nación, odioso al pueblo e inútil al trono, cuyas vanas ilusiones fomentaba no conservando del poder abatido más que el sentimiento de la injuria y la insolencia que ocasionan nuevas humillaciones: todas las esperanzas de este partido se cifraban en la intervención armada de las potencias extranjeras: en su concepto Luis XVI no era ya más que un rey prisionero que Europa vendría a libertar; para ellos el patriotismo y la gloria estaban en Coblenza. Vencido por el número, sin jefes hábiles que supieran inmortalizar la retirada, sin fuerza contra el espíritu del tiempo, y negándose a transigir, la derecha sólo podía apelar a la venganza, y su política quedaba reducida a una imprecación.

La izquierda perdió a su jefe y su moderador, cuando perdió a Mirabeau; no existiendo ya el hombre nacional, quedaban los hombres de partido como Barnave y los dos Lameth. Estos, humillados por el ascendiente de Mirabeau, habían pretendido, desde mucho tiempo antes de su muerte, oponer a la soberanía de su genio la exageración de sus doctrinas y de sus discursos. Mirabeau era el apóstol, y ellos habían querido ser los facciosos del tiempo; celosos de su persona, creyeron eclipsar su talento con la eminencia de su popularidad; las medianías creen igualar al genio traspasando la razón. En la izquierda se había producido una escisión de treinta o cuarenta votos, a quienes inspiraban Barnave y Lameth. El club de los amigos de la Constitución, convertido en club de los jacobinos, respondiales en lo exterior; la agitación popular que éstos habían provocado era contenida por Mirabeau, que reunía contra ellos la izquierda, el centro y los hombres sensatos de la derecha. Más que gobernar la Asamblea, conspiraban, intrigaban y fomentaban las divisiones en la opinión. Mira-

beau, al morir, les dejaba el puesto vacío.

Los Lameth, hombres de corazón, que debían su educación a la bondad de la familia real, colmados de favores y de pensiones del rey, tenían las brillantes defecciones de Mirabeau, sin la excusa de sus agravios contra la monarquía, y sus defecciones eran los méritos que alegaban para obtener el favor popular. Hombres hábiles llevaban a la causa nacional el manejo de las cortes en que habían sido educados, pues su amor a la revolución era desinteresado y sincero, pero sus distinguidos talentos no estaban en armonía con su ambición. Anonadados por Mirabeau, sublevaron contra él a cuantos eclipsaba la sombra de este gran hombre, y, al buscar un rival que oponerle, sólo encontraban envidiosos, por eso al presentarse Barnave, lo rodearon, lo aplaudieron y lo embriagaron con su propia importancia, llegando a persuadirlo de que las frases eran la política, y de que un retórico era un hombre de Estado.

Mirabeau fué suficientemente grande para no temerle, y bastante justo para no despreciarlo. Barnave, joven abogado del Delfinado, se reveló cuando los conflictos entre el Parlamento y el trono agitaron su provincia, empleando en pequeños teatros la elocuencia de los hombres del foro. Enviado a los treinta años a los Estados Generales con Monnier, su patrono y maestro, abandonó muy pronto a Monnier y al partido monárquico para ingresar en el democrático, en el que no tardó en señalarse. Una frase sinistramente escapada, más que de su corazón, de sus labios, pesaba como un remordimiento sobre su conciencia. «¿Tan pura es la sangre que corre?» exclamó cuando la Revolución cometió su primer asesinato; y esta frase imprimió en su frente el signo de los faciosos: Barnave no lo era, o al menos no lo era más que lo indispensable para el brillo de sus discursos. El orador era extremado, pero no el hombre, que distaba mucho de ser cruel. Estudioso pero sin idea, fecundo pero sin calor, era una inteligencia mediocre, una alma honrada, una voluntad indecisa y un corazón recto. Su talento, que se pretendía comparar al de

Mirabeau, no era más que el arte de encadenar hábilmente consideraciones vulgares. La costumbre del foro le daba, en la improvisación, una superioridad aparente que la reflexión desvanecía. Los enemigos de Mirabeau le habían hecho un pedestal con el odio que profesaban a éste, y lo habían engrandecido para poder compararlo. Cuando se le redujo a su verdadero tamaño, se apreció la enorme distancia que había entre el hombre de la nación y el hombre del foro. Barnave tuvo la desgracia de ser el gran hombre de un partido mediano, y el héroe de un partido envidioso. Era digno de mejor suerte, y, al fin, logró conquistarla.

XVII

Agitado por un pensamiento que le impulsaba a hablar y le impedía permanecer en la inacción, empezaba a moverse, en la sombra todavía, y detrás de los jefes de la Asamblea, un hombre casi desconocido; trataba siempre de hablar, y atacaba indistintamente a todos los oradores, incluso a Mirabeau. Arrojado de la tribuna hoy, subía a ella nuevamente mañana, humillado por los sarcasmos, ahogada su voz por los murmullos, y desconocido por todos los partidos; inadvertido por el pueblo, que fijaba su atención en los grandes atletas, era siempre vencido, pero nunca cansado. Podría decirse que su genio íntimo y profético le revelaba prematuramente la vanidad de todos aquellos talentos y la omnipotencia de la voluntad y de la paciencia, y que una voz, que sólo él oía, le gritaba al oído: «¡Estos que te desprecian son tuyos, todos los cabos de esta revolución que se obstina en no verte, vendrán a parar a tus manos, porque tú estás colocado sobre el camino como el inevitable exceso a que conduce todo impulso!» Era Robespierre.

Hay abismos que el hombre no se atreve a sondear, y caracteres que no quiere profundizar temiendo encontrar demasiadas tinieblas y demasiado horror; pero la historia, que tiene el ojo impassible del tiempo, no se detiene ante estos terrores, y debe comprender lo que relata,

Maximiliano Robespierre nació en Arras, de una familia humilde, pero honrada y respetada. Su padre, que murió en Alemania, era de origen inglés, y a esta circunstancia se debe lo que en aquella naturaleza había de puritano. El obispo de Arras costeó su educación, y el joven Maximiliano, cuando salió del colegio, continuó estudiando y vivió austeramente. Las letras y el foro ocupaban todo su tiempo: la filosofía de Juan Jacobo Rousseau había penetrado profundamente en su inteligencia, y esta filosofía, cayendo en una voluntad ardiente, produjo en él gran efecto, convirtiéndose en un dogma, una fe y un fanatismo. Para el alma apasionada de un sectario toda convicción es una secta: Robespierre era el Lutero de la política; alimentaba en la obscuridad el pensamiento ambiguo de la renovación de la sociedad y de la religión, como un sueño que molestaba inútilmente su juventud, cuando la revolución le ofreció lo que el destino ofrece siempre a los que espían su marcha: la ocasión. Robespierre supo aprovecharla y fué nombrado diputado para el tercer Estado en los Generales. Quizá era el único de cuantos representaron en Versalles la primera escena de aquel inmenso drama, que entreveía el desenlace. Como el alma humana, cuyo asiento en el cuerpo humano ignoran los filósofos, el pensamiento de todo un pueblo reside algunas veces en el individuo más ignorado de una inmensa multitud. No se puede despreciar a nadie, porque el dedo del Destino se marca en el alma y no en la frente. Robespierre no tenía origen, ni genio, ni aspecto que despertasen la atención pública. Ningún brillo había salido de él, su pálido talento no se había manifestado más que en el foro o en las academias de su provincia; algunos discursos abundantes en palabras y llenos de una filosofía poco distinguida y casi pastoral, y algunas poesías frías y afectadas, sus únicas obras, no habían sacado su nombre de la obscuridad; era, más que desconocido, mediano y despreciado. Su fisonomía nada tenía de lo que hace detener la mirada cuando ésta se fija sobre una gran asamblea, nada podía leerse en caracteres físicos en este poder completamente oculto; era la úl-

tima palabra de la revolución, pero ilegible para todos.

Robespierre era bajo de estatura, tenía miembros débiles y angulosos, paso inseguro, actitudes afectadas, ademanes sin armonía y sin gracia, y voz algo áspera; buscaba las inflexiones oratorias y sólo encontraba la fatiga y la monotonía; su frente era hermosa, pero pequeña y muy arqueada sobre las sienes, como si la masa encefálica y el movimiento embarazado de sus pensamientos la hubieran ensanchado por sus esfuerzos; sus ojos, muy cubiertos por los párpados y muy agudos en las extremidades, hundíanse profundamente en la cavidad de sus órbitas, y despedían un brillo azulado bastante dulce, pero vago y movable como el reflejo del acero herido por la luz; su nariz, recta y pequeña, parecía sumamente consumida por sus ventanas levantadas y demasiado abiertas; su boca era grande; sus labios finos y contraídos desagradablemente en las comisuras; su barba corta y puntiaguda; el color, de un amarillo lívido, como el de un enfermo o de un hombre extenuado por las vigiliass y meditaciones. La expresión habitual de su rostro era una serenidad superficial en un fondo grave, y una sonrisa entre sarcástica y graciosa; tenía dulzura, pero esta dulzura era siniestra. Lo que dominaba en el conjunto de su fisonomía era la prodigiosa y constante tensión de la frente, de los ojos, de la boca y de todos los músculos del rostro. Observándole, advertíase que todas sus facciones, como todo el trabajo de su alma, convergían con firmeza en un solo punto, con poder tan extremado que no había la menor pérdida de voluntad en su carácter. Parecía que de antemano veía lo que deseaba efectuar, como si ya lo hubiera realizado.

Tal era entonces el que debía absorber en sí todos los hombres y convertirlos en sus víctimas, después de utilizarlos como instrumentos. No figuraba en ningún partido determinado, sino en todos los partidos que alternativamente servían su ideal revolucionario; en eso consistía su fuerza, porque los partidos se detenían y él proseguía siempre adelante. Colocaba este ideal como un fin a vanguardia de cada movimiento revolucionario, mar-

chando él con los que pretendían alcanzarle; después, cuando se había conseguido el objeto, se adelantaba aún más y continuaba la marcha con otros, y así siempre sin desviarse nunca, sin nunca detenerse ni retroceder. Diezmada la revolución en su camino, inevitablemente debía reducirse un día a su última expresión, y Robespierre quería que fuese la suya: se la había incorporado toda entera, principios, pensamientos, pasiones, y cóleras, e, incorporándosela de este modo, la obligaba a incorporarse un día a él. Pero este día estaba lejos aún.

XVIII

Robespierre, que había impugnado frecuentemente a Mirabeau, con Duport, los Lameth y Barnave, empezaba a apartarse de éstos después que dominaron a la Asamblea, formando con Pethión y algunos hombres oscuros un pequeño grupo de oposición radicalmente democrática que animaba a los jacobinos y amenazaba a Barnave y a los Lameth siempre que intentaban detenerse. Pethión y Robespierre en la Asamblea, Brissot y Dantón en el club de los jacobinos, formaban el germen del nuevo partido que debía acelerar el movimiento y promover las convulsiones y las catástrofes.

Pethión era un Lafayette del pueblo, la popularidad, era su fin, y la consiguió antes que Robespierre. Abogado mediocre, pero probo, sin más filosofía que los sofismas del *Contrato social*, joven, bello y patriota, estaba llamado a ser uno de los ídolos complacientes a quienes el pueblo maneja a su gusto. Su crédito en las calles y entre los jacobinos le daba cierta autoridad en la Asamblea, por lo que era escuchado como la expresión de las voluntades de lo exterior: Robespierre fingía que lo respetaba.

XIX

Desaparecía la Constitución, el poder real sólo existía nominalmente, el rey no era más que el ejecutor de las órdenes de la representación nacional, y los ministros eran rehenes responsables en poder de la Asamblea. Los vicios de esta Constitución eran patentes antes de ha-

berla concluido. Votada en medio de la cólera de los partidos, más que Constitución, era la venganza del pueblo contra la monarquía; el trono subsistía únicamente para ocupar el puesto de un poder único que se instituiría por todas partes y que no se atrevía a nombrar nadie aún. El pueblo y los partidos temían que, al derribar el trono, se descubriera un abismo en el que se precipitara la nación, y habían convenido tácitamente en respetarlo en cuanto a la forma, despojando y ultrajando diariamente al infortunado monarca que a él tenían encadenado. Al extremo a que las cosas habían llegado no quedaba otro desenlace que la caída. El ejército indisciplinado y abandonado por sus oficiales, que emigraban en masa, era un elemento más para la fermentación popular; los subalternos se apoderaban de él, y transportaban la democracia al centro de las filas. Inscritos, doquiera que estaban de guarnición, en los clubs de los jacobinos, convertían a los soldados de la monarquía en cómplices de los facciosos. El pueblo, a quien se le habían arrojado como presa los derechos feudales de la nobleza y los diezmos del clero, temía con inquietud que le arrebataran lo que poseía, y por doquier veía maquinaciones que pretendía evitar con crímenes. La libertad, para cuyo régimen no se hallaba preparado, lo agitaba sin fortificarlo, tenía todos los vicios de los emancipados sin las virtudes del hombre libre. Francia entera no era más que una sedición; imperaba la anarquía, y para que fuese, por decirlo así, gobernada ella misma, había creado un gobierno en cada club, siendo éstos tantos como grandes municipalidades había en el reino.

El club dominante, el de los jacobinos, era como la centralización de la anarquía. Cuando una voluntad poderosa y apasionada conmueve una nación, esta voluntad común agrupa a los hombres en torno suyo; el individualismo cesa, y la asociación legal o ilegal organiza la pasión pública. Las sociedades populares se habían formado de este modo; las primeras amenazas de la corte contra los Estados Generales, congregaron en Versalles a algunos diputados bretones, que formaron una sociedad para

esclarecer las tramas de la corte y asegurar los triunfos de la libertad; sus fundadores fueron Sieyès, Chapelier, Barnave y Lameth. Después del 5 y 6 de octubre, el club bretón, transportado a París en pos de la Asamblea nacional, tomó el nombre más enérgico de Sociedad de Amigos de la Constitución, y celebró sus sesiones en el antiguo convento de los jacobinos de Saint-Honoré, no lejos del Picadero, donde se reunía la Asamblea nacional. Los diputados que lo habían fundado para ellos solos, abrieron sus puertas primero a los periodistas y a los escritores revolucionarios, y concluyeron por abrirlas a todos los ciudadanos. La presentación por dos miembros de la Sociedad y una breve información acerca de la moralidad del nuevo electo eran las únicas condiciones exigidas para la admisión, y el público podía asistir a las sesiones presentando una papeleta que los censores inspeccionaban. Un reglamento, una oficina, un presidente, una correspondencia, secretarios, una orden del día, una tribuna, y oradores, daban a esta Asamblea todos los caracteres de los cuerpos deliberantes; eran las asambleas del pueblo, excepto la elección y la responsabilidad; la pasión imponía el mandato, pero los mandatarios, en vez de hacer leyes, hacían opinión.

Las sesiones se celebraban por la noche, con objeto de que el pueblo pudiera asistir a ellas sin abandonar sus trabajos; los actos de la Asamblea nacional, las novedades del momento, el examen de las cuestiones sociales, y más frecuentemente las acusaciones contra el rey, los ministros y el partido de la derecha, eran los objetos de sus discusiones. Se fomentaba el odio del pueblo y se le hacía receloso para sujetarlo, y el pueblo, convencido de que todo conspiraba contra él, el rey, la reina, la corte, los ministros, la autoridad y las potencias extranjeras, se arrojaba con desesperación en brazos de sus defensores. El que más temor le inspiraba era para él el más elocuente; tenía sed de denuncias y se las prodigaban; de este modo conquistaron su autoridad Barnave, los Lameth, y después Dantón, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Pethión y Robespierre, quienes habían subido con su

cólera, y la alimentaban para continuar siendo grandes. Las sesiones nocturnas de los jacobinos y de los franciscanos ahogaban muchas veces el eco de las sesiones de la Asamblea nacional; la minoría vencida en el Picadero, protestaba, acusaba y amenazaba a los jacobinos.

Hasta Mirabeau, acusado por Lameth con motivo de la ley de emigración, fué pocos días antes de su muerte a escuchar por sí mismo las inectivas de su denunciador, y no desdenó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que los agitadores de la Asamblea apoyaban sus nombres para intimidar a la representación nacional. Esta sólo tenía leyes; el club disponía del pueblo, de la sedición y hasta del ejército.

XX

Esta opinión pública, constituida en asociación permanente y organizada en todos los puntos de la nación, daba un golpe eléctrico irresistible, pues una moción hecha en París, repercutía de club en club hasta en las últimas provincias. Una sola chispa encendía a un mismo tiempo la misma pasión en millones de almas. Todas las sociedades sostenían correspondencia entre sí y con la sociedad matriz; diariamente se comunicaba el impulso, y diariamente se sentía el rechazo: era el gobierno de las facciones, apresando en sus redes al gobierno de la ley; pero la ley era muda e invisible, y la facción elocuente y manifiesta.

Imaginémonos una de estas sesiones, en que los ciudadanos, agitados ya por las borrascas de la época, se sentaban, a la caída de la tarde, bajo una de aquellas naves recién conquistadas a otro culto. Algunas velas, que llevaban los afiliados, iluminaban de un modo imperfecto el sombrío recinto, los muros desnudos, los bancos de madera y una tribuna en el sitio que había ocupado el altar. En torno de esta tribuna se agolpaban para obtener la palabra algunos oradores amados por el pueblo, numerosos ciudadanos de todas clases y con todas las indumentarias, ricos, pobres, soldados, obreros, mujeres que llevaban consigo la pasión, el entusiasmo, el enterne-

cimiento y las lágrimas a todas partes, y los niños que estaban criando en sus brazos, como para hacerles aspirar la irritación de un pueblo; un triste silencio interrumpido por estrepitosas voces, de aplauso o de desaprobación, según era estimado o aborrecido el orador que pedía la palabra, y discursos incendiarios, que removían hasta el fondo con frases mágicas las pasiones de la muchedumbre, nueva a las impresiones de la voz; el entusiasmo real en unos, y fingido en otros; las emociones fuertes, los dones patrióticos, las coronaciones cívicas de los bustos de los grandes republicanos, llevados de una parte a otra; los símbolos de la superstición y de la aristocracia quemados; los cánticos demagógicos entonados a coro al empezar y al concluir cada sesión; ¡qué pueblo, aun en medio de la tranquilidad más perfecta, habría podido resistirse a las pulsaciones de esta fiebre, cuyos accesos se renovaban periódicamente todos los días, desde fines de 1790, en todas las ciudades de Francia! Este era el régimen del fanatismo, predecesor del régimen del terror. Así estaba organizado el club de los jacobinos.

XXI

El de los franciscanos, que en ocasiones se confundía con el de los jacobinos, era más tumultuoso y demagógico aún. Marat y Dantón dominaban en él. El partido constitucional moderado intentó también celebrar sus reuniones defensivas; pero, como a las reuniones defensivas les falta la pasión, y sólo la ofensiva es capaz de agrupar las facciones, extinguiéronse por sí mismas hasta que se fundó el club de los fuldenses. El pueblo dispersó a pedradas las primeras reuniones de los diputados congregados en el domicilio de Clermont-Tonnerre. Barnave injurió en la tribuna a sus colegas, ofreciéndolos a la execración pública con la misma voz que había suscitado y reunido los *amigos de la Constitución*. La libertad no era entonces más que un arma parcial que se rompía desvergonzadamente en manos de sus enemigos.

Al rey, oprimido de esta suerte entre

una Asamblea que había usurpado todas las funciones ejecutivas, y estas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de representación, ¿qué le restaba? Colocado sin fuerza propia entre estos dos poderes rivales, estaba destinado solamente a recibir el rechazo de su lucha, y a ser expuesto constantemente en sacrificio por la Asamblea nacional al pueblo. La guardia nacional de París era la única fuerza que sostenía aún el trono vacilante y el orden; pero esta guardia era una fuerza neutral que recibía la ley de la opinión, y que, flotando entre las facciones y la monarquía, conservaba la tranquilidad en la paz pública, y no podía servir de apoyo firme e independiente a un poder político. La guardia nacional era el mismo pueblo, y toda intervención seria contra la voluntad popular le hubiera parecido un sacrilegio; era un cuerpo de policía municipal, y nunca podía ser el ejército del trono o de la Constitución: había nacido de sí misma al día siguiente del 14 de julio en la escalera del Hotel-de-Ville, y no recibía órdenes más que de la municipalidad. Esta, con gran acierto, le había dado por jefe al marqués de Lafayette, pues el pueblo honrado, dirigido por su instinto, no hubiera confiado su representación a persona más digna.

XXII

El marqués de Lafayette era patricio, inmensamente rico, y emparentado por su mujer, hija del duque de Ayen, con las más distinguidas familias de la corte. Nació en Chavagnac, en la Auvergne, el 6 de septiembre de 1757; contrajo matrimonio a los 16 años, y un precoz instinto de fama lo había expatriado en 1777. Era la época de la guerra de la independencia de América, cuando el nombre de Washington resonaba en ambos continentes. Siendo un niño, Lafayette soñó, en medio de las delicias de la afeminada corte de Luis XV, conquistar la misma gloria que el famoso general americano. Al efecto, armó en secreto dos buques, los cargó de armas y de municiones para los insurgentes, y llegó a Boston, Washington lo acogió como hubie-

ra acogido un socorro ofrecido por Francia, y, efectivamente, era Francia menos su bandera. Lafayette y los jóvenes oficiales que le acompañaron llevaban los votos secretos de un gran pueblo por la independencia de un nuevo mundo. El general americano empleó a Lafayette en aquella larga guerra en que los más pequeños combates adquirían, a través de los mares, importancia de grandes batallas. La guerra de América, más notable por las consecuencias que por las campañas, formaba más republicanos que guerreros. Lafayette luchó con heroísmo y decisión, se granjeó la amistad de Washington, y motivó la inscripción de un nombre francés en el acta de nacimiento de una nación transatlántica; este nombre llegó a Francia como un eco de libertad y de gloria. La popularidad inherente a todo lo que brilla, apoderóse de Lafayette cuando éste regresó a su patria, y embriagó al joven héroe. La opinión lo adoptó, la ópera le aplaudió y las actrices ciñeron coronas a su frente. La reina le sonrió, el rey lo nombró general, Franklin lo hizo ciudadano, y el entusiasmo general le convirtió en su ídolo. Este desvanecimiento del favor público decidió de su vida: encontró tan grata esta popularidad que no quiso resignarse a perderla. Los aplausos no son siempre la gloria; más tarde mereció la que merecía, al dar a la democracia su carácter, la honradez.

Pronto el 14 de julio elevó a Lafayette sobre el pavés de la clase media de París. Censor de la corte, revolucionario de buena familia, aristócrata por nacimiento, demócrata por principios, y en posesión de una fama militar adquirida lejos, reunía muchas condiciones para concentrar en rededor suyo una milicia cívica, y ser, en las revistas del campo de Marte, el jefe natural de un ejército de ciudadanos. La gloria conquistada en América brillaba en París acrecentada notablemente por la distancia; su prestigio era inmenso; su nombre eclipsaba y reasumía todo. Necker, Mirabeau y el duque de Orleáns, tres vigorosas popularidades, palidiecieron, y Lafayette fué el hombre de la nación durante tres años. Árbitro supremo, llevaba a la Asamblea su autoridad de comandante

de la guardia nacional, e imponía a ésta su autoridad de miembro influyente de la Asamblea. Con estos dos títulos reunidos se hacía una verdadera dictadura de la opinión. No era buen orador; su palabra blanda, aunque espiritual y fina, carecía de la firmeza y energía que hieren el ánimo, vibran en el corazón, e impresionan a las multitudes. Elegante, como un orador de salón, y embarazoso en las circunlocuciones de una inteligencia diplomática, hablaba de la libertad en el idioma de las cortes. El único acto parlamentario de Lafayette fué la proclamación de *los derechos del hombre*, que impuso a la Asamblea nacional. Este decálogo del hombre libre, encontrado en los bosques de América, contenía más frases metafísicas que verdadera política. Se adaptaba tan mal a una sociedad antigua, como la desnudez del salvaje a las complicadas necesidades del hombre civilizado; pero tenía el mérito de desnudar momentáneamente al hombre, y, haciéndole ver lo que era y lo que no era, buscar en la preocupación el ideal verdadero de sus deberes y sus derechos. Era el grito de revolución de la naturaleza contra todas las tiranías, grito que debía desmoronar un mundo viejo gastado por la servidumbre, y hacer palpitar otro nuevo. Lafayette tuvo el honor de proferirlo.

La federación de 1790 fué el apogeo de Lafayette; en dicho día deslumbró al rey y a la Asamblea. La nación armada y reflexiva se encontraba allí, y él la mandaba; pudiéndolo todo, nada hizo; su desgracia fué su situación: hombre de transición, pasó la vida fluctuando entre dos ideas. Si sólo hubiera tenido una, habría sido dueño de los destinos del país; tenía en su mano la monarquía y la república, y sólo necesitaba abrirla por completo, pero no abrió más que la mitad, y no dejó salir más que la libertad a medias. Apasionando al país por la república, defendía la Constitución monárquica y el trono; sus principios estaban en aparente contradicción con sus actos; era leal y parecía traidor; mientras que por deber y con sentimiento defendía la monarquía, tenía su corazón en la república: protector del trono, lo atemorizaba. No se puede defen-

der más que una causa y una vida: la monarquía y la república estiman su memoria del mismo modo; no vió el triunfo de ninguna de las dos causas, pero murió virtuoso y popular. Tuvo, además de sus virtudes privadas, una virtud pública que le absuelve de sus errores y hace su nombre inmortal: tuvo antes que todos, más que todos, y después de todos, el sentimiento, la constancia y la moderación de la revolución.

En este hombre y este ejército reposaban el poder ejecutivo, la seguridad de París, el trono constitucional y la vida del monarca.

XXIII

Tal era el 1.º de junio de 1791 el estado de los partidos, de los hombres y de las cosas, en medio de los que avanzaba, por impulso misterioso y constante, el espíritu irresistible de una gran revolución social. Tales elementos, ¿qué podían producir más que la lucha, la anarquía, el crimen y la muerte? Ningún partido tenía razón, ningún espíritu, genio; ninguna alma, virtud; ningún brazo, energía para dominar el caos, y sacar de él triunfantes la justicia, la verdad y la fuerza: las cosas no pueden producir más que lo que tienen en sí mismas. Luis XVI era honrado y anhelaba el bien; pero no había comprendido, desde los primeros albores de la revolución, que para un jefe de Estado la única misión posible es la de ponerse a la cabeza de la idea nueva, presentar el combate a lo pasado, y reunir de este modo en su persona el doble poder de jefe de la nación y de jefe de partido: el papel de moderador sólo es posible teniendo toda la confianza del partido que se pretende moderar. Enrique IV tomó este papel, pero fué después de la victoria; si lo hubiera tanteado antes de Ivry, no sólo habría perdido el reino de Francia, sino también el de Navarra.

La corte era venal, egoísta y corrupta; defendiendo al rey, defendía el manantial de vanidades y de exacciones que la beneficiaban; el clero tenía virtudes cristianas, pero carecía de virtudes públicas. Estado en el Estado, su vida estaba separada por completo de la

vida de la nación, y su institución eclesiástica le parecía independiente de la monarquía, a la que sólo se unió cuando vió amenazada su fortuna; entonces apeló a la fe de los pueblos para libertar sus riquezas, pero el pueblo no veía ya en los monjes más que pordioseros, y en los obispos exactores. La nobleza, afeeminada a causa de una larga paz, emigraba en masa, abandonando al rey a sus peligros, y creyendo que las potencias extranjeras intervendrían pronto y decididamente. El tercer Estado, celoso y envidioso, reclamaba con energía su puesto y sus derechos a las clases privilegiadas; su justicia parecíase al odio. La Asamblea reasumía en sí todas estas debilidades, todos estos egoísmos y todos estos vicios; Mirabeau era venal; Barnave, celoso; Robespierre, fanático; el club de los jacobinos, cruel; la guardia nacional, egoísta; Lafayette, variable, y el gobierno, nulo. Cada cual quería una revolución a su gusto, y ésta hubiera naufragado cien veces en tantos escollos, si no hubiese en las crisis humanas algo más poderoso que los hombres que en apariencia las dirigen: la imperiosa voluntad del mismo hecho.

Nadie comprendía entonces la revolución, excepto, quizá, Robespierre y los demócratas puros: el rey creía que se trataba de una gran reforma; el duque de Orleans de una gran facción; Mirabeau la consideraba desde el punto de vista político; Lafayette, desde el constitucional; para los jacobinos, era una venganza; para el pueblo, el abatimiento de los grandes; y la nación la reputaba una manifestación de amor cívico. Ninguno entreveía aún el objeto final.

Todos, por consiguiente, estaban ciegos, menos la revolución misma, cuya virtud estaba en la idea que forzaba a aquellos hombres a efectuarla, y no en los que la cumplían. Todos sus instrumentos estaban viciados, corrompidos, o eran personales; pero la idea era pura, incorruptible y divina. Los vicios, las cóleras y los egoísmos humanos debían producir, irremisiblemente, en la crisis, los choques, las violencias, las crueldades y los crímenes, que son las fatales consecuencias de las pasiones de los hombres.

Si cada uno de los partidos o de las personas que intervinieron desde el primer día en estos grandes acontecimientos se hubiera dejado conducir por su virtud y no por su pasión, todos los desastres que los anonadaron los habrían salvado a ellos y a su patria. Si el rey hubiera tenido energía e inteligencia; el clero, desinteresado por las cosas terrenas; la aristocracia, espíritu de justicia; el pueblo, moderación; Mirabeau, integridad; Lafayette, decisión, y si Robespierre hubiera sido humano, la revolución se habría desenvuelto majestuosa y tranquilamente en Francia, y, después, en Europa como un pensamiento divino, y se habría instalado como una filosofía en los hechos, en las leyes y en los cultos.

Desgraciadamente, no ocurrió así. El pensamiento más santo, más justo y más piadoso, al pasar por la imperfecta humanidad, se hace trizas y se convierte en sangre. Los que lo han concebido no lo conocen, y lo niegan; pero ni el crimen mismo puede degradar la verdad, que sobrevive a todo, hasta a las víctimas. La sangre que infama a los hombres no mancha la idea; y, a pesar de los egoísmos que la envilecen, las cobardías que le ponen obstáculos y los atentados que la deshonoran, la revolución manchada es purificada y reconocida, sale triunfante y triunfará siempre.

LIBRO II

La Asamblea piensa en disolverse.—Los periódicos se multiplican.—Negociaciones de los hermanos del rey en lo exterior.—Proyectos de evasión del rey y de su familia.—Fuga del rey.—Es reconocido en Chalons y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes.—Es conducido a París.—Continúa prisionero en las Tullerías.

I

Los dos años de existencia que llevaba la Asamblea nacional la habían fatigado, y su movimiento legislativo empezó a disminuir; cuando no tuvo nada que destruir, no supo en qué ejercitar su actividad. Los jacobinos le hacían sombra, la popularidad se le escapaba, la prensa traspasaba sus límites, y los clubs la insultaban; instrumento gasta-

do de las conquistas del pueblo, conocía que el pueblo concluiría por destruirla, si no se disolvía por sí misma. Sus sesiones carecían de interés, concluía de confeccionar la Constitución como una carga impuesta, pero que la desanimaba antes de terminarla, porque no creía en su duración, a pesar de llamarla ella misma indestructible. Los grandes hombres que habían conmovido a Francia durante tanto tiempo, o habían muerto o la indiferencia popular les había hecho enmudecer. Maury, Cazalés y Clermont-Tonnerre no tomaban interés en un combate en que, salvado ya el honor, no se podía triunfar en lo sucesivo. Sólo de vez en cuando algunas explosiones de cólera de los partidos interrumpían la monotonía habitual de las discusiones teóricas, como ocurrió el 10 de junio cuando Cazalés y Robespierre discutieron el licenciamiento de los oficiales del ejército.

—¿Qué nos proponen los comités? — exclamó Robespierre—. ¿Que tengamos confianza en los juramentos y en el honor de los oficiales para defender la Constitución que detestan? ¿De qué honor se habla? ¿Qué honor hay que supere a la virtud y al amor a la patria? No creo en semejante honor.

Cazalés, que era oficial, se puso en pie, profundamente indignado, y dijo:

—No oír impunemente tan cobardes calumnias.

Estas palabras fueron acogidas con violentos murmullos por el partido de la izquierda, y los gritos de: ¡al orden! ¡a la abadía! ¡a la abadía! resonaron en las filas de los amigos de la revolución.

—Pues qué—respondió el orador realista—, ¡no es suficiente haber contenido mi indignación al oír la acusación lanzada contra dos mil ciudadanos que en todas las crisis actuales han mostrado tener la paciencia más heroica! He oído al preopinante, porque soy, lo confieso francamente, partidario de la libertad más absoluta en las opiniones; pero es superior al poder humano el impedirme tratar estas diatribas con el desprecio que merecen. Si aprobáis el licenciamiento que se os propone, no tendréis ejército; nuestras fronteras serán invadidas por el enemigo, y el interior que-

dará sometido a los excesos y al pillaje de una soldadesca desenfrenada.

Estas enérgicas palabras fueron la oración fúnebre pronunciada en honor del antiguo ejército; el proyecto del comité fué adoptado.

La discusión planteada para discutir la abolición de la pena de muerte, proporcionó a Adriano Duport la ocasión de pronunciar en pro del proyecto uno de esos discursos de fama perdurable, y que protestan en nombre de la razón y de la filosofía contra la ceguedad y la crueldad de las leyes. Demostró, con irrefragable lógica, que la sociedad, reservándose el derecho al homicidio, lo justificaba en cierto modo hasta en el asesinato y que el medio más eficaz de deshonorar el asesinato y prevenirlo era que la sociedad le mostrara un santo horror. Robespierre, que debía inmolarlo todo después, pedía que se desarmara a la sociedad de la pena de muerte. Si las preocupaciones de los juristas no hubieran prevalecido sobre las sanas doctrinas de la filosofía moral, ¿cuánta sangre menos se hubiera derramado en Francia?

Pero estas discusiones, encerradas en el recinto del Picadero, no interesaban tanto al pueblo como las apasionadas polémicas de la prensa. El periodismo, Foro universal y cotidiano de las pasiones del pueblo, se había hecho accesible a todos al obtener la libertad. Los ánimos ardientes se habían apresurado a utilizarlo, y Mirabeau mismo había dado el ejemplo abandonando la tribuna para escribir cartas a sus comitentes en el *Correo de la Provenza*. Camilo Desmoulins, joven de mucho talento, pero de escasa razón, transmitía al papel la febril agitación de sus pensamientos. Brisot, Gorsas, Carra, Prudhomme, Fréron, Dantón, Fauchet y Condorcet redactaban diarios democráticos, en los que se empezaba a pedir la abolición del trono. «La mayor plaga, decían las *Revoluciones de París*, que ha deshonrado jamás a la humanidad es la monarquía.» Marat parecía haber reconcentrado en sí todos los odios que fermentaban en aquella sociedad en descomposición y había-se convertido en la expresión permanente de la ira popular. Fingiéndola, la sostenía, y escribía con bilis y con sangre,

haciéndose cínico para penetrar más en las masas. Inventó el lenguaje de los furiosos, y, como el primer Bruto, se fingía loco; pero no era para salvar su patria, sino para arrastrarla a todos los vértigos y tiranizarla con su misma locura. Un sinnúmero de folletos, eco de los jacobinos y franciscanos, difundían a diario las inquietudes, las sospechas y los terrores populares.

«Ciudadanos, decía, vigilad ese palacio, asilo inviolable de todas las conspiraciones contra la nación; en él una reina fanatiza a un rey imbécil, y cría los lobeznos de la tiranía. Sacerdotes que no han prestado juramento bendicen las armas de la insurrección contra el pueblo, y preparan el San Bartolomé de los patriotas. El genio de Austria se esconde allí y presencia los conciliábulos presididos por María Antonieta; se avisa a los extranjeros y se les envía por conductos secretos el oro y las armas de Francia, para que los tiranos, que reúnen sus ejércitos en nuestras fronteras, nos sorprendan hambrientos y desarmados. Allí se da a los emigrados D'Artois y Condé la consigna para las próximas venganzas del despotismo. La guardia extranjera de suizos asalariados no es suficiente para ejecutar los proyectos liberticidas de Capeto, y todas las noches, los buenos ciudadanos que velan en torno de esta madriguera, ven entrar furtivamente a los antiguos nobles llevando armas ocultas bajo sus vestidos. Esos caballeros de puñal, ¿qué otra cosa son que los asesinos afiliados contra el pueblo? ¿Qué hace Lafayette? ¿Es su juguete o su cómplice? ¿Cómo deja francas las entradas de ese palacio, que sólo debían abrirse para la venganza o para la fuga? ¿Qué esperamos para hacer la revolución, dejando al enemigo coronado acechar, en medio de nosotros, el momento más oportuno para sorprenderla y anonadarla? ¿No veis que el dinero contante desaparece, y que los asignados se desacreditan? ¿Qué significan esas reuniones de emigrados en las fronteras y esos ejércitos que avanzan para ahogaros con una argolla de hierro? ¿Qué hacen los ministros? ¿Por qué no confiscan los bienes de los emigrados, que man sus casas y ponen precio a sus

cabezas? ¡Las armas están en manos de los traidores! ¿Quiénes mandan nuestros ejércitos? ¡Traidores! ¿Quién tiene las llaves de nuestras plazas fuertes? ¡Traidores, traidores, y en todas partes traidores! ¡y en el palacio de la traición el rey de los traidores! ¡el traidor inviolable y coronado el rey! ¿Os dicen que finge amar la Constitución? Es un lazo que se os tiende. ¿Viene a la Asamblea? Otro lazo. ¡Sólo lo hace para ocultar mejor su fuga! ¡Velad! ¡Velad! Se prepara un gran golpe que no tardará en estallar si no le prevenís con otro golpe más rápido y más terrible, ¡adiós, pueblo! ¡adiós, libertad!»

II

No todas estas declamaciones eran infundadas. El rey, honrado y bueno, no conspiraba contra su pueblo; la reina no pensaba vender a la casa de Austria la corona de su esposo y de su hijo. Si la Constitución que se acababa de hacer hubiera podido imponer el orden en el país y dar seguridad al trono, ningún sacrificio de poder hubiera costado a Luis XVI. Ningún príncipe tuvo mejor que él condiciones de carácter para la moderación; la pasiva resignación, que es el papel de los soberanos constitucionales, era su virtud: ni aspiraba a reconquistar ni a vengarse; su deseo único era que el pueblo apreciara su sinceridad, que se restableciera el orden en el interior, que se conservara la paz en el exterior, y que la Asamblea, dejando de nuevo lo que había tomado al poder ejecutivo, revisara la Constitución, y restituyera al trono lo absolutamente indispensable para hacer el bien del reino.

La reina misma, aunque de carácter más vehemente y más dominante, impulsada por la necesidad, se asociaba a las intenciones del rey; pero éste, teniendo una sola voluntad, tenía dos ministerios y dos políticas, una en Francia con sus ministros constitucionales, y otra fuera con sus hermanos y con sus agentes cerca de las potencias. El barón de Breteuil y Calonne, rivales de intriga, hablaban y negociaban en su nombre. El rey los desaprobaba, con sinceridad unas veces, y otras sin ella, en sus despachos

oficiales a los embajadores, pero sólo lo hacía por debilidad, pues parece excusable que un rey cautivo hable en tono alto a sus carceleros y en voz baja a sus amigos, dos lenguajes, que, no estando siempre acordes, dan a Luis XVI la apariencia de la deslealtad y de la traición; pero el rey no era traidor, el rey dudaba.

Sus hermanos, y especialmente el conde de Artois, forzaban fuera su voluntad, e interpretaban de un modo arbitrario su silencio; este joven príncipe iba de corte en corte y solicitaba en nombre de su hermano la coalición de las potencias monárquicas contra una doctrina que amenazaba derrocar todos los tronos. Acogido en Florencia por Leopoldo, emperador de Austria, hermano de la reina, obtuvo de él algunos días después, en Mantua, la promesa de un contingente de treinta y cinco mil hombres. El rey de Prusia, España, el rey de Cerdeña, Nápoles y Suiza garantizaban el envío de fuerzas proporcionadas; Luis XVI, tan pronto veía en esta esperanza de una intervención europea, el medio de intimidar a la Asamblea y atraerla a una conciliación con él, como la rechazaba como un crimen. El estado de su ánimo respecto a este punto dependía del estado del reino; su alma era agitada por el flujo y reflujo de los acontecimientos interiores. Un buen decreto, una reconciliación cordial con la Asamblea o un aplauso del pueblo, le consolaban y reconfortaban, haciéndole concebir esperanzas, que le inducían a escribir a sus agentes ordenándoles que disolvieran las reuniones hostiles de Coblenza. Pero surgía un motín, sitiaban las turbas el palacio, envilecía la Asamblea la dignidad real con cualquier desprecio o cualquier ultraje, y Luis XVI perdía las esperanzas que había fundado en la Constitución, y se resguardaba de ella. La incoherencia de sus ideas era el crimen del estado de cosas más bien que el propio; pero comprometía su causa dentro y fuera de la nación al mismo tiempo. Todo pensamiento, que no es único, se anula a sí mismo. El del rey, aunque recto en el fondo, era demasiado vacilante para no sufrir la influencia de los acontecimientos, cuya única dirección era la destrucción de la monarquía.

III

Esto no obstante, a pesar de las contradicciones de la voluntad real, la historia no desconoce que, desde el mes de noviembre de 1790, Luis XVI proyectaba vagamente el plan de su evasión de París, de acuerdo con el emperador. El rey había obtenido de este príncipe la promesa de situar un cuerpo de tropas en la frontera de Francia en el momento que le indicara; pero, ¿abrigaba Luis XVI el propósito de salir del reino para entrar de nuevo en él a la cabeza de tropas extranjeras, o se proponía únicamente reunir en torno suyo una parte de su propio ejército en una plaza fronteriza, y tratar desde allí con la Asamblea? Lo último es lo más probable.

El rey había estudiado mucho la historia, especialmente la de Inglaterra, y, como todos los desgraciados, buscaba en las desdichas de los príncipes destronados analogías con su propio infortunio; tenía siempre delante el retrato de Carlos I, hecho por Vandyck, y su historia veíase frecuentemente abierta sobre la mesa del gabinete de las Tullerías. Le llamaban poderosamente la atención estas dos circunstancias: que hubiera perdido la corona Jacobo II por haber abandonado su reino y que hubiera sido decapitado Carlos I por haberse opuesto al Parlamento y al pueblo. Estas reflexiones le inspiraron repugnancia instintiva contra el pensamiento de salir de Francia y el de entregarse en brazos del ejército. Para que se decidiera a adoptar una de estas dos resoluciones extremas habría sido preciso que su libertad de pensar estuviera completamente oprimida por la inminencia de los peligros, y que el terror que imperaba en el palacio de las Tullerías invadiese las almas de los infortunados monarcas.

Las violentas amenazas que se les dirigían, tan pronto como se asomaban a las ventanas de sus aposentos, los ultrajes de los periodistas, las vociferaciones de los jacobinos, los motines y los asesinatos, que se multiplicaban en toda la nación, los obstáculos violentos que se habían opuesto a su marcha a Saint-Cloud, y, por último, el recuerdo de los

puñales que habían dejado señales en el mismo lecho de la reina el 5 y 6 de octubre, todo le hacía vivir en perpetuo sobresalto y en constante angustia. Empezaba a comprender que a la revolución insaciable le enojaban hasta las concesiones que se le hacían; que el ciego furor de las facciones que no se había contenido en presencia de la majestad real, rodeada de sus guardias, tampoco lo contendría la inviolabilidad ilusoria decretada por la Constitución, y que su vida, la de su esposa, la de sus hijos y la de cuantas personas quedaban de la familia real, sólo podían encontrar salvación en la fuga.

Y, como única solución posible, ésta fué la que se adoptó; pero no sin haberse discutido muchas veces antes que el rey la aprobara. El mismo Mirabeau, vendido a la corte, la había propuesto en sus misteriosas entrevistas con la reina. Uno de los proyectos propuestos por este insigne orador al monarca era que huyera de París, se refugiara en medio de un campamento o en una ciudad fronteriza y tratara desde allí con la Asamblea intimidada. Mirabeau, continuando en París, se apoderaría del espíritu público y traería, aseguraba él, las cosas a un arreglo y a la restauración voluntaria de la autoridad real. Mirabeau se llevó sus esperanzas a la tumba. El mismo rey en su correspondencia secreta confiesa su repugnancia a poner su destino en manos del primero y del más poderoso de los facciosos. Sin embargo, no era ésta la inquietud que más agitaba el ánimo del rey y turbaba más profundamente el corazón de la reina, quienes no ignoraban que se trataba, ya en Coblenza, ya en los consejos de Leopoldo y del rey de Prusia, de declarar el trono de Francia vacante de hecho a causa de la falta de libertad del rey, y de nombrar regente del reino a uno de los príncipes emigrados, con el propósito de atraer a él con apariencias de legalidad a todos los súbditos fieles, y dar a las tropas extranjeras el derecho incontestable de intervención. El trono, aunque esté abatido, se niega siempre a dividirse.

En medio de tantos terrores, en el palacio en que la sedición había abierto tantas brechas, permanecían vivos aún

los celos. «El conde de Artois será, pues, un héroe», decía irónicamente la reina, que había amado mucho a aquel joven y que a la sazón lo aborrecía. El rey, por su parte, temía la caída moral con que se le amenazaba, bajo pretexto de libertar la monarquía; y sus amigos y sus enemigos le hacían temblar de igual modo. Sólo la fuga, rodeado de un ejército fiel, podría librarle de unos y de otros; pero la fuga era también un peligro. Si, lo que no era probable, la efectuaba con buen éxito, podía producir la guerra civil, y al rey le inspiraba horror la idea de ser causa del derramamiento de la sangre de sus súbditos; y, si fracasaba, le sería imputada como un crimen. En este caso, ¿quién podía decir dónde se detendría el furor de la nación? La caída, la cautividad y la muerte podía ocasionarlas el menor incidente o la más ligera indiscreción. Iba a suspender de un frágil hilo el trono, la libertad, la vida, y las existencias, mil veces más amadas para él, de su esposa, de sus dos hijos y de su hermana.

Sus angustias, que fueron largas y terribles, duraron ocho meses, y sólo tuvieron por confidentes a la reina, a madama Isabel, a algunos fieles servidores del palacio, y al marqués de Bouillé.

IV

El marqués de Bouillé tenía un carácter diametralmente opuesto al de su primo Lafayette. Guerrero varonil y severo, adicto a la monarquía por principios, y al rey por inclinación religiosa, respetaba profundamente las órdenes de este príncipe, y este respeto y adhesión le impedían emigrar; era del reducido número de oficiales generales a quienes querían las tropas que habían permanecido en su puesto, en medio de las borrascas de aquellos dos años, y que sin mostrarse partidario ni enemigo de las innovaciones, trató de conservar a su país la última fuerza, que sobrevive a todas las demás, y que en ocasiones las suple todas, la disciplina del ejército. Había servido gloriosamente en América, en las colonias y en las Indias, y la autoridad de su carácter y de su nombre permanecía imborrable en la memoria de

los soldados. La heroica represión de la famosa insurrección de las tropas en Nancy, en el mes de agosto anterior, había robustecido nuevamente esta autoridad en sus manos, siendo él el único de todos los generales franceses que reconquistó el mando y puso término a la insubordinación. La Asamblea, a quien, en medio de sus triunfos, inquietaba la sedición militar, le dió un voto de gracias, como libertador del reino; Lafayette, que mandaba ciudadanos, temía a este rival que mandaba batallones y lo contemplaba y festejaba, proponiéndole constantemente hacer una coalición de bayonetas que mandarían ambos, para asegurar la revolución y la monarquía. Bouillé, a quien inspiraba sospechas el realismo de Lafayette, le respondía con fría e irónica cortesía que disfrazaba mal sus sospechas. Estos caracteres eran incompatibles; representando uno el naciente patriotismo, y otro el antiguo honor, no podían unirse.

El marqués de Bouillé era jefe de las tropas de la Lorena, de Alsacia, del Franco Condado y de Champaña, extendiéndose su mando desde Suiza al Sambre, y teniendo bajo sus órdenes noventa batallones y ciento cuatro escuadrones; pero sólo tenía confianza en los veinte batallones de tropas alemanas y en algunos regimientos de caballería; los demás estaban ganados, y el espíritu de los clubs había introducido entre ellos la insubordinación y el odio al rey. Los regimientos prestaban más obediencia a los municipios que a los generales.

V

Desde el mes de febrero de 1791 el rey, que tenía confianza absoluta en el marqués de Bouillé, le escribió diciendo que él se arreglaría de modo que se le hicieran muy pronto proposiciones, de acuerdo con Mirabeau, y por medio del conde de Lamark, extranjero amigo y confidente del famoso orador citado. «Aunque estas gentes no son muy dignas de aprecio, decía el rey en su carta, y aunque no haya pagado muy bien a Mirabeau, creo que puede prestarme algún servicio. Escuchadle; pero no tengáis en él demasiada confianza.» Efecti-

vamente, el conde de Lamark no tardó en llegar a Metz; habló al marqués de Bouillé del objeto de su misión; le confesó que el rey había dado últimamente 600.000 francos a Mirabeau, además de los 50.000 francos mensuales que le pagaba. Explicó el plan de su conspiración contrarrevolucionaria, cuyo primer acto debía de ser la petición de libertad del rey, hecha por una representación de París y de los departamentos. En este plan todo reposaba sobre el poder de la palabra de Mirabeau. Embriagado con la elocuencia, este orador vendido ignoraba que las palabras, que tienen tanta eficacia para agitar las multitudes, no tienen ninguna para apaciguar: lanzan las naciones, pero sólo las bayonetas tienen poder para detenerlas. Bouillé, guerrero, se sonrió de las quimeras del tribuno, a quien, sin embargo, no quitó las esperanzas y prometió ayudarle. Escribió al rey que era necesario cubrir de oro la defección de Mirabeau, «malvado hábil, que podría quizá reparar por avaricia el mal que había ocasionado por venganza», y que desconfiase de Lafayette, «entusiasta quimérico, ansioso del favor popular, que acaso podía ser jefe de un partido, pero que era incapaz de ser el sostén de una monarquía».

VI

Muerto Mirabeau, el rey adoptó el plan de Bouillé modificándolo, y, a fines de abril, le dirigió una carta cifrada notificándole que se disponía a partir inmediatamente con su familia en un solo coche, que hacía construir en secreto y le mandaba establecer puestos de tropas desde Chalons a Montmedy, ciudad fronteriza, a donde se proponía dirigirse. El camino más recto de París a Montmedy pasaba por Reims; pero el rey temía ser conocido allí, donde había sido consagrado, y prefirió, a pesar de las observaciones del marqués de Bouillé, pasar por Varennes. Este camino tenía el inconveniente de carecer de puntos de relevos de tiros, siendo preciso enviarlos con varios pretextos; pero esto era suficiente para inspirar sospechas en pueblos pequeños. Los destacamentos en un camino que las tropas no frecuentaban de ordi-

nario, ofrecían el mismo riesgo, y Bouillé intentó disuadir al rey de tomar esta dirección, haciéndole ver, en su respuesta, que si los destacamentos eran numerosos inquietarían a los municipios y los excitarían a vigilar, y que, si eran pequeños, no podrían protegerle. Le aconsejaba también que no emplease un carruaje construido ex profeso y notable por su forma, sino que se utilizara las diligencias inglesas, coches usados entonces y más ligeros, insistiendo especialmente en la necesidad de llevar consigo un hombre seguro, enérgico y resuelto, que le aconsejara y secundara en todas las circunstancias imprevistas en un viaje de esa naturaleza, a cuyo fin le recomendaba al marqués de Agoult, mayor de las guardias francesas; y, por último, suplicaba al rey que tratara de decidir al emperador a efectuar un movimiento de tropas austriacas, amenazando aparentemente nuestras fronteras por la parte de Montmedy, con objeto de que la inquietud de las poblaciones justificase el movimiento de las partidas y la reunión de los cuerpos de caballería en las proximidades de aquella ciudad. El rey prometió llevar consigo al marqués de Agoult, pero no siguió los demás consejos del marqués de Bouillé, a quien pocos días antes de la marcha envió un millón en asignados para que comprara secretamente raciones y forrajes y pagara el sueldo de las tropas adictas, que debían secundar el proyecto. Adoptadas estas disposiciones, el marqués de Bouillé envió a un oficial de confianza de su estado mayor, apellidado Goguelat, a hacer un reconocimiento completo del camino y del país, entre Chalons y Montmedy, con encargo de enviar al rey una relación exacta y minuciosa del resultado del reconocimiento. Este oficial vió al rey y llevó sus órdenes a Bouillé.

Mientras tanto el marqués, disponiéndose a ejecutar las órdenes, según se había convenido, alejó las tropas patriotas, concentró los doce batallones extranjeros en los que tenía confianza absoluta, y un tren de artillería de diez y seis piezas se dirigió hacia Montmedy. El regimiento real alemán se situó en Stenay; un escuadrón de húsares, en Dun; otro, en Varennes; y dos de dragones, al mando

del conde Carlos de Damás, oficial inteligente y aventurero, debían encontrarse en Clermont el día que la familia real pasara por allí. Damás había recibido orden de enviar desde aquel punto un destacamento a Sainte-Menehould, y cincuenta húsares destacados de Varennes debían ir a Pont-Sommeville, entre Chalons y Sainte-Menehould, con pretexto de proteger el paso del dinero que enviaban de París para pagar a las tropas. De este modo, pasado Chalons, el coche del rey encontraría de relevo en relevo escoltas de tropas adictas. El comandante de estos destacamentos se acercaría a la portezuela al tiempo de cambiar el tiro, para recibir las órdenes que el rey tuviera por conveniente darle; si deseaba viajar sin ser conocido, los oficiales se limitarían a asegurar su paso contra todo obstáculo en el relevo, y se replugarían lentamente detrás de él en el mismo camino; pero, si quería escolta, harían montar sus dragones a caballo y se la darían. Todo estaba perfecta y prudentemente dispuesto y en el mayor secreto.

El rey escribió el 27 de mayo diciendo que saldría de París el 19 del mes siguiente, entre doce y una de la noche, en un coche particular; que en Bondy, lugar del primer relevo, tomaría su berlina, y que le esperaba uno de sus guardias de corps, destinado a servirle de correo; que, en el caso de que el rey no hubiera llegado a las dos, señal de haber sido detenido, el correo partiría solo a Pont-Sommeville a anunciar al marqués de Bouillé que la empresa había fracasado y prevenirle que se ocupara en su seguridad y en la de los oficiales comprometidos.

VII

Tan pronto como el marqués de Bouillé recibió estas instrucciones, hizo marchar al duque de Choiseul a París, donde debía esperar las órdenes del monarca y salir doce horas antes que él. Choiseul debía mandar a sus criados que estuvieran en Varennes el 18 con sus caballos para conducir el carruaje del rey, diciendo a éste claramente el punto donde estaban estos caballos para que el re-

levo se hiciera sin vacilaciones y sin pérdida de tiempo. Choiseul tenía orden de encargarse, al regreso, del mando de los húsares apostados en Pont-Sommeville, de esperar allí al rey, escoltarlo con sus húsares hasta Sainte-Menehould, y apostar en este punto su caballería con la consigna de no permitir el tránsito a nadie por el camino de París a Varennes ni por el de París a Verdún durante las veinticuatro horas siguientes a la del paso de la familia real. Choiseul recibió por conducto de Bouillé órdenes firmadas por el mismo rey, que le prescribían, como a los demás comandantes de destacamentos, el empleo de la fuerza en caso necesario para la seguridad y conservación de S. M. y de la familia real, y para arrancarlo de manos del pueblo, si éste conseguía apoderarse de su persona. Si el coche era detenido en Chalons, Choiseul advertiría al general, reuniría todos los destacamentos y marcharía a libertar a S. M. Recibió seiscientos lises en oro para que los distribuyera entre los soldados de los destacamentos, con el propósito de exaltar su decisión en el momento en que el rey apareciera y se diese a conocer.

Goguelat marchó al mismo tiempo a París para hacer un nuevo reconocimiento, pasando por Stenay, Dun, Varennes y Sainte-Menehould, y para inculcar bien la topografía del camino en la memoria del rey; además, debía llevar las últimas instrucciones a Bouillé, regresando a Montmedy por otros lugares. El mismo marqués de Bouillé salió de Metz con pretexto de inspeccionar las plazas que estaban bajo su mando, y se acercó a Montmedy. El 15 se encontraba en Longwy donde recibió un aviso del rey, anunciándole que su salida había sufrido un retraso de veinticuatro horas, por la necesidad de ocultar los preparativos a una camarera de la reina, demócrata fanática, capaz de denunciarlos, y cuyo servicio no terminaba hasta el 19. S. M. añadía que no llevaría consigo al marqués de Agoult, porque madama de Tourzel, aya de los infantes de Francia, había reclamado los derechos de su cargo y se empeñaba en acompañarlos.

Este retraso imponía fatales contraórdenes, toda la precisión de los lugares

y tiempo estaba comprometida: el paso de los destacamentos se convertía en estancia; los relevos preparados podían retirarse; pero el marqués de Bouillé obvió en lo posible todos estos inconvenientes, transmitiendo órdenes modificadas a los comandantes de las partidas y avanzando él mismo a Stenay, donde encontró el regimiento real alemán, con el que contaba seguramente. El 21 reunió a los generales que tenía a sus órdenes, para anunciarles que el rey pasaría de noche por las puertas de Stenay, y llegaría a la mañana del día siguiente a Montmedy, y encargó al general Klinglin que preparara, bajo el cañón de esta plaza, un campo de doce batallones y de veinticuatro escuadrones; el rey debía descansar en un castillo detrás del campo, y este castillo serviría de cuartel general, por ser más conveniente y más seguro que el rey estuviera en medio de su ejército que en una plaza fuerte. Los generales no hicieron la menor objeción; Bouillé dejó en Stenay al general de Hoffelizze, con el regimiento real alemán, y la orden de hacer ensillar al anochecer los caballos de su regimiento, mandarle montar a la madrugada, y situar a las diez de la noche un destacamento de cincuenta caballos entre Stenay y Dun, para que esperara al rey y lo escoltara hasta Stenay.

Por la noche, salió Choiseul de Stenay a caballo con algunos oficiales, llegando hasta las puertas de Dun, donde no quiso entrar, temeroso de que su presencia agitara al pueblo. Allí esperó en silencio sin revelar que un correo debía llegar una hora antes que los coches. Sobre su alma gravitaban el destino de la monarquía, el trono de una dinastía, las vidas de toda la familia real, rey, reina, princesa e infantes, y aquella noche tenía para él la duración de un siglo; pero el tiempo transcurría y el galope de ningún caballo iba a anunciar a aquel grupo, oculto entre los árboles, que el rey de Francia se había salvado o estaba perdido.

VIII

Mientras transcurrían estas largas horas de angustia, ¿qué pasaba en las Tullerías? El rey, la reina, madama Isabel,

algunos criados adictos y el conde de Fersén, noble sueco, encargado de los preparativos de marcha en el exterior del palacio, guardaban religiosamente el secreto. Vagos rumores, semejantes a los presentimientos que se tienen de las cosas antes de que ocurran, se habían difundido en los últimos días; pero éstos rumores más eran efecto de la inquietud disposición de los ánimos que de ninguna revelación positiva de los confidentes de la fuga. Estos rumores, sin embargo, que no cesaban de mortificar a Lafayette y a su estado mayor, hacían doblar la vigilancia en derredor del palacio y hasta en los mismos aposentos del monarca. Desde el 5 y 6 de octubre la casa militar había sido licenciada; las compañías de guardias de corps, de las que cada soldado era un noble, y cuyo honor, clase, tradición y espíritu de cuerpo, eran garantía de invariable fidelidad, habían sido disueltas. Aquella respetuosa vigilancia que convertía en culto su servicio al lado de las personas reales, había sido substituída por la vigilancia recelosa de la guardia nacional que espiaba al rey más que guardaba al monarca. Los guardias suizos rodeaban aún las Tullerías, pero no ocupaban más que los puestos exteriores. El interior del palacio, las galerías, y las comunicaciones entre las habitaciones los guardaba la guardia nacional. Lafayette recorría los puestos constantemente, y sus oficiales vigilaban durante la noche todas las salidas, con orden de impedir salir de palacio al mismo rey.

Además de esta vigilancia oficial, los numerosos criados de palacio, en quienes el espíritu de la revolución fomentaba la infidelidad y santificaba la ingratitude, ejercían un secreto e íntimo espionaje, creyendo, lo mismo que otras personas de más categoría, que era virtud la delación, y la traición patriotismo. El rey, en el interior del palacio de sus padres, no confiaba más que en la reina, en su hermana y en algunos, muy pocos, cortesanos, pero hasta de sus gestos se daba cuenta a Lafayette. Este expulsó de palacio violenta e injuriosamente a algunos fieles gentileshombres, que habían acudido a reforzar la guardia de las habitaciones el día del motín de Vincennes.

El rey vióse obligado a permitir que expulsaran vergonzosamente de su mansión a sus más decididos amigos, que fueron entregados a las burlas y a los ultrajes del pueblo. A la familia real, pues, le era imposible encontrar dentro de su residencia cómplices que favorecieran su evasión.

IX

El principal confidente y agente casi único de esta arriesgada empresa fué el conde de Fersén, joven, bello y resuelto que había sido admitido en las intimidades de Trianón en los días venturosos de María Antonieta. Asegúrase que tributaba a la reina un culto caballeresco, al que sólo el respeto le impedía dar el nombre de amor, y este culto a la belleza de la soberana se convirtió en el alma del sueco en una apasionada decisión durante la desgracia. El instinto de María Antonieta no la engañó cuando buscó en su pensamiento la persona a quien podría confiar la salvación del rey y la de sus hijos, y se acordó de Fersén, quien salió de Stokolmo al recibir el primer aviso, vió a los reyes y se encargó de preparar el coche que debía esperar en Bondy a la augusta familia. Su carácter de extranjero disimulaba todos sus pasos, que combinó con felicidad igual a su adhesión. Tomó por confidentes a tres antiguos guardias de corps, apellidados Valory, de Moustir y de Maldán, a quienes ensayó el papel que les había designado S. M., que fué el de disfrazarse de criados, subir en el pescante de los coches y proteger la familia real contra todos los azares del camino. Estos tres oscuros nombres de nobles provincianos eclipsaron en aquella ocasión los nombres de muchos caballeros de la corte. Preveían su suerte en el caso de que arrestasen al rey; mas, para ser los libertadores de su soberano, iban valerosamente dispuestos a ofrecerse como víctimas al pueblo.

X

A la reina le embargaba desde hacía mucho tiempo la idea de esta fuga. Ya en el mes de marzo había encargado a una de sus camaristas que enviara a

Bruselas un ajuar completo para Madama y vestidos para el Delfín; también había enviado su neceser de viaje a su hermana la archiduquesa Cristina, gobernadora de los Países Bajos con pretexto de hacerle un obsequio; sus diamantes y sus joyas habían sido confiados a Leonardo, su peluquero, que marchó antes que ella con el duque de Choiseul. Estos indicios de fuga no pasaron completamente inadvertidos a la pérfida vigilancia de una de las mujeres del servicio interior, que había observado muchos cuchicheos y gestos, y había visto carteras abiertas sobre las mesas y que faltaban los adornos de los estuches. Esta mujer denunció sus observaciones a Gouvión, ayudante de campo de Lafayette, con quien tenía relaciones íntimas, y Gouvión trasladó al alcalde de París y a su general; pero estas denuncias eran tan frecuentes, se recibían por tantos conductos, y tantas veces las habían desmentido los hechos, que se concluyó por no darles importancia. Sin embargo, aquel día las advertencias de esta mujer infiel hicieron que se redoblasen las medidas de vigilancia nocturna en derredor del palacio, y Gouvión retuvo, con varios pretextos, en su habitación de las Tullerías, a muchos oficiales de la guardia nacional; él mismo los colocó en las puertas de las habitaciones y pasó con cinco jefes de batallón una gran parte de la noche junto al aposento que había sido del duque de Villequier, cuyo lugar había sido recomendado a su especial vigilancia. Le dijeron, y así era realmente, que la reina podía comunicarse desde sus gabinetes por un pasadizo secreto con los cuartos de este antiguo capitán de guardias, y que el rey, hábil como se sabe que era en cerrajería, había fabricado llaves falsas que abrían las puertas.

En fin, estos rumores que circulaban desde la guardia nacional hasta los clubs, convirtieron aquella noche a cada patriota en un carcelero del rey. Se leyó con admiración en el periódico de Camilo Desmoulins, con fecha 20 de junio de 1791, lo siguiente:

«La noche ha transcurrido tranquilamente en París. Cuando salí yo, dice Desmoulins, a las once, del club de los ja-

cobinos con Dantón y otros patriotas, no encontramos en todo el camino más que una patrulla. Creyendo esta noche que París estaba tan abandonado, no pude menos de decirlo. Uno de mis compañeros, Frerón, que llevaba en el bolsillo una carta, en la que se le aseguraba que el rey saldría aquella noche, quiso observar el palacio y vió a Lafayette que entraba en él a las once.»

El mismo Desmoulin refiere después las inquietudes instintivas del pueblo en aquella noche fatal en los siguientes términos:

«La noche en que la familia de los Capetos huyó, el señor Busebi, peluquero, habitante en la calle de Borbón, fué a casa del señor Hucher, panadero y zapador del batallón de los Teatinos, para comunicarle sus temores acerca de lo que acababa de saber respecto a las disposiciones que tomaba el rey para fugarse; fueron inmediatamente a despertar a sus vecinos, y reunidos pronto unos treinta, corrieron a casa de Lafayette, le anunciaron que el rey iba a partir y le intimaron a tomar en seguida medidas para evitarlo. Lafayette soltó la risa, y les recomendó que volvieran tranquilos a su casa, y para que no les detuvieran al retirarse le pidieron el santo, que les dió. Apenas lo tuvieron se encaminaron a las Tullerías, donde no observaron ningún movimiento, sino un gran número de cocheros de alquiler que paseaban en torno de las tiendas ambulantes que hay en las proximidades de la puerta llamada del Carrousel; dieron la vuelta hasta la puerta del Picadero, donde celebraba sus sesiones la Asamblea, y nada advirtieron que les infundiera sospecha; pero al regreso les sorprendió el no encontrar ni un solo coche de alquiler en la plaza; todos habían desaparecido, lo cual les indujo a suponer que algunos de estos coches habrían servido a las personas que debían acompañar a aquella familia indigna.»

Esta sorda agitación popular y la severidad de la prisión del rey revelan cuán difícil era la evasión de tantas personas al mismo tiempo y, sin embargo, fuera por la complicidad de algunos guardias nacionales de confianza, que reclamaron prestar servicio este día en los puestos

interiores, y que cerraron los ojos a las infracciones de las consignas; fuera por virtud de las medidas adoptadas en el exterior por el conde de Fersén, o ya, en fin, porque la Providencia quisiera dar una esperanza a los que bien pronto iba a abrumar con tantos infortunios, los fugitivos burlaron toda la vigilancia de los guardias y la revolución dejó por un momento escapar su presa.

XI

El rey y la reina admitieron, como de ordinario, al irse a acostar, a las personas que acostumbraban hacerles la corte a aquellas horas, y no despidieron a los criados más temprano que los demás días; pero tan pronto como se quedaron solos, volvieron a vestirse poniéndose trajes de camino muy sencillos y adecuados al papel que cada uno de los fugitivos iba a desempeñar. Se reunieron con Madama Isabel y sus hijos en el aposento de María Antonieta, desde donde pasaron por un pasillo secreto a la habitación del duque de Villequier, y salieron del palacio en grupos separados y a intervalos para no llamar la atención de los centinelas que vigilaban en los patios. Favorecidos por el movimiento de las gentes que a pie y en coche salían de palacio a la misma hora, después de acostarse el rey, que Fersén había multiplicado aquella noche, llegaron hasta el Carrousel sin que fueran conocidos. La reina iba cogida al brazo de uno de los guardias de corps, conduciendo por la mano a Madama Real: al atravesar el Carrousel encontró a Lafayette acompañado de uno o dos oficiales de su estado mayor, que entraba en las Tullerías para convencerse de *visu* de que las medidas adoptadas a causa de las denuncias formuladas aquel día habían sido ejecutadas fielmente. María Antonieta tembló al reconocer a aquel hombre que representaba para ella la insurrección y el cautiverio, y, al escapar a su mirada, creyó haber escapado a las miradas vigilantes de toda la nación. Se sonrió ufana de la decepción de aquel carcelero engañado, que al día siguiente no podría presentar al pueblo sus cautivos. Madama Isabel, apoyada también en el brazo de otro de

los guardias, la seguía a alguna distancia; el rey salió el último con el Delfín, que tenía entonces siete años de edad. El conde de Fersén, disfrazado de cochero, precedía al rey sirviéndole de guía. El punto de reunión de la familia real debía ser en el muelle de los Teatinos, donde esperaban a los viajeros dos coches particulares. Las camaristas de la reina y la marquesa de Tourzel habían salido delante.

Con la turbación consiguiente a una fuga tan arriesgada y complicada, la reina y su guía atravesaron el puente real, internándose algo en la calle de Bac, y, al advertir su error, se inquietaron mucho y retrocedieron precipitadamente. Obligados a encaminarse al mismo sitio el rey y su hijo por calles extraviadas y por otro puente, tardaron media hora, que para la reina y para su hermana tuvo la duración de un siglo; pero por fin llegaron y entraron en el primer coche; el conde de Fersén subió al pescante, empuñó las riendas y condujo personalmente la familia real hasta Bondy, primer relevo de postas entre París y Chalons, donde encontraron ya enganchados, por orden del conde, la berlina construída expreso para el rey y un cabriolé que debía seguirla. Las dos camaristas de la reina y uno de los guardias de corps disfrazados, subieron en el cabriolé; el rey, la reina, el Delfín, Madama Real, Madama Isabel y la marquesa de Tourzel en la berlina; un guardia de corps se sentó delante y otro detrás. El conde de Fersén besó las manos al rey y a la reina, los confió a la Providencia y regresó a París desde donde salió la misma noche por otro camino con dirección a Bruselas, donde se proponía reunirse más tarde con la familia real. A la misma hora, el hermano del rey, conde de Provenza, salía también del palacio de Luxemburgo para Bruselas, a donde llegó sin haber sido conocido.

XII

Los coches que conducían a la familia real marchaban por el camino de Chalons, en cuyas casas de postas se habían pedido de antemano los relevos de ocho caballos. Este número, las dimensiones

y forma notable de la berlina, el número de viajeros que la ocupaba, los guardias de corps, cuya librea estaba en contradicción con su noble fisonomía y su aspecto militar, el rostro borbónico de Luis XVI, sentado en un rincón del coche, y que contrastaba notablemente con el papel de ayuda de cámara que había tomado, todas estas circunstancias reunidas eran motivo sobrado para despertar sospechas en el camino y comprometer la salvación de la familia real; pero el pasaporte del ministro de negocios extranjeros los ponía a salvo. El documento ministerial estaba redactado en la siguiente forma: «De orden del rey, mandamos dejar pasar a la señora baronesa de Kort, que va a Francfort con sus dos hijos, una camarera, un ayuda de cámara y tres criados», y más abajo «El ministro de Negocios Extranjeros, *Montmorin*.» Este nombre extranjero, el título de baronesa alemana, la opulencia proverbial de los banqueros de Francfort, a quienes el pueblo atribuía los más espléndidos y más raros trenes, todo había sido tenido en cuenta por el conde de Fersén para atenuar lo que la comitiva real tenía de sospechoso y de inusitado; y, en efecto, nada excitó la atención pública, ni nada disminuyó la celeridad del viaje hasta Montmirail, pueblo pequeño situado entre Meaux y Chalons. La compostura que fué necesario hacer allí en el carruaje detuvo una hora la marcha del rey. Este retraso, durante el cual podía ser descubierta la fuga del monarca en las Tullerías, y despachar correos en su busca, llenó de consternación a los fugitivos. Sin embargo, el coche no tardó en ser recompuesto, y los viajeros reanudaron la marcha sin pensar que la pérdida de esta hora iba a costar quizá la libertad y la vida a cuatro de las cinco personas que componían la familia real.

Viajaban confiados. El feliz éxito de su evasión de palacio, su salida de París, la puntualidad de los relevos hasta entonces, la soledad de los caminos, la poca atención de las ciudades y las villas que habían atravesado, tantos peligros vencidos ya, la salvación tan próxima, acercándoles cada vuelta de las ruedas al marqués de Bouillé y a las tropas fieles apostadas por

éste para recibirlos, hasta la belleza misma de la estación y del día, tan dulce a los ojos que desde hacía dos años sólo contemplaban las sediciosas reuniones de las Tullerías o los bosques de bayonetas del pueblo armado bajo sus ventanas, todo aliviaba la angustia de su corazón, todo les hacía creer que la Providencia los protegía y que las súplicas tan fervientes como puras de sus hijos, a quienes estrechaban teniéndolos sobre sus rodillas, y del ángel encarnado en la débil persona de Madama Isabel, habían vencido la obstinación de su infortunio.

Bajo estos favorables auspicios llegaron a Chalons, única ciudad grande que tenían que atravesar. Eran las tres y media de la tarde; algunos desocupados se agrupaban con curiosidad alrededor de los coches mientras se cambiaban los caballos; el rey asomóse un poco a la portezuela y tuvo la desgracia de ser conocido por el maestro de postas; pero este buen hombre, comprendiendo que la vida de su soberano dependía de una mirada o de un gesto de asombro, reconcentró su emoción en el alma, distrajo a la multitud, ayudó personalmente a enganchar los caballos y dió prisa a los postillones para que apresuraran la marcha. Este hombre fué el único entre todo el pueblo que no se degradó haciendo derramar la sangre de su rey.

Cuando el coche salió de las puertas de Chalons, el rey, la reina y Madama Isabel exclamaron a un tiempo: «¡Estamos libres!» Efectivamente, pasado Chalons, la salvación del rey ya no era obra de la casualidad, sino de la prudencia y de la fuerza. El primer relevo estaba en Pont-Sommevesle, donde, en virtud de las disposiciones de Bouillé, debían encontrarse Choiseul y Goguelat a la cabeza de un destacamento de cincuenta húsares para proteger al rey en caso necesario y escoltarle; debían, además, tan pronto como divisaran el coche real, enviar un húsar para anunciar al puesto de Sainte-Menehould y al de Clermont el próximo paso de la familia real: el rey iba confiado en encontrar allí amigos adictos y armados y no encontró a nadie. Choiseul, de Goguelat y los cincuenta húsares habían partido media hora antes. El pueblo, inquieto y agitado, ron-

daba murmurando en torno de los coches y examinaba con investigadora mirada a los viajeros; pero nadie se atrevió a impedir la marcha, y el rey llegó a las siete y media de la tarde a Sainte-Menehould, siendo todavía día muy claro. Inquieto por no encontrar las escoltas convenidas en los dos últimos relevos por donde acababa de pasar, el rey asomó la cabeza a la portezuela para buscar en la multitud una mirada de inteligencia o un oficial de confianza, que le expusiera el motivo de la falta de los destacamentos, y este movimiento lo perdió: el hijo del maestro de postas, Drouet, reconoció al rey, a pesar de no haberlo visto personalmente jamás, por su semejanza con la efigie de Luis XVI en las monedas. Pero, como los coches estaban ya enganchados, los postillones a caballo y la ciudad ocupada por un destacamento de dragones que podía forzar el paso, este joven no se atrevió a oponerse a la marcha de los castruajes.

XIII

El comandante del destacamento de dragones que espiaba paseándose en la plaza, también había conocido los coches reales, cuyas señas se le habían remitido, y quiso hacer montar la tropa a caballo para seguir al monarca; pero los guardias nacionales de Sainte-Menehould, a quienes el rumor que circuló respecto a la semejanza de los viajeros con los retratos de la familia real había prevenido rápidamente, rodearon el cuartel, cerraron la puerta de las cuadras, e impidieron salir a los dragones. Durante este rápido e instintivo movimiento popular, el hijo del maestro de postas ensilló su mejor caballo y salió a escape para llegar a Varennes antes que la familia real con objeto de exponer sus sospechas a aquella municipalidad, y excitar a los patriotas a arrestar al monarca, quien, mientras tanto, se encaminaba confiadamente a la misma ciudad. Drouet tenía seguridad de adelantarse al rey porque el camino de Sainte-Menehould a Varennes describe un ángulo considerable pasando por Clermont, donde hay un relevo intermedio, y el camino directo, trazado únicamente para los que

viajan a pie y a caballo, va en línea recta a Varennes, sin pasar por Clermont, disminuyendo en cuatro leguas la distancia que media entre esta ciudad y Sainte-Menehould. A Drouet, pues, le sobraba tiempo para lograr su propósito, y la traición corre siempre más de prisa que la lealtad. Sin embargo, por extraño capricho de la suerte, la muerte corría también detrás de Drouet, amenazándole sin él saberlo, como Drouet amenazaba, sin saberlo el rey, la vida de su soberano.

Un sargento primero de los dragones encerrados en el cuartel de Sainte-Menehould, había encontrado medio de montar a caballo, burlando la vigilancia del pueblo, e instruido por su comandante de la marcha precipitada de Drouet, y sospechando el motivo, lanzóse en su persecución por el camino de Varennes, seguro de alcanzarle y dispuesto a darle muerte. Lo seguía, sin perderlo de vista, pero a cierta distancia para no hacerse sospechoso y para acercarse a él insensiblemente y alcanzarlo en el momento favorable y en sitio a propósito. Drouet, que con frecuencia había vuelto la cabeza atrás para observar si lo seguían, vió al sargento, comprendió su táctica y se propuso burlarlo. Hijo del país y conocedor de todos los senderos, se separó de pronto del camino, atravesó unos campos y ocultóse en un bosque; el sargento lo perdió de vista y siguió velozmente la marcha encaminándose a Varennes.

En Clermont, el rey fué conocido por el conde Carlos de Damás, que lo esperaba a la cabeza de dos escuadrones; pero la municipalidad, de aquella villa, sin poner obstáculo a la marcha de los coches, recelosa por la larga estancia allí de aquellas tropas, mandó a los dragones que no marcharan, y las tropas obedecieron al pueblo. El conde de Damás, abandonado por sus escuadrones, logró escaparse con un cabo y tres dragones más y galopó hacia Varennes a cierta distancia del rey. ¡Socorro débil o demasado tardío!

La familia real, que iba encerrada en la berlina, y no encontraba obstáculos en su camino, ignoraba estos siniestros accidentes. Los coches llegaron a las pri-

meras casas del pequeño pueblo de Varennes a las once y media de la noche. Todo dormía o parecía dormir, todo estaba desierto y silencioso. Como Varennes no estaba en la línea de postas de Chalons a Montmedy, el rey no debía encontrar allí caballos de alquiler; pero había convenido con Bouillé que los de Choiseul lo esperarían en un sitio previamente designado y relevarían a los que trajeran los coches para conducirlos a Dun y Stenay, donde Bouillé esperaba al monarca. Según las instrucciones de Bouillé, Choiseul y Goguelat con el destacamento de cincuenta húsares debían esperar a Luis XVI en Pont-Sommevesle y replegarse después detrás; pero éstos ni le habían esperado ni lo habían seguido. En vez de encontrarse al mismo tiempo que el monarca en Varennes, estos oficiales, al marchar de Pont-Sommevesle, tomaron con su destacamento un camino que deja a un lado a Sainte-Menehould, y que alarga muchas leguas la distancia que separa a Pont-Sommevesle de Varennes. Este cambio de itinerario tenía por objeto evitar el paso por Sainte-Menehould, donde la presencia de los húsares había promovido la antevíspera alguna agitación. A causa de esto, Goguelat y Choiseul, los dos guías de la fuga, no estaban en Varennes cuando llegó el rey, ni llegaron hasta una hora después, y los coches quedaron detenidos a la entrada del pueblo.

Admirado el rey de no ver a ninguno de los dos oficiales, ni escolta, ni relevo, esperaba ansiosamente que el chasquido de látigos de los postillones acercaran al fin los caballos que le eran indispensables para proseguir la marcha. Los tres guardias de corps se aparearon y fueron de puerta en puerta preguntando dónde podrían estar los caballos; pero nadie pudo informarles.

XIV

Forman el pequeño pueblo de Varennes dos barrios distintos, denominados alto y bajo, a los que separan un río y un puente. Goguelat había situado el relevo en el barrio bajo, al otro lado del puente, medida de prudencia, que servía para que atravesaran los coches el desfila-

dero del puente con los caballos ya calientes de Clermont, y, en caso de agitación popular, el relevo y la marcha eran más fáciles después; pero era necesario que el rey hubiera estado advertido de ello, y no lo estaba. Vivamente agitados el rey y la reina, se apearon del coche y paseáronse durante media hora por las desiértas calles del barrio alto, tratando de inquirir dónde estaba el relevo: llamaron a las puertas de las casas en que había luz, preguntaron; pero, como nadie los comprendía, volvieron por fin desanimados a los carruajes, que los postillones impacientes amenazaban desenganchar y abandonar. A fuerza de instancias, de oro y de promesas, deciden a aquellos hombres a montar de nuevo y pasar adelante. Reanudan la marcha los coches, los viajeros se tranquilizan, atribuyendo este accidente a una equivocación, y su esperanza los coloca dentro de algunos minutos en medio del campamento de Bouillé. Atraviesan el barrio alto sin la menor dificultad; las casas cerradas reposan aparentemente en calma; sólo algunos hombres velan, pero éstos están ocultos y silenciosos.

A la entrada del puente que separa los barrios alto y bajo hay una torre, que reposa sobre una bóveda maciza, sombría y estrecha que los carruajes tienen que pasar despacio y donde el menor obstáculo puede impedirles avanzar. Resto del feudalismo, lazo siniestro en que la nobleza apresaba en otro tiempo a los pueblos, y donde por un extraño cambio el pueblo iba a apresar a su vez a toda una monarquía. Apenas entraron los caballos bajo aquella obscura bóveda, cuando espantados a causa de una carreta volcada y de obstáculos puestos delante de sus ojos, se detuvieron; salieron de la sombra cinco o seis hombres, se abalanzaron a las cabezas de los caballos, a los pescantes y a las portezuelas de los coches y mandaron a los viajeros que se apearan y fueran a las oficinas de la municipalidad para identificar sus pasaportes. Quien con tanta insolencia daba órdenes a su rey era Drouet, que apenas llegó de Sainte-Menehould, fué a despertar de su primer sueño a algunos patriotas amigos suyos, a informarles de sus conjeturas, y comunicarles la in-

quietud que lo devoraba. No teniendo aún seguridad de la certidumbre de sus sospechas o deseando reservar para sí solos la gloria de detener al rey de Francia, no advirtieron a la municipalidad, absteniéndose de amotinar el pueblo. La apariencia de un complot halagaba más su patriotismo; creían que ellos eran toda la nación.

Ante esta repentina aparición, aquellos gritos y el reflejo de los sables y bayonetas, los guardias de corps pusieron en pie en sus asientos, echando mano a las armas ocultas y con una mirada pidieron órdenes al rey, que les prohibió emplear la fuerza para abrirle paso. Drouet y sus amigos volvieron los caballos y condujeron los coches a la puerta de la casa de un especiero llamado Sausse, procurador síndico de Varennes, donde obligaron a apearse al rey y a su familia para examinar los pasaportes, y hacer constar la realidad de sus sospechas. Los amigos de Drouet se diseminaron entonces dando gritos por todo el pueblo, llamando a las puertas, subieron al campanario y tocaron a rebato. Los habitantes se despiertan asustados; los guardias nacionales del pueblo y de las casas de campo inmediatas van llegando uno a uno a la puerta de Sausse, mientras otros se dirigen al cuartel del destacamento para seducir las tropas o para desarmarlas. El rey niega al principio su calidad; pero su rostro y el de la reina les traiciona. Viéndose descubiertos, declara su nombre al alcalde y a los individuos del ayuntamiento, y cogiendo la mano de Sausse, les dice:

—Sí, soy efectivamente vuestro rey, y confío mi suerte, la de mi esposa, de mi hermana y de mis hijos a vuestra fidelidad. Nuestras vidas, el destino del Imperio, la paz de Francia y hasta la salvación de la Constitución, están en vuestras manos. Dejadme marchar, no huyo al extranjero, no salgo de la nación, voy a recobrar, en medio de una parte de mi ejército y en una ciudad francesa, mi libertad real, que los facciosos no me dejan en París. Desde allí trataré con la Asamblea que, como yo, está dominada por el terror del populacho. No voy a destruir, sino a proteger y garantizar la Constitución; si me dete-

néis, ¿qué será de la Constitución, de mí y, quizá, de Francia? ¡Os ruego como hombre, como esposo, como padre y como ciudadano! Franqueadnos el paso; dentro de una hora estaremos en salvo, y Francia se salvará con nosotros; y, si guardáis fidelidad a quien fué vuestro señor, ¡os lo mando como rey!

XV

Conmovidos y respetuosos en medio de su violencia, aquellos hombres dudan y parece que están dispuestos a rendirse; su rostro y sus lágrimas revelan la lucha que sostienen con su conciencia de patriotas, la natural piedad que les inspira el infortunio de la familia real. El espectáculo de un rey suplicando y estrechándoles las manos, de la reina, majestuosa y arrodillada con humildad a un tiempo mismo, que se esfuerza en arrancarles, por la desesperación o por los ruegos, el consentimiento de dejarlos pasar, los trastorna. Cederían si no escucharan más que la voz de su alma; pero la responsabilidad de su indulgencia les inspira temor. El pueblo les pedirá cuenta de la persona del rey; la nación de la del jefe y el egoísmo los endurece; la mujer de Sausse, a quien éste consulta frecuentemente con la vista y en cuyo corazón la reina espera encontrar más piedad se muestra insensible. Mientras que el rey arenga a la municipalidad, María Antonieta, desolada, con sus hijos sobre las rodillas, sentada en la tienda entre los fardos de mercancías, presenta los niños a la señora Sausse.

—¡Sois madre, señora — le dice—, sois mujer! La suerte de una mujer y de una madre está en vuestras manos. Pensad en lo que debo sufrir por mis hijos y por mi esposo. ¡Pronunciad una palabra y os lo deberé todo! ¡la reina de Francia os deberá más que su reino, más que la vida!

—Señora—responde secamente la mujer del especiero con el buen sentido trivial de los corazones, en que el cálculo extingue la generosidad—, quisiera seros útil; pero vos pensáis en el rey y yo pienso en Sausse. La mujer debe pensar en su marido.

Cuando ni las mujeres se mostraban

piadosas, era inútil abrigar la menor esperanza de salvación. La reina, indignada y furiosa, se retiró con Madama Isabel y los niños a dos pequeños aposentos situados en el piso alto de la casa de la señora Sausse, anegada en llanto. El rey, rodeado abajo por los individuos del ayuntamiento y los guardias nacionales, renunció también a conmooverlos: subió y bajó con frecuencia la escalera de la miserable tienda, yendo de la reina a su hermana y de ésta a sus hijos. Lo que no había podido obtener de la conmiseración, lo esperaba del tiempo y de la fuerza. No creía que aquellos hombres, que continuaban mostrándose sensibles y respetuosos, insistieran realmente en detenerlo hasta recibir órdenes de la Asamblea. De todos modos, abrigaba la convicción de ser puesto en libertad antes que volvieran los correos enviados a París por las tropas del marqués de Bouillé, de las que se creía rodeado, sin que el pueblo lo supiera, y sólo se admiraba que el correo tardara tanto. Pero el tiempo transcurría, la noche se pasaba y los socorros no acababan de llegar.

XVI

El oficial destacado, bajo cuyo mando estaba el escuadrón de húsares apostado en Varennes por Bouillé no conocía todos los detalles ni la extensión del complot; sólo le habían dicho que debía pasar una conducción de dinero y que la escoltase. Ningún correo había precedido a los coches del rey, ningún soldado de a caballo había llegado de Sainte-Menehould para prevenirle que reuniese su tropa. Choiseul y Goguelat, que debían encontrarse en Varennes antes de la llegada del rey, y dar a este oficial las últimas instrucciones de su misión no llegaron allí; el oficial mismo estaba entregado a su propia incertidumbre. Otros dos oficiales sin tropas iniciadas por Bouillé en la confianza completa del viaje, fueron enviados por éste a Varennes; pero se habían quedado en el barrio de abajo y en la misma posada en que los caballos de Choiseul, destinados a conducir los coches del rey, estaban preparados; ignoraban qué ocurría en la otra parte del pueblo, y esperaban, conforme

a las órdenes recibidas, la presencia de Goguelat, cuando el ruido de la alarma los despertó.

Choiseul y Goguelat, con el conde Carlos de Damás y sus tres fieles dragones galopaban hacia Varennes; habiendo logrado escapar de la insurrección del escuadrón de Clermont, llegaron a las puertas de la villa, tres cuartos de hora después del arresto del rey; la guardia nacional los reconoció y los detuvo, obligándolos a apearse antes de dejarlos entrar. Pidieron permiso para hablar al rey, que les fué concedido, y S. M. les prohibió apelar a la violencia, sin duda porque esperaba las fuerzas superiores de Bouillé. Sin embargo, Goguelat salió de la casa, vió a los húsares mezclados con la multitud que ocupaba la plaza, y quiso someter a prueba su fidelidad, gritándoles imprudentemente:

—Húsares, ¿estáis por la nación o por el rey?

—¡Viva la nación! — respondieron los soldados.

El pueblo aplaudió, y un sargento de la guardia nacional tomó el mando de los húsares, cuyo comandante, escapándose, fué a reunirse en el barrio bajo con los dos oficiales colocados junto a los caballos de Choiseul. Los tres salieron del pueblo dirigiéndose a Dun, para advertir a su general.

Habían disparado contra estos dos oficiales, cuando, informados de la detención de los coches, trataron de acercarse al rey. La noche transcurrió en estas diferentes vicisitudes, y ya los guardias nacionales de las aldeas inmediatas llegaban armados a Varennes, donde se levantaban barricadas entre la parte alta y la baja, mientras varios correos expedidos por la municipalidad iban a advertir a los ayuntamientos de Metz y de Verdún que enviasen con la mayor rapidez posible tropas y artillería a Varennes, para evitar que las fuerzas del marqués de Bouillé, que se acercaba, se apoderaran del rey.

La reina, Madama Isabel y los niños descansaban un rato, éste, sin desnudarse, en los aposentos de la casa de la señora Sausse, oyendo bajo sus ventanas el amenazador murmullo de los pasos y las voces del pueblo inquieto, que

crecían por momentos. Tal era el estado de las cosas en Varennes a las siete de la mañana. La reina no había dormido; todas sus pasiones de mujer, de madre y de reina se exacerbaron, y tan tremenda lucha sostuvo con la cólera, el terror y la desesperación, que sus cabellos, rubios la víspera, eran blancos cuando el sol del nuevo día iluminó el horizonte.

XVII

La marcha del rey era absolutamente desconocida en París. Lafayette, que había ido dos veces a las Tullerías para cerciorarse por sus propios ojos de la severa ejecución de sus órdenes, salió la última vez a media noche, bien convencido de que los muros de palacio guardaban fielmente a la familia real, de cuya fuga no se tuvo noticia hasta las siete de la mañana del día 21 cuando los criados entraron en los regios aposentos y encontraron las camas hechas y las habitaciones desiertas. La guardia de palacio, al enterarse del suceso, se quedó muda de asombro y de terror. La familia fugitiva llevaba, por lo tanto, diez o doce horas de ventaja a los que trataran de perseguirla, y aunque acertaran la dirección que habían seguido, no podrían alcanzarla sin que los correos y los guardias de corps que acompañaban al rey los detuvieran fácilmente. Además, tampoco se les podía oponer gran resistencia a la fuga, sino en las ciudades en que ya estaba protegida por los destacamentos apostados por el marqués de Bouillé.

Entre tanto, París se despertaba; el rumor salido de palacio empezaba a esparcirse por los barrios adyacentes, y de uno en uno hasta los arrabales. Se acercaban unos a otros dirigiéndose estas siniestras palabras: «¡El rey se ha marchado!» La gente se resistía a dar crédito a la noticia, e iban en grupos a palacio para convencerse de ello; preguntaban a los guardias, se lanzaban mil inyectivas a los traidores, y se creía marchar sobre un volcán pronto a estallar. Todos los labios acusaban a Lafayette. «¿Es estúpido? ¿Es cómplice? ¿Cómo han podido evadirse sin connivencia tantas personas reales, al través de tantas vueltas, tantas puertas y tantos centi-

nelas?» Se forzaban las puertas para registrar las habitaciones, el pueblo reconocía hasta los aposentos más secretos, descargando su furia sobre objetos inanimados; pasaba del terror a la burla, y descollaba un retrato del rey en el dormitorio y lo colgaba a la puerta de palacio como un mueble en venta: una frutera tomaba posesión de la cama de la reina y vendía cerezas, diciendo: «Hoy le toca el turno a la nación colocarse a gusto.» Se quiso adornar la cabeza de una muchacha con una cofia de la reina, y ella, diciendo que aquella prenda mancharía su frente, la pisoteó con indignación y desprecio. Entraron en el gabinete de estudio del joven Delfín, y el pueblo, conmovido, respetó los libros, los mapas y los instrumentos del niño rey. Las calles y las plazas públicas estaban intransitables a causa de la aglomeración de gente, los guardias nacionales se reunían, los tambores tocaban llamada y el cañón de alarma lanzaba al aire un estampido a cada minuto. Pasaban hombres con picas y gorros de lana, origen del gorro encarnado, eclipsando los uniformes. Santerre, agitador de los arrabales y fabricante de cerveza, alistó dos mil picas; la cólera del pueblo, que empezaba a sobreponerse a su terror, se desahogaba en palabras cínicas y en actos injuriosos contra el trono. En la plaza de Greve mutilaban el busto de Luis XVI, colocado bajo el farol siniestro que sirvió de instrumento para ejecutar los primeros crímenes de la revolución. «¿Cuándo — exclamaban los demagogos — hará el pueblo justicia a todos estos reyes de bronce y de mármol, monumentos vergonzosos de servidumbre y de idolatría?» Se arrebatában a los tenderos los retratos del rey, para hacerlos trizas, o para ponerles una venda en los ojos, signo de la ceguera imputada al príncipe. Borraban de todas las muestras de tiendas las palabras rey, reina y Borbón. El Palacio Real, perdiendo su nombre, fué designado con el de Palacio de Orleáns. En los clubs, convocados apresuradamente, pronunciábanse violentísimos discursos. El de los franciscanos decretaba que la Asamblea nacional había sometido a Francia a la esclavitud, al proclamar la

monarquía hereditaria, y pedía que el nombre de rey fuera suprimido para siempre, y que el reino se constituyera en república. Dantón le inspiraba su audacia, y Marat su demencia. Circulaban las noticias más extravagantes y contradictorias, como ocurre siempre que se ignora la verdad. Unos aseguraban que el rey había tomado el camino de Metz; otros, que la familia real había salido por una alcantarilla. Camilo Desmoulins hacía reír al pueblo, afirmando que ésta era la forma más insultante del desprecio. En las paredes de las Tullerías se escribían pasquines ofreciendo una módica recompensa a los que trajeran los animales dañinos o inmundos que se habían escapado, y, al aire libre, en el jardín, se hacían proposiciones extravagantes. «Pueblo — decían los oradores, subidos en las sillas—, sería una gran desgracia que nos trajeran de nuevo a este pérfido rey: ¿qué íbamos a hacer de él? Vendría como Thersites derramando gruesas lágrimas, como dice Homero, y nosotros nos enterneceríamos. Propongo que, si vuelve, sea expuesto durante tres días a las burlas de todo el mundo, con un pañuelo encarnado en la cabeza; que se le conduzca después de etapa en etapa hasta la frontera, y, al llegar allí, se le dé un puntapié para echarlo del reino.» Frerón hacía vender sus periódicos del día en medio de los grupos. Estos periódicos decían: «¡Se ha marchado el rey imbécil, el rey perjuro! ¡Se ha marchado la reina malvada, que reúne la lubricidad de Mesalina a la sed de sangre que consumía a Médicis! ¡Mujer execrable, furia de Francia, tú eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, llevando de calle en calle estas odiosas imprecaciones, que fomentaban su odio y envenenaban su terror.

XVIII

Hasta las diez de la mañana no anunciaron al pueblo, con tres cañonazos, el departamento y la municipalidad el acontecimiento de la noche. La Asamblea nacional estaba ya reunida; el presidente manifestó que Bailly, alcalde de París, le había notificado que el rey y su familia habían sido sacados de las

Tullerías, durante la noche, por los enemigos de la causa pública. La Asamblea, sabedora ya, individualmente, del suceso, escuchó esta comunicación con silencio imponente; parecía que en aquel momento solemne la gravedad de los peligros públicos le daba una calma majestuosa, y que toda la prudencia de la nación habíase reunido en sus representantes. Las palabras, las resoluciones y los actos obedecían a un pensamiento único. Conservar y defender la Constitución, a pesar de estar el rey ausente y desvanecida la majestad; apoderarse provisionalmente de la regencia del reino; convocar a los ministros; expedir correos en todas direcciones; detener a toda persona que intentara salir del reino; visitar los arsenales; fabricar armas; enviar los generales a sus puestos y guarnecer las fronteras, fueron las disposiciones que en un momento se adoptaron. No había allí derecha, ni izquierda, ni centro; la izquierda reunía todos los partidos. Se anunció que uno de los ayudantes de campo, Romeuf, enviado por Lafayette, bajo su única responsabilidad y antes de las órdenes de la Asamblea, para detener al rey, estaba en poder del pueblo, que acusaba a Lafayette y a su estado mayor de traición, y se enviaron comisionados para ponerlo en libertad. Libre ya, Romeuf entró en la sala y expuso el objeto de su misión; la Asamblea le dió una segunda orden, sancionando la de Lafayette, y volvió a marcharse. Barnave, que vió en la irritación del pueblo contra Lafayette un peligro más, subió a la tribuna, y, enemigo hasta entonces del general popular, lo defendió generosa y hábilmente contra las sospechas de aquel pueblo dispuesto a abandonarlo. Se dijo que, desde hacía algunos días, los Lameth y Barnave, al reemplazar a Mirabeau en la Asamblea, habían conocido como él la necesidad de mantener inteligencias secretas con el resto de la monarquía. Se habló de relaciones sostenidas ocultamente por Barnave y el rey, de marcha concertada y de medidas encubiertas; pero estos rumores, que el mismo Lafayette menciona en sus Memorias, no eran claros entonces, y todavía son muy dudosos. «El objeto que debe perseguirse — dijo Bar-

—, es hacer que el pueblo deposite nuevamente su confianza en aquel a quien pertenece. Hay un hombre contra quien los movimientos populares pretenden atraer la desconfianza, y estoy persuadido de que no la merece. Coloquémonos entre él y el pueblo, pues necesitamos una fuerza central, un brazo que ejecute, y nosotros sólo tenemos una cabeza que piensa. Lafayette se ha portado, desde el principio de la Revolución, como un buen ciudadano, e importa que conserve su crédito en la nación. Se necesita fuerza en París; pero también es necesaria la tranquilidad, y esta fuerza sois vosotros quienes debéis dirigirla.»

Estas palabras de Barnave fueron aprobadas como texto de la proclama. En aquel momento se supo que el orador de la derecha, Cazalés, estaba en poder del pueblo y expuesto a los mayores peligros en las Tullerías y se nombraron seis comisarios para que fueran a protegerlo. Los comisionados lo llevaron consigo, y él subió a la tribuna, irritado contra el pueblo, de cuyas manos acababa de escapar, y contra el rey que había abandonado a sus partidarios sin prevenirles: «Poco ha faltado para que el pueblo no me haya hecho pedazos — exclama —; y a no ser por el auxilio de la guardia nacional de París que me ha manifestado gran afecto...» Al oír estas palabras, que revelan en el pensamiento del orador realista la pretensión de una popularidad personal, se conmueve la Asamblea, y la izquierda prorrumpe en grandes murmullos. «No es por mí por quien hablo — continúa Cazalés —, sino por el interés público. Sacrificaría voluntariamente mi débil existencia, sacrificio que ya ha tiempo está hecho; pero importa a toda la nación que ningún movimiento tumultuoso turbe vuestras sesiones en el momento crítico por que atravesamos, y, por consiguiente, apoyo todas las medidas de orden y de fuerza que acaban de ser decretadas.» Por último, a propuesta de muchos miembros de la Asamblea que, durante la ausencia del rey, reasuma en sí todos los poderes y que sus decretos sean ejecutados inmediatamente por los ministros, sin necesidad de sanción ni aceptación,

La Asamblea se apodera pronta y firmemente de la dictadura, y se declara permanente.

XIX

Mientras la Asamblea se arrogaba todos los poderes por el derecho que le daban la prudencia y la necesidad, Lafayette con una tranquila audacia lanzábase entre el pueblo, para recuperar, con peligro de su vida, la confianza que había empezado a perder. El primer impulso del pueblo debía de ser asesinar al general pérfido, que habiéndole respondido del rey con su cabeza, lo había dejado escapar. Lafayette conoció el peligro que corría y lo conjuró arrostrándolo. Siendo uno de los primeros que supo la fuga de la familia real por sus oficiales, corrió a las Tullerías, donde encontró al alcalde de París, Bailly, y a Beauharnais, presidente de la Asamblea, quienes lamentaban el tiempo que iba a perderse en emprender la persecución, antes que se pudiera convocar la Asamblea y ejecutar sus decretos.

—¿Creéis — les dijo Lafayette — que es necesario el arresto del rey y de su familia para la salvación pública, y que él sólo puede evitar la guerra civil?

—Sin duda — respondieron el alcalde y el presidente.

—En este caso, tomo sobre mí la responsabilidad de este arresto — contestó Lafayette, quien expidió inmediatamente órdenes a todos los guardias nacionales y ciudadanos para que detuvieran al rey.

Esta era otra dictadura, y la más personal de las dictaduras que un solo hombre, substituyendo a la Asamblea y a la nación, se arrogaba. Atentaba con su autoridad privada y con el derecho de su previsión cívica a la libertad y, quizá también, a la vida del jefe legal de la nación. Esta orden condujo a Luis XVI al patíbulo, porque entregó al pueblo la víctima, que se le había escapado, «felizmente para él», escribe en sus Memorias después de los infortunios sufridos por las augustas víctimas, «Felizmente para él, no se debió el arresto del monarca a sus órdenes, sino a la casualidad de que lo conociera un maestro de

postas, y a lo mal que se tomaron las disposiciones del viaje.» El ciudadano mandaba, pues, lo que el hombre tenía ver cumplido, y, después, la sensibilidad protestaba contra el patriotismo.

Lafayette, al salir de las Tullerías, encaminóse, a caballo, a la casa de la ciudad. Los muelles estaban atestados de gente, que, colérica, prorrumpía en invectivas contra él; pero los soportó, aparentemente sereno. Cuando llegó a la plaza de Greve, casi solo, vió al duque d'Aumont, uno de sus jefes de división, en manos del pueblo, que se disponía a asesinarlo; y, atravesando aquella multitud, admirada de su audacia, lo libertó. Recobró por la fuerza el imperio que la perplejidad le hubiera hecho perder con la vida. «¿De qué os quejáis?— preguntó a la multitud—. ¿No gana cada ciudadano veinte sueldos (una peseta) de renta con la supresión de la lista civil? Si consideráis la fuga del rey como una desgracia, ¿qué os parecería una contrarrevolución, que os privara de la libertad?» Volvió a salir de la casa de la ciudad, sin escolta, y fué más confiadamente a la Asamblea. Al entrar en la sala, Camus, a cuyo lado tomó asiento, se levantó indignado.

—No queremos uniformes aquí — dijo —, no debe haber uniformes ni armas en este recinto.

Algunos miembros de la izquierda se levantaron, como Camus, y gritaron a Lafayette: «fuera de la sala», despidiendo con el gesto al general intimidado. Otros miembros, amigos de Lafayette, lo rodearon e impusieron silencio a las amenazantes vociferaciones de Camus. Se concedió la palabra a Lafayette, quien desde la barra habló acerca de la libertad y del pueblo, y propuso a la Asamblea que oyera a Gouvión, su segundo, a quien estaba confiada la guardia de las Tullerías.

—Respondo de este oficial — dijo —, y tomo sobre mí la responsabilidad.

Gouvión fué oído. Afirmó que las salidas de palacio habían sido escrupulosamente vigiladas y que no era posible que se hubiera fugado el rey por ninguna puerta. Bailly, alcalde de París, confirmó estas palabras. El intendente de la lista civil, Laporte, fué a la barra a pre-

sentar el manifiesto que había dejado el rey a su pueblo.

—¿Cómo lo recibisteis? — le preguntaron.

—El rey — contestó Laporte — lo dejó cerrado con un billete para mí.

—Leed el billete — le dijo un miembro.

—No, no — protestó unánimemente la Asamblea—; es un billete confidencial, y no tenemos derecho a leerlo.

Igualmente rehusaron abrir una carta escrita a la reina que se encontró sobre su mesa. El carácter generoso de la nación era todavía superior a la irritación del momento. El manifiesto del rey fué leído en medio de risas y murmullos. Decía así:

«Franceses, mientras abrigué la esperanza de que se restableciera el orden y renaciera la felicidad pública con las medidas adoptadas por mí de acuerdo con la Asamblea, nada me ha sido costoso. Calumnias, insultos, ultrajes, y hasta la pérdida de mi libertad, todo lo he soportado sin proferir una queja; pero hoy que veo destruido el trono, violadas las propiedades, comprometida la seguridad personal, y una completa anarquía en todos los puntos de la monarquía, creo deber dar cuenta a mis súbditos de los motivos de mi conducta. En el mes de julio de 1789 no temí confiarme a los parisienses; el 5 y 6 de octubre, aunque ultrajado en mi palacio, y siendo testigo de la impunidad de todos los crímenes, no quise salir de Francia, porque temía provocar una guerra civil. He venido a establecerme en las Tullerías, donde se me ha privado hasta de las más sencillas comodidades de la vida: me han quitado mis guardias de corps, y muchos de mis nobles adictos han sido inmolados en mi presencia. Han calumniado infamemente a mi fiel esposa, que comparte mi amor con el pueblo, y que generosamente tomó su parte en cuantos sacrificios le he hecho. Convocación de los Estados Generales, doble representación concedida al tercer estado, reunión de los órdenes, sacrificio del 20 de junio, todo lo hice por la nación; pero todos estos sacrificios fueron estériles, desconocidos y convertidos contra mí. Me han tenido prisionero en mi mismo

palacio; me han puesto carceleros en lugar de guardias, y me han hecho responsable de un gobierno que me han arrebatado. Encargado de sostener la dignidad de Francia ante las potencias extranjeras, me han privado del derecho de hacer la paz o la guerra. Vuestra Constitución es una contradicción constante entre los títulos que me confiere y las funciones que me rehusa. No soy más que el jefe responsable de la anarquía, y el poder sedicioso de los clubs os arrebató a vosotros mismos el poder de que me habéis desposeído. ¿Es esto, franceses, lo que esperabais de vuestra regeneración? Vuestro amor a vuestro rey era en otro tiempo una de vuestras virtudes: este amor se convirtió en odio, y los homenajes en insultos. Desde Necker hasta el último de los facciosos, todo el mundo fué rey, menos el que debía serlo. Se pretendió suprimir este vano título, y encerrar a la reina en un convento. Cuando en las noches de octubre se propuso a la Asamblea que fuese a resguardar al rey con su presencia, declaró que él no se lo merecía. Se detuvo a las tías del rey cuando por cuestiones religiosas pretendieron ir a Roma; y hasta mi conciencia se violentó, queriendo gobernar mi fe religiosa cuando traté de ir a Saint-Cloud después de mi enfermedad, para concluir de restablecerme. Sin duda se temió que yo fuera a aquella residencia para practicar actos religiosos con sacerdotes no juramentados; se desengancharon mis caballos, obligándoseme a entrar de nuevo en las Tullerías. El mismo Lafayette no ha podido garantizar la obediencia a la ley, ni el respeto debido a la libertad del monarca, y se me forzó a alejar de mí hasta los sacerdotes de mi capilla y al director de mi conciencia. En tal situación no me queda más recurso que apelar a la justicia y al amor de mi pueblo; ponerme fuera del alcance de los facciosos, y librarme de la opresión de la Asamblea y de los clubs en una ciudad de mi reino, desde donde, completamente libre, podré tratar de las modificaciones que la Constitución reclama, de la restauración de nuestra santa religión, del afianzamiento del poder real, y de la consolidación de una libertad verdadera.»

La Asamblea, que había interrumpido frecuentemente la lectura de este manifiesto con carcajadas y con protestas, pasó con desdén a la orden del día, y recibió el juramento a los generales empleados en París. Numerosas diputaciones de esta ciudad y de los departamentos vecinos, presentáronse sucesivamente a la barra para prometer que la Asamblea nacional sería considerada como el centro de reunión de los buenos ciudadanos.

Por la noche los clubs de los franciscanos y de los jacobinos fijaron anuncios en los sitios públicos haciendo proposiciones para la destitución del rey. El de los franciscanos declaraba en uno de ellos, que todos los ciudadanos que lo formaban habían jurado individualmente apuñalar a los tiranos. Marat, uno de sus miembros, publicó un manifiesto incendiario, y lo hizo repartir por París. «Pueblo, decía, ved cuáles son la lealtad, el honor y la religión de los reyes. Recordad a Enrique III y al duque de Guisa. Enrique III, después de comulgar en la misma mesa que su enemigo y jurarle sobre el altar una amistad eterna, apenas sale del templo, distribuye puñales a sus favoritos, manda llamar al duque a su gabinete, y darle mil puñaladas. No os fiéis de los juramentos de los reyes. Luis XVI, en la mañana del 19, se reía de los suyos, y gozaba previamente del terror que os inspiraría su fuga. La austriaca ha seducido a Lafayette la noche última, Luis XVI, disfrazado, se marchó con el Delfín, su esposa, su hermana y toda la familia, y ahora se ríe de la credulidad de los parisienses, en cuya sangre no tardará en nadar. Ciudadanos, esta fuga estaba preparada desde hacía mucho tiempo por los traidores de la Asamblea nacional; vuestra ruina está próxima, pensad en vuestra salvación. Nombrad en seguida un dictador, procurando elegir el ciudadano que haya demostrado hasta ahora más ilustración, más celo y mayor fidelidad, y obedecedle en cuanto os ordene para acabar con vuestros enemigos. Este es el momento de hacer rodar las cabezas de Bailly, de Lafayette, y de todos los malvados del estado mayor, de todos los traidores de la Asamblea. Nombrad un tribuno, un tribuno militar, o estáis irremisiblemente

perdidos. Hasta ahora, hice por salvaros cuanto me era humanamente posible. Si despreciáis este último consejo, nada más os diré, y me despediré de vosotros para siempre. Luis XVI, a la cabeza de sus satélites, os bloqueará nuevamente en París, y el *amigo del pueblo* tendrá un horno ardiente por tumba; pero consagrará su último suspiro a la patria, a la libertad y a vosotros.»

XX

Los miembros del partido constitucional creyeron deber asistir el 22 a la sesión de los jacobinos para reprimir su exaltación. Barnave, Sieyès y Lafayette prestaron nuevamente juramento de fidelidad, a la nación.

Véase de qué modo refiere Camilo Desmoulins esta sesión:

«Mientras que la Asamblea nacional se entretiene en dar decretos, el pueblo obra. Voy a los jacobinos, y encuentro a Lafayette en el muelle de Voltaire. La voz de Barnave atrae la atención gritando «¡Viva Lafayette!» y revista a los batallones apostados en el muelle. Convencido de la necesidad de agruparse alrededor de un jefe, cedo al movimiento que me arrastra hacia el caballo blanco.

«—Lafayette — le digo en medio de la multitud—, he hablado desde hace un año muy mal de vos, y ha llegado el momento de convencerme de que mentía. Demostrad que soy un calumniador, hacédme odioso y cubridme de infamia, pero salvad la causa pública.

»Yo hablaba con gran calor, y él me apretó la mano diciéndome:

«—Siempre he creído que érais un buen ciudadano; ya veréis cómo os han engañado. Todos hemos jurado vivir libres o morir. Los asuntos marchan bien, y no hay más que una sola opinión en la Asamblea nacional, donde el peligro común ha congregado a todos los partidos.

«—Pero, ¿por qué vuestra Asamblea habla en todos sus decretos de *arrebato del rey*, cuando él mismo declara que marcha voluntariamente? ¿No es una vileza o una traición hablar de la Asamblea, cuando está rodeada de tres millones de bayonetas?

»—La palabra *arrebato* es un defecto

de redacción que la Asamblea corregirá — respondió Lafayette, y después añadió—: Lo único infame es la conducta del rey — y repitió esta frase muchas veces apretándome afectuosamente la mano.

»Me separé de aquel hombre pensando que quizá el inmenso horizonte que la fuga del rey abría a su ambición lo atraería al partido popular. Llegué a los jacobinos, esforzándome por dar crédito a sus demostraciones de patriotismo y de amistad, pero, a pesar de mis esfuerzos, me era imposible abrigar esta persuasión.»

Cuando Desmoulins entró en los jacobinos estaba Robespierre en la tribuna. El inmenso crédito que su perseverancia y su incorruptibilidad habían conquistado entre el pueblo al joven orador, agrupaba el auditorio nocturno en torno suyo. «No seré yo, decía, quien llamará a este acontecimiento un desastre, sino que, por lo contrario, considero este día como el más hermoso de la Revolución si sabéis apreciarlo y sacar partido de él. El rey ha elegido para huir el momento más crítico de todos nuestros peligros interiores y exteriores; la Asamblea está desacreditada; las próximas elecciones agitan los ánimos; los emigrados se encuentran en Coblenza, el emperador y el rey de Suecia en Bruselas, nuestras mieses maduras para mantener los ejércitos, y hay tres millones de hombres en pie de guerra en Francia, que fácilmente pueden triunfar contra esa liga de Europa. No temo ni a Leopoldo ni al rey de Suecia; pero me aterra lo que parece tranquilizar a los demás, y es que desde esta mañana todos nuestros enemigos hablan aparentemente el mismo lenguaje que nosotros. Todo el mundo está unido, todo el mundo tiene el mismo aspecto exterior; pero, como no todos pueden experimentar la misma alegría por la fuga de un rey, que tenía cuarenta millones de renta, que disponía de todos los empleos, y que los daba a nuestros enemigos, es indudable que hay traidores entre nosotros, y que el rey fugitivo mantiene inteligencias con los traidores que han quedado en París. Leed el manifiesto real, y esta lectura os bastará para descubrir toda la trama. El rey, el em-

perador, el rey de Suecia, d'Artois, Condé, todos los fugitivos y todos los ladrones avanzan sobre nosotros. Se publicará un manifiesto paternal, en que el rey nos hablará de sí, de su amor, de paz y hasta de libertad; los traidores de la capital y de los departamentos os pintarán como hombres dispuestos a entablar una guerra civil: se transigirá, y la revolución será sofocada entre los pérfidos abrazos de un despotismo hipócrita y de un moderantismo intimidado. ¡Hasta la Asamblea llama hoy ya en veinte decretos *rapto* a la fuga del rey! ¿A quién confía la salvación pública? A un ministro de Negocios Extranjeros bajo la vigilancia de un comité diplomático. ¿Y quién es este ministro? Un traidor que os he denunciado constantemente como perseguidor de los soldados patriotas y sostén de los oficiales aristócratas. ¿Qué es el comité? Una reunión de traidores formada por nuestros enemigos disfrazados de patriotas. ¿Quién es el ministro de Negocios Extranjeros? Un traidor, Montmorin, que hace un mes os manifestaba una *adoración* pérfida por la Constitución. Y Delessart, ¿quién es? Otro traidor a quien Necker ha dejado su capa de hipocresía para encubrir sus infamias. ¿No veis la coalición de todos estos hombres con el rey, y la del rey con la liga europea? ¡Esta coalición va a ahogarnos, y dentro de un momento vais a ver entrar en esta sala a todos los hombres de 1789, alcalde, general, ministros y oradores! ¿Cómo podréis escaparos? Antonio—prosiguió, aludiendo a Lafayette—, Antonio manda las legiones que van a vengar a César, y Octavio, el sobrino de César, manda las legiones de la República. ¿Cómo no había de perecer ésta? Se habla de la necesidad de agruparnos; pero, cuando Antonio acampó al lado de Lépidio y todos los traidores a la libertad se reunieron a sus pretendidos defensores, Bruto y Casio tuvieron que darse muerte. ¡A esto nos conducen esta fingida unanimidad y esta pérfida reconciliación de los patriotas! Sí, tal es la suerte que os espera. ¡Bien sé que al descubrir estos complots afilo mil puñales contra mí! ¡Conozco la suerte que me reservan, pero, si cuando apenas era yo

advertido en la Asamblea nacional, entre los primeros apóstoles de la libertad, consagré mi vida a la verdad, a la humanidad y a la patria, hoy que he recibido numerosas pruebas de consideración y de afecto, consideraré una merced la muerte que me evitará presenciar tantos males. ¡He hecho el proceso de la Asamblea, que la Asamblea haga el mío!»

XXI

Estas palabras, hábilmente encaminadas a introducir el germen de la sospecha en los corazones, fueron oídas como el testamento de un mártir de la libertad. Todos los ojos derramaban lágrimas. «Moriremos todos contigo», gritó Camilo Desmoulins tendiendo a Robespierre sus brazos como para estrecharlo en ellos. Esta alma ligera e impulsiva dejábase arrebatar por todas las demostraciones de entusiasmo y pasaba de los brazos de Lafayette a los de Robespierre, como una cortesana de todas las emociones. Ochocientas personas se levantaron al mismo tiempo que él, y su actitud, sus gestos y su inspiración espontánea y unánime, revelaron el poder de la elocuencia, de la pasión y de las circunstancias ante un pueblo reunido. La sociedad juró individualmente defender la vida de Robespierre, y momentos después se anunció la llegada de los ministros y de los miembros de la Asamblea, que habían pertenecido al club del 89, y que, en la situación peligrosa por que atravesaba la patria, venían a fraternizar con los jacobinos.

«Señor presidente — dijo Dantón—, si los traidores tienen el atrevimiento de presentarse ante nosotros, me comprometo solemnemente a perder mi cabeza sobre un cadalso, o demostrar que la suya debe rodar a los pies de la nación que han vendido.»

Entran los diputados, y tan pronto como Dantón reconoce entre ellos a Lafayette, se lanza a la tribuna, e interpelando al general, dice: «Tengo el deber de hablar, y hablaré como si grabase la historia para los siglos venideros. ¿Cómo, Lafayette, os atrevéis a reuniros con los amigos de la Constitución, siendo vos partidario y signatario de este

sistema de las dos cámaras inventado por el clérigo Sieyès, sistema destructor de la Constitución y de la libertad? ¿No me habéis dicho a mí mismo que el proyecto de Monnier era demasiado execrable, para que se atrevieran a reproducirlo; pero que se podía conseguir que la Asamblea aceptara su equivalente? Os desafío a que me neguéis este hecho, que os abruma. ¿Cómo es que el rey emplea en su proclama el mismo lenguaje que vos? ¿Cómo os habéis atrevido a prohibir, en una de las órdenes del día, la circulación de los escritos publicados por los defensores del pueblo, mientras protegéis con vuestras bayonetas los cobardes escritores que destruyen la Constitución? ¿Por qué habéis conducido prisioneros y como en triunfo a los habitantes del arrabal de San Antonio, que deseaban destruir la última guarida de la tiranía en Vincennes? ¿Por qué, la misma noche de esta expedición a Vincennes, protegisteis en las Tullerías a los asesinos armados de puñales que favorecieron la fuga del rey? Explicadme por qué casualidad el 21 de junio estuvo de guardia en las Tullerías aquella misma compañía de granaderos del Oratorio que habíais castigado el 18 de abril por oponerse a la marcha del rey. No nos hagamos ilusiones: la fuga de Luis XVI es sólo el resultado de un complot; ha habido inteligencias entre él y vos, Lafayette; vos que todavía hace poco respondíais de la persona del monarca con vuestra cabeza, al presentaros en esta Asamblea, ¿no buscáis vuestra condenación? El pueblo necesita venganzas, está cansado de ser despreciado y vendido, y si mi voz es ahogada aquí, si nuestras consideraciones siempre débiles con los enemigos de la patria la ponen constantemente en peligro, apelo al juicio de la posteridad, que os juzgará a vos y a mí.»

Lafayette, intimidado para que contestase, dejó sin respuesta estas apremiantes interpelaciones, diciendo que sólo iba a reunirse a aquella sociedad, porque allí era donde los buenos ciudadanos debían acudir en los momentos de peligro, y salió de la Asamblea. Habiendo ésta dado al día siguiente un decreto intimando al general a justificarse, contestó que iría más tarde, y no fué nunca; pero las pro-

posiciones de Robespierre y de Dantón no perjudicaron el crédito que tenía entre la guardia nacional. En este día Dantón dió pruebas de su audacia, pues Lafayette poseía las pruebas de la venalidad de este orador, que había recibido de Montmorín 100.000 francos. Dantón sabía que Lafayette no ignoraba este contrato: pero sabía también que no podía acusarlo sin perder a Montmorín, y sin acusarse a sí mismo como partícipe en el vergonzoso tráfico que sostenían los fondos de la lista civil. Estos dos secretos se invalidaron uno a otro, obligando al tribuno y al general a reticencias, que amortiguaron el combate. Lameth respondió a Dantón en sentido conciliatorio. Las resoluciones violentas que propusieron Robespierre y Dantón no prevalecieron aquel día en el club de los jacobinos; el peligro hizo prudente al pueblo, cuyo instinto le prohibió dividir las fuerzas ante lo desconocido.

XXII

La Asamblea nacional discutió y adoptó aquella noche un proyecto de proclama a los franceses, redactado en los siguientes términos:

«Acaba de cometerse un gran crimen: el rey y su familia han sido *arrebatados* — esta constante suposición del imaginario *raptó* del rey provocó murmullos, que sofocó la prudencia de la Asamblea—; pero vuestros representantes vencerán todos los obstáculos. Francia quiere ser libre y lo será; la Revolución no retrocederá. Por de pronto hemos salvado la ley resolviendo que nuestros decretos tengan fuerza legal. Salvamos la nación enviando al ejército a reforzar el contingente de trescientos mil hombres. Salvamos el orden poniéndolo bajo la garantía del celo y del patriotismo de los ciudadanos armados. En esta actitud esperamos a nuestros enemigos... En un escrito dictado al rey por los que han violentado su amor, se os acusa, se acusa a la Constitución, y se acusa a la ley de la impunidad del 6 de octubre. La nación es más justa, pues no acusa al rey del crimen de sus abuelos (aplausos). Pero este rey ha prestado juramento el 14 de julio a la Consti-

tución. ¿Habrás, pues, cometido un perjurio? ¿Se atribuyen a los llamados por ellos facciosos los cambios introducidos en la Constitución del reino? ¿Algunos facciosos? ¿Algunos? Es poco: somos veintiséis millones de facciosos (aplausos). Hemos reconstituido todos los poderes; hemos conservado la monarquía, porque la creemos útil a Francia. Sin duda alguna la hemos reformado, pero ha sido para librarla de sus abusos y de sus excesos. Hemos dejado cincuenta millones (de francos) anuales al esplendor legítimo del trono; y nos hemos reservado el derecho de declarar la guerra, porque no queremos que los ministros sean dueños de la sangre del pueblo. ¡Franceses, todos los poderes están organizados, todo el mundo está en su puesto y la Asamblea vigila; no temáis nada, sino a vosotros mismos, si vuestra justa emoción os impulsara al desorden! El pueblo que quiere ser libre debe presenciar impasible las grandes crisis. ¡Ved París! ¡Imitad la capital! Todos siguen aquí la marcha ordinaria. Los tiranos quedarán defraudados, pues para someter a Francia bajo su yugo necesitarían anonadar la nación entera. Si el despotismo se atreve a intentarlo será vencido; y, si triunfa, sólo triunfará sobre ruinas.» Esta lectura fué acogida con aplausos unánimes y repetidos.

Suspendida la sesión por una hora, se reanudó a las nueve y media. En todos los lados de la sala había grande agitación. *Lo han cogido, lo han cogido.* Estas palabras repetíanse en todos los bancos, y de la sala pasó a las tribunas. El presidente anunció que acababa de recibir un despacho, y que iba a leerlo, recomendando que se prescindiera de toda muestra de aprobación o desaprobación. Abrió el despacho, y leyó en medio del más profundo silencio los pliegos de la municipalidad de Varennes y de Sainte-Menehould, de que había sido portador Magín, cirujano de Varennes. La Asamblea nombró tres comisionados de su seno, confiándoles el encargo de asegurar la vuelta del rey a París. Estos tres comisionados fueron Barnave, Pethión y Latour-Maubourg, que partieron inmediatamente a poner en ejecución el mandato de la Asamblea.

Dejemos a París entregado a las emociones de sorpresa, de alegría y de cólera que la fuga y la detención del rey habían provocado, para trasladarnos al lado de la familia real.

XXIII

El rey y el pueblo habían pasado la noche en Varennes fluctuando entre la esperanza y el terror. Mientras los niños dormían, fatigados por las fatigas del camino, por el excesivo calor, y por lo poco que se preocupaban de su suerte, el rey y la reina, teniendo por centinelas de vista a los guardias municipales de Varennes, hablaban de su horrorosa situación en voz baja. Madama Isabel rezaba a su lado; el reino de ésta era el del cielo, y si se había quedado en la corte, en cuyos placeres le impedía tomar parte su piedad, debíase sólo al deseo de dedicarse al cuidado de su hermano; pero, en cambio, participaba de las lágrimas y de las tribulaciones del trono.

Los cautivos estaban muy lejos aún de perder toda esperanza, pues no dudaban que el marqués de Bouillé, advertido por algunos de los oficiales que él había apostado en el camino, dejase de caminar toda la noche para ir en su socorro. Atribuían su retardo a la necesidad de reunir fuerzas suficientes para combatir con los numerosos guardias nacionales atraídos a Varennes por el ruido de las campanas; pero esperaban verle llegar de un momento a otro, y el menor ruido en el pueblo, el menor sonido de armas en la calle de Varennes, les hacía creer que había llegado. El correo enviado a París por la municipalidad para recibir órdenes de la Asamblea, había salido a las tres de la mañana y necesitaba veinte horas para ir y otras tantas para volver. Suponiendo que se necesitaran, por lo menos, tres o cuatro horas para convocar la Asamblea y para deliberar, el marqués de Bouillé tenía cuarenta y ocho horas de ventaja sobre las órdenes de París.

Además, ¿en qué situación se encontraba París? ¿Qué habría ocurrido al hacerse pública la fuga del rey? ¿No se habrían apoderado de los ánimos o el terror

o el arrepentimiento? ¿No habría la anarquía derribado los débiles diques que una Asamblea anárquica hubiera tratado de oponerle también? ¿El grito de traición no habría sido el primer toque de alarma del pueblo? ¿Lafayette no habría sido inmolado como traidor y la guardia nacional desorganizada? Los buenos ciudadanos, favorecidos por la súbita consternación de los facciosos, ¿no llevarían la mejor parte? ¿Quién daría órdenes? ¿Quién las ejecutaría? La nación, desorganizada y temblando, ¿no se prosternaría a los pies de su rey? Tales eran las esperanzas quiméricas que por última vez halagaban los infortunios reales, y de las que se hablaba durante esta noche fatal en el aposento estrecho y caluroso en que se hacinaba la familia real.

El rey había podido hablar libremente a muchos oficiales de los destacamentos, y Goguelat, Damás y Choiseul llegaron hasta él. El procurador síndico y los que componían la municipalidad de Varennes, lo trataban respetuosa y compasivamente aun ejecutando lo que creían de su deber, sin duda porque el pueblo no pasa de súbito del respeto al ultraje, pues en todos los sacrilegios hay un momento de indecisión, durante el cual parece venerarse lo mismo que se está dispuesto a profanar. La municipalidad de Varennes y Sausse, creyendo salvar a la nación, no creían ofender al rey prisionero, y lo guardaban tanto por soberano como por cautivo. El rey, advirtiéndolo, se forjaba la ilusión de que a las primeras intimaciones de Bouillé prevalecería el respeto sobre el patriotismo, y que sería puesto en libertad, y así se lo había dicho a sus oficiales.

Uno de ellos, apellidado Deslóns, que mandaba el escuadrón de húsares apostado en Dun, entre Varennes y Stenay, había sabido la detención del rey a las dos de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, que logró escaparse, y, sin esperar las órdenes de su general, y previniéndolas discreta y enérgicamente, hizo montar a caballo sus húsares, y a galope se encaminó a Varennes para libertar al monarca a viva fuerza. Cuando llegó a las puertas del pueblo las encontró interceptadas por barricadas y defendidas por numerosas ma-

sas de guardias nacionales, que no permitieron entrar en Varennes a los húsares. Deslóns dejó su escuadrón fuera y, apeándose, pidió que lo condujeran a la presencia del rey, a lo que se accedió. Su propósito era por lo pronto informarle de que el marqués de Bouillé estaba advertido, y se disponía a ponerse en marcha a la cabeza del regimiento real alemán. Otro fin se proponía y era apreciar, *de visu*, si podría su escuadrón vencer los obstáculos, llegar hasta el barrio alto y sacar al rey; pero las barricadas le parecieron infranqueables. Entró en el aposento del rey y le pidió sus órdenes. «Decid a Bouillé — le respondió el monarca — que estoy prisionero y no puedo dar ninguna orden, que temo mucho que le sea imposible hacer algo en obsequio mío; pero que le suplico haga todo cuanto pueda.» Deslóns, que era alsaciano y hablaba alemán, trató de decir algunas palabras a la reina en esta lengua, y tomar sus órdenes sin que pudieran comprenderlas los testigos de la entrevista; pero María Antonieta le dijo: «Hablad francés, porque nos escuchan.» Deslóns guardó silencio y se alejó desesperado; pero permaneció con sus húsares a las puertas de Varennes, esperando las fuerzas superiores del marqués de Bouillé.

XXIV

Romeuf, ayudante de campo de Lafayette, a quien había enviado este general, con la orden de la Asamblea, llegó a Varennes a las siete y media. La reina, que lo conocía, le hizo las reconvencciones más patéticas respecto a la odiosa misión que su general le había confiado. Romeuf hizo esfuerzos inútiles por calmar su irritación con todas las muestras de respeto y de adhesión compatibles con el rigor de sus órdenes, y la reina, indignada, pasó de la invectiva a las lágrimas, dando libre curso a la desesperación. Habiendo puesto Romeuf la orden escrita de la Asamblea sobre el lecho en que descansaba el Delfín, María Antonieta cogió el papel y lo pisoteó, diciendo: que semejante escrito mancharía la cama de su hijo. «En nombre de vuestra salvación y de vuestra gloria, se-

ñora — dijo el joven oficial—, dominad vuestro dolor. ¿Quisiérais que no fuera yo el único testigo de semejante acceso de desesperación?»

Los preparativos de marcha se hicieron apresuradamente por temer que llegaran las tropas del marqués de Bouillé a forzar la villa o a cortar el camino; y el rey la dilataba cuanto le era posible. Cada minuto que se tardaba en salir era una probabilidad de ser libertado, y los disputaba uno a uno a sus guardas. En el momento de subir al coche, una de las camaristas de la reina fingió una indisposición grave y repentina, y la reina se negó a ponerse en camino sin ella, pero vióse obligada a ceder ante las amenazas de violencia y los gritos del pueblo impaciente. No queriendo que nadie cogiera a su hijo, lo tomó en sus brazos, subió al coche, y la familia real, escoltada por tres o cuatro mil guardias nacionales, se puso en marcha en dirección a París.

XXV

Mientras el rey sufría estas humillaciones, ¿qué hacía el marqués de Bouillé? Había pernoctado, como se ha dicho, oculto en las inmediaciones de Dun, a dos leguas de Varennes, esperando los correos que debían anunciarle la proximidad de los coches. A las cuatro de la madrugada, temiendo ser descubierto y no habiendo recibido aviso alguno, regresó a Stenay para poder dar órdenes a sus tropas si había ocurrido algún accidente al rey. A las cuatro y media llegó a las puertas de Stenay, donde los dos oficiales que había colocado la víspera, y el comandante del escuadrón abandonado por su tropa, le notificaron que el rey había sido detenido a las once de la noche. Consternado y asombrado de haber recibido el aviso tan tarde, ordenó inmediatamente al regimiento real alemán, que estaba en Stenay, que montara a caballo y lo siguiera. El coronel de este regimiento, que había recibido el día antes la orden de tener los caballos ensillados, no la había ejecutado; y el regimiento perdió tres cuartos de hora en prepararse, a pesar de los reiterados avisos del marqués de Bouillé, que envió a

su propio hijo a los cuarteles. El general nada podía hacer sin este regimiento, así es que, cuando lo tuvo formado en batalla fuera del pueblo, se presentó Bouillé con franqueza, y, deseando sondear por sí mismo sus disposiciones, les dijo: «Vuestro rey, que venía a arrojarse en vuestros brazos, se encuentra a algunas leguas de vosotros: el pueblo de Varennes lo ha detenido. ¿Lo dejaréis insultado y cautivo? Aquí están sus órdenes, os espera, y cuenta los minutos. ¡Marchemos a Varennes! ¡Corramos a ponerlo en libertad y a devolverlo libre a la nación! ¡Yo marchó con vosotros, seguidme! Estas palabras de Bouillé, que distribuyó luego quinientos o seiscientos lises a los soldados, fueron acogidas con las más entusiastas aclamaciones, y el regimiento se puso en marcha en seguida.

Nueve leguas de camino montañoso y quebrado separan de Varennes a Stenay; pero de Bouillé lo recorrió con la mayor celeridad posible. A corta distancia de Varennes encontró el primer destacamento del real-alemán, detenido a la entrada de un bosque por guardias nacionales que disparaban contra los soldados. Hizo cargar a los tiradores, y, mandando él mismo la vanguardia, llegó a las nueve y cuarto a Varennes. El regimiento lo seguía muy de cerca y cuando él reconoció la villa para atacarla, vió fuera unos húsares que al parecer también contemplaban la plaza: era el escuadrón de Dun, mandado por Deslóns, y que había pasado la noche esperando refuerzo. Deslóns aproximóse al general para notificarle que hacía hora y media que había marchado el rey, informándole de que el puente de la villa estaba cortado y las calles obstruidas con barricadas, que los húsares de Clermont y los de Varennes se habían unido al pueblo, y que los comandantes de estos destacamentos Choiseul, Damás y Goguelat habían sido reducidos a prisión. Desesperado, pero no desanimado Bouillé, resolvió seguir al rey, dando la vuelta a Varennes para arrancarlo de manos de los guardias nacionales. Mandó sondar los vados para que atravesara el río el regimiento real-alemán y no se encontraron vados, a pesar de que había uno. Además de estos

contratiempos, supo que las guarniciones de Verdún y de Metz se adelantaban con cañones para prestar auxilio al pueblo; la campiña se cubría de guardias nacionales y de tropa, y los soldados empezaban a mostrarse indecisos; los caballos, fatigados a causa de las nueve leguas que habían recorrido, no podían sufrir la carrera rápida que era indispensable para adelantarse al rey en Sainte-Menehould, y, al perderse toda esperanza, se perdieron también las energías. El regimiento real-alemán volvió grupas, y el marqués de Bouillé lo condujo silenciosamente hasta las puertas de Stenay. Después, sin más compañía que la de algunos de sus oficiales más comprometidos, se dirigió a Luxemburgo y pasó la frontera a través de los disparos y deseando morir con tanto interés como evitaba el suplicio.

XXVI

Mientras tanto los coches del rey volvían rápidamente hacia Chalons, al paso de marcha de los guardias nacionales, cuya escolta se relevaba de vez en cuando. Toda la población se agrupaba en las orillas del camino para ver al rey cautivo, conducido triunfalmente por el pueblo que se había creído vendido. Las bayonetas y las picas de los guardias nacionales tenían que abrirle paso, casi a viva fuerza, al través de la multitud, que aumentaba y se renovaba sin cesar. Los gritos y los gestos de furor, las risotadas y los ultrajes eran constantes, y los coches atravesaban por medio de una fila de oprobios; los clamores del pueblo acababan y empezaban de nuevo a cada vuelta que daban las ruedas. Un calvario de sesenta leguas, en el que cada paso era un suplicio. Un hombre solo, Dampierre, noble anciano acostumbrado al culto de sus reyes, intentó aproximarse para dar una muestra de respetuosa compasión a sus señores, y fué asesinado bajo las ruedas del coche. La familia real tuvo que pasar sobre aquel cuerpo ensangrentado. La fidelidad era el solo crimen que no perdonaba la turba de furiosos. El rey y la reina, que habían hecho el sacrificio de su vida, concentraron para morir toda su dignidad y to-

do su valor: el valor pasivo era la virtud de Luis XVI, como si el Cielo, que lo destinaba al martirio, le hubiera otorgado previamente esta heroica aceptación que sabe perecer sin combatir. La reina encontraba en su sangre y en su orgullo odio suficiente contra el pueblo, para despreciar los insultos con que la profanaban. Madama Isabel imploraba silenciosamente el socorro del Cielo. Los niños, admirados del odio de aquellas gentes a quienes les habían enseñado a amar, se extrañaban de no verlas más que en los accesos de rabia. Si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponía al pueblo, no hubieran llegado oportunamente para intimidar y regir esta naciente sedición, la familia real no habría vuelto viva a París.

Los comisionados encontraron los coches del rey entre Dormans y Epernay, y leyeron al rey y al pueblo las órdenes de la Asamblea, que les conferían el mando absoluto de las tropas y de la guardia nacional en toda la línea, mandándoles velar, no sólo por la seguridad del rey, sino también para que se guardase respeto a la majestad en su persona. Barnave y Pethión, que entraron en la berlina del rey para participar de sus peligros y cubrirle con su cuerpo, consiguieron preservarle de la muerte; pero no de los ultrajes. La rabia, alejada de los carruajes, se ejercitaba más lejos en el camino, pues todas las personas de quienes se sospechaba que se enternecían, eran vilmente insultadas. Un eclesiástico, que se acercó reflejando en su rostro respeto y dolor, fué cogido por el pueblo, y arrojado a los pies de los caballos. El infeliz estaba a punto de ser inmolado a presencia de la reina, cuando Barnave, impulsado por un movimiento sublime, avanzó su cuerpo fuera de la portezuela, gritando: «Franceses, nación de valientes, ¿queréis convertirnos en un pueblo de asesinos?» Sorprendida Madama Isabel por el acto valeroso de Barnave, y temiendo que se precipitara en medio de la multitud y fuera asesinado, lo contuvo, cogiéndole por los faldones del frac, mientras arengaba a los furiosos. Desde aquel momento la piadosa princesa, la reina y hasta el rey tuvieron una secreta inclinación

hacia Barnave. Un corazón generoso en medio de tantos corazones crueles, abrió su alma a una especie de confianza con el joven diputado, a quien sólo conocían por su fama de faccioso, y por lo que, con su palabra, había contribuido a su desgracia. A la familia real le sorprendió encontrar un protector respetuoso en quien habían tenido por enemigo insolente.

La expresión de Barnave era severa, pero agraciada e ingenua; sus modales finos; su lenguaje, correcto, y su actitud, tierna ante tanta beldad, tanta grandeza y tanta desgracia. El rey, en los momentos de calma y de silencio, le dirigía la palabra, hablando con él de los acontecimientos. Barnave respondía mostrándose decidido defensor de la libertad; pero fiel al trono, al que nunca, en sus proyectos regeneradores, separaba de la nación. Dispensaba muchas atenciones a la reina, a Madama Isabel, y a los augustos niños, y se esforzaba por ocultarles los peligros y las humillaciones del camino. Quizá la presencia de su colega Pethión le impidió confesar claramente que su piedad, su admiración y su respeto durante el viaje le habían vencido; pero lo revelaban sus actos, y puede decirse que hizo una promesa y un pacto con las miradas. La familia real creyó haber conquistado a Barnave, en medio de aquella derrota de tantas esperanzas, y, desde aquel momento, la conducta de Barnave, justificó la confianza de la reina. Audaz contra la tiranía, no tuvo fuerza contra la debilidad, la gracia y el infortunio. Esto lo condujo al cadalso pero engrandeció su memoria; hasta entonces sólo había sido elocuente, pero en adelante demostró que era sensible. Pethión, por lo contrario, permaneció frío como un sectario; y, tocoso como hombre de baja extracción, trató a la familia real con brusca familiaridad: comió ante la reina y arrojó los restos por la portezuela, exponiéndose a ensuciar el rostro al mismo rey; cuando madama Isabel le servía vino apartaba el vaso, sin darle las gracias, para manifestarle que tenía suficiente. Habiéndole preguntado Luis XVI si era partidario del sistema de las dos cámaras o de la república, respondió: «Sería partida-

rio de la república, si creyera que hay en el país juicio suficiente para implantar esta forma de gobierno.» El rey, ofendido, guardó silencio, y no volvió a hablar hasta que llegó a París.

Los comisionados escribieron desde Dormáns a la Asamblea informándola del itinerario del rey y avisándole el día y momento de su llegada. En las cercanías de París se había congregado el pueblo furioso, por entre el cual tenía que pasar la comitiva, y la Asamblea redobló su energía y prudencia para asegurar la inviolabilidad de la persona del rey; hasta el pueblo recobró el sentimiento de su dignidad, ante la gran satisfacción que le proporcionaba la fortuna, y no quiso deshonrar su propio triunfo. Por todas partes veíanse escritas estas palabras: *El que aplauda al rey, será aplaudido; el que lo insulte, será ahorcado.*

El rey había dormido en Meaux. Los comisionados pedían a la Asamblea que se declarara permanente, para evitar los sucesos imprevistos que motivara la entrada de la comitiva en París. La Asamblea permaneció reunida, y el héroe del día, el verdadero autor del arresto, Drouet, hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould, compareció ante ella y dijo: «Soy un antiguo dragón del regimiento de Condé; mi camarada Guillermo es antiguo dragón de la reina. El 21 de junio a las siete y media de la noche, dos coches y once caballos se relevaron en Sainte-Menehould; conocí a la reina y al rey, pero, temiendo equivocarme, resolví asegurarme de la verdad, llegando por un camino de travesía a Varennes, antes que los coches. A las once llegué a Varennes, que estaba muy oscuro y silencioso; allí se detuvieron los coches con motivo de una disputa entre los correos y los postillones, porque éstos se negaban a seguir. Entonces pregunté a mi camarada:—Guillermo, ¿eres buen patriota?—No lo dudes, respondió Guillermo—. En ese caso, arrestemos al rey, que se encuentra aquí.—Derribamos una carreta cargada de muebles bajo el arco que hay sobre el puente; reuimos ocho hombres decididos, y cuando el coche pretendió pasar, pedimos los pasaportes. «Señores, tenemos prisa», nos dijo la reina; pero insistimos y man-

damos apear a los viajeros en casa del procurador del ayuntamiento. Allí Luis XVI nos dijo espontáneamente: «¡Ved a vuestro rey, ved a vuestra reina! ¡ved a mis hijos! Tratadnos con la consideración que siempre han tenido los franceses a sus soberanos»; pero nosotros los constituimos prisioneros. Inmediatamente llegaron los guardias nacionales, los húsares se pusieron de nuestra parte, y después de haber cumplido nuestro deber regresamos a nuestras casas en medio de las felicitaciones de nuestros conciudadanos. Venimos aquí a depositar ante la Asamblea nacional el homenaje de nuestros servicios.»

Drouet y Guillermo fueron aplaudidos con entusiasmo.

La Asamblea decretó que, tan pronto como entrase el rey en las Tullerías, se le diera una guardia, que, bajo las órdenes de Lafayette, respondiese de su persona. Únicamente Malohuet se atrevió a protestar contra esta prisión, «que destruíra la inviolabilidad y la Constitución al mismo tiempo, pues el poder legislativo y el poder ejecutivo deben ser uno solo. Alejandro Lameth combatió la proposición de Malohuet, y declaró que la Asamblea había debido tomar y debía conservar, hasta que se concluyera la Constitución, una dictadura impuesta por la fuerza de las circunstancias; pero que, siendo la monarquía la forma necesaria a la centralización de las fuerzas de tan gran pueblo, la Asamblea entraría inmediatamente después en la división de los poderes y en las condiciones de la monarquía.

XXVII

El 25 de junio a las siete de la tarde entró en París el rey prisionero. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío aumentaba sin cesar al paso de la comitiva. Las pasiones de la ciudad, de la Asamblea, de la prensa y de los clubs hervían más cerca y con más intensidad, entre los habitantes de los alrededores y de París. Estas pasiones escritas en todos los rostros estaban contenidas por el exceso de su misma violencia; la indignación y el desprecio dominaban la cólera; las injurias brotaban de los la-

bios con voz ahogada, el pueblo parecía siniestro, pero no furioso. Millares de miradas lanzaban la muerte dentro de los coches; pero ninguna voz la profería.

Esta sangre fría del odio no pasaba inadvertida para el rey. El día era caluroso, un sol ardiente, reverberado por las piedras y las bayonetas, abrasaba la berlina en que iban encajonadas diez personas. Nubes de polvo levantadas por los pies de doscientos o trescientos mil espectadores, eran la única sombra que de vez en cuando velaba la humillación del rey y de la reina. El sudor de los caballos y la febril respiración de la multitud oprimida y apasionada, condensaba y corrompía la atmósfera, faltando a los viajeros el aire para respirar; por la frente de los niños corrían arroyos de sudor; la reina, temiendo que les ocurriera una desgracia, bajó precipitadamente una de las cortinillas del coche y, dirigiéndose a la multitud, dijo para enternecerla:

—¡Ved, señores, en qué estado están mis pobres hijos! ¡nos ahogamos!

—Nosotros te ahogaremos de otro modo bien distinto — le respondieron a media voz aquellos hombres feroces.

Las irrupciones violentas de la multitud forzaban de vez en cuando la línea de tropas, separaban los caballos, se abalanzaban hasta las portezuelas y subían sobre los estribos. Aquellos hombres implacables miraban en silencio al rey, a la reina y al Delfín, como si tomaran la medida de los últimos crímenes, complaciéndose en la humillación de la majestad. La gendarmería veíase obligada a dar cargas para restablecer el orden, después de lo cual reanudaba la marcha la comitiva en medio del ruido de los sables y de los clamores de las personas derribadas a los pies de los caballos. Lafayette, que temía que se cometiesen atentados y se preparasen emboscadas en las calles de París, previno al general Dumás, comandante de la escolta, que no atravesara la ciudad, y colocó espesas filas de tropa en el Baluarte desde la puerta de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional formaba el borde de la fila y los guardias suizos estaban en orden de batalla; pero no rendían sus banderas delante de su señor,

ni se tributó ningún honor militar al jefe superior del ejército. Los guardias nacionales apoyados en sus armas no saludaban, viendo pasar la comitiva en la actitud de la fuerza, de la indiferencia y del desprecio.

XXVIII

Al fin, los coches entraron en el jardín de las Tullerías por el puente giratorio. Lafayette, a caballo a la cabeza de su estado mayor, que había ido a esperar la comitiva, la precedía. Durante su ausencia una multitud inmensa había ocupado el jardín y los terraplenes, obstruyendo la puerta de palacio, por lo que a la escolta le costaba trabajo romper aquellas oleadas tumultuosas. Se obligaba a todo el mundo a permanecer con el sombrero puesto, y sólo se descubrió un miembro de la Asamblea, apellidado Guillermy, a pesar de las amenazas y de los insultos que esta manifestación de respeto atraía contra él. Al advertir que se iba a hacer uso de la fuerza para obligarle a imitar el insulto general, arrojó su sombrero en medio de la gente y bastante lejos para que no pudieran llevarse. Entonces fué cuando, viendo la reina a Lafayette, y temiendo por la vida de los fieles guardias de corps, conducidos en el pescante del coche y amenazados por el pueblo, le gritó: «Señor Lafayette, salvad a los guardias de corps.»

La familia real se apeó del coche junto al terraplén, y fué recibida por Lafayette, a quien la entregaron Barnave y Pethión, llevando los guardias nacionales a los niños en brazos. Uno de los miembros de la izquierda de la Asamblea, el vizconde de Noailles, acercóse diligentemente a la reina y le ofreció su brazo; pero ésta, indignada, rechazó con una mirada de desprecio la protección de aquel enemigo, y, viendo a un diputado de la derecha, le pidió su brazo. Tantos ultrajes habían podido abatirla, pero no vencerla. La dignidad de la monarquía estaba toda en el gesto y en el corazón de una mujer.

Los prolongados gritos que lanzó la multitud al entrar el rey en las Tullerías anunciaron el triunfo a la Asamblea, que vióse obligada a interrumpir

la sesión durante media hora a causa de la agitación que en ella reinaba. Un diputado, que entró precipitadamente en la sala, anunció que el pueblo se había apoderado de los tres guardias de corps y pretendía despedazarlos, y al punto salieron veinte comisionados para ponerlos en libertad. Su presencia apaciguó la sedición. Cuando, a los pocos minutos volvieron a la Asamblea, los comisionados manifestaron que habían visto a Pethión cubriendo con su cuerpo la portezuela del coche del rey. Barnave entró, subió a la tribuna, todo empolvado, y dijo: «Hemos cumplido nuestra comisión en honor de la Francia y de la Asamblea, conservando la tranquilidad pública y la seguridad del rey, quien nos ha dicho que no había tenido intención de pasar las fronteras del reino. (Estas palabras fueron acogidas con murmullos.) Hemos caminado muy rápidamente hasta Meaux para evitar la persecución de las tropas del marqués de Bouillé. Los guardias nacionales y los soldados han cumplido con su deber y el rey está ya en las Tullerías.» Pethión añadió, por adular a la opinión, que, efectivamente, se había intentado coger a los guardias de corps y que él mismo había sido agarrado por el cuello y separado de su puesto junto a la portezuela; pero que este movimiento del pueblo era legal por su intención, pues no había tenido otro objeto que asegurar la ejecución de la ley, que mandaba arrestar a los cómplices de la corte. Se decretó que se hicieran informaciones por el tribunal del barrio de las Tullerías respecto a la fuga del rey, y que tres comisionados designados por la Asamblea recibieran las declaraciones de Luis XVI y de María Antonieta. «¿Qué significa esa excepción honorable?—preguntó Robespierre—. ¿Teméis degradar la majestad, obligando a comparecer al rey y a la reina ante los tribunales ordinarios? Un ciudadano, una ciudadana, todo hombre, cualquiera que sea la dignidad de que se halle investido, nunca puede ser degradado por la ley.» Buzot apoyó esta opinión, que fué combatida por Duport; y el respeto se impuso al ultraje. Tronchet, Dandré y Duport fueron los comisionados designados para este fin.

XXIX

Cuando entró en sus aposentos, Luis XVI abarcó de una mirada toda la extensión de su caída. Lafayette se presentó ante él con todas las apariencias de enternecimiento y de respeto; pero con la realidad del mando, y le dijo:

—Vuestra Majestad conoce mi adhesión; pero no ignoráis que si se separase la causa de V. M. de la del pueblo, no vacilaría en ponerme al lado del pueblo.

—Es verdad — respondió el rey—; vos seguís vuestros principios; ésta es una cuestión de partido... Os diré con toda franqueza que hasta estos últimos tiempos, había creído que me habíais envuelto en un torbellino ficticio de gentes de vuestra opinión; pero que ésta no era la opinión efectiva de Francia. En este viaje he conocido que estaba engañado, y que ésa es la voluntad general.

—¿Tiene V. M. que darme algunas órdenes? — preguntó Lafayette.

—Me parece — replicó el rey sonriendo—, que soy yo quien está a vuestras órdenes, y no vos a las mías.

La reina no ocultaba la amargura de sus reprimidos despechos. Quiso obligar a Lafayette a que tomara las llaves de las cajas que estaban dentro del coche y él se negó a ello; la reina insistió, y, como aquél persistiera en su negativa, se las puso ella misma en el sombrero.

—Vuestra Majestad — dijo Lafayette — tendrá que volver a cogerlas, porque yo no las tocaré.

—Pues bien — replicó la reina con enfado, volviéndolas a coger—, ya encontraré gentes menos delicadas que vos.

El rey entró en su gabinete, escribió algunas cartas y las entregó a un criado, que fué a presentarlas a la inspección de Lafayette. El general manifestó indignarse de que se le atribuyera tan vergonzosa inquisición de los actos del rey. Quería que la servidumbre conservara todas las apariencias de libertad.

El servicio de palacio se hacía como de ordinario; pero Lafayette daba el santo sin recibirlo del rey, las verjas de los patios y de los jardines estaban cerradas y la familia real presentaba a Lafayette la lista de las personas que desca-

ba recibir. En todos los salones, en todas las salidas y en todos los pasadizos intermedios entre los aposentos del rey y de la reina se pusieron centinelas, y las puertas de estos aposentos tenían que estar constantemente abiertas. Hasta el mismo lecho de la reina se vigilaba con la vista. Todos los sitios, incluso los más secretos, eran sospechosos; el pudor de la mujer no se respetaba; los gestos, las miradas, las palabras entre el rey y la reina, todo se veía, se espiaba y se anotaba. Sin embargo, algunas connivencias les proporcionaban algunas furtivas conversaciones. Un oficial de guardia pasaba veinticuatro horas seguidas en el fondo de un oscuro pasadizo situado detrás de la habitación de la reina, iluminado por una sola lámpara, como la bóveda de un calabozo, y este puesto, que tenían los oficiales de servicio, lo obtenía, valiéndose de intrigas, el celo afectado de algunos que sabían ocultar sus verdaderos sentimientos. Saint-Prix, famoso actor del teatro francés, ocupaba este puesto con frecuencia, y favorecía las entrevistas rápidas del rey, de la reina y de su hermana.

Durante la noche una camarista ponía su lecho entre el de su señora y la puerta abierta de la habitación, para ocultarla a la vista del centinela. En cierta ocasión, el comandante que velaba entre las dos puertas, advirtiéndole que la camarista dormía y la reina no, se atrevió a aproximarse a su soberana para darle en voz baja algunos consejos y avisos respecto a su situación. La conversación despertó a la durmiente, quien, sobrecogida de terror al ver a un hombre con uniforme cerca del lecho real, iba a gritar cuando la reina, imponiéndole silencio, le dijo:

—Tranquilizaos; este hombre es un buen francés, engañado acerca de las intenciones del rey y de las mías; pero cuyas palabras revelan una sincera adhesión a sus soberanos.

De este modo proporcionaba la Providencia algún consuelo a las víctimas, valiéndose de los mismos perseguidores. El rey, tan resignado y tan impasible, tuvo momentos en que llegó a perder la serenidad bajo el peso de tantos dolores y de tantas humillaciones. Concentrado en sus

pensamientos, pasó diez días completos sin pronunciar una palabra ni aun ante su familia, como si su última lucha con la desgracia hubiera agotado sus fuerzas. Comprendía que iba a ser vencido y quería morir antes de serlo. La reina, arrojándose a sus pies y presentándole sus hijos, concluyó por sacarle de su mutismo.

—Reservemos — le dijo — todas nuestras fuerzas para sostener este largo combate con la fortuna. Aunque la pérdida sea inevitable, podemos elegir la actitud en que hemos de perecer. Hagámoslo como reyes, y no esperemos sin resistencia y sin venganza que vengan a ahogarnos en nuestros propios aposentos.

La reina tenía el corazón de un héroe, Luis XVI el alma de un hombre prudente; pero ambos carecían del genio que combina la prudencia con el valor. El uno, sólo sabía combatir; el otro, someterse, y ninguno, reinar.

XXX

Tal fué el resultado de la fuga, que si hubiera tenido buen éxito, habría cambiado todas las fases de la Revolución. En lugar de tener en el rey cautivo en París un instrumento y una víctima, la Revolución habría tenido un enemigo o un moderador; en vez de ser una anarquía, habría sido una guerra civil; en lugar de asesinatos, habría habido victorias, y se hubiera triunfado por las armas y no por el cadalso.

Jamás la suerte de más hombres ni de más ideas dependieron tan manifiestamente de una casualidad, y esta misma casualidad no lo era. Drouet fué el instrumento de la pérdida del rey; pero, si no lo hubiera conocido por su semejanza con el retrato puesto en los asignados; si no hubiera corrido a todo escape para llegar antes que el monarca a Varennes, en dos horas la familia real se hubiera salvado. Drouet, hijo de un oscuro maestro de postas, a pie y odioso por la noche delante de las puertas de un lugar, hace variar la suerte de una monarquía. No pide consejo a nadie, marcha y se dice: «Yo detendré al rey.» Pero Drouet no hubiera tenido esta de-

cisión si no hubieran estado, por decirlo así, personificadas en él, en aquel momento, toda la agitación y todas las sospechas del pueblo. El fanatismo de la patria le impulsa, sin él saberlo, hacia Varennes, y sacrifica a toda una desgraciada familia de fugitivos a lo que él cree la salvación nacional. No había recibido consigna alguna; arrojó la responsabilidad del arresto y, por consiguiente, de la muerte. Su adhesión al país fué cruel; su silencio y su compasión no hubieran ocasionado tantas calamidades.

La fuga del rey era para él, si no un crimen, al menos una falta; era o demasiado pronto o demasiado tarde. Demasiado tarde, porque el rey había sancionado la Revolución de modo que el ponerse de repente contra ella, constituía una traición a su pueblo y un mentís a sí mismo. Demasiado pronto, porque la Constitución que la Asamblea nacional redactaba, no estaba concluida aún, el gobierno no se había convenido de su impotencia, y los días del rey y de su familia no estaban aún bastante evidentemente amenazados para sobreponer el cuidado de su seguridad, como hombre, a los deberes que tenía como rey. En caso de buen éxito, Luis XVI sólo contaba con la ayuda de fuerzas extranjeras para recobrar su reino; en caso de detención, no encontraba más que una prisión en palacio; la fuga, desde cualquier punto de vista, resultaba funesta; era el camino de la vergüenza o el del cadalso; y sólo hay uno para huir de un trono cuando no se desea morir en él: la abdicación. Al volver de Varennes, el rey debió abdicar, en cuyo caso la Revolución habría adoptado a su hijo para educarlo a su imagen; pero no abdicó y aceptó el perdón de su pueblo; juró cumplir una Constitución de que había huido, y fué un rey amnistiado. Europa sólo vió en él un fugado del trono, conducido al suplicio; la nación, un traidor, y la Revolución, un juguete.

LIBRO III

Actitud de la Asamblea.—Barnave ingresa en el partido monárquico, con Duport y los Lameth.—Los de la derecha adoptan la resolución de abstenerse en la Asamblea.—La Asamblea discute la fuga del rey.—Inviolabilidad del rey reconocida.—Los clubs y la prensa aceleran la marcha de la revolución.—Periodistas influyentes: Loustalot, Camilo Desmoullins, Marat, Brissot.—El pueblo principia a pedir el destronamiento del rey y la república.—Petición firmada en el Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan a viva fuerza a los facciosos.—Debilidad de la Asamblea.—Semblanzas de Condorcet, Dantón y Brissot.

I

Los pueblos, como los individuos, tienen un instinto de conservación que les advierte y detiene, bajo el imperio de las pasiones más temerarias, ante los peligros a que van a arrojarse, como si el aspecto del abismo a que un momento antes corrían les hiciera retroceder de repente. Estas intermitencias de las pasiones humanas son breves y fugitivas; pero dan tiempo a los sucesos, lugar a la prudencia y ocasiones a los hombres de Estado. Son los momentos que éstos espían para apoderarse del ánimo vacilante e intimidado de los pueblos, para impulsarles a obrar contra sus excesos, y para hacerlos retroceder por el rechazo de las mismas pasiones que los llevaron demasiado lejos. Al día siguiente del 25 de junio de 1791, Francia tuvo uno de esos arrepentimientos que salvan los pueblos; pero le faltó un hombre de Estado.

Jamás había ofrecido la Asamblea nacional un aspecto tan imponente y tranquilo como durante los cinco días que siguieron a la fuga del rey. Podría decirse que sentía soportar el peso de la monarquía, y que afirmaba su actitud para llevarlo dignamente, aceptando el poder sin pretender usurparlo ni retenerlo. Cubrió con una ficción respetuosa la fuga del rey, llamándola *rapto*; buscó culpables alrededor del trono; pero éste lo consideró inviolable. Para ella el hombre desapareció en Luis XVI, bajo el jefe irresponsable del Estado. Estos tres meses fueron en cierto modo un interregno, durante el cual la razón pública

fué la misma Constitución. No había rey, puesto que estaba cautivo y se le había retirado la sanción; no había ley, puesto que la Constitución no estaba hecha; no había ministro, puesto que el poder ejecutivo estaba en entredicho, y, sin embargo, la monarquía se sostenía, obraba, se organizaba, se defendía y se conservaba; y lo que era aún más peligroso, se moderaba. Tenía reservada en palacio la rueda principal de la Constitución, la majestad, para, cuando la obra estuviera concluída, colocarla en su sitio y decir al rey: *Sé libre y reina.*

II

Este majestuoso interregno de la nación era, sin embargo, deshonorado por la cautividad momentánea del rey y de su familia; pero es necesario conocer que la nación tenía derecho a decir a su jefe: «si quieres reinar sobre nosotros no saldrás del reino, ni llevarás la majestad de Francia en medio de sus enemigos.» En cuanto a las formas de esta cautividad en las Tullerías, necesario es conocer también que la Asamblea nacional no las había prescripto, y que hasta se había indignado al oír la palabra *prisión*; ella sólo había impuesto una residencia política, pues lo cruel y odioso de las medidas de vigilancia dependía de la sospechosa responsabilidad de la guardia nacional, más que de la irreverencia de la Asamblea. Lafayette guardaba, guardando la persona del rey, la dinastía, su propia cabeza y la Constitución, en rehenes contra la República y contra la majestad al mismo tiempo. Alcaide de palacio, él intimidaba con la presencia de un rey débil y envilecido a los desanimados realistas y a los republicanos moderados, Luis XVI era su garantía.

En la Asamblea nacional Barnave y los Lameth observaban la misma conducta que Lafayette fuera; necesitaban al rey para defenderse de sus enemigos. Mientras Mirabeau se había interpuesto entre el trono y ellos, habían jugado a la República, y minado el trono para hacer perecer con él a un rival; pero, muerto Mirabeau y conmovido el trono, se consideraban débiles contra el movi-

miento que habían ocasionado, y sostenían aquel resto de monarquía para que ésta los sostuviera. Fundadores de los jacobinos, temblaban al contemplar su obra, y se refugiaban en la Constitución que habían desmantelado, convirtiéndose de demolidores en hombres de Estado; pero, para lo primero, sólo se necesitaba violencia, para lo segundo, genio, y Barnave sólo tenía talento. Tenía, además, alma y era hombre honrado. Los primeros excesos de su palabra habían sido arrebatos tribunicios, y quiso saborear los aplausos del pueblo, que se lo prodigó más de lo que realmente merecía. En lo sucesivo no tendría que medir sus fuerzas sino con la Revolución en todo su apogeo. Los celos le quitaban el pedestal que le habían prestado, e iba a mostrarse como era.

III

Un sentimiento más noble que el interés de su seguridad personal impulsaba a Barnave a afiliarse en el partido de la monarquía. Su corazón se había sobrepujado a su ambición pasando al lado de la debilidad, de la belleza y de la desgracia, porque para un hombre sensible es sumamente peligroso conocer a los que combate; el odio contra la causa se extingue ante el atractivo hacia las personas y se hace parcial sin conocerlo; la sensibilidad desarma la inteligencia, y se enternece en vez de raciocinar, y un hombre conmovido no tarda en hacer de su sentimiento su política.

Esto es lo que le ocurrió a Barnave al acompañar a la familia real en su viaje de regreso de Varennes. El interés que le inspiró la reina lo convirtió a la causa del trono; él no había conocido hasta entonces a María Antonieta más que al través de una nube de prevenciones con que los partidos rodean a los que desean aborrecer; pero las relaciones rápidas que tuvo con ella disiparon esta atmósfera de convención, y le hicieron adorar de cerca lo que de lejos había calumniado. Hasta el papel que la fortuna le había obligado a representar en el destino de aquella mujer tenía algo de inesperado y de novelesco, capaz de alu-

cinar su orgullosa imaginación, y de enternecer su generosidad. Joven, obscuro y desconocido pocos meses antes, era ya célebre, popular y poderoso, y formando parte de una Asamblea soberana entre el pueblo y el rey, pasaba a ser el protector de quienes había sido enemigo, y manos reales y suplicantes estrechaban sus manos de plebeyo. Oponía la majestad popular del talento y de la elocuencia a la majestad de raza de los Borbones, y defendía con su cuerpo la vida de los que habían sido sus señores. Su misma adhesión era un triunfo, y el objeto de ella su reina, que, joven, bella y majestuosa, estaba humanizada por el terror que la suerte de su esposo y de sus hijos le sugería; sus ojos, llenos de lágrimas, imploraban su salvación de los ojos de Barnave, porque éste era el primer orador de la Asamblea que hacía vacilar el trono: era el favorito del pueblo, a quien gobernaba con un gesto, y cuyo furor contenía durante este largo camino entre el trono y la muerte. Aquella madre colocaba a su hijo, el joven Delfín, entre sus rodillas, y los dedos de Barnave jugaban con los rubios rizos del niño. El rey, la reina y Madama Isabel distinguieron acertadamente a Barnave del inflexible salvaje Pethión; le habían hablado de su situación, se le habían quejado de haber sido engañados respecto a la naturaleza del espíritu público de Francia, y manifestado arrepentimiento e inclinaciones constitucionales. Estas conversaciones, inconvenientes en el carruaje a causa de la presencia de los otros comisionados y la contemplación del pueblo, se renovaban furtivamente y con más intimidad en las paradas que la familia real hacía durante las noches; se habían convenido misteriosas correspondencias políticas y entrevistas secretas en las Tullerías, y Barnave, que salió inflexible, volvió monárquico a París, y ya ambicionaba la conferencia nocturna que había tenido Mirabeau con la reina en el parque de Saint-Cloud; pero Mirabeau se había vendido, y Barnave se daba generosamente: la conquista del hombre de genio costó a los reyes montones de oro; el hombre de corazón quedó seducido por una sola mirada.

IV

Barnave encontró en sus amigos Duport y los Lameth inclinación a la monarquía, pero por motivos muy diferentes de los suyos, y este triunvirato se entendió con las Tullerías. Los Lameth y Duport vieron al rey; pero Barnave, no atreviéndose a ir a palacio en los primeros momentos, fué secretamente más tarde, adoptando para estas entrevistas las más recelosas precauciones. El rey y la reina esperaban algunas veces horas enteras al joven orador en un pequeño aposento del entresuelo de palacio, con la mano puesta en la cerradura, para abrir tan pronto como oyeran sus pasos, y cuando estas entrevistas eran imposibles, escribía Barnave a la reina. Este orador creía tener muchas fuerzas de su partido en la Asamblea, porque medía el poder de las opiniones por los talentos que las expresaban; pero la reina lo ponía en duda. «Tened confianza, señora—escribía Barnave—, es cierto que nuestra bandera está desgarrada, pero aun se lee en ella la palabra *Constitución*, palabra que volverá a recobrar su fuerza si el rey se une a ella sinceramente. Los amigos de esta Constitución, rectificando sus errores, pueden levantarla y afirmarla aún. Los jacobinos tienen asustado al pueblo y los emigrados amenazan la nacionalidad; pero no temáis a los jacobinos, ni confiéis en los emigrados; echaos en brazos del partido nacional, que no ha dejado de existir. ¿No subió Enrique IV al trono de una nación católica con la ayuda del partido protestante?» La reina seguía confiadamente estos tardíos consejos, y concertaba con Barnave todos sus pasos y toda su correspondencia con el extranjero; no quería hacer ni decir nada que se opusiera a los planes que él había ideado para restaurar el poder real. «Un sentimiento de legítimo orgullo—decía la reina hablando de él—, sentimiento que no podré vituperar en un joven de talento nacido en las clases obscuras del tercer estado, le hizo desear una revolución que le franqueara el camino de la gloria y del poder; pero su corazón es leal, y si alguna vez reco-

bramos el poder, el perdón de Barnave está previamente escrito en nuestros corazones.» Madama Isabel tenía la misma inclinación hacia él que el rey y la reina. Siempre vencidos, concluyeron por creer que sólo podían restaurar la monarquía los que la habían derribado. Tal era la superstición de la fatalidad y estaban inclinados a adorar el poder de la revolución, que no habían podido evitar.

V

Los primeros actos del rey se resintieron demasiado de estas inspiraciones de los Lameth y Barnave. Respecto a los acontecimientos de junio se dió a los comisionados de la Asamblea encargados de interrogarle una respuesta, cuya mala fe era evidente y más a propósito para mover a risa que para obtener la indulgencia de sus enemigos. «Introducidos en el aposento del rey, y solos con él — dijeron los comisionados de la Asamblea—, nos hizo la siguiente declaración: Los motivos de mi marcha son los insultos y los ultrajes que se me infirieron el 18 de abril cuando pretendí ir a Saint-Cloud. Como estos insultos quedaron impunes, creí que no era seguro ni decoroso permanecer en París, y, no pudiendo marchar públicamente, resolví hacerlo durante la noche y sin acompañamiento; pero jamás tuve intención de salir del reino, ni hice concierto alguno con las potencias extranjeras, ni con los príncipes emigrados de mi familia. Mi alojamiento estaba preparado en Montmedy, cuya plaza había elegido porque está fortificada, porque, encontrándose cerca de la frontera, podía oponerme a toda clase de invasiones. En este viaje conocí que el pueblo es partidario decidido de la Constitución, y tan pronto como supe cuál es la opinión general, no dudé, como nunca he dudado, sacrificar lo que me es personal por la felicidad pública.»

«Deseando — añadió la reina en su declaración— el rey marchar con sus hijos, nada hay en la naturaleza que hubiera podido impedirme seguirle. Bastante he demostrado, desde hace dos años, y en bien penosas circunstancias, que no estoy dispuesta a abandonarlo jamás.»

No satisfecha con esta indagación respecto a los motivos y las circunstancias de la fuga del rey, la opinión irritada pedía que la nación interviniera hasta en la voluntad paterna, y que la Asamblea nombrara un director al Delfín. Noventa y dos hombres, oscuros casi todos, salieron del escrutinio que se hizo con este objeto, los cuales fueron acogidos con una risa general, y se decidió dilatar este ultraje al rey y al padre. El director nombrado después por Luis XVI, Fleuriu, no llegó a ejercer sus funciones, pasando a ser luego el gobernador del heredero de un imperio el alcaide de una prisión de malhechores.

El marqués de Bouillé, desde Luxemburgo, dirigió una carta amenazadora a la Asamblea tratando de impedir recayera sobre el rey la cólera pública, y arrogándose la inspiración y la ejecución de la marcha del rey. «Si se toca a un cabello de la cabeza de Luis XVI — decía—, no quedará piedra sobre piedra en París, pues conozco los caminos, y guiaré los ejércitos extranjeros.» Estas palabras fueron acogidas con una carcajada de desprecio. La Asamblea era demasiado prudente para no necesitar los consejos del marqués de Bouillé, y bastante fuerte para despreciar las amenazas de su proscripto.

Cazalés acababa de presentar su dimisión para ir a combatir. Los miembros más significados de la derecha, entre los que se distinguían Maury, Montlozier, el abate de Montesquieu, el abate de Pradt, Virieu y otros, en número de doscientos noventa, tomaron una funesta resolución, que quitando todo contrapeso al partido extremo de la Revolución, precipitaba la caída de la monarquía y perdía al rey bajo el pretexto de un culto sagrado por la majestad. Permanecieron en la Asamblea, pero se anularon, y no quisieron que en lo sucesivo se les considerara como una protesta viva contra la violación de la libertad y de la autoridad real. La Asamblea negóse a oír la lectura de su protesta, que constituía una violación de su mandato; pero ellos la publicaron y la repartieron profusamente por todo el reino. «Los decretos de la Asamblea, decían, absorben por completo el poder real; tiene sobre la mesa el sello del

Estado y prescinde en absoluto de la sanción del rey; se ha suprimido el nombre del rey del juramento que se presta a la ley, y los comisarios llevan directamente las órdenes de los comités a los ejércitos. El rey está prisionero; una república provisional ocupa el interregno, y nosotros no podemos sancionar con nuestra presencia tales actos; ni aun consentiríamos en ser testigos de ellos, si no estuviéramos obligados a velar por la conservación de la persona del rey. Suprimido este único interés, guardaremos el más profundo silencio, que será la sola expresión de nuestra constante oposición a todos vuestros actos.»

Estas palabras eran la abdicación de todo un partido, porque todo partido que protesta, abdica, y entonces empezó la emigración en la Asamblea. Aquella falsa fidelidad, que gimió en vez de combatir, fué aplaudida por la nobleza y por el clero; pero mereció el desprecio de los hombres políticos. Al abandonar en su lucha contra los jacobinos a Barnave y los constitucionales monárquicos, dió el triunfo a Robespierre, y al asegurar la mayoría a su proposición de no reelección de los miembros de la Asamblea legislativa, dió vida a la Convención. Los realistas quitaron de la balanza el peso de una opinión, y la balanza se inclinó hasta los últimos desórdenes, llevando tras de sí la cabeza del monarca y la propia.

VI

Los jacobinos comprendieron el error de los realistas y se regocijaron de ello. Al ver que estos numerosos sostenes de la constitución monárquica se separaban del combate, presintieron hasta dónde podían atreverse y se atrevieron. Sus sesiones iban siendo más animadas a medida que las de la Asamblea nacional iban aumentando en desanimación y timidez. Las palabras *destitución y república* resonaron allí por vez primera; se retractaron al principio, pero se volvieron a consignar después. Consideradas primero como una blasfemia, no tardaron en ser proferidas como un dogma. Los partidos nunca saben al principio lo que quieren, el resultado es quien se lo

enseña; los temerarios lanzan ideas a manera de exploradores; si son rechazadas, los que son diestros las desaprueban, y si prevalecen, las hacen suyas los jefes. En las guerras de opiniones se hacen reconocimientos, como en las campañas militares; los jacobinos eran los puestos avanzados de la revolución, y sondeaban las resistencias del espíritu monárquico.

El club de los franciscanos envió a los jacobinos un proyecto de representación a la Asamblea nacional, en que se pedía francamente la destrucción del trono. «Ya estamos *libres y sin rey* — decían los franciscanos — como el día que siguió al de la toma de la Bastilla; pero necesitamos saber si será ventajoso nombrar otro. Creemos que la nación debe hacerlo todo por sí misma, o por agentes amovibles elegidos al efecto; creemos que cuanto más importante es un empleo, más corta debe ser su duración; creemos que el trono, y especialmente el trono hereditario, es incompatible con la libertad; prevemos que esta proposición va a tener muchos contradictores; pero, ¿no los ha tenido también la declaración de los derechos? El rey abdicó de hecho, abandonando su puesto; aprovechémosnos de nuestro derecho y de la ocasión, y juremos implantar en Francia la república.»

Esta proposición, leída en el club de los jacobinos el 22, provocó la indignación general; pero el 23 subió Dantón a la tribuna y pidió la destitución del rey y el nombramiento de un consejo de regencia. «Vuestro rey — dijo — es imbecil o criminal. ¡Horrible espectáculo se daría al mundo, si teniendo la elección de declarar a un rey criminal o declarararlo imbecil, no adoptáseis este último partido!» El 27 Girey-Dupré, joven escritor que contaba con la Gironda, provocó el proceso de Luis XVI, diciendo: «Nosotros podemos y debemos castigar a un rey perjuro.» Brissot planteó la cuestión como la había planteado Pethión en la última sesión. *¿El rey perjuro puede ser juzgado? ¿Por qué — dice Brissot — dividimos en denominaciones peligrosas? Estamos de acuerdo; ¿qué pretenden los que se levantan aquí contra los republicanos? Detestan las tu-*

multuosas democracias de Atenas y de Roma, y temen la división de Francia en federaciones aisladas; sólo quieren la constitución representativa, y tienen razón. Y por su parte, ¿qué pretenden los llamados republicanos? Temen igualmente las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y temen las repúblicas federadas. Sólo quieren la Constitución representativa, y, por consiguiente, estamos de acuerdo. El jefe del poder ejecutivo ha hecho traición a sus juramentos. ¿Será preciso juzgarlo? Es la única cuestión que nos divide. La inviolabilidad, en el caso contrario, sería la impunidad de todos los crímenes, y animaría a hacer todas las traiciones. El buen sentido exige que la pena siga al delito. Un hombre inviolable gobernando un pueblo es un dios que impone su voluntad a veinticinco millones de estúpidos. Si el rey hubiera entrado en Francia a la cabeza de los ejércitos extranjeros; si hubiera arrasado nuestras más bellas comarcas; si, detenido en su marcha, le hubierais reducido a prisión, ¿qué habríais hecho de él? ¿Hubierais invocado su inviolabilidad para absolverlo? Se pretende intimidaros con las potencias extranjeras; pero no las temáis. ¡Europa es impotente contra un pueblo que desea ser libre!»

En la Asamblea nacional, Muguer, en nombre de los comités reunidos, leyó su informe respecto a la fuga del rey, y concluyó con la inviolabilidad de Luis XVI y la acusación de sus cómplices. Robespierre combatió la inviolabilidad, quitando a sus palabras el colorido de la ira, y esforzándose para dar a sus conclusiones apariencia de dulzura y de humanidad. «No examinaré — dijo — si el rey ha huído voluntaria y espontáneamente, o si desde el extremo de las fronteras un ciudadano lo llevó por la fuerza de sus consejos; no examinaré si esta fuga es un atentado contra la libertad pública, sino que voy a hablar del rey como de un ente imaginario, y de la inviolabilidad, como de un principio.» Después de combatir el principio de la inviolabilidad con los mismos argumentos que habían empleado Girey-Dupré y Brissot, Robespierre concluyó diciendo: «Las medidas que os proponen son deshonorosas;

si las adoptáis, pediréis que se me nombre abogado de todos los acusados; quiero ser el defensor de los tres guardias de corps, del aya, del Delfín, y del mismo marqués de Bouillé. Según vuestros principios no existen delitos, y donde no hay delito no hay cómplices; señores, si perdonar a un culpable es una debilidad, castigar al culpable débil perdonando al culpable poderoso, es una infamia. Se necesita pronunciarse contra todos los culpables, o absolverlos a todos.» Gregoire sostuvo también el partido de la acusación y Salles defendió la opinión de los comités.

Barnave dijo en apoyo de la opinión de Salles: «La nación francesa acaba de sufrir una violenta conmoción; pero si debemos dar crédito a todos los augurios que se hacen, este último suceso, como cuantos le han precedido, sólo servirá para apresurar el término y asegurar la solidez de la revolución. No me extenderé exponiendo las ventajas del gobierno monárquico, pues habéis manifestado vuestra convicción estableciéndolo en vuestro país, y sólo diré que todo gobierno, para ser bueno, debe contener en sí mismo las condiciones de su estabilidad, porque, en otro caso, en vez de dicha, no ofrecería más que la perspectiva de una infinita serie de variaciones. Algunos, cuyo afán de mostrarnos ejemplos que imitar no censuro, han visto en América un pueblo que ocupa un gran territorio poco poblado, cuyos límites son bosques; no hay en su vecindad ningún enemigo poderoso, y las costumbres de sus moradores son sencillas, ajenas a las pasiones ficticias, que hacen las revoluciones de los gobiernos; han visto la república en aquel territorio, y de ese ejemplo deducen las consecuencias de que este mismo gobierno podría convenirnos. Estos son los mismos que niegan hoy la inviolabilidad del rey; pero si es verdad que nuestro país está ocupado por una población inmensa, si es verdad que hay en ella una multitud de hombres entregados exclusivamente a especulaciones de inteligencia, que traen consigo la ambición y el amor a la gloria; si es verdad que vecinos poderosos nos obligan a agruparnos para poder resistirlos; si es verdad que

todas estas circunstancias son fatales e independientes de nuestra voluntad, es incontestable que el remedio sólo existe en el gobierno monárquico. Cuando un país está muy poblado y es extenso, no hay, según la política ha demostrado, más que dos medios de proporcionarle existencia sólida y permanente. O bien organizando separadamente estos partidos, ponéis en cada sección del imperio una porción del gobierno, y fijáis la estabilidad con perjuicio de la unidad, de la fuerza y de todas las ventajas que resultan de una asociación grande y homogénea; o bien, dejando subsistir la unidad nacional, colocáis en el centro un poder inmutable, que no siendo renovado por la ley y ofreciendo siempre obstáculos a la ambición, resista ventajosamente las sacudidas, las rivalidades y las rápidas vibraciones de una inmensa población, agitada por las pasiones de una antigua sociedad. Estas teorías resuelven nuestra situación; sólo podemos ser estables con un gobierno federativo, que nadie hasta ahora ha propuesto, o con el gobierno monárquico que habéis establecido, es decir, entregando las riendas del poder ejecutivo a una familia por derecho de sucesión hereditaria. Habéis concedido al rey inviolable la facultad de nombrar los agentes de su poder; pero habéis decretado la responsabilidad de estos agentes. Para ser independiente, el rey debe ser inviolable, y si hemos observado esta regla respecto a los individuos, también debemos observarla respecto al monarca. Nuestros principios, la Constitución y la ley declaran que no ha caído; tenemos, pues, que escoger entre nuestra adhesión a la Constitución y nuestro resentimiento contra un hombre. Y, ahora, a quien tenga contra el jefe del poder ejecutivo todas las prevenciones y todos los resentimientos, le pregunto: ¿profesa más enemistad al rey, que amor a la ley de su país? Podría decir a los que se exaltan enfurecidos contra el que ha pecado: ¿Estaríais a sus pies si estuvierais contentos de él? Los que de este modo pretenden sacrificar la Constitución a sus resentimientos contra un hombre, están demasiado propicios a sacrificar la libertad con entusiasmo por otro; y, puesto que quie-

ren la república, ha llegado el momento de decirles: ¿Cómo queréis la república en semejante nación? ¿No teméis que esta versatilidad del pueblo, que hoy odia, no venere otro día a un grande hombre? Veneración más peligrosa aún que el odio, porque la nación francesa sabe mejor amar que aborrecer. Ya he dicho que no temo los ataques de las naciones extranjeras ni de los emigrados; pero declaro, con igual franqueza, que temo la continuación de las agitaciones que no cesarán de molestarnos mientras la revolución no sea total y pacíficamente terminada. Ningún mal se nos puede inferir fuera, pero se nos hace gran daño dentro, cuando se nos inquieta con funestos pensamientos, cuando quiméricos peligros creados en torno de nosotros toman en medio del pueblo alguna consistencia, y se da crédito a los que se sirven de ellos para agitarlo constantemente; se nos hace gran mal perpetuando este movimiento revolucionario, que ha destruído cuanto había que destruir, y que al fin nos ha traído al punto que es necesario detenernos, porque si la revolución avanza, no podrá hacerlo sin peligro. En lo que respecta a la libertad, el primer acto que podría seguirle sería la destrucción del trono; en lo relativo a la igualdad, este primer acto sería atentar a la propiedad. No se hacen revoluciones con máximas metafísicas, se necesita disponer de una presa para ofrecerla a la multitud extraviada, y es, por consiguiente, tiempo de terminar la revolución, deteniéndose cuando la nación es libre y todos los franceses iguales. Si continúa con sus motines, se deshonra y nosotros con ella; sí, todos deben conocer que el interés común está en que la revolución se detenga, los que la han pedido deben convencerse de que es imposible hacerla retroceder, y los que la han hecho deben entender que ha llegado al término. ¡Los mismos reyes, si a veces las verdades profundas pueden penetrar hasta los consejos de los soberanos, si a veces las preocupaciones que los rodean dejan paso hasta ellos a las sanas instituciones de una política grande y filosófica, los mismos reyes deben conocer que media gran distancia entre el ejemplo de una gran re-

forma en el gobierno y el ejemplo de la abolición de la majestad, que, si nos detenemos aquí, ellos son reyes aún!... Pero, cualquiera que sea su conducta, que la falta resida en ellos y no en nosotros. Regeneradores de la monarquía, seguid invariablemente vuestra bandera: habéis sido valientes y poderosos, sed hoy prudentes y moderados, y concluiréis de conquistar la gloria, y de este modo, cuando os retiréis a vuestros hogares, obtendréis de todos, si no bendiciones, al menos el silencio de la calumnia...» Este hermoso discurso de Barnave, que fué sin duda uno de los más elocuentes que pronunció en su vida, consiguió el decreto, y alejó durante algunos días las tentativas de la república y destitución en los clubs de los franciscanos y jacobinos. Se consagró de hecho la inviolabilidad del rey, como lo estaba antes, y el marqués de Bouillé y sus cómplices fueron enviados ante el Tribunal Superior Nacional de Orleans.

VII

Mientras que cada uno de estos hombres políticos contaba los pasos de la revolución, pretendiendo detenerla valerosamente, la revolución seguía su camino sin detenerse. El pensamiento suyo era demasiado grande para que ningún publicista, orador u hombre de Estado pudiera enfrenarlo. Su soplo era demasiado poderoso para que ningún pecho pudiera aspirarlo ampliamente. Su fin era demasiado ilimitado para que lo amortiguara ninguno de los fines sucesivos, que la ambición de algunas facciones o la teoría de algunos hombres de Estado podían imponerle. Barnave, los Lameth y Lafayette, como Mirabeau y como Necker, trataban en vano de utilizar en su contra la fuerza que le habían tomado prestada; la revolución debía, antes de tranquilizarse y detener su impulso, burlar otros muchos sistemas, desalentar otros muchos pechos y realizar otros muchos fines.

Además de las asambleas nacionales que había establecido como gobierno, y donde principalmente se concentraban los

instrumentos políticos de su movimiento, había creado dos palancas todavía más poderosas y terribles para remover y hasta para derribar aquellos cuerpos políticos cuando intentaran detener su avance. Estas dos palancas eran la prensa y los clubs, que eran a las asambleas legales, lo que el aire libre es al aire encerrado. Mientras que el aire de estas asambleas se viciaba y evaporaba en el recinto de un gobierno establecido, el aire periodístico y de las sociedades populares se impregnaba y se agitaba constantemente de un principio inagotable de vitalidad y de movimiento. Se conseguía detenerla dentro, pero la corriente estaba fuera.

La prensa, en el medio siglo anterior a la revolución, había sido el eco elevado y pacífico del pensamiento de los sabios y de los reformadores; pero, al estallar la revolución, convirtióse en el eco tumultuoso y casi siempre cínico de las pasiones populares; ella misma transformaba los procederes de la comunicación del pensamiento; no editaba libros, porque la faltaba tiempo; pero repartía folletos, y hojas volantes y diarias, expendidas a muy bajo precio, o fijadas gratuitamente en las paredes de las plazas públicas, provocando al pueblo a leerlas y discutir las. El tesoro del pensamiento nacional, cuyas piezas de oro eran, o demasiado puras y demasiado voluminosas para el uso del pueblo, habíase convertido, en cierto modo, en una multitud de monedas de cobre, acuñadas con el sello de las pasiones del día, y frecuentemente manchadas con los óxidos más viles. El periodismo, como un elemento irresistible de la vida de un pueblo en revolución, se había abierto paso a sí mismo, sin hacer caso a la ley que pretendía contenerlo.

Mirabeau, que necesitaba hacerse oír en los departamentos, creó esta bocina de la revolución a pesar de los decretos del Consejo, con las *Cartas a mis comitentes* y con el *Correo de Provenza*. La apertura de los Estados Generales y la toma de la Bastilla provocaron la aparición de otros diarios, y a cada nueva insurrección, respondía la publicación de nuevos periódicos. Los principales órga-

nos de la agitación pública eran entonces las *Revoluciones de París*, periódico hebdomadario del que se tiraban doscientos mil ejemplares, y que redactaba Loustalot. Su espíritu se leía en su epígrafe: «¡Los grandes sólo nos parecen grandes, porque los miramos de rodillas; levantémonos!» *Los discursos de la linterna a los parisienses*, transformados después en las *Revoluciones de Francia y de Brabante*, eran obra de Camilo Desmoulins, joven estudiante, publicista improvisado sobre una silla del jardín del Palais Royal, quien, al ocurrir los primeros movimientos populares del mes de julio de 1789, conservó en su estilo, con frecuencia admirable, algo de su principal papel. Era el genio sarcástico de Voltaire descendido del salón a los tablados: nadie personificaba en sí la multitud mejor que Camilo Desmoulins, que era la multitud misma con sus movimientos inesperados y tumultuosos, con su versatilidad, su inconsecuencia, sus furores interrumpidos por la risa o transformados repentinamente en enternecimiento y en compasión por las víctimas que inmolaba. Hombre tan ardiente y tan voluble al mismo tiempo, tan trivial y tan inspirado, tan irresoluto entre la sangre y las lágrimas, y tan dispuesto a destruir lo que acababa de edificar entusiasmado, debía ejercer sobre el pueblo revolucionado tanto más imperio, cuanto más se le asemejaba. Su papel era su naturaleza; no era el remedo del pueblo, sino el pueblo mismo; y su periódico, vendido por las noches en los lugares públicos y anunciado sarcásticamente en las calles, no se barría con las inmundicias del día: ha quedado y quedará como un Satyra Manippea empapado en sangre. Era el refrán popular que impulsaba al pueblo a los mayores movimientos, y que se extinguía con frecuencia con el zumbido de la cuerda de la linterna, o con el golpe del hacha de la guillotina. Camilo Desmoulins era el hijo cruel de la revolución, como Marat era la rabia de ella; tenía los sobresaltos del bruto en el pensamiento, y su coraje en el estilo. Cada línea de su periódico, *El Amigo del Pueblo*, chorreaba sangre.

VIII

Marat, que había nacido en Suiza, era un escritor sin talento. Sabio sin nombre, y amante apasionado de la gloria, a quien ni la sociedad ni la naturaleza habían concedido medios de ilustrarse, se vengaba de todo lo grande, no sólo en la sociedad sino en la naturaleza; odiaba al genio tanto como a la aristocracia, y lo perseguía como enemigo dondequiera que veía levantarse o brillar algo. Hubiera querido nivelar la creación, pues la igualdad era su furor, porque la superioridad era su martirio, y amaba la revolución porque ésta ponía todo a su alcance, y amaba hasta la sangre porque la sangre lavaba la injuria de su larga obscuridad; se había hecho el denunciador titular del pueblo porque la delación es la adulación de cuanto tiembla, y el pueblo temblaba siempre. Verdadero profeta de la demagogia inspirado por la demencia, daba sus sueños nocturnos por las conspiraciones diurnas. Agente del pueblo, le interesaba mostrándose partidario de sus intereses; afectaba el misterio como todos los oráculos; vivía en las sombras y sólo salía durante las noches, sin comunicación con los hombres y adoptando siniestras precauciones. Vivía en un subterráneo, donde permanecía invisible contra el puñal y el veneno. Su diario parecía tener algo de sobrenatural, y él estaba rodeado de un verdadero fanatismo, hasta el extremo de que la confianza que en él se tenía se asemejaba mucho al culto. Se le subía a la cabeza el humo de la sangre que pedía constantemente; era el delirio de la revolución, y él mismo era un delirio viviente.

IX

Brissot, hombre obscuro todavía, redactaba el *Patriota Francés*. Político con grandes aspiraciones, no excitaba las pasiones revolucionarias sino en cuanto creía que podría llegar a gobernarlas. Constitucional al principio, amigo de Necker y Mirabeau, hombre asalariado, antes de ser hombre de doctrinas, consideraba al pueblo como un soberano más

cerca de su reino. La república era su sol naciente y hacia ella se encaminaba como quien se encamina hacia la fortuna, pero con prudencia, mirando frecuentemente hacia atrás, para ver si la opinión lo seguía.

Condorcet, aristócrata por nacimiento, y más aristócrata aún por el genio, se había hecho demócrata por filosofía; su pasión era la transformación de la razón humana. Escribía *La Crónica de París*.

Carra, demagogo obscuro, se hizo famoso redactando los *Anales Patrióticos*; y Frerón, en el *Orador del Pueblo*, rivalizaba con Marat. Fauchet en la *Boca de Hierro* elevaba la democracia a la altura de una filosofía religiosa; y en fin, Laclos, oficial de artillería, autor de una novela pornográfica y confidente del duque de Orleáns, redactaba el *Diario de los Jacobinos* y atizaba en toda Francia el fuego de ideas y de palabras, que se encendía en los clubs.

Todos ellos procuraban lanzar al pueblo más allá de los límites que Barnave señalaba al suceso del 21 de junio; deseando que se aprovechara el momento en que el trono estaba vacante para suprimirlo definitivamente. Injuriaban y despreciaban al rey para que no se atreviera nadie a colocar nuevamente a la cabeza de las instituciones a un príncipe envilecido. Pedían que se le sometiera a interrogatorio, juicio, destitución, abdicación y prisión, esperando degradar para siempre al trono con la degradación del rey; por primera vez la república entreveía su hora, y temblaba ante la idea de dejarla escapar. Todas aquellas manos impulsaban al mismo tiempo los ánimos a un movimiento decisivo; los artículos provocaban las mociones, las mociones las peticiones, y éstas los motines. El altar de la patria, que en virtud de una nueva federación había quedado en pie en el Campo de Marte, era el lugar previamente designado para las asambleas del pueblo; era una especie de Monte Aventino, a donde debía retirarse para dominar desde allí a un Senado tímido y corrompido.

Brissot escribía en el *Patriota*: «¡Nada de rey, seamos republicanos! Tal es el grito del Palacio Real; éste no gana bastante; se diría que es un blasfemo.

La repugnancia para tomar el nombre de un estado *donde él está*, es extraordinaria a los ojos de un filósofo.»

«¡Nada de rey! ¡Nada de protector! ¡Nada de regente! Concluyamos con toda clase de comedores de hombres», repetía la *Boca de Hierro*. «¡Que se confederen los ochenta y tres departamentos y declaren que no quieren tiranos, ni monarcas, ni protectores! ¡Su sombra es tan funesta al pueblo como la de ciertos arbustos venenosos que dan muerte a cuantos se cobijan bajo su sombra! ¡Si se nombra un regente, no tardarán en batirse por la elección de dueño; pero sólo debemos batirnos por la libertad!»

El duque de Orleáns, provocado por estas alusiones a la regencia que se trataba de conferirle, escribió a los diarios declarando que estaba dispuesto a servir a la patria por mar y en tierra; pero que renunciaba desde aquel momento y para siempre a los derechos que la Constitución le daba a la regencia. «Después de haberme sacrificado por la causa del pueblo — decía — no me es permitido ser otra cosa que un simple ciudadano; la ambición en mí sería inexcusable inconsecuencia.» A este príncipe, desacreditado ya en todos los partidos, incapaz de servir a la república, odioso a los realistas, obscurecido por los demagogos y sospechoso a los constitucionales, sólo le quedaba la estoica actitud en que se refugiaba: abdicaba su rango, abdicaba su propia facción, y abdicaba el favor del pueblo. La vida era lo único que le quedaba.

En aquellos momentos, Camilo Desmoulins dirigía a Lafayette, primer ídolo de la insurrección, estas cínicas palabras: «Libertador de ambos mundos, flor de los genizaros, fénix de los alguaciles mayores, don Quijote del Capeto y de las dos cámaras, constelación del Caballo Blanco, mi voz es sumamente débil para elevarse sobre los clamores de vuestros treinta mil esbirros y de otros tantos satélites vuestros, sobre el ruido de vuestros cuatrocientos tambores y de vuestros cañones cargados de uvas; hasta ahora había censurado vuestra alteza más que real, fundado en lo que oía a Barnave, Lameth y Duport. Los juicios de éstos me impulsaban a denunciarlos

a los ochenta y tres departamentos como un ambicioso que sólo queráis hacer paradas, como un esclavo de la corte, semejante a los mariscales de la Liga a quienes las revueltas políticas dieron el bastón, y que creyéndose bastardos, pretendían hacerse legítimos; pero de repente os abrazáis y mutuamente os proclamáis padres de la patria, diciendo a la nación: Confía en nosotros, somos Cincinato, Wáshington y Arístides; ¿a cuál de estos testimonios debemos creer? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen a los atenienses a quienes Demóstenes decía: ¡Seréis siempre como esos atletas, que, heridos, llevan la mano a la parte lesionada, y ocupados constantemente en los golpes que reciben, no saben herir ni preservarse! — ¡Se empieza a poner en duda que Luis XVI podría ser perjujo cuando se encontraba en Varennes! Me parece verlos abrir desmesuradamente los ojos cuando Lafayette franquee al despotismo y a la aristocracia las puertas de la capital; ¡ojalá me engañe en mis conjeturas! Me alejo de París, como Camilo, mi patrono, se alejó de una patria ingrata deseándole toda suerte de prosperidades, y no necesito haber sido emperador como Diocleciano, para saber que las hermosas lechugas de Salerno, que valían más que el Imperio de Oriente, tienen el mismo valor que la banda con que se adorna un municipal, y las inquietudes con que un periodista jacobino entra por la noche en su casa, temiendo siempre ser víctima de una emboscada por parte de los sicarios del general. Es indudable que no tomé la escarapela tricolor para establecer dos cámaras.»

X

Así se expresaba, en general, la prensa y de tal modo hacía reír este joven, como el Aristófanes de un pueblo irritado, acostumbándolo a burlarse del trono, de la desgracia y de la belleza; pero llegó un día en que necesitó, para sí y para la mujer que adoraba, la piedad que había destruido en el pueblo y sólo encontró la risa brutal de la multitud, y, triste por primera vez, murió.

El pueblo, cuya política es toda senti-

miento, no comprendía los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que le imponían un rey fugitivo, por respeto a la majestad abstracta, por lo que la moderación de Barnave y los Lameth les pareció complicidad. En todas sus reuniones resonaba la palabra *traición*, siendo el decreto de la Asamblea la señal de la creciente fermentación, que había empezado a manifestarse el 13 de julio, con reuniones, imprecaciones y amenazas. Los obreros, al salir de los talleres, invadían, por grupos, las plazas públicas pidiendo pan al ayuntamiento, y la corporación municipal, por apaciguarlos, votó la distribución de socorros. Bailly, alcalde de París, les arengó y les proporcionó trabajos extraordinarios, que no tardaron en abandonar atraídos por el tumulto, acrecentado por los gritos del hambre.

La turbamulta iba del ayuntamiento a los jacobinos y de los jacobinos a la Asamblea nacional, demandando la destitución del rey y el establecimiento de la república, pero sin conocer más jefe que la inquietud que la agitaba. El instinto le decía que la Asamblea no había aprovechado la hora de las grandes resoluciones, y quería obligarla a que la buscara nuevamente, siendo su voluntad tanto más poderosa, cuanto que era anónima. Como carecía de jefe visible que la impulsara, marchaba por sí misma, hablaba por sí misma, y por sí misma escribía en la calle, sobre un guardacantón, sus amenazadoras peticiones. La primera que el pueblo presentó a la Asamblea el 14, y que escoltó con cuatro mil peticionarios, la firmaba *El Pueblo*, nombre que le habían conquistado el 14 de julio y el 6 de octubre. La Asamblea, firme e impasible, pasó tranquilamente a la orden del día.

La multitud salió de la Asamblea y se dirigió al Campo de Marte, donde firmó en mayor número una segunda petición en términos más imperiosos: «Mandatarios de un pueblo libre, ¿vais a destruir nuestra obra? ¿Reemplazaréis la libertad por la tiranía? Si así ocurriera, sabed que el pueblo francés, que ha conquistado sus derechos, no puede resignarse a perderlos.» El pueblo, cuando se dirigía al Campo de Marte, se amotinó

alrededor de las Tullerías, de la Asamblea y del Palacio Real.

Hizo cerrar los teatros, y proclamó la suspensión de las diversiones públicas, hasta que se le hiciera justicia. Por la noche cuatro mil personas fueron al club de los jacobinos como para reconocer en los agitadores que se congregaban, la verdadera Asamblea del pueblo, encontrándose allí los jefes de su confianza. La tribuna estaba ocupada por un miembro que denunciaba a la sociedad a un ciudadano que había pronunciado palabras injuriosas contra Robespierre. El acusado se justificó; pero fué expulsado a viva fuerza del recinto, en cuyo momento presentóse Robespierre y pidió el perdón para el que le había insultado. Su generosa intercesión fué calurosamente aplaudida. El entusiasmo por Robespierre era extraordinario. «Bóvedas sagradas de los jacobinos — decía una exposición de los departamentos —, vosotras nos respondéis de estos dos oráculos del patriotismo, llamados Robespierre y Dantón.» Laclos propuso que se enviara a los departamentos una petición que debía acompañarse de diez millones de firmas; pero un miembro la combatió por amor al orden y a la paz. Dantón se levantó entonces para decir: «Yo también amo la paz; pero no la paz de la esclavitud. Si tenemos energía debemos demostrarla, y los que carezcan de valor suficiente para levantar su frente delante de la tiranía, que no firmen nuestra petición; no necesitamos otra prueba para conocernos.»

Después habló Robespierre, quien manifestó que Barnave y los Lameth representaban el mismo papel que Mirabeau. «Se confabulan con nuestros enemigos, y nos llaman facciosos.» Más tímido que Laclos y Dantón, no se pronunció a favor de la petición, pues, siendo más calculador que apasionado, preveía que el movimiento desordenado iba a estrellarse contra la resistencia organizada de la clase media, y se reservaba una retirada en la legalidad, guardando esta consideración a la Asamblea. Pero Laclos insistió, y el pueblo salió triunfante. La reunión se disolvió a media noche, después de acordar que al día siguiente se firmaría la petición en el Campo de Marte.

El día siguiente se perdió en contestaciones entre los clubs respecto a los términos de la petición. Los republicanos negociaban con Lafayette, a quien ofrecían la presidencia de un gobierno americano; pero Robespierre y Dantón, que odiaban a Lafayette, y Laclos, que impulsaba al duque de Orleans, contuvieron el movimiento impreso por los franciscanos que seguían las inspiraciones de Dantón. La Asamblea atenta, Bailly firme, y Lafayette resuelto, velaban juntos para reprimir todo movimiento. El 16, la Asamblea llamó al ayuntamiento y a los ministros para hacerles responsables del orden público; dirigió una proclama a los franceses para reunirlos en torno de la Constitución, y Bailly publicó por la noche otra contra los agitadores. Indecisos los jacobinos, decretaron la sumisión a las decisiones de la Asamblea. En el momento del combate, desaparecieron los jefes del proyectado movimiento, y toda la noche se invirtió en hacer preparativos militares contra las reuniones del día siguiente.

XI

El día 17, tan pronto como hubo amanecido, se encaminó el pueblo, sin jefes, al Campo de Marte y rodeó el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Federación. Una extraña y funesta casualidad originó las escenas sangrientas de aquel día, porque, cuando la multitud se subleva, toda ocasión es propicia para cometer un crimen. Un joven pintor, que copiaba antes de la hora de la reunión las inscripciones patrióticas grabadas en el frontispicio del altar, oyó un ligero ruido bajo sus pies. Sorprendido, mira, y ve la punta de un barrero con la que algunos hombres ocultos debajo de las escaleras del altar, agujereaban las tablas del pedestal; corre al primer puesto de guardia, le siguen unos cuantos soldados, levantan una de las tablas y encuentran a dos inválidos, que durante la noche habíanse introducido dentro del altar, movidos, según declararon, por una pueril y obscena curiosidad. En seguida corre la voz de que han minado el altar de la patria para hacer volar al pueblo; que se ha descu-

bierto un barril de pólvora al lado de los conjurados; que los inválidos sorprendidos cuando preparaban el crimen eran conocidos como asalariados de la aristocracia; y que confesaron su exterminador propósito y las recompensas prometidas al feliz éxito de su maldad. Las turbas engañadas y furiosas rodearon el puesto de guardia del Gros-Caillou, y fueron interrogados los dos inválidos; pero, al salir del puesto para ser conducidos al ayuntamiento, se abalanzaron sobre ellos, los degollaron, y, colocando sus cabezas en los extremos de grandes picas, las paseó una turba de muchachos furiosos hasta las cercanías del Palacio Real.

XII

Confusamente difundida la noticia de estos asesinatos, e interpretada de varios modos en la ciudad, en la Asamblea y entre los grupos, excitó sentimientos distintos, según se juzgaba como un crimen del pueblo o como un crimen de sus enemigos, pues la verdad sólo se supo más tarde. La agitación creció con la indignación de los unos y las sospechas de los otros, y, advertido Bailly, envió al Campo de Marte tres comisarios y un batallón, mientras otros comisarios recorrían los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de los magistrados y la representación de la Asamblea nacional.

La guardia nacional ocupaba el terreno de la Bastilla con las sociedades patrióticas, que desde allí debían dirigirse al Campo de la Federación. Dantón, Camilo Desmoulins, Frerón, Brissot y otros principales agitadores del pueblo no parecían por parte alguna, se aseguraba que unos estaban adoptando medidas de insurrección, en la casa de campo de Legendre, y que los otros procuraban evitar la responsabilidad de los sucesos de aquel día; pero, al fin, se adoptó la primera versión a causa del odio que Robespierre profesaba a Dantón, a quien dijo Saint-Just, en su acta de acusación: «Mirabeau, que proyectaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y la aprovechó; te separas de las leyes y de los principios de severidad, para no volver a aparecer hasta que ocu-

ren los asesinatos del Campo de Marte; apoyas esta falsa medida del pueblo y la proposición de ley cuyo único objeto era servir de pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas, que desconocían el complot, habían combatido tu pérfida opinión; fuiste nombrado con Brissot redactor de la petición, y evitasteis, huyendo, el furor de Lafayette, que hizo asesinar a diez mil patriotas. Brissot permaneció tranquilo en París, pero tú te marchaste a Arcis-sur-Aube. ¿Pudiste estar allí tranquilo, siendo uno de los autores de la petición, mientras que a los signatarios se les cargaba de hierro o se les degollaba? ¿Erais, acaso, Brissot y tú, objeto de gratitud para la tiranía, puesto que no lo érais de odio?» Camilo Desmoulins excusó la ausencia de Dantón, la de Frerón y la suya manifestando que Dantón había huído de la proscripción y del asesinato, yéndose a Fontenay a casa de su suegro la noche anterior, donde había estado espiado por los secuaces de Lafayette; que Frerón, al pasar por el Puente Nuevo, fué asaltado, pisoteado y herido por catorce bandidos asalariados; y que él, Desmoulins, señalado para ser víctima del puñal, se libró por haber equivocado los asesinatos sus señas. La historia no creyó los asesinatos atribuidos a Lafayette por Camilo Desmoulins, quien, habiendo estado oculto durante el día, se presentó en el club de los jacobinos por la noche.

XIII

Mientras tanto la multitud iba llegando por todas las avenidas al Campo de Marte, agitada, pero inofensiva; toda la guardia nacional estaba sobre las armas, por orden de Lafayette. A un destacamento, que por la mañana había ido al Campo de Marte con un cañón, se le mandó que se retirara por los muelles, para no provocar al pueblo con el aspecto inútil de la fuerza armada. Al mediodía, como vieran los congregados junto al altar de la patria, que no llegaban los comisarios de los jacobinos que habían ofrecido llevar la petición para firmarla, nombraron cuatro comisionados para redactar otra; uno de éstos tomó la pluma

y, rodeado de la multitud, escribió la petición, cuyas palabras más importantes eran: «Sobre el altar de la patria, 15 de julio, año III. ¡Representantes de la nación! Cuando llegáis al término de vuestros trabajos, se comete un gran crimen. Luis XVI huyó abandonando indignamente su puesto, y la nación se encuentra a dos dedos de la anarquía; el rey es detenido y conducido a París, y se pide que sea juzgado. Vosotros declaráis que será rey; pero esto no es lo que desea el pueblo. El decreto es nulo, porque os lo han arrebatado los doscientos noventa y dos aristócratas, que declararon no tener voto en la Asamblea nacional. Es nulo, porque es contrario a la voluntad del pueblo vuestro soberano; anulad ese decreto. El rey, al cometer su crimen, ha abdicado; recibid su abdicación, convocad un nuevo poder constituyente, designad al culpable, y organizad otro poder ejecutivo.»

Esta petición fué colocada sobre el altar de la patria, y al pie de ella se estamparon seis mil firmas.

Este documento, que se conserva todavía en los archivos municipales, está sellado por la mano del pueblo, la medalla de la revolución acuñada en el sitio en que ésta se hacía, con el metal en fusión de la agitación popular; en él aparecen nombres siniestros, que por primera vez salen de la obscuridad y que son como los jeroglíficos del tiempo: los actos de los hombres, famosos hoy, que firmaban, con nombres desconocidos entonces, dan a estas firmas una significación retrospectiva. Parece que aquellos caracteres contienen en algunos signos el misterio de toda una vida y el horror de toda una época. La vista contempla curiosamente las firmas de Chauvette, entonces estudiante de medicina, calle Mazarina (rue Mazarine), núm. 9; la de Maillard, presidente de los asesinatos de septiembre, la de Hebert, y la de Henriot, el general de los guillotinaos del terror, entre otras. La firma menuda y afilada de Hebert, que después fué *Padre Duchesne* o el *Pueblo en cólera*, asemejase a una araña que extiende las patas sobre su presa; pero más abajo aparece la de Santerre, último nombre conocido, porque los otros eran completa-

mente ignorados. Infinitas manos miserables y temblorosas estamparon en aquel papel su ignorancia o su furor, y muchas de ellas ni aun sabían escribir, en cuyo caso con un círculo de tinta y una cruz en medio atestiguaban su anónima voluntad. También se leen algunos nombres de mujeres, y muchos de niños, que se descubren por la incertidumbre de la mano, guiada por otra mano extraña. ¡Desgraciadas criaturas, que confesaban la fe de sus padres sin comprenderla y que firmaban las pasiones del pueblo antes de hablar claramente la lengua de los hombres!

XIV

A las dos, la corporación municipal estaba ya informada de los asesinatos cometidos en el Campo de Marte, y de los insultos dirigidos a la guardia nacional encargada de disolver la reunión. El mismo Lafayette, que iba al frente de los primeros destacamentos, fué herido por algunas piedras arrojadas por la multitud, y se aseguraba que un hombre con casaca de guardia nacional le había disparado un pistoletazo, y que, detenido por la escolta del general y conducido a su presencia, fué generosamente perdonado y puesto en libertad. Esta noticia hizo más interesante la personalidad de Lafayette y dió más ardor a la guardia nacional, que le era adicta. Bailly proclamó la ley marcial y desplegó la bandera encarnada, última razón contra la sedición, y los sediciosos, alarmados al ver dicha bandera flotando en las ventanas del ayuntamiento, enviaron al alcalde una diputación compuesta de doce individuos del pueblo. Llegan los comisionados a la sala de audiencia, atravesando un bosque de bayonetas, y piden que se pongan en libertad y se les entreguen tres ciudadanos que habían sido arrestados; pero no se les escucha, porque ya se había tomado el partido de combatir. El alcalde y la corporación municipal, profiriendo amenazas, bajan las escaleras del ayuntamiento, y encuentran la plaza llena de guardias nacionales y de ciudadanos, que, al ver a Bailly, precedido de la bandera encarnada, prorumpen en gritos de entusiasmo. Los

guardias nacionales levantan espontáneamente las armas y hacen resonar las culatas de los fusiles sobre las piedras. La fuerza pública, profundamente indignada contra los clubs, era víctima de uno de esos accesos nerviosos, que se apoderan de las multitudes lo mismo que de los individuos: el arco del espíritu público estaba tirante y la flecha podía dispararse por sí sola.

Lafayette, Bailly y la corporación municipal pusieron en marcha, precedidos de la bandera encarnada y seguidos por diez mil guardias nacionales, formando la vanguardia los batallones de granaderos pagados de aquel ejército de ciudadanos. Detrás iba una multitud inmensa atraída por el deseo de contemplar aquella multitud de bayonetas, que bajaba con lentitud por los muelles y por la calle del Chinarrón hacia el Campo de Marte. Durante la marcha, las gentes agrupadas desde por la mañana en torno del altar de la patria, continuaba firmando tranquilamente la petición, pues, aunque creían que se desplegaran fuerzas, no esperaban que se cometiesen actos de violencia. Su actitud tranquila y la impunidad en que quedaban las sediciones desde hacía dos años, no les permitían abrigar temor alguno, viendo sólo en la bandera encarnada una ley más que despreciar.

Lafayette, al llegar a los glacis exteriores del Campo de Marte, dividió su ejército en tres columnas, la primera de las cuales desembocó por la calle de la Escuela Militar, y las otras dos por las dos aberturas sucesivas que cortan los glacis de trecho en trecho, yendo de la Escuela Militar al Sena. Bailly, Lafayette y la corporación municipal con la bandera encarnada marchaban a la cabeza de la columna del centro; el paso de carga, batido por cuatrocientos tambores, y el ruido de las piezas de artillería al rodar sobre las piedras, anunciaban desde lejos el ejército nacional, ruido que sofocó durante un momento el sordo murmullo y la confusa gritería de cincuenta mil hombres, mujeres y niños que ocupaban el centro del Campo de Marte, o que se agolpaban en los glacis. Al desembocar Bailly por entre los glacis, el pueblo, que los ocupaba y veía

desde ellos el acompañamiento del alcalde, las bayonetas y los cañones, prorrumpió en gritos furiosos y en gestos amenazadores contra la guardia nacional. «¡Abajo la bandera encarnada! ¡Oprobio a Bailly! ¡Muera Lafayette!» La turba multa del Campo de Marte respondió a estos gritos con unánimes imprecaciones, y lanzó bolas de tierra amasada con el agua de la lluvia, única arma de que disponía, contra la guardia nacional, alcanzando al caballo de Lafayette, la bandera encarnada y al mismo Bailly. Se dijo que se dispararon algunos pistoletazos, pero esto no está probado: el pueblo no quería combatir, sólo pretendía intimidar. Bailly mandó hacer las intimaciones legales, a las que se respondió con silbidos, en vista de lo cual, con la dignidad impasible de su magistratura y con gran dolor de su corazón, el alcalde ordenó que se dispersara al pueblo por la fuerza; pero al principio Lafayette mandó disparar al aire, y, envalentonada la turba con la vana demostración de aquellas descargas, que no herían a nadie, se agrupó de nuevo delante de la guardia nacional, que hizo entonces una mortal descarga sobre toda la línea, matando, hiriendo y derribando quinientas o seiscientas personas — los republicanos dijeron diez mil—. En el mismo momento las columnas se pusieron en movimiento; la caballería cargó y los cañones se dispusieron a hacer fuego; la metralla, disparada sobre aquella multitud compacta, hubiera hecho pedazos masas de hombres, y Lafayette, no pudiendo contener con la voz a los artilleros irritados, lanzó su caballo a la boca del cañón, evitando con este heroico movimiento que cayeran millares de víctimas.

Inmediatamente fué evacuado el Campo de Marte, quedando tan sólo allí cadáveres de mujeres, niños por tierra o huyendo delante de la caballería, y algunos hombres más intrépidos sobre las escaletas del altar de la patria, que, en medio del fuego más terrible y bajo la boca del cañón, recogían, repartiéndose los, para salvarlos, los cuadernos de la petición, como hojas sagradas, testimonio de la voluntad soberana del pueblo, o prendas sangrientas de su futura venganza. Aquellos valientes no se retiraron

de allí hasta que hubieron recogido todas las hojas. La columna de la guardia nacional, y especialmente la caballería, persiguieron a los fugitivos hasta los campos vecinos de la Escuela Militar, haciendo algunos centenares de prisioneros. Ni un solo individuo de la guardia nacional pereció; pero el número de víctimas del pueblo nunca se supo: unos lo atenuaron para disminuir lo odioso de aquella triste jornada, y otros lo aumentaron para dar mayores proporciones al resentimiento popular. Por la noche fueron retirados los cadáveres, que el Sena arrastró hasta el Océano. La naturaleza y los pormenores de aquella ejecución, a que unos llamaron crimen y otros el cumplimiento de un severo deber, han sido juzgados diversamente; pero el pueblo le llamó, y continúa llamándose *la matanza del Campo de Marte* aquel día en que se mató sin combatir.

XV

La guardia nacional, formada nuevamente por Lafayette, entró victoriosa, pero triste, en el recinto de París, marchando entre la gloria y la vergüenza, muy poco segura de lo que había hecho. En medio de algunas aclamaciones que la acogieron a su paso, oía imprecaciones en voz baja, mezclándose las palabras *asesinatos y venganza* con las de *civismo y adhesión a la ley*. Pasó triste bajo los muros de la Asamblea nacional que acababa de defender, más triste y más silenciosa aún bajo las ventanas del palacio de la monarquía, cuya causa acababa de sostener más bien que la del rey. Bailly, frío e impasible como la ley, y Lafayette, resuelto y helado como un sistema, no podían imprimirle ningún fervor más que el de su riguroso deber. Plegó su bandera encarnada, teñida con sangre la guardia nacional, y se dispersó, batallón por batallón, en las calles sombrías de París, más bien como una gendarmería que acaba de asistir a una ejecución, que como un ejército que ha obtenido una victoria.

La jornada del Campo de Marte dió a la Asamblea constituyente tres meses de vida, de que no se aprovechó, e intimidó durante algunos días a los clubs; pero

no devolvió a la monarquía ni al orden la sangre que costaban. Aquel día tuvo Lafayette en sus manos la república o la monarquía; pero él no quiso más que el orden.

XVI

Bailly notificó, al día siguiente, a la Asamblea el triunfo de la ley, manifestando el dolor que tenía en su alma y la varonil energía con que cumplía su deber. «Las conjuraciones estaban formadas — dijo —, y era necesario hacer uso de la fuerza; el castigo siguió al crimen.» El presidente, en nombre de la Asamblea, aprobó la conducta del alcalde, y Barnave, con frialdad y timidez, dió las gracias a la guardia nacional; pero sus alabanzas parecían excusas. Pethiön, conociendo que el fervor de los vencedores se había calmado, se levantó y pronunció algunas palabras acerca de un proyecto de decreto que se acababa de proponer para castigar a los que excitaban las reuniones. Estas palabras en boca de Pethiön, que se sabía era el amigo de Brissot y de los conspiradores, fueron al principio acogidas sarcásticamente por el partido de la derecha, y con aplausos por el de la izquierda y las tribunas: Barnave capituló, y la victoria del Campo de Marte fué desaprobada en la Asamblea; los clubs se abrieron de nuevo por la noche; Robespierre, Brissot, Dantón, Camilo Desmoulins y Marat, que habían desaparecido hacía algunos días, volvieron a presentarse; alentados por la duda de sus enemigos, y atacando diariamente una ley, que a duras penas se defendía, las facciones veíanse obligadas a desvirtuarla. De acusados se convirtieron en acusadores; sus periódicos, un momento abandonados, se envenenaron con el miedo que habían tenido, ridiculizaron e infamaron los nombres de Bailly y Lafayette, y sembraron la venganza en el corazón del pueblo, hablando constantemente de la sangre del Campo de Marte. La bandera encarnada convirtiöse en el símbolo del gobierno, en la mortaja de la libertad; los conspiradores se declararon víctimas, y atemorizaron al pueblo con relaciones de las supuestas persecuciones más odiosas.

XVII

«Ved — escribía Desmoulins—, ved a los satélites de Lafayette que salen furiosos de sus cuarteles o, mejor dicho, de sus tabernas; se reúnen y cargan sus armas delante del pueblo; los batallones de aristócratas se preparan al degüello; en los ojos de la caballería adviértese la sed de la sangre, irritada con la doble embriaguez del vino y de la venganza; este ejército de verdugos deseaba descargar su cólera, particularmente en las mujeres y en los niños; los cadáveres cubren el altar de la patria. Así es cómo Lafayette tiñe sus manos en la sangre de los ciudadanos, sus manos, en las que veré siempre esa sangre inocente. ¡En aquella misma plaza, él las había elevado al cielo para jurar que los defendería!... Desde aquel momento los mejores ciudadanos están proscritos, son arrestados en sus lechos, les roban sus papeles, se inutilizan sus prensas y se firman listas de proscripción; los moderados presentan estas listas y las firman. ¡Es necesario librar a la sociedad, dicen ellos, de los Brissot, de los Carra, de los Pethión, Bonneville, Frerón, Dantón y los Camilos! ¡Dantón y yo hemos tenido que apelar a la fuga, único medio de librarnos de nuestros asesinos! ¡Los patriotas son facciosos!... ¡Y todavía hay gentes, añadía Frerón, que justifican estos viles asesinatos, esas delaciones, esas cartas de arresto, esos robos de papeles y esas confiscaciones de prensas! ¡y se tiene durante ocho días izada en los balcones del ayuntamiento esa bandera siniestra, color de sangre, como antes se colgaban en las bóvedas del templo metropolitano las banderas cogidas a los enemigos vencidos!... ¡Cogen las prensas del impresor de Marat, dice en otra parte! El nombre del autor debía poner a cubierto la tipografía. La imprenta es un mueble sagrado, tan sagrado como la cuna de un recién nacido, que en otra época tenían orden de respetar los agentes del fisco! ¡En la urbe reina un silencio de tumba; todos los sitios públicos están desiertos; en los teatros sólo se aplauden los acentos del realismo,

triumfante en la escena como en las calles! Ya os parecía tarde, Bailly, y a vos, traidor Lafayette, para hacer uso del arma de la ley nacional, cuyo manejo es tan terrible. No, no, nada puede borrar ya la mancha indeleble de la sangre de vuestros hermanos, que salpicó vuestras fajas y vuestros uniformes; hasta sobre vuestros corazones cayó; pero es un veneno lento que os devorará a todos.»

Mientras la prensa revolucionaria atizaba en esta forma el fuego del enojo en los ánimos, los clubs, asegurada su existencia por la molición de la Asamblea y por los escrúpulos de legalidad de Lafayette, sufrían, aunque débilmente, el rechazo de la victoria del Campo de Marte. Iniciábase una escisión en el seno de la sociedad de los jacobinos, entre los miembros exaltados y los primeros fundadores, Barnave, Duport y los Lameth; escisión que había tenido por causa la gran cuestión de la no reelección de los miembros de la Asamblea nacional para la Asamblea legislativa llamada a sucederle muy pronto. Los jacobinos puros querían, con Robespierre, que la Asamblea nacional en pleno abdicase, condenándose ella al ostracismo político para dejar el puesto libre a hombres nuevos, pero para los jacobinos moderados y constitucionales era esta abdicación tan funesta para la monarquía, como mortal para su ambición. Pretendían apoderarse de la dirección del poder que acababan de fundar, creyéndose los únicos capaces de moderar el movimiento que habían provocado, y deseaban reinar en nombre de las leyes que ellos mismos habían hecho.

Por lo contrario, Robespierre, que conocía su debilidad en una Asamblea compuesta de los mismos elementos, quiso que éstos fuesen excluidos de la Asamblea nueva, sometiéndose él a la ley que imponía a sus colegas; pero, como dominaba casi sin rival en los jacobinos, tenía allí él su asamblea, diciéndole su instinto, o su conveniencia, que los jacobinos imperaban sobre una Asamblea nueva, incierta y compuesta de personas desconocidas para la nación. Hombre de partido, le bastaba que las facciones reinasen, porque el instrumento que él se había creado con los jacobinos y su in-

mensa popularidad, le aseguraban su dominio sobre las facciones.

Al ocurrir los trágicos sucesos del Campo de Marte, estaba ya latente esta cuestión que tendía a disolver a los jacobinos: el club rival de los fuldenses, compuesto, en su mayoría, de constitucionales y miembros de la Asamblea nacional, era más legal y más monárquico. La irritación contra los excesos populares y el odio contra Robespierre y Brissot impelían a los antiguos fundadores del club de los jacobinos a unirse a los fuldenses; pero los jacobinos temblaban al ver que el imperio de las facciones se les escapaba y debilitaba con la división.

«La corte es—decía Camilo Desmoulin—el amigo y el regulador de Robespierre; ella es la que fomenta entre nosotros este cisma, y la que ha inventado este medio pérfido de perder al partido popular; conoce bien los Lameth, los Lafayette, los Barnave, los Duport y a las otras primeras figuras de la sociedad de los jacobinos. ¿Qué querían todos estos cortesanos? Llegar a los grandes puestos impulsados por las olas de la multitud y por el viento de la popularidad; querían mandos, ministerios, y, sobre todo, oro. El favor de la corte, que les faltaba, era como las alas de su ambición, y, a falta de éstas, utilizan los brazos del pueblo; demostremos a los Lameth y a los Barnave que no serán reelegidos y que no ocuparán ningún puesto importante antes de cuatro años, y se pondrán furiosos y se volverán contra nosotros. La víspera del día en que Robespierre hizo adoptar la no reelección, los Lameth eran patriotas; pero al siguiente habían variado por completo; no se puede permanecer aquí con Duport, es necesario salir de Francia. ¡Cómo! ¡Los que han hecho la Constitución podrán ver destruir quizá su obra por la próxima legislatura! ¡Tendremos que oír desde las galerías de la Asamblea a un necio censurando en la tribuna nuestros mejores establecimientos, sin que nosotros podamos defenderlos! ¡Ah! ¡Quiera Dios que salgan de Francia! ¿No hay motivo para despreciar profundamente a la Asamblea y al pueblo de París, cuando se advierte que la causa de todo esto es que los Lameth y los

Lafayette van a perder el poder y que Duport y Barnave no sean reelegidos?»

Alarmado Pethión por estos síntomas de discordia, habló en la tribuna de los jacobinos en sentido conciliador, diciendo: «Estáis perdidos, si los miembros de la Asamblea se separan de vosotros y se pasan a los fuldenses; el imperio de la opinión se os escapa, y estas innumerables sociedades afiliadas, que vuestro ánimo gobierna en toda Francia, se deslizarán de vosotros; prevenid los golpes de vuestros enemigos, dirigid una comunicación a las sociedades afiliadas y tranquilizadlas respecto a vuestras intenciones constitucionales; decidles que se os calumnia y que vosotros no sois facciosos; decidles que, lejos de querer turbar la paz pública, vuestro único anhelo es evitar los tumultos con que nos amenazó la fuga del rey; decidles que nos sometemos a la imponente y rápida influencia de la opinión. Respecto a la Asamblea, seremos fieles a la ley fundamental, y adictos a la patria y a la libertad: tales son nuestros principios.» Esta comunicación, inspirada por el temor, se adoptó y envió a todas las sociedades del reino, a cuya medida siguió la expulsión de jacobinos, de los que sólo se dejó el núcleo primitivo, que reorganizó el resto en el escrutinio, operación que fué presidida por Pethión.

Los fuldenses, por su parte, escribieron a las sociedades patrióticas de los departamentos, todo lo cual ocasionó un breve interregno de las facciones; pero las sociedades de los departamentos no tardaron en pronunciarse en masa, y, con una explosión revolucionaria casi unánime en favor de los jacobinos, gritaron todos los clubs: «Unión pura y sencilla con nuestros hermanos de París.» Seiscientos enviaron su acta de adhesión a los jacobinos, y diez y ocho únicamente se pronunciaron por los fuldenses; las facciones comprendían que la unidad era necesaria, como la nación misma, y el entusiasmo de la grandeza de la obra ahogó el cisma de la opinión. Pethión, en una carta dirigida a sus comitentes, que produjo inmenso efecto, dió cuenta de estas tentativas abortadas de desunión entre los patriotas y denunció a los disidentes. «Tiemblo por mi

país — les decía—; los moderados piensan ya reformar la Constitución, y de volver al rey el poder apenas reconquistado por el pueblo; congojada mi alma por estos pensamientos siniestros, pierdo el ánimo, y estoy dispuesto a dejar el cargo que vuestra confianza me ha otorgado. ¡Oh patria mía! sálvate, y moriré tranquilo.»

En tales términos se expresaba Pethión, que ya empezaba a ser el ídolo del pueblo. No tenía la audacia ni el talento de Robespierre; pero era más hipócrita. El pueblo lo creía honrado, y su palabra tenía para las masas la autoridad de su prestigio.

XVIII

La coalición que Pethión denunciaba era cierta, pues Barnave se entendía con la corte, y Malouet, miembro elocuente y hábil de la derecha, se entendía con Barnave, habiendo ambos concertado un plan de modificación de la ley fundamental, a pesar de haber sido enemigos el día anterior. Había llegado el momento de unir en un solo cuerpo todas las leyes esparcidas y votadas durante los treinta meses de revolución. Separando en esta revista de los actos de la Asamblea lo que era orgánico de lo que no lo era, se podía volver sobre todos los artículos de la Constitución, y aprovechar, para corregirlos en un sentido más monárquico, la reacción producida por la victoria de Lafayette. Lo que la pasión y la cólera habían quitado a las prerrogativas de la corona, la razón y la prudencia podían devolvérselo; los mismos hombres que habían puesto el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, tenían esperanzas de arrancárselo: todo lo creían posible su elocuencia y popularidad, y como todos los que siguen el curso de una revolución, creían poder retroceder con la misma facilidad; no comprendían que las fuerzas, de cuya posesión estaban tan ufanos, no estaban en ellos mismos, sino en la corriente que los impulsaba, y los sucesos iban a demostrarles que no existe fuerza contra las pasiones, después de haber cedido a ellas. La fuerza de un hombre de Estado estriba en su carácter, y una sola

condescendencia con las facciones es un compromiso que con ellas se contrae; cuando se consiente en ser su instrumento, se puede llegar a ser su ídolo y su víctima, pero jamás su dueño. Barnave iba a saberlo demasiado tarde y los girondinos después que él.

Malouet notificó a los miembros del partido realista el plan combinado con Barnave. Este plan era el siguiente: Malouet, en un discurso vehemente y razonado, atacaría desde la tribuna todos los vicios de la Constitución y demostraría que, si la Asamblea no corregía estos vicios antes de presentar la Constitución para que la jurasen el rey y el pueblo, se juraría la anarquía. Los trescientos miembros de la derecha debían apoyar con aplausos las acusaciones de su orador, y entonces Barnave pediría la palabra, aparentemente irritado, y en su discurso vengaría la Constitución de las invectivas de Malouet, reconociendo, sin embargo, que la Constitución, improvisada en el fuego del entusiasmo de una revolución, y en las más borrascosas circunstancias, podía ser imperfecta en algunas de sus partes, que la reflexión y prudencia de la Asamblea podían corregir estas imperfecciones antes de separarse, y que una de las reformas que habría que hacer sería retocar dos o tres artículos, en que las atribuciones del poder ejecutivo y del poder legislativo habían sido mal definidas, para restituir al poder ejecutivo la independencia y la acción indispensable a su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Dupont, y demás miembros de la izquierda, excepto Robespierre, Pethión, Buzot y los republicanos aprobarían estrepitosamente al orador; se nombraría en seguida una comisión especial para revisar los artículos reformables, y esta comisión emitiría informe antes del fin de la legislatura, y los trescientos votos de Malouet, unidos a los votos constitucionales de Barnave, aprobarían las enmiendas monárquicas, que debían restaurar la majestad.

XIX

Pero los miembros de la derecha rechazaron de plano este proyecto. «Corregir la Constitución era sancionar la re-

belión; unirse a los facciosos era hacerse facciosos; restaurar la majestad por medio de un Barnave, era degradar al rey, y no habían decaído sus esperanzas hasta el punto de que sólo les quedase el recurso de aceptar un papel en una comedia de revolucionarios asustados; sus esperanzas no estaban fundadas en aminorar el mal, sino en que éste llegase a su colmo, porque confiaban en que los excesos del desorden castigaran al desorden mismo. El rey estaba en las Tullerías, pero la majestad no estaba allí, sino en Coblenza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias, y podrían restaurar la francesa, sin el auxilio de los que la habían derribado.»

Así discurrían los miembros de la derecha; las pasiones y los resentimientos cerraban el oído a los consejeros de la moderación y de la prudencia, y la monarquía no sufría menos perjuicios de sus amigos, que de sus enemigos. ¡El plan abortó!

Mientras el rey cautivo se entendía con sus hermanos emigrados para que le dijeran la energía de las potencias, y con Barnave para intentar la conquista de la Asamblea, ésta perdía su influjo, y el espíritu de la revolución, abandonando su recinto, en donde ya nada tenía que esperar, fué a animar los clubs y los municipios y a influir en las elecciones. La Asamblea cometió un error declarando a sus miembros no reelegibles para la próxima legislatura.

Esta renuncia, semejante al heroísmo del desinterés, era en realidad el sacrificio de la patria, el ostracismo de las superioridades y el triunfo de las medianías. Una nación, por muchos que sean los hombres de genio y virtuosos con que cuente, no posee un número ilimitado de grandes ciudadanos; la Naturaleza es avara de las cosas superiores, y las condiciones sociales necesarias para formar un hombre público se encuentran difícilmente. Inteligencia, luces, virtudes, carácter, independencia, tiempo, fortuna, consideración adquirida y decisión son cualidades que se reúnen rara vez en un mismo sujeto; por tanto, no se decapita impunemente a una sociedad. Las naciones son como su suelo: después de haber quitado la tierra vegetal, aparece

la toba, y ésta es estéril. La Asamblea constituyente olvidó esta verdad, y su abdicación pareció una venganza. El partido realista había votado la no reelección para que la revolución, saliendo de las manos de Barnave, cayera en los excesos de los demagogos; el partido republicano la había votado para anonadar a los constitucionales, y éstos la votaron para castigar la ingratitud del pueblo y para que los echaran de menos cuando vieran la indignidad de sus sucesores. Esta votación fué el producto de diversas pasiones, todas malas, y que sólo podía producir la pérdida de los partidos; el rey era el único que rechazaba esta medida; conocía el arrepentimiento de la Asamblea nacional, estaba en inteligencia con sus principales jefes, y tenía la llave de muchas conciencias. Una nación nueva, desconocida e impaciente, iba a presentarse ante él en otra Asamblea, y los rumores de la prensa, de los clubs y de la plaza pública le anunciaban, además, la clase de hombres en quienes el pueblo depositaría su confianza. Preferiría los enemigos conocidos, fatigados y en parte adquiridos, a enemigos nuevos y ardientes, cuyas exigencias serían superiores a las de los que iban a reemplazar; y así como a ellos nada les quedaba que derribar más que el trono, a él nada le quedaba que conceder más que la vida.

XX

Los nombres principales que ensalzaban los periódicos eran en París los de Condorcet, Brissot y Dantón, y en los departamentos los de Vergniaud, Guadet, Isnard, Louvet y Gensonné, que después fueron los girondinos, y los de Thuriot, Merlin, Carnot, Couthón y Saint-Just, que, unidos después a Robespierre, fueron sus instrumentos o sus víctimas.

Condorcet era un filósofo tan valiente en sus actos, como atrevido en sus especulaciones, y su política era consecuencia de su filosofía; creía en la divinidad de la razón y en la omnipotencia de la inteligencia humana servida por la libertad, y ponía sobre la tierra el cielo, mansión de todas las perfecciones ideales. La ciencia de Condorcet era su virtud, y el espíritu humano su Dios. Le

parecía que el espíritu, fecundado por la ciencia y multiplicado por el tiempo, debía triunfar de todas las resistencias de la materia, descubrir todos los poderes creados de la naturaleza y renovar la faz del mundo. De esta teoría filosófica dedujo un sistema político, cuyo primer dogma era adorar lo porvenir y odiar lo pasado; tenía el frío fanatismo de la lógica y la cólera reflexiva de la convicción. Discípulo de Voltaire, de d'Alembert y de Helvecio, pertenecía, como Bailly, a aquella generación intermedia por quien la filosofía entraba en la revolución; más ambicioso que Bailly, carecía de su calma impasible; noble por su cuna, pasaba como Mirabeau al campo del pueblo; aborrecido por la corte, le profesaba el odio de los tráfugas: se había hecho plebeyo para hacer del pueblo el ejército de la filosofía, y, si quería la república, sólo era porque la creía indispensable para poner término a las preocupaciones; cuando hubiesen triunfado las ideas, habría confiado voluntariamente el reino a la monarquía constitucional: era un hombre de combate más que un hombre de anarquía. Los aristócratas llevan siempre al partido popular el sentimiento de orden y de mando, y pretenden regularizar el desorden y hasta dirigir las borrascas. Los verdaderos anarquistas son los que, reconociéndose incapaces para mandar, están impacientes por haber obedecido siempre. Condorcet era desde 1789 redactor de la *Crónica de París*, periódico de doctrinas constitucionales, pero en el que se sentían las palpitations de la cólera bajo la fría y culta mano de la filosofía; si Condorcet hubiera tenido otro verbo más elocuente y apasionado, podría haber sido el Mirabeau de otra Asamblea; tenía fe y constancia, pero le faltaba el acento sonoro que hace pasar nuestra alma al alma de otro. El club de los electores de París, que se reunía en la Santa Capilla, elegía diputados al mismo tiempo a Condorcet y a Dantón.

XXI

Dantón, que, al principiar la revolución, no era más que un obscuro abogado en el Chateauf, tenía ya la cele-

bridad que la multitud otorga fácilmente a quien ve y oye en todas partes: era uno de los hombres que parecen salir del hervor de las revoluciones, y que flotan sobre el tumulto, hasta que éste los engulle. Todo en él era atlético, tosco y vulgar, como las masas, y debía agradar a éstas, porque se les parecía; su elocuencia semejaba la explosión de la multitud, su voz sonora tenía algo del rugido del motín; en sus frases breves y decisivas se advertía la marcial concisión del mando; su gesto irresistible imprimía el impulso a los grupos; toda su política era entonces la ambición, sin principios determinados; de la democracia sólo amaba la turbación, porque se consideraba como su elemento; se sumergía en ella y no buscaba tanto el mando como la sensual voluptuosidad que experimenta el hombre en el movimiento acelerado que le impulsa. A Dantón le embriagaba el vértigo revolucionario como a otros les embriaga el vino; pero soportaba bien la embriaguez, porque tenía la superioridad de la calma en medio de la confianza que él inspiraba para dominarla. Conservando la sangre fría en el ardor y la alegría en el arrebató, sus palabras regocijaban a los clubs en medio de su furor, divirtiendo y apasionando al pueblo al mismo tiempo. Satisfecho con el doble ascendiente que tenía entre la multitud, se dispensaba de respetarla, y no le hablaba de principios, ni de virtud, sino de fuerza, que era lo único a que él tributaba adoración. Era el hombre de Estado de las circunstancias, y jugaba con el movimiento sin otro fin que lo terrible del juego, sin aportar otra cosa que su vida y sin más responsabilidad que el azar.

Un hombre de tal condición debía ser completamente indiferente al despotismo o a la libertad, y su desprecio al pueblo debía inclinarle hacia la tiranía. Cuando los hombres no tienen nada de divino, el mejor partido que se puede sacar de ellos es el de sujetarlos, porque no se sirve bien más que lo que se respeta, y él no estaba con el pueblo, sino porque era del pueblo, y porque en apariencia el pueblo debía triunfar: sin escrúpulo le hubiera traicionado del mismo modo que le servía.

La corte conocía el valor de sus convicciones, y él la amenazaba para que se las comprara; sus más revolucionarias proposiciones no eran más que la subasta de su conciencia: intervenía en todas las intrigas, y su probidad no intimidaba ninguna oferta de corrupción; se le compraba todos los días, y al siguiente ya estaba dispuesto a venderse de nuevo. Mirabeau, Lafayette, Montmorín, Laporte, intendente de la lista civil, el duque de Orleáns y el rey conocían sus venalidades. El dinero de todas estas fuentes impuras pasaba a su bolsa, pero sin detenerse mucho tiempo en ella. Cualquiera otro se hubiera avergonzado en presencia de los hombres y de los partidos, que conocían su debilidad; pero él no. Era el centro de todos los que no buscan en las revoluciones más que el medio de encumbrarse; pero los otros sólo tenían la bajeza del vicio, y los vicios de Dantón eran heroicos: su inteligencia rayaba en genio, tenía el brillo del momento; la incredulidad, que era la enfermedad de su alma, era en su concepto la fuerza de su ambición y la cultivaba como el elemento de su futura grandeza. Compadecía a todo el que tenía respeto a algo; semejante hombre tenía un inmenso ascendiente sobre las masas, a las que agitaba y hacía hervir en la superficie, dispuesto a embarcarse hasta en un mar de sangre.

XXII

Brissot de Warville era otro candidato a la diputación de París. Como éste fué el tronco del partido de los girondinos, el primer apóstol y el primer mártir de la república, es necesario darlo a conocer.

Brissot era hijo de un pastelero de Chartres, donde estudió con Pethión, su compatriota. Aventurero de la literatura, principió a apropiarse el apellido de *Warville* que ocultaba el suyo. Brissot no tenía la nobleza del plebeyo, que consiste en no avergonzarse del nombre de su padre, y tomaba furtivamente uno de los títulos a la aristocracia de las razas contra la que iba a combatir. Semejante a Rousseau en todo, excepto en genio, bus-

có la fortuna en todas partes, y se humilló más que él en la miseria y en la intriga, antes de hacerse célebre. Los caracteres se destemplan y se infaman al luchar con las dificultades de la existencia en la hez de las grandes ciudades corrompidas. Rousseau había paseado su indigencia y sus sueños de gloria en el seno de la naturaleza, que todo lo apacigua y purifica, y había salido hecho un filósofo. Brissot arrastró su miseria y su vanidad por las calles de París y Londres, en las sentinas de infamia donde pululan los aventureros y los libelistas, y quedó hecho un intrigante.

Pero hasta en medio de los vicios que hicieron dudosa su honradez y sospechoso su nombre, conservaba en el fondo de su alma tres virtudes capaces de dignificarlo: un constante amor a una joven con quien había contraído matrimonio contra la voluntad de su familia; al trabajo, y valor para luchar con las dificultades de la vida, valor que vióse luego obligado a desplegar para luchar contra la muerte. Profesaba el mismo sistema filosófico que Rousseau: creía en Dios; tenía fe en la libertad, en la verdad y en la virtud, y en su alma una decidida adhesión a la humanidad, que es la caridad de los filósofos; pero detestaba la sociedad en que no encontraba su puesto, y aborrecía las preocupaciones y las mentiras del estado social; su deseo era rehacerla, menos por él que por la sociedad misma. No le importaba ser sepultado bajo sus ruinas, con tal que de éstas hubiera surgido un plan ideal del gobierno de la razón. Brissot era un talento mercenario puesto al servicio de quien le pagaba; había escrito acerca de todas las cuestiones y para todos los ministros, y especialmente para Turgot. Leyes criminales, teorías económicas, diplomacia, literatura, filosofía y hasta libelos habían salido de su pluma que se prestaba a todos los usos. Buscando la protección de todos los hombres poderosos o célebres, aduló desde Voltaire y Franklin hasta Marat; conocido de madama de Genlis, debióle algunas relaciones con el duque de Orleáns, y, enviado a Londres por el ministro, con una misión secreta, se coaligó allí con el redactor del *Correo de Europa*, perió-

dico francés que se imprimía en Inglaterra, y cuyo atrevimiento inquietaba a la corte de las Tullerías. Asalariado por Swinton, propietario del periódico, lo redactó en sentido favorable a las pretensiones de Vergennes. Conoció en casa de Swinton algunos libelistas, y entre ellos a Morande, cuyo contacto manchó a Brissot, y fué o pareció ser a veces su cómplice. Estos vergonzosos lunares fueron cruelmente recordados por sus enemigos cuando se vió precisado a apelar a la estimación pública.

Vuelto a Francia cuando aparecieron los primeros síntomas de la revolución, espío sus fases sucesivas con la impaciencia y la indecisión de quien olfatea el aire que reina, pero se engañó con frecuencia y se comprometió por apresurarse demasiado a adherirse a los hombres, que, aparentemente, reasumían el poder, y, sobre todo, a Lafayette. Redactor del *Patriota Francés*, aventuró a veces ideas revolucionarias, y aduló el porvenir yendo más de prisa que las facciones, lo que le valió la desaprobación de Robespierre.

«Mientras me contentaba — decía de él Robespierre — con defender los principios de la libertad, sin emprender ninguna otra cuestión extraña, ¿qué hacíais vosotros, Brissot y Condorcet? Conocidos hasta entonces por vuestra gran *moderación* y por vuestras relaciones con Lafayette, sectarios durante largo tiempo del club aristocrático del 89, lanzasteis de pronto la palabra *república* y re-partisteis un periódico titulado *El Republicano*. Los ánimos estaban entonces soliviantados y la sola palabra *república* dividió a los patriotas y dió a nuestros enemigos el pretexto que buscaban para decir que existía en Francia un partido que conspiraba contra la monarquía y la Constitución. Con este pretexto fueron perseguidos y degollados los ciudadanos pacíficos sobre el altar de la patria. Con este nombre somos considerados como facciosos, y la revolución retrocede medio siglo. En este tiempo vino Brissot a los jacobinos, donde jamás se había presentado a proponer la república, de la que la prudencia nos prohibía hablar en la Asamblea nacional. ¿Por qué fatalidad se encontró allí Brissot? No quiero

ver astucia en su conducta, sino sólo imprudencia e inepticia; pero hoy que sus relaciones con Lafayette y Narbona son conocidas; hoy que él no disimula ya los planes de innovaciones peligrosas, bueno es que sepa que la nación está dispuesta a deshacer todas las tramas urdidas durante tantos años por estos pequeños intrigantes.»

Así hablaba Robespierre, de antemano celoso, y sin embargo justo, acerca de la candidatura de Brissot, a quien la revolución rechazaba, y la contrarrevolución no deshonraba menos. Los antiguos amigos de Brissot en Londres, especialmente Morande, que había vuelto a París fiado en la impunidad de los tiempos de revueltas, revelaban, en el *Argos* y en los anuncios a los parisienses, las intrigas ocultas y los escándalos de la vida literaria de su antiguo asociado, publicando cartas auténticas en las que Brissot había mentido ocultando su nombre, la condición de su familia, y la fortuna de su padre para captarse la confianza de Swinton, adquirir crédito y engañar en Inglaterra; estas pruebas eran convincentes. Con el pretexto de fundar un liceo en Londres, sacó a un tal Desforges una suma considerable, que gastó en sus atenciones personales; pero esto era poco: Brissot, al salir de Inglaterra, depositó en manos del mismo Desforges ochenta cartas que demostraban de un modo evidente su participación en el infame comercio de libelos que tenían sus amigos, y se demostró que Brissot contribuyó a enviar a Francia y a propagar los odiosos folletos de Morande. Los diarios que impugnaban su candidatura, hicieron públicos estos escándalos; se le acusó además de haber tomado de la caja del distrito de las Hijas de Santo Tomás, de que era presidente, una suma olvidada hacía mucho tiempo en su bolsillo. Aunque su justificación fué embarazosa y oscura, el club de la calle de la Michodière declaró su inocencia y su honradez.

Ocupados algunos periódicos sólo en la parte política de su vida, tomaron su defensa y se condolieron de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cínico, le escribió para consolarle: «El lodo de la calumnia repartido en el

momento del escrutinio, concluye siempre por dejar una mancha asquerosa; pero es hacer triunfar a los enemigos del pueblo, el rechazar al que los combate sin temor; me dan votos a mí, a pesar de mi chochez y mi afición a la bebida; dejad al padre Duchesne y nombrad a Brissot, que vale mucho más que yo.» Marat, en el *Amigo del Pueblo*, habló de Brissot en términos ambiguos. «Brissot, decía el amigo del pueblo, jamás ha sido en mi concepto un patriota bastante franco, pues sea por ambición o por bajeza, ha dejado de cumplir hasta ahora los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué tarda tanto en abandonar a ese general hipócrita? ¡Infeliz Brissot, eres víctima de un lacayo de la corte, de un cobarde gazmoño! ¿Por qué te has humillado a Lafayette? ¿Qué quieres? Ahora tienes que sufrir la suerte de todos los hombres de carácter indeciso; has desagradado a todo el mundo, y nunca podrás lograr nada; si te queda algún sentimiento de dignidad, borra tu nombre de la lista de los candidatos a la próxima legislatura.»

Así apareció por primera vez en escena, en medio de las burlas de ambos partidos, este hombre que se esforzaba inútilmente por evitar el desprecio que merecían las faltas de su juventud, para adaptarse a su papel político, hombre mixto, mitad de intriga y mitad de virtud. Brissot, destinado a servir de centro de reunión al partido de la Gironda, reunía en sí cuanto hubo después en los destinos de su partido, intriga y patriotismo; era faccioso y mártir. Los otros candidatos de París eran Pastoret, natural del Mediodía, prudente y hábil como hombre del Norte, que estaba en buenas relaciones con los partidos, que daba bastantes garantías a la revolución para ser aceptado por ella, que manifestaba suficiente adhesión a la corte para conservar su confianza secreta, y era conducido a una y otra parte por el favor alternativo de las dos opiniones, como quien buscaba la fortuna de su talento en la revolución, pero siempre dentro de lo justo y de lo honesto. Figuraban, además, en la candidatura, Lacepede, Cerrutti, Heraut de Sechelles y Gouvión, ayudante de campo de Lafayette. Las

elecciones departamentales preocuparon poco al pueblo, porque la Asamblea nacional había agotado el país de caracteres y de talentos; el ostracismo que ella misma se había impuesto entregaba a Francia a los talentos mediocres, e inspiraban escaso interés los desconocidos, mereciendo toda la consideración pública los nombres que iban a desaparecer. Ninguna nación tiene dos famas: la de Francia se iba con los miembros de la Asamblea disuelta. Una Francia nueva iba a surgir.

LIBRO IV

Diputación de la Gironda.—Agitación en los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslado de los restos mortales de Voltaire al Panteón.—Apreciación de sus escritos y de su carácter.—La Asamblea nacional revisa la Constitución.—El rey acepta la Constitución.

I

Mientras tanto un movimiento de nueva opinión se iniciaba hacia la parte del Mediodía; Burdeos fermentaba, y el departamento de la Gironda acababa de nombrar al mismo tiempo todo un partido político en los doce ciudadanos que componían su diputación. Este departamento, muy distante del centro, iba a hacerse dueño, de un solo golpe, de la opinión y de la elocuencia: los nombres, hasta entonces desconocidos, de Ducos, de Guadet, de Lafond-Ladebat, de Grange-neuve, de Gensonné, de Vergniaud, iban a hacerlos famosos con las tormentas y las desgracias de la patria; estaban destinados a imprimir a la revolución, indecisa aún, gran movimiento y a precipitarla en la república. ¿Por qué había de ser el parlamento de la Gironda y no el de París el que diera este impulso? Sólo se pueden hacer conjeturas respecto a este particular; pero, con todo, el espíritu republicano debía quizá estallar más pronto en Burdeos que en París, donde la presencia y la acción de la corte enervaban desde hacía siglos la independencia de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases del sentimiento cívico; los estados de Languedoc y los hábitos de administración de una provincia gobernada por sí mis-

ma, predisponían a la Gironda a un gobierno electivo y federal.

Burdeos era extremadamente parlamentario, y los parlamentos habían fomentado por doquier el espíritu de resistencia y creado el espíritu de facción contra el trono. Burdeos era una ciudad comercial, y el comercio tiene necesidad de libertad por interés, y concluye por contraer sentimientos liberales. Burdeos era la ciudad colonial, la gran escala de América en Francia, y las constantes relaciones de su marina mercante con los americanos habían importado en la Gironda el entusiasmo por las instituciones libres: en fin, Burdeos era un país mejor y más expuesto a los rayos de la filosofía, que el resto de Francia; la filosofía germinó allí por sí misma antes que en París; Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, los dos grandes republicanos del pensamiento francés. Uno había sondeado los dogmas religiosos, y el otro las instituciones políticas; y, después, el presidente Dupaty fomentó allí el entusiasmo por la nueva filosofía; además Burdeos era una tierra medio romana en cuyo tribunal habíanse perpetuado las tradiciones de la libertad y del *foro romano*. Cierta ambiente de antigüedad animaba allí las almas e hinchaba las palabras, y Burdeos era más republicana aún por la elocuencia que por la opinión: había algo de énfasis latino hasta en su patriotismo. La cuna de Montaigne y Montesquieu debía ser también la cuna de la república.

II

Las elecciones fueron la señal de una lucha más encarnizada en la prensa periódica, y, como los diarios no bastaban, los revendedores gritaban las opiniones en las calles, y se inventaron los periódicos-carteles, que se fijaban en las paredes y agrupaban al pueblo en las esquinas. Oradores errantes, espontáneos o asalariados por los diferentes partidos, estaban continuamente allí comentando a voces aquellos apasionados escritos. Loustalot en las *Revoluciones de París*, periódico fundado por Prudhomme y continuado sucesivamente por Chaumettes y Fabre d'Églantine; Marat en el *Publi-*

cista y en el *Amigo del Pueblo*, Brissot en el *Patriota Francés*, Gorsas en el *Correo de Versalles*, Condorcet en la *Crónica de París*, Cerrutti en la *Hoja lugareña*, Camilo Desmoulins en los *Discursos de la linterna* y en las *Resoluciones de Brabante*, Frerón en el *Orador del pueblo*, Hebert y Manuel en el *Padre Duchesne*, Carra en los *Anales patrióticos*, Fleydel en el *Observador*, Lacroix en el *Diario de los Jacobinos*, Fauchet en la *Boca de hierro*, Royón en el *Amigo del rey*, Champenetz y Rivarol en los *Actos de los apóstoles*, y Suleau y Andrés Chenier en muchas hojas sueltas, realistas o moderadas, agitaban en todos sentidos al pueblo, cuyo favor se disputaban. Era la tribuna antigua transportada al domicilio de cada ciudadano, y acomodando su lenguaje a todas las inteligencias, hasta las más obtusas. La cólera, la sospecha, el odio, la envidia, el fanatismo, la credulidad, la injuria, la sed de sangre, los terrores repentinos, la locura y la razón, el motín y la fidelidad, la elocuencia y la necedad tenían cada cual su órgano en este concierto de todas las pasiones civiles, y la ciudad se embriagaba todas las noches con estas pasiones fermentadas, suspendiendo todos los trabajos; no se hacía otra cosa que vigilar el trono, prevenir los complots, reales o imaginarios, de la aristocracia, y salvar la patria. Las voces de los vendedores de estas hojas públicas, los cantos patrióticos de los jacobinos cuando éstos salían de los clubs, las reuniones tumultuosas, las convocatorias a las ceremonias cívicas, los terrores ficticios respecto a las subsistencias tenían a las masas de la ciudad y de los arrabales en constante tensión. El pensamiento público no dejaba dormir a nadie, la indiferencia hubiera parecido traición, y era necesario manifestar enojo para estar a la altura de la situación; cada circunstancia aumentaba las pulsaciones de aquella fiebre, y la prensa la introducía en todas las venas de la nación; su lenguaje era cínico, apropiándose los proverbios del populacho, su trivialidad, sus obscenidades, sus torpezas y hasta sus juramentos. Dantón, Hebert y Marat fueron los primeros que adoptaron este tono, estos gestos y estos juramentos de la plebe

para adularla imitando sus vicios; Robespierre no descendió jamás a tal extremo; no se apoderaba del pueblo por sus viles instintos sino por su razón; el fanatismo que le sugería con sus discursos tenía, por lo menos, la decencia de los grandes pensamientos. Lo dominaba por el respeto y desdénaba captarlo por la familiaridad; cuanto más descendía en la confianza de las masas, más afectaba en sus palabras la elevación filosófica y la austeridad del hombre de Estado. Advertíase, en sus provocaciones más radicales, que, si pretendía renovar el orden social, no quería corromper sus elementos, y que, en su concepto, emancipar al pueblo no era degradarlo.

III

En esta época decretó la Asamblea nacional la traslación de los restos de Voltaire al Panteón; la filosofía se vengaba de los anatemas que se habían lanzado contra las cenizas del gran innovador. El cuerpo de Voltaire (muerto en París en 1778) fué transportado de noche y clandestinamente por su sobrino a la iglesia de la abadía de Sillieres, en la Champaña. Vendida esta abadía por la nación, las ciudades de Troyes y de Romilly se disputaron la gloria de poseer y de honrar los restos del hombre del siglo. La ciudad de París, donde había exhalado el último suspiro, reivindicó su derecho de capital, y pidió a la Asamblea nacional que se le restituyera el cuerpo de Voltaire y se depositara en el Panteón, catedral de la filosofía. La Asamblea acogió favorablemente la idea de este homenaje que hacía remontar la libertad hasta su cuna. «El pueblo le debe su emancipación — dijo Regnault de Saint-Jean-d'Angely—; instruyéndole, le dió su fuerza, porque a las naciones sólo se las encadena en las sombras de la ignorancia. Cuando la razón les demuestra la ignominia de sus hierros, se avergüenzan de llevarlos y los rompen.»

El departamento y la corporación municipal recibieron solemnemente el 11 de julio, a la puerta de Charenton, el cuerpo de Voltaire, que fué depositado en la plaza de la Bastilla, como el conquistador bajo su trofeo. Levantóse el ataúd

del desterrado para que la multitud lo contemplara, colocándolo sobre un pedestal hecho de piedras arrancadas de los muros de la fortaleza de la antigua tiranía. De este modo, Voltaire, muerto, triunfaba de los muros que le habían encerrado vivo. Sobre una de aquellas piedras se leía la siguiente inscripción: *Recibe en este sitio, donde te encadenó el despotismo, los honores que te tributa la patria.* ¡Así reparaba el siglo las injurias inferidas a las ideas!

IV

Al día siguiente, bajo un sol espléndido que disipó las nubes de una noche lluviosa, una multitud inmensa acompañó la carroza fúnebre que conducía a Voltaire al Panteón; esta carroza era tirada por doce caballos blancos, enganchados a cuatro de frente. Aurigas vestidos a la antigua usanza, como figuran en las medallas de los triunfadores, llevaban las riendas de los caballos, cuyas crines estaban entretejidas con oro y flores. En la carroza habíase colocado un lecho fúnebre, sobre el que se veía, extendida y coronada, la imagen del filósofo. La Asamblea nacional, el departamento, la corporación municipal, los cuerpos constituidos, la magistratura y el ejército, rodeaban, precedían o seguían el sarcófago. Los baluartes, las calles, las plazas públicas, las ventanas, los tejados de las casas, y hasta las ramas de los árboles estaban llenas de gente. Los sordos murmullos de la intolerancia vencida no podían reprimir tanto entusiasmo. Todas las miradas estaban fijas en la carroza; el nuevo pensamiento conocía que era su triunfo lo que pasaba, y que la filosofía se adueñaba del campo de batalla.

El orden de esta pompa era majestuoso, y, a pesar del aparato profano y teatral, todos los rostros reflejaban el recogimiento de la idea y la íntima satisfacción del triunfo intelectual. Abrían la marcha numerosos destacamentos de caballería, lo que parecía indicar que en lo sucesivo las armas quedaban al servicio de la inteligencia; después seguían los tambores cubiertos de crespones y batiendo marchas fúnebres, mientras los

cañones disparaban salvas de artillería. Los alumnos de los colegios de París, las sociedades patrióticas, los batallones de la guardia nacional, los obreros de las imprentas y los empleados en la demolición de la Bastilla, que formaban parte de la comitiva, llevaban, los unos, una *prensa ambulante* que no cesaba de imprimir homenajes a la memoria de Voltaire, y los otros conducían las cadenas, las argollas, los cerrojos y los grillos encontrados en los calabozos o en los arsenales de las prisiones de Estado, no faltando tampoco quienes llevaban los bustos de Voltaire, de Rousseau y de Mirabeau, agolpándose todos entre el ejército y el pueblo. Colocado sobre unas andas veíase el proceso verbal de los electores del 89, esa hégira de la insurrección; sobre otras, los ciudadanos del barrio de San Antonio exponían un plano en relieve de la Bastilla, la bandera del torreón y una joven vestida de amazona, que había combatido con ellos en el sitio de la citada fortaleza. Por doquiera veíanse picas coronadas con el gorro frigio de la Libertad, sobre las cabezas de la multitud, y en un cartel colocado sobre una de esas picas, se leía: *De este hierro nació la libertad.*

Todos los actores y todas las actrices de París seguían la estatua del genio que los había inspirado durante sesenta años; los títulos de las obras más notables aparecían grabados en los frentes de una pirámide que representaba su inmortalidad. Un grupo de ciudadanos, vestidos con trajes de los pueblos y de las edades cuyas costumbres había pintado Voltaire, llevaban su estatua de oro, coronada de laurel, y en una caja, también de oro, iban los setenta volúmenes de sus obras. Los miembros de las corporaciones científicas y de las principales academias del reino rodeaban esta arca de la filosofía, y numerosas orquestas, las unas ambulantes, y las otras situadas en varios puntos del trayecto, saludaban con brillantes sinfonías, al pasar la carroza. El numeroso cortejo se detenía a la puerta de los principales teatros, donde se cantaban himnos a la gloria del genio, y se reanudaba luego la marcha. Al llegar al muelle que lleva el nombre de Voltaire, se detuvo la carroza delante de la casa

del señor de Villette, donde Voltaire había muerto, y donde se había guardado su corazón. Arboles verdes, guirnaldas de hojas y de coronas de rosas adornaban la fachada de aquella casa, en la que se leía esta famosa inscripción: *Su talento está en todas partes, pero su corazón está aquí.*

Jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores, cubrían las gradas del anfiteatro levantado delante de la casa. La señora de Villette, de quien Voltaire había sido un segundo padre, con todo el brillo de su belleza y con todo el enterrecimiento de sus lágrimas, adelantóse en medio de ellas y depositó la más linda de sus coronas, la corona filial sobre la frente del grande hombre. En aquel momento cantáronse estrofas del poeta Chénier, uno de los admiradores más entusiastas de Voltaire, cuyo culto conservó hasta su muerte. La señora de Villette y las jóvenes del anfiteatro bajaron a la calle, sembrada de flores, y marcharon delante de la carroza. El Teatro Francés, situado entonces en el arrabal San Germán, había transformado su peristilo en un arco triunfal, en cada una de cuyas columnas habíase incrustado un medallón, que mostraba en letras de bronce dorado el título de los principales dramas del poeta. En el pedestal de su estatua, erigida delante de la puerta del teatro, leíase la siguiente inscripción: *Escribió Irene a los 83 años; a los 17 compuso el Edipo.*

La inmensa comitiva que escoltaba esta gloria póstuma no llegó al Panteón hasta las diez de la noche: ¡el día no tuvo duración suficiente para aquel triunfo! El féretro que contenía los restos mortales de Voltaire fué depositado en el Panteón entre los de Descartes y Mirabeau; era el lugar destinado a este genio intermediario entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción.

Esta apoteosis de la filosofía moderna en medio de los grandes acontecimientos que agitaban el espíritu público, era un testimonio fehaciente de que la revolución aspiraba a inaugurar los dos grandes principios representados por aquel féretro: ¡la inteligencia y la libertad! Era la inteligencia, que, pisando sobre

las ruinas de las preocupaciones de raza, entraba triunfalmente en la ciudad de Luis XIV. Era la filosofía que tomaba posesión de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos edades iban a luchar hasta en la tumba. La filosofía, tímida hasta entonces, revelaba su último pensamiento: exponer a la veneración del siglo otros grandes hombres.

V

Voltaire, genio escéptico de la Francia moderna, resumía en sí de un modo admirable la doble pasión del pueblo en aquellos críticos momentos: el afán de destruir y la necesidad de innovar: el odio a las preocupaciones y el amor a las luces debían ser la bandera de la destrucción. Aquel genio, no el más grande, pero sí el más vasto de Francia, no fué juzgado aún más que por fanáticos o por enemigos; la impiedad, deificaba hasta sus vicios; la superstición anatematizaba hasta sus virtudes; en fin, cuando el despotismo volvió a dominar a Francia, conoció que era necesario destronar a Voltaire del espíritu nacional, para reinstalar en él la tiranía. Napoleón pagó durante quince años a escritores y periódicos para que degradaran, infamaran y negaran el genio de Voltaire, cuyo nombre aborrecía como la fuerza aborrece la inteligencia, no creyéndose seguro mientras no se extinguiera la memoria de Voltaire; la tiranía, para vivir, necesita las preocupaciones, como la mentira las tinieblas. A la Iglesia restaurada, tampoco le convenía el brillo de aquella gloria, y aborrecía a Voltaire, pero le era imposible negarle el genio.

Si se ha de juzgar a los hombres por sus obras, Voltaire es, sin disputa, el más poderoso de los escritores de la Europa moderna. Nadie, como él, con la sola fuerza del genio y con la sola perseverancia de la voluntad, ha conmovido tanto los ánimos. Su pluma ha sublevado todo un antiguo mundo y conmovido, más que el imperio de Carlomagno, el imperio europeo de una teocracia: su genio no era la fuerza, sino la luz; Dios no lo había destinado para abrazar los

objetos, sino para iluminarlos; a todas partes llevaba consigo la claridad; la razón, que no es otra cosa que la luz, debía hacer de él su poeta, su apóstol y su ídolo.

VI

Voltaire nació en una calle obscura del antiguo París. Mientras Luis XIV y Bossuet reinaban, con las pompas del poder absoluto y del catolicismo, en Versalles, el plebeyo hijo del pueblo, el Moisés de la incredulidad, crecía desconocido casi a su lado, que de este modo se burlan de los hombres los secretos del destino, cuya existencia permanece ignorada hasta después que han estallado. El trono y el altar habían llegado a su período de mayor apogeo en Francia; el duque de Orleans, regente, gobernaba en un interregno; era un vicio en lugar de otro: la debilidad en vez del orgullo; pero este vicio era dulce y fácil. La corrupción se vengaba de la austeridad monacal de los últimos años, bajo Letellier y la señora de Maintenón. Voltaire, precoz tanto por la audacia como por el talento, empezaba a manejar las armas del pensamiento, de que más tarde hizo tan terrible uso. El regente, que no recibía el peligro, le dejaba hacer y no reprimía, más que por la forma, algunos atrevimientos, de que se reía castigándolos. La incredulidad de aquella época nacía del desorden, y no del examen; la independencia del pensamiento era un libertinaje de las costumbres, más que una deducción de la inteligencia; había vicio en la irreligión, y Voltaire se resintió de ello durante toda su vida. Dió principio a su misión riéndose y ultrajando las cosas santas, que no deben tocarse sino con respeto, aun cuando se las rompa: de aquí la ligereza, la ironía, con demasiada frecuencia, el cinismo en el corazón y en los labios del apóstol de la razón. Su viaje a Inglaterra afirmó, e hizo más grave su escepticismo; en Francia sólo había conocido libertinos de talento, y en Londres conoció filósofos; se apasionó de la razón eterna, como se apasiona de una novedad, y el descubrimiento le entusiasmó. En una naturaleza tan activa como la francesa,

este entusiasmo y este odio no permanecieron especulativos, como en una inteligencia del Norte; tan pronto como se convenció, quiso convencer a los demás, y pasó toda su vida entregado a una acción múltiple encaminada a un solo fin, esto es, a la abolición de la teocracia y al establecimiento de la tolerancia y de la libertad de cultos. Trabajó en esto con todos los dones de que Dios le había dotado, empleando hasta la mentira, la astucia, la denigración, el cinismo y la inmoralidad del alma; utilizó todas las armas, aún las que el respeto a Dios y a los hombres prohíbe a las personas prudentes, y consagró su virtud, su honor y su gloria a la consecución del trastorno que meditaba. Su apostolado de la razón revistió con frecuencia excesiva las formas de una profanación de la piedad, y, en vez de ilustrar al pueblo, lo estragó.

Desde que resolvió combatir al cristianismo, buscó aliados, y a esta circunstancia debió sus relaciones con el rey de Prusia Federico II; necesitaba tronos en que apoyarse para luchar contra el sacerdocio. Federico, que participaba de sus opiniones, llevándolas aún más lejos, hasta el ateísmo y el desprecio de los hombres, fué el Dionisio de este moderno Platón. Luis XV, a quien interesaba mantener buenas relaciones con Prusia, no se atrevió a pronunciarse contra un amigo del rey Federico, y, al amparo de aquel cetro, Voltaire redobló su audacia: separó los tronos y pareció haberlos interesado en su empresa, afectando emanciparlos de la dominación de Roma; concedió a los reyes la libertad civil de los pueblos a cambio de su ayuda para conquistar la libertad de las conciencias; hasta afectó, y quizá lo tuvo realmente, el culto del poder absoluto de los reyes, llevando su respeto hacia ellos hasta la adoración de sus debilidades; disculpó los infames vicios del gran Federico; inclinó la filosofía ante las amantes de Luis XV, y, semejante a la cortesana de Tebas, que erigió una de las pirámides con el producto de sus vicios, Voltaire no se avergonzó de ninguna prostitución de su genio, siempre que el salario de sus complacencias le sirviera para comprar enemigos de Cristo. Tuvo afiliados por miles en toda Eu-

ropa, y especialmente en Francia, despertando en los reyes el recuerdo de la edad media y de los tronos ultrajados por los papas. Los reyes no pudieron ver sin que les hiciera sombra, y sin odio secreto, aquel clero tan poderoso como ellos en los pueblos, y que, con el título de cardenales, limosneros, obispos o confesores, espiaba o imponía sus creencias hasta en las cortes. Los parlamentos, poder civil, que era temible para los mismos soberanos, detestaban al clero, aunque protegían la fe con sus decretos; la nobleza guerrera, corrompida e ignorante, se inclinaba a la incredulidad, que excusaba sus inmoralidades, y, en fin, la clase media instruída o sabia preveía la emancipación del tercer estado por medio de la insurrección del pensamiento. Tales eran los elementos de la revolución religiosa, de que se apoderó Voltaire en el momento oportuno, y con aquel golpe de vista de la pasión, que suele ver más claro que el mismo genio. Ante un siglo entusiasta, ligero e irreflexivo, no presentó la razón bajo la forma austera de un sistema filosófico, sino bajo la forma de una libertad fácil de ideas y de risueña ironía, y, aunque no pudo lograr que su tiempo pensase, consiguió hacerle sonreír; pero jamás atacó de frente ni a cara descubierta, para evitar ser quemado como Servet. Esopo moderno, atacó bajo nombres supuestos la tiranía que deseaba destruir, ocultando su odio en el drama, en la poesía ligera, en la novela, en la historia y hasta en los chistes. Su genio fué una alusión constante a todo su siglo, y hería ocultando la mano; pero esta lucha de un hombre contra un sacerdocio, de un individuo contra una institución, de una vida contra diez y ocho siglos, fué, indiscutiblemente, una prueba de valor.

VII

En la idea y en la audacia de uno solo contra todos hay un incalculable poder de convicción y decisión. Desafiar, a la vez, sin más partido que su razón individual y sin otro apoyo que su conciencia, el respeto humano, que es una cobardía del espíritu disparada en respeto

del error, y arrostrar los odios de la tierra y los anatemas del cielo, es el heroísmo de un escritor; Voltaire no fué martirizado en los miembros, pero lo fué en el nombre, que sacrificó durante su vida y después de su muerte, condenando sus propias cenizas a ser arrojadas al viento y a no tener siquiera el asilo de una tumba; sufrió largos destierros en cambio de la libertad de combatir; se separó voluntariamente de los hombres para que éstos no hicieran presión en su pensamiento; a los ochenta años, encontrándose enfermo y viendo cercana su muerte, hizo muchas veces apresuradamente sus preparativos para combatir todavía e ir a expirar lejos de la casa en que había pasado la vejez; no se disminuyó ni un solo momento el inagotable vuelo de su talento; llevó la alegría hasta el genio, y, bajo el sarcasmo de toda su vida, dejó impreso un serio poder de perseverancia y de convicción. Tal fué el carácter de este grande hombre, cuya luminosidad de pensamiento ocultó demasiado la profundidad del designio. Al través de la burla y de la risa no se ha entrevisto la constancia; sufría riendo y quería sufrir ausente de su patria, donde había perdido sus amistades, y era negada su gloria, difamado su nombre, y su memoria maldita; todo lo aceptó en beneficio del triunfo de la independencia de la razón humana; la decisión no cambia de valor por cambiar de causa, y ésta fué su virtud para la posteridad. No fué la verdad, fué su precursor, y marchó delante de ella; sólo le faltó amar a Dios; su espíritu lo veía, pero aborrecía las fantasmas, que las edades de tinieblas habían tomado por él y adoraban en su lugar; desgarraba encolerizado las nubes que impedían a la idea divina tender sus rayos puros sobre los hombres, pero en su culto había más odio contra el error, que fe en la divinidad. Voltaire no tenía sentimiento religioso, resumen sublime del pensamiento humano y razón que inflama el deseo de subir hacia Dios como una llama, y de reunirse a él en la unidad de la creación con el Creador, como la chispa con el hogar, y esta falta de religión produjo los resultados de su filosofía; no creó moral, ni culto, ni caridad, y no hizo

otra cosa que descomponer y destruir. Negativa fría, corrosiva y burlona, causaba los mismos estragos que el veneno. Helaba, mataba, pero no vivificaba; así fué que ni aun contra aquellos errores, que eran sólo la mezcla humana de un pensamiento divino, no produjo todo el efecto que debió haber producido. Hizo escépticos en vez de hacer creyentes; la reacción teocrática fué pronta y general y no podía ser de otra suerte, porque la impiedad vacía el alma de sus errores sagrados, pero no llena el corazón del hombre; la impiedad sola no arruinará jamás un culto humano, porque, para reemplazar una fe se necesita otra, y no puede la irreligión destruir una religión sobre la tierra; sólo una religión más luminosa puede verdaderamente triunfar de otra religión envuelta en sombras al reemplazarla. La tierra no puede quedar sin altar; sólo Dios puede luchar contra Dios.

VIII

El 5 de agosto de 1791, fué el primer aniversario de aquella noche famosa de 4 de agosto de 1790, en que se desplomó el feudalismo, y la Asamblea nacional empezó a revisar la Constitución. Era un acto imponente y majestuoso la mirada que los legisladores dirigían, al término de su carrera, a las ruinas que acababan de sembrar en su camino, y a los cimientos que acababan de echar. Pero, la disposición de su ánimo en aquel momento, ¡cuánto se diferenciaba de la que tenían al dar principio a esta magna obra! La acometieron con el entusiasmo del ideal, y la veían ahora con los desengaños y la tristeza de la realidad. La Asamblea nacional habíase abierto en medio de las aclamaciones del pueblo, que unánimemente cifraba en ella sus esperanzas, e iba a cerrarse en medio de las recriminaciones de todos los partidos. El rey estaba prisionero, los príncipes emigrados, el clero en cisma, la nobleza fugitiva y el pueblo en sedición. Necker habíase desvanecido con su popularidad; Mirabeau había dejado de existir; Mauzy estaba mudo; y Cazalés, Lally y Monnier habían abandonado su empresa. Dos años habían destruido más hom-

bres y más cosas que toda una generación en tiempos ordinarios. Las grandes voces del 89, inspiradas por la filosofía y las esperanzas, no resonaban ya bajo aquellas bóvedas; las primeras filas habían caído, y los hombres de segundo orden iban a combatir, substituyendo a los desaparecidos; intimidados, desanimados y arrepentidos, carecían del genio necesario para servir al impulso del pueblo, y de poder para resistirlo. Barnave había encontrado nuevamente su virtud en su sensibilidad; pero la virtud que llega tarde es como la inteligencia que llega después del error, sólo sirve para revelarnos la gravedad de nuestras faltas. En las revoluciones no hay arrepentimiento, hay expiación. Barnave, que hubiera podido salvar la monarquía si hubiera secundado a Mirabeau, iba a principiar su expiación. Robespierre era, respecto de Barnave, lo que éste había sido respecto de Mirabeau; pero Robespierre, más poderoso que Barnave, en vez de obrar impulsado por los celos, obraba bajo el impulso de una idea fija y de una teoría implacable. Barnave sólo había tenido una facción tras de sí; Robespierre tenía a todo un pueblo.

IX

Barnave pretendió, desde las primeras sesiones, afirmar nuevamente en torno de la Constitución, la opinión conmovida por Robespierre y sus amigos; pero lo hizo con tales miramientos, que podía apreciarse lo débil de su situación bajo el valor de sus palabras. «Se ataca el trabajo de nuestro comité de Constitución — dijo —; sólo existen contra nuestra obra dos clases de oposición: los que hasta aquí han sido constantemente enemigos de la Revolución, y los de la igualdad, que detestan nuestra obra, porque ésta condena a muerte su aristocracia. Sin embargo, otra clase hay, además, hostil a la Constitución, y la divide en dos especies muy distintas. La una es la de los hombres que, en la intimidación de su conciencia, prefieren otro gobierno, pero disfrazan más o menos su lenguaje, y tratan de quitar a nuestra Constitución monárquica todas las fuerzas que pueden para retardar el advenimiento de

la república. A éstos no los ataco; porque cualquiera que profesa sinceramente una opinión política, tiene derecho a emitirla. Pero existen también los que son enemigos de todo gobierno, y esta clase, si se presenta en la oposición, no es porque prefiera la república a la monarquía, ni la democracia a la aristocracia, sino porque todo lo que fija la máquina política, todo lo que es orden, todo lo que coloca en su lugar al hombre honrado y al infame, les es contrario y odioso. (Aplausos prolongados en la mayoría de la izquierda.) Estos son, señores — continuó Barnave —, éstos son los que han combatido más nuestra obra, y los que han buscado nuevos medios de revolución, porque se les escapa la revolución hecha por nosotros; éstos son los hombres que, dando a las cosas nombres distintos del que tienen, afectando sentimientos patrióticos, en lugar de sentimientos de honor, de probidad y de pureza, y hasta ocupando los puestos más honorables so capa de virtud, han creído que impondrían a la opinión pública y se han coligado con algunos escritores... (Redoblan los aplausos y todas las miradas se fijan en Robespierre y Brissot.) Si queremos que nuestra Constitución sea un hecho; si queréis que la nación, después de haberos debido la esperanza de la libertad, porque hasta ahora no es más que la esperanza (murmillos de desagrado), os deba la realidad, la prosperidad, la dicha y la paz, simplifiquémosla, dando al gobierno, quiero decir, a todos los poderes establecidos por esta Constitución, la fuerza, acción y conjunto que necesita para mover la máquina social, y para conservar a la nación la libertad que le habéis dado... Si estimáis en algo la salvación de la patria, proceded con cuidado y circunspección. Desterremos, sobre todo, las injustas desconfianzas, que solamente son útiles para nuestros enemigos, cuando creen que esta Asamblea nacional, que esta constante mayoría, tan atrevida como prudente, que tanto les ha impuesto después de la marcha del rey, está próxima a desvirtuarse ante las divisiones artificiosamente fomentadas por pérfidas sospechas... (Más aplausos.) Renacerían, sin duda alguna, los desórdenes y los trastornos de que estáis

ya cansados, y cuyo término debe de ser también el de la revolución; renacerían exteriormente las esperanzas, los proyectos y las tentativas que en alta voz desafiábamos, porque conocemos nuestras fuerzas y estamos unidos, y porque sabemos que, mientras exista esta unión, nada se emprenderá, y que si algo se intentase, será siempre para baldón de quien tal empresa acometa; pero se harían tentativas, en cuyo buen éxito se podrían fundar esperanzas. Una vez divididos nosotros, como no se sabrá a quién creer, porque nos supondrán proyectos diversos, cuando todos tenemos los mismos, o atribuyéndonos sentimientos contrarios, cuando cada uno de nosotros confía en la honradez de su colega; cuando dos años de trabajos emprendidos juntos, cuando pruebas consecutivas de valor, cuando sacrificios que no puede recompensar más que la satisfacción de sí mismo...» Al llegar aquí el orador, los aplausos entusiastas de la mayoría apagó la voz de Barnave, y pareció que en la Asamblea, electrizada, no había otro sentimiento que el monárquico.

X

En la sesión del 25 de agosto, discutió la Asamblea el artículo de la Constitución, que prohibía a los miembros de la familia real ejercer los derechos de ciudadano. El duque de Orleans subió a la tribuna para protestar contra este artículo, y declaró en medio de aplausos y murmullos, que, si era aprobado, como le quedaba el derecho de optar entre el título de ciudadano francés y su derecho eventual al trono, renunciaría al trono. Sillery, amigo y confidente de este príncipe, habló después que él, y combatió hábilmente las conclusiones del comité. Este discurso, en el que aludió claramente a la situación del duque de Orleans, fué el único acto de ambición realizado directamente por el partido del príncipe. Sillery comenzó respondiendo a las palabras de Barnave. «Permítaseme — dijo — lamentar el deplorable abuso que hacen algunos oradores de su talento. ¡Qué lenguaje tan extraño! Se pretende hacerlos creer que aquí hay fac-

ciosos, anarquistas y enemigos del orden, como si el orden no pudiera existir más que satisfaciendo la ambición de algunos individuos... ¿Se os propone que concedáis a todos los miembros de la familia real el título de príncipe, y les privéis de sus derechos? ¡Qué inconsecuencia y qué ingratitud! ¡Declaráis que el título de ciudadano francés es el más bello de los títulos, y proponéis cambiarlo por el título de príncipe, que habéis suprimido por juzgarlo contrario a la igualdad! Los parientes del rey que han quedado en Francia, ¿no han dado siempre pruebas del más puro patriotismo? ¿No han prestado numerosos servicios a la causa pública con su ejemplo y con sus sacrificios? ¿No han renunciado voluntariamente a sus títulos familiares por el de ciudadano? ¡Y proponéis quitárselo! ¿Qué ocurrió cuando suprimisteis el título de príncipe? Que los príncipes fugitivos se han coligado contra la patria, y que los otros se han afiliado en nuestras banderas. Si se restablece ahora el título de príncipe, se da satisfacción a las ambiciones de los enemigos de la patria, se quita a los parientes del rey patriotas todo lo que aprecian... Veo triunfantes y recompensados los príncipes conspiradores, y castigados todos los sacrificios de los príncipes populares. Se pretende que es peligrosa la admisión, en el cuerpo legislativo, de los miembros de la familia real; se establece, pues, según esta hipótesis, que en lo futuro serán constantemente todos los individuos de la familia real, o cortesanos vendidos, o facciosos, pero, ¿es imposible suponer que haya entre ellos algunos patriotas? ¿Es a éstos a los que queréis humillar? ¿Condenáis a los parientes del rey a aborrecer la Constitución y a conspirar contra una forma de gobierno que les pone en la alternativa de elegir entre el papel de cortesanos y el de conspiradores? Ved, por lo contrario, lo que se puede esperar de ellos si los inflama el amor a la patria. Mirad a uno de los vástagos de esa raza, cuyo destierro se os propone; salido apenas de la infancia, tuvo ya la suerte de salvar la vida con peligro de la suya a tres ciudadanos; la ciudad de Vendome le ha concedido una corona cívica. ¡Niño infortunado! ¿será

aquella la última que recibirá tu raza?...» Los aplausos con que este discurso fué incesantemente interrumpido, y que se prolongaron mucho tiempo después de haber concluido de hablar el orador, demostraron que muchos tenían el pensamiento de restaurar la dinastía por medio de la revolución, y que, si no existía una facción de Orleans, no le faltaba, al menos, un jefe. A Robespierre, que detestaba tanto una facción dinástica como la monarquía misma, le aterrizó este síntoma del nuevo poder que aparecía en lontananza. «Observo — respondió — que nos ocupamos demasiado en las personas con perjuicio del interés nacional: no es verdad que se pretenda degradar a los parientes del rey; no se quiere hacerlos de peor condición que los demás ciudadanos; se desea separarlos del pueblo con una marca honorífica. ¿A qué viene el buscarles títulos? Los parientes del rey serán siempre los parientes del rey; el esplendor del trono no depende de sus vanidosas denominaciones. No se puede impunemente declarar que existe en Francia una familia cualquiera superior a las demás, porque a ella sólo pertenecería la nobleza. Esta familia permanecería en medio de nosotros, como la raíz indestructible de la nobleza que hemos destruído, y sería el fundamento de una nueva aristocracia.» Con violentos murmullos fueron acogidas estas protestas de Robespierre, quien se vió precisado a interrumpir su discurso y a excusarse. «Advierto — dijo al concluir — que no nos es permitido manifestar, sin ser calumniados, las opiniones que nuestros adversarios han sido los primeros en sostener en esta Asamblea.»

XI

Todo el interés de la situación estaba en saber si, después de aprobada la ley fundamental, reconocería la Constitución el derecho de ser revisada y modificada. Entonces fué cuando Malouet, aunque abandonado de su partido, intentó, solo y sin esperanza en el triunfo, la restauración de la dignidad real. Este discurso, digno del genio de Mirabeau, era la acusación más terrible lanzada

contra los excesos del pueblo y contra los extravíos de la Asamblea. La moderación templaba en él la fuerza, revelándose en el orador el hombre de bien, y en el legislador el hombre de Estado. En sus palabras se advierten la serenidad y estoicismo de Catón; pero la elocuencia política está más en el que escucha que en el que habla, porque la voz no es nada sin el eco que la multiplica. Malouet, separado de los suyos, abandonado por Barnave, que le escuchaba suspirando, sólo hablaba para satisfacción de su conciencia, pues no combatía por la victoria, sino por su principio. «Se os propone — dijo — que fijéis la época y las condiciones del ejercicio de un nuevo poder constituyente; se os propone que sufráis veinticinco años de desorden y de anarquía, antes de que tengáis el derecho de evitarla. Observad en qué circunstancia se os propone que imponáis silencio a las reclamaciones de la nación respecto a sus nuevas leyes: os proponen eso cuando sólo conocéis la opinión de aquellos a quienes benefician estas nuevas leyes; cuando todas las pasiones contrarias están acalladas por el terror o por la fuerza; cuando Francia no se ha explicado aún más que por el órgano de sus clubs. Al tratarse de suspender el ejercicio de la autoridad real, se os ha dicho en esta tribuna: *Por ahí hemos debido empezar la revolución, pero no conocíamos nuestra fuerza.* Con esto no tratan vuestros sucesores sino de medir sus fuerzas para intentar nuevas empresas... Tal es, efectivamente, el peligro de hacer una revolución violenta y de establecer una Constitución libre; la una no se hace sino en medio del tumulto de las pasiones y de las armas, la otra no puede implantarse sino por medio de transacciones amistosas entre los intereses antiguos y los intereses nuevos. (Murmillos, risas y gritos... ¡Eso, eso!) No se cuentan los votos, no se discuten las opiniones para hacer una revolución, porque ésta es una tempestad, durante la cual es preciso, o tomar rizados a las velas, o ser sumergido; pero, así como cuando renace la calma, tanto los que fueron batidos, como los que no han experimentado daño alguno, disfrutan, por igual, de la serenidad del cielo, así,

después de una revolución, la ley fundamental, si es buena, debe unir a todos los ciudadanos. Es preciso que no haya nadie que ponga en riesgo su vida por hablar francamente de la Constitución; sin esta seguridad, no hay voto cierto, no hay juicio, no hay libertad, no habrá más que un poder dominante, una tiranía, hasta que hayáis separado la Constitución de los movimientos de la revolución. Ved cómo todos estos principios de justicia, de moral y de libertad que habéis establecido, son acogidos por gritos de alegría y por redoblados juramentos; pero vedlos también violados en seguida con una audacia y furor inaudito... En el momento en que se proclama la más santa y la más libre de las Constituciones, se cometen los atentados más horribles contra la libertad, contra la propiedad, contra la humanidad y contra la conciencia. ¿Por qué no os espanta este contraste? Voy a decíroslo. Desconociendo el mecanismo de la sociedad política, habéis buscado en ella la regeneración olvidándoos de que tenía que ser disuelta, y os ha parecido un obstáculo para vuestras miras el descontento de los unos y un medio de exaltación de los otros. No queriendo más que derribar obstáculos, habéis derribado principios, y enseñado al pueblo a arrostroarlo todo; habéis tomado las pasiones del pueblo por auxiliares, lo que equivale a levantar un edificio minándolo por los cimientos. Os lo repito, fuera del despotismo, no hay más Constitución firme y durable, que la que pone término a la revolución, y se propone, se acepta, y se ejecuta con formas tranquilas, libres, y completamente contrarias a las formas revolucionarias. Todo lo que se hace, todo lo que se pretende con pasión, antes de haber llegado a este punto de reposo, ya se mande al pueblo, ya se le obedezca, no es más que una insensatez... Pido, pues, que la Constitución sea libre y pacíficamente aceptada por la mayoría de la nación y por el rey. (Violentos murmullos.) Sé que se llama voto nacional a lo que nosotros conocemos por proyectos de representación, por adhesión, por juramentos, por agitaciones, por amenazas, y por violencias... (Explosión de cólera.) Sí, es necesario poner término a

la revolución, empezando por anular todas las disposiciones que la violan: vuestros comités de investigaciones, las leyes de emigración, la persecución de los sacerdotes, las prisiones arbitrarias, los procedimientos judiciales contra los acusados sin pruebas, el fanatismo y la dominación de los clubs... pero esto no es suficiente todavía... la licencia ha hecho tantos estragos... la hez de la nación hierve con tal violencia... (Indignación general.) ¿Seremos nosotros la única nación del mundo que no tiene heces? La horrorosa insubordinación de las tropas, las conmociones religiosas, el descontento de las colonias, cuyos clamores llegan ya a nuestros puertos... si no se detiene la revolución y no la reemplaza la Constitución, si no se restablece el orden al mismo tiempo en todas partes, el Estado conmovido sufrirá las convulsiones de la anarquía. Recordad la historia de los griegos, en que una primera revolución, no concluida, ocasionó otras muchas durante el período de medio siglo; recordad a Europa que vigila vuestra debilidad y vuestras agitaciones y que os respetará si sabéis ser libres dentro del orden; pero que se aprovechará de vuestros desmanes, si os debilitáis y la asustáis con vuestra anarquía...» Malouet terminó su discurso pidiendo que se sometiera la Constitución al juicio del pueblo y a la libre aceptación del rey.

XII

Estos hermosos discursos resonaron como un remordimiento en el seno de la Asamblea, se oyeron con impaciencia, y pronto fueron olvidados. Lafayette impugnó brevemente la proposición de Dandré, que difería a treinta años la revisión de la Constitución, y la Asamblea no aceptó ni la opinión de Dandré ni la de Lafayette, limitándose a invitar a la nación a no ejercitar su derecho de revisar la Constitución hasta transcurridos veinticinco años. «Ya hemos llegado al fin de nuestra larga y penosa empresa — dijo Robespierre—; aunque nos resta darle estabilidad y duración. ¿Quién habla de someterla a la aceptación del rey? La Constitución no puede depender del voto de Luis XVI, aunque no dudo que

la aceptará con placer; el patrimonio de un imperio, todas las atribuciones del poder ejecutivo, cuarenta millones para sus gastos particulares, ahí tenéis lo que le ofrecemos. No debemos esperar, para ofrecérselo, que se aleje de la capital y se rodee de funestos consejos; ofrezcámoselo en París, diciéndole: Ahí tienes el trono más poderoso del universo, ¿lo aceptas? Las reuniones sospechosas, el plan de retirar las tropas de las fronteras, las amenazas de vuestros enemigos del exterior, las maquinaciones de los de adentro, todo indica que es necesario apresurar el restablecimiento del orden de modo que asegure y fortifique a los ciudadanos. Si se delibera cuando es necesario jurar; si la Constitución queda en situación de ser atacada, después de haberlo sido ya dos veces; ¿qué nos resta que hacer? Empuñar nuevamente armas o encadenarnos... Hemos sido enviados — añadió mirando a Barnave y a los Lameth — para constituir la nación, y no para fomentar la fortuna de algunos individuos, ni para prestar ayuda a la coalición de los intrigantes con la corte y asegurar el precio de su complacencia o de su traición.»

El 3 de septiembre de 1791 fué presentada al rey el acta constitucional, y aquella solemne entrevista entre la voluntad vencida de un monarca y la voluntad victoriosa de su pueblo, fué notificada por Thourét a la Asamblea nacional en los siguientes términos: «A las nueve de la noche salió de esta sala nuestra diputación; fué al palacio con una escolta de honor compuesta de numerosos destacamentos de la guardia nacional y de la gendarmería, siendo, durante el trayecto, entusiastamente aplaudida por el pueblo. Recibida en la sala del consejo por el rey, a quien acompañaban sus ministros y un número bastante grande de servidores, yo dije al rey: «Señor, los representantes de la nación vienen a entregar a V. M. el acta constitucional que consagra los derechos imprescriptibles del pueblo francés, que confiere al trono su verdadera dignidad y que regenera el gobierno del poder.» El rey, después de recibir el acta constitucional, respondió: «Recibo la Constitución que me presenta la Asam-

blea nacional, a la que comunicaré mi resolución en el más breve término que exige el examen de una cuestión tan importante. Decidido a permanecer en París, daré al comandante de la guardia nacional parisiense las órdenes necesarias para el servicio de mi guardia.» El rey no manifestó la menor contrariedad, y por lo que hemos visto y oído, todo nos presagia que el fin de la Constitución será también el de la revolución.» La Asamblea y las tribunas aplaudieron repetidamente este discurso. Era uno de los días de esperanza pública en que las facciones se ocultan en la sombra dejando brillar la serenidad de los buenos ciudadanos.

Lafayette levantó las consignas injuriosas que habían hecho de las Tullerías una prisión de la familia real. El rey cesó de ser la prenda de la nación, para ser, al menos en apariencia, su jefe. Dedicó algunos días al examen de la Constitución, y el 13 dirigió a la Asamblea, por mediación del ministro de Justicia, un mensaje concertado con Barnave, en el que decía lo siguiente: «He examinado el acta constitucional, la acepto y la haré cumplir. Debo dar a conocer los motivos de mi resolución; desde el principio de mi reinado aspiré a corregir los abusos, y todos mis actos han sido inspirados en el deseo de dar satisfacción a la opinión pública; he concebido el proyecto de asegurar la dicha del pueblo sobre bases permanentes, y sujetar a reglas invariables mi propia autoridad; siempre han sido éstos mis propósitos; he favorecido el establecimiento de los ensayos de vuestra obra antes de que estuviera concluida; lo hice de buena fe, y si los desórdenes ocurridos en casi todas las épocas de la revolución afligían mi corazón, siempre confiaba en que la ley se pondría nuevamente en vigor, y que, acercándose diariamente el término de vuestros trabajos, le devolverían el respeto necesario para que el pueblo disfrute de libertad y de felicidad el rey. He mantenido durante mucho tiempo esta esperanza hasta el momento en que ya no tenía nada que esperar. Recuerdense cuando salí de París; todo era desorden, habiendo llegado al límite la licencia de los escritos y la audacia de

los partidos que ya no respetaban cosa alguna. Entonces, lo confieso, si me hubierais presentado la Constitución, no la habría aceptado; pero las circunstancias han variado, pues habéis manifestado el deseo de restablecer el orden y habéis revisado muchos artículos. Como el voto del pueblo ya no es dudoso para mí, acepto la Constitución bajo los mejores auspicios, y hasta renuncio libremente a intervenir en este trabajo, declarando que, al renunciar a él, nadie más que yo puede tener el derecho de reivindicarlo. Sin duda hay aún algunas mejoras que hacer en la Constitución, pero consiento que la experiencia las juzgue. Poniendo lealmente en práctica los medios de gobierno que se me dan, no se me podrá hacer ninguna reconvencción, y la nación se explicará por los medios que la Constitución le ha reservado. (Aplausos.) Los que, por temor a las persecuciones, se encuentran ausentes de la patria, pueden volver a ella con seguridad. Para extinguir los odios, olvidemos mutuamente lo pasado. (Las tribunas y la izquierda renuevan sus aclamaciones.) A las acusaciones y persecuciones motivadas por los sucesos de la revolución debe ponerles término una reconciliación general. No aludo a los que sólo han sido determinados por su adhesión a mí. ¿Podréis considerarlos culpables? A los que, por los excesos en que yo podría ver injurias personales, se han atraído la persecución de la justicia, les demuestro que soy el rey de los franceses. Queriendo jurar la Constitución en el mismo sitio en que ha sido hecha, iré mañana al mediodía a la Asamblea nacional.»

La Asamblea aprobó por unanimidad, a propuesta de Lafayette, la amnistía general pedida por el rey, a quien llevó el decreto una numerosa diputación, que se lo entregó en presencia de la reina. «Ahí tenéis a mi mujer y a mis hijos—dijo el rey a la diputación—, todos participan de mis sentimientos.» La reina, que tenía necesidad de reconciliarse con la opinión pública, se adelantó para decir: «Mis hijos y yo participamos de los deseos del rey.» Estas palabras, repetidas en la Asamblea, inclinaron los ánimos al perdón que la majestad imploraba. Al día siguiente el rey se presentó

en la Asamblea, sin más condecoración que la cruz de San Luis, por deferencia a un decreto que suprimía las demás órdenes de caballería. Tomó asiento al lado del presidente, y la Asamblea permaneció en pie. «Vengo — dijo el rey — a consagrar aquí solemnemente la aceptación del acta constitucional; juro ser fiel a la nación y a la ley, y emplear todo el poder que se me ha delegado para sostener la Constitución y dar cumplimiento a los decretos. Que esta grande y memorable época sea la del restablecimiento de la paz, y prenda de felicidad del pueblo y de la prosperidad de la nación.» Los aplausos unánimes de la sala y las tribunas, apasionados por la libertad, pero afectuosos para el rey, demostraron que la nación aceptaba entusiasmada la conquista de la Constitución. El presidente respondió al discurso del monarca, diciendo: «Francia estaba siendo víctima de grandes abusos, que triunfaron durante mucho tiempo de las buenas intenciones de los mejores reyes, y la Asamblea nacional ha restablecido las bases de la prosperidad pública; lo que ella ha querido, la nación lo quiere, y V. M. no tiene ya que desear la felicidad de los franceses. La Asamblea nacional no deseará ya nada, desde el momento que aceptáis la Constitución. La adhesión de los franceses os confiere la corona, asegurándoos la necesidad de que una nación tan grande conserve siempre el poder hereditario. La Historia, señor, juzgará esta regeneración que da a Francia ciudadanos, a los franceses una patria, al rey un nuevo título de grandeza y de gloria, y un nuevo manantial de felicidad a todos.»

XIV

El rey retiróse acompañado hasta las Tullerías por toda la Asamblea, entre las aclamaciones de júbilo de una multitud inmensa que ocupaba todo el trayecto recorrido por la comitiva. Una banda de música militar y salvas repetidas de artillería anunciaban a Francia que la nación y el rey, el trono y la libertad se habían reconciliado con la Constitución, y que, después de tres años de lucha, de agitaciones y de movimientos, reinaba

entre todos la concordia. Las aclamaciones del pueblo de París se propagaron a toda la nación, y Francia tuvo algunos días de delirio. La esperanza que enterneció el corazón de los hombres, la condujo a su antigua adhesión al rey, a quien se llamaba con frecuencia a los balcones de palacio para aplaudirle, como igualmente a los demás individuos de la familia real; sin duda se pretendía demostrarle cuán dulce es el amor del pueblo.

La proclamación de la Constitución, hecha el día 18, revistió el carácter de una fiesta religiosa, y el Campo de Marte fué ocupado por batallones de la guardia nacional, adonde acudieron también Bailly, alcalde de París, la corporación municipal, el departamento, los funcionarios públicos y todo el pueblo. La lectura del acta constitucional se hizo a la nación desde el altar de la patria, y fué saludada por ciento y un cañonazos. ¡Viva la nación!, gritaron trescientas mil voces, al terminar la lectura, y todos los ciudadanos, como si fueran miembros de una sola familia, se abrazaron unos a otros. Por la noche fueron lanzados al espacio, desde los Campos Elíseos, numerosos globos llenos de inscripciones, como si se hubiera pretendido llevar a las regiones etéreas el testimonio del júbilo del pueblo regenerado. Los aeronautas lanzaban desde lo alto las hojas del libro de la Constitución. Las iluminaciones fueron espléndidas; guirnaldas de fuego, corriendo de árbol en árbol, trazaban desde la puerta de la Estrella hasta las Tullerías una brillante entrada donde se agolpaba la población de París. Grandes orquestas, situadas de trecho en trecho, enviaban al espacio, en armoniosos sonidos, la gloria y la alegría pública. Lafayette paseaba a caballo a la cabeza de su estado mayor; su presencia parecía que colocaba los juramentos del pueblo y del rey bajo la guardia de los ciudadanos armados. El rey, la reina y sus hijos presentáronse en coche a las once de la noche; la inmensa multitud que los rodeó como en un abrazo popular, los gritos de ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el Delfín!, los sombreros lanzados al aire y las muestras de entusiasmo y de respeto convirtieron en

triumfal aquel camino que habían recorrido dos meses antes en medio de los ultrajes de la muchedumbre y del estrechamiento del furor público. ¡Parecía que la nación quería hacerles olvidar aquellos días siniestros, y demostrar al rey cuán fácil era calmar al pueblo, y cuán dulce había de serle el reinado de la libertad! La aceptación nacional de las leyes de la Asamblea constituyente, fué la contraprueba de su obra. No tuvo la legalidad, pero sí el valor de la aceptación individual por las asambleas primarias, y probó que el deseo del espíritu público quedaba satisfecho: la nación votó por aclamación lo que la prudencia de su Asamblea había votado por reflexión, y sólo faltó al sentimiento público la seguridad. Parecía que deseaba aturdirse a sí mismo con el delirio de su felicidad y que con el exceso de las manifestaciones de su alegría, rescataba la solidez y duración que le faltaban.

El rey se asociaba de buena fe a este movimiento general de los ánimos. Luchando con los recuerdos de cuanto había sufrido hacía tres años, y con las borrascas que entreveía en el porvenir, trataba de engañarse a sí mismo persuadiéndose de su felicidad. Se decía, que quizá él había desconocido la opinión pública, y que habiéndose puesto, al fin, a merced del pueblo, éste respetaría en él su propio poder y su propia voluntad. Juraba en su corazón, honrado y bueno, fidelidad a la Constitución y amor a la nación que realmente amaba, y hasta la reina entró nuevamente en palacio con pensamientos nacionales, y diciendo al rey: «Este pueblo no es el mismo.» María Antonieta tomó a su hijo en brazos, y lo mostró a la multitud, que ondulaba sobre el terraplén de palacio, pareciendo que se cubría así a los ojos del pueblo, con la inocencia de la edad y el interés de madre.

Algunos días después, el rey dió una fiesta al pueblo de París, y, deseando que hasta los desgraciados tuvieran su día de gozo en aquella era de felicidad, que prometía a su reinado la reconciliación con el pueblo, repartió abundantes limosnas a los pobres. Se cantó un *Te Deum* en la catedral de París como en los días de victoria para bendecir la cau-

sa de la Constitución francesa, y, por último, el 30 de septiembre, el rey cerró personalmente la Asamblea constituyente. Antes de llegar Luis XVI al salón, Bailly, en nombre del ayuntamiento, y Pastoret, en el del departamento, felicitaron a la Asamblea por haber terminado su obra. «¡Legisladores — dijo Bailly—, habéis disfrutado del mayor poder de que pueden ser investidos los hombres; pero mañana ya no seréis nada. No es, pues, ni el interés ni la adulación quienes os alaban, sino vuestras obras. Os anunciamos las bendiciones de la posteridad, que hoy principia para vosotros.» «¡La libertad — dijo Pastoret — había huido más allá de los mares, o se había refugiado en las montañas, y vosotros habéis levantado su abatido trono; el despotismo había borrado todas las páginas del libro de la naturaleza, y vosotros habéis restablecido el decálogo de los hombres libres!»

XV

A las tres de la tarde, el rey, rodeado de sus ministros, entró en la Asamblea, siendo acogido con entusiastas aclamaciones que le impidieron hablar durante algunos momentos. «Señores — dijo Luis XVI, cuando se hubo restablecido el silencio—, después de haber concluido la Constitución habéis resuelto poner hoy fin a vuestros trabajos. Quizá habría sido preferible que vuestras sesiones se prolongasen todavía algún tiempo, para que vosotros mismos pudierais ensayar vuestra obra; pero habéis querido, sin duda, mostrar de este modo la diferencia que debe existir entre las funciones de un cuerpo constituyente y las legislaturas ordinarias. Yo emplearé todos los medios que me habéis confiado, en asegurar a la Constitución el respeto y la obediencia que le son debidas. En cuanto a vosotros, señores, que en una larga y penosa carrera habéis mostrado infatigable celo en vuestros trabajos, os resta todavía un deber que llenar, después que os disperséis por toda la nación, y es el de ilustrar a vuestros conciudadanos respecto al espíritu de las leyes que habéis hecho, y depurar y concertar las opiniones por el ejemplo que daréis de vuestro

amor al orden y vuestra sumisión a las leyes. Sed, al regresar a vuestros hogares, intérpretes de mis sentimientos cerca de vuestros conciudadanos, diciéndoles que el rey será siempre su primero y su más fiel amigo, que tiene necesidad de ser amado por ellos, y que no puede ser feliz sino con ellos y por ellos.»

«La Asamblea nacional — dijo el presidente, respondiendo al rey—, que ha llegado al término de su carrera, goza en este momento del primer fruto de sus trabajos. Convencida de que el gobierno que más conviene a Francia, es el que concilia las prerrogativas respetables del trono con los derechos inalienables del pueblo, ha dado al Estado una Constitución que garantiza igualmente el trono y la libertad. Nuestros sucesores, encargados del respetable depósito de la salvación del pueblo francés, no desconocerán sus derechos ni los límites constitucionales; y vos, señor, vos que lo habéis hecho casi todo, aceptando la Constitución, habéis puesto término a la Revolución.»

El rey, al salir, fué nuevamente aclamado con entusiasmo. Se dijo que la Asamblea nacional estaba deseando verse libre de la responsabilidad de los acontecimientos, por considerarse impotente para dominarlos. «La Asamblea nacional constituyente declara — dijo Target, su presidente — que su misión ha concluido y que en este momento pone término a sus sesiones.»

El pueblo, agrupado en torno del Picadero, comprendiendo que la Revolución abdicaba en manos del rey, insultó, a medida que los conocía, a los miembros del partido de la derecha, incluso a Barnave, recogiendo desde el primer día la ingratitud que con tanta frecuencia habían fomentado, lo que les produjo gran tristeza y desanimación.

Al salir Robespierre y Pethión, fueron coronados con hojas de encina por el pueblo, que desenganchó los caballos de sus coches para llevarlos en triunfo. El poder de estos dos hombres era una prueba de la debilidad de la Constitución cuya caída presagiaba. El rey, amnistiado, volvía a entrar impotente en su palacio; los legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto; dos tribu-

nos triunfantes eran vitoreados por el pueblo; éste era todo el porvenir. La Asamblea constituyente, comenzada como una insurrección de principios, concluía como una sedición. ¿Tenían la culpa estos principios, o la falta de la Asamblea constituyente? Más adelante emitiremos nuestro juicio.

LIBRO V

Estado de Europa.—Las potencias empiezan a conmoverse.—El ejército de los príncipes franceses en Coblenza.—Conferencias de Pílnitz.—Primeros rumores de la guerra acogidos favorablemente por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, a excepción de Robespierre.—Madama de Staël.—Su retrato.—Su influencia en el partido de los constitucionales.—El conde Luis de Narbona.—Los constitucionales quieren atraer a su partido al duque de Brunswick.—Este se resiste.

I

Mientras Francia era agitada por dos convulsiones, y la Revolución, indecisa, ignoraba si había de detenerse en la Constitución que acababa de decretar, o de utilizarla como arma para aspirar a la república, Europa empezaba a conmoverse. Egoísta y poco previsora, los primeros síntomas de Francia no la habían advertido que en París representaban una especie de drama filosófico en la escena de los notables, de los estados generales y de la Asamblea constituyente, el genio popular representado por Mirabeau, y el genio vencido de la aristocracia personificado en Luis XVI, y en el clero. Este grande espectáculo no había sido para los soberanos y para sus ministros otra cosa que la continuación de la lucha a que ellos habían asistido con tanto interés y secreto favor, entablada entre Voltaire y Juan Jacobo Rousseau por una parte, y la antigua aristocracia y la religión por la otra. La Revolución, a su juicio, no era más que la filosofía del siglo XVIII, que descendía de los salones a la plaza pública y pasaba de los libros a los discursos.

Este movimiento del mundo moral y esta agitación que desde lejos se oía en París, presagio seguro de un porvenir desconocido en los destinos europeos, los seducía, mas no los inquietaba. No conocían aún que las instituciones son

ideas, y que estas ideas, vencidas en Francia, habían de arrastrar en su caída los tronos y las nacionalidades. Parece que, cuando Dios quiere una cosa, todo el mundo concurre a su ejecución. Europa dedicaba a los primeros actos de la Revolución francesa, tiempo, atención y movimiento, que era cuanto necesitaba para agrandarse. No habiéndose apagado esta centella a su aparición, debía alumbrar y consumirlo todo. El estado político y moral de Europa era esencialmente favorable al contagio de las nuevas ideas, y el tiempo, las cosas y los hombres estaban a merced de Francia.

II

A causa de una larga paz, los ánimos se habían enervado, y habían desaparecido los odios de raza, que se oponen a la comunicación de los sentimientos y a la nivelación de las ideas entre los pueblos. Después del tratado de Westfalia, Europa era una verdadera república de potencias perfectamente equilibradas, cuyo contrapeso producía esta tranquilidad general. A primera vista, advertíanse la unidad y solidez de esta armazón de Europa, cuyas piezas, gravitando entre sí simultáneamente, se prestaban mutuo apoyo para la presión de todos los Estados.

Alemania era una confederación presidida por Austria, y los emperadores los jefes de este antiguo feudo de reyes, de duques y de electores. La casa de Austria era más poderosa por sí misma y por sus posesiones personales que por la dignidad imperial. Las coronas de Hungría y de Bohemia, el Tirol, Italia y los Países Bajos dábanle un ascendiente que Richelieu había podido cortar, pero no destruir. Potencia de resistencia, pero no de impulsión, Austria había hecho lo necesario para durar, pero no para obrar. Su fuerza reside en su quietud e inamovilidad. Es una roca en medio de Alemania, cuyo poder está en su peso, siendo el eje de la balanza europea. Sin embargo, la dieta federativa relajaba y enervaba sus designios por la incertidumbre en su influencia que toda federación lleva en sí. Dos Estados nuevos, casi inadvertidos hasta Luis XVI, presentá-

banse repentinamente al abrigo de la prolongada rivalidad, de la casa de Borbón y la casa de Austria. Estos Estados nacientes eran Prusia y Rusia, a quienes la política de Inglaterra había protegido para crear en el continente elementos y combinaciones que favorecieran sus intereses.

III

No hacía aún un siglo que un emperador austriaco había concedido el título de rey a un margrave de Prusia y soberano subalterno de dos millones de hombres, y Prusia contrabalaceaba ya en Alemania la autoridad de la casa de Austria. El genio maquiavélico de Federico había llegado a ser el genio de Prusia. Su monarquía, compuesta de los pequeños territorios conquistados, con sus victorias, necesitaba aún la guerra para su engredecimiento, y la intriga y la revuelta para su legitimación. Prusia era un germen de disolución en medio del cuerpo germánico. Apenas nacida, había divorciado del espíritu alemán, para aliarse con Inglaterra y Rusia. Cuidadosa Inglaterra de fomentar estas divisiones, había hecho de Prusia su instrumento en Alemania. Rusia, que premeditaba su doble agresión contra Asia y contra Europa, había colocado su vanguardia en Occidente estableciendo una especie de campo avanzado en las orillas del Rin. Esto era poner la punta de la espada de Rusia en el corazón de Francia.

Potencia militar, antes que todo, su gobierno era una disciplina, y su pueblo una armada. Su política tendía a colocarse a la cabeza de los Estados protestantes y ofrecer apoyo, fuerza y venganza a todos los intereses y a todas las ambiciones que ofendieran a la casa de Austria. Prusia era una potencia revolucionaria.

Rusia, a quien la Naturaleza había concedido un territorio ingrato, pero inmenso, la novena parte de la tierra habitable y una población de cuarenta millones de hombres, unidos por el genio salvaje de Pedro *el Grande* para formar nación, estaba indecisa aún entre dos puntos, Alemania y el Imperio otomano.

Gobernaba Rusia Catalina II, bella mujer, dotada de pasiones y de genio, y tan criminal como era necesario ser entre los bárbaros para añadir el prestigio de la adoración al terror del cetro. Cada uno de sus pasos inspiraba terror en Asia y admiración en Europa. El nombre de Semíramis revivía en esta mujer extraordinaria, digna de haber vivido en las edades remotas. Rusia, Prusia y Francia, a quienes intimidaba su renombre, celebraban las victorias que obtenía contra los turcos y las conquistas que hacía sobre el mar Negro, ignorando que con esto inclinaba hacia allí el peso de la balanza europea, y que, una vez señora de Polonia y de Constantinopla, podía volverse contra Alemania y extender el otro brazo a todo el Occidente.

IV

Humillado el orgullo marítimo de Inglaterra por la brillante rivalidad desplegada por las escuadras francesas en los mares de la India, e irritado su sentimiento nacional por los socorros que Francia prestaba a la independencia de América, alióse secretamente a Prusia y a Holanda en 1788, para contrarrestar la influencia francesa en Austria e intimidar a Prusia en medio de sus agresiones contra los turcos. Inglaterra estaba a la sazón personificada en sir W. Pitt, primer hombre de Estado del último siglo.

Fué éste hijo de lord Chátham, el único orador político de los tiempos modernos cuya elocuencia puede compararse con la de Demóstenes, si no le excedía. Nacido, por decirlo así, en el consejo de los reyes y educado en la tribuna de su país, había empezado a tomar parte en los negocios públicos a los veintitrés años, así es que, a la edad en que el hombre está desarrollándose todavía, él era ya el más grande de todos los aristócratas, que le confiaban su causa por considerarlo el más digno. Casi niño aún, conquistaba el gobierno de su país por la admiración que despertaba su talento, talento que conservó sin interrupción casi hasta su muerte por la extensión de sus providencias y por la energía de sus resoluciones. En la Cámara de los Comu-

nes, y muy a pesar suyo, mostró lo mucho que puede hacer un hombre de Estado apoyado en el verdadero sentimiento de su nación, a pesar de la oposición del parlamento. Haciendo traición a sus opiniones, fué déspota con la Constitución, si pueden unirse estas dos palabras, cada una de las cuales reclama su omnipotencia legal. Durante sus veinticinco años de vida ministerial, luchó constantemente contra la Revolución francesa. Fué antagonista de Francia, y murió vencido.

Sin embargo, no odiaba la Revolución, era a Francia, y en Francia lo que aborrecía no era la libertad, porque era hombre de corazón libre, sino la destrucción del equilibrio europeo, que, una vez roto, dejaba a Inglaterra aislada en su Océano. Inglaterra, que estaba resentida con América, en guerra con la India, enfriadas sus relaciones con España, e irritada reservadamente con Rusia, no contaba entonces sobre el continente más que con Prusia y el estatúder, y su política le imponía la necesidad de observar y contemporizar.

V

España, debilitada durante los reinados de Felipe III y de Fernando VI, habíase robustecido algo en el exterior durante el largo reinado de Carlos III, cuyos ministros Campomanes, Floridablanca y el conde de Aranda, habían luchado contra la superstición, esa segunda naturaleza de los españoles. Un golpe de Estado silenciosamente meditado y ejecutado con una conspiración, había expulsado del reino a los jesuitas, que reinaban bajo el nombre de los reyes. El pacto de familia, convenido por Carlos III y Luis XV, en 1761, había garantido todos los tronos y todas las posiciones de las diferentes ramas de la casa de Borbón; pero no había podido preservar a esa dinastía de los vástagos que disipaban su savia ni de la decadencia de la naturaleza, que hace, a príncipes degenerados, sucesores de grandes reyes. Los Borbones, que habían sido sátrapas en Nápoles, eran monjes coronados en España. El palacio del Escorial revestía la forma y costumbres de un monaste-

rio. El sistema monacal carcomía a España, infortunado país que adoraba el mal que lo consumía. Después de haber estado sometido a los califas, había venido a ser conquistado por los papas, cuya milicia reinaba bajo todos los uniformes. La teocracia inmóvil realizaba allí su última tentativa, y el sistema sacerdotal, apoderándose en absoluto de la nación, la había reducido al más abyecto envilecimiento. La inquisición era su gobierno; los autos de fe sus triunfos; las corridas de toros y las procesiones sus fiestas. Hasta Carlos III había temblado en su trono cada vez que había intentado emancipar su gobierno, y como sus buenas intenciones resultaron impotentes y débiles, se había visto obligado a sacrificar sus ministros a la venganza de la superstición.

Muertos Floridablanca y Aranda en el destierro, castigados por haber servido a su país, el débil Carlos IV había subido al trono y reinaba junto con una mujer infiel, un confesor y un favorito. Los amores de Godoy y de la reina formaban toda la política de España, cuyo único pensamiento era la fortuna del favorito, al que se sacrificaba toda la nación. Con tal que la reina fuera amada y Godoy grande, nada importaba que la escuadra se deshiciera en los puertos aun no concluidos por Carlos III, que la América española proyectara recobrar su independencia, que Italia sirviera a Austria, que la casa de Borbón luchara sin esperanza en Francia contra las nuevas ideas, ni que la Inquisición y los frailes se apoderaran de la Península y la aniquilasen. El palacio de Aranjuez era una especie de tumba fortificada de España, donde no penetraba el espíritu de vida que animaba a Europa.

VI

La importancia de Italia era menor aún, pues esta nación estaba dividida en pequeños Estados, impotentes para reunirse. Nápoles se debilitaba en poder de la casa de España; Milán y Lombardía sufrían el yugo de la de Austria; y Roma no era más que una capital ideal, cuya población había desaparecido. Era el Efeso de los tiempos modernos adon-

de cada gabinete iba a consultar los oráculos favorables a su causa pagándolos por manos de sus sagrados ministros. Centro de la intriga diplomática adonde toda ambición mundana venía a humillarse para ser engrandecida, esta corte lo podía todo para agitar a la Europa católica; pero era impotente para gobernarla. La aristocracia electiva de los cardenales nombrados por las potencias extranjeras y hostiles unos a los otros, y la monarquía electiva del papa a quien de propósito se escogía viejo y débil y coronado para que muriese pronto, eran los fundamentos del gobierno temporal de los Estados Romanos, gobierno que reunía todos los vicios del absolutismo y todas las miserias de la anarquía, y que había producido el envilecimiento del Estado, la mendicidad del gobierno y la miseria de los pueblos, únicos frutos que podía producir. Roma no era otra cosa que la gran municipalidad católica, y su gobierno una especie de república de diplomáticos. Veíanse un templo enriquecido con las ofrendas del mundo cristiano, un soberano y sus embajadores; pero no se veía un pueblo, ni tesoro, ni armada. Era la sombra veneranda de la monarquía universal que habían soñado los papas en la juventud del catolicismo, pero de la que sólo la capital y su corte se conservaban.

VII

Venecia estaba a las puertas de su decadencia, pero el silencio y la inmovilidad de su gobierno le ocultaban la próxima ruina. Era este gobierno una aristocracia soberana cuyo fundamento eran la corrupción del pueblo y la delación. El nervio de semejante gobierno era el espionaje; su prestigio, el misterio, y su fuerza, el suplicio, y vivía entre el terror y los placeres. La policía era una confesión secreta de todos contra todos. Sus calabozos, llamados *Los Plomos* y donde se entraba de noche por el *Puente de los Suspiros*, eran un infierno del que no volvía a salir ninguno de los que entraban. Las riquezas de Oriente habían ingresado, a la caída del Bajo Imperio, en Venecia, que había venido a ser el refugio de la civilización griega, y la Cons-

tantinopla del Adriático. Las artes en decadencia habían emigrado de Bizancio juntamente con el comercio. Sus maravillosos palacios, bésados constantemente por las olas, parecían oprimidos en un estrecho territorio, y la ciudad simulaba un bajel anclado al que corriera presurosa para refugiarse en él con sus tesoros una población lanzada de la ribera. Parecía inalterable, y no ejercía por sí misma influencia alguna sobre Italia.

VIII

Génova, república más popular y esforzada, que subsistía sólo por su comercio, no era más que un puerto poblado de marineros, a causa de estar situada entre montañas estériles y un golfo sin litoral. Los palacios de mármol edificadas en alto y sobre una plaza escarpada, miraban todos al mar, único territorio de que disponía; los retratos de los dux y la estatua de Andrés Doria les recordaban incesantemente, que las olas les habían llevado la fortuna y la gloria y que únicamente allí podían buscarlas. Sus murallas eran inatacables y sus arsenales estaban llenos, y era, por consiguiente, Génova, la ciudadela del comercio armado.

La inmensa Toscana, civilizada e ilustrada por los Médicis, los Pericles de Italia, tenía instrucción, agricultura e industria, pero carecía en absoluto de milicia. La casa de Austria era gobernada por medio de sus archiduques, príncipes del Norte trasladados a los palacios de los Pitti o de los Cosmes que tomaban las costumbres dulces y elegantes de los toscanos, sin duda porque el clima benigno de las colinas de Florencia suaviza hasta la tiranía. Florencia, patria de León X, de la filosofía y de las artes, había transformado hasta la religión; y el catolicismo, tan áspero en España, tan sombrío en el Norte, tan austero en Francia y tan popular en Roma, era en Florencia, bajo la dirección de los Médicis y de los filósofos griegos, una especie de teoría platónica y luminosa, cuyos dogmas eran símbolos sagrados, y sus festividades júbilos del alma y de los sentidos. Las iglesias de Florencia eran museos de Cristo más bien que san-

tuarios. Las colonias de todas las artes y de todos los oficios de Grecia habían emigrado a Florencia al entrar Mahomet II en Constantinopla, y allí habían prosperado. La nueva Atenas, poblada como la antigua de templos, de pórticos y de estatuas, aparecía edificada en las orillas del Arno.

Leopoldo, príncipe filósofo, esperaba en el estudio del gobierno de los hombres y en la práctica moderna de las teorías de la economía política el momento de ceñir la corona imperial de la casa de Austria, y este momento no debía hacerse esperar mucho. Era el Germánico de Alemania; pero la filosofía no debía presentarlo al mundo, hasta después de haber servido algunos años a Italia.

El Piamonte, cuyas fronteras penetraban hasta el corazón de Francia por los valles de los Alpes, y llegaban por el otro lado a los muros de Génova y las posesiones austriacas sobre el Po, lo gobernaba la casa de Saboya, la más antigua de las familias reales de Europa. Esta monarquía, completamente militar, tenía su campo atrincherado más bien que su capital, en Turín. Las llanuras que ocupaba en Italia habían sido siempre y deben continuar siendo el campo de batalla de Francia y de Austria, pues sus posesiones son las llaves de Italia.

Esta población, acostumbrada a la guerra, estaba siempre armada para su propia defensa, o para auxiliar a cualquiera de las dos potencias, cuya rivalidad era la única garantía de su independencia. Su espíritu militar era su fuerza; su debilidad debíase a la circunstancia de tener la mitad de sus posesiones en Italia y la otra mitad en Francia. Saboya toda es francesa por el idioma, por las costumbres y por la raza, y en todas las grandes revoluciones del mundo debía desprenderse de Italia para incorporarse a Francia. Los Alpes son una frontera sumamente necesaria a ambos pueblos y no pueden pertenecer a uno solo, pues si su vertiente meridional está en Italia, la septentrional está en Francia. Las nieves, el sol y las aguas han trazado esta partición entre las dos naciones, y la política no prevalece impunemente mucho tiempo contra la natura-

leza. La casa de Saboya no es bastante poderosa para mantener la neutralidad de los valles de los Alpes y de los caminos de Italia. No puede engrandecer a Italia, sólo puede revolverse contra Francia. La corte de Turín tenía una doble alianza con la casa de Francia por los matrimonios del conde de Artois y del conde de Provenza, hermanos de Luis XVI, con dos princesas de Saboya; pero esta corte estaba completamente sometida a la influencia del clero, y odiaba todas las revoluciones, porque todas amenazaban su existencia. Por su religión, por sus afectos familiares y por sus intereses políticos, estaba llamada a ser el foco más importante de conspiración contra la revolución francesa.

IX

Había otro reino en el Norte, Suecia; pero allí no eran la religión, los afectos familiares ni los intereses políticos los que fomentaban la hostilidad del rey a la revolución, sino un sentimiento más noble, la gloria de combatir desinteresadamente por la causa de los reyes y, sobre todo, por la causa de una reina, cuya belleza o cuyo infortunio había seducido y conmovido el corazón de Gustavo III. Era éste el último fulgor del espíritu caballeresco que vengaba a las mujeres, socorría a las víctimas y apoyaba a la justicia y al derecho, y que, extinguido en el Mediodía, brillaba por última vez en el Norte, en el corazón de un rey.

En la política de Gustavo III había algo del genio aventurero de Carlos XII. La Suecia de Wassa es el país de los héroes. Cuando el heroísmo no guarda proporción con el genio y con las fuerzas, se parece mucho a la demencia. Los proyectos de Gustavo contra Francia eran tan heroicos como insensatos; pero esta insensatez era noble como su causa y grande como su valor. La fortuna había acostumbrado a Gustavo a empresas temerarias y desesperadas, y el éxito le había hecho creer que nada era imposible. Dos veces había revolucionado su reino, dos veces había hecho, solo, frente al coloso del imperio ruso, y, si Prusia, Austria y Turquía le hubieran secundado, Rusia habría encontrado una mura-



lla en el Norte. Abandonado Gustavo la primera vez por sus tropas, prisionero en su tienda por sus generales insurrectos, había logrado escaparse, y solo, completamente solo, hacía el último llamamiento a sus fieles soldados. Ante su elocuencia y magnanimidad surgió una nueva armada, que pareció haber salido de las entrañas de la tierra; castiga a los traidores, alienta a los cobardes, pone término a la guerra y vuelve a Stokolmo triunfalmente, en brazos de su pueblo entusiasmado. La segunda vez, al advertir que el anárquico predominio de la nobleza destrozaba a su país, había resuelto abolir la Constitución. Participando de las ideas del pueblo, lo había llevado tras sí, y con la fuerza armada aprisionó al Senado dentro de sus salones, destronó la nobleza y conquistó las prerrogativas que necesitaba el rey para defender y gobernar la nación. En tres días y sin derramar una gota de sangre, Suecia había formado una monarquía bajo su espada. La confianza de Gustavo en su propio valor había aumentado. El sentimiento monárquico se había robustecido en él con tanto entusiasmo como el que había tenido para anular los privilegios de los nobles. Como la causa de los reyes era la suya, había abrazado apasionadamente la de Luis XVI. La paz que había pactado con Rusia le permitía dirigir sus miradas y sus fuerzas contra Francia. Su genio estratégico proyectaba una expedición triunfante hasta las orillas del Sena, donde aspiraba a conquistar la gloria. Siendo joven, había estado en París bajo el nombre de conde de Haga, y había sido favorablemente acogido en Versalles. María Antonieta, en el esplendor de su juventud y de su belleza, había parecido humillada y cautiva por un pueblo inhumano, y libertar a esta reina, ensalzar su trono, y hacerse temer y bendecir al mismo tiempo en esta capital, le parecieron una de las más famosas aventuras. Este atrevido plan tropezaba con un inconveniente: para ejecutarlo necesitaba dinero, y él no lo tenía. No desiste, sin embargo, y, al efecto, negocia un empréstito en la corte de España, invita a que le acompañen los emigrados franceses que gozan de mayor prestigio militar, pide los pla-

nos al marqués de Bouillé, y solicita de las cortes de Viena, de San Petersburgo y de Berlín que se unan a él en esta cruzada de reyes. A Inglaterra sólo pide neutralidad, Rusia le anima, pues Catalina se considera humillada por la humillación de la dignidad real en Francia. Rusia negocia, Austria contemporiza, España teme e Inglaterra observa. Europa, siempre atrasada en consejos y resoluciones, muéstrase indecisa a cada movimiento revolucionario de París, y Europa, vacilante y dividida, no sabe qué debe temer ni qué puede ejecutar.

Tal era la situación política de los gabinetes respecto a Francia; pero las ideas, las disposiciones de los pueblos eran muy diferentes.

Al movimiento intelectual y filosófico de París respondía el movimiento del resto de Europa, y especialmente el de América. España, gobernada por el conde de Aranda, se ilustraba con los primeros resplandores del buen sentido general. Los jesuitas habían desaparecido, y la inquisición dejaba que sus hogueras se apagasen. A la nobleza española le sonrojaba la olocracia sagrada de sus monjes. Voltaire estaba en correspondencia con Madrid y Cádiz. El contrabando de nuestros pensamientos era favorecido por los mismos que tenían el deber de evitarlo, y nuestros libros pasaban al través de las nieves de los Pirineos. El fanatismo, atacado en sus últimas trincheras, veía que España se le escapaba. El exceso mismo de tiranía durante largo tiempo soportada, conduce a los espíritus ardientes al exceso de libertad.

En Italia, en la misma ciudad de Roma, la sombra del catolicismo de la Edad Media se ilustraba con los reflejos de la época; pero continuaba aún disparando las peligrosas armas que la filosofía se aprestaba a volver contra él. Era una institución debilitada, cuya duración disculpaban sus complacencias con los príncipes y el siglo. Benedicto XIV, Lambertini, recibía de Voltaire la dedicatoria de su Mahomet; y los cardenales Passionei y Quirini mantenían correspondencia con Ferney. Roma, que aconsejaba en sus bulas la tolerancia para con los disidentes, obedecía a los príncipes. El Papa desaprobaba y reformaba

la Compañía de Jesús, y, aunque no participaba del espíritu del siglo, Clemente XIV, Ganganelli, secularizaba poco después a los jesuitas, confiscaba sus bienes y reclusa a su superior Ricci en el castillo de Santángelo, en *aquella Bastilla de los Papas*. Severo únicamente con los defensores exagerados de la fe, atraía al mundo cristiano con su dulzura evangélica y la gracia de su espíritu; pero la agudeza es la primera profanación de los dogmas. Los extranjeros, especialmente ingleses, que su amabilidad atraía a Italia y retenía en Roma, llevaban allí el oro y la ciencia, pero también llevaban el escepticismo y la indiferencia, que destruyen las creencias antes de derrocar las instituciones.

La corrompida corte de Nápoles dejaba el fanatismo al populacho. Florencia, regida por un príncipe filósofo, no era otra cosa que una colonia experimental de las doctrinas modernas. El poeta Alfieri, ese Tirteo de la libertad italiana, escribía dramas revolucionarios y máximas contra la doble tiranía de los papas y de los reyes, y estos dramas se representaban en todos los teatros de Italia.

Milán, bajo el yugo de Austria, encerraba dentro de sus muros una república de poetas y de filósofos. Beccaria mostraba en sus escritos más osadía que Montesquieu, pues su libro de los delitos y las penas era un acta de acusación contra todas las leyes de su país. Parini, Monti, Cesarotti, Pindemonte, Ugo Foscolo, poetas jocosos, serios o heroicos, criticaban las ridiculeces de sus tiranos, y la cobardía de sus compatriotas, o ensalzaban en odas patrióticas las virtudes de sus antepasados y la próxima libertad de su patria.

Turín solo, unido a la casa de Saboya, permanecía estacionado y proscibía a Alfieri.

El pensamiento libre de Inglaterra había creado costumbres fuertes. La aristocracia aparecía asaz poderosa para no ser jamás perseguidora, y sus cultos eran tan independientes como las conciencias. La religión dominante era una Constitución política, que, obligando al ciudadano, dejaba al creyente su libre albedrío. El gobierno era popular, pero el pueblo lo componían sus primeros ciudadanos.

La Cámara de los Comunes parecía un Senado de nobles más que un foro democrático; pero este parlamento era un recinto público y sagrado donde se discutían con alteza de miras, ante el trono, la nación y Europa, las más importantes cuestiones de gobierno. El rey, honrado en la apariencia, no hacía más que presidir estos debates y regularizar la victoria, pues la dignidad real era una especie de consulado perpetuo en el Senado británico. La voz de los grandes tribunos que se disputaban la dirección de los negocios de la nación, resonaba en toda Europa. La libertad se nivelaba en el mundo social como se nivelan los ríos en el lecho común del Océano. Un pueblo solo no puede ser, ni absolutamente libre, ni impunemente esclavo, pues todo, al fin, se equilibra e iguala.

X

Inglaterra había sido, en cuanto a inteligencia, modelo de las demás naciones y objeto de la envidia del universo pensador. La naturaleza y sus instituciones habíanle dado hombres dignos de sus leyes. Lord Chátam, tanto en la oposición como al frente del gobierno, había ensanchado la acción del parlamento hasta ponerlo al nivel de su carácter y de su elocuencia. Jamás la varonil libertad, de un ciudadano ante el trono, jamás la autoridad legal de un jefe de gobierno ante el pueblo, habían hecho oír su voz de aquel modo en la Asamblea de los ciudadanos. Era el hombre público en toda la extensión de la palabra; el alma de la nación personificada en un solo individuo; la inspiración de la multitud en el corazón de un patricio. Su genio oratorio tenía algo de magnanimidad como la acción; era el heroísmo de la palabra.

Los discursos de lord Chátam ejercían influencia hasta sobre el continente. Las escenas violentas de las elecciones de Westminster removían en el pueblo el temible sentimiento de sí mismo y agitaban el deseo de turbulencia que de ordinario reside en toda multitud y es considerado generalmente como síntoma de la verdadera libertad. Las voces de contrapeso al poder real, de responsabilidad de los ministros, de asentimiento a las

leyes, del poder del pueblo, explicadas ahora por la Constitución, y en tiempos pasados por la acusación de Strafford, por la tumba de Sidney, y sobre el cadalso de un monarca habían resonado como recuerdos antiguos y como novedades desconocidas.

El drama inglés tenía por espectador al mundo, y sus grandes actores actuales eran Pitt, el moderador de las turbulencias, el intrépido órgano del trono, del orden y de las leyes de su país; Fox, el tribuno precursor de la Revolución francesa que difundía sus doctrinas, aplicándolas a las revoluciones de Inglaterra para presentarlas como sagradas a los ingleses; Burke, el orador filósofo, que dictaba un tratado en cada discurso, el Cicerón de la oposición británica de entonces, que pronto debía condenar los excesos de la Revolución francesa y maldecir la nueva religión a la primera víctima que el pueblo sacrificase; y, por último, Shéridan, licencioso elocuente, que complacía al pueblo por su ligereza y por sus vicios, y seducía a su país en vez de dirigirlo. El calor con que se discutía la guerra de América y la de las Indias, prestaba mayor interés a los agitados debates del Parlamento inglés.

La independencia de América conquistada por un pueblo naciente; las máximas republicanas en que este nuevo continente fundaba su gobierno; el prestigio que adquirían los nombres de Washington, Lafayette y Franklin, héroes de la imaginación pública, que los creía prototipos de la sencillez antigua, de las costumbres primitivas, de la libertad a la vez heroica y pastoril; todo contribuía a fascinar a los europeos inspirándoles el menosprecio de sus propias instituciones y el pensamiento, elevado hasta el fanatismo, de renovar la sociedad.

Holanda era el laboratorio de los innovadores, quienes, al amparo de la tolerancia de dogmas religiosos, de la libertad casi republicana, y del contrabando autorizado, imprimían allí lo que no podía decirse en París, en Italia, en España ni en Alemania. Desde Descartes, todos los filósofos independientes habían escogido por asilo a Holanda, donde Bayle había popularizado el escepticismo. Holanda, que había sido la tierra sagra-

da de la insurrección contra el poder, era ya la residencia de la conspiración contra los reyes. Todo el que tenía que emitir un pensamiento sospechoso, que arrojar algún dardo u ocultar un nombre, utilizaba para ello las prensas de Holanda. Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, Diderot, Helvetius y hasta Mirabeau habían naturalizado sus escritos en aquel país. El anónimo en que estos escritores se amparaban en Amsterdam, no ocultaba su persona, pero protegía su seguridad. Todos los crímenes del pensamiento podían consumarse en aquel recinto, asilo y arsenal de las nuevas ideas. El comercio, activo e inmenso, de libros especulaba con la ruina de las religiones y de los tronos, y la venta extraordinaria que de ellos se hacía en todo el mundo, demostraba que las antiguas doctrinas, transformándose, iban desapareciendo.

XI

Los alemanes, tan pensadores como pacientes, a pesar de su aparente lentitud, participaban del movimiento general de Europa, con ardor severo y concentrado. El pensamiento libre tomaba las formas de una conspiración universal, envolviéndose en el velo del misterio. Alemania, inteligente e inclinada a las fórmulas, pretendía dar a su revolución las apariencias de la ciencia y de la tradición. Los partidarios de las nuevas ideas imitaban las iniciaciones egipcias y las místicas evocaciones de la Edad Media. Se pensaba del mismo modo que se conspira, y la filosofía ocultábase en los símbolos, despojándose sólo de su velo en las sociedades secretas, a las que era imposible a los profanos penetrar. Los prestigios de la imaginación, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y meditada de Alemania, favorecían las nuevas verdades.

La corte de Federico el Grande era el centro de la incredulidad religiosa. Bajo su poder completamente militar, se había propagado el menosprecio del cristianismo y de las instituciones monárquicas. Las convicciones morales no tenían valor alguno para este príncipe materialista, para quien las bayonetas constituían todo el derecho de los soberanos,

la insurrección todo el derecho de los pueblos, y las victorias o las derrotas todo el derecho público. A su inmoralidad, había contribuido grandemente su extremada fortuna. Había recibido la recompensa de sus vicios, porque sus vicios eran también extremados. Parecía que, a su muerte, había legado su genio perverso a Berlín, la ciudad corruptora de Alemania, poblada por militares educados en la escuela de Federico, por académicos imitadores del genio de Voltaire, por colonias de judíos a quienes la guerra había enriquecido, y por franceses allí refugiados, todos los cuales formaban su espíritu público. Este espíritu público, ligero, escéptico, insolente y burlón intimidaba al resto de Alemania, cuya debilidad data de Federico II, corruptor del imperio. El, que conquistó a Alemania para el espíritu francés, fué también el héroe de la decadencia.

Berlín seguía las ideas de Federico después de su muerte, acaso porque hombres grandes dejan siempre su impulso a su país. Sin embargo, el reinado de Federico había producido un resultado feliz, pues la tolerancia religiosa había nacido del menosprecio mismo con que él trató todas las religiones. A la sombra de esta tolerancia, el espíritu filosófico había organizado asociaciones secretas semejantes a la francmasonería, en cuyos misterios querían ser iniciados los príncipes alemanes, creyéndose que era un acto de alma elevada penetrar en estas sociedades, que en el fondo sólo contenían algunos principios generales de humanidad y virtud, sin aplicación inmediata a las instituciones civiles. Federico mismo, cuando todavía era joven, había sido iniciado por el mayor Bielfeld en Brunswick. El emperador José II, soberano innovador demasiado atrevido en su época, pretendió también someterse a estas pruebas en Viena bajo la dirección del barón de Born, jefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que no tenían importancia política en Inglaterra, porque se conspiraba libremente en el parlamento y en la prensa, tenían muy diversa significación en el continente. Eran los misteriosos conciliábulos del pensamiento independiente, del pensamiento que, escapándose de

los libros, pasaba a la acción. La guerra era sorda, pero mortal, entre los iniciados y las instituciones establecidas.

La aspiración secreta de estas sociedades era crear un gobierno de la opinión del género humano, en oposición con los gobiernos de las preocupaciones. Pretendían reformar la sociedad religiosa, la política y la civil, empezando por las clases más ilustradas. Estas logias era las catacumbas de un nuevo mundo. La secta de los *iluminados*, fundada y dirigida por Weishaupt, se difundía en Alemania juntamente con la de los francmasones y los rosacruz. Los teósofos creaban por su parte los símbolos del perfeccionamiento sobrenatural, y congregaban todas las almas tiernas y todas las imaginaciones fogosas alrededor de dogmas impregnados de amor infinito. Los teósofos, los swedenborgianos, discípulos del sublime aunque obscuro Swedenborg, este san Martín de Alemania, pretendían anular el Evangelio y transformar la humanidad suprimiendo la muerte y los sentidos. Todos estos dogmas se confundían y aunaban en el menosprecio de las instituciones establecidas y en el propósito común de renovar el espíritu y las cosas. Todos eran muy democráticos, porque todos estaban inspirados por el amor a los hombres sin distinción de clases.

Las afiliaciones multiplicábanse hasta lo infinito. El prestigio, como ocurre siempre que el cielo abrasa, se une subrepticamente a la verdad, como si el error o la mentira fuesen la alianza inevitable de las verdades y de las virtudes del espíritu humano. Se evocan los siglos, se hacen aparecer sombras, se pretende oír la voz de los muertos. Las visiones fueron el último secreto; las apariciones el último milagro de estos sectarios, que alucinaban a los príncipes por medio de transiciones rápidas del terror al entusiasmo. La fantasmagoría, arte poco conocida en aquel tiempo, contribuía a semejantes seducciones. Al morir Federico, sometióse su sucesor a estas pruebas, y quedó subyugado. Los reyes conspiraban contra los tronos. Los príncipes de Ghota acogían a Weishaupt. Augusto de Sajonia, el príncipe Fernando de Brunswick, el príncipe de Neu-

vied, el coadjutor mismo de los principales eclesiásticos de las orillas del Rin, los de Mayenza, de Dorms y de Constanza distinguíanse por su ardor en favor de las doctrinas misteriosas de la francmasonería o del iluminismo. Cagliostro asombraba a Estrasburgo, y el cardenal de Rohán se humillaba a su voz. Como en la caída de los grandes imperios, como en el principio de los grandes trastornos, por doquier aparecían señales enigmáticas que los anunciaban; pero la más infalible era el desorden general de las ideas. Cuando la fe desaparece, el hombre se conmueve.

Los grandes genios alemanes e italianos cantaban ya la nueva era a los hijos de Germania. Goethe, el poeta escéptico, Schiller, el poeta republicano, y Klopstock, el poeta sagrado, inundaban con sus versos las universidades y los teatros; todo acontecimiento parisiense era cantado por estos escritores en todas las márgenes del Rin. La poesía es el recuerdo y el presentimiento de las cosas; lo que la poesía canta, existe ya, y la poesía cantaba entonces por doquier las esperanzas confusas y apasionadas de los pueblos. Era éste un augurio cierto. El entusiasmo existía, puesto que hacía oír su voz. La ciencia, la poesía, la historia, la filosofía, el teatro, el misticismo, las artes, el genio europeo en todas sus formas y bajo todos los aspectos, eran partidarios de la revolución. No podía citarse un hombre célebre en Europa entera, que defendiese lo pasado. Lo pasado estaba vencido, pues la humanidad lo abandonaba. Adonde va el espíritu humano, allí va la vida. Las medianías quedaban solas, bajo el amparo de las antiguas instituciones. La mirada general estaba fija en lo porvenir, y ya porque los pusilánimes entreviesen su salud, ya porque los magnánimos percibiesen un abismo, todo se renovaba.

XII

En tal situación se encontraban los ánimos en Europa, cuando los príncipes franceses hermanos de Luis XVI y los nobles emigrados entraban en Saboya, en Suiza, en Italia y en Alemania en demanda de socorro y de venganza contra

la revolución. Desde los grandes éxodos de los pueblos antiguos huyendo de las invasiones de los romanos, no se había visto jamás que un movimiento de perturbación y de terror semejante lanzara fuera de su territorio a todo el clero y a toda la aristocracia de una nación. Un vacío inmenso se advertía en Francia; en el trono, en la corte y en todas las clases de la armada. Los oficiales nobles emigraron en masa, y la marina tardó poco en seguir el ejemplo del ejército, abandonando también su bandera. Sin embargo, el clero, la nobleza, los oficiales del ejército y la armada no eran más opuestos que las demás clases sociales al ensalzamiento de las ideas revolucionarias que la nación había proclamado en 1789, pues, por lo contrario, el movimiento había empezado por ellos. La filosofía había iluminado la cima de la nación. El pensamiento del siglo era el de todas las clases elevadas, que deseaban una reforma; pero no querían una desorganización. Cuando estas clases vieron que la agitación moral de las ideas se transformaba en insurrección, temblaron. Las riendas del gobierno que Mirabeau y Lafayette habían arrancado violentamente al rey en el Juego de Pelota, los atentados del 5 y del 6 de octubre, los privilegios suprimidos sin compensación, la abolición de los títulos, la aristocracia abandonada al pillaje, a los incendios y hasta a la muerte en las provincias, la religión despojada y obligada a nacionalizarse con un juramento constitucional, la fuga del rey, su prisión dentro de su mismo palacio, las amenazas de muerte que la prensa y la tribuna de las sociedades populares lanzaban contra las aristocracias, los tumultos triunfantes en las ciudades, la defección de los guardias franceses en París, la sublevación de los guardias suizos de Chateauvieux en Nancy, los excesos de los soldados insurreccionados e impunes en Caén, en Brest, en todas partes, habían convertido en horror y en rabia el favor que la nobleza estaba dispuesta a prestar al movimiento de las ideas, al advertir que el primer acto del pueblo era degradar a las clases superiores. El espíritu de casta obligaba a los nobles a emigrar como el de cor-

poración hacía emigrar a los oficiales, y el de corte consideraba deshonrosa la permanencia en un país donde tanto se ultrajaba a la dignidad real. Las mujeres que formaban entonces la opinión de Francia, y tomaban desde luego el partido de las víctimas, pertenecían al del trono y de la aristocracia, y menospreciaban a los que no iban al extranjero a pedir venganza. Los jóvenes se marchaban, y los que no lo hacían, no osaban presentarse. A éstos se les enviaban rucacas, símbolo de la cobardía.

No era sólo la deshonra la que inducía a emigrar a los oficiales, sino también la apariencia de un deber. La última virtud que quedaba a la nobleza de Francia era su religiosa fidelidad al monarca. Su honor, que era su segunda y casi su única religión, consistía en morir por el rey, y el atentado a la dignidad real parecía un atentado contra Dios mismo. La caballería, código de costumbres aristocráticas, había propagado y conservado esta noble preocupación en Europa. El rey, para la nobleza, era la patria. Este sentimiento, entibiado un momento por las profanaciones de la regencia, por los escándalos que había dado Luis XV, y por las máximas de Rousseau, reaparecía briosamente en el corazón de los caballeros ante los peligros que corrían los soberanos. La Asamblea nacional no era, en su concepto, otra cosa que una banda de súbditos insurreccionados que tenían al rey en cautiverio. Los actos más libres del monarca eran para ellos sospechosos, y, bajo las palabras constitucionales, creían oír otras palabras completamente contrarias. Los ministros de Luis XVI eran sus carceleros. Entre estos nobles y el rey, que facilitaba la celebración de secretas inteligencias, mediaban los conciliábulos secretos en las Tullerías. El rey, indeciso, alentaba unas veces, y otras prohibía la emigración a sus fieles servidores, así es que sus órdenes variaban constantemente, según creía más o menos amenazados su trono y la salvación de su familia. Mientras él, por medio de su ministro de Negocios Extranjeros, escribía a sus hermanos emigrados y al príncipe de Condé cartas oficiales recordándoles el deber de todo ciudadano para

con su patria, el barón de Breteuil, su ministro confidencial cerca de las potencias extranjeras, transmitía al rey de Prusia cartas que revelaban el pensamiento del monarca. La epístola siguiente dirigida al rey de Prusia, con fecha de 3 de diciembre de 1790, que ha sido encontrada en los archivos de la cancillería de Berlín, no deja duda alguna respecto al doble juego del infeliz monarca.

Luis XVI escribía:

«Señor y hermano mío:

»He sabido por el señor de Moustier el interés que a V. M. le inspiramos yo y mi reino, y las pruebas de este interés han excitado vivamente mi sensibilidad; pero nunca, como ahora, necesito tanto que se interese por mi pueblo V. M., pues a pesar de haber aceptado la nueva Constitución, los facciosos manifiestan abiertamente su propósito de destruir el resto de la monarquía. Acabo de dirigirme al emperador, a la emperatriz de Rusia, a los reyes de España y de Suecia, indicándoles la idea de que las principales potencias de Europa celebren un congreso, *apoyado en la fuerza armada*, como el mejor medio de contener aquí a los facciosos, de establecer un orden de cosas aceptable, e impedir que el mal que nos aflige invada los demás Estados europeos. Espero que V. M. aprobará mis ideas y *que guardará el más inviolable secreto respecto al paso que doy cerca de V. M.*, pues no puede ocultársele que las circunstancias en que me encuentro, me dictan imperiosamente la mayor circunspección. Esto me obliga a no comunicar este secreto más que al barón de Breteuil, por cuyo conducto puede V. M. contestar lo que le plazca.»

XIII

Esta carta, así como la que el mismo rey dirigió al señor de Bouillé anunciándole que el emperador Leopoldo, su cuñado, hacía marchar un cuerpo de tropas sobre Longwy, para provocar una reunión de tropas francesas en esta frontera y favorecer de este modo su fuga de París, prueba evidentemente las inteligencias contrarrevolucionarias que existían entre el rey y las potencias extran-

geras, y entre el rey y los jefes de la emigración. En las memorias de la emigración abundan estos indicios, que la misma naturaleza atestigüa. La causa de los reyes, de la aristocracia y de las instituciones eclesiásticas era solidaria; el emperador Leopoldo era hermano de la reina de Francia; los peligros del rey eran comunes a todos los príncipes, y el ejemplo del triunfo del pueblo era contagioso para todos los pueblos. Los emigrados eran los amigos de la monarquía y los defensores del rey, y nada se hablaba que no fuese sugerido por los mismos pensamientos y por idénticos intereses; pero casi todo se dictaba por medio de comunicaciones concertadas. El pueblo, que presentía el complot de sus enemigos, sospechaba fundadamente.

La conjuración de la corte con todas las cortes, de las aristocracias de fuera con las de dentro, de los emigrados con sus parientes, no necesitaba ser escrita. Luis XVI mismo, el más sinceramente revolucionario de todos los soberanos, no abrigaba un mal pensamiento contra la revolución ni contra su pueblo cuando imploraba los socorros o demostraciones armadas de otras potencias. A él no se le había ocurrido llamar a las fuerzas extranjeras o a las de la emigración, porque temía la intervención de los enemigos de Francia, desaprobaba la emigración, y veía con recelo a sus hermanos intrigando por fuera en su nombre. Le repugnaba pasar a los ojos de Europa por un príncipe sometido a tutela, cuyos hermanos ambiciosos usurpaban sus derechos aceptando su causa y manejando los negocios sin su intervención. Se hablaba sin recato de la regencia en Coblenza y se designaba para ella al conde de Provenza, hermano de Luis XVI. Esta regencia devuelta a un príncipe de la sangre por los emigrados, mientras el rey luchaba en París, humillaba en grado sumo a éste y a María Antonieta. Esta usurpación de los derechos de la soberanía, aunque se procuraba disimularla, parecía a los reyes más amarga que los ultrajes de la Asamblea y del pueblo, porque el peligro se siente más cuanto más próximo se ve. La emigración sólo les prometía un trono disputado por el regente que se reconocie-

ra. Este reconocimiento parecíales vergonzoso y temían a los emigrados tanto como confiaban en ellos.

La reina hablaba de ellos con más despecho que confianza. El rey se quejaba francamente de la desobediencia de sus hermanos, y a ninguno de los servidores que le consultaba aconsejaba la fuga; pero estos consejos eran inciertos como las circunstancias. Como todos los hombres que fluctúan entre la esperanza y el temor, el rey se acobardaba o se revestía de valor alternativamente, según los acontecimientos. El hecho era culpable; pero la intención no era pecaminosa, porque no era el rey quien conspiraba, sino el hombre, el marido, el padre que buscaba en el apoyo extranjero la salvación de su esposa y de sus hijos. Sólo llegaba a ser culpable cuando se desesperaba; y, mientras tanto, cruzábase las negociaciones, se desbarataban y se renovaban incesantemente. Lo que ayer se disponía, se desaprobaba mañana; pero las contraórdenes no eran obedecidas. El príncipe de Condé, el conde de Provenza y el de Artois tenían cada cual su diplomacia y su corte respectivas, y abusaban del nombre del rey para hacer prevalecer su crédito y su política. En esto estriban las numerosas dificultades que a los historiadores de esta época se ofrecen, para discernir la obra del rey en todas estas tramas urdidas en su nombre y fallar entre su completa inocencia o su traición. Realmente no traicionaba a su país, no vendía a su pueblo; pero no cumplía sus juramentos a la Constitución y a la patria. Aunque era hombre honrado, no creía, como rey perseguido, que los juramentos arrancados con violencia y eludidos por el miedo fuesen perjurios, y faltaba diariamente a los que había prestado, juzgando sin duda que los excesos del pueblo le dispensaban del cumplimiento de su palabra. Educado en el absurdo principio de su soberanía personal, inquiría de buena fe, en medio de los partidos que se disputaban el imperio, dónde estaba la nación, y, como no la encontraba en parte alguna, creía lícito suponerla refundida en sí mismo. Si hubo crímenes en sus actos, no fué culpable su alma, sino su nacimiento, su situación y sus infortunios.

XIV

Al principio del año 1790, había salido de Francia el barón de Breteuil, antiguo ministro y embajador, hombre inaccesible a las concesiones y consejero de fuerza y de rigor, llevando plenos poderes secretos del rey para representarle cerca de todas las potencias. Era en el exterior el ministro general y absoluto de Luis XVI porque, investido con una confianza y poder ilimitado que el rey no podía revocarle sin comprometer la existencia de su diplomacia secreta, podía abusar o interpretar las intenciones del monarca según sus opiniones particulares, y el barón de Breteuil abusó, no por ambición personal, sino por exceso de celo, de la salvación y dignidad de su señor. Sus negociaciones cerca de Catalina, de Gustavo, de Federico y de Leopoldo fueron una incitación constante a una cruzada contra la revolución francesa.

El conde de Provenza y el de Artois (llamados más tarde Luis XVIII y Carlos X respectivamente), después de haber hecho antes varias excursiones por las cortes del Mediodía y del Norte, habíanse reunido en Coblenza, Luis Wenceslao, elector de Tréveris, tío de estos príncipes por parte de su madre, los recibió con más cordialidad que política. Coblenza vino a ser el París de Alemania, el centro de la conspiración contrarrevolucionaria, el cuartel general de la nobleza de Francia agrupada alrededor de sus dos jefes naturales, los hermanos del rey prisionero. Mientras tenían una corte errante y anudaban los primeros hilos de la coalición de Pilnitz, el príncipe de Condé, militar de corazón y de casta, organizaba el ejército de los príncipes, ejército que se componía de ocho o diez mil oficiales y no tenía un solo soldado. Era la cabeza del ejército separada del tronco. Nombres históricos, antiguo afecto, ardor juvenil, valor heroico, fidelidad, confianza en sus derechos, fe en la victoria, nada faltaba al ejército de Coblenza más que el conocimiento de su país y de su época. Si aquella nobleza emigrada y empleada en el servicio hubiera desplegado, para encauzar la revo-

lución la mitad del esfuerzo y de las virtudes que desplegaba para combatirla, la revolución, modificando las leyes, no hubiera derrocado la monarquía; pero es necesario no pretender jamás comprender lo que cambia las instituciones. El rey, los nobles y el clero no podían comprender una revolución que destruyera la nobleza, el clero y el trono. Se necesitaba luchar, y, faltándoles campo en Francia, lo buscaron en el extranjero.

XV

Mientras en Coblenza aumentaba el ejército de los príncipes, la diplomacia contrarrevolucionaria obtenía el primero y más grande éxito, que, en el estado actual de Europa, podía esperarse. Empezaron las conferencias de Pilnitz. El conde de Provenza acababa de enviar desde Coblenza al barón de Roll para solicitar del rey de Prusia, en nombre de Luis XVI y del restablecimiento del orden en Francia, el socorro de sus fuerzas; pero el rey de Prusia, antes de adoptar una resolución definitiva, quiso conocer el estado de Francia y, al efecto, interrogó al marqués de Bouillé, cuyos talentos militares y acreditada adhesión a la monarquía le habían granjeado la confianza de las cortes extranjeras. Lo citó en el palacio de Pilnitz, y le rogó que llevara dispuesto un plan de operaciones para los ejércitos extranjeros sobre las diferentes fronteras de Francia. El 24 de agosto, Federico Guillermo, acompañado de su hijo, de sus principales generales y de sus ministros íntimos llegó al palacio de Pilnitz, residencia veraniega de la corte de Sajonia. El emperador, acompañado por el archiduque Francisco, después emperador Francisco II, el mariscal de Lascy, el barón de Spielman y una corte numerosa, le había precedido. Parecía que ambos soberanos rivales en Alemania, olvidando en aquel momento su rivalidad, no se ocupaban más que en la salvación de todos los tronos. Esta fraternidad de la gran familia monárquica prevalecía sobre todo otro sentimiento. Se trataron más como hermanos que como soberanos; y el elector de Sajonia, su huésped, solemnizó esta conferencia con la celebración de fiestas espléndidas.

Cuando se celebraba el banquete, se anunció la llegada inesperada del conde de Artois a Dresde, y el rey de Prusia solicitó del emperador permiso para que se presentara el príncipe francés. El permiso fué concedido; pero, antes de admitir al conde de Artois a las conferencias oficiales, tuvieron los dos monarcas una entrevista secreta, a la que sólo asistieron dos de sus más íntimos confidentes. El emperador quería la paz, porque la inercia del cuerpo germánico influía mucho en sus resoluciones y conocía lo difícil que era imprimir a esta federación feudal del imperio la unidad y la energía necesarias para atacar a Francia en el primer ímpetu de su revolución. Los generales, y hasta el mismo mariscal de Lasey, vacilaban ante las fronteras que les parecían inexpugnables. El emperador temía por los Países Bajos y por Italia. Las máximas francesas habían pasado el Rin, y podían ocasionar una explosión en los Estados alemanes en el momento en que se pretendiera que los príncipes y los pueblos se levantaran contra Francia. La Dieta de los pueblos podía conseguir más que la Dieta de los soberanos. Si los términos medios y dilatorios producían el mismo efecto de intimidación sobre el genio revolucionario con menos riesgos para Alemania, ¿no era más prudente formar una liga general de todas las potencias de Europa, rodear de bayonetas a Francia y conseguir el triunfo de devolver la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nación francesa se resiste — prosiguió diciendo el emperador—, redactaremos un manifiesto amenazándole con una invasión general, y, si es necesario, la aniquilaremos con el peso irresistible de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio dilatorio del imperio, que espera siempre hasta el último instante, que no prevé nada y que quiere conseguirlo todo sin exponerse a sufrir el menor riesgo.

XVI

El rey de Prusia, más impaciente y más amenazado, repuso al emperador que no creía eficaces estas amenazas.

«La prudencia, decía, es arma insuficiente contra la audacia, y la actitud defensiva es timidez ante la revolución. Se necesita atacarla desde luego, pues la demora es robustecer la revolución francesa y parlamentar con los pueblos insurreccionados es manifestar que se les teme y que se está dispuesto a transigir. Es necesario sorprender a Francia en flagrante delito de anarquía, y no lanzar el manifiesto europeo hasta después que los ejércitos hayan atravesado las fronteras y que las armas triunfantes autoricen a las palabras.»

El emperador parecía conmovido, a pesar de lo cual insistía en ponderar los peligros a que una invasión brusca exponería a Luis XVI, y, al efecto, leyó las cartas de este príncipe, y añadió que confiaba en que el marqués de Noailles, embajador de Francia en Viena, y el señor de Montmorín, ministro de Negocios Extranjeros en París, ambos muy adictos al rey, hacían esperar a la corte de Viena el pronto restablecimiento del orden y las modificaciones monárquicas en la Constitución de Francia. Por último, propuso que se suspendiera toda decisión hasta el mes de septiembre, y que, mientras tanto, se preparasen todas las fuerzas militares de que dispusieran ambas potencias.

La llegada del conde de Artois imprimió distinto rumbo a las cosas. Este príncipe venía a solicitar el socorro de los soberanos en nombre de los tronos y hablaba al emperador en nombre de su hermana, destronada y ultrajada por sus súbditos. Toda la emigración, con sus desdichas, su nobleza, su valor y sus ilusiones, parecía personificada en el príncipe. El marqués de Bouillé, genio de la guerra, el señor Calonne, genio de la intriga, le habían acompañado a estas conferencias. El conde de Artois obtuvo muchas audiencias de ambos soberanos, y en ellas habló con energía, aunque con respeto, contra el sistema de contemporalización del emperador, censurando la lentitud germánica. El emperador y el rey de Prusia autorizaron al barón de Spielman en representación de Austria, al barón de Bischofswerder en la de Prusia, y al señor de Calonne en la de Francia, para que, reuniéndose en la

tarde del mismo día, redactasen un proyecto de declaración, que fuera presentado inmediatamente a la firma de los monarcas.

El barón de Spielman, bajo la inspiración directa del emperador, fué quien redactó el citado manifiesto. Calonne, en nombre del conde de Artois, impugnó inútilmente las reservas que exasperaban la impaciencia de los emigrados. Al día siguiente, después de un paseo a Dresde, reuniéronse en la cámara del emperador, ambos soberanos, el conde de Artois, el señor de Calonne y el mariscal de Lascy; se leyó y se discutió la declaración; se pensaron las palabras; se modificaron algunas expresiones, y, a propuesta del señor de Calonne e instancia del conde de Artois, el emperador y el rey de Prusia dejaron pasar una frase en que se declaraba la guerra a la Revolución.

El documento, cuya fecha señala una guerra de veintidós años, quedó redactado del siguiente modo:

«El emperador y el rey de Prusia, accediendo a los deseos y representaciones de Su Alteza el señor conde de Artois, declaran de común acuerdo que la situación en que se encuentra actualmente el rey de Francia interesa por igual a todos los soberanos de Europa, y esperan que así lo reconocerán las potencias, cuyo concurso se reclama, y que, por lo tanto, no rehusarán emplear, juntamente con el emperador y el rey de Prusia, los medios más eficaces en proporción a sus fuerzas, para poner al rey de Francia en estado de establecer, en la libertad más absoluta, las bases de un gobierno monárquico, necesarias para garantir los derechos de los soberanos y asegurar el bienestar de los franceses. En este caso las referidas majestades están decididas a obrar inmediatamente y de común acuerdo con las fuerzas que se necesitan para conseguir el fin que se proponen. Mientras tanto, darán a sus tropas las órdenes convenientes para que estén dispuestas a ponerse en movimiento al primer aviso.»

Esta declaración, como se advierte, era amenazadora y tímida al mismo tiempo, pues resultaba demasiado para la paz e insuficiente para la guerra. Estas

palabras atizaban la Revolución y no la apagaban, pues revelaban a la vez la impaciencia de la emigración, la resolución del rey de Prusia, la perplejidad de las potencias y la contemporización del emperador, hasta el punto que podía decirse que eran una concesión a la fuerza, a la debilidad, a la guerra y a la paz. Se descubría en ellas patentemente el estado de Europa, y eran la declaración de la incertidumbre y de la anarquía de sus consejos.

XVII

Después de este acto, tan imprudente como ineficaz, se separaron ambos soberanos, marchando Leopoldo a coronarse a Praga, y volviendo el rey de Prusia a Berlín para poner su ejército sobre las armas. Los emigrados, creyéndose triunfantes con el compromiso obtenido, aumentaron sus fuerzas, y las cortes de Europa, a excepción de Inglaterra, enviaron su adhesión, también dudosa, a Berlín y Viena. El ruido de la declaración de Pilnitz resonó y murió en París en medio de las funciones con que se festejaba la aceptación de la Constitución.

Mientras tanto Leopoldo, a pesar de lo convenido en las conferencias de Pilnitz, buscaba obstinadamente pretextos para sostener la paz. El príncipe de Kaunitz, su ministro, temía las violentas sacudidas que podían alterar el antiguo mecanismo diplomático, cuyas ruedas conocía perfectamente. Luis XVI hábale, además, enviado en secreto al conde de Fersén para informarle de los motivos que le habían inducido a aceptar la Constitución, y para suplicarle que no se incomodara por el aparato de armamento ni por las disposiciones de la revolución, adormecida en su triunfo.

Los príncipes emigrados, por lo contrario, repetían en todas las cortes las palabras contenidas en la declaración de Pilnitz que eran favorables a su causa, escribiendo, además, una carta pública a Luis XVI, en la que se protestaba contra el juramento del rey a la Constitución, arrancado, decían, a su debili-

dad mientras estaba cautivo. El rey de Prusia, al recibir la circular del gabinete francés, en que se le notificaba la aceptación de la Constitución, exclamó: *Ya está asegurada la paz de Europa*. Las cortes de Viena y de Berlín fingieron creer que estas concesiones mutuas del rey y de la Asamblea habían puesto término al estado anárquico y se resignaron a ver el trono de Luis XVI humillado.

Rusia, Suecia, España y la Cerdeña no se tranquilizaron tan pronto. Catalina II, por el orgulloso instinto de su poder, y Gustavo III, por su generosa adhesión a la causa de los reyes, se ponían de acuerdo para enviar cuarenta mil rusos y suecos al socorro de la monarquía. Este ejército, pagado con un subsidio de 15.000.000, que desembolsaba España, y mandado personalmente por Gustavo, debía desembarcar en las costas de Francia y marchar sobre París, mientras las fuerzas imperiales pasaban el Rin.

Los atrevidos proyectos de ambas cortes del Norte no eran del agrado de Leopoldo ni del rey de Prusia, quienes reprochaban a Catalina que faltara a las promesas que había hecho al firmar la paz con los turcos. ¿Podía tampoco el emperador enviar sus tropas al Rin, mientras los combates de los rusos y de los otomanos continuaban sobre el Danubio y amenazaban las espaldas de su imperio? Catalina y Gustavo continuaban dispensando a la emigración apoyo decidido, y, al efecto, enviaron ministros plenipotenciarios a Coblenza, cerca de los príncipes franceses. Esto equivalía a declarar la nulidad de Luis XVI y aun la de Francia, y reconocer que el gobierno del rey no estaba en París, sino en Coblenza. También celebraron un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Suecia y Rusia por el interés común que tenían en el establecimiento de la monarquía.

Luis XVI, que deseaba entonces de buena fe el desarme de los emigrados, envió a Coblenza al barón de Viomenil y al caballero de Coigny para que previnieran a sus hermanos y al príncipe de Condé la dispersión y el desarme de las tropas; pero estas órdenes fueron reci-

bidadas como emanadas de un prisionero, y se desobedecieron sin responderle. Prusia y el Imperio, mostrando más deferencia a las órdenes del rey, dispersaron los reclutas de la armada de los príncipes, y castigaron en sus Estados los insultos inferidos a la escarapela tricolor; pero, en el momento que el emperador probaba de este modo el deseo que le animaba de mantener la paz, la guerra estaba a punto de encenderse muy a su pesar. Lo que la sabiduría humana rehúsa a las causas más grandes, vese obligada a concederle a las más pequeñas. Esto le ocurrió a Leopoldo, quien, habiendo rehusado la guerra a los grandes intereses de familia que se le pedían, iba a concederla a los intereses mezquinos de algunos príncipes del Imperio posesionados de Alsacia y de Lorena, y cuyos derechos personales violaba la nueva Constitución francesa. Se había negado a socorrer a una hermana, e iba a prestar socorro a algunos vasallos. La influencia de la Dieta y sus deberes como jefe del Imperio le forzaban a dar un paso a que su resolución personal no había podido conducirle. En una carta, fechada el 3 de diciembre de 1791, anunció al gabinete de las Tullerías su propósito formal de «socorrer a los príncipes que tenían posesiones en Francia, si no se les reintegraba completamente en todos los derechos que los tratados les conferían».

VIII

Esta carta amenazadora, comunicada a París en secreto, antes de su remisión oficial, por el embajador de Francia en Viena, inspiró miedo al rey, y alegría a algunos de sus ministros y al partido político de la Asamblea, cuando la recibieron. La guerra todo lo trastorna. Cuando no hay esperanza en el orden regular de los acontecimientos, se busca en lo desconocido. La guerra, para los aventureros, era una diversión necesaria en la fermentación universal, un paso para la Revolución, un medio de asir de nuevo el rey al poder, apoderándose del ejército. Esperaban que cambiase el fana-

tismo de la libertad, en fanatismo de gloria, que burlase el espíritu del siglo embriagándolo con conquistas, en vez de darle satisfacciones con instituciones.

Los diputados girondinos, cuyo director era Brissot, pertenecían a este partido. Halagados con el título de hombres de Estado, que tomaban vanidosamente, y que se les daba por ironía, anhelaban justificar su pretensión con un golpe de audacia que variase la escena, y que desconcertase a la vez al rey, al pueblo y a Europa. Habían estudiado a Maquiavelo, y creían que el desprecio de lo justo era una prueba del genio. Poco les importaba la sangre del pueblo, puesto que cimentaba su ambición.

El partido jacobino, excepto Robespierre, quería también la guerra; su fanatismo le ilusionaba ocultándole su debilidad. La guerra era para ellos un apostolado armado, que iba a difundir su filosofía social por todo el universo. El primer cañonazo disparado en nombre de los derechos del hombre debía hacer vacilar todos los tronos. Además, otro tercer partido fundaba sus esperanzas en la guerra: el de los constitucionales moderados, quienes prometían dar energía al poder ejecutivo por la necesidad de concentrar la autoridad militar en las manos del rey, en el momento que la nación fuese amenazada. Toda guerra extrema confiere la dictadura al partido que la hace, y esperaban de la necesidad esta dictadura para el rey y para ellos.

XIX

Madama Staël, que, a pesar de su juventud, tenía ya gran influencia, prestaba a este partido el prestigio de su juventud, de su genio y de su pasión. Hija de Necker, había respirado la política desde su nacimiento, pues los salones de su madre habían sido el cenáculo de la filosofía del siglo XVIII. Voltaire, Rousseau, Buffón, d'Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet, la habían conocido desde niña, y habían fomentado sus primeros pensamientos. Sus principios eran los de la Revolución. La popularidad de que su

padre había disfrutado, dejóle ansia de gloria que jamás pudo extinguirse, pues la buscó hasta en las conmociones populares y al través de la calumnia y de la muerte. Su genio era grande para su alma, y su corazón, apasionado. Hombre por la energía, y mujer por la ternura, necesitaba para realizar su bello ideal de ambición, que la naturaleza asociara en ella el genio, la gloria y el amor.

La naturaleza, la educación y la fortuna daban posibilidad de éxito a esta triple ilusión de una mujer, de un filósofo y de un héroe. Nacida en una república, educada en una corte, hija de un ministro, esposa de un embajador, perteneciendo al pueblo por su origen, a los literatos por su talento, y a la aristocracia por su rango, reunía los tres elementos de la Revolución que luchaban en ella. Su genio era una especie de concierto en el que todas las grandes voces del drama se confundían en una estrepitosa armonía. Pensador por la inspiración, tribuno por la elocuencia, mujer por el atractivo, su belleza, invisible para la muchedumbre, necesitaba la inteligencia para ser comprendida, y la admiración para ser notada. No era, pues, la belleza física sino la inspiración visible de la pasión manifestada. La acción, el gesto, la voz, la mirada, todo obedecía a su alma para contribuir a su esplendor. En sus ojos negros, teñidos de fuego sobre la pupila, revelábanse, al través de largas pestañas, tanta ternura como altivez. Se seguía su mirada frecuentemente perdida en el espacio, como si se hubiera de volver a encontrar la inspiración que ella buscaba. Había en aquella mirada, tan franca y profunda como su alma, serenidad y brillo. Se conocía que la luz de su genio no era más que un reflejo de la ternura de su corazón. Así había siempre un amor secreto en la admiración que a todos inspiraba, y no estimaba más que el amor, y, para ella, el amor era la admiración inflamada.

Los acontecimientos habíanse sucedido rápidamente para madama Staël. Las ideas y las cosas se habían precipitado, y podría decirse que su vida no tuvo infancia. A los veintidós años reunía, a la madurez del pensamiento, la gracia y la

seducción de la juventud. Escribía como Rousseau, hablaba como Mirabeau, y, pudiendo concebir sublimes y atrevidos designios, albergaba juntamente en su alma un pensamiento grande y un sentimiento sublime. Como las mujeres de Roma, que agitaban la república con el impulso de su corazón, y daban o quitaban el imperio con su amor, quería que su pasión se confundiera con su política, y que la elevación de su genio sirviera para elevar a su amado. Su sexo le impedía realizar esto directamente en la plaza pública, en la tribuna o en el ejército, porque el gobierno público sólo lo permite a los hombres, y, por consiguiente, tenía que permanecer invisible. Ser el destino oculto de un grande hombre; obrar por su mano; elevar su fortuna; brillar bajo su nombre, tal era la única ambición a que podía aspirar. No queriendo unirse a un hombre político, sino por conciencia y por inspiración, buscólo y forjóse la ilusión de haberlo encontrado.

XX

Residía entonces en París un joven oficial, de familia ilustre y de belleza seductora, dotado de un carácter dulce y sensible; pero, a pesar de que llevaba el apellido de una de las familias más distinguidas de la corte, su nacimiento permanecía oculto bajo un tupido velo. Circulaba por sus venas sangre real, y sus facciones recordaban las de Luis XV. La ternura con que las princesas, tías de Luis XVI, trataban a este joven educado a su vista, adicto a sus personas y elevado por su favor a los altos empleos de la corte y del ejército, justificaba los sordos rumores.

Este joven era el conde Luis de Narbona, quien, nacido en noble cuna, educado en la corte, cortesano de nacimiento, mimado por sus protectoras, y célebre por su figura, por sus travesuras y por sus oportunidades, no debía tener la fe ardiente que precipita al seno de las revoluciones ni la energía estoica que impulsa a dirigir las y darles cima. Sólo tenía una fe en la libertad y no veía en el pueblo más que un soberano más exi-

gente y más caprichoso que los otros, contra el cual necesitábase desplegar más habilidad para seducirlo y más política para manejarlo. Creía poseer la flexibilidad necesaria para desempeñar este papel, y se atrevió a aceptarlo. Sin gran convicción, pero ambicioso y valiente, las circunstancias eran a sus ojos un drama como la censura en el que los actores más hábiles podrían agrandar sus esperanzas a proporción de los hechos, y dirigir el desenlace. Ignoraba que la Revolución sólo tenía un actor verdadero: la pasión, y él carecía de ella. Balbucía al hablar el lenguaje del idioma revolucionario, porque había tomado el traje de la época, pero no su espíritu.

Al principio agradó a la opinión pública el contraste que formaba su elevada alcurnia con el papel que representaba; que el favorito de la corte descendiese hasta el populacho para servir a la nación, y que la elegancia aristocrática se disfrazase con el patriotismo de la tribuna. La turbamulta celebraba esta transformación creyéndola una dificultad vencida, porque el pueblo se envanece de codearse con los señores. Era un testimonio de su poder, y se consideraba rey al verse con cortesanos, a quien perdonaba su rango en atención a su complacencia.

El conde de Narbona sedujo el corazón y el espíritu de madama Staël, cuya varonil y tierna imaginación rodeó al joven miitar de todos los méritos necesarios para ser cuanto ella deseaba que fuese.

Sin embargo, el conde de Narbona era más que un hombre elegante, activo y valiente; pero madama Staël lo convirtió en un político y un héroe; lo engrandeció con todas sus ilusiones, para que se elevase a la altura de su ideal; le buscó panegiristas, lo rodeó de prestigio, le creó un renombre, le trazó un destino y le hizo la encarnación de su política. Desdeñar la corte, seducir al pueblo, mandar al ejército, intimidar a Europa, atraer a la Asamblea con su elocuencia, servir a la libertad, salvar a la nación, convertirse por su sola popularidad en el árbitro del trono y del pueblo y reconciliarlos en una constitución a la vez liberal y monárquica, era la

perspectiva con que madama Staël soñaba para el conde de Narbona.

Sugirió la ambición al joven, quien se creyó capaz de estos destinos. El drama de la Revolución concentróse en estas dos inteligencias, y su conjuración fué durante algún tiempo toda la política de Europa.

Madama de Staël, el conde de Narbona y el partido constitucional deseaban la guerra; pero una guerra parcial y no desesperada, que, conmoviendo la nación hasta en sus cimientos, derribase el trono y lanzase a Francia a la república. Por su influencia se renovó todo el personal diplomático, afecto exclusivamente al rey y a los emigrados. Marbois fué enviado cerca de la Dieta de Ratisbona, Barthelemy a Suiza, Talleyrand a Londres, y Segur a Berlín. A Talleyrand confiése la misión de hermanar el principio aristocrático de la constitución inglesa con el democrático de la francesa, que se creía poder modificar por medio de una cámara alta. Se esperaba interesar a los hombres de Estado de la Gran Bretaña en una revolución semejante a la suya, que, después de haber conmovido al pueblo, fuese modificada por una aristocracia inteligente. Esta misión era fácil si la Revolución se regularizaba durante algunos meses en París, porque las ideas francesas tenían popularidad en Londres, cuya opinión era revolucionaria. Fox y Burke, amigos entonces, sostenían apasionadamente la opinión de la libertad del continente. Haciendo justicia a Inglaterra, debemos decir que el principio moral y popular contenido en las bases de su constitución, no ha renegado jamás de sí mismo combatiendo los esfuerzos de otros pueblos para darse un gobierno libre. Ha procedido liberalmente en todo.

XXI

La misión de Segur, en Berlín, era más delicada, pues se pretendía separar al rey de Prusia de su alianza con el emperador Leopoldo, a quien no se creía coronado aún, y concertar una alianza entre el gabinete de Berlín y la Francia

revolucionaria, alianza que prometía a Prusia todo el ascendiente de las nuevas ideas en Alemania. Esta era una idea maquiavélica, que debía agradar mucho al genio agitador del gran Federico, quien había hecho de Prusia la potencia corrosiva del Imperio.

Las únicas instrucciones que se le dieron a Segur, para el desempeño de su misión, fueron estas dos palabras: seducir y corromper. El rey de Prusia tenía favoritos y damas. Mirabeau había escrito en 1786: «Sólo puede haber secretos en Berlín para el embajador de Francia cuando a éste le falten dinero o habilidad, pues éste es un país pobre y codicioso y no hay en él un hombre de Estado a quien no se pueda conquistar con 3.000 liseses.» Imbuído en estas ideas, Segur debía, en primer término, conquistar la confianza de las dos favoritas. La una era hija de Elías Enka, agregada como cantante a la capilla de música del apasionado y joven rey. Bella y espiritual, había llamado a la edad de doce años la atención del rey, que entonces era príncipe real. Predestinada desde tan tierna edad a ser objeto de placer, había sido educada con todo el esmero y lujo correspondientes a una persona de la familia real. Había viajado por Francia y por Inglaterra; conocía muchos idiomas europeos, y su ingenio natural habíase acrecentado con el trato de los hombres sabios y de los artistas alemanes. Un matrimonio simulado con Rietz, ayuda de cámara del rey, motivaba su residencia en la corte, y le permitía congregarse en su sociedad a cuantos hombres superiores en política o en ciencias había en Berlín. Lisonjeada por una fortuna precoz e insubsistente, había permitido que dos rivales se disputasen el corazón del rey. Una fué la joven condesa de Ingenheim, que acababa de morir en la flor de su edad; y la otra, la condesa de Ashkof, que había dado al rey dos hijos y hacía esfuerzos inútiles para derrocar el imperio de la señora Rietz.

El barón de Roll, en nombre del conde de Artois, y el vizconde de Caramán, en el de Luis XVI, habíanse apoderado de todas las avenidas de este gabinete. El conde de Goltz, embajador de Prusia en París, había informado a su corte del

objeto de la misión de Segur y del rumor, que circulaba entre los hombres bien informados, de que este enviado disponía de algunos millones para pagar la debilidad o la traición del gabinete de Berlín.

Dos horas antes de que llegara a Berlín Segur, se había recibido una copia de esas instrucciones secretas en las que se revelaba el plan de seducción y de venalidad que debía poner en práctica el embajador de Francia cerca de los favoritos y de las damas del rey; su carácter, su ambición, sus rivalidades, sus debilidades reales o supuestas, los medios de influir ellos en el ánimo del rey, todo estaba anotado detalladamente. Se señalaba una tarifa para ganar todas las conciencias y un precio para todas las perfidias. Al ayuda de cámara del rey, Bischofwérder, entonces muy influente, deberían hacerse ofertas irresistibles, y, para el caso de que su connivencia fuese descubierta, un magnífico establecimiento en Francia le aseguraría el porvenir.

Estas instrucciones cayeron en manos de aquellos cuya fidelidad se pretendía comprar, y las presentaron al rey, protestando de la odiosa calumnia que se lanzaba contra sus conciencias. Abochornóse el rey del imperio que sobre su política se atribuía al amor y a la intriga, e indignóse de que se hubiera pretendido comprar la fidelidad de sus servidores. La negociación estaba descubierta antes de que llegase el negociador, y Segur fué recibido con la frialdad e ironía del desprecio. Federico Guillermo afectó no hablarle en su tertulia, y pidió amablemente al enviado del elector de Maguncia, noticias del príncipe de Condé. El interrogado respondió que se aproximaba con su ejército a las fronteras de Francia: «Hace bien, dijo el rey, porque puede abrigar la seguridad de entrar.» Acostumbrado Segur, por su larga permanencia y su amor íntimo en la corte de Catalina, a tomar por medianero de los negocios de Estado al amor, atrajo, según se dice, a la condesa de Ashkof y al príncipe Enrique de Prusia al partido de la paz; pero esto fué un engaño para su negociación, porque, concertando el rey su conducta con la del emperador,

afectó durante algún tiempo inclinarse a favorecer a Francia, reprobó las exigencias de la emigración, y agasajó al embajador. Seducido éste con tales demostraciones, dió al gabinete francés seguridades de las intenciones favorables de Prusia. La imprevista desgracia de la condesa de Ashkof, y las ofertas de alianza con Francia injuriosamente desechadas, pusieron tan de manifiesto las tramas de Segur y su confusión, que éste se apresuró a pedir su pasaporte. La humillación de ver sus talentos burlados y las esperanzas de su partido frustradas, juntamente con la perspectiva de las desgracias de su país y de la combustión de Europa, le entristeció hasta la desesperación. Circuló entonces el rumor de que había atentado a su vida; pero este supuesto suicidio fué sólo un acceso de delirio, ocasionado por un acaloramiento de su espíritu.

XXII

El mismo partido intentaba también conquistar para Francia un soberano cuyo renombre pesaba tanto como un trono en la opinión pública de Europa. Era éste el duque de Brunswick, discípulo del gran Federico, heredero presunto de su ciencia y de sus conocimientos militares, y proclamado de antemano por la voz pública generalísimo en la guerra futura contra Francia. Privar al emperador y al rey de Prusia de este jefe de sus ejércitos, era arrebatar a Alemania la confianza y la victoria.

El nombre del duque de Brunswick era tan prestigioso que prestaba a Alemania una especie de terror y de inviolabilidad. Madama de Staël y su partido trataron de atraérselo. Esta negociación secreta fué concertada entre madama de Staël, el conde de Narbona, Lafayette y Talleyrand, quienes confiaron a Custine, hijo del general del mismo nombre, la comisión de presentar al duque de Brunswick las propuestas del partido constitucional. Parecía que el joven negociador reunía condiciones favorables para realizar esta unión. Sentimental, seductor, instruído, admirador fanático

de la táctica prusiana y de la del duque de Brunswick, de quien había tomado lecciones en Berlín, inspiraba desde luego confianza a este príncipe. Llevaba el título de generalísimo de los ejércitos franceses expedido a favor del duque, de una pensión de 3.000.000 y de una colocación en Francia equivalente a sus Estados y a su rango en el Imperio. El despacho que contenía estas ofertas, estaba firmado por el ministro de la guerra, y por el mismo Luis XVI.

Custine salió para Brunswick en el mes de enero, y, a su llegada, hizo entregar sus despachos al duque; pero hasta cinco días después no fué recibido por el duque en audiencia particular. Con franqueza militar expresó a Custine la satisfacción y agradecimiento que le inspiraba el aprecio en que Francia lo tenía; «pero mi sangre, prosiguió diciendo, es de Alemania y mi fidelidad de Prusia. Mi ambición está satisfecha, siendo la segunda persona de esta monarquía, que me ha adoptado, y no cambiaré por una gloria incierta en el terreno movedizo de las revoluciones, la elevada y segura posición que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida, me proporcionan aquí.» Al fin de esta conversación, viendo Custine la inflexibilidad del príncipe, descubrió su ultimatum, haciendo brillar ante sus ojos la eventualidad de la corona de Francia, si ésta llegaba a caer de las sienes de Luis XVI, deshojada por las manos de un general victorioso. El duque pareció deslumbrado y despidió a Custine dándole alguna esperanza de acceder a sus proposiciones, a tan elevado precio, y el negociador partió triunfante. Sin embargo, algún tiempo después, el duque, por doblez o por arrepentimiento, o por prudencia, dió una formal negativa a ambas proposiciones, dirigiendo su respuesta al mismo Luis XVI, y no a su ministro, y por ella conoció este infortunado monarca el último deseo del partido constitucional, y supo lo poco segura que estaba sobre sus sienes la corona, que se ofrecía en perspectiva a la ambición de un enemigo.

LIBRO VI

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—El ceremonial de la monarquía es motivo de cuestiones.—El rey se presenta en la Asamblea.—Es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigración, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, clérigo juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducoé solicita la impresión de esos discursos.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los clérigos no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y contra los emigrados.—Discurso de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube a la tribuna.—Su retrato.—Discurso de Vergniaud.—Discurso de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y a sus consejeros.—Carta de Andrés Chenier acerca de la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos girondinos y jacobinos contra los fuldenses.—Lafayette renuncia el mando de la guardia nacional.—Bailly, alcalde de París, se retira en esa misma época.—Pethiön ocupa su puesto.—Danton, como substituto del procurador del ayuntamiento, comienza su fortuna popular.

I

En esta disposición recíprocamente amenazadora encontrábanse Francia y Europa, cuando la Asamblea constituyente, después de proclamar sus principios, dejó a otros el cuidado de defenderlos y de aplicarlos. Era como el legislador que descansaba contemplando la ejecución de sus leyes. El gran pensamiento de Francia abdicaba, en cierto modo, con la Asamblea constituyente. El gobierno caía en manos de la inexperiencia, o de la pasión de un pueblo nuevo. Desde el 29 de septiembre al 1.º de octubre verificóse una especie de cambio de reinado. La Asamblea legislativa encontrábase aquel día frente a frente con un rey desprovisto de toda autoridad, mandando a un pueblo sin moderación. Desde la primera sesión advirtiéndose la desordenada oscilación de un poder sin tradiciones y sin contrapeso, que pretende apoyarse en su propia sabiduría y que, vacilando entre el insulto y el arrepentimiento, se hiere a sí mismo con el arma que tiene en las manos.

II

Las primeras sesiones fueron presenciadas por una multitud inmensa. El aspecto de la Asamblea había cambiado. Casi todos los hombres de cabellos blancos habían desaparecido; podía creerse que Francia había rejuvenecido en una noche; la expresión de los rostros, las facciones, los gestos, los trajes, el ademán de los miembros de la Asamblea eran diferentes. La grandeza de la nobleza francesa reflejada en su fisonomía y revelada en sus actitudes, la dignidad del clero y de la magistratura y la gravedad austera de los primeros diputados del tercer estado, habían dejado repentinamente su puesto a los representantes del pueblo, cuya confusión y turbulencia anunciaban la invasión del poder, más que el tino y la posesión del gobierno. La juventud acudía en tropel. Cuando el presidente de edad invitó a presentarse a los miembros de la cámara que no hubiesen cumplido veintiséis años, para formar la mesa provisional, sesenta jóvenes se colocaron al rededor de la tribuna disputándose el cargo de secretarios de la Asamblea. Esta juventud entre los representantes de la nación era acogida con recelo por unos y con complacencia por otros, pues esta representación, si bien no ofrecía la madurez, la calma y la autoridad del tiempo, que los legisladores antiguos deseaban en los consejos de los pueblos, era, en cambio, un síntoma del rejuvenecimiento total de las instituciones. Advertíase que la nueva generación había roto con las tradiciones y las preocupaciones del antiguo orden de cosas, y su edad era una garantía en sentido inverso a la que exigía en las civilizaciones pasadas, pues entonces se pedía a los legisladores seguridad de lo pasado, y ahora se les pedía para el porvenir. Su inexperiencia era un mérito, y su juventud equivalía a un juramento. Durante la paz se requiere a los ancianos experimentados; pero la revolución necesita los bríos de la impetuosa juventud.

Apenas se hubo constituido la Asamblea, empezaron a disputarse la supremacía las dos tendencias que en ella do-

minaban. Monárquicos y republicanos sostuvieron entre sí, bajo un frívolo pretexto, una lucha pueril en apariencia, pero interesante en el fondo; y unos y otros fueron simultáneamente vencedores y vencidos en el espacio de dos días. La diputación, enviada al rey para comunicarle la constitución de la Asamblea, dió cuenta de su encargo por medio de su presidente, el diputado Ducastel, que dijo: «Hemos dudado respecto al lenguaje que debíamos adoptar para hablar al rey, porque temíamos ofender la dignidad nacional o la dignidad real; pero, al fin, hemos decidido decirle: Señor, la Asamblea está constituida, y nos ha comisionado para comunicárselo a V. M. Nos presentamos en las Tullerías, y el ministro de Justicia nos manifestó que el rey no podría recibirnos hasta a la una de hoy. Creyendo que la salvación de la causa pública exigía que fuésemos inmediatamente recibidos, insistimos, y el rey entonces nos envió a decir que nos recibiría a las nueve. Nos presentamos a la hora indicada, y, a cuatro pasos de distancia del rey, le saludé y dirigí las palabras convenidas. El rey me preguntó el nombre de mis colegas, y le contesté que no los conocía. Nos disponíamos a salir cuando el rey nos detuvo para decirnos: *No podré verlos hasta el viernes.*»

Estas últimas palabras hicieron estallar la sorda agitación que se advertía ya en la Asamblea. «Pido, exclamó, un diputado, que no se use más ese título de majestad. — Yo pido, añadió otro, que se deseché ese título de señor, que es una abreviación del de dueño, y que reconoce una soberanía en quien lo acepta. — Yo pido, dice el diputado Bequet, que no seamos como autómatas, estando en pie cuando al rey le parezca, y sentados cuando él se siente.» Entonces hizo Couthón uso de la palabra por primera vez, y sus frases fueron una amenaza a la dignidad real. «Aquí no hay, dijo, otra majestad que la de la ley y la del pueblo. No demos al rey otro título que el de rey de los franceses. Retirad ese trono escandaloso, esa silla dorada, que ocupó la última vez que estuvo en esta sala, y que se honre sentándose en la silla del presidente de un gran pueblo,

pues el ceremonial entre él y nosotros debe ser el de la igualdad. Permanezcamos descubiertos y en pie, cuando él esté descubierta y en pie, y cubrámonos y sentémonos, cuando él se cubra y se siente.» «El pueblo, repetía Chabot, os ha enviado aquí para hacer respetar su dignidad. ¿Toleraréis que el rey os diga: Vendré a las tres? ¿Acaso no podéis levantar la sesión sin esperarle?»

Decretóse que todos los miembros de la Asamblea pudieran sentarse y cubrirse delante del rey. «Este artículo, observó Garrán de Coulón, podrá crear una especie de confusión en la Asamblea, pues proporcionará ocasión a unos para mostrar grandeza de ánimo, y a otros idolatría.» «Mejor, gritó una voz, así conoceremos a los aduladores si los hay.»

Decretóse también que no hubiera junto a la mesa más que dos sillones iguales colocados a la misma altura; uno para el presidente, y otro para Luis XVI; y, por último, que no se diera a éste otro título que el de rey de los franceses.

III

Estos decretos humillaron al rey, consternaron a los constitucionales y agitaron al pueblo. El esperado restablecimiento de la armonía entre los dos poderes quedaba roto, y la Constitución caía al primer paso. Este desprecio de sus títulos abatía más la dignidad real, que la derogación de su poder absoluto. ¿Hemos dejado al rey para entregarlo a los ultrajes y exponerlo a la burla de los representantes del pueblo? ¿La nación que no se respeta a sí misma en su jefe hereditario, puede ser respetada en los representantes elegidos? ¿Se obligará a aceptar la libertad al trono por medio de ultrajes? Enojando al rey, se le hará apreciar la Constitución y se asegurará su leal concurso para sostener los derechos del pueblo y la salud de la patria. Si el poder ejecutivo es una necesidad, es preciso respetarlo en el rey; si no es más que una sombra, es necesario también honrarlo. Reunióse el consejo de ministros y ante él declaró el rey que la Constitución no lo condenaba a entregar, en su persona, la majestad real a los ultrajes de la Asamblea, por lo que haría

abrir el cuerpo legislativo por los ministros.

Este rumor difundido por París produjo repentinamente una reacción en favor del monarca, y la Asamblea, vacilante aún, sufrió un desengaño. La popularidad que había adquirido, se le escapaba. «¿Qué ha resultado del decreto de ayer?—preguntó el diputado Vosgién, al abrirse la sesión del 6 de octubre—. Una nueva esperanza para los enemigos del bien público, la agitación del pueblo, la baja del crédito y la inquietud general. Respetemos como se merece al representante del pueblo y no le hagamos creer que será el juguete de cada legislatura que se abra. Todavía es tiempo de clavar el ancla de la Constitución.»

Vergniaud, orador aún desconocido de la Gironda, reveló en sus primeras palabras la audacia e indecisión que fueron en lo sucesivo el carácter de su política. Su palabra fluctuaba como su alma. Empezaba a hablar en favor de un partido y concluía abogando por el otro. «Parece, dijo, que si el decreto es de policía interior puede ejecutarse inmediatamente; y es evidente para mí que el decreto es de policía interior, porque no hay relación de autoridad entre el cuerpo legislativo y el rey. Se trata simplemente de consideraciones, que se reclaman en favor de la dignidad real, y no sé por qué se finge desear el restablecimiento de los títulos de *Señor* y *Majestad*, que nos recuerdan el feudalismo, pues Luis XVI debe honrarse con el título de rey de los franceses. ¿Os ha pedido el rey un decreto para arreglar el ceremonial de su palacio, cuando recibe las diputaciones? Entre tanto, exponiendo francamente mi parecer, opino que si el rey, por consideración a la Asamblea, permanece en pie y descubierta, los individuos de la Asamblea, por consideraciones al rey, permanezcan descubiertos y en pie.»

Herault de Sechelles solicitó que se retirara el decreto, y Champión, diputado de Jura, increpó a sus colegas por emplear las primeras discusiones en tan pueriles debates. «No temo, dijo éste, la idolatría del pueblo por una silla dorada; pero me inspira temor la lucha entre ambos poderes. Vosotros rechazáis

las palabras *Señor y Majestad*; os oponéis a que se tributen al rey aplausos como si fuera posible impedir que el pueblo le manifieste su gratitud, cuando lo haya merecido. No nos deshonremos, señores, por una ingratitud culpable contra la Asamblea nacional, que ha conservado al rey estas muestras de respeto. Los fundadores de la libertad no han sido esclavos, pues antes de establecer las prerrogativas del rey, establecieron los derechos del pueblo. La nación se honra en la persona de su representante hereditario, pues después de haber creado la dignidad real, la ha revestido de esplendor.»

Ducastel, presidente de la diputación enviada al rey, se expresó en los mismos términos; pero, habiendo empleado inadvertidamente la palabra *soberano*, para designar al rey, añadiendo que el poder legislativo residía en la Asamblea y en el rey, provocó una terrible explosión en la sala, donde toda palabra malsonante era acogida como un intento revolucionario. Tan cerca se estaba del despotismo, que se temía caer en él a cada paso. El pueblo era un liberto de ayer, y el menor ruido le recordaba sus cadenas.

El decreto injurioso a la majestad real fué retirado, siendo acogida esta retractación con transportes de júbilo por los realistas y por la guardia nacional. Los constitucionales la consideraron como el augurio de una armonía naciente entre los poderes del Estado, y el rey como el triunfo de una fidelidad mal extinguida, puesto que no prosperaba ninguna tentativa de ultrajes contra su persona.

Todos se equivocaban, sin embargo, pues sólo era un movimiento de generosidad, que sucedía a un movimiento de fiereza: la perplejidad del pueblo, que no se atreve a herir al primer golpe a quien durante mucho tiempo ha adorado.

Pero los realistas abusaban de este cambio hacia la moderación en sus diarios: «La revolución, gritaban, ha cedido; sin duda, se considera débil, lo cual es una caída anticipada. Ved cómo en sólo dos días se desmiente vergonzosamente a sí misma. Toda autoridad que

cede está perdida, a menos que no disimule con habilidad su caída y retroceda con paso lento e insensible para hacer olvidar sus leyes antes que retractarse. La obediencia sólo tiene dos recursos: el respeto y el temor, y ambos han fracasado al mismo tiempo por la Asamblea. ¿Puede temerse ni respetarse un poder que se doblega con el miedo de su propia audacia? La Asamblea ha abdicado antes de concluir lo que se atrevió a empezar, y la revolución que no adelanta, retrocede. El rey vence sin combatir.»

A la vez, el partido revolucionario, reunido por la tarde con los jacobinos, deploraba su caída, y acusaba y recriminaba a todos. «¡Ved, decían los oradores, el trabajo de zapa hecho en una noche! ¡Ved, la victoria de la corrupción y del miedo! Los miembros de la antigua Asamblea, mezclados en el salón con los nuevos diputados, han inspirado en secreto a sus sucesores las condescencias que los deshonran. Repartidos esta tarde por los grupos del Palacio Real, han hecho cundir la alarma, propalando el rumor de que el rey pensaba hacer un segundo viaje; han pronosticado revueltas y anarquía, atemorizando al pueblo de París, que prefiere su fortuna particular a la libertad pública, y le han hablado de la falta de confianza, de la escasez de numerario, de la baja de los fondos públicos. ¿Esta raza venal resistió nunca a tales argumentos?»

La excitación de París revelábase al día siguiente en la actitud y en los discursos de la Asamblea. «Al empezar la sesión, me coloqué, dice un jacobino, entre los diputados que se ocupaban en los medios de obtener la revocación, y les dije que, habiéndose votado el decreto la víspera casi por unanimidad, parecía imposible esperar que la opinión cambiara de pronto escandalosamente, a lo que me contestaron que «estaban seguros de obtener mayoría». Abandoné entonces aquel sitio y me coloqué en otro donde se abrigaba la misma esperanza. Me refugié, en fin, en la parte del salón, que fué durante largo tiempo el santuario del patriotismo, y allí oí los mismos discursos y advertí la misma apostasía. La noche lo había modificado to-

do. La prueba de que esta obra de corrupción se había consumado antes de la deliberación, es que todos los diputados que combatieron los decretos llevaban escritos sus discursos. ¿De dónde procede esta sorpresa a los patriotas? De que los miembros puros de la legislatura no se conocían unos a otros, y de que no se han contado aquí. Es cierto que les habéis abierto vuestras puertas y han entrado para examinar vuestra capacidad y medir vuestras fuerzas; pero no están todavía afiliados, ni han adquirido con vuestro trato frecuente y en vuestros discursos la confianza y el patriotismo, que son como una segunda alma del ciudadano.»

El pueblo, que deseaba reposo después de tantos días de agitación, que se encontraba falto de trabajo, de pan y dinero, e intimidado por la proximidad de un invierno cruel, miró con indiferencia la tentativa y la retracción de la Asamblea, y dejó que se insultara impunemente a los diputados que habían defendido los decretos. Goupilleau, Couthón, Basire y Chabot, fueron amenazados dentro de la Asamblea por los oficiales de la guardia nacional. «¡Mirad por vosotros!», decían los soldados del pueblo vendidos al trono. «Nos oponemos a que la Revolución avance un paso más adelante. Como os conocemos bien, no os perderemos de vista y os heriremos con nuestras bayonetas.» Estos diputados, apoyados por Barrere, denunciaron estos ultrajes al club de los jacobinos; pero nadie se conmovió fuera de la sala, y sólo obtuvieron débiles protestas de indignación.

IV

Tranquilizado el rey con esta actitud del pueblo, fué el 7 a la Asamblea, donde fué recibido con aplausos unánimes. Los unos aplaudían en él al rey; los otros aplaudían en el rey a la Constitución, que inspiraba entonces verdadero fanatismo a la masa inconsciente que juzga de las cosas por las palabras, y que cree eterno cuanto la ley llama sagrado. No se contentaba, pues, con gritar: *¡Viva el rey!*, sino que gritaba además: *¡Viva su Majestad!* Las aclamaciones de

una parte del pueblo se vengaban de las ofensas de la otra, haciendo revivir los títulos que un decreto había intentado abolir. Se celebraba hasta la instalación del sillón real al lado del presidente, pareciendo a los realistas que este sillón era el trono donde tomaba nuevamente asiento la monarquía. El rey habló en pie y descubierto, y su discurso tranquilizó los ánimos y enterneció los corazones. Si no había en él gran entusiasmo, no carecía de buena fe. «Para que nuestros trabajos, decía, produzcan el bien que debemos esperar, se necesita que haya entre el cuerpo legislativo y el rey una constante armonía y una paz inalterable. Los enemigos de nuestro reposo procurarán desunirnos; procuremos nosotros que el amor a la patria y el interés público nos hagan inseparables. De esta manera el poder político podrá obrar sin obstáculo, a la administración no la inquietarán vanos temores, y la propiedad y la opinión de los particulares serán igualmente respetadas. Nadie tendrá pretexto para vivir alejado de su país, pues las leyes estarán en vigor y todos los derechos serán garantidos.» Esta alusión a los emigrados y este llamamiento indirecto a los hermanos del rey, produjeron a todos una gran impresión de alegría y de esperanza.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, que agradaba lo mismo al rey que al pueblo, porque a las doctrinas del poder reunía la habilidad de un diplomático y usaba el lenguaje de la Constitución, respondió: «Señor, vuestra presencia entre nosotros es un nuevo juramento que prestáis a la patria. Los derechos de los pueblos estaban olvidados y todos los poderes confundidos, y, para evitar estos males, se ha hecho una nueva Constitución y se ha decretado la libertad francesa: vos debéis quererla como ciudadano, y como rey obedecerla y defenderla, pues lejos de quebrantar vuestro poder, lo afirma. Ella os ha dado por amigos a todos los que en otro tiempo se llamaban vuestros súbditos. Necesitabais ser amado por los franceses, según decíais hace poco en el templo de la patria, y nosotros también tenemos necesidad de vuestro amor. La Constitución hace de vos el primer monarca del mundo, y

vuestro amor a ella colocará a V. M. en el rango de los reyes más queridos. Fuertes con nuestra unión, no tardaremos en advertir su saludable influencia. Mejorar la legislación; reanimar el crédito público y reprimir la anarquía; tal es nuestro deber, tales son nuestros votos, que son los mismos que los vuestros, señor. Las bendiciones de los pueblos serán su recompensa.»

Este día recobraron el rey y la reina la esperanza, creyendo haber recobrado el pueblo, y la revolución creyó haber recobrado a su rey. Los recuerdos de Varennes se dieron al olvido; pero, ¡ay!, esta halagüeña situación fué una de esas ráfagas pasajeras, que purifican la atmósfera un momento, y que engañan aún a los mismos que han aprendido a desconfiar de ellas. La familia real quiso gozar de aquella y hacer gozar sobre todo al Delfín y a Madama, dos príncipes que no conocían del pueblo más sino su cólera, por no haber visto a la nación sino al través de las bayonetas del 6 de octubre, bajo los harapos del tumulto o en la polvareda del regreso de Varennes. El rey quería que la viesen en calma y en los transportes de su afecto, porque educaba a su hijo inspirándole amor al pueblo y apartándole del deseo de vengar sus ofensas. En su constante suplicio hacía sufrir más que sus propias humillaciones, la ingratitud e injusticia de su pueblo, pues ser mal conocido le parecía más duro, que ser perseguido. Un momento de justicia por parte de la opinión, le hacía olvidar dos años de ultrajes. Por la noche se presentó en el Teatro-Italiano con la reina, Madama Isabel y sus hijos, y las esperanzas del día, sus palabras de la mañana, sus miradas llenas de confianza y de bondad, la hermosura de las dos princesas, y la gracia natural de los dos príncipes, produjeron en los espectadores una impresión muy favorable. El entusiasmo ablandó el corazón hasta el enternecimiento.

Resonaron en el teatro entusiastas aplausos, que fueron repetidos muchas veces y algunos con lágrimas de gozo, y todas las miradas se volvían al paleo real, como si se pretendiera ofrecer al rey y a las princesas la reparación muda de tantos insultos. La multitud no re-

siste jamás indiferente la vista de los niños, puesto que hay madres en toda concurrencia. El Delfín, niño encantador, sentado sobre las rodillas de la reina y absorto en la representación escénica, repetía graciosamente a su madre sus gestos, como para hacerle comprender el argumento de la pieza que se estaba representando. La calma indiferente de la inocencia entre dos espantosas tormentas, los juegos infantiles al pie de un trono tan próximo a transformarse en cadalso; la expansión del corazón de la reina, largo tiempo cerrado a la alegría, todo hacía derramar lágrimas a los espectadores, y hasta el rey las vertía. Las revoluciones tienen momentos en los que el pueblo más irritado se convierte en benévolo y misericordioso, cosa que ocurre cuando habla la naturaleza y no la política, y ¡cuando en lugar de sentirse pueblo se siente hombre! París tuvo uno de estos momentos; pero tuvo escasa duración.

V

La Asamblea estaba obligada a apoderarse nuevamente de la pasión del pueblo, que un enternecimiento pasajero le había arrebatado. Pesarosa de su moderación de un día, buscaba el modo de introducir nuevas discordias entre el trono y la nación. Una parte numerosa de su seno pretendía llevar las cosas hasta su último extremo y alargar la situación hasta su rompimiento, para lo cual necesitaba agitación, pues la calma no convenía a sus designios. Tenía ambición elevada como sus talentos, ardiente como su juventud e impaciente como su sed de situación. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres probos, no conoció más ambición que la de la libertad y la gloria; la nueva Asamblea, la del brillo de la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba a conquistar renombre, riquezas y notoriedad, todo lo que le faltaba.

Este último partido, cuyo publicista era Brissot, Pethión la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, presentábase en escena con la audacia y unidad de una conjuración.

Era la plebe triunfante, envidiosa, agitada, elocuente; la aristocracia del talento, deseosa de conquistar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo.

La Asamblea componíase por fracciones desiguales de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y de la monarquía moderada; los girondinos, partido del movimiento continuo hasta que la Revolución vino a sus manos, y los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en acción. El primero representaba transacción y transición; el segundo, audacia e intriga, y el tercero, fatatismo y desinterés. De estos dos últimos partidos no era el más hostil al rey el jacobino, pues, destruida la aristocracia y el clero, le importaba poco el trono, por tener un concepto muy elevado de la unidad del poder. No fué, por lo tanto, el primero en impedir la guerra y pronunciar la voz *república*; pero sí el primero a quien se oyó la voz *dictadura*; la voz *república* la pronunciaron Brissot y los girondinos. Si éstos a su advenimiento a la Asamblea se hubieran unido al partido constitucional para salvar la Constitución moderándola, y a la Revolución no conduciéndola a la guerra, hubieran salvado a su partido y dominado al trono. La honradez que faltaba a su jefe, faltó también a todo el partido y la intriga los arrastró. Fueron los agitadores de la Asamblea, pudiendo haber sido sus hombres de Estado, y, como no tenían fe en la república, fingieron convicción. En las revoluciones los hombres sinceros son los únicos hábiles, porque es muy bello morir por la fe, y es muy triste morir engañado por la ambición.

VI

En el momento en que la Asamblea se hizo cargo de la dirección de los negocios, las tres causas que agitaban y sobresaltaban los ánimos eran el clero, la emigración y la guerra que se creía ya inminente.

La Asamblea constituyente había cometido una gran falta adoptando el término medio en la reforma del clero de Francia, y hasta el mismo Mirabeau había sido muy débil en este asunto, pues

la Revolución no era en el fondo otra cosa que la insurrección legítima de la libertad política contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra la dominación legal del catolicismo, que había llegado a ser una institución política. La Constitución había emancipado al ciudadano, y era preciso emancipar también al creyente arrancando las conciencias al Estado para volverlas a sí mismas, a la razón individual y a Dios. Esto, que constituía el deseo de la filosofía, era la expresión racional del genio.

Pero los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta magna empresa, y, en vez de emanciparse, transigieron con el poder del clero, con las funestas influencias de la corte de Roma y con las costumbres inveteradas del pueblo, limitándose a aflojar el lazo que encadena el Estado a la Iglesia, cuando su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos querían encadenar el altar al trono; pero esto no era más que mudar de tiranía: oprimir la conciencia por medio de la ley, en lugar de oprimir la ley por la conciencia.

La Constitución civil del clero fué la expresión de esta falsa situación recíproca. Despojóse al clero de sus dotaciones en bienes inalienables que diezaban la población y la propiedad en Francia; se le privó de sus beneficios, de sus abadías y de sus diezmos, que eran el feudalismo del altar, y se le dió, en cambio, una dotación consignada en pensiones sobre la contribución general. Como condición de este pacto, que dejaba al clero funcionario existencia, influencia y personal poderoso de ministros asalariados por el Estado, exigióseles que prestasen juramento a la Constitución, la cual contenía artículos atentatorios a la supremacía espiritual y a los privilegios administrativos de la corte de Roma. Esto inquietó al catolicismo y protestó; las conciencias se alarmaron, y la Revolución, hasta entonces exclusivamente política, produjo un cisma entre una parte del clero y los fieles. Entre los obispos y sacerdotes unos prestaron el juramento civil, garantía de su existencia, y otros se negaron a prestarlo, o se retractaron después de haberlo prestado,

de donde resultaron la turbación de los espíritus, la agitación de las conciencias, y la división de los templos. La mayor parte de las parroquias tuvieron dos curas: uno sacerdote constitucional, asalariado y protegido por el gobierno; y otro refractario, que, habiéndose negado a prestar el juramento, estaba privado de la pensión, y, lanzado del templo, elevaba altar contra altar en alguna capilla reservada, o en medio del campo. Estos dos ministros de un mismo culto se excomulgaban mutuamente, el uno en nombre de la Constitución, y el otro en nombre del Papa y de la Iglesia. La población se dividía entre ambos, según el espíritu más o menos revolucionario de la provincia, pues mientras en las ciudades y en los pueblos adelantados se ejercía casi exclusivamente el culto constitucional, en los lugares pequeños y en los departamentos atrasados, el sacerdote no juramentado era una especie de tribuno sagrado, que, al pie del altar o desde el púlpito, sublevaba al pueblo inspirándole horror al sacerdocio constitucional y cismático, y odio al gobierno que lo protegía. Esto no era todavía la persecución ni la guerra civil; pero sí sus preludios.

El rey había firmado con repugnancia y como violentado la Constitución civil del clero; pero sólo lo había hecho como rey, reservándose la libertad y la fe de su conciencia, pues era cristiano y católico con toda la sencillez del Evangelio, y obedecía a la Iglesia. Las reprensiones que había recibido de Roma por haber ratificado con la debilidad de su conducta el cisma en Francia, desgarraban su corazón e intranquilizaban su alma, y no cesaba de negociar oficial y secretamente con el Papa para conseguir del jefe de la Iglesia, o una indulgente concesión a las necesidades de la religión en Francia, o una prudente temporización. Sólo a este precio podía recobrar la paz de su espíritu; pero Roma, inexorable, no se apiadaba de él. Los sacerdotes no juramentados hacían circular bulas fulminantes contra los pueblos, sin detenerse más que al pie del trono; pero el rey temía que cualquier día salvaran también esa valla.

Por otra parte, conociendo que la nación, cuyo jefe legal era, no habría de

perdonarle que la sacrificase a sus escrúpulos religiosos, esforzándose, colocado entre las amenazas del cielo y las amenazas de sus súbditos, para suspender las condenaciones de Roma o las resoluciones de la Asamblea. La Constituyente, comprendiendo la ansiedad de la conciencia del rey y los peligros de la persecución, había dejado latitud a las conciencias y no había atacado la fe del sencillo cristiano. Cada cual podía seguir al sacerdote de su elección, siendo el rey el primero que había usado de esta libertad no abriendo la capilla de las Tullerías al culto constitucional. La elección de su confesor revelaba claramente la inclinación de su conciencia. El hombre protestaba contra las necesidades políticas que el rey soportaba; pero los girondinos querían obligarlo a pronunciarse, porque, si cedía, era en mengua de su dignidad, y si se resistía, su popularidad concluiría de desvanecerse.

La efervescencia pública favorecía estos proyectos de los girondinos, pues las diferencias religiosas empezaban a tomar carácter político. En la antigua Bretaña los sacerdotes juramentados se convirtieron en objeto de horror para los pueblos. Sus oraciones eran consideradas como maldiciones; se evitaba su contacto, y los clérigos refractarios dirigían todas las feligresías. Los domingos, grupos de muchos miles de personas seguían a su antiguo párroco y marchaban a celebrar los oficios divinos a capillas situadas dos o tres leguas de los pueblos, o a ermitas y santuarios lejanos, que no estuvieran profanados por el culto constitucional. En Caen habían ocurrido desgracias personales en la misma catedral, donde el sacerdote refractario disputaba el altar al sacerdote constitucional, corriendo la sangre dentro del templo. Estos desórdenes amenazaban propagarse por todo el reino, pues en todas partes había dos pastores y el pueblo estaba dividido. Los resentimientos, que habían llegado ya a los insultos, debían muy pronto pasar a vías de hecho. La mitad del pueblo, inquieto por su fe, pasábase al partido de la aristocracia por el amor de ésta a su culto, y la Asamblea podía de este modo perder el elemento popular que la había hecho triunfar de la realeza. Urgía evi-

tar este peligro inesperado, para lo cual sólo había dos medios, que eran: o conceder amplia libertad de conciencia sostenida por el poder ejecutivo, o perseguir a los ministros del antiguo culto. Indecisa la Asamblea, no sabía qué decisión adoptar, cuando abrióse la discusión para oír el informe de Gallois y de Gensonné, enviados como emisarios civiles a los departamentos del Oeste para averiguar las causas de la agitación y conocer la situación de ánimo de los pueblos. Fauchet, sacerdote juramentado, predicador famoso y más tarde obispo constitucional del Calvados, fué el primero en hacer uso de la palabra. Era uno de estos hombres que, bajo el hábito eclesiástico, ocultan el corazón de un filósofo. Novadores por convicción, sacerdotes por estado, sienten una profunda contradicción entre su corazón y su carácter, y la religión nacional, el cristianismo revolucionario era lo único que podía conciliar su interés y su política. Su fe, completamente académica, no tenía de religiosa más que el aspecto exterior. Pretendía transformar insensiblemente el catolicismo en un código moral, en el que el dogma no fuera más que un símbolo, que contuviese santas verdades para el pueblo, y quedara despojado de toda ficción sagrada, haciendo pasar, sin advertirlo, el espíritu humano a un deísmo simbólico, cuyo templo sería la cátedra, y su Cristo, Platón divinizado. Fauchet poseía el entusiasmo de un sectario y la intrepidez de un hombre de resolución.

VII

«Se nos acusa, dijo, de querer persecuciones, y esto es una calumnia. No queremos persecuciones, pues, aunque el fanatismo está sediento de ellas, la verdadera religión las rechaza, las mira con horror. Guardémonos de perseguir a los refractarios, de desterrarlos, ni aun de quitarles sus empleos. Piensen, digan y escriban cuanto quieran contra nosotros, nos limitaremos a oponer nuestras opiniones a las suyas, nuestras verdades a sus errores, y nuestra caridad a su furor. El tiempo hará lo demás; pero,

mientras esperamos el triunfo, que es infalible, elegiremos un medio rápido y eficaz para impedirles que seduzcan a las almas débiles, y que aviven el fuego de una contrarrevolución. No hay aquí una religión, señores: el fanatismo no se compadece con la libertad. Ved, si no, sus ministros: quisieran nadar en sangre de los patriotas, como ellos mismos dicen. Comparados con estos sacerdotes, los ateos son ángeles. (Aplausos.) Mientras tanto, repito, tolerémoslos; pero no los paguemos para que destruyan la patria. A esta sola providencia debemos limitarnos. Suprimid toda pensión a los sacerdotes no juramentados, pues no tienen derecho a percibir cantidad alguna más que por el servicio que prestan a la Iglesia, y no prestan ninguno. Ellos invocan la ruina de nuestras leyes, y, al proceder así, siguen los dictados de su conciencia. ¿Debemos pensionar estas conciencias que los conducen a tales atentados contra la nación? ¿No es bastante tolerarlos? Invocan el artículo de la Constitución, que dice: «Las pensiones del culto católico formarán parte de la deuda nacional»; ¿pero son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? Si ellos y sus sectarios practican otro, tienen libertad para hacerlo, pues la nación permite todos los cultos; pero no paga más que uno. ¡Y qué fortuna para la nación ahorrarse treinta millones de renta que paga inútilmente a sus más implacables enemigos! (Bravos.) ¿Por qué hemos de mantener estos ejércitos de sacerdotes que han abjurado su ministerio, esas legiones de canónigos y de monjes, esas cohortes de abades, priores, beneficiados de todas clases, que se han distinguido siempre por su presunción, por su inutilidad, por sus intrigas y por su vida licenciosa, y que hoy sobresalen por su furor activo, por sus complots, y por su rabia inextinguible contra la revolución? ¿Por qué hemos de pagar este ejército servil con los fondos de la nación? ¿Qué hacen? Predican la emigración, exportan los capitales, fomentan las conjuraciones dentro y fuera de la nación, diciendo a los nobles: «Marchad, combinad vuestros ataques

con los extranjeros! ¡Inúndese todo en sangre, con tal que nosotros recobremos nuestros privilegios!» Tal es su Iglesia. Si el infierno tuviera algún dogma sobre la tierra, ése sería el suyo. ¿Quién se atreverá a aconsejar que les paguemos?...»

Torné, obispo constitucional de Bourges, respondió al abate Fauchet, como Fenelón hubiera respondido a Bossuet, demostrando que en labios de su adversario la tolerancia era también un fanatismo y una crueldad. «Se os proponen remedios radicales para conjurar males que la cólera no puede hacer otra cosa que agravar; se os pide que condenéis a morir de hambre a nuestros hermanos no juramentados, sin tener en cuenta que los errores religiosos deben ser extraños al legislador. Los sacerdotes no son culpables, están engañados. Cuando la ley castiga los errores de la conciencia, los irrita, pues el mejor medio de curarlos es no verlos. La ley que castiga con el suplicio del hambre los sencillos e inocentes errores, es un oprobio y un horror, pues el legislador debe dejar a Dios el cuidado de vengar su gloria, si la cree violada con un culto indecoroso. ¿Pretenderéis crear, en nombre de la tolerancia, una inquisición, que ni tendría como la otra ni aun el pretexto del fanatismo? ¿Acaso, señores, vais a convertirlos en proscripores arbitrarios, cuando blasonáis de ser los fundadores de la libertad? ¡Vais a juzgar, a desterrar, a reducir a prisión a una porción de hombres, la mayoría de los cuales, aunque haya algunos culpables, son inocentes! Los crímenes no son individuales, pues la culpabilidad está en la clase; pero, aun cuando todos fuesen igualmente culpables, ¿tendríais la crueldad de herir al mismo tiempo a esta multitud de individuos, cuando en casos semejantes los déspotas más crueles se limitan a diezmarlos? Sólo os queda una cosa que hacer: ser consecuentes, y fundar con la tolerancia la libertad práctica, la coexistencia pacífica de cultos diferentes. ¿Por qué nuestros hermanos no han de gozar de la facultad de adorar a nuestro lado al mismo Dios, mientras que en nuestras ciudades, donde les negamos el derecho de celebrar nuestros

santos misterios, permitimos a los paganos celebrar los misterios de Isis y de Osiris, al mahometano invocar a su profeta, y al rabino ofrecer sus holocaustos? ¿Hasta dónde, me diréis, ha de llegar esta extraña tolerancia? ¿Y hasta dónde os diré a mi vez, vais a llevar la arbitrariedad y la persecución? Cuando la ley tiene establecidas las relaciones de los actos civiles, nacimiento, matrimonio y defunción, con los actos religiosos, por los cuales el cristiano los consagra; cuando la ley permite sobre dos altares el mismo sacrificio, ¿se puede cometer la inconsecuencia de no dejar comunicar la virtud de los mismos sacramentos? ¡Estos templos, se me responderá tal vez, servirán para los conciliábulos de los facciosos! Sí, si son clandestinos como quisieran los perseguidores, pero si estos templos están abiertos y es libre su entrada, la ley penetrará en ellos como en todo, y no será la fe, sino el crimen quien vigilará y castigará. Además, ¿qué teméis? El tiempo está de vuestra parte, pues los sacerdotes no juramentados se extinguirán no renovándose. El culto sostenido por particulares y no por el Estado, se debilita constantemente, pues las facciones, al menos las que anima al principio la divinidad de las creencias, se suavizan y se concilian con la libertad. En Alemania y en Virginia, cultos opuestos se prestan mutuamente los santuarios, y sectas diferentes fraternizan en el mismo patriotismo. Es conveniente propagar gradualmente entre el pueblo estos principios, y que la luz sea el gran precursor de la ley. Dejemos al despotismo la tarea de disponer a sus esclavos por medio de la ignorancia a la obediencia de sus mandatos.»

VIII

Ducós, joven y generoso girondino, cuya honradez lo elevaba sobre las tendencias de su partido, solicitó la impresión de este discurso; pero su voz fué ahogada por los aplausos y los murmullos, testimonio de la indecisión y de la parcialidad de los ánimos. Fauchet contestó en la sesión siguiente para probar la conexión de los trastornos civiles y

religiosos, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: «Los sacerdotes son una tiranía desposeída, que tienen aún en las conciencias los hilos mal rotos de su poder. Son una facción irritada, pero no desarmada, que es la más peligrosa de las facciones.»

Genonné habló como hombre de Estado, aconsejando tolerancia con los sacerdotes engañados por su conciencia, y que se castigara severa pero legalmente a los perturbadores. Mientras había estas discusiones, los correos que llegaban de los departamentos, traían diariamente noticias de nuevos desórdenes. En todas partes los clérigos constitucionales eran insultados, perseguidos, y aun algunos muertos al pie de los altares; las iglesias de las aldeas, cerradas por orden de la Asamblea nacional, eran abiertas derribando las puertas a hachazos, y los sacerdotes refractarios entraban conducidos por el pueblo fanatizado. Los habitantes de las poblaciones rurales habían sitiado y se disponían a incendiar tres ciudades, y la guerra civil más horrorosa parecía ser el preludio de la contrarrevolución. «¡A tales extremos, gritaba Isnard, os conduce la tolerancia y la impunidad que se os aconseja!»

Isnard, diputado de la Provenza, era hijo de un perfumista de Grasse. Educado por su padre para las letras y no para el comercio, había hecho en la antigüedad griega y romana el estudio de su política. Tenía en su alma el ideal, en el corazón el valor, y en el acento la voz de un Gracco. Aunque muy joven todavía, brillaba ya en su elocuencia el fervor de su sangre; su palabra era el fuego de la pasión coloreada por una imaginación del Mediodía, y su lenguaje se precipitaba como las pulsaciones rápidas de la impaciencia. Era la vehemencia revolucionaria personificada y la Asamblea le escuchaba con anhelo, y llegaba con él al furor; pero sin convencerse. Sus discursos eran odas magníficas, que elevaban la discusión hasta la poesía, y el entusiasmo hasta la convicción, y sus gestos eran más propios de la trípode que de la tribuna. Era, en suma, el Dantón de la Gironda, de la que Vergniaud debía ser el Mirabeau.

REVOLUCIÓN 9.—TOMO I

IX

Fué ésta la primera vez que Isnard habló en la Asamblea. «Sí, dijo, ved adónde os conduce la impunidad, que si siempre ha sido fuente de grandes crímenes, es hoy la única causa de la desorganización social que padecemos. La tolerancia que se os ha propuesto, sería buena para tiempos tranquilos, pero, ¿se puede tener tolerancia con los que no quieren tolerar la Constitución, ni las leyes? ¿Esperaréis que la sangre francesa enrojezca las olas del mar para advertir los peligros que trae consigo la indulgencia? Ya es tiempo de que todo se someta a la voluntad nacional; ya es tiempo de qué las tiaras, las diademas y los incensarios cedan su imperio a las leyes. Los hechos que acaban de exponerse no son más que la introducción de lo que va a ocurrir en todo el reino. Meditad las circunstancias de estos desórdenes y comprenderéis que son efecto de un sistema desorganizador, contemporáneo de la Constitución. Este sistema ha nacido allí (dirigiéndose hacia la derecha), y está sancionado por la corte de Roma. ¡No es un verdadero fanatismo al que tenemos que desenmascarar sino a la hipocresía! Los sacerdotes son perturbadores privilegiados, que deben ser castigados más severamente que los simples particulares. La religión es un instrumento omnipotente, pues el sacerdote, dice Montesquieu, recibe al hombre cuando nace, y lo acompaña hasta el sepulcro, por lo que no es extraño que ejerza tanto imperio en el ánimo del pueblo, y que sea necesario dictar leyes para que no altere la paz pública bajo el pretexto de religión. Ahora bien: ¿cuál puede ser esta ley? Yo sostengo que sólo hay una eficaz, y es el destierro fuera del reino. (Estas últimas palabras son frenéticamente aplaudidas en las tribunas.) ¿No conocéis que es preciso separar al cura faccioso del pueblo a quien engaña y enviar a esta gente apesada a los lazaretos de Italia y de Roma? ¿Creéis que esta medida es demasiado severa? ¡Pues qué! ¿Acaso os habéis quedado sordos y ciegos, para no ver ni oír lo que sucede! ¿Ignoráis que

un sacerdote puede ocasionar más daño que todos vuestros enemigos? No es necesario perseguir, se responde. Perfectamente: castigar no es perseguir. A los que repiten aquí lo que he oído decir al abate Maury, que nada es más peligroso que hacer mártires, contestaré también: este peligro sólo existe cuando hay que castigar a fanáticos de buena fe, o a hombres verdaderamente santos, que creen que el cadalso es la escalera del cielo; pero aquí no estamos en este caso, porque, si hay algunos sacerdotes que de buena fe reprueban la Constitución, éstos no turban el orden público. Los que lo alteran son los que suspiran por la religión para recobrar sus perdidos privilegios; éstos son los que deben ser perseguidos sin piedad, y no temáis aumentar con esto las fuerzas emigradas, porque es sabido que el sacerdote es cobarde, tan cobarde como vengativo; no conoce otra arma que la de la superstición, y, acostumbrado a combatir en el misterioso tribunal de la confesión, es nulo en otro cualquier campo de batalla. Los dardos de Roma se embotarán en el escudo de la libertad. Los enemigos de la regeneración no desistirán de cometer crímenes mientras les dejéis medios de cometerlos, por lo que es necesario vencerlos, si no queréis ser vencidos. El que no vea esto es ciego. Abrid la historia; veréis a los ingleses sostener una guerra desastrosa por defender su revolución, y veréis en Holanda correr arroyos de sangre en la guerra contra Felipe de España. Cuando en nuestros días los hijos de Filadelfia han querido ser libres, ¿no ha empezado la guerra en los dos mundos? Habéis presenciado las desgracias recientes en el Brabante, ¿y creéis que vuestra revolución, que ha privado al despotismo de su centro, a la aristocracia de sus privilegios, a la nobleza de su orgullo, y al clero de su fanatismo; vuestra revolución, que ha secado los ríos de oro que pasaban por la mano del sacerdote, que ha cerrado tantos templos, disipado tantas teorías, creéis, digo, que vuestra revolución ha de perdonaros? ¡No! ¡no! Esta revolución tendrá necesariamente un desenlace y opino que, sin provocarlo, es preciso encaminarnos a él intrépidamen-

te. Cuanto más tardéis, más difícil y sangriento será vuestro triunfo. (Una parte de la sala prorrumpe en violentos murmullos.)

»¡Pero no veis, prosiguió Isnard, la unión de todos los contrarrevolucionarios que ya no os dejan otro partido que el de vencerlos! ¡Más vale combatirlos, ahora que los ciudadanos están resueltos y recuerdan los peligros que han corrido, antes que se enfríe el patriotismo! ¡No es cierto que no seamos más que los que éramos en el primer año de la libertad! (Una parte del salón aplaude, la otra se agita.) Si entonces hubiera levantado el fanatismo la cabeza, la ley le habría humillado. Debéis encaminar vuestros esfuerzos a obligar a la victoria a pronunciarse. Perseguid a vuestros enemigos y se arrepentirán por temor, o los someteréis con las armas. En circunstancias extraordinarias la prudencia es debilidad, y para dominar a revoltosos, que deben ser anonadados antes que se levanten, se necesita mucha energía. Si se les permite hacer propaganda, se extenderán por todo el reino, como un torrente imposible de contener. Así es como obra el despotismo, y así cómo un solo individuo puede tener bajo su yugo a todo un pueblo. ¡Si Luis XVI hubiera empleado estos grandes medios cuando la revolución estaba en sus comienzos, no nos encontraríamos nosotros hoy aquí! Este rigor es un crimen en un déspota; pero es una virtud en una nación. Los legisladores que retroceden ante estos remedios extremos son débiles y culpables, porque, cuando se trata de un atentado a la libertad pública, perdonar el crimen es hacerse cómplice del criminal. (Muchos aplausos.)

»Este rigor hará, probablemente, correr la sangre; pero más correrá, si no le empleáis. ¿No es la guerra civil el mayor desastre? Cortad el miembro gangrenado, si queréis salvar todo el cuerpo. La indulgencia es un lazo que se os tiende, pues os abandonará la nación, porque no habéis osado sostenerla, ni sabido defenderla. Vuestros enemigos no os aborrecerán menos, y vuestros amigos os retirarán su confianza. ¡La ley es mi Dios, no tengo otro, y el bien público es

mi culto! Habéis castigado ya a los emigrados; pero os falta dictar un decreto contra los eclesiásticos perturbadores, que os conquistará diez millones de brazos. El decreto que os propongo puede quedar redactado con dos palabras: Sujetad al juramento cívico a todo francés, sea clérigo o seglar, y privad a todo individuo que no lo preste de todo sueldo y de toda pensión. En buena política, se puede expulsar del reino al que no firme el contrato social; pero, ¿qué necesidad hay de pruebas contra los eclesiásticos? Con que una parte de los ciudadanos con quienes vive, se queje de él, debe bastar para que sea inmediatamente desterrado. A los que según el código penal merecen penas más severas que el destierro, se les condena a muerte.»

X

Este discurso, que llevaba el patriotismo hasta la impiedad y que hacía de la salud pública una especie de Dios implacable, al que era necesario sacrificar hasta al inocente, provocó un frenético entusiasmo entre los girondinos, y una severa indignación en las filas del partido moderado. «Pedir la impresión de semejante discurso, dice el obispo constitucional Lecoz, es pedir la impresión de un código de ateísmo. Es imposible que exista sociedad alguna si carece de una moral inmutable basada en la idea de un Dios.» Esta religiosa protesta fué acogida con risas y murmullos, y el decreto contra los eclesiásticos, presentado por Francisco de Neufchateau y adoptado por el comité de legislación, quedó por fin aprobado en estos términos:

«Todo eclesiástico no juramentado está obligado a presentarse en el término de ocho días ante la respectiva municipalidad para prestar el juramento civil.

»Los que se negaren a ello, no percibirán en lo sucesivo ningún sueldo, ni pensión del tesoro público.

»La suma a que asciendan las pensiones de que hayan sido privados los eclesiásticos se repartirá anualmente entre los departamentos para que sea empleada en obras de caridad y en socorrer a los indigentes imposibilitados.

»Estos eclesiásticos serán, además, por el solo hecho de negarse a prestar juramento, considerados como sospechosos de sedición y especialmente vigilados.

»Podrán, por lo mismo, ser separados de su domicilio, en cuyo caso se les señalará otro.

»Si se negasen a variar de domicilio cuando se les mande, serán reducidos a prisión.

»Las iglesias destinadas al culto pagado por el Estado, no podrán dedicarse a ningún otro. Los ciudadanos podrán arrendar otras iglesias y capillas, y celebrar en ellas su culto; pero esta facultad no se extiende a los clérigos no juramentados, o sospechosos de contrarrevolucionarios.»

XI

Este decreto, que fomentaba el fanatismo en vez de extinguirlo, y que permitía la libertad de cultos, no como un derecho sino como un favor, entristecía a los fieles, provocaba la guerra de la Vendée, y llevaba la persecución a todas partes. Suspendido como arma terrible sobre la conciencia del monarca, le fué enviado para su aceptación.

Los girondinos regocijábanse de tener asegurado de este modo al rey entre su ley y su fe, pues si aceptaba el decreto, era cismático, y, si lo rehusaba, traidor. Triunfantes con esta victoria, preparaban otra.

Después de haber obligado a Luis XVI a faltar a la religión de su conciencia, trataron de obligarle a castigar a la nobleza y hasta a sus propios hermanos. Suscitaron, pues, la cuestión de los emigrados. Tan pronto como Luis XVI hubo aceptado la Constitución, renunció formalmente a toda conjuración interior o exterior para recobrar su poder, pues la omnipotencia de la opinión le había convencido de la inutilidad de todos los proyectos que se le proponían para vencerla. La tranquilidad momentánea de los ánimos después de tantos alborotos, la benévola acogida de que había sido objeto en la Asamblea, en el Campo de Marte y en el teatro; la libertad y los honores que se le tributaron en su pa-

lacio, habíanle convencido de que, si la Constitución tenía partidarios fanáticos, la dignidad real no tenía enemigos implacables en su reino. Consideraba practicable la Constitución en muchas de sus disposiciones y absurda en otras, y el gobierno que se le imponía, parecía una experiencia, por decirlo así, filosófica, que la nación quería hacer con su rey; pero olvidaba que las experiencias de los pueblos son catástrofes. Un rey que se somete a condiciones de gobierno imposibles, acepta desde luego su ruina. La abdicación reflexiva y voluntaria es más regia que la abdicación diaria soportada por la degradación del poder, pues el rey salva en este caso, si no su vida, su dignidad al menos. Es más decoroso a la majestad real descender que ser precipitado, pues cuando se deja de ser rey, el trono es el último sitio del reino.

Como quiera que sea, el rey declaró con franqueza a los ministros que se proponía ejecutar lealmente la Constitución y asociarse sin reserva alguna, ni siniestro propósito, a la voluntad y a los destinos de la nación. Hasta la reina, por uno de estos cambios imprevistos e inconsecuentes del corazón femenino, lanzóse con la confianza del desesperado al partido de la Constitución, diciendo a Bertrand de Molleville, ministro y confidente del rey: «Vamos con valor. Yo espero con paciencia, firmeza y constancia, porque no está todo perdido todavía.»

El ministro de marina, Bertrand de Molleville, escribió, de orden del rey, una carta firmada por éste, en la que se decía a los comandantes de marina: «Se me ha informado que las emigraciones aumentan en los cuerpos de la marina. ¿Cómo puede ser que oficiales de un cuerpo cuya gloria me ha costado tanto, y que me han dado siempre tantas pruebas de fidelidad, estén tan equivocados, que pierdan de vista lo que deben a la patria, a mí y a sí mismos? Este partido extremo hubiera parecido menos reprehensible hace algún tiempo, cuando reinaba la anarquía y no se divisaba su término; pero hoy que la nación desea vivir en orden y con sumisión a las leyes, ¿es posible que fieles marinos se separen de

su rey? Decidles que permanezcan en el lugar a que la patria los ha destinado. La ejecución exacta de la ley fundamental es actualmente el medio más seguro de apreciar sus ventajas y de conocer lo que falte para su perfección. Vuestro rey os ruega que permanezcáis en vuestro puesto, como él permanece en el suyo. Vosotros, que antes hubierais reputado un crimen desobedecer sus órdenes, ¿desatenderéis hoy sus ruegos?

Escribió también a los generales y jefes de los ejércitos de tierra, diciendo: «Al aceptar la Constitución he prometido sostenerla en el interior de Francia y defenderla contra los enemigos de fuera, y este acto solemne debe evitar toda duda. La ley y el rey serán en adelante una misma cosa, y el enemigo de la una lo es también del otro. No puedo reconocer como sinceramente adictos a mi persona a los que abandonan su patria en el momento en que ésta necesita de sus servicios. Sólo muestran adhesión a ella los que siguen mi ejemplo y se unen conmigo para cooperar a la salvación pública, y continúan desempeñando los destinos de la monarquía.»

Por último, ordenó a Lessart, ministro de Negocios Extranjeros, que publicase una proclama dirigida a los franceses emigrados, y concebida en los términos siguientes: «El rey ha sido informado de que gran número de franceses se retiran a países extranjeros, y no puede ver sin triste conmoción una emigración tan considerable. Aunque la ley permite a todos los ciudadanos salir de la nación libremente, el rey debe advertirles sus deberes y los disgustos que se avecinan. Si creen en esto darle una prueba de afecto, están equivocados. Sus verdaderos amigos son los que se unen a él para hacer cumplir las leyes, y restablecer el orden y la paz en el reino. Cuando el rey aceptó la Constitución, quiso hacer cesar las discordias civiles, y debió creer que todos los franceses le secundarían. Sin embargo, las emigraciones aumentan y algunos se alejan a causa de los desórdenes que han amenazado sus propiedades y su vida. ¿Pero no se ha de perdonar nada a las circunstancias? ¿No ha tenido también el mismo soberano grandes pesares? Puesto

que él los ha olvidado, ¿quién puede acordarse de sus peligros? ¿Cómo se establecerá el orden si los interesados en conservarlo lo abandonan y se abandonan a sí mismos? Regresad, pues, al seno de vuestra patria, y prestad a las leyes el apoyo de buenos ciudadanos. Meditad los disgustos que ocasionará al rey vuestra obstinación, y que serían para él los más sensibles de todos.»

Estas manifestaciones no engañaban a la Asamblea, que veía en ellas un secreto propósito de evitar medidas más severas. Quería, por consiguiente, comprometer al rey; pero la nación y la salud pública lo deseaban también.

XII

Mirabeau había tratado en la Asamblea constituyente el asunto de la emigración, más como filósofo que como hombre de Estado; pero se equivocaba, porque siempre que una teoría está en contradicción con la salud de una sociedad, es falsa, pues la sociedad es la verdad suprema.

Sin duda, en tiempos normales el hombre no está aprisionado por la naturaleza, y tampoco debe estarlo por la ley dentro de las fronteras de su país, y, desde este punto de vista, las leyes contra la emigración sólo deben ser excepcionales. Pero estas leyes, ¿son injustas porque son excepcionales? Evidentemente no. El peligro público tiene sus leyes propias, tan necesarias y tan justas como las de los tiempos de seguridad. El estado de guerra no es el estado de paz. Vosotros cerráis vuestras fronteras a los extranjeros en tiempo de guerra, y podéis también cerrarlas a vuestros conciudadanos. Se declara legítimamente una ciudad en estado de sitio en caso de sedición, y de la misma manera se puede poner la nación en estado de sitio en caso de peligro exterior, complicado con una conjuración interior. ¿Por qué absurdo abuso de libertad, se obligaría a un Estado a permitir en territorio extranjero reuniones de ciudadanos armados contra el Estado mismo, cuando no las permitiría dentro del país? Y si estas reuniones son culpables fuera, ¿por qué se prohíbe al Estado cerrar los caminos

que conducen a ellas a los emigrados? Una nación se defiende de sus enemigos exteriores con las armas, y de los interiores con las leyes. Proceder de otro modo sería consagrar fuera de la patria la inviolabilidad de las conjuraciones que se castigan dentro; equivaldría a proclamar la legitimidad de la guerra civil, puesto que se complica con la guerra extranjera y oculta la sedición con la traición. Tales máximas destruyen la nacionalidad de todo un pueblo por proteger un abuso de libertad de algunos ciudadanos.

La Asamblea constituyente sufrió, sin embargo, la equivocación de sancionarla. Si hubiera dictado desde el principio leyes represivas contra la emigración en tiempo de trastornos, de revolución y de guerra inminente, habría proclamado una verdad nacional, y evitado una de las principales causas de los excesos de la Revolución. La cuestión no iba a tratarse ahora con raciocinios, sino con pasiones. La imprudencia de la Asamblea constituyente había puesto esta arma peligrosa entre las manos de los partidos, y éstos se disponían a volverla contra el rey.

XIII

Brissot, el inspirador de la Gironda, el hombre de Estado dogmático de un partido que necesitaba de ideas y de jefe, subió a la tribuna en medio de aplausos anticipados, que revelaban su importancia en la nueva Asamblea, y pidió la guerra como la más eficaz de las leyes.

«Si se desea, dijo, sinceramente contener la emigración, es necesario, en primer término, castigar los grandes culpables que forman en países extranjeros un foco de contrarrevolución. Hay tres clases de emigrados: los hermanos del rey, indignos de pertenecerle; los funcionarios públicos que abandonan sus puestos y seducen a los ciudadanos, y, por último, los simples ciudadanos arrastrados por la irritación, por la debilidad o por el temor. Vosotros debéis indignación y castigo a los primeros, y piedad e indulgencia a los demás. ¿Cómo han de respetaros los ciudadanos si advirtie-

ran que la impunidad de sus jefes aseguraba la suya? ¿Tenéis acaso dos pesas y dos medidas? ¿Qué pensarán los emigrados cuando vean que un príncipe que ha malgastado 40.000,000 en diez años, recibe todavía de la Asamblea nacional más millones para pagar su lujo y sus deudas?... Desunid los intereses de los revoltosos castigando a los grandes culpables. Se entretiene constantemente a los patriotas dictando vanos paliativos contra la emigración; los partidarios de la corte se han burlado así de la credulidad del pueblo, y habéis oído a Mirabeau, quien tomando estas leyes como objeto de risa, os ha dicho que jamás serían ejecutadas, porque el rey no ha de ser acusador de su familia. Tres años trabajando sin éxito alguno; una vida errante y desgraciada; sus intrigas descubiertas; sus conspiraciones abortadas; todos estos reveses no han corregido a los emigrados, que tienen el corazón corrompido desde su nacimiento. Si queréis contener esta conspiración, castigadla del otro lado del Rin; no en Francia. Con providencias de esta clase impidieron los ingleses a Jacobo II que socavase el fundamento de su libertad. No perdieron el tiempo dictando leyes ineficaces contra los emigrados, sino que advirtieron a los príncipes extranjeros la necesidad de que expulsasen a los emigrados de sus Estados. (*Aplausos.*) Esta medida se hizo aquí necesaria desde luego; pero los ministros os hablarán de consideraciones de Estado y de razones de familia, cuando estas consideraciones y estas contemplaciones son un crimen contra la libertad, porque el rey de un pueblo libre no tiene familia. Todavía es tiempo de que os dirijáis de una vez contra los jefes siquiera para evitar que se diga: estos descontentos deben ser muy poderosos, y estos veinticinco millones de hombres muy débiles cuando los temen.

»Vuestras amenazas y vuestras órdenes deben dirigirse especialmente a las potencias extranjeras, porque aun es tiempo de demostrar a Europa lo que sois, y de pedirle cuenta de los ultrajes que se os han inferido. Digo más: es necesario obligar a las potencias a que contesten, y, una de dos, o rinden ho-

menaje a nuestra Constitución, o se declaran contra ella. En el primer caso, las que favorecen ahora a los emigrados, se verán obligadas a expulsarlos de su territorio; en el segundo, tendréis que atacar vosotros a las potencias que se atrevan a amenazaros. Cuando en el último siglo Portugal y España auxiliaron a Jacobo II, Inglaterra hostilizó estas dos potencias. Nada temáis; la imagen de la libertad, como la cabeza de Medusa, quebrantarán las armas de vuestros enemigos, porque temen que sus soldados los abandonen, y a la intervención prefieren la expectativa armada. La Constitución inglesa y una libertad aristocrática serán las bases de las reformas que pueden proponeros; pero vosotros seríais indignos de la libertad, si la aceptaseis de vuestros enemigos. El pueblo inglés desea vuestra revolución; el emperador teme la fuerza de vuestras armas; y la emperatriz de Rusia, cuya aversión contra la libertad francesa es bien conocida, y que en algunas cosas se parece a Isabel, no debe esperar mejor éxito que el que ésta tuvo contra Holanda. No se puede subyugar esclavos a mil quinientas leguas ni someter a hombres a esta distancia. Tengo a menos mencionar otros príncipes, que no merecen ser contados como verdaderos enemigos. Creo, pues, que Francia debe elevar su actitud y sus esperanzas. Sin duda habéis declarado a Europa que no emprenderéis nuevas conquistas, pero tenéis el derecho de decirle: elegid entre un puñado de rebeldes y una nación.»

XIV

Este discurso, aunque contradictorio en muchas de sus partes, revelaba el propósito de Brissot de representar tres papeles diferentes, granjeándose a la vez, el favor de los tres partidos de la Asamblea. En sus principios filosóficos afectaba el lenguaje de moderador repitiendo las máximas de Mirabeau contra las leyes relativas a la expatriación. En su ataque a los principios, descubría al rey designándole al pueblo como sospechoso. Y, por último, en su denuncia de la diplomacia de los ministros, incitaba a una guerra extrema, mostrando la ener-

gía de un patriota y la previsión de un hombre de Estado, porque, si la guerra estallaba al fin, la nación sospecharía de la corte, y declararía al rey traidor a la patria.

Este discurso elevó a Brissot a la jefatura de los conspiradores de la Asamblea. Joven inexperto, llevaba a la Gironda su reputación de escritor, de publicista, y de hombre versado desde hacía diez años en la dirección de las facciones. La audacia de esta política disculpaba su impaciencia, y la austeridad de su lenguaje convencía de la grandeza de sus designios.

Condorcet, amigo de Brissot y tan ambicioso y poco delicado como él, le sucedió en la tribuna; pero no hizo más que comentar el discurso del primero. Concluyó como Brissot sosteniendo que se obligara a las potencias extranjeras en favor o contra la Constitución y pidiendo que se renovara el cuerpo diplomático.

Fácilmente se advertía que los dos oradores se habían puesto de acuerdo antes de hablar, y que un partido ya organizado se posesionaba de la tribuna e intentaba imponer el yugo de su dominación a la Asamblea. Brissot era el conspirador, Condorcet el filósofo, y Vergniaud el orador. Este subió a la tribuna acompañado del prestigio de su admirable elocuencia, cuyo rumor le precedía de lejos. Las miradas de la Asamblea, la benevolencia de las tribunas y el silencio de todos revelaban claramente que él era uno de los grandes actores del drama revolucionario, que no se presentaban en escena más que para embriagarse con su popularidad, para ser aplaudidos y para morir.

XV.

Vergniaud, natural de Limoges y abogado en Burdeos, no tenía entonces más que treinta y tres años. La Revolución había arrastrado consigo a pesar de su juventud. Sus facciones majestuosas y plácidas anunciaban la persuasión de su poder. Ninguna tensión las afectaba. La facilidad, gracia del genio, lo suavizaba todo en él; talento, carácter, actitud.

Cierto descuido en su persona revelaba que con frecuencia se olvidaba de sí mismo, seguro de recobrar su verdadero valor en el momento que lo necesitase. Su frente era serena; su mirada, firme; su boca, grave y un poco triste; los pensamientos severos de la edad madura confundíanse en su fisonomía con la sonrisa y ligereza de la juventud. Se le trataba familiarmente al pie de la tribuna; pero se le admiraba con respeto cuando ascendía a ella. Su primera mirada, su primera palabra establecía una distancia inmensa entre el hombre y el ídolo. Era un instrumento del entusiasmo, que no adquiría su valor, ni ocupaba su lugar sino cuando estaba inspirado. Esta inspiración secundada por una voz grave y por una elocuencia inagotable, habíase nutrido con los más puros recuerdos de la tribuna antigua. En sus frases brillaban las imágenes y la armonía de los más hermosos versos. Si no hubiera sido el orador de la democracia, habría sido el filósofo y el poeta. Su genio enteramente popular no le permitía emplear el lenguaje del pueblo, ni aun para adularle, y sus pasiones eran nobles como su lenguaje. Adoraba la Revolución como una filosofía sublime que debía ennoblecer a la nación entera, sin más sacrificio que el de las preocupaciones y la tiranía. Profesaba doctrinas, pero no resentimientos; tenía sed de gloria, pero no ambición. El poder mismo parecía una cosa demasiado real, demasiado vulgar para pretenderlo, y lo desdeñaba para sí, solicitándolo únicamente para sus ideas. La gloria y la posteridad eran los dos únicos objetos de su pensamiento, y subía a la tribuna, sólo para verlos desde más alto; después, ya no los vió más que desde el cadalso, y se lanzó al porvenir, bello, joven e inmortal en la memoria de Francia, con todo su entusiasmo y luego de haber lavado algunas manchas con su generosa sangre. Este era el hombre que la naturaleza había dado por jefe a los girondinos. No se desdeñó él de serlo aunque tenía el alma y los designios de un hombre de Estado, demasiado indolente para jefe de un partido, pero demasiado grande para ser el segundo de otro alguno. Tal fué Vergniaud: más glorioso que útil a sus amigos, no

quiso conducirlos, pero los hizo inmortales.

Esta gran figura destacaráse más todavía cuando su talento la coloque a mejor luz. «¿Hay circunstancias, dijo, en las que los derechos naturales del hombre permiten a una nación tomar cualquier medida contra las emigraciones?» Vergniaud negó estos pretendidos derechos naturales, declarando que el más alto y superior de todos era el de asociación, que los resume todos y que los domina como el todo domina a la parte. Restringe la libertad política al derecho que tiene el ciudadano para hacer todo aquello que no perjudique a la patria; pero se detiene aquí. El hombre puede, sin duda, usando materialmente de este derecho, renunciar a la patria donde ha nacido, y a la que pertenece y se debe como el miembro al cuerpo; pero esta renuncia es una traición que rompe el pacto establecido entre la nación y el individuo. La nación no debe, en este caso, protección, ni a su propiedad ni a su persona. Después de haber desvanecido la pueril distinción establecida entre el emigrado funcionario y el simple emigrado, demostró que una sociedad llega a su decadencia si renuncia al derecho de retener a los que la abandonan en los peligros. Dando a los emigrados por patria el universo, le quita la que lo ha visto nacer; ¿pero qué será si el emigrado deja de ser un cobarde que huye para convertirse en enemigo, y si muchos como él, juntos, atacan a la nación con un ejército de conspiradores? ¿Será, en este caso, el ataque lícito a los emigrados, y los buenos ciudadanos no podrán defenderse?

XVI

«Pero Francia, prosigue, ¿se encuentra en esta situación? ¿Hay algo que temer de estos hombres que concitan el odio de las cortes extranjeras contra nosotros? Seguramente, no, pues poco tardaremos en ver a estos soberbios mendigos, que van a buscar los rublos de Catalina y los millones de Holanda, expiar en afrentosa miseria los crímenes de su orgullo. Además, los reyes extranjeros no se atreven a atacarnos, porque saben

que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad, tienen miedo de enviar sus soldados a una tierra encendida con este fuego sagrado, y les sobrecoge de espanto la idea de que en una batalla los hombres libres de todos los países se reconozcan y formen de todos los ejércitos un solo pueblo de hermanos, dispuesto a combatir a sus tiranos; pero, si al fin necesitamos medir nuestras fuerzas, recordemos que un millar de griegos, defendiendo la libertad, triunfaron de un millón de persas.

»Se asegura que los emigrados no abrigan ningún designio siniestro contra su patria, porque, ¿dónde están las pruebas legales de las acusaciones que contra ellos se lanzan? ¿No sería tiempo, cuando se presentasen, de castigar a los culpables?... ¡Oh, lástima es que los que usáis este lenguaje no hubierais estado en el Senado de Roma cuando Cicerón acusó a Catilina, pues sin duda le hubierais pedido también una prueba legal! Presumo que le habríais confundido. Mientras buscarse las pruebas legales, Roma habría sido saqueada, y Catilina y vosotros hubierais reinado sobre sus ruinas. ¡Pruebas legales!... ¿Habéis calculado la sangre que os costarán? No, no, adelantémonos a nuestros enemigos; tomemos medidas de rigor; evitemos a la nación este zumbido constante de insectos ávidos de sangre, que la inquietan y la fatigan. Mas, ¿cuáles deben ser estas medidas? Desposeer en seguida de sus bienes a los ausentes. Esta providencia es pequeña, se dirá. ¿Qué importa su grandeza o su pequeñez? Sólo se trata de su justicia. En cuanto a los oficiales desertores su castigo está consignado en el código penal: la muerte y la infamia. Los príncipes franceses son más culpables aún, y la intimación de que vuelvan a su patria, que se os propone que le dirijáis, no basta, ni para vuestro honor ni para vuestra seguridad. Sus atentados son evidentes, y es necesario que tiemblen en vuestra presencia o que vosotros tembléis ante ellos. ¡Es preciso optar por una cosa u otra! Se habla del dolor profundo que experimentará el rey. ¡Bruto inmoló sus hijos criminales a su patria! No será sometido a tan dura prueba el corazón de Luis XVI. Si estos

principes, malos hermanos y peores ciudadanos, rehusan oírle, que se dirija al corazón de los franceses, que le resarcirán cumplidamente de sus pérdidas.» (Aplausos.)

Pastoret, que subió a la tribuna después que Vergniaud, citó estas palabras de Montesquieu: *Hay un tiempo en que se necesita correr un velo sobre la libertad, como sobre las estatuas de los dioses.* Estar siempre alerta y no abrigar temor alguno debe ser la conducta de un pueblo libre. Propuso medidas de represión contra los ausentes; pero progresivas y moderadas.

XVII

Isnard declaró que las medidas propuestas hasta aquel momento eran prudentes, pero no satisfacían a la justicia ni a la venganza que una nación ultrajada se debe a sí misma. «Si me permitís exponer la verdad, añadió, diré que si no castigamos a todos estos jefes rebeldes, no es porque no estemos persuadidos en el fondo de nuestro corazón de que son culpables, sino porque son príncipes, y porque, aunque hemos destruido la nobleza y las distinciones de la sangre, estos vanos fantasmas siguen amedrentando nuestras almas. ¡Ah! ¡ya es tiempo de que ese gran nivel de igualdad que ha pasado sobre Francia adquiriera persistencia! Entonces solamente será un hecho la igualdad. Temed que este espectáculo de ingenuidad conduzca al pueblo a los excesos, pues su cólera suple frecuentemente el silencio de las leyes. La ley debe penetrar en el palacio del grande como en la cabaña del pobre, y, tan inexorable como la muerte, no debe distinguir, al lanzarse contra los culpables, los rangos ni los títulos. Se pretende adormeceros, pero la nación vela constantemente. El despotismo y la aristocracia no duermen, y, si las naciones se adormecen un momento, despertarán encadenadas. Si los hombres dispusieran del fuego celeste, deberían lanzarlo sobre los que atentan a la libertad de los pueblos, para que éstos no perdonaran nunca a los que conspiran para aherrojarlos. Cuando los galos escalaban el Capitolio, Manlio despierta,

corre a la brecha y salva la república, y cuando más tarde este salvador es acusado de conspirar contra la libertad pública, comparece ante los tribunos y presenta las manillas, los venablos, doce coronas cívicas, treinta despojos de enemigos vencidos y su pecho acribillado de heridas, recordando que ha salvado a Roma, es precipitado de la misma roca de donde él había lanzado a los galos. ¡Ved, señores, un pueblo libre!

»Y nosotros, desde la conquista de nuestra libertad, no cesamos de perdonar a nuestros patricios sus complots, y recompensamos sus crímenes enviándoles carros de oro. Yo, si votase estos dones, moriría de remordimiento. De este primer decreto depende el éxito de nuestros trabajos, porque el pueblo nos contempla y nos juzga. Siendo débiles, perderemos la confianza pública, mientras que, si somos fuertes, desconcertaremos a nuestros enemigos. No profanéis la santidad del juramento, dando crédito al de estas bocas sedientas de nuestra sangre. Nuestros enemigos jurarán con una mano y con la otra afilarán sus espadas para herirnos mejor.»

Cada una de estas frases violentas provocaba en la Asamblea y en las tribunas esa exaltación pública, que se revela por estrepitosas palmadas. Creíase generalmente que la única política posible en lo sucesivo sería la cólera de la nación, que el tiempo de la filosofía en la tribuna había ya pasado, y que la Asamblea abandonaría pronto los principios para recurrir a las armas. Los girondinos, que no hubieran querido que pasase Isnard tan adelante, comprendieron la necesidad de seguirlo hasta donde la popularidad lo siguiese. En vano Condorcet defendió su proyecto de ley dilatoria, pues la Asamblea, oído el informe de Ducastel, adoptó el decreto de su comisión de legislación, cuyas principales disposiciones prevenían que los franceses reunidos en el extranjero serían inmediatamente declarados sospechosos de conjuración contra Francia, y declarados conspiradores, sino regresaban antes del 1.º de enero de 1792, y, en tal concepto, condenados a la pena de muerte; que los príncipes franceses, hermanos del rey, serían condenados a muerte como

los demás emigrados, si no obedecían a la notificación que se les había hecho; que sus bienes serían desde luego secuestrados, y, finalmente, que los oficiales de los ejércitos de mar y tierra que abandonasen su puesto sin licencia o dimisión aceptada, serían considerados como soldados desertores, y condenados a muerte.

XVIII

Estos dos decretos affigían al rey y consternaban a su consejo, pues aunque la Constitución daba a Luis XVI el derecho de suspenderlos con el veto real, no podía hacer uso de él porque, suspender los efectos de la cólera nacional contra los enemigos armados de la Revolución era concitarla sobre sí mismo. Los girondinos fomentaban artificiosamente estos elementos de discordia entre la Asamblea y el rey, esperando con impaciencia que la negativa del rey a sancionar los decretos colmase el enojo popular y le pusiera en el trance de huir o entregarse en sus manos. El grupo monárquico de la Asamblea constituyente imperaba aún en el directorio del departamento de París, cuyos principales miembros eran Desmeuniers, Beaumetz, Talleyrand - Perigord, Larocheffoucauld. Estos dirigieron una solicitud al rey, suplicándole que no sancionara el decreto dictado contra los sacerdotes no juramentados. Esta exposición, en la que la Asamblea legislativa era tratada con rigor, contenía los verdaderos principios de gobierno en materias religiosas, todos los cuales se reasumían en este axioma, que debe ser el código de las conciencias: «Puesto que ninguna religión es ley, ninguna religión puede ser crimen.»

XIX

Andrés Chenier, escritor joven, cuyo nombre ya famoso, debía obtener más tarde la consagración del martirio, considerando la cuestión elevada a las regiones de la filosofía, publicó acerca del mismo asunto una carta digna de la posteridad. Siendo propiedad del genio no dejarse cegar por las preocupaciones del momento, Chenier alzaba demasiado la

vista para que los errores vulgares le ocultasen el resplandor permanente de la verdad. En sus juicios se advierte la imparcialidad del porvenir.

«Todos los que han conservado la libertad de su razón — decía — y en quienes el patriotismo no es un violento deseo de dominar, ven con disgusto que las discusiones respecto a los sacerdotes hayan ocupado los primeros momentos de la Asamblea nacional. Tiempo es ya de que la opinión pública sepa a qué atenerse en lo referente a este punto. La misma Asamblea constituyente se ha equivocado, pues ha pretendido hacer una Constitución civil de la religión, o, lo que es lo mismo, ha intentado formar un clero después de haber destruído otro. ¿Qué importa que una religión se diferencie de otra? ¿Corresponde a la Asamblea nacional concertar las sectas divididas y medir sus diferencias? ¿Los políticos son teólogos?... No nos veremos libres de la influencia de estos hombres, sino cuando la Asamblea nacional proteja la libertad de todos para seguir o inventar la religión que más le plazca, cuando cada cual pague el culto que quiera seguir y no otro alguno, y cuando la imparcialidad de los tribunales castigue en estas materias de igual modo a los sediciosos que a los perseguidores de todos los cultos... Los miembros de la Asamblea nacional aseguran que el pueblo francés no tiene aún bastante experiencia para esta doctrina; pero a esto puede responderseles: Si esto es cierto, a vosotros pertenece instruirnos con vuestras palabras, con vuestros actos y con vuestras leyes. Los eclesiásticos no turban la paz de los Estados, cuando nadie se ocupa en ellos. Acordémonos de que durante diez y ocho siglos todas las sectas cristianas se han visto desgarradas y ensangrentadas por las inepcias teológicas y las enemistades sacerdotales, y siempre han concluído por fortalecerse con el poder público...»

Estas líneas llamaron la atención de los patriotas, que se disputaban la conciencia del pueblo; pero la solicitud del directorio de París, que pedía el veto contra los decretos de la Asamblea, suscitó violentas proposiciones en sentido contrario. Por primera vez, mostróse Le-

gendre, carnicero de París, en la barra de la Asamblea lanzando en lenguaje oratorio las imprecaciones del pueblo contra sus enemigos y contra los traidores coronados. Legendre gritaba mucho y sus grandes voces disimulaban la trivialidad de sus conceptos. De la unión de ideas vulgares con las ambiciosas expresiones de la tribuna nació el lenguaje extravagante, en que los harapos del pensamiento se confundían con el oropel de las palabras, pareciéndose la elocuencia popular de la época al lujo indigente de un hombre de fortuna. El populacho se envanecía de usurpar el lenguaje de la aristocracia, hasta para combatirla; pero, usándolo, lo mancillaba. «Representantes, vociferaba Legendre, decretad que el águila de la Victoria y de la Fama ciernan sus alas sobre vuestras cabezas y sobre las nuestras y decid a los ministros: nosotros amamos al pueblo y vuestro suplicio comienza, porque los tiranos van a morir.»

XX

Camilo Desmoulins, el Aristófanes de la revolución, alzó en seguida su voz, tan sonora como la del abate Fauchet para hacerse oír. Desmoulins era el Voltaire de las calles y revelaba con sarcasmos sus pasiones. «Representantes, decía, los aplausos del pueblo son su lista civil; la inviolabilidad del rey es muy justa, porque él está siempre por su naturaleza en oposición contra la voluntad general y con nuestros intereses. Jamás se cae voluntariamente de tan alto. Sigamos el ejemplo de Dios, cuyos mandamientos no son jamás imposibles, y no exijamos a este ex soberano un amor imposible a la soberanía nacional. Nada debe parecernos más natural que el veto que opone a los mejores decretos; pero que los magistrados del pueblo, que el directorio de París, que los mismos que hicieron fusilar en el Campo de Marte hace cuatro meses a los ciudadanos firmantes de un decreto que no había sido recibido aún, inunden la monarquía con una petición que es evidentemente la primera página de un gran registro de contrarrevolución, una suscripción de la guerra civil remitida por

ellos a la firma de todos los fanáticos, de todos los idiotas, de todos los esclavos, de todos los ladrones de los ochenta y tres departamentos a cuyo frente están los nombres ejemplares de los miembros del directorio de París, padres de la patria, esto es una complicación tal de ingratitud y de bellaquería, de prevaricación y perversidad, de hipócrita filosofía y de pérfida moderación, que nosotros nos agrupamos inmediatamente alrededor de vosotros y de los decretos. Proseguid, fieles mandatarios, y si persiste la obstinación en no permitirnos salvar la patria, ¡salvémonos nosotros mismos! El poder del veto real tendrá un término, y un veto no impide la prisión de la Bastilla.

»Conocemos ya el grado de civismo de nuestro directorio, y lo comprendimos por una proclama incendiaria, no para abrir de nuevo las cátedras evangélicas a los eclesiásticos, sino las tribunas sediciosas a los conjurados de sotana. Su distintivo es un escrito que tiende a envilecer los poderes constituidos, una petición colectiva, una incitación a la guerra civil y la ruina de la Constitución. No somos nosotros admiradores del gobierno representativo, respecto al cual pensamos como J. J. Rousseau; pero, si no tenemos afición alguna a estos artículos, tenemos menos aun a la guerra civil. ¡Hay tantos motivos de acusación! El delito de estos hombres está descubierto, castigadlos; pero, si la cabeza duerme, ¿cómo obrarán los brazos? No levantéis estos brazos, no alcéis la maza nacional para exterminar los insectos. ¡Un Varnier, un Delattre! ¿Catón y Cicerón formaban el proceso a Ceteo o a Catilina? ¡Estos son los jefes a quienes es necesario perseguir! Herid a la cabeza.» Este entusiasmo irónico y audaz, menos aplaudido con palmadas que con risas estruendosas, provocó la admiración de las tribunas.

La Asamblea acordó enviar acta de la sesión a todos los departamentos, elevar legislativamente un libelo a la dignidad de documento público, y compartir la responsabilidad de la injuria hecha a los ciudadanos para que no la exigiere a los poderes públicos. El rey tembló ante el libelista, y comprendió, por este primer

acto de su escarnecida prerrogativa, que la Constitución sería una cosa inútil en sus manos, siempre que pretendiera servirse de ella.

El día siguiente, el partido constitucional, más fuerte en la sesión, hizo enviar nuevamente el acta a las provincias. Brissot mostraba gran indignación en su periódico el *Patriota francés*, pues en él y en los jacobinos más que en la tribuna, era donde daba las órdenes a su partido, y donde revelaba su pensamiento republicano. Brissot no tenía condiciones de orador: su espíritu obstinado, sectario y dogmático, acomodábase más a la conjuración que a la acción, pues el fuego de su alma era ardiente, pero concentrado. No despedía el resplandor ni las llamas que provocan el entusiasmo, que es la explosión de las ideas, por lo que sólo era la lámpara de la Gironda, y no su antorcha ni su lumbrera.

XXI

Reducido el partido de los jacobinos a causa del gran número de sus miembros principales que habían sido elegidos para la Asamblea legislativa, fluctuaron algún tiempo sin dirección, como ejército licenciado después de la victoria. El club de los fuldenses, compuesto de los restos del partido constitucional en la Asamblea constituyente, esforzábese por recobrar la dirección de la opinión pública. Barnave, Lameth y Dupont eran los jefes de este partido. Temiendo al pueblo y convencidos de que una sola Asamblea sin algún contrapeso absorbería inevitablemente lo poco que quedaba del trono, pretendía este partido la creación de dos cámaras y una Constitución equilibrada. Barnave, a quien su arrepentimiento había conducido a este partido, continuaba en París sosteniendo secretas relaciones con Luis XVI. Sus consuecos, como los de Mirabeau en sus últimos días, eran vanos arrepentimientos.

La Revolución había dejado atrás a todos estos hombres, y los había perdido de vista. Sin embargo, ellos conservaban aún un resto de influencia en las corporaciones constituidas de París y en las resoluciones del rey, que no podía

concebir cómo hombres tan poderosos ayer contra él, se encontraban hoy tan desprovistos de fuerza. Eran su última esperanza contra el partido de los girondinos, los nuevos enemigos que aparecían.

La guardia nacional, el directorio del departamento de París, el mismo alcalde Bailly, y, en fin, la parte de la nación interesada en el orden los apoyaban también, pudiendo decirse que era éste el partido de los arrepentimientos y de los terrores. Lafayette, madama Staël y Narbona sostenían secretas inteligencias con los fuldenses, que disponían además de una parte de la prensa. Esta popularizaba a Narbona y le designaba para el ministerio de la Guerra; pero los diarios girondinos amotinaban al pueblo contra este partido. Brissot los calumniaba enfureciendo al pueblo. «Contadlos, decía, designadlos. Sus nombres los denuncian; son los restos de la aristocracia destronada, que desean resucitar la nobleza constitucional y crear una segunda cámara legislativa, un senado de nobles, e imploran, para ejecutar su plan, la intervención armada de las potencias extranjeras. Están vendidos al palacio de las Tullerías y a ellos los venden muchos miembros de la Asamblea. No cuentan con hombres de genio ni de resolución; su talento es la traición; su genio, la intriga.»

En esta forma los girondinos y los jacobinos, confundidos a la sazón, preparaban contra los fuldenses los alborotos populares que debían dispersar pronto este club.

Mientras que los girondinos obraban de esta manera, los realistas incitaban al pueblo a los excesos en sus periódicos, para encontrar, decían, el remedio del mal mismo. Así veíaseles exasperar a los jacobinos contra los fuldenses, y ridiculizar e injuriar a los adictos al partido constitucional, que intentaban salvar un resto de la monarquía. Lo más detestable para ellos era el éxito de la revolución. Su doctrina del poder absoluto recibía un mentís, que les humillaba menos, del restablecimiento del trono y del imperio, que de una monarquía constitucional que salvase al mismo tiempo al rey y la libertad. Desde que se había

despojado del poder a la aristocracia, su sola ambición y única táctica consistían en verla caer a manos de los más criminales. Impotente para levantarse por sus esfuerzos propios, encargaba al desorden que la relevase. Desde el primer día de la revolución hasta el último, éste fué el único instinto de este partido, de donde resultó un perjuicio para sí mismo y la pérdida de la monarquía.

Avivó el furor de la revolución hasta la perversidad, y, aunque no consumó con su mano los crímenes de la revolución, contribuyó a ellos con su voluntad y sus votos. El pueblo no ha cometido crimen alguno que no haya sido una esperanza para sus enemigos. Tal es la política del desesperado, odiosa y criminal como él.

XXII

En aquel momento veíase un ejemplo. Lafayette presentó al consejo general ordinario su renuncia del mando de la guardia nacional, cuando disfrutaba aún del favor público. Después que hubo abandonado la sala en que se celebraba la sesión, se deliberó respecto al testimonio de reconocimiento y de pesar que le tributaría la ciudad de París. El general dirigió una carta de despedida a la milicia ciudadana, fingiendo creer que, concluida la Constitución, quedaba afirmada la era revolucionaria, que le permitía volver, como Washington, a la categoría de simple ciudadano de un país libre y pacífico. «Los días de revolución, decía en dicha carta, han dejado su puesto a la normalidad, puesto que garantiza la libertad y la prosperidad. Debo, por consiguiente, devolver a mi patria toda la fuerza e influencia que me ha prestado para defenderla, durante las convulsiones que la han agitado, pues tal es mi única ambición. Guardaos, sin embargo, de creer, añadía al final, que todas las clases de despotismo han sido destruidas»; y señalaba algunos excesos y peligros que podrían derribar la libertad a sus primeros pasos.

Esta carta fué recibida por la guardia

nacional, con entusiasmo más aparente que sincero, deseando hacer un esfuerzo contra las facciones al adherirse a los pensamientos de su general. Acordóse regalarle una espada forjada con hierro de los cerrojos de la Bastilla y la estatua en mármol de Washington. Lafayette se apresuró a evitar este triunfo prematuro; abandonaba la dictadura cuando más necesaria era a su país. Retirado en sus estados de Auvergne, recibió allí la diputación de la guardia nacional, que fué a presentarle el acta de su deliberación. «Ya estoy, les dijo, en los sitios que me han visto nacer, y de aquí no saldré más que para defender o consolidar nuestra comenzada libertad, si alguno atenta contra ella.»

Las opiniones de los partidos siguieron a Lafayette a su retiro. «Ahora, decía el *Diario de la Revolución*, que el héroe de los dos mundos ha concluido de representar su papel en París, sería curioso averiguar si ha hecho bien o mal a la Revolución. Para resolver esta cuestión examinemos los actos del ex general y veremos que el fundador de la libertad americana no cedió en Europa a la voluntad del pueblo, sin consultar antes con el monarca; que empalideció el 5 de octubre a la vista del ejército parisiense en el camino de Versailles, deseando quedar bien con el pueblo y con el rey, para cuyo fin dijo al primero: «Os entrego el rey», y al rey: «Os presento mi ejército»; que volvió a París llevando tras sí y con las manos atadas a la espalda, a bravos ciudadanos, cuyo único crimen consistió en haber pretendido hacer con la torre de Vincennes lo que se había hecho con la Bastilla; que, al día siguiente al de la jornada de los puñales, estrechó cordialmente la mano de aquellos a quienes había denunciado la víspera a la indignación pública; y, por último, que abandonó su puesto en virtud de un decreto que ha solicitado por debajo de cuerda, y se eclipsa en Auvergne para reaparecer en nuestras fronteras. Sin embargo, no podemos negar que nos ha prestado algunos servicios, pues a él debemos el haber dirigido nuestra guardia nacional a las ceremonias cívicas y religiosas, a las fatigas de las evoluciones de la mañana en los Campos

Eliseos, a los juramentos patrióticos, y a los convites de la corporación. ¡Dirijámosle también nuestra despedida! Lafayette, para efectuar la más grande de las revoluciones que no ha intentado pueblo alguno, se necesitaba un jefe cuyo carácter estuviere a la altura de este gran acontecimiento y nosotros te elegimos; las suaves facciones de tu fisonomía, tus discursos estudiados, tus axiomas largo tiempo meditados, todas estas producciones del arte infundieron sospechas a los patriotas perspicaces, y los más decididos te salieron al encuentro, te desenmascararon y gritaron: ¡Ciudadanos; este héroe es un cortesano; este sabio es un charlatán! Efectivamente, gracias a tus desvelos, la Revolución no ha perjudicado al despotismo, porque tú limaste los dientes del león. El pueblo no tiene que temer por sus directores. Han cogido el látigo y la espuela, y tú también partes. ¡Nos quedamos en donde podremos encontrar un Bruto!»

XXIII

Bailly, alcalde de París, retirábase en la misma época, abandonado por la opinión, cuyo ídolo había sido, y cuya víctima empezaba a ser; pero este filósofo estimaba más el bien que había hecho al pueblo, que su favor. Más deseoso de servirle que de gobernarle, oponía ya a las calumnias de sus enemigos la impasibilidad heroica que más tarde reveló al morir.

La voz de este filósofo perdíase en el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios del pueblo para el cargo de alcalde de París. A proporción que la dignidad real era abatida, y que la autoridad de la Constitución era anonadada con los tumultos populares, crecía más la importancia del alcalde de París, destinado a ser el dictador de la ciudad.

Las dos personas de que hemos hablado, eran Lafayette y Pethión. Lafayette contaba con la protección del partido constitucional y de los ciudadanos de la guardia nacional, y Pethión, con la de los girondinos y los jacobinos a la

vez. El candidato a cuyo favor se inclinara el partido realista, ganaría la elección. El rey no tenía ya influencia alguna en el gobierno que había dejado escapar de sus manos; pero podía aún corromper a los jefes de diferentes partidos. Una parte de los 25.000,000 de francos de su asignación la habían empleado Laporte, intendente de la lista civil, y Bertrand de Moleville y de Montmorín, sus ministros, en comprar votos en las elecciones, mociones en los clubs, y aplausos o insultos en las tribunas de la Asamblea. De estos subsidios secretos, que habían empezado por Mirabeau, disfrutaban hasta los miembros más humildes de las facciones. Pagaban al soldado realista y se deslizaban también entre las manos de los oradores y periodistas más decididos, aparentemente, contra la corte. Muchas falsas maniobras aconsejadas al pueblo por sus instigadores no tenían otra causa. Había un ministerio de corrupción servido por la perfidia, y muchos se hacían pagar, bajo el pretexto de servir a la corte, de refrenar al pueblo o de atraerle; pero, dominados por el temor de que su traición fuera descubierta, la ocultaban con otra, volvían contra el rey las mociones que éste había pagado. Dantón fué de este número. Algunas veces, por mantener el orden y la paz, daba el rey sumas mensuales para que fuesen distribuidas útilmente, entre las filas de la guardia nacional y en los cuarteles donde se abrigaba la insurrección. Lafayette y Pethión recibieron con frecuencia para este objeto socorros del monarca, y, por consiguiente, podía éste empleando el mismo medio dirigir la elección de alcalde de París, y, uniéndose al partido constitucional, dar los votos a Lafayette, que era uno de los primeros autores de la Revolución que había humillado al trono.

El nombre de Lafayette figuraba en todos los insultos a la corte; en todos los enojos de la reina y en todos los terrores del rey. Había sido primero su terror, después su protector, y finalmente su guardián. ¿Podía abrigar ahora alguna esperanza? El cargo de alcalde de París, gran poder civil y popular, después de una larga dictadura armada en la capital, ¿no serían para Lafayette un

nuevo escabel para elevarse más alto que el trono y relegar a la obscuridad al rey y la Constitución? Este hombre, con ideas teóricas liberales, tenía buenos propósitos, quería dominar más que reinar; ¿pero podía nadie confiar en estos buenos propósitos, que habían sido frecuentemente vencidos? ¿No era este corazón lleno de buenas intenciones, el que había usurpado el mando de la milicia cívica? ¿el que había atacado la Bastilla con los guardias franceses insurreccionados? ¿el que había marchado a Versailles al frente del populacho de París, permitiendo forzar las puertas de palacio el 6 de octubre, para arrestar a la familia real y aprisionar al rey, prisionero en su mismo palacio? ¿Sabría resistirse si el pueblo le mandaba hacer algo más? ¿Se detendría en medio del destino de Washington francés, después de haber realizado más de la mitad? Pero el corazón humano es de tal condición, que prefiere entregarse a los que nos pierden, antes que ser salvado por quien nos humilla. Lafayette abatía al rey y, especialmente, a la reina. Una independencia respetuosa era la expresión habitual que Lafayette mostraba ante María Antonieta. Leíase esto en su actitud de general y se reconocía en sus palabras, pues la inflexibilidad del ciudadano confundíase en su acento con las formas frías y políticas del cortesano. La reina prefería al faccioso. En esta forma se expresaba ante sus confidentes. «Lafayette sólo desea ser alcalde de París para llegar pronto a ser el *alcalde del Palacio*. Pethiön es jacobino, republicano; pero es un necio que no será jamás jefe de partido; sería un alcalde nulo. Además, es muy posible que el interés que sabe que tomamos en su elección, le aficione al rey.»

Pethiön era hijo de un procurador del tribunal de Chartres. Compatriota de Brissot, habíase nutrido como él con los mismos estudios, la misma filosofía y los mismos rencores. Eran dos hombres, pero un solo espíritu. La revolución, que había sido el bello ideal de su juventud, los había llamado al mismo tiempo a escena para representar papeles bien distintos. Brissot, escritor, político aventurero y periodista, era hombre de ideas:

Pethiön era hombre de acción. Había en su figura, en su carácter y en su talento, la medianía solemne, que conviene a la multitud y que la admira; por lo menos, era probo, virtud que el pueblo aprecia sobre todas las demás en quienes tienen a su cargo los intereses públicos. Llamado por sus comitentes a la Asamblea nacional, había conquistado un nombre, más por sus esfuerzos que por su éxito. Rival afortunado de Robespierre, pero amigo suyo entonces, habían ambos formado el partido popular apenas conocido en sus principios, que profesaba la democracia pura y la filosofía de J. J. Rousseau, mientras que Cazalés, Mirabeau y Maury, la nobleza, el clero y el pueblo se disputaban solamente el gobierno. El despotismo de una clase era para Robespierre y Pethiön tan odioso, como el despotismo de un rey. El triunfo del tercer estado les importaba poco, mientras no triunfase el pueblo entero, es decir, la humanidad en su acepción más lata. Ellos no pretendían la victoria de una clase sobre otra, sino la victoria y la organización de un principio divino y absoluto: la humanidad. Esta fué su debilidad en los primeros días de la Revolución, y ésta fué más tarde su fuerza. Pethiön comenzaba a adquirirla.

Sus doctrinas y sus discursos le habían granjeado insensiblemente la confianza del pueblo de París; obtenía la de los literatos por la cultura de su estilo, y la del partido de Orleans por su intimidad con madama de Genlis, favorita del príncipe y aya de sus hijos. Aquellos hablaban de él como de un sabio que pretendía introducir la filosofía en la Constitución, y éstos como de un conspirador sagaz que deseaba derribar el trono para elevar sobre él al duque de Orleans, los intereses y la dinastía del pueblo. Este doble renombre le era de mucha utilidad, pues las personas honradas lo conceptuaban hombre de bien; los facciosos lo tenían por faccioso, y la corte no le temía, considerándolo como un miserable utopista, por cuya razón le mostraba esa indulgencia del menosprecio con que las aristocracias tratan a todos los hombres de fe política; además, Pethiön la desembarazaba de Lafayette. Cambiar de enemigos era para la corte un aplaza-

miento de su total ruina. Estos tres elementos hicieron triunfar a Pethión por una inmensa mayoría, pues el jacobino resultó elegido alcalde de París por más de seis mil votos. Lafayette sólo obtuvo tres mil. Desde su retiro momentáneo pudo apreciar por este número la declinación de su fortuna: Lafayette representaba la ciudad; Pethión representaba la nación; el vecindario armado salía de los negocios con el uno; el pueblo entraba en ellos con el otro. La Revolución señalaba con un nombre propio el nuevo paso que acababa de dar.

Tan pronto como Pethión tuvo seguridad de su triunfo, presentóse ante los jacobinos, donde fué elevado a la tribuna en brazos de patriotas. El anciano Dusault, que la ocupaba en aquel momento, pronunció, balbuceando, algunas palabras, entrecortadas por los sollozos: «¡Estimo a Pethión como hijo mío, exclamó, es muy bizarro sin duda!» Pethión, enternecido, arrojóse en brazos del anciano y las tribunas aplaudieron con emoción.

Las demás elecciones efectuáronse siguiendo el mismo plan. Manuel fué elegido procurador del común; Dantón, sustituto, y éste fué el primer grado de su fortuna popular, que no la debió como Pethión al favor público, sino a sus intrigas. Resultó elegido, a pesar de su reputación, porque el pueblo disculpa con frecuencia los vicios que le sirven.

El nombramiento de Pethión para el cargo de alcalde de París proporcionaba a los girondinos un punto de apoyo fijo en la capital. París abandonaba al rey como la Asamblea constituyente, cuya obra quedaba destruida en tres meses. Las ruedas se rompían antes de haberse puesto en movimiento. Todo presagiaba un choque próximo entre el poder ejecutivo y el poder de la Asamblea. ¿De dónde procedía esta rápida descomposición?... Echemos una ojeada a esta obra de la Asamblea constituyente y a sus autores.

LIBRO VII

Ligera ojeada a la Asamblea constituyente.—Su composición.—Juicio acerca de la declaración de los derechos del hombre.—Concurso de la Asamblea constituyente a una obra universal.—Examen razonado de esta obra.—Situación en que dejaba a la monarquía.—Impotencia de la monarquía en tiempo de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales.

I

La Asamblea constituyente había abdicado en medio de una tempestad, después de haber sido la reunión más imponente de hombres que ha representado en tiempo alguno, no sólo a la nación francesa, sino también al género humano. Fué una especie de concilio ecuménico de la razón y de la filosofía modernas. La naturaleza la había, al parecer, creado expresamente, y las diferentes clases de la sociedad habían destinado a complementar esta obra los talentos, los caracteres, y hasta los vicios que mejor podían dar a este foco de las luces del tiempo, la grandeza, el brillo y la actividad del incendio que debía consumir los restos de la sociedad antigua e iluminar la nueva. En esta Asamblea había sabios como Bailly y Monnier; pensadores como Sieyès; facciosos como Barnave; estadistas como Talleyrand; hombres-épocas como Mirabeau, y hombres-principios como Robespierre. Toda causa estaba allí personificada por cuanto más elevado tenía cada partido en su seno; pero no eran menos ilustres las víctimas. Cazalés, Malouet y Maury, hacían resonar, con destellos de dolor y de elocuencia, las caídas sucesivas del trono, de la aristocracia y del clero. El viento de continuas borrascas políticas dió incremento a este foco activo del pensamiento de un siglo, mientras duró. Cuando se deliberaba dentro de su recinto, el pueblo se agitaba fuera y conmovía las puertas; pero estos veintiséis meses de consejos no fueron otra cosa que una serie ininterrumpida de sediciones. Tan pronto como se derrumbaba una institución en la tribuna, la nación apartaba sus restos para colocar sobre ellos la institución nueva. La cólera del

pueblo era la impaciencia por los obstáculos; su delirio, la razón apasionada. Hasta sus furores lo agitaba siempre la verdad; pero los tribunos lo cegaban deslumbrándolo. El carácter único de esta Asamblea, fué su pasión por un ideal, a cuya realización la impulsaba una fuerza inevitable. Acto de fe constante en la razón y en la justicia; furor santo del bien, que la dominaba y la hacía sacrificarse a su obra, como el estatuario que, al ver próximo a extinguirse el fuego del hornillo en que funde su metal, arroja sus muebles, el lecho de sus hijos, y hasta su misma casa al hogar, prefiriendo morir a presenciar la ruina de su obra.

Por esta causa, aquella revolución ha llegado a ser una fecha de la humanidad y no un acontecimiento histórico de un pueblo. Los miembros de la Asamblea constituyente no eran franceses, eran cosmopolitas. Se les desconoce y denigra, cuando no son realmente otra cosa que sacerdotes, aristócratas, plebeyos, vasallos fieles, facciosos o demagogos. Eran, y se conocían a sí mismos mucho mejor; eran operarios de Dios, quien les había encargado de restaurar la razón social de la humanidad, y de implantar el derecho y la justicia en todo el universo. Ninguno, excepto los que se oponían a la Revolución, encerraba su pensamiento en los límites de Francia. La declaración de los derechos del hombre así lo demuestra, porque es el decálogo del género humano escrito en todos los idiomas. La revolución moderna invitaba a los gentiles como a los judíos, a participar de la luz y a restablecer el reinado de la fraternidad.

II

Por esto no hubo un solo apóstol que no proclamase la paz en los pueblos. Mirabeau, Lafayette y hasta Robespierre, borraron la guerra del símbolo que presentaban a la nación. Los facciosos y los ambiciosos fueron los que después la pidieron, pero no los grandes revolucionarios. Cuando la guerra estalló, había degenerado la revolución. La Asamblea constituyente se hubiera abstenido

de dar las fronteras de Francia por límites de sus verdades, y de aprisionar el alma simpática de la revolución francesa dentro de un mezquino patriotismo. La patria de sus dogmas era el globo; Francia no era más que el taller donde se trabajaba por favorecer a todos los pueblos. Considerada con respeto o con indiferencia la cuestión de los territorios nacionales, empezó por prohibirse a sí misma las conquistas, reservándose únicamente la propiedad, o, por mejor decir, la invención de las verdades generales que daba a luz. Universal como la humanidad, no tuvo el egoísmo de aislarse; quiso dar, pero no quitar; difundirse por medio del derecho, sin apelar a la fuerza. Espiritualista en esencia, no anheló más imperio para Francia, que el imperio voluntario de la imitación sobre el espíritu humano.

Prodigiosa era su obra, a pesar de la nulidad de sus medios. Cuanto el entusiasmo puede sugerir, lo emprendió y lo realizó la Asamblea sin rey, sin jefe militar, sin dictador, sin ejército y sin más fuerza que la convicción. Sola en medio de un pueblo atónito, de un ejército disuelto, de una aristocracia emigrada, de un clero despojado, de una corte conspiradora, de una ciudad sediciosa, de Europa hostil, hizo cuanto se propuso hacer, ¡que hasta tal punto la voluntad es el verdadero poder de un pueblo y hasta tal punto la verdad es el auxiliar irresistible de los hombres a quienes inspira Dios! Si alguna vez fué manifiesta la inspiración del profeta o del legislador antiguos, puede decirse que la Asamblea constituyente estuvo inspirada constantemente durante dos años. A Francia la inspiró la civilización.

III

Examinemos su obra. El principio del poder sufrió un trastorno completo. La soberanía real había llegado a creer que el depósito del poder era suyo en propiedad, y había solicitado de la religión que consagrara este raptó a los ojos de los pueblos diciéndoles que la tiranía procedía de Dios, y que sólo a Dios tenía que dar cuenta. La dilatada herencia de las razas coronadas había llegado a creer

que en la sangre de las razas reales residía el derecho de reinar. El gobierno, en vez de ser función, era posesión, y el rey, señor, en vez de jefe.

La dislocación de este principio lo dislocó todo. El pueblo se hizo nación, y el rey magistrado coronado. El feudalismo, soberanía subalterna, descendió al rango de simple propiedad. El clero, que había tenido instituciones y propiedades inviolables, no era más que una corporación asalariada por el Estado, para desempeñar un servicio sagrado. No estaba muy lejos de esto el que sólo recibiese un salario voluntario por un servicio individual. La magistratura dejó de ser hereditaria, y se le concedió la inamovilidad como garantía de su independencia. Esto era una excepción en el principio de las funciones revocables, una semisoberanía de la justicia; pero era un paso hacia la verdad. El poder legislativo era distinto del poder ejecutivo. La nación, en una asamblea libremente elegida, decretaba su voluntad, que el rey, hereditario e irresponsable, ejecutaba. Tal era el mecanismo de la Constitución: un pueblo, un rey, un ministro. Pero el rey, irresponsable y, por consiguiente, pasivo, era evidentemente una concesión hecha a la costumbre, una ficción respetuosa de la realeza suprimida.

IV

Ya no era poder, porque poder es querer; y no era funcionario, porque el funcionario obra y responde de sus actos, y el rey no era responsable: no era más que una majestuosa inutilidad de la Constitución. Se destruían las funciones y se dejaba al funcionario. Sólo tenía una atribución, el *veto suspensivo*, que consistía en el derecho de suspender, durante tres años, la ejecución de los decretos de la Asamblea. Era un obstáculo legal, pero impotente, a la voluntad de la nación. Fácilmente se advierte que la Asamblea constituyente, profundamente convencida de la superfluidad del trono en un gobierno nacional, había puesto un rey en la cúspide de su institución con el único propósito de alejar las ambiciones, y de que el reino no se llamase

república. El único papel de semejante rey era impedir que se revelase la verdad y brillase a los ojos de un pueblo acostumbrado al cetro. Esta ficción o esta inconsecuencia costaba a la nación 30.000.000 por cada año de lista civil, una corte, sombras continuas, y una corrupción inevitable ejercida por esta corte sobre los órganos nacionales. He aquí el verdadero vicio de la Constitución de 1791: el no ser consecuente. La soberanía entorpecía la Constitución, y todo cuanto entorpece es perjudicial. Pero la causa de esta inconsecuencia no era tanto un error de su corazón, cuanto una respetuosa piedad a un viejo prestigio, y un afecto generoso hacia una raza coronada durante largo tiempo. Si la raza de los Borbones se hubiera extinguido en el mes de septiembre de 1791, la Asamblea constituyente no habría inventado un rey.

V

Sin embargo, la soberanía de 91, que se diferenciaba poco de la soberanía actual, podía funcionar en un siglo tan bien como en un día. Los historiadores que atribuyen a los vicios de la Constitución la escasa duración de la obra de la Asamblea constituyente están equivocados, porque la obra de la Asamblea constituyente no era perpetuar la rueda de una soberanía inútil, colocada por deferencia a la opinión del pueblo, en un mecanismo que no dirigía. La obra de la Asamblea constituyente era la regeneración de las ideas y del gobierno, el quebrantamiento del poder, la restitución del derecho, la abolición de todas las servidumbres, incluso la del espíritu, la emancipación de las conciencias y la creación de la administración, y esta obra dura todavía, y durará tanto como el nombre de Francia. El vicio de la institución de 1791 no era esta o aquella disposición; sucumbió porque el veto del rey era suspensivo en vez de ser absoluto; sucumbió porque el derecho de hacer la paz y de declarar la guerra pasó de manos del rey a las de la nación; sucumbió porque confería el poder legislativo a una sola cámara en lugar de di-

vidirlo en dos. De estos pretendidos vicios adolecen otras muchas constituciones, y subsisten. La disminución del poder real no era el principal peligro para la soberanía de 1791; quizá hubiera sido su salvación, si hubiera podido salvarse.

VI

Cuanto más poder se hubiera conferido al rey, cuanta más acción se hubiera concedido al principio monárquico, más pronto habrían caído el rey y el principio, porque se hubieran suscitado en contra suya más desconfianza y encono. Dos cámaras en lugar de una, nada habrían podido evitar, porque estas divisiones del poder sólo tienen valor mientras están consagradas, y sólo pueden considerarse consagradas mientras representan las fuerzas efectivas con que cuenta la nación. Una revolución que no se había detenido ante las rejas del palacio de Versalles, habría respetado la distinción metafísica del poder en dos naturalezas.

Además, ¿dónde estaban, dónde están ahora los elementos constitutivos de las dos cámaras, en una nación cuya revolución no es otra cosa que una convulsión hacia la unidad? Si la segunda cámara es democrática y vitalicia, es la democracia dividida en dos personas. Sólo tiene un espíritu, y sólo sirve para debilitar el impulso o romper la unidad de la voluntad pública. Si es hereditaria y aristocrática, supone una aristocracia preexistente y aceptada por la nación. ¿Dónde estaba esta aristocracia en 1791? ¿Dónde está actualmente? Un historiador moderno dice: «En la nobleza, en la aceptación de las desigualdades sociales.» Pero la revolución se ha hecho contra la nobleza y para nivelar las desigualdades sociales hereditarias. Esto era pedir a la Revolución que ella misma hiciera la contrarrevolución. Además, estas supuestas divisiones del poder, son siempre imaginarias, pues el poder jamás se divide realmente. Siempre está en un lado o en otro, efectiva y completamente, porque es indivisible. Como la voluntad, o es *uno*, o no existe. Si hay

dos cámaras, una de las dos tiene el poder; la otra sigue o se disuelve. Si hay una cámara y un rey, reside en el rey o en la cámara. En el rey, si subyuga a la Asamblea por la fuerza, o si la adquiere por la corrupción; y en la cámara, si ésta agita la opinión pública e intimida a la corte y al ejército, con la influencia de su verbo y la superioridad de sus juicios. Los que esto ignoran, se pagan de palabras vacías. En esta llamada balanza del poder, hay siempre un peso que no arrastra consigo, pues el equilibrio es una quimera, que, si alguna vez existiese, sólo produciría la inmovilidad.

VII

La Asamblea constituyente había, por consiguiente, realizado una obra buena, sabia y tan duradera como las instituciones de un pueblo, que labora en un siglo de transición. La Constitución de 1791 había escrito todas las verdades propias del tiempo, y recopilado toda la razón humana en su época. Todo era verdad en su obra, menos la soberanía; sólo cometió un error, que fué confiar el depósito de su Código a la monarquía.

Hemos visto ya que este mismo error fué un exceso de virtud. Retrocedió ante el destronamiento de la familia real, tuvo la superstición de lo pasado sin tener su fe y quiso conciliar la república con la monarquía. Esto era una virtud en sus propósitos; pero fué un error en sus resultados, porque en política no se puede intentar lo imposible. Luis XVI era el único hombre de Francia a quien no podía confiarse la soberanía constitucional, puesto que acababa de serle arrebatada la monarquía absoluta. La Constitución era la soberanía dividida, y él la había tenido íntegra. Para otro cualquiera esta soberanía habría sido un regalo, mas para él era sólo una injuria.

Luis XVI habría sido capaz de esa abnegación del poder supremo, que forma los héroes del desinterés (y lo era); pero los partidos despojados, cuyo jefe natural debía llamarse, no eran como él capaces de tal heroicidad; puede esperarse un acto de desprendimiento sublime de un hombre virtuoso, pero no de un partido en masa. Nunca son magnánimos

los partidos; ellos no abdican; se les termina. Los rasgos heroicos proceden del corazón, y aquellos no tienen corazón, no tienen más que intereses y ambiciones; una corporación es el egoísmo inmortal. Clero, nobleza, corte, magistratura, todos los abusos, todas las ficciones, todas las vanidades, todas las injusticias de la monarquía, se personificaban, a pesar de Luis XVI, en el rey. Degradadas en él, debían aspirar a resucitar con él. La nación, que tenía el sentimiento de este lazo solidario y fatal entre el rey y la contrarrevolución, no se confiaba al rey, aunque veneraba al hombre, y consideraba al primero como cómplice de todas las conjuraciones tramadas contra ella. Los que conquistaban la libertad son recelosos, como los que consiguen la fortuna. Las sombras debían agitarse; las sospechas debían producir injurias; las injurias, resentimientos; los resentimientos, facciones; las facciones, choque y trastornos; el entusiasmo momentáneo del pueblo y las concesiones sinceras del rey, nada podían. Ambas situaciones eran falsas.

Si hubiera habido en la Asamblea constituyente más estadistas que filósofos, habría podido conocer la imposibilidad de un Estado intermedio bajo la tutela de un rey casi destronado. No debe confiarse a los vencidos la custodia y la administración de las conquistas. Proceder de tal modo era impulsar al rey a la traición o al cadalso. En las grandes crisis, un partido absoluto es el único seguro. El talento consiste en saber adoptar estos partidos extremos inmediatamente. Díganoslo el atrevimiento, y a larga distancia lo dirá un día como nosotros la historia: hubo un momento en que la Asamblea constituyente podía optar entre la monarquía y la república y en que debió escoger la república, pues en ella estaba la salvación de la Revolución y su legitimidad. Faltándole resolución, le faltó prudencia.

VIII

Pero, se dice con Barnave, Francia es monárquica, tanto por su situación geográfica como por su carácter, e inmedia-

tamente se suscita el debate entre la monarquía y la república. Entendámonos.

La geografía no es de ningún partido; Roma y Cartago no tenían fronteras; Génova y Venecia carecían de territorios. El suelo no es el que determina la naturaleza de las constituciones de los pueblos, sino el tiempo. La objeción geográfica de Barnave cayó un año después ante las victorias de Francia en 1792, demostrándose que una república falta de unidad y centralización puede defender una nacionalidad continental. Los mares y las montañas son las fronteras de los débiles, como los hombres son las fronteras de los pueblos. Dejemos, pues, aparte la geografía, porque no son los geómetras los que escriben las constituciones sociales, sino los estadistas.

Además, las naciones tienen dos grandes instintos que les revelan la forma que deben tomar, teniendo en cuenta la hora de la vida nacional a que ha llegado; el instinto de conservación, y el instinto de aumento. Laborar o descansar, andar o estacionarse son dos actos completamente distintos que requieren en el hombre aptitudes muy diversas. Lo mismo ocurre a las naciones. La monarquía o la república corresponden con exactitud en un pueblo a las necesidades de estos dos estados opuestos, el descanso o la acción. Entendemos aquí las palabras *descanso* y *acción* en su acepción más absoluta, porque también hay reposo en las repúblicas y acción en las monarquías.

¿Se trata de conservarse, de reproducirse, de desarrollarse en esta especie de vegetación lenta e insensible que tienen los pueblos como los grandes vegetales? ¿Se trata de guardar armonía con el medio europeo, de mantener sus leyes y sus costumbres, de preservar sus tradiciones, de perpetuar las opiniones y cultos, de garantizar las propiedades y el bienestar, de prevenir los disturbios, las conmociones y las parcialidades? La monarquía es, sin duda alguna, más propia para ejercer esta función, que cualquiera otro estado de sociedad, porque protege en la esfera íntima la seguridad que apetece para sí misma, en la esfera superior, y es el orden por egoísmo y por esencia. El orden es su vida; la tradi-

ción, su dogma; la nación, su patriotismo; la religión, su aliada; y las aristocracias sus barreras contra las invasiones del pueblo. Es preciso conservar todo esto o sucumbir. Es el gobierno de la prudencia, porque es el que tiene mayor responsabilidad. Una nación es el dote del monarca, y el trono es en todas partes una prueba de inmovilidad. Cuando se está colocado tan alto, se teme cualquiera oscilación, porque, indefectiblemente, hay que perder o caer.

Cuando una nación posee extenso territorio, leyes consentidas, intereses fijos, creencias consagradas, culto en vigor, clases sociales graduadas y administración organizada, es monárquica, a pesar de los mares, de los ríos y de las montañas. Abdica y encarga a la monarquía que prevea, que quiera y que obre en su nombre, siendo éste el gobierno más perfecto para el desempeño de esta función. Se acuerda de los dos nombres de la sociedad misma: *unidad y herencia*.

IX

¿Pasa, por lo contrario, un pueblo por una de esas épocas en que es preciso obrar con toda la intensidad de las fuerzas, para efectuar en él o fuera de él alguna de las transformaciones orgánicas, tan necesarias a su condición como a los ríos la corriente, o la explosión a las fuerzas comprimidas? La república es la forma obligada y fatal de una nación colocada en tal trance. Para una acción repentina, irresistible, convulsiva del cuerpo social, se necesitan los brazos y la voluntad de todos. El pueblo se convierte en muchedumbre, arrostra sin orden el peligro; él sólo puede resolver la crisis. ¿Qué otro brazo que no sea el del pueblo en masa, podría remover lo que él tiene que remover? ¿Arrancar de su puesto lo que tiene que destruir? ¿Instalar lo que quiere fundar? La monarquía rompería en tales circunstancias su cetro mil veces. Es necesaria una palanca capaz de conmover treinta millones de voluntades, y sólo la nación posee esa fuerza, siendo a un mismo tiempo fuerza motriz, punto de apoyo y palanca.

X

Entonces no puede exigirse a la ley que proceda contra la ley, que la tradición obre contra la tradición, ni que el orden establecido trastorne el orden establecido, porque sería pedir fuerza a la debilidad, y suicidio a la vida. Además, en vano se pediría al poder monárquico que efectuase estas mudanzas en las que con frecuencia perece todo, y el rey antes que todo. Un hecho de esta naturaleza es el contrasentido de la monarquía, ¿cómo ha de consentirlo?

Pretender que un rey destruya el imperio de la religión que lo ha consagrado; que despoje de sus riquezas al clero que las posee por el mismo título divino con el que él posee el reino; que abata una aristocracia, que es el escalón más alto de su trono; que trastorne las jerarquías sociales de las que es la coronación; que mine las leyes de las que él es la más alta, sería pretender que las bóvedas de un edificio destruyesen los cimientos. El rey no podría ni querría hacerlo. Demoliendo cuanto le sirve de apoyo, conocería que marchaba al través del vacío; jugaría su trono y su dinastía, y sería responsable ante su raza. El rey es prudente por naturaleza y contemporalizador por necesidad, pues se ve obligado a complacer, condescender, tolerar y transigir con todos los intereses creados. Es el rey del culto, de la aristocracia, de las leyes, de las costumbres, de los abusos y de las ficciones de la monarquía. Los mismos vicios de la Constitución son su fuerza, y amenazarlos es perderse. Puede aborrecerlos, pero no impugnarlos.

XI

En tales crisis, no queda otro recurso que instaurar la república. Los pueblos lo presienten, y se acogen a ella, que es la salvación. La voluntad pública es el único gobierno; separa a los tímidos y busca a los osados; llama a todos a la obra, ensaya, utiliza y rechaza todas las fuerzas, todas las abnegaciones y todos los heroísmos. La muchedumbre dirige el timón. La mano más pronta o más ro-

busta se apodera de él, hasta que otro más audaz se lo arrebatara; pero todos gobiernan en el sentido de todos. Consideraciones privadas, pusilanimidades de situación y diferencias de categoría, todo desaparece y nadie es responsable. Hoy se ocupa el poder, y mañana se camina al destierro o al cadalso. Nadie está seguro del porvenir porque todo es momentáneo y fugaz. Las resistencias se anodan bajo el irresistible poder del movimiento. Todo es débil, porque el pueblo lo doblega todo. Los resentimientos de las castas abolidas, de los cultos despojados, de las propiedades diezgadas, de los abusos extirpados, de las aristocracias humilladas, se pierden en el estruendo general del hundimiento de las cosas antiguas. ¿A quién dirigirse? La nación responde todo a todos. Nadie puede pedirle cuentas; no sobrevive a sí misma; arrostra las recriminaciones y las venganzas; es absoluta como un elemento, y anónima como la fatalidad; concluye su obra, y, al concluirla, dice: descansenos y restauremos la monarquía.

XII

Pero semejante forma de acción es la república, la única que conviene en las épocas de gran transformación. Es el gobierno de la pasión, el gobierno de las crisis, el gobierno de las revoluciones. Mientras las revoluciones no terminan, el pueblo tiende instintivamente a la república, porque conoce que otra mano que no sea la suya, será débil para imprimir el impulso necesario a las cosas. El pueblo no tiene confianza en un poder irresponsable, perpetuo y hereditario para hacer lo que mandan las épocas de creación, y quiere dirigir por sí mismo sus negocios, pareciéndole indispensable su dictadura para salvar la nación. Pero la dictadura organizada de un pueblo, ¿no es acaso la república? No puede entregar sus poderes, hasta que se hayan resuelto todas las crisis, y la obra revolucionaria esté fuera de controversia, completa y consolidada. Entonces puede restaurar la monarquía, y decirle nuevamente: «Reina en nombre de las ideas que te he sugerido.»

XIII

La Asamblea constituyente estuvo, pues, ciega y fué débil al no dar la república como instrumento natural a la Revolución. Mirabeau, Bailly, Lafayette, Sieyès, Barnave, Talleyrand y Lameth, procedieron como filósofos, pero no como grandes políticos. Los sucesos lo demostraron. Creyeron que la Revolución había concluido al quedar escrita, suponiendo que la monarquía se había convertido cuando juró la ley fundamental. La Revolución sólo había empezado, y el juramento de la realeza a la Constitución adolecía del mismo vicio de falsedad que el juramento de la Revolución a la realeza. Estos dos elementos no podían asimilarse sino después del transcurso de un siglo, y este intervalo debía llenarlo la república. Un pueblo no pasa en un día, ni en cincuenta años, desde la acción revolucionaria a la quietud monárquica. Por haber olvidado esto cuando se debía recordar, fué tan terrible la crisis que nos agita todavía. Si la Revolución, que es siempre vituperada, hubiera tenido un gobierno propio y natural, la república habría sido menos trastornadora que nuestras cinco tentativas de monarquía. La naturaleza del tiempo en que hemos vivido, protesta contra la forma tradicional del poder. En época de movimiento, gobierno de movimiento; ¡tal es la ley!

XIV

Se dice que la Asamblea nacional no tenía derecho a hacerlo, puesto que, habiendo jurado la monarquía y reconocido a Luis XVI, no podía destronarlo sin cometer un crimen. La objeción es pueril si procede de quienes no creen en la posesión de los pueblos por las dinastías. La Asamblea constituyente había proclamado desde luego el derecho inalienable de los pueblos, y la legitimidad de las insurrecciones necesarias. El juramento del Juego de Pelota no fué otra cosa que jurar desobediencia al rey y fidelidad a la nación. La Asamblea había proclamado a Luis XVI rey de los franceses; pero, si se arrogaba el poder de

proclamarle rey, se reconocía en sí misma, con igual motivo, el derecho de proclamarlo simple ciudadano. La pérdida de derechos, a causa de utilidad nacional y de utilidad universal, entraba, sin duda alguna, en sus principios. Y, sin embargo, ¿qué hizo? Dejar al rey Luis XVI, o reconstituirlo rey, no por respeto a la institución, sino por piedad hacia la persona. Esta es la verdad. Temió el sacrilegio y se precipitó en la anarquía. Esta conducta era clemente, buena, generosa; Luis XVI merecía bien del pueblo. ¿Qué es lo que aminoró tan magnánima condescendencia? Antes de la fuga del rey a Varennes, el derecho absoluto de la nación no fué otra cosa que una ficción abstracta, un *summum jus* de la Asamblea, mientras que la soberanía de Luis XVI fué el hecho respetable y respetado. Sin duda alguna, éste fué un buen proceder.

XV

Pero llegó el momento de la fuga del rey, y al salir éste del reino, al protestar contra la voluntad nacional, y al marchar a buscar el apoyo del ejército y la intervención extranjera, la Asamblea adquiriría legítimamente el derecho riguroso de disponer del poder engañado o desertor. Tres partidos podía adoptar: o declarar la pérdida de los derechos y proclamar el gobierno republicano; o proclamar la suspensión temporal de la soberanía de Luis XVI y gobernar en su nombre durante su eclipse moral; o, por último, restaurar al instante la monarquía.

La Asamblea eligió el peor. Temió ser dura y fué cruel; porque, conservando al rey el rango supremo, lo condenó al suplicio del encono y del desprecio de sus súbditos. Lo coronó de sospechas y de ultrajes, y lo clavó en el trono, que fué luego el instrumento de sus torturas, y, al fin, de su muerte.

De los otros dos partidos que pudo escoger, el primero era el más lógico y el más absoluto: proclamar la pérdida de los derechos de Luis XVI y la república.

La república, si hubiera sido entonces legalmente establecida por la Asamblea, en su derecho y en su fuerza, habría sido muy diferente de la república que

fué pérfida y atrocemente arrancada nueve meses después, por la insurrección del mes de agosto. Hubiera ocasionado, seguramente, los disturbios inseparables del nacimiento de un nuevo orden de cosas; pero había nacido de una ley, y no de una sedición; de un derecho, y no de una violencia; de una deliberación, y no de una sublevación. Esta sola circunstancia habría modificado las condiciones sinistras de su existencia y de su porvenir. Debía ser agitadora, pero podía permanecer pura.

Véase de qué modo el solo hecho de su proclamación legal y meditada lo habría cambiado todo. El 10 de agosto no hubieran ocurrido las perfidias y la tiranía del ayuntamiento de París, el asesinato de los guardias, el asalto de palacio, la fuga del rey a la Asamblea, los ultrajes que se le prodigaron, ni su prisión en el Temple. La república no hubiera asesinado al rey, a la reina, a un niño inocente y a una princesa virtuosa. No habrían ocurrido los crímenes de septiembre, esos San Bartolomé del pueblo, que manchan para siempre las páginas de la libertad, y no hubiera sido ésta bautizada con la sangre de trescientas mil víctimas. No habría puesto en manos del tribunal revolucionario el hacha del pueblo, con la que inmoló a una generación entera para defender una idea. No hubiera sido el 31 de mayo una fecha nefasta. Los girondinos, llegando puros al poder, hubieran tenido mucha más fuerza para combatir la demagogia. La república, establecida a sangre fría, hubiera intimidado a Europa de muy distinta manera que una sedición popular, legitimada por la matanza y los asesinatos. Se hubiera evitado la guerra, o, si la guerra era inevitable, habría sido más ventajosa. Nuestros generales no hubieran sido asesinados por sus mismos soldados, al grito de traición. El espíritu de los pueblos habría combatido a nuestro lado, y el horror de nuestras jornadas de agosto, de septiembre y de enero, no habría alejado de nuestras banderas a las gentes atraídas por nuestras doctrinas. Véase, pues, cómo si la república hubiera tenido otro origen, los destinos de la Revolución habrían sido otros también.

XVI

Pero, si las costumbres francesas regnaban todavía el vigor de esta revolución, y si la Asamblea temía que el advenimiento de la república fuese prematuro, podía haber adoptado el tercer partido: el de proclamar la pérdida temporal de la realeza durante diez años, dejar al rey en la reserva, y gobernar republicanamente en su nombre, hasta la consolidación indisputable y permanente de la Constitución. Este partido lo salvaba todo, aun a los ojos de los débiles; el respeto a la monarquía, la vida del rey, la existencia de la familia real, el derecho del pueblo y la inocencia de la Revolución. Este partido era a un tiempo firme y tranquilo, eficaz y legítimo. Era la dictadura, tal como los pueblos la han concebido en los días críticos de su existencia; pero, en vez de la dictadura, corta, fugitiva, turbulenta y ambiciosa de uno solo, era la dictadura de la nación misma, gobernándose con su Asamblea nacional. La nación prescindía de la monarquía respetuosamente durante diez años, para realizar por sí misma una obra que era superior a las fuerzas de un rey. Terminada esta obra, extinguidos los rencores, normalizadas las costumbres, puestas las leyes en vigor, defendidas las fronteras, secularizado el clero y sometida la aristocracia, podía ya cesar la dictadura. El rey o su dinastía podía ocupar nuevamente y sin peligro el trono del que le habían alejado las grandes tormentas. Esta república verdadera habría tomado el nombre de monarquía constitucional, sin la más pequeña alteración, y se hubiera colocado otra vez la estatua de la soberanía en el vértice, cuando el pedestal estuviera consolidado por completo. Un acto de esta naturaleza habría sido el consulado del pueblo, muy superior al consulado de un hombre, que no podía hacer otra cosa que saquear a Europa, y usurpar el trono y la obra gigantesca de la Revolución.

Pero, si al terminar esta dictadura nacional, Francia, bien gobernada, hubiera creído perjudicial o inútil restablecer el trono, ¿quién le habría impedido decir al mundo: Lo que he realizado como

dictador lo consagro como gobierno definitivo? Proclamó la república francesa como el único gobierno conveniente en esta época innovadora, porque la república es la dictadura perpetua y constituida del pueblo. ¿Para qué sirve el trono? ¡Permanezco de pie, porque esta es la actitud del pueblo que trabaja!

Reasumiendo, la Asamblea constituyente, cuyo pensamiento iluminó al globo y cuya osadía transformó en un bienio una monarquía, no cometió más que un error, que fué el de descansar; debía perpetuarse, y abdicó. La nación que abdicó después de haber reinado dos años y sobre montones de escombros, lega el cetro a la monarquía. Como el rey no podía ya reinar y la nación no quiso reinar, reinaron las facciones. La Revolución sucumbió, no por haber querido demasiado, sino por no haber querido bastante. La timidez de las naciones no es menos funesta que las debilidades de los reyes, y el pueblo que no sabe tomar y guardar cuanto le pertenece, sufre a la vez la tiranía y la anarquía. La Asamblea se atrevió a todo menos a reconstruir. El reinado de la Revolución no podía llamarse más que república. La Asamblea dejó este nombre a las facciones, y esta forma al terror. Esta fué toda su falta; la expió, y la Francia continúa expiéndola.

LIBRO VIII

El rey procura adquirir fuerzas.—Medios que emplea.—Primera reunión de los patriotas republicanos.—La señora Roland es el centro de estas reuniones.—Retrato de la señora Roland.—Su vida.—Su matrimonio.—La Platiere.—Descripción.—Los señores Roland en París.—Sus relaciones con los hombres del partido popular.

I

Mientras el rey, aislado en la cima de la Constitución, buscaba su aplomo, tanto en peligrosas negociaciones con el extranjero, como en imprudentes tentativas de corrupción en el interior, algunos girondinos y jacobinos, confundidos bajo la denominación común de patriotas, se reunieron y formaron el núcleo de una gran opinión republicana. Estos eran Pethiön, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Lou-

vet, Ducos, Fonfrede, Duperret, Sillery-Genlis, y muchos otros, cuyos nombres no han salido de la obscuridad.

Estos hombres reuníanse en el salón de una joven, hija de un grabador del muelle de los Joyeros, y allí se encontraron, se unieron y volvieron a separarse los dos partidos mayores de la Revolución, la Gironda y la Montaña, quienes, después de haber conquistado el poder y de haberlo derribado juntamente con la monarquía, desgarraron con sus discusiones el seno de la patria, y mataron la libertad, matándose mutuamente. No era la ambición, ni la fortuna, ni la celebridad, lo que sucesivamente había llevado a estos hombres a la casa de aquella mujer, entonces sin crédito, sin dinero y sin nombre, sino la conformidad de sus opiniones; era aquel culto reservado que los talentos elegidos rinden secreta y públicamente a una verdad nueva, que promete la felicidad a los hombres; era la misteriosa atracción de una fe común, la comunión de los primeros neófitos en la religión de la filosofía, en que se advierte la necesidad de unir las almas antes de asociar los actos. Mientras los pensamientos comunes entre los hombres políticos no encuentran el centro en que se fecundan y organizan por el contacto, nada se efectúa. Las revoluciones son ideas, y la comunión de estas ideas organiza los partidos.

El alma ardiente y pura de una mujer merecía ser el centro donde convergiesen todos los rayos de la verdad nueva para que el calor de su corazón la hiciera fecunda y la llama de las antiguas instituciones la inflamase. Los hombres tienen el genio de la verdad: pero sólo las mujeres tienen su pasión. El amor es necesario en el fondo de todas las creaciones, y parece que la verdad tiene dos sexos como la naturaleza; en el origen de todas las cosas grandes hay siempre una mujer, y el principio de la Revolución necesitaba una. Puede decirse que la filosofía encontró esta mujer en la señora Roland.

El historiador, a quien imprimen movimiento los sucesos que narra, debe detenerse ante su severo y encantador aspecto, así como los transeuntes se detenían para contemplar sus facciones su-

blimes y su vestido blanco sobre la carroza que conducía millares de víctimas al cadalso. Para comprenderla se necesita seguirla desde el taller de su padre hasta el patíbulo. Es la mujer sobre todo, quien lleva en el corazón el germen de la virtud; es casi siempre el arca santa que en la vida privada guarda el secreto de la vida pública.

II

La señora Roland, joven, bella, notable por su talento, recién casada con un hombre austero de avanzada edad, acababa de dar a luz su primer hijo. Había nacido en la condición intermedia de las familias recién emancipadas por el trabajo, que conservan en sus costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo, participando ya de las luces de la sociedad. Cuando caen las aristocracias, las naciones se regeneran, porque la savia de los pueblos está allí. En esta clase nació J. J. Rousseau, tipo viril de la señora Roland. En un retrato, hecho durante su infancia, vese a esta joven en el taller de su padre, con un libro en una mano y un instrumento de grabador en la otra: este retrato es la clasificación social a que perteneció la señora Roland al nacer; el punto preciso entre el trabajo manual y el pensamiento.

Graciano Philippón, su padre, era grabador, pintor de esmalte y comerciante en diamantes y joyas. Aspirando a más de lo que alcanzaban sus fuerzas, era un aventurero de industria, que gastaba sin cesar su modesta fortuna, con el deseo de aumentarla a proporción de sus sueños y de su ambición; adoraba a su hija y le daba una educación proporcionada a las mayores fortunas, como la naturaleza le había dado el corazón de los más altos destinos. Sabido es que esta clase de hombres llevan a sus familias escaseces y desgracias.

La niña crecía en esta atmósfera de lujo imaginario y de verdadera ruina. Dotada prematuramente de gran inteligencia, conocía ya los desarreglos de la familia, y se refugiaba en la razón de su madre contra las ilusiones de su padre, y contra los presentimientos de lo porvenir.

Llamábase su madre Margarita Bi-

mont, quien había llevado al marido una belleza serena y un alma también superior a su destino, pero una piedad angélica, y la resignación que ésta inspira defendíala de la ambición y del desaliento. Madre de siete niños, que le fueron arrebatados por la muerte, concentró en su hija única todo su amor, y este amor la garantizaba de toda debilidad en la educación que le daba, manteniendo en justo equilibrio su corazón y su inteligencia, su imaginación y su razón. El molde en que vaciaba aquella joven alma, era gracioso; pero era de acero: podría decirse que adivinaba el destino de aquella criatura, y que le inculcaba, en sus enseñanzas, esa misteriosa energía que hace los héroes y los mártires.

La naturaleza la secundaba admirablemente, pues había dotado a su discípula de una inteligencia todavía superior a su seductora beldad, la beldad de sus primeros años, cuyos principales rasgos ha trazado ella misma con complacencia infantil en las valiosas páginas de sus Memorias, cuando aun estaba lejos de poseer la energía, melancolía y majestad que le dieron después el amor reprimido, los pensamientos varoniles y la desgracia.

La señora Roland era alta y esbelta, de hombros caídos, pecho ancho, que se levantaba con una respiración libre y fuerte; actitud modesta y decorosa; cabellos negros y lisos; ojos azules, oscurecidos por la sombra del pensamiento; mirada que, como el alma, pasaba de la ternura a la energía; nariz de estatua griega; boca algo grande, abierta a la sonrisa como a la palabra; brillante dentadura; barba levantada y redonda, que daba al óvalo de su rostro la gracia voluptuosa y femenil, sin la que la belleza misma no inspira amor; cutis jaspeado con las tintas de la vida, y sembrado de venas de una sangre cuya menor impresión enrojecía sus mejillas, y metal de voz que tomaba sus vibraciones de las fibras graves del pecho, y que profundamente se modulaba a los movimientos del corazón. Esta joven permaneció mucho tiempo en la obscuridad, sin duda para preparar para la vida y para la muerte el alma más enérgica y la víctima más resignada de aquella época,

II.

Su inteligencia la iluminaba con un resplandor precoz y repentino, algo semejante a la inspiración. Aspiraba, en cierto modo, los conocimientos más difíciles, delectándose, porque lo que suele enseñarse a su edad y a su sexo no le bastaba. La varonil educación de los hombres era para ella una necesidad y un juego, porque su poderoso espíritu necesitaba todos los instrumentos del pensamiento como un ejercicio: religión, historia, filosofía, música, pintura, baile, ciencias exactas, química, lenguas extranjeras y sabias, todo lo estudiaba, aprendía y no le bastaba. Nutría su inteligencia con todos los conocimientos que la mediocridad de su posición permitía llegar al laboratorio de su padre, y hasta ocultaba los libros que los jóvenes aprendices llevaban y olvidaban en el taller. Conocía las obras de J. J. Rousseau, Voltaire, Montesquieu, y de los filósofos ingleses; pero su alimento favorito era Plutarco.

«Nunca olvidaré, dice ella, la cuarema de 1763, durante la cual llevaba diariamente a la iglesia aquel libro en lugar del devocionario. Desde entonces datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que entonces pensara serlo.» Fenelón fué, después de Plutarco, quien más conmovió su corazón, y a aquél siguieron el Tasso y los poetas. El heroísmo, la virtud y el amor debían verterse de aquellos tres vasos al mismo tiempo en el alma de esta mujer, destinada a esta triple palpitación de grandes impresiones.

En medio de este ardor anímico, su razón permanecía fría y su pureza sin tacha. Apenas se atreve a confesar las ligeras y fugitivas emociones del corazón y los sentidos. «Leyéndolos detrás de la mampara que separaba mi aposento de la sala de mi padre, dice, mi respiración se elevaba, un fuego súbito subía a mi rostro, y mi voz alterada hubiera traicionado a mi agitación. Yo era Eucaris para Telémaco y Herminia para Tancredo, sin que transformada por completo en ellas, pensara ser algo para nadie. Me olvidaba de mí y nada buscaba

en torno mío, pues aquella situación era un sueño del que no despertaba; pero, sin embargo, recuerdo haber visto con mucha emoción a un pintor, llamado Taboral, que venía algunas veces a casa de mi padre. Tendría este joven veinte años, voz dulce y rostro sensible y coloreado como el de una muchacha. Cuando le oía hablar en el taller, siempre tenía yo que buscar en él un lápiz o cualquier otra cosa; pero, como su presencia me embarazaba tanto como me agradaba, salía más aprisa que había entrado, emocionada y temblorosa, yendo a ocultarme a mi gabinetito.»

Aunque su madre era muy piadosa, no le prohibía ninguna de estas lecturas, pues deseaba inspirarle la religión y no imponérsela. Tolerante y dotada de buen sentido, la entregaba con confianza a su criterio, no queriendo comprimir ni agotar la savia que debía más tarde producir el fruto en su corazón. Una religión servil y no voluntaria, parecía una degradación y una esclavitud que Dios no podía aceptar como tributo digno de El. El alma pensadora de su hija se inclinaba naturalmente a estos grandes motivos de la felicidad y de la desgracia eternas, y debió pensar más pronto y más profundamente que otra en lo infinito. El sentimiento sugerióselo el amor de Dios, y este sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embelleció y preservó los primeros años de su adolescencia, dedicando los demás a la filosofía, que debía resguardarla para siempre de las tormentas de las pasiones. Su devoción fué ardiente, tomó el colorido de su alma y aspiró al claustro; pero soñó en el matrimonio. En el convento fué un momento dichosa, empleando su pensamiento en el misticismo y su corazón en las primeras amistades; pero la regularidad monótona de aquella vida adormecía dulcemente la actividad de sus meditaciones. En las horas libres no jugaba con sus compañeras, sino que se retiraba debajo de un árbol para leer y meditar. Sensible como Rousseau a la belleza de las hojas, al ruido confuso de la hierba y al perfume de las plantas, admiraba el poder de Dios, cuya mano besaba en sus obras. Llena de reconocimiento iba alegremente a adorarle a la

iglesia, donde los majestuosos sonidos del órgano unidos a las voces de las jóvenes religiosas acababan de extasiarla. La religión católica tiene todas las fascinaciones místicas para los sentidos, y todas las voluptuosidades para la imaginación. Durante su permanencia en el convento, profesó una de las novicias, y la presentación de ésta en la reja, su velo blanco, su corona de rosas, los cánticos delicados que la conducían del mundo al cielo, el paño mortuario que ocultaba su belleza y su palpitante corazón, estremecieron a la joven artista e inundaron de lágrimas su rostro. Ella estaba destinada a grandes sacrificios, y supo demostrar anticipadamente tanto valor como pesar.

IV

Jamás se borraron de su memoria estas sensaciones religiosas. La filosofía que no tardó en ser su único culto, disipó la fe; pero dejó que aquellas impresiones sobreviviesen, por lo que no podía asistir sin entusiasmo y sin respeto a las ceremonias del culto, cuyos misterios repudiaba su razón. El espectáculo de hombres débiles reunidos para adorar e implorar al Padre de los hombres, hería su pensamiento; pero la música la elevaba al cielo, y salía de los templos cristianos más dichosa y mejor. ¡Tanta influencia ejercen los recuerdos de la infancia en el transcurso de la vida, que, por muy agitada que ésta sea, jamás se borran!

Estos piadosos sentimientos continuaron entusiasmandola, cuando entró nuevamente en la casa de su padre. «La situación del domicilio paternal no tiene, dice ella, la solitaria quietud del convento; pero podía contemplar desde ella un amplio horizonte y un gran espacio. ¡Cuántas veces desde mi ventana, situada al norte, he admirado emocionada los vastos desiertos del cielo, su soberbia bóveda azulada, espléndidamente dibujada, desde el Levante cerúleo, detrás del *Puente del Cambio*, hasta el poniente dorado, con un color de púrpura que caía tras los árboles de los Campos Elíseos y las casas de Chaillet! Diariamente dedicaba algún rato a esta bella contemplación y con fre-

cuencia brotaban de mis ojos dulces lágrimas, mientras mi corazón, henchido de un inexplicable sentimiento, feliz con latir y agradecido por su existencia, ofrecía al creador de tantas maravillas un homenaje puro y digno de El.» ¡Ah! Cuando ella escribía estas líneas no veía más que en su alma este pequeño jirón del cielo de París, pues el recuerdo de estas noches espléndidas sólo iluminaba con una ilusión fugitiva los muros de su calabozo.

V

Entonces era feliz viviendo con su tía Angélica y con su madre, en lo que ella llama hermoso barrio de la isla de San Luis. En aquellos muelles alineados, en aquella apacible ribera tomaba el fresco durante las noches de estío, contemplando el curso tranquilo del agua y la campiña que se dibujaba a lo lejos. Por la mañana atravesaba también aquellos muelles, llena de santa unción, para ir a la iglesia, sin encontrar en el desierto camino nada que distrajera su recogimiento. Su padre, que le permitía hacer grandes estudios, y que se entusiasmaba con los resultados que obtenía, intentó iniciarla en su arte y la joven aprendió a manejar el buril, y adelantó en el grabado como adelantaba en todo. Cuando no ganaba todavía dinero alguno, en las fiestas onomásticas de sus abuelos los obsequiaba llevándoles ya una cabeza que se había aplicado a dibujar, ya una placa de cobre bien bruñida sobre la que había grabado emblemas o flores, recibiendo en cambio alhajas o prendas de adorno, que ella confiesa que era lo que buscaba.

Pero esta afición a engalanarse, natural en su sexo y en su edad, no la separaba de las humildes ocupaciones del arreglo de la casa, ni se avergonzaba, después de haberse presentado el domingo en la iglesia o en el paseo con un traje costoso, de llevar durante la semana un vestido de tela ordinaria para ir al mercado con su madre. Algunas veces iba sola a comprar, cerca de su casa, perejil u otras frioleras, que la mujer que les hacía los recados había olvidado, y, aunque creía rebajarse desempeñando

estas funciones domésticas que la hacían descender de las alturas de su Plutarco, o del cielo de sus meditaciones, ejecutábalas con tanta gracia y con dignidad tan natural, que la frutera tenía gusto en servirla con preferencia a otros parroquianos, que no se ofendían de este privilegio. Esta joven, futura Eloísa del siglo XVIII, que leía obras serias, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que manejaba el lápiz y el buril, y que llevaba un cúmulo de ideas en su pensamiento, era con frecuencia llamada a la cocina para limpiar lechugas. Esta mezcla de estudios serios, de ejercicios elegantes y de ocupaciones domésticas mandadas y calculadas por la prudencia de su madre, la disponían desde entonces a arrostrar las vicisitudes de la fortuna, y la ayudaron después a soportarlas. Asemejábase a Rousseau en Charmettes, que preparaba el brasero a la señora de Warens con la mano que debía escribir el *Contrato social*, o a *Filopémenes* cuando cortaba leña.

VI

A pesar de vivir tan retirada, percibía a veces el mundo superior que brillaba sobre ella, y los rayos que le descubrían la alta sociedad, ofendían sus miradas más aún que la ofuscaban. El orgullo del mundo aristocrático, que la veía sin hacerle caso, gravitaba sobre su alma, porque la sociedad en que ella no desempeñaba papel alguno parecía mal organizada. Los espíritus superiores tienen un lugar marcado por la naturaleza, y todo cuanto les separa de él les parece una usurpación, así es que, como encuentran con frecuencia la sociedad contraria a la naturaleza, se vengan despreciándola. El genio sueña un orden de cosas en el que los puestos señalados por la naturaleza y por la virtud están ocupados casi siempre por el nacimiento, favor ciego del destino. Hay pocas almas grandes que conozcan al nacer los favores de la fortuna, por lo que empiezan sublevándose contra la sociedad, y sólo se tranquilizan desanimándose. Otras se resignan, por una comprensión más alta, en el lugar que Dios les asigna, pues servir humildemente al mundo es más bello aún

que dominarlo; pero esto es el colmo de la virtud, al que sólo puede conducir la religión. La filosofía sólo llega después de una larga existencia por la desgracia y por la muerte. Tiempos hay en que el puesto más elevado del mundo es el caldoso.

VII

Habiendo ido, en cierta ocasión, la joven, con su abuela, a una casa aristocrática, de la que, en cierto modo, sus parientes eran los *libertos*, lastimóle violentamente el tono de superioridad cariñosa con que fueron tratadas. «Mi orgullo se admiró, dice, mi sangre hirvió con más violencia que de ordinario y mi rostro enrojeció. No me pregunté todavía la razón por qué aquella señora estaba sentada en el canapé y mi abuela en un taburete; pero entonces tenía ya el sentimiento que conduce a esta reflexión, y vi aproximarse el término de la visita como un alivio a la angustia que me oprimía.»

Otra vez la llevaron a pasar ocho días en Versalles en el palacio de los reyes, cuyo trono debía ella minar un día. Alojada en las buhardillas, en el aposento de una mujer de la servidumbre de palacio, vió de cerca el fausto real, que creía pagado por la miseria de los pueblos, y la grandeza de los monarcas, levantada sobre el servilismo de los cortesanos. Los grandes banquetes, los paseos, el juego del rey y las presentaciones, pasaron ante su vista con toda su vanidad y con toda su pompa. Estas supersticiones del poder repugnaron a aquella alma, alimentada por los filósofos en los raudales de la verdad, de la libertad y de la virtud antigua. Los nombres obscurecidos y el traje sencillo de los parientes que la conducían a aquel espectáculo, no permitían que la mirasen a ella con atención ni que se le dirigiesen otras palabras que las de protección. El sentimiento de su juventud, de su belleza y de su mérito, inadvertido para la multitud, que sólo adoraba el favor o la etiqueta, afligía su corazón, y la filosofía, el orgullo natural y la rigidez de su alma resultaban igualmente heridas en aquella morada. «Más cariño tenía yo,

dice, a las estatuas de los jardines, que a los personajes del palacio.» Habiéndole preguntado su madre si estaba contenta del viaje, respondió: «Sí, con tal que se concluya pronto, pues con pocos días más que permanezca aquí, detestaré de tal modo a las gentes que veo, que no sabré qué hacer de mi odio.» «Pues, ¿qué mal te hacen?» «Me enseñan a conocer la injusticia y me hacen contemplar lo absurdo.»

Quando contemplaba la esplendidez del despotismo de Luis XVI, que se extinguía en la corrupción, pensaba en Atenas, y olvidaba la muerte de Sócrates, el destierro de Aristides y la sentencia de Foción. «No preveía, dice tristemente escribiendo estas líneas, que el destino me reservaba la desgracia de presenciar crímenes iguales a aquellos de que estos filósofos fueron víctimas, y a participar de la gloria de sus mártires después de haber profesado sus principios.»

La imaginación, el carácter y los conocimientos de esta mujer la apercebían, sin ella saberlo, para la república. Sólo la religión, tan arraigada entonces en su alma, pudo mantenerla resignada; pero la filosofía fué su fe, y ésta la hizo parte de su política. La emancipación de los pueblos confundióse en su pensamiento con la emancipación de las ideas, por lo que llegó a creer que, derribando los tronos, trabajaba por los hombres, y que trabajaba en obsequio de Dios derribando los altares. Así explica ella misma el cambio que experimentó.

VIII

Muchos pretendientes se disputaban la mano de esta joven, a quien su padre quería casar con un hombre que fuera de su misma clase. El amaba y apreciaba el comercio creyéndolo el origen de la riqueza; pero la hija lo despreciaba, porque, en su concepto, sólo era origen de la avaricia y alimento de la avidez. Por eso los hombres de esta clase le repugnaban, y deseaba un marido que tuviera ideas y sentimientos análogos a los suyos, pues su idea era un alma y no una fortuna. «Educada desde mi infancia en el trato de los grandes pensadores, y familiarizada con las grandes ideas y con

los grandes ejemplos, ¿habría vivido con Platón, con todos los filósofos, con todos los poetas y con todos los políticos de la antigüedad, sólo para unirme a un mercader, que no discurriera ni sintiera como yo?»

La autora de estas líneas había sido pedida a sus padres por un rico carnicero de la vecindad; pero ella lo rehusaba. «No descenderé del mundo de mis nobles ambiciones, respondía a las continuas instancias de su padre. No quiero una condición, sino un hombre, y moriré soltera antes que prostituir mi alma casándome con quien no me comprenda.»

Habiendo muerto su madre prematuramente, quedó sola en la casa, donde su padre, que deseaba contraer segundas nupcias, empezó a introducir el desorden. La melancolía empezó a apoderarse de su alma, pero no llegó a vencerla. Se recogía más en sí misma para reunir sus fuerzas contra la soledad y el infortunio. La lectura de la *Eloisa*, de Rousseau, que le prestaron entonces, impresionó su corazón del mismo modo que Plutarco había impresionado su alma. Plutarco le había mostrado la libertad, Rousseau le hizo soñar la dicha; uno la había fortificado y el otro enternecido, y conoció la necesidad de expandir su alma. La tristeza fué su musa severa; principió a escribir para consolarse con sus propios pensamientos; pero sin propósito de hacerse escritora. Sin embargo, estos ejercicios intelectuales le dieron elocuencia, con que animó después a sus amigos.

IX

Así volaba esta mujer tan paciente como resuelta en las alas de su destino, cuando creyó haber encontrado el hombre tanto tiempo soñado por su fantasía. Este era Roland de la Platiere. Presentóselo por escrito una de sus amigas de la infancia, casada en Amiens, donde desempeñaba entonces Roland el cargo de inspector de manufacturas. «Te entregará esta carta, le escribía la amiga, el filósofo de quien algunas veces te he hablado, señor Roland, persona instruída, de rancias costumbres, a quien nada se le puede reprochar más que su afición

a la antigüedad, el desprecio que le inspira el siglo en que vive y la demasiada estimación en que tiene su propia virtud...» «Este retrato, dice ella, estaba bien hecho. El señor Roland era un hombre de cerca de cincuenta años, alto, descuidado en su actitud, con aquella especie de seriedad que da la costumbre de estar solo; pero sus maneras eran sencillas y resueltas, y sin tener la elegancia de los salones, poseía la cortesía del hombre bien nacido y la gravedad del filósofo. El ser muy delgado, tener el cutis accidentalmente amarillo, y la frente poco poblada de cabellos y muy descubierta, no alteraban las facciones regulares, aunque poco seductoras. Por lo demás, una suave sonrisa y una viva expresión desarrollaban su fisonomía y le daban aparentemente nuevas facciones, cuando se animaba hablando o escuchando. Su acento era varonil; su verbo breve como el de hombre cuya respiración es corta; sus discursos, llenos de asuntos, porque en su cabeza había muchas ideas, ocupaban más el alma que agradaban al oído; su dicción era a veces agraciada, pero áspera y sin armonía, don raro y que ejerce gran poder sobre los sentidos, porque el encanto de la voz no depende sólo de la calidad del sonido, sino también de la delicadeza de sensibilidad, que muda la expresión, variando el acento.» Era decir claramente que Roland no poseía tal encanto.

X

Roland, perteneciente a una familia de la honrosa clase media, que ocupaba destinos en la magistratura y aspiraba a la nobleza, era el último de cinco hermanos y le destinaban a la Iglesia; pero él, para evitar esta carrera, que le repugnaba, abandonó a los diez y nueve años la casa paterna y se refugió en Nantes. Habiendo entrado como empleado en la casa de un armador de buques, preparábase para pasar a las Indias y dedicarse allí al comercio, cuando una enfermedad lo detuvo en el momento de embarcarse. Uno de sus parientes, inspector de manufacturas, le recogió en Rouen y lo empló en sus oficinas. Esta administración, animada por el espíritu

de Turgot, tenía relación, por los procedimientos de las artes, con todas las ciencias y, por la economía política, con todos los grandes problemas de Estado. Entre los filósofos que allí había, se distinguió Roland, y el gobierno lo envió a Italia para que estudiara la marcha del comercio. Se alejó con sentimiento de su joven amiga, a quien solía dirigir cartas filosóficas destinadas a servir de notas a la obra que se proponía escribir acerca de Italia, cartas en las que se revelaba el sentimiento bajo la ciencia, y que se parecían más a los estudios de un filósofo que a las conversaciones de un amante. A su regreso, ella vió en él un amigo; su edad, su gravedad, sus costumbres y sus hábitos laboriosos la hicieron considerarlo como un sabio, que sólo existía por la razón. En el matrimonio que proyectaban contraer, uno buscaba un discípulo más que una mujer, y la otra un maestro más bien que un marido. El señor Roland volvió a Amiens y desde allí escribió al padre pidiéndole la mano de su hija, y aquél se la rehusó con sequedad, porque abrigaba el temor de que Roland, cuya austeridad le repugnaba, fuera un censor para él y un tirano para su hija. Informada por su padre de esta negativa, la joven se indignó y entró en un convento desprovista de todo, donde vivió de los alimentos más groseros que ella misma se preparaba; pero allí se dedicó al estudio y fortificó su corazón contra la adversidad. Durante la noche recibía la visita de algún amigo, y, de día, se paseaba durante una hora en el jardín rodeado de altas murallas. El sentimiento de fuerza que induce a arrostrar la suerte, y la melancolía que enternece el alma en sí misma y la alimenta con su propia sensibilidad, la ayudaron a soportar los largos meses del invierno de su cautividad voluntaria. Sin embargo, un sentimiento de amargura interior emponzoñaba hasta su sacrificio, porque creía que este sentimiento no era recompensado. Había creído que Roland, al conocer su resolución y su retiro, se hubiera apresurado a sacarla del convento y unirla a su destino; pero el tiempo pasaba, Roland no regresaba y le escribía muy poco, hasta que al cabo de seis meses llegó y se inflamó de nuevo al ver

a su amiga detrás de una reja. Entonces le ofreció su mano, y ella aceptó; pero tantos cálculos, tanta duda y tanta frialdad, habían concluído con la poca ilusión que quedaba a la joven cautiva y le hicieron reducir sus sentimientos a una severa estimación, de suerte que más bien se sacrificó que se entregó a su marido. Parecióle muy bien inmolarse a la dicha de un hombre honrado, y consumió este sacrificio con tranquilidad de alma, pero sin ningún entusiasmo del corazón. El matrimonio fué para ella un acto de virtud, de que gozó, no porque fuese dulce, sino porque lo creyó sublime.

En aquella época decisiva de su existencia aparece nuevamente la apasionada discípula de Rousseau. El matrimonio de la señora Roland es una imitación evidente del de Eloisa cuando ésta se casó con Volmar; pero la amargura de la realidad no tardó en penetrar bajo el heroísmo de su sacrificio. «A fuerza, dice ella, de ocuparme en la felicidad del hombre a quien me asocié, advertí que faltaba algo para la mía, pues no cesando un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres más apreciables y al que podía honrarme en pertenecer, conocí que no había igualdad entre nosotros, y que el ascendiente de un carácter dominante juntamente con el de la edad eran demasiadas superioridades. Si estábamos solos, sufría a veces horas penosas; y si nos mostrábamos en sociedad, era requerida de amores por personas que podían llegar a interesarme demasiado. Me asocié al trabajo de mi marido convirtiéndome en su amanuense y su corrector de pruebas, trabajo que realizaba con humildad y sin murmullo, humildad que salía de mi corazón, porque respetaba tanto a mi marido, que me complacía en suponerle siempre superior a mí. Tenía tanto miedo de ver una sombra en su rostro, y él era tan firme en sus opiniones, que sólo muy tarde adquirí el valor de contradecirle. Alternaba estos trabajos con los del arreglo de la casa, preparándole yo misma los alimentos, pues su delicada salud así lo requería. Pasé con él cuatro años en Amiens, donde fuí madre y nodriza. Trabajábamos juntos en la nueva *Enciclopedia*, cuyos artículos relativos al comercio se

le habían confiado, no abandonando estos estudios más que para dar algunos paseos fuera de la ciudad.»

Roland, absoluto y egoísta, había exigido desde el principio del matrimonio que su mujer dejara de frecuentar el trato con las jóvenes y cariñosas amigas a quienes había amado en el convento y que vivían en Amiens, porque estaba celoso de todo el mundo y temía que nadie compartiera con él el afecto de su esposa. Roland lo exigía todo de la complacencia de su cónyuge, cuya alma, si no había cambiado, conocía al menos el valor de sus sacrificios gozándose en el cumplimiento de sus deberes, como el estoico goza en el dolor.

XI

Roland, después de haber pasado algunos años en Amiens, obtuvo un destino en Lyon, su país natal. Vivía durante el invierno en la ciudad, y pasaba el resto del año en el campo, en la casa paterna, donde estaba aún su madre, señora respetable por su edad, pero inquieta y quisquillosa en la vida privada. La señora Roland en la flor de su juventud, de su belleza y de su genio, era, por consiguiente, relegada y maltratada por una suegra implacable, un cuñado altanero y un marido dominante. El amor más apasionado no hubiera bastado apenas para compensar tan amarga situación, que sólo conseguía ella dulcificar con el sentimiento de sus deberes, el trabajo, la filosofía y su hijo. Sin embargo, su entereza y su mansedumbre transformaron aquel retiro austero en una mansión de armonía y de paz. Es interesante seguirla a esta soledad, donde su alma se templaba para la lucha, como se busca todavía en Charmettes el manantial fresco de la vida y del genio de J. J. Rousseau.

XII

Al pie de las montañas de Beaujolais, en el ancho estanque del Saona, frente a los Alpes, existe una serie de colinitas semejantes a montones de arena que el pacífico cultivador de aquella comarca ha plantado de cepas, y que forman entre sí, en su base, valles oblicuos y quebra-

das estrechas y torcuosas, donde hay pequeñas y verdes praderas. Estos prados son regados cada uno por un arroyuelo, que desciende de la montaña; los desmayos, los abedules y los álamos trazan su curso y ocultan su álveo. Las laderas y las cumbres de estas colinas no producen, exceptuando las cepas, más que algunos melocotones silvestres, que no dan sombra a las uvas, y gruesos nogales en los huertos cercanos a las casas. En la falda de una de estas colinas arenosas está *Platiere*, herencia paterna del señor Roland. Es una casa baja, bastante estrecha, con ventanas regulares, y cubierta con un tejado casi plano y de teja colorada. Los aleros de este tejado avanzan un poco sobre el muro para preservar las ventanas contra las lluvias del invierno y del sol en el estío; los muros lisos y sin adornos arquitectónicos, estaban cubiertos de una capa de cal blanca, que el tiempo ha descascarado y ennegrecido. Cinco escalones de piedra, que tienen una balaustrada rústica de hierro enmohecido dan acceso al vestíbulo; el corral, rodeado de los graneros donde se recoge la cosecha, de lagares para la vendimia, de bodegas para el vino y de un palomar, precede a la casa, detrás de la cual se cultiva una pequeña huerta, cuyos cuadros están cercados con boj, con claveles y con árboles frutales, podados muy cerca de tierra. En el término de cada valle existe un pabellón formado de enredaderas, y un poco más lejos un vergel, cuyos árboles inclinados de mil modos sombrean un prado dedicado al pasto, y luego un gran cercado de cepas cortadas en líneas rectas por estrechos senderos verdes. Desde este sitio se puede dirigir alternativamente la vista hacia el horizonte triste, corto y limitado por las montañas de Beaujeu, cuyas faldas aparecen manchadas con negros pinos y entrecortadas con grandes praderas inclinadas donde engordan los bueyes del Charolais. Hacia el valle del Saona, vese inmenso océano de verdura, de donde descuellan, caprichosamente diseminados, numerosos campanarios. La cordillera de los Altos Alpes y la cima del Mont-Blanc, que lo domina todo, rodean este vasto paisaje, que tiene algo del infinito y del mar: si por el lado que li-

mita las montañas invita al recogimiento y a la resignación, por la otra parte parece invitar al pensamiento a expandirse e impeler al alma a las lontananzas del deseo sobre todas las cumbres de la imaginación.

Tal fué durante cinco años el horizonte que tuvo ante su vista la señora Roland. Allí fué donde se engolfó en la plenitud de la naturaleza, que tan frecuentemente había soñado en su infancia, y de la que no percibía más que un poco de cielo y algunas perspectivas confusas de los bosques reales, desde su ventana por encima de los tejados de París; allí fué donde sus gustos sencillos y su alma apasionada encontraron pasto y ejercicio para su sensibilidad.

Dividía su tiempo entre el arreglo de la casa, la lectura y las obras de caridad, que son la cultura del corazón. Adorada por los campesinos, de quienes fué la providencia, dedicaba al alivio de su miseria lo poco superfluo que le dejaba su gran economía, y a la cura de las enfermedades los conocimientos que había adquirido en medicina; venían a buscarla desde una distancia de tres o cuatro leguas para que fuera a visitar a un enfermo, y los domingos llenábanse las escaleras de la entrada de su casa de personas que acudían a buscar alivio a sus miserias, o de convalecientes que le llevaban, en prueba de su reconocimiento, cestos de castañas, queso de sus cabras o manzanas de su jardín. Complaciale que los campesinos fueran justos, sensibles y agradecidos, y suponía que era igual el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales. El incendio de los palacios, durante los robos y asesinatos de septiembre, le demostró luego que aquellos hombres tan pacíficos entonces, tienen borrascas más terribles que las del Océano, y que las sociedades tienen tanta necesidad de instituciones, como de lecho las olas, de donde se deduce que la fuerza es tan indispensable como la justicia para el gobierno de los pueblos.

XIII

La revolución de 1789 la sorprendió en aquel retiro. Filósofa, apasionada por el ideal de la humanidad y entusiasta de la

libertad de los antiguos pueblos, se inflamó desde que saltó la primera chispa en el hogar de las nuevas ideas, y creyó de buena fe que la revolución, como un parto feliz, iba a regenerar a la especie humana, a poner término a la miseria de la clase desheredada, con la que se enternece, y a renovar la faz del mundo: hay imaginación hasta en la piedad de las almas grandes. La ilusión generosa de Francia, en aquella época, era igual a la obra que Francia tenía que realizar; si no hubiese esperado tanto, a nada se habría atrevido; su fuerza fué su fe.

Desde entonces sintió la señora Roland encenderse dentro de ella un fuego que sólo debía extinguirse con su sangre. Todo el amor ocioso que dormitaba en su alma, convirtióse en entusiasmo y en pasión por la humanidad. Engañada su sensibilidad, demasiado ardiente sin duda para una sola persona, difundióse sobre todo un pueblo, y amó la Revolución como un amante; comunicó esta llama a su marido y a sus amigos, y toda su pasión contenida la puso en sus opiniones, con lo que se vengó del destino que le rehusaba la felicidad para ella misma, consumiéndose por la felicidad ajena. Dichosa y amada, no habría sido más que una mujer; desgraciada y aislada, fué un jefe de partido.

XIV

Las opiniones de los señores Roland concitaron contra ellos a toda la aristocracia comercial de Lyon, ciudad proba y pura; pero ciudad de dinero, donde todo se calcula, y donde las ideas se aprecian por el peso y la inmovilidad de los intereses. Las ideas poseen una fuerza irresistible que arrastra hasta las poblaciones más apáticas, y Lyon fué arrastrada y sumergida por las opiniones de la época. El señor Roland fué nombrado concejal en las primeras elecciones, y en el ayuntamiento se pronunció con la entereza de sus principios y con la energía que le imprimía el alma de su mujer. Temido por los tímidos, adorado por los impacientes, su nombre principió siendo una injuria, y concluyó siendo una bandera, y el favor público le vengó de los

ultrajes de los ricos. Fué diputado a París por el consejo municipal, para defender los intereses comerciales de Lyon ante los comités de la Asamblea constituyente.

Las relaciones del señor Roland con los filósofos y con los economistas, que formaban el partido práctico de la filosofía, su trato obligado con los miembros influyentes de la Asamblea, su afición a la literatura, y, sobre todo, los encantos y la seducción natural que atraen y retienen a los hombres eminentes al lado de una mujer joven, elocuente y apasionada, convirtieron bien pronto la morada de la señora Roland en foco, poco brillante todavía, pero ardiente, de la Revolución. Los nombres que en él figuran, revelan desde el primer día las opiniones extremas, para las cuales la Constitución de 1791 no era más que una tregua.

El 20 de febrero de 1791 entró nuevamente la señora Roland en París, de donde había salido cinco años antes, joven y desconocida, y a donde regresaba como una llama para animar todo un partido, establecer la república, reinar un momento y morir. Tenía un confuso presentimiento de este destino, acaso porque el genio y la voluntad conocen sus fuerzas, sienten antes que los otros y profetizan su misión: la señora Roland parecía arrastrada por la suya al centro de la acción. Al día siguiente de su llegada apresuróse a ir a las sesiones de la Asamblea, donde vió al poderoso Mirabeau, al admirable Cazalés, al atrevido Maury, al astuto Lameth y al frío Barnave. Notó, con el despecho del odio, en la actitud y en el lenguaje del partido de la derecha, la superioridad que dan la costumbre de la dominación y la confianza en el respeto de las masas, y en el partido de la izquierda, la inferioridad de los modales y la insolencia confundida con la dependencia. De este modo la aristocracia antigua sobrevivía en la sangre y se vengaba, aun después de haber sido derrotada, de la democracia, que le tenía envidia, a pesar de estar subyugada. La igualdad se escribió en las leyes mucho antes de establecerse entre las razas; pero la naturaleza es aristócrata, y se necesita una larga práctica de la in-

dependencia para dar a los pueblos republicanos la nobleza y la dignidad del ciudadano. En la revolución misma, se conoce durante mucho tiempo, en el vencedor, al neófito de la libertad, y las mujeres tienen el tacto mucho más fino para conocer estas gradaciones. La señora Roland las comprendió; pero, lejos de dejarse alucinar por la superioridad de la aristocracia, se indignó más contra ella, acrecentándose su odio contra un partido, que podía ser abatido, pero no humillado.

XV

En esta época fué cuando el matrimonio Roland entabló relaciones con algunos de los más apasionados apóstoles de las ideas populares. Estos no eran los que más disfrutaban del favor del pueblo ni los que brillaban más por su talento; pero sí los que mayor entusiasmo demostraban por la Revolución, cuyo triunfo anhelaban, en beneficio exclusivo de la humanidad. Brissot fué uno de los primeros, con quien hacía ya mucho tiempo que los señores Roland sostenían correspondencia, tratando asuntos de economía pública, y grandes problemas de la libertad. Sus ideas habían fructificado y crecido juntas; pero no se conocían. Brissot, cuya vida aventurera e infatigable polémica tenían analogía con la juventud de Mirabeau, había conquistado ya renombre en la prensa y en los clubs. La señora Roland lo escuchó con respeto, deseando juzgar si las facciones de su rostro correspondían en él a la fisonomía del alma, pues creía que la naturaleza se revelaba de todos modos y que la inteligencia y la virtud modelan a los hombres, como el estatuario imprime al barro las formas palpables de su concepción. La primera visita le amonó su culto por Brissot, a quien faltaban la dignidad de actitud y la gravedad de carácter, que son como un reflejo de la dignidad de la vida y de la gravedad de las doctrinas. Había algo en el hombre político que recordaba al libelista; su veleidad chocaba, y hasta su alegría parecía una profanación de las austeras ideas de que era órgano; sin duda, la Revolución que apasionaba su estilo, no

llegaba a apasionar su rostro. La señora Roland creía que Brissot no profesaba bastante odio a los enemigos del pueblo, y que su alma no tenía bastante consistencia para albergar un sentimiento de adhesión, pues su actividad, repartida en todos los objetos, le daba apariencias de un artista de ideas, más bien que de un apóstol. Por eso le llamaban intriguante.

Brissot presentó en casa de la señora Roland a Pethión, su discípulo y su amigo, que era ya miembro de la Asamblea constituyente, y cuyos discursos habían llamado la atención. Brissot pasaba por ser inspirador de estos discursos. Buzot y Robespierre, ambos miembros de la misma Asamblea, fueron presentados también. La belleza, intrepidez y elocuencia del primero de éstos debían después agitar el corazón y enternecer la admiración de la señora Roland. La inquietud del alma de Robespierre y el fanatismo de sus odios hacíanle fermentar de agitación en todos los conciliábulos en que se conspiraba en nombre del pueblo. También fueron presentados a los señores Roland algunos otros, cuyos nombres aparecerán oportunamente en los fastos de este partido naciente. Brissot, Pethión, Buzot y Robespierre acordaron reunirse cuatro veces por semana, de noche, en casa de esta mujer.

XVI

El objeto de estas reuniones era comentar las debilidades de la Asamblea constituyente, los lazos que la aristocracia tendía a la Revolución, y la marcha que, para acabar de consolidar el triunfo, debía imprimirse a las opiniones tibias. Escogieron la casa de la señora Roland porque estaba situada en un barrio igualmente próximo a la de todos los miembros que debían reunirse en ella. En ésta, como en la conspiración de Harnodio, era una mujer quien tenía la antorcha que alumbraba a los conspiradores.

La señora Roland encontróse, por lo tanto, en el centro del movimiento desde los primeros días: su invisible mano pasaba sobre los hilos de la trama enredada aún, que debía desenvolver los acontecimientos más grandes. Este pa-

pel, único que le permitió su sexo, adu- lababa su orgullo de mujer al mismo tiempo que su pasión política; pero supo conducirse en esa posición con modestia, que habría sido una obra maestra de habilidad, si no hubiera sido un don de la naturaleza. Colocada fuera del círculo, cerca de una mesita de costura, hacía obras de manos o escribía sus cartas; pero escuchaba con aparente indiferencia las discusiones de sus amigos y, deseando con frecuencia tomar parte en ellas, veíase obligada a morderse los labios para reprimirse. Le inspiraban secreto desdén la lentitud y locuaz difusión de consejos sin resultado, y lamentaba que pasase la hora de obrar llevándose consigo la ocasión que no vuelve.

Las victorias de la Asamblea constituyente no tardaron en enervar a los vencedores, cuyos jefes retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revisión de la Constitución en sentido más monárquico. Los diputados que se reunían en casa de la señora Roland se dispersaron y desanimaron entonces, quedando reducida aquella tertulia política al reducido número de hombres que se unen a los principios independientemente de su éxito, y que abrazan las causas desesperadas, con tanta más fuerza, cuanto más les traiciona la fortuna. Buzot, Pethión y Robespierre fueron de este número.

XVII

Es curiosísima para la Historia la primera impresión que produjo a la señora Roland el hombre que, reanimado en su seno y conspirando entonces con ella, debía más tarde derribar el poder de sus amigos, inmolarlos en masa, y condenarla a ella a muerte. Ningún movimiento repulsivo advertía en esta época, a aquella mujer, que conspiraba contra su propia vida conspirando en favor de la fortuna de Robespierre. Si experimenta algún vago temor, éste se transforma pronto en una piedad algo semejante al desprecio. Robespierre parecía hombre honrado, y en atención a sus principios, le perdonó su lenguaje y su impertinente desembarazo. Robespierre, como todo



aquel que no tiene más que un solo pensamiento, inspiraba tedio; pero, esto no obstante, la señora Roland había observado que estaba siempre concentrado en sus comités, que no se precipitaba y que escuchaba todas las opiniones antes de emitir la suya; su convicción era para él razón suficiente. Al subir a la tribuna, aprovechábase para su fama de las discusiones que había oído la víspera y adelantaba la hora de la acción concertada con sus amigos, haciendo fracasar así su plan. Cuando le censuraban esta conducta en casa de la señora Roland, se disculpaba con ligereza, atribuyendo estas faltas a la juventud y a la impaciencia de su amor propio. Persuadida la señora Roland de que este joven amaba apasionadamente la libertad, tomaba su reserva por timidez, y sus traiciones por independencia. La causa común lo disimulaba todo, porque la parcialidad transforma los más siniestros indicios en favor o en indulgencia. «Defiende los principios con calor y tesón, decía refiriéndose a Robespierre, lo cual es un mérito en estos tiempos en que el número de los defensores del pueblo está prodigiosamente reducido; la corte lo aborrece, y, por consiguiente, nosotros debemos amarlo. Yo aprecio a Robespierre y apruebo su conducta, pues, aun cuando es poco asiduo a nuestro pequeño comité nocturno, viene de vez en cuando a pedirme de comer. Me conmovió el terror de que parecía poseído el día de la fuga del rey a Varennes. Aquella noche dijo en casa de Pethión, que la familia real no había tomado este partido sin haber preparado en París una San Bartolomé de patriotas, y que él esperaba morir antes de veinticuatro horas. Pethión, Buzot y Roland decían, por lo contrario, que la fuga del rey era su abdicación, y que era preciso aprovecharse de ella para preparar los ánimos a la república; pero Robespierre, mofándose y mordiéndose las uñas, como de costumbre, preguntaba qué era una república.» Este día fué cuando acordaron la fundación del periódico *El Republicano* Brissot, Condorcet, Dumont de Geneve y Duchatelet, de donde se deduce que la idea de la república nació en la cuna de los girondinos antes que en el alma de

Robespierre, y que el 10 de agosto no fué un accidente sino un complot.

La señora Roland, en la misma época, dejóse llevar, por salvar la vida de Robespierre, de uno de esos primeros movimientos que demuestran una amistad valerosa y que dejan recuerdos en la memoria de los más ingratos. Acusado Robespierre, después de los asesinatos del Campo de Marte, de haber conspirado con los redactores de la demanda de destitución, y amenazado como faccioso de la venganza de la guardia nacional, vióse obligado a ocultarse. Los señores Roland fueron a las once de la noche al lugar en que se había refugiado, en lo último del Marais, para ofrecerle un asilo más seguro en su propia casa; pero él había huído de allí, por lo cual la señora Roland fué a casa de Buzot, su amigo común, y le suplicó que se presentara en el club de los fuldenses, donde entonces tenía influencia, y se apresurara a disculpar a Robespierre antes que se dictara contra él el decreto de acusación.

Buzot, después de dudar un momento, dijo: «Haré cuanto pueda por salvar a ese desgraciado joven, aunque estoy muy lejos de participar de la opinión de ciertas personas respecto a él. Piensa demasiado en sí mismo para amar la libertad, pero la sirve, y esto me basta. Yo estaré allí para defenderlo.» De este modo tres víctimas futuras de Robespierre conspiraban durante la noche, sin él saberlo, para salvar a quien había de llevarlos al cadalso. El destino es un arcano que tiene extrañas coincidencias, y que no tiende a los hombres menos lazos por sus virtudes, que por sus crímenes. La muerte está en todas partes; pero, cualquiera que sea la suerte, sólo la virtud no se arrepiente. La señora Roland se acordó con complacencia de esta noche en los calabozos de la Conserjería; si Robespierre se acordó también, en medio de su poder, su recuerdo fué más frío que el hacha del verdugo.

LIBRO IX

Remoción de personas y de cosas.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland es impelido al poder por sus amigos.—El señor de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey flota entre los partidos.—El entusiasmo general que despierta la guerra.—Sólo Robespierre se resiste a él y lo combate.

I

Después de la separación de la Asamblea constituyente, los señores Roland, terminada su misión, abandonaron a París. Esta mujer, que salía del hogar de las facciones y de los negocios, volvió a encargarse en la *Platiere* del cuidado de su casa rústica y a vendimiar sus viñas; pero ya había disfrutado de la embriaguez de la Revolución. El movimiento en que había tomado parte la arrastraba todavía, a pesar de la distancia, y seguía sosteniendo correspondencia con Robespierre y Buzot, correspondencia política y seca con el primero, patética y tierna con el segundo, hacia quien la impelían su espíritu, su alma y su corazón. La señora Roland y su esposo deliberaron para resolver si permanecerían en el campo o volverían a París; pero la ambición del uno y el alma de la otra habían decidido ya, sin ellos saberlo y antes que ellos, y el más pequeño pretexto fué aprovechado para realizar su impaciente deseo. En el mes de diciembre se encontraban nuevamente instalados en París.

Era la época del advenimiento de sus amigos al poder. Pethión acababa de ser elegido alcalde y creaba una república en el ayuntamiento; Robespierre, excluido de la Asamblea legislativa por la ley que prohibía la reelección de los miembros de la Constituyente, ocupaba la tribuna en el club de los jacobinos; Brissot substituía a Buzot en la nueva Asamblea, y su fama de publicista y de hombre de Estado agrupaba en torno suyo a los jóvenes girondinos, que llegaban de su departamento con el ardor de su edad y el impulso de una segunda oleada revolucionaria, y se inscribían en los cuadros que Robespierre, Buzot, Laclós, Dantón y Brissot habían organizado.

Roland, amigo de todos estos hom-

bres, pero oculto en la sombra, disfrutaba de una reputación sorda, tanto más influyente en la opinión, cuanto menos brillaba exteriormente: se hablaba de él como de una virtud, cubierta con la sencillez de un campesino. Era el Sieyès de su partido. Aunque guardaba silencio se presumía que estaba dotado de gran imaginación, y en el misterio se presentía el oráculo. El brillo y el talento de su joven esposa concentraban las miradas sobre él; y su misma mediocridad, único poder que tiene la virtud para neutralizar la envidia, le era útil. Como nadie le temía, todos le daban la mano; Pethión para cubrirse; Robespierre para minarle; Brissot para poner su mala fama al abrigo de una probidad proverbial; Buzot, Vergniaud, Louvet, Gensonné y los girondinos por respeto, por su ciencia y por inclinación a la señora Roland; la corte misma, por confianza en su honradez y por desprecio de su influencia. El subía al poder sin impulso propio, empujado por el favor de un partido, por el prestigio de lo desconocido sobre la opinión, por el desdén de sus enemigos y por el genio de su esposa.

II

El rey había esperado durante algún tiempo que la cólera de la Revolución se apaciguara con su triunfo; pero las violencias, y las oscilaciones borrascosas entre la insolencia y el arrepentimiento, que señalaron el advenimiento de aquella Asamblea, habíanle desengañado dolorosamente. El ministerio, lleno de asombro, temblaba ya al ver tanta audacia, y confesaba en el consejo su insuficiencia; pero el rey deseaba conservar a su lado a aquellos hombres que le habían dado tantas pruebas de adhesión. Todavía algunos, confidentes y cómplices, servían al rey y a la reina, ya en sus relaciones con los emigrados, ya en sus intrigas interiores.

Montmorin, muy inteligente, pero incapaz de resolver las dificultades de aquella época turbulenta, habíase retirado, y los dos personajes principales del ministerio eran Lessart, de Negocios Extranjeros y Bertrand de Molleville, de

Marina. Colocado Lessart por su posición entre la emigración armada, la Asamblea impaciente, Europa indecisa y el rey cómplice, no podía menos de succumbir bajo sus buenas intenciones. Su propósito era evitar la guerra al país y, por medio de contemporizaciones y negociaciones, suspender las demostraciones hostiles de las potencias, presentar a la Asamblea intimidada al rey como el solo árbitro y el único negociador de la paz entre su pueblo y el extranjero, confiando contener de este modo el choque definitivo entre la Asamblea y el trono, y restablecer la autoridad del rey conservando la paz. Las disposiciones personales del emperador Leopoldo le ayudaban en este pensamiento, no teniendo en contra suya más que la fatalidad que empuja a los hombres y las cosas al desenlace. Los girondinos, y especialmente Brissot, le asediaban con sus acusaciones, porque era quien podía retardar más su triunfo, y, sacrificándolo, se sacrificaba a todo un sistema, por lo que en la prensa y en sus discursos lo designaban al furor del pueblo; los partidarios de la guerra lo habían designado para víctima. No era traidor, pero para ellos el negociar era traicionar. El rey, que sabía que era irreprochable y que se asociaba a sus planes, rehusaba sacrificarlo, y sólo conseguía aumentar los resentimientos contra el ministro.

Molleville era enemigo secreto de la Constitución; aconsejaba al rey la hipocresía, encubriéndose con la letra para matar el espíritu de la ley, marchando por subterráneos a una catástrofe violenta, de la que, según él, debía salir victoriosa la monarquía, creyendo en el poder de la intriga más que en el de la opinión, buscando en todas partes traidores a la causa popular, pagando espías, poniendo precio a todas las conciencias, no creyendo en la incorruptibilidad de nadie, manteniendo inteligencias secretas con los demagogos más furiosos, tratando a fuerza de dinero de que se hicieran las mociones más incendiarias para desprestigiar la Revolución por sus excesos, y llenando las tribunas de la Asamblea de agentes que recibían con silbidos o con aplausos los discursos de los oradores, y congregando en las tribunas un

falso pueblo y una falsa opinión; era, en fin, hombre de cortos medios para las cosas grandes, que creía que se podía engañar a una nación tan fácilmente como a un hombre. El rey, a quien era adicto, lo apreciaba como al depositario de sus amarguras, confidente de sus relaciones con el extranjero, e intermediario hábil de sus negociaciones con los partidos, y Molleville se sostenía en equilibrio merced al favor íntimo del rey y a sus intrigas con los revolucionarios. Hablaba bien el lenguaje de la Constitución y poseía el secreto de muchas conciencias vendidas.

Contando con estos dos hombres, el rey, por complacer a la opinión, confió a Narbona el ministerio de la Guerra. Madama de Staël y el partido constitucional se unieron a los girondinos para sostenerlo, siendo Condorcet el medianero entre estos dos partidos. La esposa de Condorcet, de admirable belleza, unióse a madama Staël, que era entusiasta por el joven ministro. Una le dió el esplendor de su genio, y la otra la influencia de sus encantos, y como si estas dos mujeres hubiesen confundido sus sentimientos en un común afecto al hombre de su predilección, su rivalidad se había inmolado a su ambición.

III

El punto de contacto del partido girondino con el partido constitucional, en esta unión garantizada por el ascenso del conde de Narbona, era la pasión por la guerra. El constitucional la deseaba para poner término a la anarquía interior y para desprenderse de los gérmenes de agitación que amenazaban al trono, y los girondinos la querían para precipitar los ánimos a los extremos, confiando en que los peligros de la patria le darían fuerza para derribar la monarquía e implantar el sistema republicano.

Bajo estos auspicios entró en el ministerio el conde de Narbona, que también era partidario de la guerra, no para derribar el trono a la sombra del cual había nacido, sino para remover y alucinar a la nación, para probar fortuna con un golpe desesperado, y para poner a la cabeza del pueblo la alta aristocracia mili-

tar del país, Lafayette, Birón, Rochambeau, los Lameth, Dillón, Custines y a sí mismo. Si la victoria favorecía a Francia, el ejército victorioso al mando de jefes constitucionales dominaría a los jacobinos, afirmaría la monarquía reformada y sostendría el establecimiento de las dos cámaras. Si Francia sufría una derrota, el trono y la aristocracia sucumbirían seguramente; pero era preferible perecer noblemente en una lucha nacional de Francia contra sus enemigos, antes que vivir siempre acosados y, por último, morir en un motín, víctimas de las picas de los jacobinos. La guerra era la política caballeresca y aventurera que agradaba a los jóvenes por el heroísmo y a las mujeres por el prestigio; veíase en ella la savia del valor francés, y el conde de Narbona la personificaba en el Consejo. Sus colegas, Lessart y Molleville no la querían porque trastornaba todos sus planes, y el rey, como siempre, estaba indeciso, dando un paso hacia adelante y otro hacia atrás, hasta que le sorprendieron los acontecimientos en medio de la duda, que es la situación más débil para resistir el choque, o para imprimir el impulso.

El rey consultaba, además de estos consejeros oficiales, a los ex diputados constituyentes, a los Lameth, Duport, y a Barnave sobre todo, que se había quedado en París algunos meses después de la disolución de la Asamblea, e indemnizaba con una adhesión sincera a la monarquía de los golpes que le había asestado. Su imaginación había medido la rápida pendiente adonde le había conducido el deseo del favor público; pero, como le ocurrió a Mirabeau, era ya demasiado tarde para detenerse. Habiendo quedado desarmado al borde de los acontecimientos, veíase asaltado por terrores y pesares, y si su intrépido corazón no temblaba por sí mismo, el cariño que profesaba a la reina y a toda la familia real le inducía a dar al rey consejos, que no tenían de malos más sino que no podían seguirse. Los conciliábulos que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, sólo servían para llevar al ánimo del rey un nuevo elemento de duda, a la que agregaban Lafayette y sus amigos sus

consejos imperiosos. Lafayette, dueño de la opinión pública la víspera, no podía convencerse de que había otro rival más poderoso, aunque sólo la guardia nacional, que le era adicta, creía aún en su omnipotencia. Todos estos partidos y todos estos hombres apoyaban en secreto al conde de Narbona, que, cortesano a los ojos de la corte, aristócrata a los de la nobleza, militar a los del ejército, popular a los del pueblo y seductor a los de las mujeres, era el ministro en quien la opinión pública tenía puesta su esperanza. Sólo los girondinos llevaban una segunda intención en el favor que aparentemente le dispensaban, pues lo ensalzaban para precipitarlo, porque el conde de Narbona no era para ellos más que la mano que les preparaba el triunfo.

IV

Tan pronto como entró a formar parte del consejo de ministros, demostró este joven, en la discusión de los negocios y en las relaciones del ministerio con la Asamblea, la actividad, franqueza y gracia de su carácter, intentando atrevidamente el sistema de la confianza en la Asamblea, a la que sorprendió con su abandono. Estos hombres recelosos y austeros que no habían visto hasta entonces más que celadas en las palabras de todos los ministros, quedaron encantados de sus discursos. El les habló, no con el lenguaje oficial y frío del diplomático, sino con el franco y cordial del patriota; llevó la cartera a la tribuna, arrojó generosamente la responsabilidad, abrazó los dogmas del pueblo con una sinceridad que desvaneció toda sospecha, entregóse a él por completo e imprimió el vuelo de su alma a las personas menos fáciles de seducir. La nación gozaba al ver que un aristócrata adoptaba sus costumbres, sus principios y sus pasiones, y él, en su ardor de patriotismo, no dejó entibiarse este movimiento que confundía en su persona al rey y al pueblo. Hizo prodigios de actividad durante su breve administración, recorrió y armó las plazas fuertes, levantó ejércitos, arengó a las tropas, suspendió la emigración de la nobleza en nombre del peligro común, nombró generales, llamó

a Lafayette, Rochambeau y Luckner, y el entusiasmo patriótico de que era el alma se apoderó de toda Francia. Convirtiendo al trono en centro nacional de la defensa del territorio, consiguió que el rey fuese amado, y los partidos se reconciliaron por el entusiasmo de la patria; su elocuencia era algo marcial, rápida, brillante y sonora como el movimiento de las armas; constituyendo la franqueza el fondo de su carácter, abría su alma a los adversarios con una confianza que halagaba a todos.

El primer día de su entrada en el ministerio, en vez de comunicar, como hacían los demás ministros, su nombramiento por medio de una carta al presidente, fué a la Asamblea y pidió la palabra: «Vengo a ofrecer, dijo, un profundo respeto al poder popular de que estáis investidos, una firme adhesión a la Constitución, que juro, un amor ardiente a la libertad y la igualdad que no tienen adversarios, pero cuyos defensores no deben ser por esto menos decididos.» Dos días después conquistó el afecto de la Asamblea hablando de la responsabilidad de los ministros. «Acepto, dijo, la definición que se acaba de hacer de la situación de los ministros, manifestando que su responsabilidad es la muerte; no perdonemos ninguna amenaza ni ningún peligro; imponednos trabas personales, pero facilitadnos los medios de hacer que la Constitución marche. En cuanto a mí respecta, aprovecho esta ocasión para suplicar a los miembros de la Asamblea, que me informen de todo cuanto crean útil para el bien público en mi ramo, pues nuestros intereses y nuestros enemigos son los mismos, y no es sólo la letra de la Constitución lo que se debe ejecutar, sino también su espíritu. ¡No es cumplir lo que es necesario, sino conseguir!... Veréis que el ministro está convencido de que la libertad no puede salvarse si el bien no se practica con vosotros y por vosotros; dejad, pues, un momento de desconfiar de nosotros; después nos condenaréis si lo merecemos, pero antes proporcionadnos sin desconfianza los medios de servirlos.» Estas palabras, dirigidas al corazón, fueron impresas y enviadas a los departamentos por acuerdo de la Asamblea. El conde

de Narbona, para afirmar esta reconciliación del rey y de la nación, fué a los comités de la Asamblea y les expuso sus planes, y discutió sus medidas, predisponiendo así los ánimos en favor de sus resoluciones. Este gobierno, en común, era el espíritu de la Constitución, por lo que los demás ministros lo consideraban una humillación del poder ejecutivo y una abdicación del trono; pero el conde de Narbona creía que era éste el único medio de que el rey reconquistara el espíritu nacional. La opinión había destronado la majestad, y era a la opinión a quien se debía pedir que la afirmase de nuevo: él era el ministro de la opinión. Cuando el emperador dirigió al rey un mensaje amenazador para la seguridad de las fronteras y el rey en persona hubo comunicado a la Asamblea las disposiciones enérgicas que pensaba adoptar, el conde de Narbona subió a la tribuna, después que hubo salido el monarca, y dijo: «Voy a visitar nuestras fronteras, no porque crea que las desconfianzas del soldado contra los oficiales tengan fundamento, sino porque espero disiparlas hablando a todos de la patria y del rey. Diré a los oficiales, que si rancias preocupaciones y el amor demasiado poco razonable al rey han podido durante algún tiempo excusar su conducta, la palabra *traición* no debe figurar en el idioma de ninguna de las naciones que conozca el honor. Diré a los soldados: vuestros oficiales, que permanecen a la cabeza del ejército, están unidos a la Constitución por el juramento y por el honor, y la salvación del Estado depende de la disciplina del ejército. Yo entregaré mi cartera al ministro de Negocios Extranjeros, y es tal mi confianza en su patriotismo, que respondo de cuantas órdenes dé él en mi nombre.» En estas palabras se mostró el conde de Narbona tan hábil como magnánimo, pues sabía que disfrutaba de suficiente crédito en la nación para amparar con él la impopularidad de su colega Lessart, ya denunciado por los girondinos, colocándose así entre ellos y su víctima. La Asamblea estaba conquistada, y obtuvo la concesión de veinte millones para los preparativos de la guerra y el grado de mariscal de Francia para el anciano Luckner.

La prensa y hasta los clubs aplaudieron, y el deseo general de la guerra hizo olvidar todos los demás asuntos, incluso los rencores. Sólo Robespierre, entre los jacobinos, dejó de entusiasmarse. Este, que hasta entonces no había sido más que un discudidor de ideas, un agitador subalterno, infatigable e intrépido, pero famoso, se convirtió en hombre de Estado, conoció su fuerza interior, apoyó esta fuerza en un principio y atrevióse a combatir con la verdad, sin contar el número de sus adversarios. La guerra era el asunto palpitante en los gabinetes de los príncipes amenazados por la Revolución, en los consejos de Luis XVI, en los conciliábulos de los partidos, en la Asamblea, en el club de los jacobinos y en los periódicos. El momento era decisivo, pues no podía dudarse que las negociaciones entre el emperador Leopoldo y Francia con motivo de la reunión de los emigrados en los Estados dependientes del imperio llegaban a su término y que, muy pronto, o el emperador daría satisfacción a Francia resolviendo aquellas reuniones, o Francia le declararía la guerra, con lo que se atraería las hostilidades de todos sus enemigos juntos: era el guante que arrojaba Francia. Ya hemos dicho que los hombres de Estado y los revolucionarios, los constitucionales y los girondinos, los aristócratas y los jacobinos, todos creían que la guerra era una llamada que hacía el destino, y toda Francia quería que este destino se pronunciara por la victoria o por la derrota: el triunfo resolvería todas las dificultades interiores, y el desastre no asustaba a ninguno, porque todos confiaban en sí mismos y desafiaban a la muerte. Robespierre pensó de otro modo, porque comprendió que la guerra era un crimen gratuito contra el pueblo, y la ruina de la democracia. Creía que la Revolución era la única aplicación rigurosa de los principios de la filosofía a las sociedades, pues él, discípulo convencido y apasionado de J. J. Rousseau, no tenía otro Evangelio que el *Contrato social*, y la guerra hecha con la sangre de los pueblos era, a los ojos de la filosofía, lo que será siempre en concepto de los prudentes, el asesinato en masa para defender la ambición de algunos, y solamente glo-

riosa cuando es defensiva. Robespierre no creía que Francia estuviese colocada en las condiciones de necesidad y de salvación suprema que autorizan a abrir esta vena de la humanidad, de donde iban seguramente a correr ríos de sangre, y, convencido de la omnipotencia de las nuevas ideas, cuya fe alimentaba, como un fanatismo de su alma formada por la intriga, no temía que algunos miles de aristócratas emigrados vinieran a imponer leyes a una nación cuyo primer suspiro de libertad había hecho vacilar al trono, a la nobleza y al clero. No creía tampoco que las potencias de Europa, desunidas e indecisas, mientras no fuesen atacadas, se atrevieran a declarar la guerra a una nación que proclamaba la paz. En el caso de que los gabinetes europeos cometieran la insensatez de intentar semejante crudeza contra la razón humana, Robespierre creía firmemente en su derrota, porque abrigaba la convicción de que hay una fuerza invisible en la justicia de una causa; de que el derecho duplica la energía de un pueblo; de que la desesperación puede hasta suplir ejércitos, y de que Dios y los hombres estaban a favor del pueblo. Creía, además, que si Francia tenía el deber de iluminar a otros pueblos con las luces y los beneficios de la razón y de la libertad, la claridad natural y pacífica de la revolución francesa esparcida sobre el mundo, sería un medio de propagación más infalible que las armas; que la Revolución debía de ser una doctrina y una monarquía universal realizada por la fuerza, y que no se necesitaba coligar el patriotismo de las naciones contra sus dogmas, porque su imperio estaba en las almas. La fuerza de las ideas revolucionarias, según él, era su luz; pero comprendió más, comprendió que la guerra ofensiva perdería inevitablemente la revolución, y anonadaría la prematura república de que le hablaban los girondinos y que él no podía definir aún. Si la suerte es adversa, decía, Europa ahogará sin trabajo, bajo los pies de sus ejércitos, los primeros gérmenes de este nuevo gobierno, que tendrá algunos mártires para confesarlo, pero que carecerá de tierra en que renacer. Si, por lo contrario, se obtiene la victoria en la guerra,

la milicia, cómplice siempre de la aristocracia; el honor, religión que une al soldado con el trono, y la disciplina, despotismo de la gloria, substituirán a las virtudes varoniles a que hubiera habituado al pueblo el ejercicio de la Constitución, y el pueblo lo perdonará todo, hasta la esclavitud a aquellos que lo hayan salvado, porque el reconocimiento de una nación a los jefes, que la han conducido a la victoria, es un lazo en que los pueblos caerán siempre, y ellos mismos se colocarán bajo del yugo. Las virtudes civiles empalidecerán ante el brillo de los éxitos militares, y, o el ejército devolverá nuevamente su antiguo brillo a la majestad con su fuerza y Francia tendrá un Monk, o coronará al más feliz de los generales y la libertad tendrá por jefe a un Cromwell. En ambos casos, la Revolución se escapa al pueblo, y cae en manos del soldado, y, por consiguiente, librarla de la guerra es librarla de un lazo. Estas reflexiones le decidieron: no había aún violencia en su pensamientos, pero veía lejos y veía bien. Tal fué el origen del rompimiento de sus relaciones con los girondinos; la justicia de éstos era su política y la guerra parecíales política; y, justa o no, la deseaban como instrumento de ruina para el trono y de encumbramiento para ellos. Esta gran disputa fué la primera falta, de la democracia, o de los ambiciosos, empezando el encarnizado combate, que debía concluir por la muerte de los dos partidos, en la sesión nocturna de los jacobinos, celebrada el 12 de diciembre.

V

«Durante seis meses, o sea desde el primer día de la revolución, dijo Brissot, alma de la Gironda, me ha tenido preocupado el partido que voy a sostener, y la fuerza del raciocinio y la de los hechos me han convencido de que un pueblo, que ha conquistado la libertad después de haber soportado la esclavitud diez siglos, tiene necesidad de la guerra para consolidar la libertad, para purgar la Constitución de los restos del despotismo y para hacer desaparecer a los hombres que pudieran corromperla.

Puesto que tenéis fuerza para castigar a los rebeldes e intimidar al mundo, tened también audacia. Los emigrados insisten en sostenerlos, no vaciléis en atacarlos. Nuestro honor, nuestro crédito público, la necesidad de moralizar y de afirmar nuestra Revolución, todo nos impone una ley; Francia se desplomaría si sufriera la insolente sublevación de algunos facciosos, ultraje que un déspota no toleraría impunemente quince días. ¿Qué queréis que se piense de nosotros? ¡Es preciso tomar venganza si no queremos ser el oprobio de las naciones! ¡Es preciso destruir esas hordas de ladrones, o, de lo contrario, ver perpetuarse las facciones, las conjuraciones y los incendios e insolentarse los aristócratas, que cuentan con el ejército de Coblenza! ¿Queréis destruir de un solo golpe la aristocracia? ¡Destruíd a Coblenza, y el jefe de la nación reinará según la Constitución con nosotros y por nosotros!»

Estas palabras, pronunciadas por el hombre de Estado de la Gironda, conmovieron todas las fibras y resonaron desde el fondo del club de los jacobinos, hasta los últimos confines del país. Los aplausos frenéticos tributados por las tribunas no eran más que el contragolpe de la impaciencia universal por la desunión de los partidos. Robespierre necesitaba un alma de bronce para hacer frente a sus amigos, a sus enemigos, y al sentimiento nacional. Esta lucha de una idea contra todas las pasiones duró semanas enteras sin desmayar, porque las grandes convicciones son infatigables. Robespierre se sostuvo solo durante un mes contra toda Francia, imponiendo respeto con su resistencia hasta a sus enemigos, que, si no lo seguían, lo apreciaban. Su elocuencia, al principio seca, locuaz y dialéctica, se hizo elevada, y los periódicos empezaron a reproducir sus discursos. «A ti, pueblo, que careces de medios para proporcionarte los discursos de Robespierre — decía el *Orador del Pueblo*, diario de los jacobinos—, te los daré íntegros. Guarda cuidadosamente los números sucesivos, que los contendrán. Son obras maestras de elocuencia, que deben poseer todas las familias, para que los que nazcan después de nosotros, sepan que ha existido un Robespierre

para la felicidad pública y para salvar la libertad.»

Después de haber agotado todos los argumentos de la filosofía, de la política y del patriotismo para impugnar la guerra, principiada bajo la inspiración de los girondinos, fomentada sordamente por los ministros, y dirigida por generales de la aristocracia sospechosa al pueblo, subió por última vez a la tribuna la noche del 13 de enero, y reasumió en una peroración contra Brissot, hábil y patética, su desesperanzada convicción.

VI

«Perfectamente, estoy vencido, soy de vuestra opinión, dijo con voz quebrantada, y pido la guerra; la pido más terrible y más irreconciliable que vosotros; la pido, no como un acto de prudencia, ni como un acto de razón, ni como un acto político, sino como un acto de desesperación. La pido con una condición, que seguramente está convenida entre nosotros, porque no creo que los abogados de la guerra hayan querido engañarnos; la pido a muerte; la pido heroica, y, en fin, la pido como el genio de la libertad la declararía a todos los despotismos, como la haría el pueblo de la Revolución, a las órdenes de sus propios jefes, y no como quizá la desean los cobardes intrigantes, y como ministros y generales sospechosos y ambiciosos, aunque patriotas, la dirigirían.

»Pues bien, franceses, hombres del 14 de julio, que supisteis conquistar la libertad sin dirección y sin caudillo, venid, formemos un ejército que conquiste el universo. ¿Pero dónde está el general, que, imperturbable defensor de los derechos del pueblo, enemigo nato de los tiranos, no haya respirado nunca el ambiente emponzoñado de las cortes, y cuya virtud esté demostrada por el odio y por la desgracia de palacio, el general, cuyas manos, puras de nuestra sangre, merezcan llevar dignamente delante de nosotros el estandarte de la libertad? ¿Dónde está este nuevo Catón, este tercer Bruto, este héroe desconocido aún? ¡Que se reconozca en su retrato y que se presente para que nosotros lo pongamos a la cabeza!... ¿Pero dónde está?

¿Dónde están esos soldados del 14 de julio, que depusieron delante del pueblo las armas que les había entregado el despotismo? Soldados de Chateaufieux, ¿dónde estáis? Venid a vigorizar nuestros esfuerzos. Desgraciadamente, primero se arrancarían su presa a la muerte que sus víctimas al despotismo. ¡Ciudadanos, los que tomasteis la Bastilla, venid! La libertad os llama y os debe el honor de colocaros en primera fila... ¡Pero no respondan! ¡La miseria, la ingratitude y el odio de los aristócratas los han dispersado! Y vosotros, ciudadanos inmolados en el Campo de Marte en el mismo acto de la federación patriótica, ¿no vendréis tampoco con nosotros? ¡Ah! ¿qué delito habrían cometido las mujeres y los niños a quienes asesinais? ¡Dios mío! ¡cuántas víctimas! ¡y siempre en el pueblo! ¡siempre los patriotas! ¡Mientras los conspiradores poderosos viven y triunfan! ¡Venid siquiera vosotros, guardias nacionales, que más especialmente deseáis defender nuestras fronteras en la guerra con que la perfidia de una corte nos amenaza! ¡Venid! ¿pero qué? ¿aun no estáis armados? ¡Pues qué! ¿hace dos años que estáis pidiendo armas y no las tenéis aún? ¡Qué digo! ¡se os han negado los vestuarios y condenado a vagar de departamento en departamento, siendo objeto del desprecio de los ministros y de la burla de los patricios, que os pasan revista para gozarse en vuestra miseria! Sin embargo, venid: peharemos desnudos, como los americanos.

»Pero, ¿tenemos que esperar nosotros para derribar los tronos las órdenes del ministro de la guerra? ¿tenemos que esperar la señal de la corte? ¿seremos mandados por esos patricios, eternos favoritos del despotismo, en esta guerra contra los aristócratas y los reyes? No: marchemos solos, seamos la guía de nosotros mismos. ¡Pero qué! Ahí están los oradores de la guerra que me detienen; ahí está Brissot, que me dice que es necesario que el conde de Narbona dirija solo esta empresa; que es preciso marchar bajo las órdenes del marqués de Lafayette; que sólo al poder ejecutivo corresponde conducir la nación a la victoria y a la libertad. ¡Ah! ¡ciudadanos,

esta palabra ha roto todo el encanto! ¡Adiós la victoria y la independencia de los pueblos! ¡Si los cetros de Europa se rompen en alguna ocasión, no será porque ellos los rompan! España continuará siendo todavía algún tiempo la esclava embrutecida de la superstición y del realismo: Leopoldo continuará tiranizando a Alemania y a Italia, y nosotros no veremos en mucho tiempo a los Catones y Cicerones que han de reemplazar en el cónclave al papa y a los cardenales. Lo digo francamente, la guerra, como yo la comprendo, como acabo de proponérsela, es impracticable; y si hemos de hacer la guerra imaginada por la corte, por los ministros, por los patriotas que se llaman a sí mismos patriotas, y por los intrigantes, no se emanciparán jamás los pueblos, ni tendréis libertad. Lo más prudente que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores, que os adormecen con sus ilusiones de heroísmo.

»Resumo, pues, fría y tristemente: he demostrado que la guerra es el mayor enemigo de la libertad, y he demostrado que la guerra aconsejada por hombres sospechosos, no es, dirigida por el poder ejecutivo, más que un medio de anondar la Constitución, ni otra cosa que el desenlace de una trama urdida contra la Revolución. Favorecer estos planes de guerra, bajo cualquier pretexto que sea, es, por consiguiente, secundar las traiciones contra la Revolución. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes, pretendidos políticos, no pueden variar la naturaleza de las cosas, y predicar como Brissot y sus amigos la confianza en el poder ejecutivo e invocar el favor público para sus generales, es desarmar la Revolución, la vigilancia y la energía de la nación. En el horrible estado a que nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traición y la ceguera general, no sigo más consejo que el de mi corazón y de mi conciencia; no respeto más que la verdad, ni soy condescendiente más que con mi patria. Sé que hay patriotas que censuran la franqueza con que os muestro el cuadro desconsolador de nuestra situación; conozco mi falta, pero, ¿la verdad no es bastante culpable sólo por ser

verdad? ¡Ah! Siendo dulce el sueño, ¿qué importa que nos despierte el ruido de las cadenas en la calma de la esclavitud? No turbemos, por consiguiente, la tranquilidad de estos dichosos patriotas; pero por lo menos sepan que sin vértigo y sin temor podemos apreciar toda la profundidad del abismo. Enarbolemos la divisa del palatino de Posnania: *Prefiero las borrascas de la libertad a la seguridad de la esclavitud*. Si no ha llegado aún el momento de la emancipación, lo esperaremos con paciencia; si esta generación está destinada a agitarse en el fango de los vicios, donde la ha sepultado el despotismo; si en el teatro de nuestra revolución no sólo debe ver el universo la lucha de la perfidia con la debilidad, y del egoísmo con la ambición, la raza naciente purificará esta tierra llena de vicios, trayendo, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el cuchillo para incendiar los tronos y exterminar a los opresores. ¡Posteridad más dichosa, te conocemos! ¡Por ti arrostramos nosotros estas borrascas y estos lazos de la tiranía! ¡Desanimados muchas veces por los obstáculos que nos circundan, conocemos que es necesario lanzarnos hacia ti! ¡Tú concluirás nuestra obra, pero retén en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad!» En estos acentos percibiase el eco del alma de Rousseau.

VII

Louvet, uno de los amigos de Brissot, conociendo su influencia, subió a la tribuna para dirigir una súplica al hombre que, solo, detenía la marcha de la Gironda. «Robespierre, le dijo, apostrofándole directamente, sois el único que tenéis la opinión pública en suspenso. Sin duda este exceso de gloria os estaba reservado. Vuestros discursos pertenecen a la posteridad, que decidirá entre vos y yo; pero, en fin, ya que arrostráis la gran responsabilidad de vuestra opinión insistiendo en ella, debéis dar cuenta de vuestra conducta a vuestros contemporáneos y a la posteridad que vendrá a ponerse entre vos y yo, por más indigno que yo sea. La posteridad dirá: distin-

guióse en la Asamblea constituyente un hombre que fué inaccesible a todas las pasiones y uno de los más fieles defensores del pueblo; era preciso estimar y apreciar sus virtudes y admirar su valor; el pueblo, a quien constantemente había servido, lo adoraba. Abrió un precipicio, y este hombre, a quien distraían demasiados cuidados, creyó ver el peligro donde no lo había y no lo vió donde realmente estaba. Un hombre obscuro, atento a la realidad de las cosas e ilustrado por otros ciudadanos, descubrió el peligro, y, no pudiendo permanecer callado, fué derecho a Robespierre para convencerlo de su error, haciendo que lo tocara con el dedo. Robespierre volvió los ojos y retiró su mano; pero el desconocido insistió y salvó al país.»

Robespierre sonrióse escuchando desdenosamente estas palabras. Los gestos de súplica de Louvet, y los encarecidos ruegos de las tribunas le dejaron impasible. En la sesión del día siguiente, Brissot habló nuevamente del asunto de la guerra. «Suplico a Robespierre, dijo, que ponga término a esta lucha escandalosa, que sólo aprovecha a los enemigos del bien público. — Me ha sorprendido extraordinariamente, repuso Robespierre, el ver esta mañana en el diario redactado por el señor Brissot, una carta en la que se elogia a Lafayette. — Declaro, respondió Brissot, que no he tenido conocimiento de la carta inserta en el *Patriota francés*. — Me produce, replicó Robespierre, una verdadera satisfacción el hecho de que el señor Brissot no sea cómplice de semejantes apologías.» Las palabras envenenaban, sin poder disimular el odio de los corazones. El anciano Dussaul se lanzó entre los adversarios, e hizo un tierno llamamiento a la concordia de ambos patriotas, suplicándoles encarecidamente que se abrazaran, y se abrazaron. «He cumplido un deber de fraternidad y he satisfecho a mi corazón, dijo Robespierre, pero me queda otra deuda más sagrada que pagar a la patria, porque todo afecto personal debe ceder al interés sagrado de la libertad y de la humanidad. Podré fácilmente conciliarlos aquí, con las consideraciones que he prometido guardar a todos los que la sirven. He abrazado al señor Bris-

sot; pero insisto en combatirle, porque nuestra paz sólo puede tener por base el patriotismo y la virtud.» Robespierre demostraba su fuerza con su mismo aislamiento, que le daba también gran ventaja sobre los ánimos indecisos; los periódicos empezaban a elogiarlo; Marat zahería a Brissot con sus invectivas, y Camilo Desmoulins en los anuncios improvisados, descubrió la vergonzosa asociación de Brissot en Londres con el deshonorado libelista Morande. Hasta Dantón, adorador del éxito, temiendo equivocarse, vacilaba en declararse a favor de los girondinos o de Robespierre; guardó silencio durante mucho tiempo, y, al fin, pronunció un discurso ampuloso, en el que se adivinaban la indecisión de las convicciones y el embarazo del ánimo, a través de las frases rimbombantes.

LIBRO X

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan los acontecimientos.—Proyecto de manifiesto presentado por Vergniaud.—El rey no sanciona los decretos contra el clero y los emigrados.—La guerra civil germina en la Vendée.—Estalla la guerra en el Mediodía.—Asesinato de Lécuyer en Aviñón.—Jourdan llega al Constat.—Asesinatos en Aviñón.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos consi-guen que se les indulte.—Santo Domingo.—Reacción de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa común con los negros.—Insurrección.—El mulato Oge, jefe de la insurrección, es condenado a muerte y ejecutado.—Sublevación general.—Matanza de blancos.—En Francia se multiplican los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Trastornos públicos en Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reacción realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes de las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateaueux.

I

Mientras se desarrollaban estos sucesos en el club de los jacobinos, y los diarios, ecos de los clubs, llevaban al ánimo del pueblo la misma ansiedad y la misma duda, la sorda diplomacia del gabinete de las Tullerías y del de Leopoldo, que en vano pretendía retardar el desenlace, iba a verse frustrada por la impaciencia de los girondinos y por la muerte del emperador filósofo, que se llevó consigo al otro mundo los deseos de conciliación y las esperanzas de paz. El solo contenía a

Alemania. El conde de Narbona desbarataba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Lesart a fin de contemporizar y a fin de que las disensiones de Francia y Europa fueran resueltas por un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por el conde de Narbona y compuesto en su mayoría por girondinos, proponía resoluciones decisivas. Este comité, establecido por la Asamblea constituyente, e inspirado en el gran pensamiento de Mirabeau, interpellaba a los ministros acerca de todas las relaciones exteriores, con lo que quedaban al descubierto la diplomacia, rotas las negociaciones e imposibilitadas las transacciones y las combinaciones. Los gabinetes de Europa eran citados constantemente en la tribuna de París. Los girondinos, agitadores de este comité, no tenían los conocimientos ni la prudencia necesarios para manejar los hilos de una diplomacia complicada, sin romperlos; un discurso les importaba más que una negociación, y les tenía sin cuidado que su palabra resonara en los gabinetes extranjeros, con tal que produjera efecto en algún salón y en las tribunas. Además querían la guerra, y se consideraban hombres de Estado perturbando de un solo golpe la paz de Europa. No conocían la política, pero se creían hábiles, porque eran poco o nada escrupulosos, y afectaban la indiferencia de Maquiavelo, suponiéndose tan profundos como él.

El emperador Leopoldo provocó una explosión en la Asamblea con su nota de 21 de diciembre. «Los soberanos reunidos, decía el emperador, han acordado sostener la tranquilidad pública y el honor y la seguridad de las coronas...» Estas palabras excitaron los ánimos, y dieron lugar a que se preguntara: ¿cómo el emperador, cuñado y aliado de Luis XVI, hablaba por primera vez de este acuerdo adoptado por los soberanos? ¿Y contra quién, si no es contra la Revolución? ¿Cómo los ministros y los embajadores de la Revolución desconocían este acuerdo? Y, si tenían conocimiento de él, ¿por qué lo habían ocultado a la nación? ¿Había una doble diplomacia para tenderse recíprocamente lazos? Por

consiguiente, el comité austriaco no era una ilusión de los facciosos. Había, pues, en la diplomacia oficial impericia o traición, o quizá ambas cosas a un tiempo. Hablaban de un proyectado congreso, y se preguntaban si su objeto podía ser otro que el de imponer modificaciones a la Constitución de Francia. Sólo el pensar en variar una letra de la Constitución a causa de las exigencias de Europa, les causaba profunda indignación.

II

El girondino Gensonné, en representación del comité diplomático, presentó un informe acerca del estado de las relaciones con el emperador. Gensonné, abogado de Burdeos, nombrado miembro de la Asamblea legislativa el mismo día que Guadet y Vergniaud, sus compatriotas y amigos, componía con estos diputados el triunvirato de talento, de opinión y de elocuencia, que más tarde se llamó la Gironda. La dialéctica obstinada y la ironía áspera y mordaz eran las características del talento de Gensonné. No arrastraba tras sí, pero apremiaba, y sus convicciones revolucionarias eran firmes, pero razonadas.

Antes de ser nombrado miembro de la Asamblea legislativa había ejercido el cargo de comisario con Dumouriez, que luego se hizo famoso explorando la situación de ánimo de las poblaciones en los departamentos del Oeste, y proponiendo medidas útiles para la pacificación de las comarcas agitadas por las disensiones religiosas. Su informe luminoso y sereno concluyó proponiendo la tolerancia y la libertad, tópicos de las conciencias. Estaba, como todos los girondinos de entonces, resuelto a llevar la Revolución hasta su forma extrema y definitiva: la república; pero sin impaciencia por derribar el trono constitucional, con tal que la Constitución estuviera en manos de su partido.

Unido con el ministro conde de Narbona, sus calumniadores le acusaban de habersele vendido; pero esta sospecha carece de fundamento, porque, aunque el alma de los girondinos no estaba exenta de ambiciones y de intrigas, sus ma-

nos estaban limpias de toda mancha. a sufrir modificaciones vergonzosas en nuestras nuevas instituciones?

Gensonné, en el informe presentado en nombre del comité diplomático, proponía dos cuestiones: 1.ª, ¿cuál era la situación política respecto del emperador? 2.ª, ¿debía considerarse su última comunicación como una hostilidad? y, en este caso, ¿era necesario acelerar, atacándolo, el rompimiento que se creía inevitable?

«El estado de nuestras relaciones con el emperador, se respondía, es el interés de Francia sacrificado a la casa de Austria, como nuestra hacienda y nuestros ejércitos prodigados para ella son nuestras alianzas perdidas, y ¿qué muestras de reciprocidad hemos recibido? Insultos a la Revolución; la profanación de nuestra escarapela, la reunión de los emigrados en los Estados austriacos, y, en fin, la confesión de un acuerdo de las potencias asociadas contra nosotros. Cuando nuestros príncipes, desde el interior del Luxemburgo nos amenazan con una invasión inminente y se vanaglorian del apoyo que les prestan las potencias, Austria calla y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enemigos. Afecta, es cierto, de vez en cuando, condenar las manifestaciones hostiles a Francia; pero estos reproches convenidos no son más que una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarrevolucionario se lucen impunemente en sus Estados, donde están proscriptos nuestros colores nacionales; y cuando el rey amenazó al elector de Tréveris con ir a dispersar en su territorio las reuniones que nos amenazaban, el emperador mandó al general Bänder que socorriera al elector de Tréveris. Esto es poco aún: en el informe concertado en Pilnitz, declara el emperador en unión con el rey de Prusia, que las dos potencias resolverán los negocios de Francia de acuerdo con las otras cortes de Europa, y que, en caso de guerra, se ayudarán recíprocamente. Con esto queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756 concertando alianzas sin conocimiento de Francia, y queda demostrado también que él se ha constituido en centro y motor de un sistema antifrancés. ¿Cuál puede ser su objeto, sino el de intimidar y dominar para obligarnos insensiblemente a aceptar un congreso y

»Quizá, añadía Gensonné, esta idea ha partido de Francia; quizá secretas inteligencias hacen confiar al emperador en la posibilidad de conservar la paz con semejantes condiciones; pero está equivocado, no es en el momento en que el fuego de la libertad abrasa las almas de veinticuatro millones de hombres, cuando los franceses van a permitir una capitulación a la que preferirían la muerte. Tan crítica es nuestra situación, que la guerra, que en tiempos ordinarios sería una plaga para la humanidad, debe parecer hoy útil al bienestar público; esta saludable crisis elevará al pueblo a la altura de sus destinos, le devolverá su primitiva energía, restablecerá nuestra hacienda y sofocará todos los gérmenes de disensiones intestinas. El gran Federico, en situación análoga a la nuestra, desbarató la liga que la corte de Viena había formado en contra suya, previniéndola; vuestro comité os propone que aceleréis los preparativos de la guerra, porque un congreso sería una vergüenza. La guerra es necesaria; la opinión pública la provoca, y la salvación pública la reclama.»

El informante concluía pidiendo al emperador explicaciones claras, y que, en el caso de que no se obtuvieran antes del 10 de febrero, se considerara la negativa como un acto de hostilidad.

III

Apenas hubo concluido la lectura de este informe, Guadet, que aquel día actuaba de presidente de la Asamblea, abandonó su puesto, subió a la tribuna y tomó la palabra para comentar la relación de su colega y amigo. Guadet, nacido en Saint-Emilión, cerca de Burdeos, abogado célebre antes de la edad en que los hombres han tenido tiempo de adquirir fama, esperado con impaciencia por la tribuna política, llegado al fin a la Asamblea legislativa, discípulo de Brissot, menos profundo, tan audaz, y más elocuente que él, íntimamente unido con Gensonné y Vergniaud, que tenían la misma edad, las mismas pasiones y la misma patria, y dotado de alma fuer-

te y de palabra seductora, tan conveniente para resistir los movimientos de una Asamblea popular como para impulsar al desenlace, acrecentaba todos estos dones intelectuales con una fisonomía meridional en que la pasión se inflamaba con el mismo fuego que el discurso.

«Se ha hablado de un congreso, dijo, ¿cuál es, pues, este complot formado contra nosotros, y hasta cuándo sufriremos que se nos moleste con esas manobras, y que se nos ultraje con vanas esperanzas? ¿Lo han pensado bien los que lo tramam! La sola idea de la posibilidad de una capitulación de la libertad podría inducir al crimen a los descontentos que confían en ella, y es preciso prevenir los crímenes. Demostremos a todos esos príncipes, que la nación está decidida a conservar su Constitución intacta, o a perecer con ella. En una palabra, señalemos previamente un puesto a los traidores, y este puesto no puede ser otro que el cadalso. Propongo que se decrete ahora mismo que la nación considera como infames, traidores a la patria y culpables del crimen de lesa nación, a todo agente del poder ejecutivo, a todo francés que tome parte, directa o indirectamente, en un congreso cuyo objeto sea obtener una modificación de la Constitución, o una mediación entre Francia y los rebeldes.»

La Asamblea, al oír estas palabras, púsose en pie como movida por un solo impulso, todos los brazos se tendieron, y se abrieron todas las manos en actitud de prestar juramento; las tribunas confundieron sus aplausos con los que resonaron en el salón, y el decreto fué aprobado.

Lessart, a quien el gesto y las reticencias de Guadet parecían haber señalado como víctima a las sospechas del pueblo, no queriendo quedar bajo el peso de estas terribles alusiones, dijo: «Se ha hablado de los agentes políticos del poder ejecutivo y debo declarar que no sé nada que pueda autorizar semejante sospecha de su fidelidad. En cuanto a mí, repetiré la palabra de mis colegas en el ministerio: acepto la Constitución o la muerte.»

Mientras Gensonné y Guadet solivian-

taban los ánimos de la Asamblea, Vergniaud sublevaba la multitud con el proyecto de una proclama al pueblo francés, que circulaba de mano en mano entre las masas ya hacía algunos días. Los girondinos imitaban a Mirabeau; sin duda recordaban el efecto que había producido dos años antes el proyecto de representación al rey para licenciar las tropas.

«¡Franceses!, dijo Vergniaud, se está haciendo gran aparato de fuerzas en vuestras fronteras; se habla de complots contra la libertad; vuestros ejércitos se reunen, y grandes movimientos agitan el país. Los clérigos sediciosos preparan, valiéndose de los confesonarios y de los púlpitos, un levantamiento contra la Constitución. Se necesitaban leyes marciales, y las decretamos; pero no hemos conseguido más que hacer brillar un momento el rayo a los ojos de la rebelión, porque el rey rehusó sancionar nuestros decretos. Además, los príncipes de Alemania convierten su territorio en madriguera de conspiradores contra vosotros, y favorecen las maquinaciones de los emigrados, dándoles asilo, dinero, armas, caballos y municiones. ¡Una paciencia suicida lo permite todo! ¡Ah! Sin duda habéis renunciado a las conquistas, pero no habéis prometido sufrir provocaciones insolentes; habéis sacudido el yugo de vuestros tiranos, pero no será para arrodillaros ante los déspotas extranjeros. Estad, sin embargo, alerta, porque os tienden lazos, tratando de conducirnos por el disgusto o por el cansancio a un estado de languidez que enerve vuestro valor, y quizá pronto se pretenda extraviarlo. Se desea separaros de nosotros, y apelan a la calumnia contra la Asamblea nacional y denigran a vuestros ojos la Revolución. ¡Oh! ¡Guardaos bien de experimentar estos terrores pánicos! Rechazad con indignación a los impostores, que, fingiendo un celo hipócrita por la Constitución, os hablan constantemente de *monarquía*. ¡La *monarquía* para ellos es la contrarrevolución, la *monarquía* es la *nobleza*, la contrarrevolución, es decir, el diezmo, el feudalismo, la Bastilla, las cadenas y los verdugos para castigar los sublimes arranques de la libertad! ¡Satélites extranjeros en el interior del Estado; la bancarrota con-

virtiéndolo en vuestros asignados vuestras fortunas privadas y la riqueza nacional; los furiosos del fanatismo, los horrores de la venganza, los asesinatos, el pillaje, el incendio, y, en fin, el despotismo y la muerte, disputándose en ríos de sangre y sobre montones de cadáveres el imperio de vuestra desgraciada patria! ¡La nobleza, representada por dos clases de hombres: unos, destinados a la grandeza, y otros a la bajeza; unos a la tiranía, y otros a la servidumbre! La nobleza ¡ah! ¡esta sola palabra es una injuria para la raza humana!

»Y, sin embargo, para asegurar el éxito de estas conspiraciones, se pone a Europa en movimiento contra vosotros. Pues bien, destruyamos esas esperanzas culpables por medio de una solemne declaración. Sí, los representantes de la Francia, libres, unidos inalterablemente a la Constitución, perecerán bajo sus ruinas antes que ceder a una capitulación que los denigre. Uníos y tranquilizaos; pretenden sublevar las naciones contra vosotros, pero sólo se sublevarán los príncipes, porque el corazón de los pueblos es vuestro, y es su causa la que defendéis al defender la vuestra; detestad la guerra, que es el crimen más grande de los hombres y la más terrible plaga de la humanidad; pero, al fin, puesto que os obligan a combatir, seguid la corriente de vuestros destinos. ¡Quién puede prever cuál será el castigo de los tiranos, que os hayan obligado a empuñar las armas!»

Estos tres hombres se confabulaban para llevar la nación a la guerra.

IV

Las últimas palabras de Vergniaud mostraban al pueblo con bastante claridad la perspectiva de la república universal. Los constitucionales no tenían menos interés en encauzar hacia la guerra las ideas de la nación; el conde de Narbona, a su regreso de un rápido viaje, informó a la Asamblea, tranquilizándola, respecto al estado del ejército y el de las plazas fuertes, y todo el mundo le alabó. Presentó a la patria al joven Mathieu de Montmorency, el más bello nombre de Francia, carácter más noble

aún que su nombre, como símbolo de la aristocracia adhiriéndose a la libertad. Afirmaba que el ejército no separaría, en su adhesión a la patria, a la Asamblea del rey; glorificaba anticipadamente los jefes de las tropas; y nombró a Rochambeau para mandar el ejército del Norte; a Berthier para Metz; a Birón para Lila; y a Lukner y Lafayette para el Rin. Habló de planes de campaña, concertados por orden del rey, entre estos generales; mencionó a los guardias nacionales dispuestos a servir de segunda línea al ejército activo, y solicitó su pronto armamento; dijo que estos voluntarios daban al ejército el más imponente de los caracteres, el de la fuerza y el de la voluntad nacional; respondió de los oficiales que habían prestado juramento a la Constitución, y excusó a los que rehusaban prestarlo, asegurando que no querían ser traidores. Animó a la Asamblea a que confiase en los indecisos: «La desconfianza, afirmó, es el sentimiento más natural de los tiempos borrascosos, pero también el más peligroso. La confianza atrae, por lo cual importa mucho demostrar al pueblo que sólo tiene amigos.» Manifestó que la nación contaba con un ejército efectivo de ciento diez mil hombres de infantería y veinte mil de caballería dispuestos a entrar en campaña.

Este informe, que mereció las alabanzas de Brissot en la prensa y los aplausos de los girondinos en la Asamblea, no dejó pretexto alguno a los que querían dilatar la lucha. Francia conocía que sus fuerzas estaban a la altura de su cólera, y nada era capaz de contenerla, pues la creciente impopularidad del rey aumentaba la irritación de los ánimos. Luis XVI había ya contenido en dos ocasiones, poniendo su veto, el efecto de las medidas enérgicas adoptadas por la Asamblea: el decreto contra los emigrados y el decreto contra los clérigos no juramentados. Estos dos vetos, uno de los cuales había sido impuesto por su honor, y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitución había puesto en su mano, y de las que no podía hacer uso sin herirse a sí mismo. Los girondinos se vengaban de su resistencia, imponiéndole la guerra contra los príncipes, que eran hermanos

suyos, y contra el emperador, a quien suponían su cómplice. Los libelistas y periodistas jacobinos hablaban constantemente al pueblo de estos dos vetos como de actos de traición, e imputaban los tumultos de la Vendée a la complicidad secreta del rey con el clero rebelde. En vano el departamento de París, compuesto de hombres que respetaban las conciencias, como Talleyrand, la Rochefoucauld y Beaumetz, presentaron al rey una petición oponiendo los verdaderos principios de la libertad a lo arbitrario de la inquisición revolucionaria, porque las contrapeticiones llegaban de los departamentos a montones.

V

Camilo Desmoulins, el Voltaire de los clubs, burlábase de la petición de los ciudadanos de París con la insolencia que constituía el éxito de su talento.

«¡Dignos representantes, decía la petición, siendo los aplausos la lista civil del pueblo, no debéis rechazar los nuestros! Recoged los homenajes de los buenos ciudadanos y las injurias de los malos, pues esto para la Asamblea nacional equivale a haber reunido todos los sufragios. El rey ha puesto su veto a vuestro decreto respecto a los emigrados, decreto tan digno de la majestad del pueblo romano como de la clemencia del pueblo francés. No nos quejamos de este acto del rey, porque recordamos la máxima de Maquiavelo, que debéis meditar profundamente: *Es cosa contra la naturaleza caer voluntariamente de tan alto...* Convencidos de esta verdad, no exigimos del rey un amor imposible a la Constitución, y no encontramos malo que se opongá a todos vuestros decretos; pero que los funcionarios públicos prevengan el veto real y declaren su oposición a vuestro decreto contra los clérigos; que solivianten la opinión pública los que hicieron fusilar en el Campo de Marte a los ciudadanos signatarios de una petición individual contra un decreto que no estaba promulgado; que inunden la nación de ejemplares de esta petición, que no es más que la primera hoja de un gran registro de contrarrevolución y una subscripción de guerra civil puesta a la firma de todos los faná-

ticos, de todos los idiotas y de todos los esclavos vitalicios, ¡padres de la patria!, entraña tanta complicación de ingratitud y de abuso de confianza, de contradicción y de mala fe, de prevaricación y de felonía, que, profundamente indignados de la maldad oculta bajo la capa de filosofía y de civismo hipócrita, os decimos: ¡Vuestro decreto ha salvado la patria! y si se obstinan en no permitirnos salvar a la nación, la nación se salvará a sí misma, porque, al fin, el poder del veto tiene su límite, y un veto no impide tomar la Bastilla.

»Se os ha dicho que la pensión de los clérigos era una deuda nacional; pero, si pedís a los clérigos que declaren que no han de ser sediciosos y ellos rehusan hacer esta declaración, ¿no son realmente sediciosos? Y estos clérigos facciosos, que nada han prestado al Estado, que sólo son sus acreedores a título de beneficencia, ¿no han perdido mil veces el derecho a la donación por causa de ingratitud? Rechazad, pues, esos miserables sofismas, ¡padres de la patria!, y no dudéis de la omnipotencia de un pueblo libre; pero, si se adormece la libertad, ¿cómo han de obrar los brazos? ¡No levantéis estos brazos, no levantéis la maza nacional para aplastar insectos! Catón y Cicerón procesaron a Cetego y a Catilina. ¡Los jefes son los que deben ser perseguidos! ¡Herid en la cabeza!» La risa irónica de las tribunas comunicóse a la Asamblea, y de ésta pasó a la multitud. El proceso verbal de esta sesión fué enviado a los ochenta y tres departamentos; pero al día siguiente la Asamblea se ocupó nuevamente en el mismo asunto y borró su voto de la víspera. La Constitución ridiculizada y escarnecida en plena Asamblea, era ya juguete del populacho.

Desde hacía muchos meses el estado del reino era análogo al de París. Todo era desorden, turbación, denuncias y motines en los departamentos; los escándalos, las peticiones sediciosas, los alborotos y los asesinatos se multiplicaban; los clubs establecían tantos focos de resistencia a la Constitución, como ayuntamientos había en Francia, y la guerra civil, que había germinado en la Vendee, estallaba con los degüellos de Aviñón.

VI

La ciudad de Aviñón y el Condado, agregados a Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, quedaron desde entonces en una posición intermedia entre dos dominaciones tan favorables a la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los partidarios de la agregación a Francia fluctuaban entre la esperanza y el temor, que prolongaba y envenenaba su odio. El rey, por escrúpulo religioso, tuvo en suspenso durante mucho tiempo la ejecución del decreto de reunión, pues temeroso de usurpar el dominio de la Iglesia, no se atrevía a decidirse, con cuyo aplazamiento daba lugar a que se consumaran los crímenes.

Francia estaba representada en Aviñón por mediadores, cuya autoridad provisora estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea; el poder, enteramente municipal, reposaba en la dictadura del ayuntamiento; y la población, agitada y apasionada, se dividía en partido francés o revolucionario, y en partido opuesto a la agregación a Francia y a la Revolución. El fanatismo religioso de los unos y el fanatismo de la libertad de los otros impulsaban a ambos partidos a los mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganzas privadas y el fuego del clima fomentaban las pasiones civiles, y las violencias de las repúblicas italianas revelábanse en las costumbres de aquella colonia de Italia y de aquella dependencia de Roma en las orillas del Ródano. Cuanto más pequeños son los Estados, más horrorosas son sus guerras civiles, pues las opiniones opuestas se convierten en odios personales, y las batallas no son más que asesinatos. Aviñón, con sus asesinatos particulares, era el preludio de los asesinatos en masa.

El 16 de octubre advertíase una sorda agitación en las reuniones populares, compuestas en su mayoría por hombres del pueblo, enemigos de la Revolución. Las paredes de las iglesias aparecieron cubiertas de anuncios excitando a la sedición contra la autoridad provisoria del ayuntamiento, y circulaba el rumor de

haber ocurrido ridículos milagros que pedían, en nombre del cielo, venganza de los atentados cometidos contra la religión. Una estatua de la Virgen, venerada por el pueblo en el convento de los franciscanos, habíase puesto encarnada con la profanación de su templo; se la había visto derramar lágrimas de indignación y de dolor, y el pueblo, educado bajo el gobierno papal, crédulo y supersticioso, había acudido en tropel al templo para vengar la causa de su protectora. Animado con fanáticas exhortaciones y confiando en la intercesión divina, el gentío que salió del convento de los franciscanos, engrosado con el que llegaba fué a las murallas, cerró las puertas, volvió los cañones hacia la ciudad e invadió las calles pidiendo a grandes gritos la caída del gobierno. El infortunado Lescuyer, notario de Aviñón, secretario del ayuntamiento, designado especialmente al furor de las hordas, fué violentamente arrebatado de su casa, arrastrado por las calles hasta el templo de los franciscanos, inmolado a sablazos y a palos, pisoteado y ultrajado hasta después de muerto, como víctima expiatoria extendida a los pies de la imagen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artillería, disolvieron al pueblo amotinado, y recogieron sobre el pavimento de la iglesia el cuerpo desnudo e inanimado de Lescuyer; pero las cárceles habían sido forzadas, y los malhechores que encerraban iban a prestar su concurso a los nuevos asesinatos. Había que temer horribles represalias, y, sin embargo, los mediadores, ausentes de la ciudad, permanecían impasibles en medio del peligro, cerrando los ojos para no verlo. Los agitadores de los clubs de París entablaban relaciones secretas con los revolucionarios de Aviñón.

VII

Jourdan, a quien no se debe confundir con otro revolucionario del mismo nombre nacido en Aviñón, llegó a esta ciudad, procedente de Versalles, por haber olfateado la sangre y presagiado el crimen.

Este hombre siniestro había nacido en

las áridas y calcinadas montañas del Mediodía, donde hasta los animales son más feroces, y fué sucesivamente carnicero, albéitar, contrabandista en las gargantas de las montañas que separan la Saboya de Francia, soldado, desertor, palafrenero, y, por último, tabernero en un arrabal de París, adquiriendo en todas estas profesiones abyectas todos los vicios del populacho y habiendo revelado su verdadera pasión los primeros crímenes cometidos por el pueblo en las calles de París. Como no era su pasión la de combatir, sino la de asesinar, presentábase después de la mortandad para descuartizar las víctimas y deshonorar más el asesinato, alabándose de ser carnicero de hombres. El fué quien había metido sus manos en el desgarrado pecho, y arrancado el corazón de Foulon y de Berthier; él fué quien había cortado la cabeza a los dos guardias de corps Varicourt y de Huttes el 6 de octubre en Versalles, y él fué, por fin, quien, entrando en París con estas dos cabezas en la punta de una pica, reconvinó al pueblo, porque se contentaba con tan poco, y por haberle llamado sólo para cortar dos cabezas. En Aviñón esperaba más y allá fué.

Había en esta ciudad un cuerpo de voluntarios llamado el ejército de Vaucluse, formado por la hez de aquellas comarcas, y mandado por un tal Patrix. Habiendo sido asesinado éste por su tropa, cuyos excesos pretendió refrenar, confiése a Jourdan el mando por derecho de sedición y de maldad. Los soldados, a quienes se reconvenía por sus robos y asesinatos, idénticos a los *descamisados* (gueux) de Bélgica, y a los *sin calzones* (sans-culottes) de París, proclamaron el insulto como gloria, dándose a sí mismos el título de valientes bandidos de Aviñón. Jourdan, a la cabeza de esta banda, arrasó, incendió el Condado, sitió a Carpentras, fué rechazado perdiendo quinientos hombres, y se replegó a Aviñón, que aún se estremecía por el asesinato de Lescuyer. Habiendo ofrecido su brazo y su tropa a la venganza del partido francés, Jourdan y sus sicarios cerraron las puertas de la ciudad el día 30 de agosto, se diseminaron por las calles, cercaron las casas designadas como habitadas por

enemigos de la Revolución, sacaron de ellas a los moradores, hombres y mujeres, viejos y niños, sin distinción de edad ni de sexo, y los encerraron en el palacio. Apenas llegó la noche, los asesinos derribaron las puertas e inmolaron a fuerza de golpes a las víctimas desarmadas y suplicantes, que en vano pedían socorro a la guardia nacional. La ciudad oyó el clamor del degüello sin atreverse a socorrer a las víctimas; la noticia del crimen heló y paralizó la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos mataron también a las mujeres, mancha que añade la vergüenza al horror, y el suplicio del pudor al suplicio del asesinato. La risa y las lágrimas, el vicio y la sangre, la lujuria y la muerte quedaron confundidos. Cuando no había ya nadie a quien matar, mutilaron los cadáveres; barrieron la sangre hacia los sumideros de palacio, y arrastraron los mutilados restos a la nevera, que luego tapiaron, sellando allí la venganza del pueblo. Jourdan y sus satélites ofrecieron el homenaje de aquella noche a los mediadores franceses y a la Asamblea nacional. Los malvados de París admiraron; la Asamblea tembló de indignación, y consideró este crimen como un ultraje, y el presidente se inmutó al leer el relato de la noche de Aviñón. Se mandó prender a Jourdan y sus cómplices; pero él se escapó de la ciudad, y, perseguido por los franceses, lanzó su caballo en la Sorgue. En medio del río lo alcanzó un soldado, el fugitivo disparó sin hacer blanco, y, por último, fué apresado y atado. Le aguardaba el suplicio; pero los jacobinos, imponiéndose a los girondinos, obtuvieron la amnistía para los crímenes de Aviñón. Jourdan, seguro de la impunidad y orgulloso de su crimen, presentóse nuevamente allí para inmolar a sus denunciadores.

A la Asamblea le horrorizó al principio aquel derramamiento de sangre; pero después se apresuró a cerrar los ojos: en su impaciencia por reinar sola, no le quedaba tiempo para tener piedad. Había, además, entre los jacobinos y girondinos una emulación de furia, y una rivalidad por ponerse a la cabeza de la Revolución, que hacían temer a cada uno de los dos partidos que adquiriese alguna

ventaja al otro, sin que los cadáveres pudieran poner término a esa rivalidad, porque las lágrimas demasiado prolongadas hubieran parecido debilidad.

VIII

Mientras tanto, las víctimas se multiplicaban diariamente, y los desastres no se interrumpían, como si toda la nación se desplomara. Santo Domingo, la más rica colonia francesa, nadaba en sangre, y Francia veía castigado su egoísmo. La Asamblea constituyente erigió en principio la libertad de los negros; pero la esclavitud todavía subsistía de hecho. Doscientos mil esclavos eran aún ganado humano para algunos millares de colonos: los infelices eran vendidos, comprados y mutilados como cosa inanimada; por especulación se les tenía fuera de la ley civil y de la ley religiosa, y les estaban prohibidas la propiedad, la familia y el matrimonio. Se les degradaba como hombres para conservar el derecho de tratarlos como bestias. Si se contraían algunas uniones furtivas o favorecidas por la avaricia, la mujer y los hijos pertenecían al dueño, y eran vendidos separadamente, sin consideración alguna a los lazos de la naturaleza, rompiéndose sin piedad los eslabones de que Dios ha formado la cadena de las simpatías humanas.

Este crimen en masa, este embrutecimiento sistemático tenía sus teóricos y sus apologistas, quienes negaban que estuviesen los negros dotados de las facultades humanas, pretendiendo que era una raza intermediaria entre la carne y el espíritu, por lo que calificaban de tutela necesaria el infame abuso de la fuerza que se ejercía con esta raza inerte y servil. Nunca faltaron sofistas a los tiranos; y, además, los hombres piadosos para con sus semejantes, que habían, como Gregoire, Raynal, Barnave, Brissot, Condorcet y Lafayette, abrazado la causa de la humanidad y formado la *Sociedad de los amigos de los negros*, lanzaron sus principios a las colonias como venganza más bien que como justicia. Estos principios estallaron en aquella sociedad colonial, donde la verdad no tenía más órgano que la insurrección, an-

tes de que se la hubiera preparado para recibirlos. La filosofía proclama los principios, y la política los pone en práctica; pero los amigos de los negros no hicieron más que proclamarlos. Francia no había tenido valor para desposeer e indemnizar a los colonos; habiendo conquistado la libertad sólo para sí, difería, como la difiere aún, en el momento en que escribo estas líneas, la reparación del crimen de la esclavitud en sus colonias, y, por consiguiente, ¿podía admirarse de que la esclavitud tratara de vengarse y de que la libertad proclamada inútilmente en París se convirtiera en insurrección en Santo Domingo? Toda iniquidad, que la sociedad libre deja subsistir en beneficio de los opresores, es un dardo con que arma a los oprimidos, porque el derecho es la más peligrosa de todas las armas. ¡Desgraciado el que la deja en poder de sus enemigos!

IX

La isla de Santo Domingo pudo atestiguar esta verdad: cincuenta mil esclavos negros, instigados y a las órdenes de mulatos o de hombres de color, se sublevaron en una noche. Los mulatos, raza intermediaria, procedente del comercio de los colonos blancos con las esclavas negras, no eran esclavos, pero tampoco tenían derechos de ciudadanía. Eran una especie de libertos con los defectos y las virtudes de las dos razas: el orgullo de los blancos y la degradación de los negros; raza flotante, que, inclinándose unas veces a favor de los esclavos y otras a favor de los dueños, debía de ocasionar las oscilaciones terribles, que conducen necesariamente a trastornar la sociedad. Los mulatos que también poseían esclavos, hicieron causa común con los colonos, y se opusieron con más tenacidad que los blancos a la emancipación de los negros. Cuanto más cerca estaban de la esclavitud, más apasionadamente defendían su parte de tiranía. El hombre es así: el que más abusa de su derecho es el que apenas lo acaba de conquistar, pues no hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres más soberbios que los salidos de la nada.

Los hombres de color tenían todos los

vicios de los que habían conseguido recientemente la libertad; pero, cuando advirtieron que los blancos los despreciaban y que la Revolución no había borrado los colores de la piel ni las preocupaciones injuriosas anejas a su color; cuando reclamaron, inútilmente, para ellos los derechos civiles que los colonos les disputaban, pasaron con la veleidad y el fuego de su carácter de una pasión a otra, de un partido a otro, haciendo causa común con la raza oprimida. Su costumbre de mandar, su fortuna, sus conocimientos, su energía y su audacia, les hacían, naturalmente, jefes de los negros; fraternizaron con ellos, y se hicieron populares a causa del color de su piel, de que se avergonzaban ante los blancos; fomentaron en secreto los gérmenes de la insurrección en los conciliábulos nocturnos de los esclavos; entablaron clandestinamente correspondencia con los amigos de los negros en París, y repartieron con profusión en las cabañas los discursos y los escritos que enseñaban, desde París, sus deberes a los colonos, y sus derechos imprescriptibles a los esclavos. Los derechos del hombre, comentados por la venganza, fueron el catecismo de aquellas gentes.

Los blancos temblaron y el terror los condujo a la violencia. La sangre del mulato Ogé y de sus cómplices, derramada por el gobernador de Santo Domingo, Blanchelande, y por el consejo colonial, sembró por doquier el furor y la conspiración.

X

Ogé, que había estado en París como diputado por los hombres de color para hacer valer sus derechos ante la Asamblea constituyente, unióse a Brissot, Raynal, Gregoire, quienes lo afiliaron en la Sociedad de los amigos de los negros. Fué después a Inglaterra donde conoció al piadoso filántropo Clarkson, quien abogaba entonces por la causa de la emancipación de los negros. Clarkson y Ogé eran los primeros apóstoles de esta religión de la humanidad, que no cree poder elevar sus manos puras hacia Dios, mientras quede en ellas un resto de la cadena que sujeta a los hombres a la degradación y a la esclavitud. El trato con la

gente de bien dilató todavía más el alma del mulato Ogé. Había venido a Europa sólo para defender el interés de los mulatos y abrazó la causa más liberal y más santa de todos los negros, consagrándose a la defensa de la libertad de todos sus hermanos. Volvió a Francia, trató mucho a Barnave y suplicó al comité de la Asamblea constituyente que aplicara los principios de la libertad a las colonias y que no hiciera una excepción a la ley divina, dejando los esclavos a sus dueños. Inquieto e indignado con la indecisión del comité, que con una mano recogía lo mismo que con la otra había concedido, declaró que, si no bastaba la justicia de su causa, apelaría a la fuerza. Barnave dijo: *Perezcan las colonias antes que un principio*. Los hombres del 14 de julio no tenían derecho a condenar en Ogé la insurrección que era su propio título a la independencia. Puede creerse que los secretos deseos de los amigos de los negros siguieron a Ogé, cuando éste regresó a Santo Domingo, donde vió que los derechos de los hombres de color y los principios de la libertad de los negros eran negados y atropellados más que nunca. Entonces levantó el estandarte de la insurrección, pero con las formas y los derechos de la legalidad, y a la cabeza de doscientos hombres de color pidió que se promulgaran en las colonias los decretos de la Asamblea nacional, suspendidos arbitrariamente. Escribió al comandante militar del Cabo: «Exigimos la proclamación de la ley que nos declara ciudadanos libres; si os oponéis, iremos a Leogane, nombraremos electores y rechazaremos la fuerza con la fuerza, ya que los colonos se consideran humillados sentándose a nuestro lado. ¿Se ha consultado a los nobles y al clero para proclamar la igualdad de los ciudadanos en Francia?» El gobierno contestó a esta elocuente intimación, enviando un cuerpo de tropas para que dispersase a los mulatos, y Ogé lo rechazó.

XI

Después de una resistencia heroica, las tropas del gobierno recibieron refuerzos, que no pudieron evitar que Ogé se escapara y refugiara en la parte española de

la isla. La cabeza del mulato, jefe de la insurrección, fué puesta a precio. El gobernador Blanchelande en varias proclamas lo declaraba criminal por defender los derechos naturales en nombre de la Asamblea, que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Se solicitaba del gobierno español la extradición de este Espartaco peligroso a la seguridad de los blancos en los dos países, y los españoles lo entregaron a los franceses. Fué juzgado en el Cabo, prolongándose dos meses la instrucción del proceso con el que se pretendía romper de una vez todos los hilos de la trama de la independencia y atemorizar a sus cómplices. Los blancos amotinados se impacientaban con esta lentitud y pedían a voces la cabeza de Ogé, a quien los jueces condenaron a muerte por un crimen que en la madre patria era la gloria de Lafayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento del calabozo; pero los derechos de su raza reasumidos y perseguidos en él, elevaban su alma sobre los verdugos. «Renunciad, les dijo con impasible orgullo, renunciad a la esperanza de que delate a uno solo de mis cómplices; éstos están en todas partes donde un corazón se subleva contra los opresores de la humanidad.» Después no pronunció más que estas dos palabras que resonaban como un remordimiento en el oído de sus perseguidores: *Libertad e igualdad*. Marchó sereno al lugar del suplicio, pero la sentencia, que le condenaba a la muerte lenta e infame de los más viles malvados, le produjo profunda indignación: «¿Pues qué, exclamó, me confundís con los criminales, porque he querido restituir a mis semejantes los derechos y el título de hombres? ¡Perfectamente, tomad mi sangre, pero de ella saldrá un vengador!» Perekció en la rueda, y su cuerpo mutilado fué abandonado en la orilla de un camino. Esta muerte heroica resonó hasta en la Asamblea nacional, donde fué comentada de diversos modos. «Fué merecida, dijo Malouet: Ogé era un criminal y un asesino.» «Si Ogé fué culpable, le respondió Gregoire, todos nosotros lo somos también, y si el que ha reclamado la libertad para sus hermanos ha perecido justamente en un cadalso, será pre-

ciso que hagamos subir a él a todos los franceses que se parecen a nosotros.»

XII

Los mulatos juraron vengar la sangre de Ogé, a cuyo efecto dieron la señal a los negros, que eran un ejército completamente dispuesto para el degüello. En una sola noche sesenta mil esclavos, provistos de teas y armados con los instrumentos de su trabajo, incendiaron todas las casas de sus dueños en un radio de seis leguas alrededor del Cabo, y degollaron a los blancos. Mujeres, niños, viejos, nada escapó al furor, tanto tiempo comprimido de los negros, siendo aquel el exterminio de una raza por otra. Las sangrientas cabezas de los blancos, clavadas en cañas de azúcar, fueron la bandera que condujo a estas hordas al degüello; los ultrajes de que durante tantos siglos les habían hecho víctimas los blancos fueron vengados en una sola noche, en la que pareció que la emulación de crueldad hizo rivalizar a las dos razas. Los negros imitaron los suplicios tanto tiempo ejercidos contra ellos, e inventaron otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se pusieron entre sus antiguos dueños y la muerte, se les inmoló juntos. La gratitud y la compasión son virtudes que no reconoce la guerra civil; el color es un decreto de muerte sin excepción de personas; la guerra es entre las razas y no entre los hombres, siendo necesaria la destrucción de la una para que viva la otra, y puesto que la justicia no ha podido imponerse a ellas, sólo la muerte puede ponerlas de acuerdo. La gracia de la vida concedida a un blanco, es una traición que ocasionará la muerte de un negro; éstos ya no tienen corazón, ya no son hombres, ya no son un pueblo: son un elemento destructor que arrasa cuanto hay sobre la tierra.

En pocas horas, ochocientas habitaciones, ingenios de azúcar y de café, que representaban un capital fabuloso, quedaron reducidas a la nada; los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la planta que les representa su servidumbre y su trabajo forzado, todo fué devorado por las llamas; la llanura está cubierta de humo y de las cenizas del incendio;

los cadáveres de los blancos amontonados como horribles trofeos de cuerpos, cabezas y demás miembros de hombres, mujeres y niños asesinados, son las únicas señales que indican el lugar en que estuvieron las ricas viviendas en que reinaron la víspera: la esclavitud tomaba represalias; ¡el reverso de todas las tiranías es horrible!

A la ciudad del Cabo acudieron a refugiarse los blancos a quienes la generosa indiscreción de los negros advirtió oportunamente de la insurrección y fueron protegidos en su fuga a través de los bosques durante la noche. Otros, ocultos con sus mujeres y sus hijos en las cavernas, fueron alimentados en sus escondrijos por sus fieles esclavos con riesgo de su vida. El ejército de los negros engrosaba junto a los muros del Cabo, donde, al amparo de una fortificación, fueron instruídos y disciplinados, y donde auxiliares invisibles les proporcionaron fusiles y cañones. Unos acusaban de esta complicidad a los ingleses, otros a los españoles, y otros, en fin, a los amigos de los negros; pero los españoles estaban en buenas relaciones con Francia, y la revolución de los negros no les amenazaba menos que a nosotros, y los ingleses poseían tres veces más esclavos que los franceses. El principio de la insurrección exaltado por el triunfo hubiera arruinado sus establecimientos y comprometido hasta la vida de sus colonos; por consiguiente, estas sospechas eran absurdas, no habiendo realmente más culpable que la misma libertad, que no se oprime impunemente, y que tenía cómplices en el mismo corazón de los franceses. La debilidad que demostró en sus resoluciones la Asamblea, al recibir estas noticias, lo demostró así. Bertrand de Molleville, ministro de Marina, envió inmediatamente a Santo Domingo un refuerzo de seis mil hombres.

Brissot atacó estas medidas represivas, en un discurso en el que atribuyó lo odioso del crimen a las víctimas y acusó al gobierno de complicidad con la aristocracia de los colonos. «¿Por qué casualidad coinciden estas noticias con el aumento de las emigraciones? ¿Por qué coinciden con la reunión de los emigrados en nuestras fronteras, amenazándo-

nos con una próxima explosión? ¿Por qué coinciden, en fin, con el momento en que las colonias nos amenazan con substraerse al dominio de la metrópoli? ¿Será esto el resultado de una ramificación, de un vasto plan combinado por la traición?» La repugnancia de los amigos de los negros, numerosos en la Asamblea, a favorecer a los colonos; la indiferencia con que el partido revolucionario mira los asuntos de las colonias; la distancia que nos separaba del lugar de los sucesos, y, en fin, el movimiento interior, que arrastraba tras sí los ánimos y las cosas, no tardaron en borrar estas impresiones y permitieron que se propagara en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, representado por un pobre viejo esclavo llamado Toussaint-Louverture.

XIII

Los desórdenes se multiplicaban en todo el territorio francés. Sin duda, la libertad religiosa, que era el deseo de la Asamblea constituyente y la gran conquista de la Revolución, no podía establecerse sin lucha a la faz del culto antiguo que quedaba desposeído y del cisma naciente que se disputaban las poblaciones. El partido contrarrevolucionario se aliaba con el clero en todas partes, pues ambos tenían los mismos enemigos y conspiraban contra la misma causa; desde que los clérigos no juramentados se atribuyeron el papel de víctimas, habían atraído en su favor a una parte del pueblo, especialmente a los campesinos. Es tan odiosa la persecución contra la opinión pública, que hasta la apariencia de ella seduce a los corazones generosos, y es porque el espíritu humano se inclina naturalmente a creer que la justicia está de parte de los proscripciones. Los clérigos no eran perseguidos aún, pero desde que habían dejado de reinar, se consideraban humillados, y la sorda irritación del clero fué más funesta a la revolución que las conspiraciones de la aristocracia emigrada. La parte más sensible del hombre es la conciencia; y la superstición que es combatida, como la fe que es perturbada, es la más implacable de las conspiraciones. De la mano

de Dios, invisible en la mano del sacerdote, se valió la aristocracia para sublevar la Vendée, foco de la guerra religiosa que revelaban ya frecuentes y sangrientos síntomas en el Oeste y en Normandía.

El más terrible de estos síntomas estalló en Caen, siendo obispo constitucional de Calvados el abate Fauchet, cuya celebridad, el exaltado patriotismo de sus opiniones, el brillo de su fama revolucionaria, su palabra y sus escritos difundidos profusamente por la diócesis, fueron causa de una gran agitación en aquel territorio.

Fauchet, a quien la conformidad de opiniones, la honradez de sus pasiones renovadoras y las ilusiones de su imaginación debían asociar más tarde a los actos y al cadalso de los girondinos, había nacido en Dornes, antigua provincia del Nivernais. Abrazó el estado eclesiástico, ingresó en la comunidad libre de los clérigos de San Roque, en París, y fué durante algún tiempo preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano del famoso duque de Choiseul, último ministro de la escuela de Richelieu y Mazarino. Su elocuencia le hizo brillar en la sagrada cátedra, por lo que fué nombrado predicador del rey, abad de Montfort y gran vicario de Bourges, elevándose rápidamente a las primeras dignidades de la Iglesia; pero su alma había respirado el ambiente del siglo, y era un reformador de la Iglesia, en cuyo seno había nacido. En su libro titulado *De la Iglesia nacional*, revela tanto respeto a la fe cristiana, como audacia para reformar su disciplina. Esta fe filosófica, bastante semejante al platonismo cristiano que imperaba en Italia, en tiempo de los Médicis, y hasta en el palacio de los papas, en el de León X, manifestábase en sus discursos sagrados, y el clero se alarmó al ver brillar en el templo rayos de las luces del siglo. Fauchet fué borrado de la lista de los predicadores del rey.

Pero la Revolución se disponía ya a facilitarle el acceso a otras tribunas, y él se precipitó en ella, como la imaginación se precipita en la esperanza. Combatió en su defensa, desde el primer día y con todas las armas; removió al pueblo en las asambleas primarias y en las

secciones; impulsó con la voz y con el gesto a las masas insurreccionadas bajo el cañón de la Bastilla; se le vió, sable en mano, guiar y preceder a los sitiadores; marchó tres veces, bajo el fuego del cañón, a la cabeza de la diputación que iba a intimar al gobernador que evitase la efusión de sangre de los ciudadanos y depusiese las armas; pero no manchó su celo revolucionario con ningún crimen. Inflamaba el alma del pueblo por la libertad; pero para él la libertad era la virtud: habiéndole destinado la naturaleza a representar este doble papel, advertíase en su fisonomía algo de gran sacerdote y de héroe. Su aspecto exterior prevenía en favor suyo y encantaba a la multitud. Era alto y esbelto; su busto, soberbio; su rostro, oval; sus ojos, negros, y su cabello, muy oscuro, hacía resaltar más la palidez de su frente. Su imponente, aunque modesta actitud granjeábale, a primera vista, el favor y el respeto. Su voz clara y sonora, su majestuoso ademán y sus expresiones algo místicas, imponían el recogimiento, tanto como la admiración de su auditorio. Tan a propósito para la tribuna popular, como para la cátedra sagrada, eran demasiado estrechas las asambleas electorales o los templos para la multitud que acudía a oírle, y que lo tomaba por un San Bernardo revolucionario, predicando la caridad política o la cruzada de la razón. Sus costumbres no eran severas, ni libertinas; pero, exento de toda hipocresía, él mismo confesaba amar a una mujer con afecto legítimo y puro, la señora Carrón, que le seguía lo mismo a la iglesia que a los clubs. «Me han calumniado, decía, a causa de esta mujer, con quien me he unido con un cariño siempre puro. ¿La habéis visto? Su alma es más bella que su rostro, y cada vez me parece más digna de ser amada. Daría su vida por mí, y yo daría la mía por ella; pero no le sacrificaría mi deber. A pesar de los atroces libelos de los aristócratas, iré todos los días a la hora de comer a disfrutar de los encantos de la más pura amistad a su lado. ¡Que viene a oírme predicar! Sí, nadie mejor que ella sabe seguramente la sinceridad de mi fe en las verdades que profeso. ¡Que viene a las asambleas del ayunta-

miento! Sí; sin duda, está convencida de que el patriotismo es una segunda religión, que no hay hipocresía en mi alma, y que mi vida está consagrada a Dios, a la patria y a la amistad...»

Pero, ¿os atrevéis a pretender que es casta?», le respondían los sacerdotes fieles e indignados, por medio del abate de Valmerón. «¡Qué sarcasmo! ¡Casta, cuando confesáis que tiene desarregladas inclinaciones; cuando la arrancáis del lecho de su esposo y le hacéis olvidar sus deberes de madre; cuando la arrastráis encadenada a vuestros pasos para presentarla con ostentación! ¡Qué acompañamiento el vuestro, señor! Una turba de bandidos y de mujeres perdidas. ¡Digno pastor sois de tan vil populacho! Celebrase vuestra visita pastoral con las únicas fiestas que pueden hacer os gozar; vuestro paso queda señalado con los excesos del latrocinio y del desorden.» Estos reproches resonaron en los departamentos e inflamaron los ánimos; los sacerdotes, juramentados y no juramentados, se disputaban los altares, y el ministro del Interior autorizó a estos últimos para celebrar el santo sacrificio en los templos antiguos. Los sacerdotes constitucionales, obedientes a la ley, les abrían las capillas y les proporcionaban los ornamentos necesarios para el culto; pero la multitud, fiel a los antiguos pastores, injuriaba y amenazaba a los nuevos, entablándose sangrientas reyertas en la misma puerta de la casa de Dios. El viernes 4 de noviembre, el antiguo cura de la parroquia de San Juan de Caen presentóse en ella para decir misa; la iglesia estaba llena de fieles, cuyo concurso irritó a los constitucionales y exaltó a los otros. Se pidió el *Te Deum* en acción de gracias, y lo cantaron los partidarios del antiguo cura, quien, animado por aquel feliz éxito, anunció que volvería al día siguiente a la misma hora para celebrar el santo sacrificio. «Paciencia, añadió, seamos prudentes y todo marchará bien.»

Enterado el ayuntamiento de todas estas circunstancias, suplicó al cura que se abstuviera de ir al día siguiente a celebrar la misa que había anunciado. El obedeció; pero, como el pueblo no supo nada de este cambio, la iglesia llenóse

de fieles que pedían a grandes voces el cura y el *Te Deum* prometido. Los nobles de los alrededores, la aristocracia de Caen, los clientes y los numerosos criados de las familias poderosas del país, llevaban armas debajo de sus vestidos; insultaron a los granaderos; los aristócratas contestaron a un oficial de la guardia nacional que quiso reprenderles: «Venís a buscar lo que encontraréis, somos los más fuertes y os arrojaremos de la iglesia.» Al oír esto, lanzáronse algunos jóvenes sobre la guardia nacional para desarmarla, y se entabló un combate, en el que brillaron las bayonetas, se dispararon pistoletazos bajo las bóvedas de la catedral, y se repartieron sablazos. Algunas compañías de cazadores y granaderos entraron en la iglesia, la hicieron evacuar y persiguieron a los grupos, que siguieron haciendo fuego en la calle. De esta contienda resultaron algunos muertos y heridos, y cuando, aparentemente, quedó restablecida la calma, fueron arrestadas ochenta y dos personas, encontrándosele a una de ellas un plan de contrarrevolución que debía estallar el lunes siguiente. Este documento fué enviado a París, y se prohibió a los clérigos no constitucionales celebrar misa en las iglesias de Caen, hasta que decidiera la Asamblea nacional, a la que indignó el relato de los tumultos suscitados por los enemigos de la Constitución y por los protectores del fanatismo y de la aristocracia. «El único partido que debemos tomar, dijo Cambón, es convocar el gran consejo nacional y entregarle los culpables.» La Asamblea no adoptó acuerdo alguno referente a esta proposición, que quedó aplazada hasta que se recibieran todos los documentos relativos a los motines de Caen.

Gensonné denunció hechos análogos ocurridos en la Vendée. Las montañas del Mediodía, la Lozère, el Herault y el Ardeche, mal comprimidos por la reciente deserción de Jalés, primer acto de la contrarrevolución armada, agitábanse, impelidos por los sacerdotes y por los nobles. Los llanos, cruzados de ríos, de caminos y de ciudades, fácilmente sometidos a la fuerza central, sufrían sin resistencia los efectos de los golpes descargados en París. Los habitantes de las

montañas conservan más tiempo sus costumbres y se resisten más a la conquista de las ideas nuevas, como a la de las armas extranjeras, como si el aspecto de sus murallas naturales les diera confianza en su fuerza y fuera imagen material de la inmovilidad de las cosas que les impide dejarse arrastrar fácilmente por las móviles corrientes de los cambios.

Los montañeses de aquellas comarcas profesaban a sus nobles la misma adhesión voluntaria y tradicional que los árabes muestran a sus *cheiks* y los escoceses a los jefes de sus tribus. Este respeto y esta adhesión eran parte del honor nacional en aquellos países agrestes. La religión, más ferviente en el Mediodía, era para aquellas poblaciones una libertad sagrada a la que atentaba la Revolución en nombre de la libertad política, pues ellos preferían la libertad de su conciencia a la libertad de ciudadano, por cuyas razones les eran odiosas las nuevas instituciones. Los sacerdotes fieles fomentaban este odio, santificándolo en el corazón de los campesinos, entre quienes los nobles sostenían el realismo, acrecentado por la compasión que las desgracias del rey y de la familia real inspiraban. La relación diaria de los ultrajes inferidos a la realeza contribuía a mantener vivo este sentimiento.

Mende, pequeño lugar oculto en el fondo de profundos valles, equidistante de las llanuras del Mediodía y de las del Lyonnais, era el hogar del espíritu contrarrevolucionario. La clase media y la nobleza, confundidas en una sola casta por la modicidad de las fortunas, por la familiaridad de las costumbres y por los frecuentes enlaces de familias, no se envidiaban una a otra ni se tenían ese odio instintivo que favorecía la Revolución en otros puntos. No había ni orgullo en los unos, ni celos en los otros; era, como en España, un solo pueblo, donde la nobleza no es, por decirlo así, más que un derecho de primogenitura en la misma sangre. Estas poblaciones habían depuesto las armas después de la insurrección del año anterior en el campo de Jalés; pero los corazones permanecían armados. Estas provincias esperaban con impaciencia el momento oportuno para levantarse en

masa contra París, y los insultos inferidos a la dignidad del rey y las violencias hechas a la religión por la Asamblea legislativa exaltaban sus ánimos hasta el fanatismo. El movimiento contrarrevolucionario estalló en estas provincias, como involuntariamente, a causa de un movimiento de tropas que atravesaban sus valles. La escarapela tricolor, signo de infidelidad al rey y a Dios, había desaparecido, hacía ya algunos meses, de la villa de Mende, donde se enarbolaba con jactancia la escarapela blanca, como recuerdo y esperanza del orden de cosas a que eran adictos.

El directorio del departamento, compuesto de hombres extraños al país, pretendió hacer respetar el distintivo de la Constitución, y pidió tropas de línea. El ayuntamiento acordó oponerse a esta petición del directorio, e impelió a la insurrección a los ayuntamientos vecinos, formando una especie de federación con ellos para resistir juntos a todas las tropas que enviasen a sus comarcas. Al aproximarse las tropas enviadas de Lyon a propuesta del directorio, la municipalidad disolvió la antigua guardia nacional, compuesta de un reducido número de partidarios de la libertad, y organizó nueva guardia, cuyos oficiales fueron escogidos entre los nobles y los realistas exaltados de las inmediaciones. El ayuntamiento, armado de esta fuerza, obligó al directorio del departamento a entregarle las armas y las municiones.

Tales eran las medidas que había tomado la villa de Mende cuando entraron las tropas en ella. La guardia nacional, que estaba sobre las armas, respondió al grito de: ¡Viva la nación!, que dieron las tropas, con el de: ¡Viva el rey!, y fué detrás de los soldados a la plaza mayor del pueblo, donde juró, en presencia de los defensores de la Constitución, no reconocer más que al rey y no obedecer a otro que a él. Después, los guardias nacionales, divididos en grupos, recorrieron la villa desafiando e insultando a los soldados, que desenvainaron los sables y entablóse una refriega que hizo correr la sangre. Las tropas fueron perseguidas, y la municipalidad, dueña del directorio, que tenía en rehenes, obligó a enviar orden a la tropa de que se

retirara a sus cuarteles. La orden fué obedecida. Esta victoria envalentonó a la guardia nacional, que por la noche obligó al directorio a enviar orden a las tropas de que salieran del pueblo y evacuaran el departamento.

Las filas de la guardia nacional, formada en orden de batalla en la plaza de Mende, aumentaron prodigiosamente con los destacamentos de las municipalidades vecinas, que bajaban de las montañas armados de escopetas, de hoces y de instrumentos de labranza. Las tropas iban a ser asesinadas, si, aprovechando las sombras de la noche no se apresuraban a salir del pueblo, ensordecido con los gritos de júbilo de los realistas. Al día siguiente se celebraron grandes fiestas para solemnizar el triunfo de los realistas de la villa y del campo, quienes se abrazaron fraternalmente. Se insultó a todos los signos de la Revolución, se hizo mofa de la Constitución, se destruyó la sala de los jacobinos, se quemaron las casas de los principales miembros de este club odioso y se apresó a algunos; pero la venganza limitóse al ultraje. El pueblo, contenido por los nobles y por los sacerdotes, no derramó la sangre de sus enemigos.

XIV

Mientras la libertad era humillada por el fanatismo religioso en el Mediodía, asesinaba en el Norte, de cuya región era Brest el principal foco del jacobinismo. La cercanía de la Vendée, poblada por oficiales que se suponían aristócratas y por extranjeros, aventureros y marineros, que amenazaban constantemente con la contrarrevolución, hacía que Brest estuviese más agitada y más inquieta que ningún otro punto del reino. Los clubs no cesaban de provocar a los marineros para que se insurreccionaran contra los oficiales, pues los revolucionarios desconfiaban de la marina, que, como cuerpo más independiente que el ejército de los movimientos del pueblo, podía ser colocada por la corte donde mejor le conviniera y volver sus cañones contra la Constitución. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, eran igualmente contrarios a los nuevos principios, y por lo mismo los jacobinos se

esforzaban desde ya hacía tiempo por desorganizar la escuadra. El nombramiento de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados a llevar socorros a Santo Domingo, hizo estallar las sospechas suscitadas en el pueblo de Brest contra la fidelidad de los oficiales de marina. Lajaille fué designado por los clubs, como un traidor a la nación, que iba a llevar la contrarrevolución a las colonias. Asaltado, en el momento en que se disponía a embarcarse, por un grupo de tres mil personas, fué cruelmente herido, y su cuerpo ensangrentado arrastrado sobre las piedras de las calles, debiendo sólo la vida a la decisión heroica de un hombre del pueblo, que lo arrancó a los asesinos, y paró con su pecho y con sus brazos los golpes dirigidos contra el oficial, hasta que un destacamento de la guardia cívica libró a uno y a otro; Lajaille fué conducido a la cárcel para satisfacer al pueblo enfurecido, y en vano el rey ordenó al ayuntamiento de Brest que pusiera en libertad al oficial inocente, que hacía falta en su puesto; en vano el ministro de Justicia pidió el castigo de aquel asesinato cometido en medio del día, en presencia de toda una ciudad; en vano se concedió un sable y una medalla de oro al generoso ciudadano Lanvergent, que así se llamaba el libertador de Lajaille; el temor de una insurrección más terrible, aseguraba la impunidad a los culpables y retenía al inocente encarcelado. En vísperas de una guerra inminente, los oficiales de marina, sorprendidos por la insurrección a bordo de los barcos, y por el asesinato en los puertos, temían tanto a sus tripulaciones como al enemigo.

XV

Las discordias entre soldados y oficiales aumentaban en todas las guarniciones; la insubordinación de los primeros era, a juicio de los clubs, la virtud del ejército; el pueblo uníase en todas partes a la tropa indisciplinada, y los oficiales estaban constantemente amenazados por las conspiraciones de sus soldados. Las ciudades fuertes eran teatro de incesantes motines militares, que concluían por la impunidad del soldado y por la

prisión o emigración forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo y parcial, daba siempre la razón a la indisciplina, y no pudiendo refrenar al pueblo, lo adulaba. Perpiñán fué nuevo ejemplo de ello.

En la noche del 6 de diciembre, los oficiales del regimiento de Cambresis, que guarnecían esta ciudad, fueron en corporación a casa de Chollet, general que mandaba la división, para rogarle que se retirara a la ciudadela, para salvar su vida amenazada por la conspiración fraguada en los regimientos. Convenido Chollet, fuése a la ciudadela, y los oficiales volvieron a los cuarteles y mandaron a las tropas que fueran a la ciudadela con ellos; pero los soldados contestaron que sólo obedecerían a Desbordes, teniente coronel, cuyo patriotismo les inspiraba confianza. Llega Desbordes y lee a los soldados la orden del general; pero su voz, sus gestos, y su mirada protestan contra la orden, que la ley de la disciplina le obliga a comunicar, y los soldados, comprendiendo este lenguaje mudo, gritan que no saldrán del cuartel, porque éste es la residencia que les ha fijado el ayuntamiento. Entonces, la guardia nacional hace causa común con los soldados y, divididos en patrullas, recorren la ciudad. Los oficiales se encierran en la ciudadela, y empieza el combate en las murallas. El teniente coronel Desbordes, la guardia nacional, la gendarmería y los regimientos asaltan la ciudadela, se apoderan de ella, y los oficiales del regimiento de Cambresis son reducidos a prisión por sus soldados. Uno de ellos se escapa y se suicida desesperado al llegar a la frontera de España. El infortunado general Chollet, víctima de la doble violencia de los oficiales y de los soldados, fué sumariado juntamente con otras cincuenta víctimas, oficiales o paisanos de Perpiñán, a quienes se condujo ante el gran tribunal nacional de Orleáns, predestinados para el degüello de Versalles.

XVI

La sangre corría por doquier; los clubs sobornaban a los regimientos; y las proposiciones patrióticas, las denuncias

contra los generales y las insinuaciones pérfidas contra la fidelidad de los oficiales eran la orden del día, que el pueblo imponía al ejército en las ciudades. El terror había echado raíces en el alma del oficial, y la desconfianza en el corazón del soldado. El plan convenido por los girondinos y los jacobinos era destruir aquel cuerpo adicto al rey; quitar el mando de esta fuerza a la nobleza; substituir con plebeyos a los nobles que estaban al frente de las tropas y entregar de este modo el ejército a la nación, promoviendo, mientras tanto, la sedición y la anarquía. Estos dos partidos, creyendo que la desorganización no era bastante completa aún, quisieron reasumir en un sólo acto la corrupción sistemática del ejército, la desorganización de la disciplina y el triunfo legal de la insurrección.

Ya hemos visto la intervención que tuvo el regimiento suizo de Chateaufieux en la famosa insurrección de Nancy durante los últimos días de la Asamblea constituyente, para cuya represión se necesitó un cuerpo de ejército, cuyo mando se confió a Bouillé. Este ejército, sacado de Metz, y algunos batallones de la guardia nacional, cercaron a Nancy, y después de un encarnizado combate en las puertas y en las calles de la ciudad, obligaron a rendir las armas a los sediciosos. Este vigoroso restablecimiento del orden, aplaudido entonces por todos los partidos, había llenado de gloria al general y de vergüenza a los soldados. Suiza, por sus capitulaciones con Francia, conservaba su justicia federal sobre los regimientos de su nación, y este país esencialmente militar hizo juzgar militarmente al regimiento de Chateaufieux. Los veinticuatro soldados más culpables fueron sentenciados a muerte y ejecutados, y los demás fueron diezmados: cuarenta y uno de ellos sufrieron condena en los presidios de Brest. La amnistía promulgada por el rey, al aceptar la Constitución, para los crímenes cometidos durante las conmociones civiles, no era aplicable a estos soldados extranjeros, sometidos a la jurisdicción helvética, cuya justicia, el rey ni la Asamblea podían invalidar. Luis XVI, a instancias de la Asamblea constituyente, entabló nego-

ciaciones cerca de la Confederación suiza para obtener la gracia de estos soldados; pero fueron infructuosas.

El fracaso de estas negociaciones sirvió de texto a los jacobinos y a la Asamblea nacional para acusar a Montmorín, que en vano trató de justificarse alegando la imposibilidad de obtener semejante amnistía de Suiza, en circunstancias en que aquel país, perturbado también, ocupábase en restablecer la subordinación dictando leyes draconianas. «¡Seremos nosotros los carceleros forzosos de ese pueblo feroz, decían Guadet y Collot d'Herbois! ¡se envilecerá Francia hasta el extremo de castigar en sus puertos a los héroes que hicieran triunfar al pueblo de la aristocracia de los oficiales, derramando su sangre!»

Pastoret, miembro importante del partido moderado, a quien se creía de acuerdo con el rey, apoyó a Guadet para popularizar al monarca por medio de un acto agradable a la opinión pública, y la Asamblea votó la libertad de los soldados de Chateaufieux. Habiendo el rey hecho esperar algún tiempo su sanción para no herir la susceptibilidad de los Cantones con la usurpación violenta de sus derechos respecto de sus súbditos, los jacobinos prorrumpieron en nuevas imprecaciones contra la corte y contra los ministros. «¡Ha llegado el momento en que se necesita sacrificar a un hombre para salvar a los demás, dijo Manuel, y este hombre debe de ser un ministro! A todos los creo igualmente culpables, y creo que la Asamblea sería inocente haciendo que la suerte decida cuál ha de ser enviado al cadalso.» «¡Todos! ¡Todos!», prorrumpieron a grandes voces en las tribunas.

Pero en aquel momento Collot d'Herbois tomó la palabra para manifestar, en medio de entusiastas aclamaciones, que la víspera habíase firmado el decreto de libertad, y que no tardarían en presentarse a sus hermanos las víctimas de la disciplina.

Efectivamente, los soldados de Chateaufieux, al salir del presidio de Brest, dirigiéronse a París, donde los jacobinos les preparaban un brillante recibimiento. En vano los fuldenses y los constitucionales protestaban con energía, por con-

ducto de Andrés Chenier, de Dupont de Nemours y del poeta Roucher, contra la insolente ovación que se preparaba a los asesinos del general Desilles, pues Collot d'Herbois, Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y hasta la municipalidad de París persistían en su idea, que debía ser, según ellos, un oprobio para la corte y Lafayette. La débil intervención de Pethión, que parecía querer impedir el escándalo, no hizo más que darle pábulo. El era el más a propósito para arrastrar al pueblo a los mayores excesos, pues su virtud servía de capa a todas las violencias, dando apariencia de legalidad hipócrita a los atentados que no se atrevía a castigar. Si se hubiera querido personificar la anarquía para colocarla en el ayuntamiento de París, no se habría encontrado otro hombre más a propósito que Pethión. Sus paternales reprimendas al pueblo eran promesas de impunidad, pues siempre llegaba la fuerza demasiado tarde para castigar, y nunca faltaba una disculpa para la sedición, y una amnistía para el crimen. El pueblo conocía en este magistrado a su cómplice y su esclavo, y a fuerza de despreciarlo lo amaba.

XVII

«Se atribuye a entusiasmo general, escribía Chenier, el recibimiento que se prepara a estos soldados; pero no comprendo semejante entusiasmo, pues, aunque hay algunos hombres que se agitan, todos los demás se muestran consternados o indiferentes. Dícese que el honor nacional está interesado en esta reparación; pero a mí me cuesta trabajo creerlo, porque, al fin, o los guardias nacionales de Metz, que han apaciguado la sedición de Nancy, son enemigos públicos, o los soldados de Chateaufieux son asesinos. En esto no hay término medio; luego, ¿por qué está interesado el honor de París en festejar a los asesinos de nuestros hermanos? Otros políticos profundos dicen: Esta fiesta humillará a los que pretendieron aherrojar a la nación... ¡Pues qué! ¿para humillar a un mal gobierno, se necesita realizar actos capaces de destruir toda clase de gobierno! ¡Recompensar la rebelión contra las le-

yes! ¡Coronar a satélites extranjeros por haber asesinado en un motín a ciudadanos franceses! ¡Se dice que las estatuas de todas las plazas por donde pase la comitiva serán cubiertas! Harán muy bien en cubrir toda la ciudad; pero no serán las imágenes de los déspotas las que será necesario cubrir con un crespón fúnebre, sino la cara de los hombres honrados. Toda la juventud del reino, todos los guardias nacionales deben vestir de luto el día en que se glorifique el asesinato de sus hermanos, cometido por soldados sediciosos y extranjeros. Es indispensable vendar los ojos al ejército para que no vea el precio que obtienen la indisciplina y la rebelión. La Asamblea nacional, el rey, todos los administradores, la patria entera deben cubrirse la cabeza para no ser testigos complacientes o silenciosos del ultraje inferido a todas las autoridades y a toda la nación. ¡Es preciso cerrar el libro de la ley, cuando lo que han rasgado y ensangrentado sus páginas a tiros reciban los honores cívicos! Ciudadanos de París, hombres honrados, pero débiles, no hay uno de vosotros que, interrogándose a sí mismo, no comprenda cuánto denigran a la patria, a él mismo, a su hijo, a su hermano tales ultrajes hechos a las leyes, a los que las ejecutan y a los que mueren por ellas. ¿No os avergonzáis de que un puñado de revoltosos, que parecen muchos porque están unidos y gritan, os impongan su voluntad, diciéndoos que es la vuestra, y satisfagan vuestra pueril curiosidad con espectáculos indignos? En una ciudad que se respetara a sí misma, semejante fiesta se celebraría en medio de la más espantosa soledad y silencio; las calles y las plazas públicas estarían desiertas, las casas cerradas, las ventanas abandonadas; el desprecio y la fuga de los que pasaran revelarían a la historia la parte que habían tomado los hombres honrados en estas escandalosas bacanales.»

XVIII

Collot-d'Herbois insultó, al responderles, a Andrés Chenier y a Roucher; éste replicó en una carta sarcástica, recordando a Collot-d'Herbois sus fracasos como histrión. «Este personaje de comedia,

decía, que de los tablados de pulhine-las saltó a la tribuna de los jacobinos, ha pretendido herirme con el remo que los suizos le han traído de las galeras.»

Los alegatos en pro y en contra de la fiesta cubrían las paredes del palacio Real, y eran arrancados alternativamente por grupos de jóvenes o de jacobinos.

Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, abandonó su calma filosófica para dirigir una carta a Pethión, en la que la conciencia del hombre honrado desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, decíale, el deber de los hombres honrados es hacérselo ver a los magistrados, especialmente cuando éstos son los que lo suscitan. Habéis faltado a la verdad diciendo que estos soldados fueron útiles a la Revolución el 14 de julio, y que se negaron a combatir contra el pueblo de París; es falso que estos suizos rehusaran combatir al pueblo de la capital; pero es indudable que asesinaron a los guardias nacionales de Nancy. Habéis tenido la osadía de llamar patriotas a los que han cometido la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo que envíe una diputación a la fiesta inventada en obsequio de los rebeldes; tales hombres son vuestros amigos, pues con ellos quisisteis comer secretamente en la Rapée, tan secretamente, que el general de la guardia nacional vióse obligado a galopar dos horas por París para recibir vuestras órdenes, sin poder encontraros. Es inútil que pretendáis disimular vuestro embarazo con frases rastreras; es inútil que disfracéis la fiesta con que vais a honrar a los asesinos bajo las apariencias de una fiesta a la libertad, pues tales subterfugios son inoportunos. El tiempo apremia, y no engañaréis a las secciones, ni al ejército, ni a los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como a un niño, esperan entregar París a diez mil picas, a las que se abrirá la barra de la Asamblea nacional el mismo día que sea desarmada la guardia nacional. Los que deben llevarlas van llegando, entrando en París cada veinticuatro horas de mil doscientos a mil quinientos bandidos, que mendigan mientras aguardan el saqueo; son los cuervos atraídos por la carnicería; pero no lo he dicho todo: hay ge-

nerales que están dispuestos a encargarse del mando de este asqueroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que se tardaba en promulgar la amnistía, forzaron la cárcel de Aviñón, y aquél ha sido recibido ya triunfalmente en algunas ciudades del Mediodía, como a los suizos de Chateaufvieux: ¡mañana llega a París, y el domingo asistirá a la fiesta con sus compañeros, con los dos Manvielle, con Pegtavín, con todos los malvados que a sangre fría dieron muerte en una noche a sesenta y ocho personas indefensas, violando a las mujeres antes de degollarlas! ¡Catilina, Cetego, regocijaos! ¡Los soldados de Sila están en las puertas de la ciudad, y el mismo cónsul intenta desarmar a los romanos! ¡la medida está colmada y se derrama!» Pethión, en otra carta que revelaba su debilidad y su connivencia bajo la multiplicidad de las excusas, intentó justificarse. Robespierre subió entonces a la tribuna de los jacobinos y exclamó: «No os remontáis a la causa de los obstáculos que se oponen a la expansión de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quién creéis tener que luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la corte? Tampoco. Tenéis que luchar contra un general destinado desde hace mucho tiempo por la corte a realizar grandes proyectos contra el pueblo, y no es la guardia nacional la que ve con inquietud estos preparativos, sino el genio de Lafayette que conspira en el estado mayor; el genio de Lafayette, que conspira en el directorio del departamento; el genio de Lafayette, que extravía en la capital a los ciudadanos honrados, que, a no ser por él, estaría con nosotros. Lafayette es el más peligroso de los enemigos de la libertad, porque lleva el disfraz del patriotismo; él es quien, después de haber hecho todo el mal que pudo en la Asamblea constituyente, fingió retirarse a sus haciendas, y volvió luego a intrigar para que le diesen la alcaldía de París, con el propósito de rehusarla, si la obtenía, para afectar desinterés. A él se le ha confiado el mando de los ejércitos franceses para que combata la Revolución. Los guardias nacionales de Metz eran inocentes como los de París, pues no podían ser más que patriotas, y Lafayette, por medio de

Bouillé, su pariente y su cómplice, los ha engañado. ¿Podríamos nosotros inscribir en las banderas de esta fiesta, *Bouillé sólo es culpable?* ¿Quién pretendió echar tierra al atentado de Nancy y envolverlo en un velo impenetrable? ¿Quién pide coronas para los asesinos de los soldados de Chateaufvieux? Lafayette. ¿Quién me impidió a mí que hablara? Lafayette. ¿Quiénes me lanzan miradas aterradoras? Lafayette y sus cómplices.» (Este discurso de Robespierre fué calorosamente aplaudido.)

XIX

Los preparativos de la fiesta originaron un drama espantoso en la Asamblea nacional. Al empezar la sesión, pidióse que los cuarenta soldados de Chateaufvieux fueran admitidos a presentar sus homenajes al cuerpo legislativo, a lo que se opuso resueltamente Jaucourt, diciendo: «Si estos soldados se presentan sólo para dar testimonio de su gratitud, introduzcaseles en la barra; pero, después de haber sido oídos, no se les permita que continúen presenciando la sesión.» Grandes murmullos interrumpieron al orador, y de las tribunas salieron gritos de *abajo, abajo*. «Una amnistía no es un triunfo ni una corona cívica, continuó diciendo Jaucourt, y vosotros no podéis deshonrar los manes de Desilles, ni de los generosos ciudadanos que han muerto defendiendo las leyes; no podéis desgarrar con este triunfo el corazón de los que, entre vosotros, concurrieron a la expedición de Nancy. Permitted a un militar, que fué, con su regimiento, llamado a tomar parte en esta expedición, manifestaros el deplorable efecto que vuestra decisión haría en el ejército. (Aumentan los murmullos.) El ejército no verá en vuestra conducta más que la protección que dispensáis a la insurrección, y tales honores harán creer a la tropa que consideraréis estos amnistiados, no como hombres que sufrieron bastante castigo, sino como víctimas inocentes.»

El tumulto obligó a Jaucourt a abandonar la tribuna; pero uno de los miembros, manifiestamente emocionado y dolorido, le reemplazó. Era Gouvión, joven oficial, cuyo nombre, ya famoso, estaba

grabado en las primeras páginas de nuestras guerras. Vestía de luto, pero el luto de su rostro era más amargo aún que el de su indumentaria, circunstancia que despertó involuntario interés en las tribunas, e hizo restablecer el orden. Su voz vacila y se apaga, advirtiéndose en él la indignación que fermentaba bajo el enternecimiento. «Señores, dijo, tenía un hermano, buen patriota, a quien sus conciudadanos, que lo estimaban, le habían nombrado comandante de la guardia nacional y elegido miembro del departamento. Dispuesto siempre a sacrificarse por la Revolución y por la ley, fué en nombre de la Revolución y de la ley a Nancy con los valientes guardias nacionales, y allí cayó herido de cinco bayonetazos... ¿Se me puede condenar a ver aquí tranquilamente a los asesinos de mi hermano?» «Pues bien, salid», contestó una voz implacable, más cruel y más fría que un puñal, que fué aplaudida por las tribunas, gritando al mismo tiempo: *abajo, abajo*. La indignación sostuvo a Gouvión contra su interior desprecio. «¿Quién es el cobarde que se oculta para ultrajar el dolor de un hermano?», dijo, buscando con la vista al interruptor. «Yo», le respondió levantándose el diputado Choudieu; y las tribunas aplaudieron este nuevo insulto, como si aquella multitud hubiera perdido el corazón, y la pasión se sobrepusiera en ella a los sentimientos naturales. Gouvión prosiguió, apoyado por la desesperación. «He aplaudido, como hombre, la clemencia de la Asamblea nacional, cuando rompió los hierros de estos infelices soldados, a quienes quizá habían extraviado.» Le interrumpen de nuevo, y él continúa con mal reprimida energía. «Los decretos de la Asamblea constituyente, las órdenes del rey, la voz de sus jefes, y los gritos de la patria nada significaron para ellos, porque, sin provocación por parte de la guardia nacional de ambos departamentos, dispararon sus armas contra los franceses, y mi hermano cayó, víctima voluntaria de su obediencia a vuestros decretos. No, jamás veré tranquilamente infamar la memoria de aquellos guardias nacionales, con honores concedidos a sus asesinos.» Couthón, joven jacobino, que estaba sentado cerca de Robespierre, de

cuyos ojos parecía recibir la inspiración, se levantó y combatió a Gouvión, sin insultarle, diciendo: «¿Quién es el esclavo de las preocupaciones, que se atreve a deshonar a personas a quienes la ley ha declarado inocentes? ¿Quién no ocultaría su dolor personal ante los intereses y el triunfo de la libertad?» Pero la voz de Gouvión ha tocado en el fondo de los corazones una cuerda de justicia y de emoción natural, que palpita aún bajo la insensibilidad de las opiniones. Dos veces la Asamblea, intimada por el presidente para votar en pro o en contra de la admisión de los honores de la sesión, levantóse un número igual por la afirmativa que por la negativa, y los secretarios, jueces de estas decisiones, vacilaron en proclamar el resultado; pero, al fin, lo hicieron después de dos escrutinios, diciendo que la mayoría aprobaba la admisión de los suizos. La minoría protestó y se rompió el decreto, pidiéndose votación nominal, de la que resultó, por una pequeña mayoría, el acuerdo de que los soldados fueran admitidos a los honores de la sesión. Los amnistiados entraron en medio de los aplausos delirantes de las tribunas, y el infortunado Gouvión salió por la puerta opuesta, llevando el sonrojo en la frente y la muerte en el pensamiento, y jurando que no volvería a entrar en una Asamblea donde se le obligaba a ver y a felicitar a los asesinos de su hermano. Desde allí fué a solicitar del ministro de la Guerra que le enviara al ejército del Norte para morir, como murió en efecto.

XX

Llegan los soldados, y Collot-d'Herbois los presenta a la admiración de las tribunas. Los guardias nacionales de Versalles, que los acompañaron hasta la Asamblea, desfilan por la sala tambor batiente y en medio de los gritos de *Viva la nación!* Numerosos grupos de ciudadanos y de mujeres de París tremolaban sobre sus cabezas banderas tricolores, y los siguen blandiendo largas picas; luego los miembros de las sociedades populares de la capital entregaron al presidente las banderas de honor regaladas a los suizos por los departamentos que aca-

baban de atravesar. Gouchón, agitador del barrio de San Antonio, en representación de los hombres del 14 de julio, anunció que este arrabal había mandado construir diez mil picas para defender la libertad y la patria. Esta ovación tributada por los girondinos y jacobinos a unos soldados que carecían de disciplina, autorizaba al pueblo de París para decretarles el triunfo del escándalo.

Aquél no era el pueblo de la libertad, sino el de la anarquía, simbolizada por la jornada del 15 de abril. En aquella fiesta figuraron el motín armado contra las leyes, como ejemplo; soldados insurreccionados, como vencedores; una galera colosal, instrumento de suplicio y de vergüenza, coronada de flores, como emblema; mujeres perdidas y muchachas reclutadas en los burdeles, que llevaban y besaban los restos de las cadenas de aquellos galeotes, y cuarenta trofeos en que aparecían escritos los cuarenta nombres de los suizos, y coronas cívicas sobre los nombres de estos asesinos. Los bustos de Voltaire, de Rousseau, de Franklin, de Sidnéy, de los más grandes filósofos y de los más grandes patriotas, mezclados con los innobles bustos de los sediciosos, y profanados con su contacto; los soldados asombrados, si no avergonzados, de su gloria, marchaban en medio de un grupo de guardias franceses amotinados, otra glorificación del abandono de las banderas y de la indisciplina. Cerraba la marcha una carroza que representaba la proa de una galera, y en ella la estatua de la libertad, armada previamente con la maza de septiembre, y cubierta con el gorro encarnado, símbolo tomado a Frigia por unos, y a los presidios por los otros; el libro de la Constitución era llevado procesionalmente en esta fiesta, para que asistiera también a los homenajes tributados a los que habían hecho armas contra las leyes. Grupos numerosos de hombres y mujeres, las picas de los arrabales, la falta de bayonetas cívicas, los gritos de amenaza, la música de los teatros, los himnos demagógicos, las ridículas paradas ante la Bastilla, la Casa consistorial, en el Campo de Marte y ante el altar de la patria, los inmensos y desordenados círculos de danzantes de uno y otro sexo,

en torno de la galera triunfal y al compás de las coplas cívicas de la *Carmagnole*, los besos más obscenos que patrióticos dados y recibidos por las mujeres y los soldados que se abrazaban mutuamente, y, para colmo de envilecimiento, Pethión, el alcalde de París, y los magistrados del pueblo sancionando, con su presencia en corporación, este insulto a las leyes, tal fué esta fiesta, copia humillante del 14 de julio, y parodia vergonzosa de una insurrección que parodiaba una revolución. Francia se avergonzó; los buenos ciudadanos se consternaron; la guardia nacional principió a temer a las picas; la ciudad a temer a los arrabales, y el ejército recibió allí la señal de la desorganización más completa.

Los constitucionales se indignaron, y el joven poeta Andrés Chenier tradujo esta indignación en estrofas llenas de ironía, en las que pretendió vengar las leyes señalándose a sí mismo como víctima del cadalso.

«¡Salve, divino triunfo! ¡Llega a nuestra ciudad y devuélvenos los soldados que conquistaron fama derramando la sangre de Desilles! ¡Los funerales de los ciudadanos, a quienes dieron muerte, los han hecho ilustres!»

LIBRO XI

El triunfo de la indisciplina y de los asesinatos.—El gobierno, impotente, es desarmado.—Rigores del invierno.—Carestía de granos.—Sobre el gobierno recae la responsabilidad de estas calamidades.—El acaparamiento es castigado con la pena de muerte.—Asesinato de Simoneau, alcalde de Etampes.—El duque de Orleans procura congraciarse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viajes.—La señora de Genlis se encarga de la educación de sus hijos.—Partido de Orleans.—La reconciliación entre el duque de Orleans y el rey fracasa.—El duque de Orleans se pasa a los jacobinos.—Armamentos del emperador.—Francia se decide a la guerra.

I

El eco de estos éxitos de la indisciplina y del asesinato repercutió en todas partes, pues en todas partes se insubordinaron las tropas, desobedecieron los guardias nacionales y se sublevaron los pueblos. Mientras se festejaba en París

a los suizos de Chateauvieux, el populacho de Marsella exigía violentamente la expulsión del regimiento suizo de Ernst, que estaba de guarnición en Aix, so pretexto de que favorecía a la aristocracia, y de que amenazaba la seguridad de la Provenza. Habiéndose negado este regimiento a salir de la ciudad, marcharon los marselleses a Aix, como los parisien- ses habían ido a Versalles en el mes de octubre. Su violencia arrastró a la guardia nacional destinada a reprimirla; cercaron de cañones al regimiento de Ernst, le obligaron a rendir las armas, y lo expulsaron vergonzosamente. La guardia nacional, fuerza revolucionaria por esencia, porque como pueblo participa de las opiniones, de los sentimientos y de las pasiones que como guardia cívica debería reprimir, seguía en todas partes, por debilidad o por inclinación, las móviles impresiones de la multitud. ¿Cómo podían aquellos hombres salidos de los clubs, donde acababan de aprobar, de aplaudir y con frecuencia de excitar a la sedición, transformarse a la puerta de las sociedades populares para hacer armas contra los sediciosos? Por esta razón limitábanse a ser simples espectadores, cuando no eran cómplices de las insurrecciones. La escasez de géneros coloniales, la carestía de los granos y el rigor del invierno contribuían a inquietar al pueblo, y los agitadores aprovechaban todos estos reveses para acusar y hacer odioso el trono.

II

De estos contratiempos hacíase responsable al gobierno, que era impotente para remediarlos. Emisarios secretos y bandas armadas recorrían las ciudades y las aldeas que tenían mercado, divulgando noticias alarmantes, invitando al pueblo a que pusiera tasa al precio de los granos y harinas, y aplicando a los negociantes en trigo el calificativo de usureros, pérfida acusación que equivalía a un decreto de muerte. El temor de ser acusado de fomentar el hambre del pueblo detenía toda especulación de comercio y contribuía mucho más que la penuria efectiva a que hubiera escasez en los mercados, porque nada escasea tan-

to como el género que se oculta. Los almaceneros de trigo eran criminales en opinión de los consumidores de pan. El alcalde de Etampes, Simoneau, magistrado intrépido, fué una víctima sacrificada a los recelos del pueblo. Etampes era uno de los grandes mercados que proveían a París, y, por consiguiente, importaba allí mucho más que en otras partes mantener la libertad de comercio y la afluencia de las harinas. Un grupo compuesto de hombres y mujeres de los pueblos vecinos reunidos a toque de campana, encaminóse a la ciudad un día de mercado, precedido de tambores y armado de fusiles y de horquillas de hierro, para poner precio a los granos, arrebatarlos a viva fuerza a los propietarios, repartírselos y exterminar, según decían, a los usureros, entre los cuales algunos mal intencionados repetían en voz baja el nombre de Simoneau. La guardia nacional habíase ocultado, siendo la única fuerza pública de que disponía el alcalde los cien hombres del 18.º regimiento de caballería, destacados en Etampes. Consultado el oficial, respondió de sus soldados *como de sí mismo*, y después de varias conferencias con los sediciosos, para atraerlos a la razón y a la ley, Simoneau entró en el ayuntamiento, hizo desplegar la bandera encarnada, proclamó la ley marcial, y marchó nuevamente contra los amotinados, rodeado del cuerpo municipal y de la fuerza armada. Al llegar a la plaza, la multitud rodeó y cortó el destacamento; los soldados dejaron al alcalde al descubierto, y ni un solo sable fué desenvainado para defenderlo. Simoneau les intima inútilmente en nombre de la ley y de las armas que llevan, que presten socorro al magistrado contra sus asesinos; inútilmente sujeta las bridas de uno de los soldados de caballería más próximos a él, gritándoles: *¡A mi, amigos míos!* Herido por las horquillas y por los disparos de armas de fuego, mientras llamaba a la fuerza, cayó sosteniendo aún en las manos las riendas del caballo que montaba el cobarde soldado cuyo favor imploraba. Este, para desembarazarse de él, cortó de un tajo el brazo del alcalde ya muerto, y dejó el cuerpo expuesto a los insultos del populacho. Al quedar los

malvados dueños del cadáver, encarnizáronse en sus palpitantes restos, y deliberaron si le cortarían la cabeza. Los jefes hicieron desfilar entonces a la tropa que pasó por encima del cadáver del alcalde, metiendo los pies en su sangre, y luego abandonaron a tambor batiente la ciudad, y fueron a pasar la noche emborrachándose en los arrabales, sin acordarse de poner tasa al precio del pan, motivo aparente de la sedición en medio de la embriaguez de su triunfo. No hubo saqueo, ya porque la sangre hizo olvidar al pueblo su hambre, ya porque ésta no fué más que el pretexto para los asesinatos.

III

Cuando todo se derrumbaba alrededor del trono, un hombre, célebre por la gran parte que se le atribuía en la ruina pública, trató de aproximarse al rey. Este era Luis Felipe José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. La historia se ha detenido hasta ahora ante este hombre sin poder señalar el verdadero papel que desempeñó en aquellos acontecimientos. Enigma para él mismo, continúa siendo también un enigma para el porvenir. La verdadera palabra de este enigma es: ¿fué ambición o patriotismo, debilidad o conjuración? A los hechos corresponde hablar.

La opinión pública tiene preocupaciones. Herida por la inmensidad de la obra que realiza, afectada por la rapidez del movimiento que arrastra las cosas, no puede creer que un cúmulo de causas naturales, combinadas providencialmente con la aparición de ciertas ideas y ayudadas por la coincidencia de los tiempos, pueda producir por sí sola estas grandes conmociones, y busca la causa en lo sobrenatural, en lo maravilloso, en la fatalidad. Se complace en imaginar causas ocultas que obran en el misterio y hacen mover, ocultando la mano, a los hombres y los hechos. Toma, en una palabra, toda revolución por una conjuración, y si encuentra en el origen, en el nudo, o en el desenlace de estas crisis, a un hombre principal, a quien aparentemente convengan estos acontecimientos, lo supone el autor de ellos, atri-

buyéndoles toda la acción en estas revoluciones, y todas las ideas que la efectúan, y, feliz o desgraciado, inocente o culpable, lo juzga merecedor de toda la gloria o responsable de todas las faltas del tiempo. Diviniza su nombre o castiga su memoria. Así ha ocurrido desde hace cincuenta años al duque de Orleans.

IV

Desde la más remota antigüedad créese, por tradición histórica, que el trono debilita las razas reales, y que mientras las ramas reinantes se enervan con la posesión de la realeza, las demás ramas se fortifican y crecen alimentando la ambición de verse elevadas, y respirando más cerca del pueblo un aire menos fétido que el de las cortes, de suerte que, mientras que la primogenitura da el poder a los primeros, los pueblos dan a los segundos la popularidad.

Esta circunstancia de existir una familia más bella y más popular que la reinante, creciendo cerca del trono y sosteniendo con él, a juicio de la nación, una peligrosa rivalidad, tuvo efecto desde Luis XVI en la casa de Orleans. Si esta situación equívoca daba a los príncipes de aquella familia algunas virtudes, dábales también los vicios inherentes, pues si eran más inteligentes y ambiciosos que los hijos del rey, eran también más inquietos. La misma sujeción en que los tenía la política de la casa reinante, reprimía su pensamiento y su valor, obligándoles a gastar en el desarreglo o en la molición las facultades naturales y la inmensa fortuna, que no se les permitía emplear de otro modo. Demasiado grandes para ciudadanos y demasiado peligrosos para estar al frente del ejército o de los negocios, no tenían lugar apropiado ni entre el pueblo ni en la corte, y lo ocupaban en la opinión.

El regente, hombre superior y degradado por lo prolongado y subalterno de su papel, fué el ejemplo más patente de estas virtudes y de estos vicios de la sangre de Orleans. Desde el regente, todos estos príncipes dotados como él de valor y de talento natural, habían bus-

cado la gloria de las grandes acciones en su primera juventud; pero habían vuelto a sumirse prematuramente en la obscuridad, en los placeres o en la devoción, por los celos de la casa reinante, que trató de eclipsarlos tan pronto como hubieron conquistado algún brillo. Culpables de su mérito, su nombre les llamaba a la gloria, y desde que se mostraban dignos de merecerla, se les prohibía alcanzarla. Estos príncipes debían transmitirse con sus tradiciones de familia la impaciencia de ver un cambio de gobierno, que les permitiera ser hombres.

Luis Felipe José, duque de Orleáns, había nacido en la época precisa en que su rango, su fortuna y su carácter debían impulsarlo a la voráGINE de las nuevas ideas, que sus pasiones le inclinaban a favorecer, y en la que, después de introducido, no le sería posible detenerse más que sobre el trono o sobre el cadalso. Al estallar los primeros síntomas de esta revolución, tenía veinte años el duque de Orleáns.

Este príncipe era hermoso como todos los individuos de su raza; tenía alta estatura y cuerpo flexible, actitud firme, cara risueña, mirada luminosa, miembros admirablemente proporcionados y aptos para todos los ejercicios corporales, incluida la equitación, que es el pedestal de los príncipes. Su familiaridad sin bajeza, su locución fácil, sus arranques de valor, su liberalidad pródiga para las artes, hasta sus vicios mismos, que no eran más que el lujo de la edad, todo lo recomendaba al aprecio popular, y gozaba de él con entusiasmo. Estas precoces embriagueces perjudicaron probablemente a su buen sentido natural. El amor del pueblo parecióle una venganza del desprecio en que la corte lo dejaba, y desafiaba en su fuero interno al rey de Versalles, creyéndose él rey de París.

Había contraído matrimonio con una princesa adorada por el pueblo, hija única del duque de Penthièvre, bella, amable y virtuosa, que llevó en dote a su marido, juntamente con la inmensa fortuna de su padre, la consideración, el favor popular y el respeto público de que gozaba su casa. El primer acto político del duque de Orleáns, fué una

atrevida resistencia a la voluntad de la corte en la época del destierro de los Parlamentos. Confinado en su palacio de Villers-Cotterets, el interés del pueblo lo siguió hasta allí y los aplausos de Francia le hicieron menos sensible la desgracia de la corte. Creyendo comprender el papel de gran ciudadano en un país libre, aspiró a representarlo. Ovidió fácilmente, en la atmósfera de adulación que lo rodeaba, que no basta para ser gran ciudadano complacer al pueblo, sino defenderlo, servirlo, y, en ocasiones, resistirlo.

Vuelto a París, quiso unir el prestigio de la gloria de las armas a las coronas cívicas con que ya estaba ornado su nombre, a cuyo efecto solicitó que se le nombrara gran almirante de Francia, privilegio a que tenía derecho después del duque de Penthièvre, su padre político; pero le fué negado. Entonces se embarcó como voluntario en uno de los buques de la escuadra mandada por el conde de Orvilliers, y tomó parte en el combate de Quessant, el 27 de julio de 1778. Las consecuencias de este combate, en que la victoria quedó indecisa, se imputaron a la debilidad del duque de Orleáns, que detuvo la persecución del enemigo. Estos rumores, inventados y propalados por el odio de la corte, agriaron los resentimientos del joven príncipe; pero no pudieron eclipsar su valor, del que dió pruebas hasta en los caprichosos atrevimientos indignos de su rango. Subió en Saint-Cloud en el primer globo que llevó tripulantes aéreos y hasta allí le persiguió la calumnia, que hizo circular el rumor de que él había roto el aeróstato de una estocada para obligar a sus compañeros a descender. Entre la corte y él entablóse una lucha incesante, de audacia por una parte, y de denigración por otra. Sin embargo, el rey lo trataba con indulgencia, atribuyendo sus faltas a las frivolidades de los pocos años. El conde de Artois lo tomaba por compañero asiduo de sus placeres, y la reina, que amaba al conde de Artois, temía que se contagiase su cuñado con los desórdenes y con las pasiones del duque de Orleáns, a quien odiaba, tanto por ser el favorito del pueblo de París como por considerarlo el corruptor del conde de Artois, y

obligó al rey a comprar el palacio casi real de Saint-Cloud, predilecta mansión del duque de Orleáns. Las infames insinuaciones que se hacían respecto a sus costumbres procedían siempre de las semiconfidencias de los cortesanos, quienes le acusaron de haber hecho envenenar, por medio de mujeres perdidas, la sangre del príncipe de Lamballe, su cuñado, y de haberle enervado con los desarreglos para heredar el inmenso patrimonio de la casa de Penthièvre; pero este crimen fué inventado por el odio.

Perseguido de este modo por la corte, el duque de Orleáns quedó completamente aislado. En sus frecuentes viajes a Inglaterra contrajo amistad con el príncipe de Gales, heredero del trono, que aceptaba como amigos a todos los enemigos de su padre; que jugaba a la sedición, deshonorado por sus deudas, prolongando más allá de la juventud las pasiones de los príncipes: caballos, mesa, juego y mujeres; riéndose de los manejos y de los discursos tribunicios de Fox, de Shéridan y de Burke, y ensayando el ejercicio del poder real con todos los atrevimientos de un hijo inobediente y de un ciudadano rebelde.

El duque de Orleáns aficionóse a la libertad en la vida de Londres, e introdujo en Francia los hábitos de insolencia contra la corte, el deseo de las agitaciones populares, el desprecio de su propio rango, la familiaridad con el pueblo, la vida particular en palacio, y aquella sencillez en el traje, que quitando a la nobleza francesa su uniforme, y aproximando unas a otras, a todas las clases, hacía desaparecer entre los ciudadanos las desigualdades del vestido.

Exclusivamente dedicado entonces a restablecer su decaída fortuna, construyó el Palacio Real; convirtió los nobles y espaciosos jardines de su soberbia mansión en un mercado de lujo, dedicado durante el día al tráfico, y durante la noche a los juegos y a los desórdenes; verdadera sentina de vicios edificada en el centro de la capital, obra de avaricia, que las antiguas costumbres no le perdonaron, y que debía llegar a ser muy pronto cuna de la Revolución. Esta revolución avanzaba y el príncipe la esperaba ocioso, como si la libertad del mun-

do no fuera otra cosa que una favorita más.

Sin embargo, su conocido odio a la corte congregó naturalmente en torno suyo a todos los partidarios de las perturbaciones, y el Palacio Real fué un centro de conspiraciones para reformar el gobierno. Allí se encontraban la filosofía, la política y la literatura, pudiendo decirse que era aquél el palacio de la opinión. Allí concurría asiduamente Buffón a pasar las últimas tardes de su vida; Rousseau recibía de lejos el culto, que la sensibilidad de los príncipes permite que se tribute a otros que no sean ellos; y allí se reunían Franklin y los republicanos de América, Gibbon y los oradores de la oposición inglesa, Grimm y los filósofos alemanes, Diderot, Sieyés, Sillery, Laclós, Suard, Florián, Raynal, La Harpe y todos los pensadores y escritores que representaban las nuevas ideas, con los artistas y literatos célebres. Hasta Voltaire, proscrito de Versalles por el respeto humano de la corte que admiraba su talento, fué allí, y el príncipe le presentó sus hijos, uno de los cuales reina hoy en Francia, y el moribundo filósofo los bendijo, como a los de Franklin, en nombre de la razón y de la libertad.

V

No quiere decir esto que aquel príncipe fuera literato ni filósofo, pues había rendido demasiado culto a los placeres materiales para que le distrajesen los intelectuales; pero el sentimiento revolucionario le aconsejaba instintivamente concentrar las fuerzas que podían ser útiles a la libertad. Cansado pronto de la belleza y de la virtud de la duquesa de Orleáns, concibió por una mujer hermosa, de talento, e insinuante, un afecto que no encadenaba los caprichos de su corazón, pero que refrenaba sus inconstancias y dominaba su espíritu. Esta mujer seductora entonces, y célebre después, era la condesa de Sillery-Genlis, hija del marqués Ducret de Saint-Aubin, noble del Charolais, pero pobre. Su madre, joven y bella todavía, la trajo a París a casa del señor de la Popeliniere, hacendista famoso, cuya vejez cautivó. Educaba a su hija para el dudoso desti-

no de las mujeres bellas y con talento, a quienes la sociedad ha rehusado lo necesario: aventureras, elevadas algunas veces y otras envilecidas por la sociedad.

Los más célebres profesores enseñaban a esta niña cuanto la inteligencia y las manos pueden aprender. La posición subalterna de aquella madre en casa de su opulento protector, acostumbraba a su hija a la bajeza y a la adulación de las condiciones ilustres. A los diez y seis años la belleza precoz y el talento musical de la joven, dábanle acceso a los grandes salones, a los que la llevaba la madre con una publicidad equívoca entre el teatro y la sociedad. Artista para unos, era para otros una señorita seductora que hacía olvidar su edad hasta a los viejos. Buffón la llamaba *mi hija*; su parentesco con la señora de Montesón, viuda del duque de Orleáns, la acercaba a la casa del joven príncipe. El conde Sillery-Genlis se enamoró de ella y se casó, a pesar de la resistencia de su familia. Amigo y confidente del duque de Orleáns, obtuvo para su esposa un puesto en la servidumbre de la duquesa de Orleáns, y el tiempo y su talento hicieron lo demás.

El duque inclinóse a ella, seducido por su belleza y por la superioridad de su inteligencia, sin que las quejas de la duquesa ultrajada sirvieran para otra cosa que para cambiar el afecto del duque en obstinación, quien se vanaglorió de su sentimiento y lo proclamó pretextando la educación de sus hijos. La condesa de Genlis ambicionaba al mismo tiempo el esplendor de la corte y la gloria de las letras, y escribía con alguna elegancia esas obras frívolas que entretienen la ociosidad de las mujeres extraviando su corazón con amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, eran el acontecimiento de las reuniones, y la señora de Genlis las componía con gracia, encubriendo las escenas amorosas con cierta hipocresía de austeridad. Afectaba, además, conocer todas las ciencias, y el duque de Orleáns, novador en todo, creyendo haber hallado en una mujer el mentor de sus hijos, la nombró su aya. La duquesa, irritada, protestó contra este escándalo; la corte se burló, y el pue-

blo quedó alucinado. La opinión, que cede a quien la desafía, murmuró; pero enmudeció luego, y el porvenir dió razón al padre, porque los discípulos de esta mujer fueron hombres, aunque no fueron príncipes. Ella atraía al Palacio Real a los directores de la opinión, y de este modo el primer club de Francia se celebraba en las mismas habitaciones del primer príncipe de la sangre. La literatura ocultaba a los de afuera aquellos conciliábulos, como la locura del primer Bruto ocultaba su venganza, y, aunque el duque no fuera un conspirador, se formó allí un partido de Orleáns. Sieyés, el oráculo misterioso de la Revolución, que parecía llevarla en su frente, y engendrarla en su silencio; el duque de Lauzun, que pasó de las confidencias de Triánón a los conciliábulos del Palacio Real; Laclós, joven oficial de artillería, autor de una novela obscena, y muy a propósito en caso necesario para elevar la intriga novelesca hasta la conjuración política; Sillery, que profesaba odio a su casta, era irreconciliable enemigo de la corte, y no esperando ya nada de lo desconocido; y otros hombres, en fin, menos famosos, pero no menos activos, y que servían de escalones invisibles para bajar desde los salones de un príncipe a la más humilde morada del pueblo, siendo unos la cabeza y otros los brazos de la ambición del duque, citábanse para estos consejos, en los que, sin duda, no se marcaba el fin, pero se colocaban sobre la pendiente y se dejaban ir a la aventura: esto era ya una revolución.

Lo maravilloso, ese prestigio de las masas que es a la imaginación lo que el cálculo es a la razón, tampoco faltaba en el partido de Orleáns. Las profecías, verdaderos presentimientos populares del destino, y los prodigios domésticos admitidos por la credulidad de los numerosos clientes de la casa, anunciaban que uno de sus príncipes ocuparía próximamente el trono. Estos rumores se propagaban en el pueblo o por sí mismos o por la hábil insinuación de los partidos de la casa de Orleáns. El duque no había dudado, cuando fueron convocados los Estados Generales, en pronunciarse en favor de las reformas más democráticas, en cuyo sentido hizo redactar unas ins-

trucciones para los electores de sus Estados al abate Sieyès, e intrigando él mismo para obtener el título y el mandato de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza de París en Crespy y en Villers-Cotterets, optó por Crespy, porque las instrucciones de este bailío eran más patrióticas, y en las procesiones de los Estados Generales abandonó su puesto entre los príncipes para colocarse en medio de los diputados, abdicación que le valió los aplausos de la nación.

VI

Tal favor le dispensaba la opinión pública, que si hubiera sido un duque de Guisa, y Luis XVI un Enrique III, los Estados Generales habrían concluido como los de Blois, con un asesinato o con una usurpación. Reunido al tercer Estado para conquistar la igualdad y la amistad de la nación sobre la nobleza, hizo el juramento del Juego de Pelota, y alistóse detrás de Mirabeau para desobedecer al rey. Nombrado presidente por la Asamblea nacional, declinó este honor para que se le otorgara a un ciudadano, y cuando la destitución del ministro Necker reveló los proyectos hostiles de la corte, y el pueblo de París nombró por aclamación a los jefes y defensores, el duque de Orleans fué el primero de los elegidos, y Francia tomó en el jardín de su palacio los colores de su librea por escarapela. A la voz de Camilo Desmoulins, que dió el grito de alarma en el Palacio Real, se formaron grupos que, guiados por Legendre y Frerón, enarbolaron el busto del duque de Orleans con el de Necker, los cubrieron con un crespón negro y los pasearon por las calles de París, llevando todos la cabeza descubierta. La sangre corrió, y el cadáver de uno de los ciudadanos que llevaban los bustos, muerto por la tropa, sirvió de estandarte al pueblo, tomando, por consiguiente, parte el duque de Orleans, por su palacio, por su nombre y por su imagen en el primer combate y en el primer asesinato de la libertad. Esto fué suficiente para que se creyera que él movía en todas partes el hilo de los acontecimientos. Fuera por falta de atrevimiento, o por falta de ambición, nunca tomó la actitud que la opinión le atribuía, y

no pareció que entonces impulsara los acontecimientos más allá de la conquista de la Constitución para el país, y del papel de gran patriota para él. Respetó o despreció el trono, y uno u otro de estos sentimientos le engrandeció ante la historia; pero todo el mundo fué de su partido, excepto él mismo.

Mientras los hombres imparciales le honraban por su moderación, los revolucionarios le avergonzaban por su carácter. Mirabeau, que buscaba un pretendiente para personificar la Revolución, había tenido secretas entrevistas con el duque de Orleans, sondeando su ambición para juzgar si aspiraba al trono; pero se retiró descontento, revelando su decepción con palabras injuriosas. Mirabeau necesitaba un conspirador, y había encontrado un patriota, a quien despreció por haberse negado a ser su cómplice. Como no esperaba que el duque de Orleans fuera tan escrupuloso y desinteresado, lo denigró, calificando de cobardía su desinterés.

Lafayette aborrecía instintivamente al duque de Orleans por creerlo un rival de influencia, de quien decía que fomentaba los disturbios que luego no podía reprimir. Se pretendía haber visto al duque de Orleans y a Mirabeau entre los grupos de revoltosos, a quienes señalaban con gestos el palacio, de lo que Mirabeau se defendió con la sonrisa del desprecio; pero el duque de Orleans demostró más seriamente su inocencia. El asesinato del rey o de la reina habría dejado vivir la monarquía, las leyes del reino y los príncipes herederos del trono, al que sólo hubiera podido subir él sobre cinco cadáveres, escalones del crimen que lo hubieran conducido a la execración de la nación, y habrían cansado a los asesinos. Además probó, con numerosos e irrecusables testimonios, que no había ido a Versalles ni el 4 ni el 5 de octubre, de donde había salido el 3, después de la sesión de la Asamblea nacional, para regresar a París; permaneció todo el día 4 en su palacio y en sus jardines de Mousseaux, y el 5 volvió allá, cuando, habiéndose roto su cabriolé en el bulevar, continuó su marcha a pie por los Campos Elíseos, y pasó el día en Passy con sus hijos y la señora de Genlis; cenó en

Mousseaux con sus amigos íntimos y volvió a pernoctar a París. Hasta la mañana del día 6, en que se enteró de los acontecimientos de la víspera, no salió para Versalles, siendo detenido su coche en el puente de Sevres, por los que llevaban las cabezas cortadas de los guardias del rey. Si ésta no era la conducta de un príncipe que vuela al socorro de su rey y que se coloca al pie del trono entre el soberano amenazado y el pueblo, no era tampoco la de un atrevido usurpador, que provoca disturbios.

La conducta del duque de Orleáns no fué más que una expectativa, ya porque no quisiera recibir la corona, sino de la fatalidad de los acontecimientos, ya porque le inspirara más indiferencia que ambición el rango supremo, ya, en fin, porque no quisiera poner su reinado como un obstáculo en el camino de la libertad, o porque aspirase sinceramente a la república, y el título de primer ciudadano de una nación libre le pareciese superior al título de rey.

VII

Poco tiempo después de los días 5 y 6 de octubre, deseando Lafayette romper la unión del duque de Orleáns y Mirabeau, resolvió alejar, a toda costa, al primero, obligándole moralmente, o por la amenaza de un proceso por crimen de Estado, a desterrarse a Londres, y al efecto hizo que los reyes le secundaran en este propósito, alarmándolos con los complots del príncipe y presentándoselo como un competidor al trono. Lafayette dijo un día a la reina, que el duque de Orleáns era el único hombre sobre quien pudiera recaer la sospecha de tan grande ambición. «Señor, le respondió la reina mirándole con afectada incredulidad, ¿es necesario ser príncipe para aspirar a la corona?» «Al menos, señora, respondió el general, no conozco más que al duque de Orleáns, que aspire a ella.» Lafayette presumía demasiado conocer la ambición del príncipe.

VIII

Mirabeau, desanimado por las dudas y los escrúpulos del duque de Orleáns, y creyéndolo inferior o superior al crimen,

lo abandonó, tratando de acercarse a Lafayette, y éste, que sólo tenía la fuerza armada, y conocía que Mirabeau tenía toda la fuerza moral, sonrió ante la idea de un daunvirato que le aseguraba el imperio. Ambos rivales celebraron varias entrevistas en París y en Passy, y Lafayette, rechazando la idea de usurpación en provecho de un príncipe, declaró a Mirabeau que era necesario renunciar a todo complot criminal contra la reina, si pretendía entenderse con él. «Perfectamente, general, respondió Mirabeau, puesto que así lo queréis, que viva. ¡Una reina humillada puede ser útil; pero una reina degollada sólo puede servir para asunto de una tragedia!» Esta respuesta la supo después la reina, y se la perdonó a Mirabeau, no creyéndola obstáculo para entablar relaciones con el famoso orador; pero las palabras debieron quedar grabadas en el corazón de aquella mujer, como indicio de lo que la amenazaba.

Seguro Lafayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignación de la guardia nacional, que principiaba a cansarse de los facciosos, se atrevió a arrogarse el papel de dictador y a desterrar al duque de Orleáns, encubriendo esta arbitrariedad bajo las apariencias de una misión libremente aceptada. Al efecto se avistó con él en casa de la marquesa de Coigny, mujer noble y de talento, en cuyas reuniones se encontraban algunas veces ambos, y, a consecuencia de una conversación, que sólo las paredes oyeron, pero que los resultados pueden explicar, y que Mirabeau, de quien fué conocida, calificó de *muy imperiosa de una parte, y muy resignada de la otra*, se convino en que el duque de Orleáns marcharía inmediatamente a Londres.

Los amigos de este príncipe hicieronle cambiar de resolución por la noche, y así se lo comunicó a Lafayette en una carta; pero éste, en una segunda entrevista, le intimó a cumplir su palabra, mandándole salir en el término de veinticuatro horas. Para dar mayor eficacia a este mandato, Lafayette condujo al duque a presencia del rey, ante el cual el príncipe admitió la misión ficticia, ofreciendo no omitir nada para desbaratar en Inglaterra los complots de los facto-

res de las turbulencias del reino. «Estáis en ello más interesado que nadie, le dijo Lafayette ante el rey, porque nadie está más comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la presión ejercida por Lafayette y por la corte sobre el ánimo del duque de Orleans, ofreció a éste sus servicios, tratando de seducirle con la perspectiva del rango supremo. Cuando el orador realizaba estas gestiones, tenía ya concebido el plan de su discurso para el día siguiente en la Asamblea, donde denunciaría como una conspiración del despotismo este golpe de Estado contra un solo ciudadano, en quien se ultrajaba la libertad de todos los demás. «Este ataque a la inviolabilidad de los representantes de la nación en el evidente destierro de un príncipe real, presentaría a Lafayette sirviéndose de la mano real para herir a sus rivales y para encubrir su insolente dictadura con la sanción del jefe del Estado y del jefe de la familia.» Mirabeau no dudaba que se sublevaría la Asamblea contra tan odiosa tentativa, y prometió a los amigos del duque de Orleans uno de estos cambios de opinión que elevan al hombre a un rango más alto aún que aquel de donde ha caído. Estas palabras sostenidas por las súplicas de Laclós, de Sillery y de Lauzun hicieron vacilar nuevamente al príncipe, quien al amanecer escribió que no marcharía.

Lafayette lo llamó entonces a casa del ministro de Negocios Extranjeros, donde el príncipe, vencido de nuevo, escribió una carta a la Asamblea que invalidó de antemano el efecto de la denuncia de Mirabeau. «¿Mis enemigos pretenden, dice el duque de Orleans, que os vanagloriáis de poseer contra mí pruebas de complicidad en los atentados del 5 de octubre?» «Más bien son mis enemigos los que lo aseguran, le respondió Lafayette, pues si tuviera pruebas contra vos, os hubiera hecho arrestar; pero las busco.» El duque de Orleans marchó y habían pasado ya nueve meses desde su regreso, cuando la Asamblea constituyente dejó sin más tutela que la anarquía la Constitución que acababa de votar. El reino estaba en completo desorden; los primeros actos de la Asamblea legislativa revelaban la incertidumbre del

pueblo que, habiéndose detenido en una pendiente, tenía infaliblemente que bajar hasta el fondo.

IX

Los girondinos, adelantándose desde su primer paso al partido de los Barnave y de los Lameth, manifestaban el propósito de impeler a Francia, sin preparación, a la república. El duque de Orleans, a quien su larga permanencia en Inglaterra había permitido reflexionar lejos del arrebato de los acontecimientos y de las facciones, oyendo la voz de la sangre de Borbón, que llevaba en las venas, no dejó de ser patriota; pero comprendió que la salvación del país, cuando la guerra era ya inminente, no consistía en el anonadamiento del poder ejecutivo. Sin duda, la compasión que le inspiraban el rey y la reina avivóse en él, pues el odio no había sofocado toda su generosidad. Creyéndose demasiado vengado ya con la jornada del 6 de octubre, con la humillación del rey ante la Asamblea, con los insultos diarios del populacho, bajo las ventanas de la habitación de María Antonieta, y con las siniestras noches de aquella familia, aprisionada en su palacio, acaso temió también llegar a ser él una víctima de la ingratitud de las revoluciones.

Había sido obligado a ir a Inglaterra, y allí permaneció algún tiempo por haber temido el monarca que su nombre sirviera de pretexto a las agitaciones de París. Laclós iba de vez en cuando a Londres para tentar de nuevo la ambición del desterrado, diciéndole que era vergonzosa su condescendencia con Lafayette, pues Francia la tomaba por cobardía. El orgullo del príncipe se excitó con esta idea, y amenazó volver; pero los consejos del señor de Luzerne, ministro de Francia en Londres, los del señor de Boynville, ayudante de campo de Lafayette, y su misma previsión, prevalecieron contra las insinuaciones de Laclós. La prueba de todo esto está en un billete del señor de Luzerne, encontrado en un armario de hierro entre los papeles secretos del rey. «Afirmo, dice el señor de Luzerne, que, habiendo presentado al señor duque de Orleans al señor

de Boinville, ayudante de campo de Lafayette, aquél le ha declarado que estaban muy inquietos por los desórdenes que se podrían suscitar en París; que los mal intencionados no dejaban de utilizar su nombre para perturbar la capital, y quizá el reino, y que, por esta razón, se le suplicaba que retardase su regreso. El duque de Orleans, no queriendo en modo alguno dar ocasión ni pretexto para que se altere la tranquilidad pública, ha consentido en aplazar su marcha.»

X

Partió al fin y gestionó ser empleado en la marina, en cuyas circunstancias, Bertrand de Molleville le envió, de parte del rey, su nombramiento de almirante. El duque de Orleans fué a dar gracias al ministro, a quien manifestó: «que le hacía dichoso la gracia que el rey le concedía, porque le proporcionaba la ocasión de demostrar sus sentimientos odiosamente calumniados. Soy desgraciado, continuó, porque se ha abusado de mi nombre para cometer los horrores que se me han imputado, y de los que me han creído capaz porque he desdeñado justificarme. Pronto demostraré que mi conducta está en conformidad con mis palabras.»

El tono de franqueza y de lealtad con que el duque de Orleans pronunció estas palabras, sorprendió al ministro, que estaba predispuesto en contra suya, y, al preguntar éste si consentiría en hablar directamente al rey para consolarle, el duque manifestó su propósito de ir al día siguiente a palacio, donde Luis XVI, avisado por el ministro, lo esperó, y permaneció largo tiempo encerrado con él.

Un escrito confidencial de puño y letra del duque, redactado más tarde para justificar su memoria ante sus hijos y sus amigos, revela los misterios de esta conversación. «Los demócratas extremados, dice el duque de Orleans, creyeron que yo quería hacer de Francia una república; los ambiciosos, que pretendía, a fuerza de popularidad, obligar al rey a entregarme la administración del reino, y, en fin, los patriotas virtuosos, que me inmolaba por completo a la causa pública. Unos me juzgaron peor, y los otros

mejor que lo que soy, pues no hice otra cosa que seguir los impulsos de mi corazón, que me inclinaba a la libertad, cuya imagen creí ver en los parlamentos, pues al menos tenían su tono y sus formas. Abracé este fantasma de representación, y tres veces me sacrifiqué por los parlamentos: las dos primeras fué por convicción, y la tercera por no desmentirme a mí mismo. Había estado en Inglaterra, y después de ver allí la verdadera libertad, no dudé que, en los Estados Generales, Francia quisiese conquistarla. Apenas había yo visto que Francia tenía ciudadanos, quise ser uno de ellos, haciendo en seguida cuantos sacrificios de rango y de privilegio me separaban de la nación, sin que ninguno de estos sacrificios me fuera penoso. Aspiré a ser diputado, lo fui, y pasé al lado del tercer Estado, no por facción, sino por justicia. Era imposible desde aquel momento impedir que se efectuara la Revolución; pero, como algunas personas que rodeaban al monarca opinaron otra cosa, se reunieron tropas y cercaron la Asamblea nacional. París, creyéndose amenazada, se sublevó, y los guardias franceses que vivían entre el pueblo, siguieron sus huellas. Se divulgó que mi oro había comprado este regimiento; pero es lo cierto que, si los guardias franceses se hubieran conducido de otro modo, habría habido motivos racionales para sospechar esta compra, porque su hostilidad al pueblo de París era ilógica y contraria a la naturaleza. ¡Se paseó mi busto juntamente con el de Necker el 14 de julio! ¿Por qué? Porque este ministro, en quien el pueblo tenía puestas sus esperanzas, era adorado por la nación, y porque mi nombre figuraba en las listas de los diputados de la Asamblea, que debían ser arrestados por las tropas que rodeaban a Versalles. En medio de estos acontecimientos tan favorables a un faccioso, ¿qué hice para aprovecharme de ellos? Me oculté a las miradas del pueblo, retirándome a mi casa de Mousseaux, donde pernocté, y al día siguiente volví sin acompañamiento a la Asamblea nacional, en Versalles. Cuando el rey se decidió a echarse en brazos de aquella Asamblea, rehusé formar parte de la diputación que iba a comunicar esta no-

ticia a la capital, para evitar que alguno de los homenajes que se debían al rey solo, se me tributara a mí. La misma conducta observé en los días de octubre, ausentándome para no añadir un elemento más a la efervescencia del pueblo, y sólo regresé cuando se restableció la tranquilidad. Al encontrarme en Sevres las bandas poco numerosas de asesinos, que llevaban las cabezas cortadas de los guardias del rey, abalanzáronse a las cabezas de mis caballos, y uno de aquellos hombres hizo un disparo de arma de fuego a mi postillón. ¿Puedo ser yo el jefe de esos hombres de quienes estuve a punto de ser víctima? Sólo debo el haberme librado a un puesto de la guardia nacional, que me escoltó hasta Versailles, donde me dirigí al aposento del rey reprimiendo los últimos clamores del pueblo en el patio de los ministros. Habiendo contribuido al decreto que declaró la Asamblea inseparable de la persona del monarca, Lafayette me manifestó, en nombre de Luis XVI, su deseo de que me alejara de París, para quitar todo pretexto a las agitaciones populares. Seguro entonces del triunfo de la consumada Revolución, y no temiendo más que los motines, con que podría pretenderse poner obstáculos a su marcha, obedecí, sin poner otra condición que el permiso de la Asamblea nacional, que me fué concedido. Empecé el viaje, y el pueblo de Boulogne, conmovido por una intriga que puede atribuírseme, pero a la que fuí extraño, intentó detenerme a viva fuerza, oponiéndose a mi embarque. Me enternecí, lo confieso; pero no cedí a esta violencia del favor del pueblo, a quien yo mismo hice cumplir su deber. Se abusó de este viaje y de mi ausencia para imputarme los más odiosos atentados. Díjose que había querido obligar al rey a huir con el Delfín desde Versailles; pero Versailles no es Francia. El rey hubiera encontrado nuevamente su ejército y la nación fuera de aquella ciudad, y mi ambición no hubiera tenido otro efecto que la guerra civil y la dictadura militar dada al rey; pero quedaba el conde de Provenza, que era el heredero natural del trono abandonado y disfrutaba del favor popular. ¡Por consiguiente, yo había trabajado para él! Además, el conde de Ar-

tois estaba en el extranjero, ¡y sus hijos estaban con él al abrigo de mis supuestos asesinatos! ¡estaban también más cerca del trono que yo! ¡Qué serie de desatinos y de crímenes inútiles! La Revolución no ha hecho cambiar de sentimientos ni de carácter al pueblo francés. Quiero creer que el conde de Artois, a quien he amado, lo atestigüe, y deseo creer que, acercándose al rey a quien quiere, y por quien es querido, y al pueblo a cuyo amor le hacen acreedor sus brillantes cualidades volverá, después de apaciguados nuestros disturbios, a gozar de la parte de su herencia, esto es, del cariño y del respeto que la nación ha tributado siempre a los hijos de *Enrique IV.*»

XI

Estas razones, robustecidas con lágrimas de ternura y con actitudes y gestos más persuasivos que la palabra, convencieron al rey, que excusó, perdonó y esperó. «Creo, como vos, dijo enternecido a sus ministros, que el duque de Orleans vuelve a nuestro lado de buena fe, y que hará todo cuanto de él dependa para remediar el mal que ha hecho, y en el que es muy posible que no tenga tanta parte como se le atribuye.»

El príncipe salió del aposento del monarca reconciliado consigo mismo, y más resuelto que nunca a separarse de los facciosos, costándole poco trabajo sacrificar su ambición, porque no la tenía, y, en cuanto a su popularidad, ella era la que se separaba de él, para caer más bajo. Para el duque de Orleans no había seguridad ni honor, más que en la Constitución y al pie del trono, adonde le inclinaban su corazón y su deber. De Luis XVI le atraía más el hombre que el monarca; pero la adulación y los resentimientos de corte lo echaron a perder todo.

El domingo siguiente al día de esta reconciliación, se presentó el duque de Orleans a rendir homenaje al rey y a la reina, por ser el día y la hora de las grandes recepciones. Una multitud de cortesanos llenaba los patios, las escaleras y las habitaciones de las Tullerías, unos

esperando aún cambios de fortuna, y otros que habían llegado de provincias, atraídos por el infortunio y la fidelidad. Al presentarse inesperadamente el duque de Orleans, cuya reconciliación con el rey no era conocida aún, la admiración y el horror fruncieron los gestos, siendo acogido con murmullos e irónicos cuchicheos. La turba de cortesanos le abrió paso, separándose de él como si temieran su contacto odioso, y el duque buscó inútilmente un rostro plácido y una frente serena entre todas aquellas gentes. Cuando estaba ya cerca del aposento del monarca, los grupos de cortesanos y de guardias le estorbaban el paso por las puertas, volviéndole la espalda y apretando con los codos, por lo que el duque, no pudiendo entrar por allí, fué por las habitaciones de la reina. La mesa estaba puesta para la comida de la familia real. «*Cuidado con los platos*», gritaron algunos, injuriándolo, como si hubiesen visto entrar a un envenenador público. El rostro del príncipe, indignado, empalideció, creyendo ver reflejado en aquellos ultrajes el odio de la reina. Entonces dirigióse nuevamente a la escalera para salir de palacio, siendo perseguido por nuevas turbas y nuevos ultrajes; cuando descendía le escupieron sobre su vestido, y hasta sobre la cabeza, desde lo alto de la rambla. Si entonces le hubieran herido con un puñal, le habrían inferido menos daño que con aquellos crueles desprecios. Había entrado tranquilo en palacio y salía implacable, conociendo que no tenía otro asilo contra la corte que las últimas filas de la democracia, en las que se precipitó resueltamente para buscar la seguridad o la venganza.

El rey y la reina no tardaron en tener noticias de estos insultos, que no habían mandado, pero que tampoco repararon, acaso porque la cólera de sus familiares y el envilecimiento de su enemigo les halagaba. El favor de la reina era frívolo y su odio imprudente; y al rey no le faltaba bondad, sino gracia. Una palabra de Enrique IV hubiera castigado a los insultantes y conquistado otra vez al príncipe; pero Luis XVI no supo decirla, y el resentimiento fermentó en silencio. El destino se cumplió.

XII

El duque de Orleans abandonó aquel día el partido de los girondinos, a los que sólo estaba unido por Pethión y por Brissot, e ingresó en el de los jacobinos; abrió su palacio a Danton y a Barrere, y desde entonces viósele figurar en los partidos extremos, a los que, sin dudas ni vacilaciones, siguió en silencio, y por todas partes, hasta la república y hasta el regicidio.

XIII

Mientras tanto, ya alarma que inspiraban a la nación los armamentos del emperador y la desconfianza que los girondinos sugerían contra la corte y los ministros en sus discursos, agitaban cada vez más la capital. Cada nueva comunicación del ministro de Negocios Extranjeros, Lessart, hacía prorrumpir al partido de la Gironda en gritos de guerra y de traición. Fauchet denunció al ministro, y Brissot exclamó: «¡La máscara ha caído! ¡Ya sabemos quién es nuestro enemigo: el emperador! ¡Los príncipes posesionados en la Alsacia, cuya causa fingía defender, no son más que pretextos de su odio, y los emigrados sus instrumentos; despreciamos a los emigrados! ¡El gran tribunal de la nación hará con él la justicia sobre esos príncipes pordioseros! ¡Los electores del Imperio tampoco merecen vuestra cólera, porque el temor los hace prosternarse a nuestros pies, y un pueblo libre no anada a sus enemigos puestos de rodillas! ¡Herid en la cabeza, en la cabeza, que no es otra cosa que el emperador!»

Comunicó su cólera a la Asamblea; pero Brissot, político hábil y profundo consejero de su partido, no tenía voz bastante sonora para conmover al pueblo. Sólo Vergniaud tenía este don. Se elevaba por la meditación de la historia desde las escenas análogas de su tiempo, a los tiempos antiguos, imprimiendo a sus palabras la grandeza y solemnidad de todos los tiempos. «Nuestra revolución, dijo en la misma sesión, ha llevado la alarma a todos los tronos, dando el ejemplo de la destrucción del despotismo que los

sostiene. Los reyes aborrecen nuestra Constitución, porque ésta hace a los hombres libres, y ellos quieren reinar sobre esclavos. Este odio lo ha manifestado el emperador en todas las medidas que ha tomado para inquietarnos, o para robustecer a nuestros enemigos, o para animar a los franceses que se han rebelado contra las leyes de su patria. Este odio no deja de existir; pero es preciso que deje de obrar. El genio vela sobre nuestras fronteras defendidas por nuestras tropas de línea, por nuestros guardias nacionales menos todavía que por el entusiasmo de la libertad. ¡La libertad! Desde su nacimiento es combatida oculta y vergonzosamente. ¿Por quién? Tres ejércitos de reptiles y de insectos venenosos se mueven y se arrastran en nuestro mismo seno; uno está compuesto por libelistas pagados, y por calumniadores que hacen esfuerzos para armar a los dos poderes uno contra otro, sugiriéndoles mutuas desconfianzas. Otro ejército, sin duda tan peligroso, es el de los clérigos sediciosos, que creen que Dios se va; que su poder se desploma con su prestigio, y quienes, para conservar su imperio, apelan a la venganza que la religión prohíbe, y califican virtudes todos los crímenes que impulsan a cometer. El tercero está formado por los hacendistas ávidos, por los agiotistas que se enriquecen con nuestra ruina, y para cuyas especulaciones egoístas la prosperidad nacional sería su muerte, como nuestra muerte sería su vida; aseméjense a los animales carnívoros que esperan el fin de la batalla para devorar los cadáveres tendidos en el lugar de la acción. (Aplausos.)

»Saben que vuestros preparativos de defensa son ruinosos; confían en el descrédito de vuestro tesoro, y en la escasez del numerario; cuentan con el cansancio de sus conciudadanos, que abandonaron a sus mujeres y a sus hijos para correr a las fronteras, y de quienes permanecerán alejados mientras los millones, artificiosamente sembrados en el interior, fomenten las insurrecciones en que el pueblo destruirá sus derechos creyendo defenderlos. Entonces el emperador enviará un ejército formidable para ahorojarnos. Tal es la guerra que se os hace

y la que se os quiere hacer. (Prolongados aplausos.)

»El pueblo ha jurado defender la Constitución porque comprende que su honor y su libertad están en ella; pero, si dejáis que consuma sus fuerzas en la expectativa y que agote todos nuestros recursos, el día en que éstos se acaben, ¿no será el último de la Constitución? Se nos tiene en un verdadero estado de inacción, que puede conducirnos al oprobio o a la muerte. (Entusiastas aplausos.) ¡A las armas, pues, ciudadanos! ¡a las armas, hombres libres! ¡defended vuestra libertad; realizad la esperanza del género humano, o no mereceréis compasión en vuestras desgracias! (Se repiten nuevamente los aplausos.)

»No tenemos más aliados que la eterna justicia cuyos derechos defendemos. Pero, ¿nos está prohibido buscar otros, e interesar a las potencias que estén amenazadas como nosotros por el rompimiento del equilibrio de Europa? Seguramente no. Declarad al emperador que desde este momento quedan rotos los tratados. (Bravos prolongados.) El es quien los ha roto; y si duda aún en atacarnos, es porque no está preparado para ello; pero se le ha desenmascarado. Felicitémonos. Europa tiene la vista fija en vosotros, mostradle al fin lo que es la Asamblea nacional de Francia. Si os presentáis con la dignidad que conviene a los representantes de un gran pueblo, obtendréis sus aplausos, su estimación y su apoyo; pero, si mostráis debilidad, si desperdiciáis la ocasión que la Providencia os proporciona de emanciparos de una situación que os sujeta, temed el envilecimiento que os prepara el odio de Europa, el de Francia, el de vuestro siglo y el de la posteridad. (Aplausos.) Sin embargo, esto no es suficiente todavía: exigid que vuestros colores sean respetados del otro lado del Rin, y exigid la dispersión de vuestros emigrados; pudiera pedir también que se entreguen a su patria, a la que ultrajan, para castigarlos; pero, si ellos han sido ávidos de nuestra sangre, no nos mostremos nosotros ávidos de la suya; su crimen es haber pretendido destruir su patria; pues bien, que, errantes y vagabundos sobre el globo, sufran el castigo de no encon-

trar patria en parte alguna. (Aplausos.) La demora del emperador en responder a vuestras intimaciones, es una negativa, y toda negativa de su parte a explicarse, debe ser considerada como una declaración de guerra. Atacad mientras es tiempo favorable para vosotros; que, si en la guerra de Sajonia Federico hubiese contemporizado, el rey de Prusia no sería ahora más que marqués de Brandeburgo; pero atacó, y Prusia disputa hoy a Austria la balanza de Alemania, que se escapó de vuestras manos. Hasta ahora no habéis adoptado determinaciones más que a medias, por lo que pueden aplicarse a ellas las palabras que en iguales circunstancias dirigió Demóstenes a los atenienses: «Os conducís respecto a los macedonios, como los bárbaros que combaten en nuestros juegos respecto a sus adversarios; cuando se les hiere en el brazo llevan la mano al brazo; cuando se les hiere en la cabeza la llevan a la cabeza, y no piensan en defenderse hasta que son heridos, sin apercibirse contra los golpes que les preparan: Filipo reúne su ejército; reunió vosotros también; lo desarma, deponed vosotros las armas; si ataca a uno de vuestros aliados, enviad inmediatamente un numeroso ejército en socorro suyo; si ataca a una de vuestras ciudades, enviad al momento un numeroso ejército a la defensa de esta ciudad. Se desarma él, y volvéis a desarmaros vosotros, sin ocuparos en los medios de prevenir su ambición, y ponerlos al abrigo de sus ataques, de donde resulta que estáis a las órdenes de vuestro enemigo, y él es quien manda vuestro ejército.

»Os hablaré ahora de los emigrados. Cuando os dicen que están en Coblenza, numerosos ciudadanos vuelan a combatirlos; cuando os dicen que se han reunido en las márgenes del Rin, guarnecéis su curso con dos cuerpos de ejército; cuando vecinos poderosos les dan asilo, os proponéis ir a atacarlos; si, por lo contrario, os dicen que se internan en el norte de Alemania, deponéis las armas; os infieren una nueva ofensa, y vuestra indignación se exalta; os hacen buenas promesas, y os desarmáis de nuevo; de donde resulta que los emigrados y los gabinetes que los sostienen, son vuestros

jefes y disponen de vosotros, de vuestros consejos, de vuestros tesoros y de vuestros ejércitos. (Aplausos.) Este humillante papel es digno de un gran pueblo.

»En este instante se me ocurre un pensamiento, que voy a exponer para terminar mi discurso. Me parece que los manes de las generaciones pasadas se aglomeran en este templo para suplicaros, en nombre de todos los males que la esclavitud les ha hecho sufrir, que preservéis de ellos a las generaciones futuras cuyos destinos están en vuestras manos. ¡Oíd esta súplica! ¡sed para el porvenir otra Providencia! Asociaos a la justicia eterna que protege a los pueblos, y, mereciendo el título de bienhechores de vuestra patria, mereceréis también el de bienhechores de la humanidad.»

Los aplausos sostuvieron, durante largo rato, en la sala el eco de la emoción que este discurso produjo a todos, porque Vergniaud, a semejanza de los antiguos oradores, en lugar de enfriar su elocuencia en las combinaciones de la política, que sólo habla a la imaginación, la templaba en el fuego de su alma patética. El pueblo no comprende más que lo que siente, siendo para él los mejores oradores los que más le conmueven, pues la emoción es la convicción de las masas; Vergniaud la tenía en sí, y la comunicaba a la multitud, porque abrigaba la creencia de que trabajaba por la felicidad del género humano, y de que el agradecimiento de los siglos enorgullecería a Francia, revistiendo de cierto carácter sagrado a la libertad. Una de las cualidades de este orador era elevar casi siempre la Revolución a la altura de un apostolado, extender su patriotismo a la proporción de la humanidad entera, y no apasionar ni arrastrar al pueblo más que por sus virtudes. Por eso sus palabras producían en toda la nación efectos que el rey y sus ministros no podían resistir.

XIV

Además, Vergniaud y sus amigos estaban en inteligencias con el Consejo. El conde de Narbona y los girondinos se reunían y concertaban en casa de madama Staël, cuyo salón, donde resonaban constantemente ecos marciales, era

llamado entonces campo de la Revolución. Allí era donde el abate Fauchet, el denunciador de Lessart, se inspiraba para derribar a este ministro, quien, amortiguando cuanto le era posible las amenazas de la corte de Viena y la cólera de la Asamblea, procuraba ganar tiempo para mejores consejos. Su leal adhesión a Luis XVI y su previsión sensata y reflexiva hacíanle ver en la guerra, no la restauración, sino el desmoronamiento del trono. En este choque de Europa y de Francia, el rey tenía que ser la primera víctima. A Lessart, hombre honrado, la adhesión al monarca le servía de genio; pero como era un obstáculo para los tres partidos que deseaban la guerra, se necesitaba separar a todo trance a este ministro del lado de Luis XVI; pero él, aunque podía salvarse, retirándose o cediendo a la impaciencia de la Asamblea, no lo hizo. Conociendo la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y sabiendo que esta responsabilidad equivalía a la muerte, lo arrojó todo en beneficio de la monarquía; pero, ¡ay!, sus días estaban contados.

LIBRO XII

Muerte de Leopoldo.—Destitución del conde de Narbona.
—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—El gabinete de Luis XVI.—Se reúnen todos los partidos para derribarlo.—Brissot, el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.
—Roland, ministro del Interior.

I

Si Leopoldo, príncipe pacífico, filósofo y revolucionario, no hubiera sido emperador, habría intentado todo para evitar el choque de los dos principios; pero sólo pedía a Francia condiciones aceptables para contrarrestar el ímpetu de Prusia, de Alemania y de Rusia. El príncipe de Kaunitz, su ministro, no cesaba de escribir a Lessart en este sentido, y las comunicaciones confidenciales que recibía el rey de su embajador en Viena, el marqués de Noailles, tenían la misma tendencia a la paz. Leopoldo sólo quería que el orden restablecido en Francia, y la Constitución puesta en vigor por el poder ejecutivo, diesen garantías a las po-

tencias monárquicas; pero las últimas sesiones de la Asamblea, los armamentos del conde de Narbona, las acusaciones de Brissot, el fogoso discurso de Vergniaud y los aplausos con que fué recibido, principiaron a impacientarle, y la guerra tanto tiempo contenida estalló al fin. «¿Los franceses quieren la guerra?—dijo un día a los que le rodeaban—. Pues la tendrán, para que se convenzan de que el pacífico Leopoldo sabe combatir cuando el interés de sus pueblos lo exige.»

En Viena se multiplicaron los consejos de ministros en presencia del emperador. Rusia acababa de firmar la paz con el imperio otomano, y podía ponerse al lado de Francia; Suecia atizaba la cólera de los príncipes; Prusia cedía a los consejos de Leopoldo, e Inglaterra observaba, pero no ponía trabas a nada, porque la lucha del continente debía acrecentar su importancia. Se organizaron los ejércitos, y el 7 de febrero de 1792 firmóse en Berlín el tratado definitivo de alianza entre Austria y Prusia. «Hoy, escribió Leopoldo a Federico Guillermo, es Francia quien amenaza, quien moviliza su ejército y quien provoca; Europa debe apercibirse para la guerra.»

En Alemania triunfaban los partidarios de la guerra. «Es una suerte para vosotros, decía el marqués de Bouillé al elector de Mayenza, el que los franceses sean los agresores, pues, en caso contrario, jamás habiéramos tenido guerra.» Ya estaba ésta decidida en los consejos, y Leopoldo esperaba aún. En una nota oficial que el príncipe de Kaunitz entregó al marqués de Noailles para que se la comunicara al rey, todavía tendía una mano a la reconciliación. Lessart contestó confidencialmente a estas últimas proposiciones con un despacho que tuvo la lealtad de comunicar al comité diplomático de la Asamblea, compuesto de girondinos. En este documento el ministro atenuaba las reconvenciones dirigidas a la Asamblea por el emperador, y más parecía excusar a Francia, que justificarla. Reconocía que habían ocurrido algunos disturbios en el reino, que se habían cometido algunos excesos en los clubs y que la prensa había abusado un tanto de su libertad; pero atribuía estos

desórdenes a la efervescencia producida por las reuniones de emigrados, y a la inexperiencia del pueblo que, al ensayar su Constitución, se hería al manejarla. «La indeferencia y el desprecio, decía, son las armas con que conviene combatir esta plaga. ¿Podría Europa rebajarse hasta el punto de atribuir estos excesos a la nación francesa, porque en ella haya algunos declamadores y libelistas, y concederles el honor de responderles a cañonazos?»

En un despacho del príncipe de Kautitz, dirigido a todos los gabinetes extranjeros, leíase esta frase: «Los últimos acontecimientos nos permiten abrigar esperanzas, pues parece que la mayoría de la nación francesa, conmovida por los males que preparaba, se ha moderado y tiende a dar al trono el decoro y autoridad, que son la esencia de un gobierno monárquico.» La Asamblea, sospechosa, guardó silencio, pues la lectura de las notas y contranotas diplomáticas que se cruzaron entre los gabinetes de las Tullerías y Viena era motivo más que suficiente para justificar su actitud; así fué que, apenas Lessart bajó de la tribuna y se levantó la sesión, oyéronse murmullos de desconfianza, que no tardaron en convertirse en clamor sordo y unánime de indignación.

II

Los jacobinos prorrumpieron en amenazas contra el ministro y contra la corte, quienes, reunidos en un comité, denominado por el pueblo el *Comité austriaco*, concertaban en las sombras de las Tullerías planes contrarrevolucionarios; daban la señal, desde los pies del trono, a los enemigos de la nación; mantenían relaciones secretas con la corte de Viena, y le dictaban el lenguaje con que era necesario hablar a Francia para intimidarla. Las memorias de Hardenberg, ministro de Prusia, publicadas después, demuestran que estas acusaciones de los demagogos no eran infundadas, y que, al menos con la esperanza de no alterar la paz, se esforzaban ambas cortes por combinar su lenguaje. Se resolvió procesar a Lessart, quedando Brissot, jefe del co-

mité diplomático y partidario de la guerra, encargado de probar sus pretendidos crímenes.

El partido constitucional abandonó a Lessart sin defensa al odio de los jacobinos, quienes deseaban vengarse de él. El rey acababa de destituir súbitamente al conde de Narbona, rival de este ministro en el consejo, y aquél, viéndose amenazado, había hecho que le escribiera Lafayette una carta que pudiera ser presentada. En dicha carta publicaba este general, en nombre del ejército, que permaneciera en su puesto mientras los peligros de la patria lo hicieran necesario. Este paso, de que el conde de Narbona era cómplice, pareció al rey una opresión insolente ejercida sobre su libertad personal y sobre la Constitución. La popularidad del conde de Narbona disminuía, a medida que la de los girondinos aumentaba, y la Asamblea principiaba a cambiar sus aplausos en murmullos cuando aparecía en la tribuna, hasta el punto de obligarle a bajar vergonzosamente de ella, algunos días antes, por haber herido la susceptibilidad plebeya, haciendo un llamamiento a los *miembros más distinguidos* de la Asamblea. La aristocracia de su rango revelábase al través de su uniforme, y el pueblo quería hombres toscos como él en el consejo. Entre el rey ofendido y los girondinos desconfiados, el conde de Narbona se desprestigió, fué destituido por el rey, y se incorporó al ejército que él mismo había organizado.

Sus amigos no ocultaron su contrariedad, y madama Staël perdió su ideal y su ambición en un solo hombre; pero concibió la esperanza de reconquistarle la confianza del rey y un gran papel político. Había pretendido hacer de él un Mirabeau, y soñó hacer un Monk, y entonces ocurriósele la idea de arrancar al rey a los jacobinos y a los girondinos, de hacerlo arrebatarse por el conde de Narbona y los constitucionales para colocarlo al frente del ejército, y acabar con los partidos extremos fundando su gobierno ideal: una libertad aristocrática. Mujer de genio, tenía las preocupaciones de su nacimiento; y, plebeya de corazón, necesitaba patricios entre el trono y el pueblo. El primer golpe descar-

gado contra Lessart lo dió un hombre que frecuentaba la tertulia de madama Staël.

III

El ministro Lessart fué, además, víctima de golpe más inesperado y terrible que éste. El mismo día en que de este modo se entregaba a sus enemigos, súpose en París la inopinada muerte del emperador Leopoldo, con cuya vida se extinguieron las últimas esperanzas de paz. ¡Quién sabe qué política iba a salir de su féretro! La agitación de los ánimos aterrorizó a la opinión; y este terror se convirtió en odio contra el infortunado ministro de Luis XVI. No había sabido, decían, aprovecharse de las disposiciones pacíficas de Leopoldo, mientras éste vivió, ni prevenir los propósitos hostiles de los que le sucedían en la dirección de Alemania. Todo, hasta la fatalidad y la muerte, le acusaban.

Al morir Leopoldo, el Imperio estaba apercebido para empezar las hostilidades; de Basilea al Escalda, iban a encontrarse en línea doscientos mil hombres. El duque de Brunswick, presunto héroe de la coalición, se encontraba en Berlín dando sus últimos consejos al rey de Prusia, y recibiendo sus últimas órdenes. Bischoffwerder, general y confidente del rey de Prusia, llegaba a Viena para convenir el lugar y la hora de la ruptura de hostilidades; y, al verlo el príncipe de Kaunitz, conmovido, le comunicó la noticia de la repentina enfermedad del emperador. El 27 disfrutaba aún Leopoldo de completa salud, y daba audiencia al enviado turco; y el 28 estaba en la agonía: se le hincharon las entrañas, y vómitos convulsivos desgarraron su estómago y su pecho. Desconociendo los médicos la naturaleza de la enfermedad, ordenaron que se sangrara al paciente, lo que pareció tranquilizarle; pero enervó su energía vital, ya gastada por la lujuria. Duerme un momento, y se alejan los médicos y los ministros; pero, despertando luego con nuevas convulsiones, expira en brazos de la emperatriz que acababa de llegar, y en presencia de un ayuda de cámara llamado Brunetti.

La noticia de la muerte del emperador, tanto más siniestra, cuanto menos esperada, se divulgó inmediatamente por toda la ciudad, sorprendiendo al Imperio en una crisis. Los terrores que inspiraba el destino de Alemania uníanse a la compasión por la suerte de la emperatriz y de sus hijos: la confusión y el desaliento reinaban en el palacio; los ministros conocieron que el poder se desvanecía repentinamente en sus manos, y los cortesanos, sin esperar que enganchasen sus carruajes, corrían a pie al palacio, asombrados y doloridos. Los llantos resonaban en los vestíbulos y en las escaleras que conducían a las habitaciones de la emperatriz, cuando ésta, sin haber tenido tiempo de vestirse de luto, se presentó bañada en llanto, rodeada de sus numerosos hijos, y, presentándolos al nuevo rey de los romanos, hijo mayor de Leopoldo, se arrodilló e imploró protección para los huérfanos. Francisco I, confundiendo sus lágrimas con las de su madre y sus hermanos, uno de los cuales sólo tenía cuatro años, levantó a la emperatriz, abrazó a los niños y les prometió ser para ellos un segundo padre.

IV

Esta catástrofe parecía inexplicable a los médicos, los políticos sospechaban que había en ella un misterio, y el pueblo hablaba de venenos; pero el tiempo no ha confirmado ni desmentido estos rumores de envenenamiento. Lo más probable es que el emperador, tenazmente ávido de placeres, hiciera, por excitar su naturaleza, un uso inmoderado de drogas compuestas por él mismo, y que su inmoderada afición a las mujeres le hacían necesarias, cuando sus fuerzas físicas no respondían al insaciable ardor de su imaginación. Lagusius, su médico, que presenció la autopsia del cadáver, afirmaba que había muerto envenenado. ¿Quién le había administrado el veneno? Los jacobinos y los emigrados achacaban unos a otros este crimen: los unos lo habrían cometido para desembarazarse del jefe del Imperio, y para implantar la anarquía en la federación de Alemania, cuyo lazo era el emperador; y los otros habrían herido en Leopoldo al filósofo

que pactaba con Francia y retardaba la guerra. Se hablaba de una mujer vista por el emperador en el último baile de máscaras de la corte, la que, a favor de su disfraz, le había dado confites envenenados; pero la desconocida no se encontró. Otros acusaban a una bella florentina llamada Livia, su amante e instrumento del fanatismo de algunos clérigos. Estas versiones no son más que fábulas sugeridas por la sorpresa y por el dolor, porque los pueblos no creen que sean naturales los acontecimientos que tan inmensa influencia ejercen en sus destinos; pero son muy raros los crímenes colectivos. Las pasiones políticas desean los crímenes, pero no los cometen, porque nadie quiere aceptar la execración de un atentado, que sólo aprovecha a su partido. El crimen es personal como la ambición o como la venganza, y alrededor del emperador Leopoldo no había venganzas ni ambiciones; no había más que celos de mujeres, y hasta sus mismas relaciones eran demasiado multiplicadas y demasiado pasajeras para encender en el alma de sus amantes una de esas pasiones, que se arman del veneno y del puñal. Amaba a la vez a Livia, a quien trajo con él de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la bella italiana; a la Prokache, joven polaca; a la encantadora condesa de Walkenstein, y a otras de rango inferior. La condesa de Walkenstein era desde algún tiempo atrás su amante públicamente reconocida, a quien él acababa de regalarle un millón en obligaciones del Banco de Viena; hasta la había presentado a la emperatriz, que le perdonaba estas debilidades, con tal que no le concediera su confianza política, que hasta entonces le había reservado. La pasión del emperador Leopoldo por las mujeres era un verdadero delirio, siendo necesario remontarse a las épocas más vergonzosas del Imperio romano para encontrar en la vida de los jefes de Estado escándalos comparables a los suyos. Su gabinete era un museo obscuro, donde se encontró una colección de telas preciosas, de sortijas, de abanicos y de alhajas femeniles y hasta cien libras de polvos superfinos destinados a reparar el desorden de los atavíos de las mujeres que eran conducidas allí. Los testimo-

nios de estos desarreglos avergonzaron a la emperatriz, cuando hizo inventario de aquellos efectos, en presencia del nuevo emperador. «Hijo mío, le dijo, ahí tenéis la triste prueba de los desórdenes de vuestro padre y de mis continuas aflicciones, no recordéis más que mi perdón y sus virtudes e imitad sus grandes cualidades; pero no le imitéis en los vicios, para no avergonzar a los que escudriñen vuestra vida.»

En Leopoldo, el príncipe era superior al hombre; había ensayado el gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso país continúa aún bendiciendo su memoria; pero carecía de genio suficiente para gobernar su vasto imperio. La lucha que le proponía la Revolución francesa le obligaba a tomar la dirección de Alemania, y la tomó con debilidad, oponiendo las contemporizaciones de la diplomacia al incendio de las ideas nuevas. Fué el Fabio de los reyes, pues dar tiempo a la Revolución era lo mismo que asegurarle la victoria, cuando sólo podía ser vencida por sorpresa sofocando el primer foco. Tenía el genio de los pueblos por negociador y por cómplice, y por ejército su creciente popularidad; y sus ideas le conquistaban las simpatías de los príncipes, de los pueblos y de los gabinetes. Leopoldo hubiera querido tener un partido, pero el partido de las revoluciones es la conquista de cuanto se opone a sus principios, y los de Leopoldo podían conciliarse con los de la Revolución. Su poder, como árbitro de Alemania, no podía conciliarse con el poder conquistador de Francia, así es que su papel era doble y su situación falsa. Murió a tiempo para su gloria, paralizando a Alemania y amortiguando el ímpetu de Francia. Al desaparecer de entre ambas, dejó en pugna a los dos principios. El destino iba a cumplirse.

V

A la opinión, soliviantada ya con la muerte de Leopoldo, asestó otro golpe la noticia de la muerte trágica del rey de Suecia, que fué asesinado en la noche del 16 al 17 de marzo de 1792 en un baile de máscaras. Parecía que la muerte

perseguía, uno tras otro, a todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veían su mano en estas catástrofes, y hasta se alababan de ellas por boca de sus más desenfadados demagogos; pero proclamaban más crímenes que los que cometían realmente, pues en estos asesinatos no tenían más parte que su deseo.

Gustavo, héroe de la contrarrevolución y caballero de la aristocracia, sucumbió a los golpes de la nobleza de su reino. Dispuesto a salir para la expedición que meditaba contra Francia, reunió la Dieta para asegurar la tranquilidad del reino mientras él estaba ausente. Había reprimido a los descontentos, y, sin embargo, le anunciaban, como a César, que los *idus* de marzo serían una época crítica para él. Mil indicios revelaban el complot, y la noticia de su próximo asesinato conocíase en toda Alemania antes de que se hubiera dado el golpe. Estos rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, pues siempre dejan suelto los conspiradores algún hilo, a cuyo extremo se percibe el objeto de la conspiración, antes de que ésta estalle.

El rey de Suecia, advertido por sus numerosos amigos, que le suplicaban que tuviese cuidado, respondió, como César, que el golpe, después de recibido, era menos doloroso que el temor constante de recibirlo, y que ni siquiera podría beber un vaso de agua si daba oídos a todas aquellas advertencias. Desafiaba la muerte y se prodigaba a su pueblo.

Los conjurados hicieron muchas tentativas inútiles mientras duró la Dieta, y la casualidad salvó una vez al rey. Este, después que volvió a Stockolmo, iba frecuentemente a pasar el día solo a su palacio de Haga, que distaba de la capital una legua. Tres de los conjurados acercáronse al palacio, a las cinco de la tarde, en una sombría noche de invierno, armados de carabinas, y espionaron al rey, dispuestos a disparar sobre él, que ocupaba un aposento del piso bajo. Las luces encendidas en la biblioteca mostraban la víctima a los asesinos. Gustavo, al volver de la caza, se desnudó, tomó asiento en la biblioteca y quedóse dormido en un sillón, a pocos pasos de

los malhechores; pero, bien porque el ruido de algunas pisadas los alarmasen, o porque el contraste solemne que hacía el sueño de este príncipe confiado, con la muerte que le amenazaba conmovera sus almas, los asesinos retrocedieron esta vez también, como lo declararon en el interrogatorio a que fueron sometidos después de consumado el crimen; el rey reconoció la verdad y la precisión de las circunstancias. Ya se disponían los malhechores a renunciar a su proyecto, desanimados por aquella especie de intervención divina que parecía detener su brazo, y por estar cansados de continuar tanto tiempo bajo la amenaza de que se descubriera el complot, cuando una ocasión fatal les tentó nuevamente y con más vehemencia, decidiéndolos a asesinar al rey.

VI

Celebrábase en la Ópera un baile de máscaras, al que debía asistir el rey, y los conjurados resolvieron aprovecharse del misterio del disfraz y del desorden de la fiesta para herirle sin descubrir la mano. Poco antes del baile, mientras cenaba el rey con un corto número de favoritos, le fué entregada una carta, que él abrió, la leyó riéndose y la arrojó sobre la mesa. El autor anónimo de la epístola decía que ni era amigo de su persona ni aprobaba su política; pero que, como enemigo leal, le advertía que estaba amenazado de muerte, y le aconsejaba que no fuese al baile, o que, si iba, desconfiase de los grupos que se formarían en torno suyo, porque éstos debían ser el preludio y la señal del golpe que le asestarían los conjurados. Para convencer al rey de la exactitud de la advertencia que se le hacía, el anónimo comunicante recordaba, con las minuciosas circunstancias, el traje, el gesto y la actitud que tenía cuando durmió en la habitación de Haga, la noche en que estuvo a punto de ser asesinado. Tales pruebas debían alarmar e intimidar al rey; pero su alma intrépida le hizo despreciar la advertencia y hasta la muerte.

El rey asistió aquella noche al baile de máscaras que se celebró en la Ópera.

VII

Apenas entró en la sala rodeólo, como se le había anunciado, un grupo de máscaras que lo separaron, como por un movimiento maquinal, de la multitud de oficiales que le acompañaban, y en el mismo momento una mano invisible le disparó un pistoletazo por detrás cargado a metralla: le entró en el lado izquierdo encima de la cadera, cayendo Gustavo en brazos del conde Armsfeld, su favorito. El ruido del disparo, el humo de la pólvora, los gritos de ¡fuego! que resonaron por todas partes, la confusión que siguió a la caída del rey y la actividad, real o fingida, de las personas que se apresuraban a levantarlo, favorecieron la dispersión de los asesinos: el arma homicida había caído al suelo. Ni un solo momento perdió su presencia de ánimo Gustavo, quien mandó que se cerrasen las puertas de la sala y se hiciese quitar la careta a todo el mundo. Transportado por los guardias a su habitación, contigua a la Ópera, sufrió allí la primera cura de los médicos; admitió a su presencia a algunos de los ministros extranjeros, y les habló tranquilamente, sin que el dolor le sugiriera deseos de venganza contra nadie. Generoso hasta en la muerte, preguntó con inquietud si había sido detenido el asesino, y, al contestársele negativamente, exclamó: «¡Ah! Dios quiera que pueda escaparse.»

Mientras hacíase al rey la primera cura, y se le trasladaba a su palacio, los guardias apostados a las puertas del salón del baile hacían quitar las caretas a los concurrentes, a quienes interrogaban, tomaban sus nombres y les registraban; no se encontró nada que infundiera sospechas. Cuatro de los principales conjurados, miembros de la primera nobleza de Stockolmo, habían logrado evadirse de la sala en los primeros momentos de confusión antes de que se hubiera pensado en cerrar las puertas. De los nueve confidentes o cómplices del crimen, ya habían salido ocho, sin despertar ninguna sospecha, y sólo quedaba uno en la sala, afectando una lentitud y una calma que garantían su inocencia.

Fué el último que salió; levantó su

careta ante el oficial de policía, y le dijo mirándole tranquilamente: *Supongo que no sospecharéis de mí. ¡Era el asesino!*

Se le dejó pasar; el crimen no había dejado otros indicios que el crimen mismo, y una pistola y un cuchillo afilado como un puñal, encontrados debajo de las caretas y de las flores en el suelo de la sala de la Ópera; pero el arma reveló la mano que había hecho el disparo. Un armero de Stockolmo reconoció la pistola, y declaró haberla vendido poco tiempo antes a un noble sueco, antiguo oficial de guardias llamado Ankastroem, a quien se encontró en su casa y quien, sin pensar en disculparse ni en huir, reconoció el arma y el crimen. Una sentencia injusta, declaró, con cuyo motivo, sin embargo, el rey le había hecho gracia de la vida; el estar cansado de una existencia, cuyo fin quería ilustrar y utilizar en beneficio de su patria, y la esperanza, si lograba su propósito, de obtener una recompensa nacional digna del atentado, le habían sugerido la idea del regicidio. Ambicionando para él solo la gloria o el oprobio, negó el complot y la existencia de cómplices: el fanático disfrazaba al conjurado.

El peso de la verdad y de los remordimientos le hicieron pocos días después abandonar este papel, y descubrió el complot, nombró los culpables, y confesó el precio de su crimen. Consistía éste en una suma de dinero que había sido pesada moneda por moneda contra la sangre de Gustavo. Este plan, concebido hacía ya seis meses, lo había hecho fracasar en tres ocasiones la casualidad o el destino: en la Dieta de Jessen, en Stockolmo y en Haga. Después de muerto el rey, todos sus favoritos, todos sus instrumentos de gobierno, debían ser inmolados a la venganza del Senado y a la restauración de la aristocracia, y sus cabezas, colocadas en las puntas de las picas, debían ser paseadas por las calles de la capital a imitación de los suplicios impuestos por el populacho de París a sus víctimas. El duque de Sudermania, hermano del rey, debía ser sacrificado, y el joven rey entregado a los conjurados, les serviría de instrumento pasivo para restablecer la antigua Constitución, y para legitimar su crimen. Los principales

cómplices eran miembros de las primeras familias de Suecia, a quienes la vergüenza de haber perdido su influencia envileció su ambición hasta el crimen: eran el conde de Ribbing, el conde de Horn, el barón de Erensward y el coronel Lilienhorn. Este, comandante de los guardias, a quien había sacado de la miseria y de la obscuridad el favor del rey, elevándolo al primer grado del ejército y a las intimidades de palacio, confesó su ingratitude y su crimen cometido, según declaró, por la ambición de mandar, durante el tumulto, a los guardias nacionales de Stockolmo. El papel de Lafayette en París habíale parecido el ideal del ciudadano y del soldado, y no había podido ceder al brillo de esta perspectiva. Comprometido a medias en el complot, trató de impedirlo al mismo tiempo que lo meditaba, siendo él quien escribió al rey la carta anónima en que se le denunciaba el frustrado atentado de Haga, y el de que se le pensaba hacer víctima en el baile de máscaras de la Ópera, así es que con una mano impulsaba al asesino, y con la otra retenía la víctima, como si hubiera pretendido excusar los remordimientos que esperaba sentir después de consumado el crimen.

El día del regicidio estuvo en las habitaciones del rey, le vió leer la carta, y lo acompañó al baile. Enigma del crimen, asesino misericordioso, tenía dividida su alma entre la sed y el horror de la sangre de su protector.

VIII

Gustavo murió lentamente, viendo la muerte acercarse o alejarse alternativamente con la misma indiferencia o con la misma resignación; recibió a su corte y habló con sus amigos, y se reconcilió hasta con los adversarios de su gobierno, que no ocultaban su oposición, llevando su resentimiento hasta el asesinato. «Me consuela, dijo el conde de Brahé, uno de sus más grandes señores y jefe de los descontentos, que la muerte me haga encontrar nuevamente en vos a un antiguo amigo.»

Veló hasta el fin sobre su reino; nombró al duque de Sudermania regente;

instituyó un consejo de regencia; nombró a su amigo Armsfeld gobernador militar de Stockolmo, rodeó a su sucesor, que contaba entonces trece años de edad, de todos los prestigios que podían afirmar su minoría, preparó el paso de un reinado a otro, y arregló su muerte de modo que fuera un acontecimiento para él solo. «Mi hijo, escribía algunas horas antes de expirar, no será mayor hasta los diez y ocho años; pero espero que será rey a los diez y seis.» De este modo presagiaba a su sucesor la precocidad del valor y del genio, que a él le habían hecho reinar y gobernar prematuramente. Al confesarse, dijo a su gran limosnero: «No creo llevar grandes méritos a la presencia de Dios; pero sí la satisfacción de no haber hecho voluntariamente daño a nadie.» Pidiendo después un momento de reposo para tratar de recobrar nuevas fuerzas para abrazar por última vez a su familia, se despidió sonriéndose de su amigo Bergenstiern, y se durmió para no volver a despertarse.

El príncipe real, proclamado rey, subió el mismo día al trono, y el pueblo, a quien Gustavo había emancipado del yugo del Senado, juró espontáneamente defender las instituciones. Había el rey empleado tan provechosamente los días que Dios le había concedido entre el asesinato y la muerte, que nada de él pereció más que él mismo, pudiendo decirse que su sombra gobernaba aún a los suecos.

Gustavo no tuvo de grande más que el alma, y de bello más que los ojos. Había sido pequeño de estatura, y ancho de pecho; tenía las caderas mal unidas, la frente modelada de un modo raro, la nariz larga, la boca ancha, y, sin embargo, la gracia y la vivacidad de su rostro disimulaba todas estas imperfecciones físicas y hacían de él uno de los hombres más seductores del reino; la inteligencia, la bondad y el valor que brillaban en sus ojos, se reflejaban también en sus facciones. Se conocía el hombre, se admiraba al rey, y se adivinaba al héroe; en su genio, como en todos los de los verdaderos hombres grandes, había corazón. Instruido, literato, elocuente, aplicaba todas estas disposiciones al imperio; aquellos a quienes había venci-

do por el valor, se veían conquistados por su generosidad y seducidos por su elocuencia. Sus defectos eran el fausto y la voluptuosidad, realizando la gloria de los placeres y de los amores que se censuraban y que se perdonan a los héroes; tenía los vicios de Alejandro, de César y de Enrique IV. La venganza de un infame amor tomó alguna parte en la conjuración que le dió la muerte; sólo le faltó la fortuna para asemejarse a estos grandes hombres.

Casi niño, habíase libertado de la tutela de la aristocracia, y, emancipando de ella al trono, había emancipado al pueblo. Al frente de un ejército reclutado sin dinero, y que él disciplinó con entusiasmo, conquistó la Finlandia y marchó de victoria en victoria hacia San Petersburgo. Detenido en medio de su triunfo por una insurrección de oficiales y encerrado en su tienda por sus guardias, escapóse huyendo, y corrió al socorro de otra parte del reino que había sido invadida por los daneses. Vencedor aún de estos enemigos encarnizados de Suecia, la gratitud de la nación le había devuelto el ejército arrepentido, de quien se vengó conduciéndole a la gloria.

Después de haber vencido a los enemigos de fuera y pacificado el reino, su único anhelo era vengar las ofensas inferidas a Luis XVI, y arrancar de las manos de sus perseguidores a una reina, a quien adoraba desde lejos. Hasta este sueño era propio de un héroe; pero tuvo una falta: su genio fué más vasto que su imperio, y el heroísmo desproporcionado a los medios asemeja el grande hombre al aventurero y convierte los grandes designios en quimeras. Sin embargo, la historia no juzga como la fortuna, porque el corazón más que el éxito es quien hace los héroes, y el carácter caballeresco y aventurero de Gustavo no vale lo que la grandeza del alma que se inquieta y agita en la pequeñez del destino. La muerte de este rey arrancó un grito de júbilo a los jacobinos, que edificaron a Ankaström; pero la explosión de su alegría, al conocer la muerte de Gustavo, descubrió la poca sinceridad del desprecio que, según ellos, les inspiraba aquel enemigo de la Revolución.

IX

Removidos estos dos obstáculos, sólo contenía ya a Francia y a Europa el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nación, la ambición de los girondinos, y el resentimiento de los constitucionales heridos en la persona del conde de Narbona, aunaron sus esfuerzos para derribar este gabinete. Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Pethión, sus amigos en la Asamblea, la tertulia de la señora Roland, y sus agentes en los jacobinos fluctuaban entre dos ambiciones igualmente abiertas a su genio: derribar el poder o apoderarse de él. Brissot les aconsejó esto último, pues más versado en política que los jóvenes oradores de la Gironda, no comprendía la Revolución sin gobierno. Según él, la anarquía era tan perniciosa a la libertad como a la monarquía, pues cuanto mayores son los acontecimientos, más necesario es dirigirlos. Colocado sin armas en la primera fila de la Asamblea y de la opinión, era preciso apoderarse del poder, puesto que se le presentaba ocasión para ello, y, cuando estuviera en sus manos, lo utilizaría para hacer una monarquía o una república, de conformidad con los deseos del pueblo. Dispuestos a realizar cuanto les condujese al poder, aquellos agradaban a los recién llegados al campo de la política, quienes, seducidos por la facilidad de su fortuna, la acogían sonrientes. Los que ascienden al poder precipitadamente, se desalientan con facilidad.

Sin embargo, revelóse una profunda política en este consejo secreto de los girondinos, por la elección de las personas, a quienes propusieron como ministros al rey. Brissot mostró la paciencia de su consumada ambición, inspirando su prudencia a Vergniaud, a Pethión, a Guadet, a Gensonné y a todos los prohombres de su partido, con quienes se mantuvo cerca del poder, pero fuera del proyectado ministerio. Deseando pulsar la opinión por medio de personajes secundarios, a quienes se pudiera negar y sacrificar en caso de necesidad, quedóse él a la expectativa con las primeras figuras de la Gironda, ya para apoyar, ya

para derribar a aquel débil ministerio de transición, si la nación reclamaba medidas más decisivas. De este modo Brissot y los suyos estaban dispuestos a todo, siendo dueños sin ser responsables. Tal táctica revelaba como discípulos de Maquiavelo a estos hombres de Estado que, absteniéndose de formar parte del primer gabinete, conservaban en la Asamblea y en los jacobinos los votos poderosos que hubieran sido ahogados en el ministerio, cuando necesitaban la popularidad para luchar contra Robespierre, que marchaba pisándoles los talones y que se hubiera colocado a la cabeza de la opinión si ellos la hubiesen abandonado. Las vociferaciones de Villaud-Varennes, de Dantón y de Collot-d'Herbois no los alarmaban y el silencio de Robespierre los llenaba de inquietud. Lo habían vencido en la cuestión de la guerra; pero la oposición estoica de éste y el entusiasmo marcial del pueblo no le habían desacreditado: aquel hombre templaba nuevamente su fuerza en el aislamiento. La inspiración de su conciencia solitaria e incorruptible era más fuerte que el arrebató de todo un partido, y los que no le aprobaban le admiraban aún. Echábase a un lado para dejar pasar la guerra; pero la opinión tenía siempre los ojos fijos en él, y podría decirse que el pueblo adivinaba instintivamente que este hombre constituía por sí solo un porvenir. Cuando caminaba, se le seguía, y, cuando estaba quieto, se le esperaba; por consiguiente, la prudencia condenaba a los girondinos a desconfiar de él y a permanecer en la Asamblea. Adoptadas estas precauciones, buscaron las personas más nulas, pero muy adictas a su partido y con ellas formaron el ministerio, porque necesitaban instrumentos y no jefes, monigotes unidos a su fortuna a quienes pudiesen manejar a su capricho contra el rey o contra los jacobinos, para engrandecer sin temor o precipitar sin remordimiento. Los buscaron entre los desconocidos y creyeron encontrarlos en Claviere, en Roland, en Dumouriez, en Lacoste, en Duranthon, pero se equivocaron con este último, porque Dumouriez era el genio de una circunstancia oculto bajo la capa de un aventurero.

X

Repartidos así los papeles y advertida la señora Roland de la próxima elevación de su marido al poder, atacaron los girondinos al ministerio en la persona de Lessart en la sesión de 10 de marzo; Brissot leyó un auto de acusación hábil y pérfidamente redactado en que las apariencias presentadas como hechos y las conjeturas dadas como pruebas, hacían caer sobre las negociaciones de este ministro todo lo odioso y criminal de una traición. Propuso el decreto de acusación contra el ministro de Negocios Extranjeros, y la Asamblea calló, pero fué aplaudido. Algunos miembros, sin defender al ministro, pidieron que la Asamblea se tomara algún tiempo para reflexionar, para que, aunque no lo fuese, pareciese imparcial. «Apresuraos, gritó Isnard, pues, mientras vosotros deliberáis, el traidor puede huir.» «He sido mucho tiempo juez, respondió Boulanger, y nunca decreté tan ligeramente la pena capital.» Vergniaud, que ve la indecisión de la Asamblea, sube dos veces a la tribuna para combatir las excusas y las contempORIZACIONES del partido de la derecha; Becquet, cuya sangre fría igualaba a su valor, quiere desviar el peligro y pide que el asunto pase al comité diplomático, y Vergniaud, temiendo que su partido pierda la ocasión de subir al poder, grita: «No, no; no son necesarias pruebas para acordar un decreto de acusación; las presunciones bastan. No hay ninguno de nosotros en cuyo ánimo la cobardía y la perfidia que caracterizan los actos del ministro, no hayan producido la más viva indignación: ¿no es él quien guardó durante dos meses en su cartera el decreto de la agregación de Aviñón a Francia? Y la sangre vertida en esta ciudad, los cadáveres mutilados de tantas víctimas, ¿no nos piden venganza en contra suya? Desde esta tribuna veo el palacio donde los perversos consejeros engañan al rey que la Constitución nos da, forjando los hierros con que pretenden encadenarnos, y urdiendo las tramas que deben entregarnos a la casa de

Austria. (El salón está imponente con los aplausos furiosos en todas partes.) Ha llegado el día de poner término a tanta audacia, a tanta insolencia y de anondar, en fin, a los conspiradores. El espanto y el terror han salido con frecuencia antiguamente de este palacio famoso, en tiempo del despotismo; que entren hoy en él, en nombre de la ley (los aplausos aumentan y se prolongan); que penetren allí en todos los corazones, y que todos los que lo habitan sepan que la Constitución no concede inviolabilidad más que al rey; que sepan que la ley alcanzará a todos los culpables, y que no quedará un solo criminal, cuya cabeza pueda escaparse del cadalso.»

Estas alusiones a la reina, a quien se acusaba de dirigir el comité austriaco, estas amenazadoras palabras dirigidas al rey, resonaron hasta en la cámara real, obligando al monarca a firmar el nombramiento del ministerio girondino. Esta era una maniobra de partido, ejecutada bajo las apariencias de la indignación y de la improvisación de un orador tribunicio; era más aún, era la primera señal dada por los girondinos a los hombres del 20 de junio y 10 de agosto. Obtúvose el auto de acusación, y Lessart fué enviado al tribunal de Orleáns, que lo entregó a los degolladores de Versailles. Pudo haber huído; pero su fuga hubiera sido interpretada contra el rey, y se colocó generosamente entre la muerte y su señor, inocente de todo crimen menos de su adhesión al trono.

El rey conoció que entre la abdicación y su persona no mediaba más que un paso, que era el de formar un ministerio de enemigos y confiarles el poder. Obligado por la fuerza de las circunstancias, abrazó a su ministerio, y pidió a los girondinos que le impusieran otro. Estos ya se habían ocupado en este proyecto y, en nombre del partido, se habían hecho proposiciones a Roland desde fines de febrero. «La corte, le decían, no está muy distante de tomar ministros jacobinos, no por inclinación sino por perfidia, y la confianza que finja depositar en ellos será un lazo, pues querría hombres violentos para imputarles los excesos del pueblo y el desorden del reino. Es necesario, pues, defraudar sus pérfidas espe-

ranzas y darle patriotas convencidos y prudentes, a cuyo efecto se ha pensado en vos.»

XI

Roland, que era ambicioso, sonrió ante la esperanza de obtener aquel poder que venía a vengar su vejez; el mismo Brissot había ido a casa de la señora Roland el 21 del mismo mes, y, repitiendo las mismas palabras, le pidió el consentimiento formal de su marido. La señora Roland también era ambiciosa, no de poder, sino de gloria, y, como ésta no ilumina más que las alturas, deseaba ardentemente ver subir a ellas a su esposo. Respondió a Brissot como mujer que había predicho el acontecimiento y a quien la fortuna no sorprende. «La carga es pesada, dijo, pero Roland tiene el sentimiento de sus fuerzas y las aumentará con el deseo de ser útil a la libertad y a la nación.»

Hecha esta elección, los girondinos fijáronse en Lacoste, comisario ordenador de la marina, abogado de inteligencia limitada, pero de corazón honrado y recto, y que hasta entonces había escapado a las facciones por el candor de su alma. Colocado en el consejo para ser el vigilante de su señor, convirtióse en su amigo. Duranthon, abogado de Burdeos, fué llamado al ministerio de Justicia; los girondinos, que lo conocían, confiaron en su honradez, y contaron con su condescendencia y su debilidad. Al ministerio de Hacienda llevó Brissot a su amigo y pariente Claviere, economista ginebrino expulsado de su país, ducho en la intriga y rival de Necker, que se adiestró en el gabinete de Mirabeau. Claviere, sin preocupaciones republicanas ni principios monárquicos, sólo buscaba en la Revolución representar un papel. Su alma, exenta de toda clase de escrúpulos, estaba al nivel de todas las situaciones y a la altura de todos los partidos. Los girondinos, novicios en los negocios, necesitaban hombres especiales para los ministerios de la Guerra y de Hacienda, que pudieran manejar como instrumentos de gobierno, y Claviere era uno de ellos; en Guerra tenían a de Grave, por quien el rey había reemplazado al conde

de Narbona. De Grave, que de las clases subalternas del ejército acababa de ser elevado al ministerio de la Guerra, tenía relaciones íntimas y afecto a los girondinos. Amigo de Gensonné, de Vergniaud, de Guadet, de Brissot y del mismo Dantón, confiaba en ellos para salvar la Constitución y al rey juntamente, pues, adicto a unos y al otro era el nudo que unía los girondinos a la majestad. Como joven, tenía ilusiones, y, como constitucional, tenía la necesidad de su convicción; pero débil, enfermizo, más dispuesto a emprender, que decidido a ejecutar, era uno de esos hombres provisionales que contribuyen a la realización de los sucesos y que no les ponen trabas cuando están realizados.

Pero el principal ministro, aquel en cuyas manos iba a estar la suerte de la patria y a reasumirse la política de los girondinos, era el de Negocios Extranjeros, destinado a reemplazar al infortunado Lessart. El rompimiento con Europa era el asunto más urgente de este partido, para lo cual necesitaba un hombre que dominase al rey, que desbaratase las intrigas secretas de la corte, que conociera el misterio de los gabinetes europeos, y que por su habilidad y resolución supiera obligar a los enemigos de Francia a ir a la guerra, a los enemigos dudosos a permanecer neutrales y a los partidarios secretos a concertar una alianza. Este hombre lo tenían en sus manos.

LIBRO XIII

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situación de Roland.—Dumouriez es el mediador entre el rey y la nación.—Consejos que da a la reina.—Su presencia en el club de los Jacobinos.—Viste el gorro encarnado y abraza a Robespierre.—Carta del rey a la Asamblea.—El rey acepta la elección de los nuevos ministros.—En el consejo parece reinar la armonía.—Reunión de los girondinos en casa de la señora Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre Vergniaud, Guadet, Gensonné y el palacio.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez se relaciona con Dantón.—Antagonismo de Brissot y Robespierre.—Discurso de Brissot.—Discurso de Robespierre.

I

Dumouriez tenía audacia y adhesión a la causa de los girondinos y la habilidad que deseaban; pero era un político de

segunda fila y casi desconocido hasta entonces, que no podía esperar nada sino de sí mismo, y, si se rebelaba contra sus proyectos, lo desgarrarían sin temor y lo anonadarían sin piedad. Brissot, el oráculo diplomático de la Gironda, era evidentemente el ministro definitivo que debía dirigir a su tiempo las relaciones extranjeras, y en cuyo nombre había de gobernar, mientras tanto, Dumouriez.

Los girondinos habían descubierto a Dumouriez, en la obscuridad de una existencia mediocre, por mediación de Gensonné, quien lo había tenido por colega en la misión que la Asamblea constituyente le había confiado para ir a examinar la situación de los departamentos del Oeste, agitados por el presentimiento sordo de la guerra civil y por las primeras conmociones religiosas. En esta misión, que había durado muchos meses, ambos comisarios se habían comunicado mutua y frecuentemente sus más íntimos pensamientos respecto a las cuestiones que a la sazón soliviantaban los ánimos, y sus corazones habíanse compenetrado recíprocamente. Gensonné reconoció en su colega a uno de estos genios retardados por las circunstancias y envueltos aún en la sombra, a los que basta exponer a la claridad de la acción pública para que brillen con todo su esplendor, advirtiendo también que estaba dotado de un carácter bastante fuerte para soportar el vigoroso impulso de una revolución y bastante elástico para plegarse a todas las dificultades de los negocios. En una palabra, Dumouriez había ejercido desde luego en Gensonné aquella seducción, aquel ascendiente y aquel imperio que la superioridad que se descubre y que se abate no deja nunca de ejercer en los ánimos a quienes se digna revelarse.

Esta seducción, especie de confianza del genio, era uno de los caracteres distintivos de Dumouriez, quien con ella conquistó después a los girondinos, al rey, a la reina, al ejército, a los jacobinos, a Dantón y al mismo Robespierre. Esto es lo que los grandes hombres llaman su estrella, estrella que camina delante de ellos para separar los abrojos de la senda por donde marchan. La estrella de Dumouriez era la seducción; pero es-

ta no era más que el atractivo de sus ideas exactas, unidas y rápidas, en cuya órbita la increíble actividad de su espíritu arrastraba al espíritu de los que le escuchaban o le veían obrar. Gensonné, al regreso de su misión, quiso enriquecer su partido con este hombre desconocido, cuyo encumbramiento presentía, y lo presentó a sus amigos de la Asamblea, a Guadet, a Vergniaud, a Roland, a Brissot y a de Grave, comunicándoles la admiración y la confianza que como diplomático y como militar, le había inspirado a él mismo. Díjoles que era el campeón oculto a quien el destino de Francia había confiado la salvación de la libertad, y les conjuró a que se unieran a él, que los engrandecería, engrandeciéndolo ellos.

Apenas vieron a Dumouriez, convencieron los girondinos de la exactitud de los informes de Gensonné acerca de aquel hombre cuyo espíritu era eléctrico y hería antes de que se tuviera tiempo de discutirle; le presentaron a de Grave, y éste al rey, quien le nombró ministro interino de Negocios Extranjeros, mientras Lessart, que había sido conducido ante el alto tribunal, demostraba su inocencia a los jueces y volvía a encargarse del citado ministerio. Dumouriez rehusó el cargo de ministro interino, que lo eclipsaba y debilitaba ante todos los partidos, haciéndolo sospechoso a todos, y entonces el rey le confirió el cargo efectivo.

II

La historia debe detenerse un momento ante este hombre que, sin tomar el nombre de dictador, ejerció, durante dos años, en Francia, la más incontestable de las dictaduras: la dictadura del genio. Hay algunos hombres a quienes basta nombrar para describirlos; pero Dumouriez no pertenecía a este número, sino al de aquellos que tienen en el pasado el secreto de su porvenir, cuya existencia está, como la de Mirabeau, repartida en dos épocas, que han echado raíces en dos suelos, y a quienes no se conoce sino detallándolos.

Dumouriez, hijo de un comisario de guerra, nació en Cambrai en 1739, y,

aunque su familia habitaba en el norte de Francia, su sangre era meridional. Originario de Aix, en Provenza, reflejábanse en su fisonomía, en el calor y en la sensibilidad de su naturaleza el cielo que había fecundado el genio de Mirabeau. Su padre, militar y literato, habíale educado a la vez para las letras y para las armas, y uno de sus tíos, empleado en el ministerio de Negocios Extranjeros, le acostumbró desde muy joven a la diplomacia. Animo poderoso y dócil al mismo tiempo, se prestaba a todo igualmente, y, siendo tan a propósito para la acción como para el pensamiento, pasaba de una a otra con complacencia según las fases de su destino. Su espíritu tenía la flexibilidad del genio griego de los tiempos móviles de la democracia de Atenas. Los estudios serios le inclinaron a la historia, poema de los hombres de acción, y Plutarco lo alimentaba con su varonil substancia. Se modelaba en las figuras antiguas dibujadas al natural por el citado historiador, el ideal de su misma vida; pero todos los papeles de los grandes hombres le cuadraban del mismo modo. Los tomaba alternativamente y los rechazaba en sus sueños, pues su carácter tan bien se acomodaba a Aristipo, como a Temístocles, y a Scipión como a Coriolano. Asociaba a sus estudios los ejercicios de la vida militar, acostumbrándose a las fatigas corporales al mismo tiempo que a las lucubraciones del pensamiento y manejando la espada con la misma destreza que domaba un caballo. Demóstenes consiguió con paciencia dejar de ser tartamudo, y Dumouriez, a pesar de tener un temperamento débil y enfermizo en su infancia, educó su cuerpo para las fatigas de la guerra. La ambiciosa actividad de su alma tenía necesidad de prepararse el instrumento.

III

Rebelde a la voluntad de su padre, que deseaba emplearlo en las oficinas de la guerra, obtuvo una subtenencia de caballería y fué ayudante de campo del mariscal de Armentieres, en la campaña de Hannóver, en cuya retirada cogió una bandera de manos de un fugitivo, reunió doscientos caballos en torno suyo, salvó

una batería de cinco piezas, y cubrió el paso del ejército. Habiéndose quedado casi solo en la retaguardia, parapetóse tras el cadáver de su caballo, e hirió a tres húsares enemigos. Acribillado de balas y sablazos, con el muslo debajo del caballo, cortados dos dedos de la mano derecha, desgarrada la frente, y abrasados sus ojos a consecuencia de un disparo de arma de fuego, continuó luchando y no se rindió prisionero sino al barón de Béker, que lo salvó y lo hizo llevar al campo de los ingleses.

Su juventud y su robustez lo curaron al cabo de dos meses. Acostumbrado a las victorias por el ejemplo de las derrotas y de la impericia de los generales, reunióse al mariscal de Soubise y al mariscal de Broglie, y presenció los desastres que los franceses debieron a su envidiosa rivalidad.

Firmada la paz, fué a incorporarse a su regimiento que estaba de guarnición en Saint-Lo; pero, al pasar por Pont-Audemer, se detuvo en casa de una hermana de su padre, donde le retuvo el amor apasionado que le inspiró una de sus primas. Este amor de que participaba la joven y favorecía su tía, fué combatido por el padre, y la prima, desesperada, se refugió en un convento. Dumouriez se alejó, jurando sacarla de allí; pero la desesperación apoderóse de él en el camino, compró opio en Dieppe, se encerró en su aposento, escribió una carta despidiéndose de su amada y se envenenó. La naturaleza de Dumouriez era más fuerte que el veneno que había ingerido, y se salvó, y, arrepentido, echóse a los pies de su padre y se reconcilió con él.

A los veinticuatro años de edad, después de siete campañas, sólo había sacado de la guerra veintidós heridas, una condecoración, el grado de capitán, una pensión de 700 libras, algunas deudas contraídas en el servicio y un amor sin esperanza. Aguijoneada su ambición por el amor, buscó en la política la fortuna que la guerra le había rehusado hasta entonces.

Había a la sazón en París uno de estos hombres enigmáticos que son al mismo tiempo intrigantes y estadistas, subalternos anónimos que representan pape-

les secretos, pero importantes en los negocios. Hombres de policía, tanto como de política, a quienes los gobiernos emplean y, despreciándolos, les pagan los servicios que prestan no con destinos, sino con dinero. Jornaleros de la política, se les da un salario, se los lanza, se les compromete y se les niega, y algunas veces hasta se les prende. Ellos lo sufren todo, incluso la prisión y el deshonor, con tal que se les pague, pues, en vez de hombres, son cosas que se venden y cuyo precio está en relación con el talento que poseen o la utilidad que prestan. Tales fueron Linguet, Brissot, Mirabeau en su juventud, y, entonces, Favier.

Este Favier, empleado alternativamente por el duque de Choiseul y por Argensón en redactar memorias diplomáticas, conocía perfectamente a Europa. Era espía de todos los gabinetes, conocía todas sus segundas intenciones, adivinaba sus intrigas y las frustraba con otras, cuyo secreto no conocía siempre el ministro de Negocios Extranjeros que lo empleaba. A Luis XV, rey de pensamientos pequeños y de cortos medios, no le importaba que Favier conociera las tramas que él urdía contra sus ministros, y hasta lo hacía intermediario de la correspondencia política que sostenía con el duque de Broglie, sin conocimiento y contra los proyectos de su gabinete. Esta confianza, más sospechada que conocida por los ministros, su talento de escritor distinguido, sus vastos conocimientos en derecho público, en historia y en diplomacia, daban a Favier gran crédito en la administración y extraordinaria influencia en los negocios, siendo en cierto modo el ministro de las altas intrigas de su tiempo.

IV

Al advertir Dumouriez que yendo por el camino recto no llegaría jamás a la fortuna, resolvió seguir el oblicuo, y al efecto se unió a Favier, cuyo trato le hizo aventurero, temerario y hábil para la política y para la intriga. Favier le inició en los secretos de las cortes, e indujo a Luis XV y al duque de Choiseul a que empleasen los talentos de Dumou-

riéz en la diplomacia y en la guerra a la vez.

Era el momento en que el gran patriota corso Paoli esforzábese por arrancar a su país a la tiranía de la república de Génova, y asegurarle la independencia cuyo patrocinio ofrecía alternativamente a Inglaterra y a Francia. Dumouriez, al llegar a Génova, trató de burlarse de la república, de Inglaterra y de Paoli, al mismo tiempo, alióse con aventureros corsos, conspiró contra Paoli, e hizo un desembarco en la isla, que él indujo a la independencia, logrando su objeto a medias. Se embarcó en un falucho para traer al duque de Choiseul noticias acerca de la nueva situación de Córcega, e implorar el socorro de Francia; pero, detenido por una tempestad, permaneció muchas semanas en las costas de Africa y llegó demasiado tarde a Marsella, pues el tratado de Francia con Génova estaba ya firmado. Pasó a París y se hospedó en casa de su amigo Favier.

Este le notificó que se le había confiado la redacción de una memoria para demostrar al rey y a los ministros la necesidad de sostener la república de Génova contra los independientes corsos; que esta memoria se la había pedido en secreto el embajador de Génova por medio de una camarista de la duquesa de Grammont, hermana favorita del duque de Choiseul, interesada, lo mismo que los hermanos de la Dubarry, en las provisiones del ejército; y que le habían ofrecido quinientos luises por esta memoria y por la sangre de los corsos, de cuya intriga y beneficios ofreció a Dumouriez una participación. Este finge aceptar, corre a casa del duque de Choiseul, le revela el complot, y su denuncia es bien acogida. Creyendo haber convencido al ministro, se prepara a marchar de nuevo para llevar a los corsos los subsidios y las armas esperadas, y al día siguiente encuentra cambiado al ministro, quien lo expulsa de su presencia con palabras ofensivas. Dumouriez pasa entonces secretamente a España, socorrido por Favier, que se contentaba con haberle burlado, y que tenía piedad de su candor. Asistido por el duque de Choiseul, conspira con el ministro español y el emba-

jador de Francia, para la conquista de Portugal, cuya topografía y medios de defensa se encarga de estudiar militarmente. El marqués de Pombal, primer ministro de Portugal, sospecha de Dumouriez, y le obliga a salir de Lisboa; el joven diplomático vuelve a Madrid, y se entera de que su prima, catequizada por los curas, lo abandona para pronunciar sus votos. Entonces entabla relaciones amorosas con una joven francesa, hija de un arquitecto establecido en Madrid, y, entregado a las delicias de su amor correspondido, permanece inactivo durante algunos años, hasta que recibe una orden del duque de Choiseul llamándolo a París. El vacila en obedecer, pero su amada le decide sacrificándose ella, que parecía tener el presentimiento de su gloria; llega a París, y es nombrado aposentador general del ejército francés en Córcega, donde, como en todas partes, logra distinguirse. A la cabeza de un destacamento de voluntarios toma el castillo de Corte, último asilo y permanencia personal de Paoli, y se apodera de la biblioteca de este infortunado patriota. La elección de estos libros y las notas que en ellos había puesto Paoli, revelaban uno de los caracteres que buscan su semejanza en las grandes figuras de la antigüedad. Dumouriez era digno de este despojo, que apreciaba más que el oro. El gran Federico llamaba a Paoli el primer capitán de Europa; y Voltaire, el vencedor y el legislador de su patria, a quien los franceses se avergonzaban de vencer y la fortuna de abandonar. Si no emancipó a su país, mereció inmortalizar su lucha. Ciudadano demasiado grande para un pueblo tan pequeño, no dejó una gloria proporcionada a su patria, sino proporcionada a sus virtudes. Córcega permaneció en el rango de las provincias conquistadas; pero Paoli colocóse al nivel de los grandes hombres.

V

Dumouriez, de regreso en París, pasó un año en esta ciudad frecuentando la sociedad de los literatos y de las mujeres a la moda, que daban a las reuniones de aquel tiempo el carácter y el tono de una orgía decente. Amante de una anti-

gua compañera de la Dubarry, conocía a esta cortesana advenediza, a quien el libertinaje había elevado hasta el trono; pero, adicto al duque de Choiseul, enemigo de aquella querida del rey, y conservando aquel suplemento a la virtud, que entre los franceses se llama honor, no prostituyó su uniforme en la corte, y se avergonzó de ver al viejo monarca, en las revistas de Fontainebleau, caminar a pie y con la cabeza descubierta, delante del ejército, al lado de la carroza en que la Dubarry ostentaba su belleza y su imperio. A la favorita le disgustó la indiferencia del joven oficial, cuyo desprecio adivinó, y Dumouriez fué enviado a Polonia con el mismo título que había sido enviado a Portugal. Esta misión diplomática y militar al mismo tiempo, era un secreto pensamiento del rey, aconsejado por su confidente el conde de Broglie, y por Favier, inspirador del conde.

Era cuando Polonia, amenazada y medio ocupada por los rusos, corroída por Prusia, y abandonada por Austria, ensayaba algunos movimientos incoherentes para reunir sus esparcidos pedazos y disputar por su nacionalidad a sus opresores: último suspiro de la libertad que exhalaba el cadáver del pueblo. El rey, que temía tropezar con la emperatriz de Rusia, Catalina, dar pretextos de hostilidad a Federico y hacer sombra a la corte de Viena, quería, sin embargo, tender a la espirante Polonia la mano de Francia; pero ocultándola y reservándose el cortarla si fuera necesario. Dumouriez fué el intermediario escogido para representar este papel, ministro secreto de Francia cerca de los confederados polacos y general en caso de necesidad; pero general aventurero y sin título que le autorizase a dirigir y reunir esfuerzos.

El duque de Choiseul, indignado del abatimiento de Francia, preparaba en secreto la guerra contra Prusia y contra Inglaterra, y considerando a Polonia indispensable para su plan de campaña, dió instrucciones confidenciales a Dumouriez; pero, al caer del ministerio por las intrigas de la Dubarry y de Argensón, el duque de Choiseul fué repentinamente desterrado de Versalles antes que Dumouriez hubiera llegado a Polonia. La política de Francia, al cambiar con el

ministro, destruía de antemano los planes de Dumouriez; pero éste los siguió, sin embargo, con ardor y constancia dignos de mejor éxito. Encontró al pueblo polaco envilecido por la miseria, por la esclavitud y por la costumbre del yugo extranjero; y a los aristócratas polacos corrompidos por el lujo, adormecidos en la voluptuosidad, y gastando en intrigas y en discursos el calor de su patriotismo en las conferencias y en las confederaciones de Epéries. Una mujer, célebre por su belleza, de elevado rango, y de genio oriental, la condesa de Mnizeck, fomentaba, anudaba y rompía aquellas partes diversas según su ambición o sus amores, y fué inútil que algunos oradores patriotas hicieran resonar allí los últimos acentos de la independencia. Algunos príncipes y algunos nobles celebraban reuniones en las que combatían como particulares más que como ciudadanos, afanándose por obtener una gloria personal, que no ejercía influencia alguna en la salvación de la patria. Dumouriez, utilizando el ascendiente de la condesa, se dedicó a reunir aquellas fuerzas aisladas, organizó la infantería, creó la artillería, se apoderó de dos fortalezas, amenazó en todas partes a los rusos diseminados en las extensas llanuras de Polonia, animó y disciplinó el patriotismo insubordinado de los insurreccionados, y combatió con buen éxito a Souwarow, general ruso, que tan de cerca debía después amenazar a la república.

Pero Estanislao, rey de Polonia, a quien había coronado Catalina, advirtió el peligro de una insurrección nacional, que, echando a los rusos, se apoderaría de su trono, y la paralizó, proponiendo a los federados el unirse él a la federación. Uno de ellos, llamado Bohucz, el último gran orador de la libertad polaca, envió al rey un discurso sublime, y arrastró tras sí a todos los confederados a la insurrección, último partido que queda a los oprimidos. Dumouriez fué el alma de esta insurrección, pues volando de un campamento al otro, unificó el plan de ataque. Cracovia, cercada, estaba próxima a caer en sus manos, y los rusos, desordenados, salvaron la frontera; pero la anarquía, genio fatal de Polonia, introdujo la discordia entre los jefes, y és-

tos echáronse en brazos de los rusos. Todos quisieron tener el honor exclusivo de salvar la patria, prefiriendo perderla, a deber su salvación a un rival. Sapieha, el jefe principal, fué asesinado por los nobles. Pulawusky y Mycksenki, heridos, fueron entregados a los rusos. Zarembo vendió su patria. Oginski, el último de aquellos grandes patriotas, sublevó la Lituania en el momento en que la Pequeña Polonia deponía las armas, y, abandonado y fugitivo, marchó a Dantzig, y anduvo errante treinta años por Europa y América, llevando a su patria en el corazón. La bella condesa de Mnizeck sucumbió de dolor con Polonia; Dumouriez lloró a aquella heroína, adorada en un país donde las mujeres, según se dice, son más varoniles que los hombres; rompió su espada, desesperanzado para siempre de aquella aristocracia sin pueblo, calificándola, al partir, de *nación asiática de Europa*.

VI

Vuelve a París, y el rey y de Argensón, para salvar las apariencias ante Rusia y Prusia, le arrestan en la Bastilla con Favier, donde pasa un año maldiciendo la ingratitude de las cortes y la debilidad de los monarcas; pero el retiro y el estudio le devuelven las energías. El rey cambia la prisión por el destierro en la ciudadela de Caen, donde Dumouriez encuentra en un convento a la prima a quien había amado, la que, libre y cansada de la vida monástica, se enternece al ver de nuevo a su antiguo novio. Se casan, es nombrado Dumouriez comandante de Cherburgo, y, ejercitando entonces su genio contra los elementos, como lo había ejercitado contra los hombres, concibió el plan de aquel puesto militar, que debía encerrar una mar borrascosa en un estanque de granito, y dar a la marina francesa un punto de descanso en la Mancha. Quince años pasó así, atormentado por el genio y la enojosa devoción de su mujer, en medio de asiduos estudios militares, que no tenían aplicación, en la sociedad filosófica y voluptuosa de su tiempo. La Revolución, al acercarse, lo encontró indiferente a sus principios

y preparado a sus vicisitudes. La rectitud de su juicio le hizo apreciar de una ojeada la extensión de los acontecimientos, no tardando en comprender que la renovación de las ideas debía llevar tras de sí a las instituciones, a menos que éstas no se acomodasen a las ideas nuevas. Se entregó sin entusiasmo a la Constitución, deseó el sostenimiento del trono, no creyó en la república, presintió un cambio de dinastía, y hasta se le acusó de haberlo intentado. Habiendo diezmando la emigración los altos grados del ejército, él fué nombrado general por antigüedad, puesto en que supo mantenerse a igual distancia del trono y del pueblo, del contrarrevolucionario y del faccioso, apercibido para pasar con la opinión a la corte o a la nación, según la dirección que tomaran los sucesos. Se acerca alternativamente, tratando de apreciar la fuerza naciente, a Mirabeau y a Montmorín, al duque de Orleans y a los jacobinos, a Lafayette y a los girondinos. En los diversos mandos que desempeña durante aquellos días de crisis, conserva la disciplina por su popularidad, transige con el pueblo insurreccionado, y pónese a la cabeza de los movimientos para contenerlos. El pueblo lo cree adicto a su causa, y el soldado lo adora; él detesta la anarquía, pero halaga a los demagogos; aplica con felicidad a su fortuna popular sus hábiles manejos, cuyo arte le había enseñado Favier, y, viendo en la Revolución una intriga heroica, maniobra con su patriotismo, como hubiera maniobrado con sus batallones en un campo de batalla. La aproximación de la guerra le entusiasma, porque sabe ya el oficio de los héroes; presente que la Revolución, abandonada por la nobleza y atacada por toda Europa, tendrá necesidad de un general para dirigir los desordenados esfuerzos de las masas que subleva, y le prepara este jefe porque le fatiga la larga inferioridad. A los cincuenta y seis años tiene todo el fuego de su juventud con la sangre fría de la edad; su oráculo es el ansia de conseguir; el vuelo de su alma hacia la gloria es tanto más rápido, cuanto más tiempo ha tardado en conseguirla; su cuerpo, fortificado por los climas y por los viajes, se presta como instru-

mento pasivo a su actividad; todo era joven en él excepto la fecha de su vida; sus años se habían gastado, pero no su fuerza; tenía la juventud de César, la impaciencia de su fortuna y la certidumbre de alcanzarla. Vivir para los grandes hombres es engrandecerse, y él no había vivido, puesto que no se había engrandecido bastante.

VII

Dumouriez tenía la estatura mediana del soldado francés, que lleva con gracia el uniforme, con facilidad la mochila, y con viveza el sable o el fusil. Ligerero y fuerte al mismo tiempo, su cuerpo tenía el aplomo de las estatuas de los guerreros, que reposan sobre sus músculos tendidos, pero que parecen dispuestas a emprender la marcha; su actitud era confiada y orgullosa, y todos sus movimientos rápidos como su pensamiento; montaba a caballo sin poner el pie en el estribo enrollando la crin en la mano izquierda; bajaba de un salto y manejaba con tanta viveza la bayoneta del soldado, como la espada del general. Su cabeza, algo inclinada hacia atrás, sobresalía airoosamente de sus hombros y giraba sobre su cuello con facilidad y nobleza, y estos gallardos movimientos aumentaban su estatura bajo el penacho tricolor. Su frente era elevada, bien modelada, estrecha de las sienas, y en ocasiones cubríanla de músculos el pensamiento y la resolución; sus ángulos salientes y bien desarrollados revelaban la sensibilidad del alma bajo la delicadeza de la inteligencia y la finura del tacto; sus ojos eran negros, rasgados y llenos de fuego; sus largas pestañas, que principiaban a blanquear, hacían resaltar su brillo, algunas veces muy dulce; su nariz y el óvalo de su rostro tenían el tipo aguileño que revela las razas ennoblecidas por la guerra y por el mando; su boca, entreabierta y graciosa, era casi siempre risueña, sin que ninguna tensión de sus labios manifestara el esfuerzo de su carácter flexible ni de su ánimo, pues él jugaba con las dificultades y hacía retroceder los obstáculos; la barba, levantada y pronunciada, sosteniale el rostro como sobre un zócalo firme y cuadrado; y la expre-

sión habitual de su fisonomía era alegre y comunicativa. Conociase que el peso de los negocios no le abrumaba, pues conservaba siempre bastante libertad de ánimo para divertirse con la próspera y con la adversa fortuna; hablaba alegremente de política, de guerra y de gobierno, y el metal de su voz era vibrante, sonoro y varonil, oyéndosele en medio del ruido del tambor y del roce de las bayonetas; su elocuencia directa, aguda e inesperada, hería y ofuscaba como el relámpago; sus palabras brillaban en el consejo, en las confidencias y en la intimidad, y esta elocuencia era enternecedora e insinuante como la de una mujer. Era persuasivo, porque su alma, móvil y sensible, tenía siempre en el acento la verdad de la impresión del momento. Apasionado por las mujeres y muy accesible al amor, su trato comunicaba a su alma algo de la más bella virtud de este sexo, la compasión. No sabiendo resistir a las lágrimas, las de la reina hubieran hecho de él un agente del trono, y no había fortuna u opinión que no hubiese sacrificado a un movimiento de generosidad: la grandeza de su alma no era cálculo, sino sentimiento. Como no tenía opinión política alguna, la Revolución, en su concepto, no era otra cosa que un drama a propósito para proporcionar a sus facultades ancho campo en que manifestarse, confiando a su genio un papel de importancia. Grande hombre al servicio de los acontecimientos, si la Revolución no le hubiera escogido para su general y para su salvador, habría sido también el general y el salvador de la coalición. Dumouriez no era el héroe de un principio, sino un héroe de ocasión.

VIII

Los nuevos ministros se reunieron en casa de la señora Roland, alma del ministerio girondino, donde Duranthon, Lacoste, y Cahier-Gerville recibieron el impulso y las inspiraciones de aquellos cuyos testafieros eran en el consejo. Dumouriez afectó, como los demás, durante los primeros días, una completa condescendencia a los intereses y voluntad de aquel partido, que, personificado en casa

de Roland en una mujer joven, bella y elocuente, debía tener para el general un nuevo atractivo y esperó dominarlo dominando el corazón de aquella mujer. Al efecto, desplegó ante ella cuanto su carácter tenía de elasticidad, la naturaleza de gracias y el genio de seducción; pero la señora Roland oponía a estas seducciones un preservativo que Dumouriez no estaba acostumbrado a encontrar en las mujeres que había amado: una virtud austera y una convicción fuerte. Sólo había un medio de atraer la admiración de la señora Roland, que era superarla en decisión patriótica; pero estas dos personas, dados sus caracteres, no podían encontrarse sin oponerse, ni conocerse sin despreciarse. La señora Roland no fué otra cosa para Dumouriez que una fanática testaruda, y Dumouriez para la señora Roland un hombre frívolo y presuntuoso, en cuya mirada, sonrisa y tono demostraba una audacia que revelaba las costumbres libres de las mujeres con quienes había vivido; Dumouriez tenía más de cortesano que de patriota. Aquellos modales de la aristocracia francesa desagradaban a la hija de un grabador, sin duda porque le recordaban la inferioridad de su condición y las humillaciones que había sufrido en Versalles durante su infancia. No la seducía el militar, sino el ciudadano: su amor sólo podía ser conquistado por un alma republicana. Además, ella conoció, desde la primera mirada, que Dumouriez era demasiado grande para permanecer mucho tiempo al nivel de su partido, porque sorprendió su genio bajo sus complacencias, y su ambición bajo su sencillez. «Ten cuidado con este hombre, dijo a su esposo, después de la primera entrevista, pues podría suceder que ocultara un señor bajo la capa de un colega, y que expulsara del consejo a los que lo han elevado a él.»

IX

Considerándose Roland demasiado feliz en el poder, tranquilizaba a su esposa, dando cada vez más crédito a la fingida admiración de que Dumouriez le hacía objeto, pues su vanidad satisfecha hacíale crédulo a todas las insinuaciones

REVOLUCIÓN 15.—TOMO I

de este estadista y hasta le enternecía por el rey. Al entrar en el ministerio, afectó Roland en su indumentaria la severidad de sus principios, y en sus maneras la rudeza del republicano, presentándose en las Tullerías con frac negro, sombrero redondo, y zapatos con clavos y llenos de polvo: así pretendía representar al hombre del pueblo en palacio, haciendo frente a la majestad del trono. Esta insolencia debía, en su concepto, adular a la nación y humillar al rey; pero los cortesanos se indignaron, el rey lo sintió, y Dumouriez se echó a reír. «¡Ah! Todo está perdido efectivamente. dijo a los cortesanos; supuesto que ya no hay etiqueta, ya no hay monarquía.» Esta burla desarmaba la cólera de la corte, e inutilizaba la pretensión lacedemónica de Roland.

El rey no pasaba por alto esta falta y trataba a Roland con la cordialidad proverbial en él, que le abría los corazones. Los nuevos ministros admirábanse de que el monarca confiara en ellos y sentíanse conmovidos en su presencia, así es que, habiendo entrado recelosos y republicanos en la sesión del Consejo, salían casi realistas.

«Al rey no se le conoce, decía Roland a su esposa; es un príncipe débil, pero el mejor de los hombres; no son buenas intenciones lo que le faltan, sino buenos consejos; no ama a la aristocracia, y tiene cariño al pueblo; nació tal vez para servir de transacción entre la república y la monarquía; haciéndole la Constitución dulce, se la haremos amar, y su popularidad, que reconquistará abandonándose a nuestros consejos, nos facilitará nuestra misión en el gobierno. Es tan bueno, que el trono no ha podido corromperlo, y está tan lejos de ser el imbécil embrutecido; que presentan a la burla del pueblo, como de ser el hombre sensible y perfecto que los cortesanos pretenden hacer adorar en él; su talento, sin ser superior, es extenso y reflexivo, y, en una posición mediocre, su mérito le hubiera bastado para conquistar la gloria; posee conocimientos diversos y profundos; conoce los negocios en sus detalles; trata a los hombres con la amabilidad sencilla pero persuasiva, que da a los reyes la necesidad precoz de dominar

sus impresiones; su prodigiosa memoria le recuerda siempre y a propósito los nombres, las cosas y los rostros; ama al trabajo y lee cuanto cae en sus manos, sin permanecer un momento ocioso; padre tierno, modelo de esposos, corazón casto, ha alejado todos los escándalos que manchaban la corte de sus predecesores; sólo ama a la reina, y su condescendencia, algunas veces funesta para su política, no es más que la debilidad de una virtud. Si hubiera nacido dos siglos antes, su reinado habría sido uno de los más felices de la monarquía; pero parece que las circunstancias han influido en su ánimo. La Revolución le ha convencido de su necesidad; pero ahora necesitamos convencerle de su posibilidad. El rey, en nuestras manos, puede servir a la revolución mejor que ningún otro ciudadano del reino, e ilustrándolo, nosotros podemos ser fieles a sus verdaderos intereses y a los de la nación, pues es necesario que el rey y la Revolución no sean más que una sola cosa para nosotros.»

X

En esta forma se expresaba Roland en el aturdimiento que le produjo la elevación al poder, en los primeros momentos. Su esposa le escuchaba con sonrisa de incredulidad, pues su mirada más certera había visto inmediatamente una carrera más vasta y un fin más decisivo que aquella transacción tímida y transitoria entre el trono degradado y la revolución incompleta. Le hubiera costado mucho renunciar al ideal de su alma ardiente, que era la república, y todos sus actos, todas sus palabras y todos sus suspiros impulsaban hacia este ideal a su esposo y a sus amigos. «Desconfía de la perfidia de todos, y especialmente de tu propia virtud, respondía al débil y orgulloso Roland, su esposa, pues vives en la corte, donde todo es apariencia, y donde las superficies más pulidas ocultan las más ásperas sinuosidades. Tú no eres más que un hombre honrado perdido en medio de estos cortesanos, una virtud en peligro en medio de estos vicios. Ellos hablan nuestra lengua, y nosotros no sabemos la suya, ¿cómo no nos han de engañar? Luis XVI, de una raza

bastardeada, sin elevación en el ánimo y sin energía en la voluntad, se ha dejado someter en su juventud por las preocupaciones religiosas, que tienen aún encogida su alma; arrastrado por una reina aturdida, que a la insolencia austriaca reúne la embriaguez de la belleza y del supremo rango, y que hace de su corrompida corte el santuario de sus voluptuosidades y el culto de sus vicios; Luis XVI, a quien tienen ciego los elérgicos por un lado y el amor por el otro, empuña a la aventura las riendas flotantes de un reino que se le escapa; Francia, exhausta de hombres, no le presenta, ni en Maurepás, ni en Necker, ni en Calonne, un ministro capaz de dirigirle; la aristocracia es infecunda y no sirve más que para dar escándalos. Es necesario que el gobierno se modele en una clase más sana de la nación, y, si ha llegado el tiempo de la democracia, ¿por qué retardarla? Vosotros sois sus hombres, sus virtudes, sus caracteres y sus inteligencias; la Revolución está detrás de vosotros, os saluda, os impulsa, y no podéis entregarla confiada y engañada a la primera sonrisa del rey, porque éste tiene la sencillez de un hombre del pueblo. No: Luis XVI, medio destronado por la nación, no puede amar la Constitución que lo encadena; puede fingir acariciar sus hierros, pero todas sus acciones se encaminan a romperlos. Hoy no le queda otro recurso que el de asegurar su adhesión a la Revolución, y adormecer a los ministros encargados de vigilar de cerca sus manejos: esta ficción es la última y la más peligrosa de las conspiraciones del trono. La Constitución es la destitución de Luis XVI, y los ministros patriotas son sus vigilantes. Como no hay grandeza derribada que ame su caída ni hombre que ame su humillación, cree en la naturaleza humana, Roland, que es la única que no engaña, y desconfía de las cortes. Tu virtud está demasiado alta para ver los lazos que los cortesanos te tienden.»

XI

Este lenguaje impresionaba a Roland, Brissot, Condorcet, Vergniaud, Gensonné, Guadet, y, especialmente, a Buzot,

amigo y confidente íntimo de la señora Roland, fomentando en las reuniones nocturnas la desconfianza del ministro, que se armaba en estas conversaciones de nuevas sospechas. Entraba en el Consejo con gesto más fruncido y con estoicismo más implacable; pero el rey lo desarmaba con su franqueza, Dumouriez lo desanimaba con su alegría y el poder lo afeminaba con su prestigio, y Roland iba dando largas a las dos grandes dificultades del momento, la doble sanción que había que obtener del rey para los decretos que más repugnaban a su corazón y a su conciencia: el decreto contra los emigrados y el decreto contra los clérigos no juramentados. Con esta actitud se aplazaba también la guerra.

Mientras vacilaban Roland y sus compañeros, Dumouriez se hacía dueño del rey y del favor público. El secreto de su conducta estaba en las palabras que había dicho poco tiempo antes a Montmorín en una conferencia secreta que celebró con este ministro. «Si yo fuera rey de Francia, me burlaría de todos los partidos poniéndome a la cabeza de la Revolución.»

Estas palabras contenían la política que podía salvar a Luis XVI, pues, en tiempos de revolución, el rey que no es revolucionario es destronado por los dos partidos: el rey neutro no reina; el rey perdonado humilla al trono, y el rey vencido por el pueblo no tiene otro refugio que la expatriación o el cadalso. Dumouriez conocía que era necesario, en primer término, convencer al rey de su adhesión al trono, hacerle confidente, o, por decirlo así, cómplice del papel patriótico que se proponía representar, convertirse en intermediario secreto entre la voluntad del monarca y las exigencias del Consejo, y dominarlo por su influencia con los girondinos, y a éstos por su influencia con el rey. Este papel de favorito de la desgracia y de protector de una reina perseguida, le agradaba y satisfacía su ambición. Como militar, como diplomático y como noble, el sentimiento que le inspiraba la majestad degradada era completamente distinto que el sentimiento de celos satisfecho, que experimentaban los girondinos. El prestigio del

trono existía para Dumouriez, y para los girondinos sólo existía el prestigio de la libertad. Todo esto, revelado por la rectitud, por el lenguaje y por el gesto, no podía ocultarse por mucho tiempo a la penetración de Luis XVI, a quien el infortunio hacía más delicado. Los desgraciados conocen la compasión en una mirada; es el único homenaje que se les permite recibir, y por eso son tanto más celosos de él. En una conferencia secreta que celebraron el rey y Dumouriez, se descubrieron uno a otro.

XII

Las turbulentas apariencias de Dumouriez en sus mandos de Normandía, la amistad de Gensonné, y el favor que le dispensaban los jacobinos, previnieron a Luis XVI contra este nuevo ministro, quien, por su parte, esperaba encontrar al rey rebelde a la Constitución, con el corazón agriado por los ultrajes del pueblo, talento limitado por la rutina, carácter violento, y palabra imperiosa y agresiva. Era el retrato al revés de este infortunado monarca, porque, para conseguir que la nación lo aborreciese, era preciso desfigurarle. Dumouriez vió, aquel día y durante los tres meses que fué ministro, que poseía corazón abierto a todos los sentimientos benéficos, política afectuosa y una longanimidad y una paciencia que desafiaban las calamidades de su situación. Sólo una extremada timidez, resultado del largo retiro en que Luis XV le había hecho pasar la juventud, refrenaba el vuelo de su corazón, y daba a su lenguaje y a su trato social alguna sequedad y embarazo. Con valor reflexivo e impasible habló con frecuencia a Dumouriez de la muerte, como de un acontecimiento probable y fatal, cuya perspectiva no alteraría su serenidad ni había de impedirle cumplir hasta el último momento su deber de padre y de rey.

«Señor, le dijo Dumouriez acercándose con el caballeroso enternecimiento, que la compasión añade al respeto, y con el rostro más elocuente aún que la lengua, habéis dejadô las prevenciones que os hicieron concebir contra mí; me ordenasteis, por conducto del señor Laporte,

que aceptara el puesto que había rehusado.» «Sí», contestó el rey. «¡Pues bien! Vengo a dedicarme exclusivamente a vuestro servicio y a vuestra salvación; pero el papel de ministro no tiene hoy la importancia que en otro tiempo. Sin dejar de ser el servidor del rey, soy el servidor de la nación, y he de hablaros siempre el lenguaje de la libertad y de la Constitución; permitid, pues, que para serviros mejor me limite en público y en el consejo a representar mi papel de constitucional, evitando cuantas relaciones puedan revelar mi adhesión a vuestra persona. Respecto a esto, romperé todas las etiquetas y no os haré la corte; en el Consejo contrariaré vuestros gustos y nombraré para representar a Francia en el extranjero a las personas que designe la nación. Cuando vuestra repugnancia a mi elección sea invencible y motivada, obedeceré; pero, si esta repugnancia llega hasta el extremo de comprometer la salvación de la patria y la vuestra, os suplicaré que me permitáis retirarme y me nombréis sucesor. Pensad en los terribles peligros que rodean vuestro trono, que es necesario afirmar haciendo que la nación confíe en la sinceridad de vuestra adhesión a la Revolución; pero ésta conquista sólo depende de vos. Al efecto, he preparado cuatro despachos en este sentido para los embajadores, en los que empleo un lenguaje desusado en las relaciones diplomáticas: el lenguaje de una nación ofendida y resuelta. Luego los leeré en presencia de vuestro Consejo; si aprobáis mi trabajo continuaré hablando así y obraré de conformidad con mis palabras; en caso contrario, mis carruajes están listos, y, no pudiendo serviros con mis consejos, iré donde mis gustos y mis estudios de treinta años me llaman, que es a servir a mi patria en el ejército.»

El rey, admirado y enternecido, le contestó: «Aprecio vuestra franqueza; sé que me sois adicto, y lo espero todo de vuestros servicios; estaba prevenido contra vos; pero este momento todo lo borra. Obrad en todo conforme os dicte vuestro corazón, en defensa de los intereses de la nación, que también son los míos.» Dumouriez se retiró; pero sabía que la reina, adorada por su esposo, te-

nía la política del rey en la pasión y en la movilidad de su alma, así es que deseaba y temía a la vez una entrevista con ella. Una sola palabra de María Antonieta podía realizar o desbaratar la empresa atrevida que él se había propuesto de reconciliar al rey con la nación.

XIII

La reina hizo llamar al general a su aposento, donde Dumouriez la encontró sola, con las mejillas animadas por la emoción de una lucha interior, y paseándose nerviosa y agitada. El ministro colócese en silencio al lado de la chimenea en la actitud respetuosa y dolorida, que la presencia de la augusta princesa, tan bella como desgraciada, le inspiró. La reina dirigióse a él con aire majestuoso e irritado, diciéndole: «Caballero, sois ahora omnipotente por el favor del pueblo que no tarda en despedazar a sus ídolos; pero vuestra existencia depende de vuestra conducta. Se asegura que tenéis mucho talento y debéis suponer que ni el rey ni yo podemos sufrir todas las novedades que nos impone la Constitución, cosa que, os declaro con franqueza, para que toméis vuestro partido.» «Señora, respondió Dumouriez confuso, me aterra la peligrosa confianza que acaba de hacerme V. M.; no le haré traición, pero estoy entre el rey y la nación, y pertenezco a mi patria. Dejadme, continuó con respetuosa instancia Dumouriez, que os demuestre que la salvación del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y hasta el restablecimiento de la autoridad real están unidos a la Constitución. Estáis rodeados de enemigos que os sacrifican a sus propios intereses, y sólo la Constitución puede, afirmándose, ampararos y labrar la felicidad y la gloria del rey.» «Esto no puede durar; tened cuidado con vos», replicó la reina, con mirada de cólera y de amenaza. Dumouriez creyó ver en aquella mirada y oír en aquellas palabras una alusión a peligros personales. «Tengo más de cincuenta años, señora, replicó en voz baja y con el acento firme del soldado y la ternura del hombre; he arrostrado muchos peligros en mi vida, y, al aceptar el ministerio, he comprendido bien que mi responsabilidad no era

el mayor de los peligros que he afrontado.» «¡Ah!, exclamó la reina con gesto de horror, sólo me faltaba esta calumnia y este oprobio; ¡fingís creer que soy capaz de hacer que os asesinen!» La indignación que experimentaba hizo afluir las lágrimas a sus ojos y le impidió continuar hablando, y Dumouriez, tan conmovido como ella, rechazó esta odiosa interpretación dada a su respuesta. «Dios me libre, señora, de inferiros tan cruel injuria, pues vuestra alma es grande y noble, y el heroísmo que habéis demostrado en muchas circunstancias, me han decidido en vuestro favor para siempre.» La reina se calmó al oír esto, y apoyó su mano en el brazo de Dumouriez en señal de reconciliación.

El ministro aprovechóse de esta confianza para dar a María Antonieta algunos consejos tan sinceros como leales. «Creedme, señora, no tengo interés alguno en engañaros, aborrezco tanto como vos la anarquía y sus crímenes, pero tengo experiencia, vivo en medio de los partidos, estoy mezclado a las opiniones, trato al pueblo y estoy mejor situado que V. M. para apreciar el alcance y la dirección de los acontecimientos. Esto no es un movimiento popular, como aparentáis creer, sino la insurrección casi unánime de la nación contra un orden de cosas inveterado y en decadencia. Grandes facciones atizan el incendio, y en todas hay malvados y locos. Yo, que no veo en la Revolución más que al rey y a la nación, creo que lo que tienda a separarlos, los pierde a ambos, y deseo reunirlos, para cuya empresa cuento con vos. Si soy un obstáculo para vuestros designios y no renunciáis a ellos, decidmelo, y me retiraré a llorar en la soledad la suerte de mi patria y la vuestra.» La reina se enterneció y quedó convencida, habiéndole agradado y seducido la franqueza de Dumouriez, cuyo corazón de soldado le respondía de las palabras del político. Firme, valiente, heroico, la reina prefería aquella espada en el consejo del rey, a todos los oradores elocuentes y a todos los estadistas que se acomodan a todos los vientos de la opinión o de la sedición. La reina concedió desde aquel momento toda su confianza al general, y durante algún tiempo fué fiel a

sus promesas; pero los repetidos ultrajes del pueblo la encolerizaron de nuevo y volvió a conspirar. «Ved, dijo un día al rey ante Dumouriez, mostrando con la mano la cima de los árboles de las Tullerías, estoy prisionera en este palacio y no me atrevo a acercarme a mi ventana que cae al jardín. El pueblo, que espía hasta mis lágrimas, se estaciona en él y me silba cuando me ve. Ayer, para respirar el aire, me asomé a la ventana del lado del patio, y un artillero que estaba de guardia me apostrofó con una infame injuria... ¡Qué placer tendría, añadió, viendo tu cabeza en la punta de mi bayoneta!... En este horroroso jardín vese en un lado a un hombre que, subido sobre una silla, lanza a grandes voces las injurias más odiosas contra nosotros, amenazando con el gesto a los que habitamos este palacio; en otro lado, a un militar, o a un sacerdote a quienes la multitud amotinada arrastra hacia el estante, llenándolos de golpes y de ultrajes. Al mismo tiempo, y a dos pasos del lugar en que se desarrollan estas escenas siniestras, otros juegan a la pelota y se pasean tranquilamente por las calles de árboles. ¡Qué palacio! ¡Qué vida! ¡Qué pueblo!» Dumouriez no podía hacer más que suspirar con la familia real y aconsejarle que tuviera paciencia; pero la paciencia de las víctimas se agota antes que la crueldad de los verdugos. ¿Podía pedirse de buena fe que una reina valiente, orgullosa, acostumbrada a la adoración de su corte y del mundo, amase la Revolución, que era el instrumento de sus humillaciones y de sus suplicios, y creyera que este pueblo indiferente o cruel formaba una nación digna del reino y de la libertad?

XIV

Después de haber tomado sus medidas, Dumouriez no vaciló en saltar el espacio que separaba al rey del partido extremo, y empezar a gobernar con pleno patriotismo. Adelantándose a los jacobinos, se presentó atrevidamente en la sesión al día siguiente. El salón estaba lleno, y la aparición de Dumouriez impulsó a las tribunas la admiración y el

silencio: su aspecto marcial y la impetuosidad de su marcha le conquistaron en seguida el favor de la Asamblea, porque, no suponiendo nadie que tanta audacia ocultara tanta astucia, no se vió en él más que a un ministro que se entregaba al pueblo, y fué recibido con entusiasmo. Era el momento en que el gorro encarnado, símbolo de las opiniones más avanzadas, especie de libra del pueblo que llevaban los demagogos y los aduladores de éstos, acababa de ser adoptado casi unánimemente por los jacobinos. Este signo, como otros muchos que las revoluciones toman de manos de la casualidad, y que era un misterio para los mismos que lo llevaban, fué enarbolado por primera vez el día del triunfo de los soldados de Chateauvieux. Unos decían que con este gorro se cubrían la cabeza los galeotes, y que si antes había sido una prenda infame, era ya gloriosa, por haberla usado los mártires de la insurrección, añadiéndose que el pueblo la había purificado de toda infamia. Otros veían en el gorro frigio el símbolo de libertad entre los esclavos.

Este gorro encarnado fué objeto de disputas y divisiones entre los jacobinos, pues los exaltados la adoptaron en seguida, los moderados y los pensadores se abstuvieron de hacerlo. Dumouriez sube a la tribuna resueltamente y coloca sobre sus cabellos este signo del patriotismo, adoptando el uniforme del partido más avanzado, con cuya acción hizo que estallara el entusiasmo por todas partes. «Hermanos y amigos, dijo, voy a consagrar todos los momentos de mi vida a hacer la voluntad del pueblo y a justificar la elección del rey constitucional. Tendré en las negociaciones toda la fuerza de un pueblo libre, para conseguir en plazo brevísimo una paz sólida o una guerra decisiva. (Aplausos.) Si vamos a la guerra, romperé mi pluma de hombre de Estado para ocupar mi puesto en el ejército hasta triunfar o morir con mis hermanos; pero una gran carga pesa sobre mí, hermanos, ayudadme a llevarla. Tengo necesidad de consejos, dádmelos por medio de vuestros diarios, y decidme la verdad, las verdades más duras; pero rechazad la calumnia, ¡no exasperéis a un ciuda-

dano sincero e intrépido que se adhiere a la causa de la Revolución y de la nación!»

El presidente respondió al ministro que la sociedad se gloriaba de contarle en el número de sus hermanos, palabras que suscitaron un murmullo, que fué ahogado por las aclamaciones que se tributaron a Dumouriez. Se pidió que se imprimieran ambos discursos; pero Legendre se opuso con pretexto de economía, y fué silbado por las tribunas. «¿A qué vienen esos honores desusados y esa respuesta del presidente al ministro?, preguntó Collot-d'Herbois. Si viene como afiliado y como hermano, cumple su deber, poniéndose al nivel de nuestras opiniones. Una sola cosa hay que decirle, y es que sus obras no desmientan las palabras que acaba de pronunciar.» Dumouriez levantó la mano e hizo un gesto afirmativo después de haber oído a Collot-d'Herbois.

Robespierre se levanta, se sonríe, mira a Dumouriez y dice: «No soy de los que creen que es absolutamente imposible que un ministro sea patriota, y hasta acepto con gusto las promesas que el señor Dumouriez acaba de hacernos; pero, cuando las haya cumplido, cuando haya alejado a los enemigos armados contra nosotros por sus predecesores, y por los conjurados que dirigen hoy el gobierno, a pesar de la expulsión de algunos ministros, entonces le tributaré los elogios que merezca, y aun entonces creeré que todo buen ciudadano es su igual. Sólo el pueblo es grande, sólo el pueblo es respetable para mí: los juguetes del poder ministerial se desvanecen ante él. Por respeto al pueblo y al ministro mismo, pido que no se solemnice su entrada aquí con demostraciones que atestiguarían nuestra decadencia. Nos pide que demos consejos a los ministros; yo prometo dárselos tan útiles a ellos como a la causa pública. Mientras el señor Dumouriez, con pruebas claras de patriotismo, y con servicios reales prestados a la patria, pruebe que es hermano de los buenos ciudadanos y defensor del pueblo, tendrá aquí apoyo. No temo que esté entre nosotros ningún ministro; pero, en el momento en que alguno de ellos tenga aquí más ascendiente que cualquiera otro ciu-

dadano, pediré su ostracismo, aunque esto jamás sucederá.»

Robespierre baja de la tribuna y Dumouriez se arroja en sus brazos; la Asamblea se levanta, y las tribunas sellan con sus aplausos aquellos paternales abrazos, creyendo ver en ellos el augurio de la unión del poder y del pueblo. El presidente Dopet, lee, cubierto con el gorro encarnado, una carta de Pethión dirigida a la sociedad, pronunciándose contra el uso del gorro, que califica de signo superfluo de civismo. «Este distintivo, dice, en vez de aumentar vuestra popularidad, asusta a los ánimos y sirve de pretexto a las calumnias que se lanzan contra vosotros. El momento es grave, y las demostraciones del patriotismo deben tener el carácter de oportunidad. Son los enemigos de la Revolución quienes la impelen a esas friyolidades, para tener derecho a acusarla de ligera y de inconsecuente, pues de este modo dan al patriotismo las apariencias de facción, y estos signos dividen a los que deben permanecer unidos. Cualquiera que sea la boga que el gorro colorado tenga hoy, nunca será universalmente adoptado, y hombre habrá muy apasionado por el bien público, a quien sea completamente indiferente. Bajo esta forma la libertad no será ni más bella ni más majestuosa; pero los signos con que la adornáis servirán de pretexto a las divisiones entre sus hijos. Una guerra civil, que principie por el sarcasmo y concluya por el derramamiento de sangre, puede tener su origen en una manifestación ridícula. Expongo estas ideas a vuestra consideración.»

XV

Mientras leía esta carta, el presidente, hombre timorato que presentía en los consejos de Pethión la voluntad de Robespierre, hizo subrepticamente desaparecer de su cabeza el signo repudiado, y los miembros de la sociedad siguieron su ejemplo. Robespierre, el único que no había adoptado el gorro colorado y con quien había sido concertada la carta de Pethión, subió a la tribuna y dijo: «Respeto, como el alcalde de París, todo lo que es imagen de la libertad; pero tene-

mos un signo que nos recuerda constantemente el juramento que hemos hecho de vivir libres o de morir, y es éste (y mostró su escarapela). Al quitarse el gorro encarnado, nada perderán los ciudadanos que lo habían tomado por patriotismo, pues los amigos de la Revolución continuarán reconociéndose por su razón y su virtud. Sólo estos emblemas son nuestros, pues todos los demás pueden imitarse por los aristócratas o los traidores. Os recuerdo, en nombre de Francia, el estandarte que por sí solo impone a sus enemigos. ¡No conservemos más que la escarapela y la bandera bajo la que nació la Constitución!»

El gorro encarnado desapareció de la sala; pero ni la misma voz de Robespierre, ni la resolución de los jacobinos pudieron contener el entusiasmo que había inspirado aquel signo de *igualdad vengadora* a todas las cabezas, pues en la misma noche en que se repudiaba en el club de los jacobinos, se inauguraba en los teatros. El busto de Voltaire, destructor de las preocupaciones, fué cubierto con el gorro frigio en medio de los aplausos de los espectadores, y el gorro encarnado y la pica se convirtieron en el uniforme y el arma del soldado ciudadano. Los girondinos, a quienes repugnaba el gorro mientras lo creyeron librea de Robespierre, principiaron a excusarlo cuando Robespierre lo desechó. El mismo Brissot, al dar cuenta de esta sesión, manifestó apreciar aquel símbolo, porque «adoptado, dijo, por la parte más indigente del pueblo, era la humillación de la riqueza y el espanto de la aristocracia». La división de estos dos revolucionarios era mayor cada día, pues no había bastante sitio, ni en el club de los jacobinos, ni en la Asamblea, ni en el poder, para los dos ambiciosos que se disputaban la dictadura de la opinión.

El nombramiento de los ministros hecho bajo la influencia de los girondinos, los consejos celebrados en casa de la señora Roland, la presencia de Brissot, de Guadet y de Vergniaud en las deliberaciones de los ministros y la elevación de sus amigos a los empleos públicos, servían de pretexto a las reconveniones de los jacobinos exaltados, a quienes se llamaba *montañeses*, por alusión a los

bancos elevados de la Asamblea en que tomaban asiento los amigos de Robespierre y de Dantón. «Recordad, decían, la sagacidad de Robespierre, casi semejante al don de profecía, cuando, contestando a Brissot, que atacaba al antiguo ministro de Lessart, lanzaba al jefe girondino aquella alusión que no tardó en ser justificada: «Para mí que no pretendo el ministerio ni para mí ni para mis amigos.» Los diarios girondinos insultaban también a aquel puñado de hombres llamándolos calumniadores y tiranuelos que se asemejaban a Catilina por sus crímenes, y de quien se diferenciaban por falta de valor. De este modo la injuria dió principio a la guerra.

Mientras tanto el rey, cuando tuvo completo el ministerio, escribió a la Asamblea una carta, que más parecía abdicación del poder en manos de la opinión, que acta constitucional, en la que decía:

«Profundamente conmovido por los desórdenes que afligen a Francia, y por el deber que me impone la Constitución de velar por el mantenimiento del orden y de la tranquilidad pública, he empleado todos los medios de que dispongo para hacer cumplir las leyes. Había elegido para mis primeros agentes a hombres recomendables por la honradez de sus principios y de sus opiniones; pero, habiendo éstos dejado el ministerio, he creído deberlos reemplazar por hombres acreditados por sus opiniones populares, porque me habéis repetido tan frecuentemente que este partido es el único que puede conseguir el restablecimiento del orden y la ejecución de las leyes, que me he entregado a él para que no quede ningún pretexto a los malévolos para dudar de mi sincero deseo de contribuir a la prosperidad y a la verdadera felicidad de mi reino. He nombrado ministro de Contribuciones al señor Claviere, y del Interior al señor Roland; la persona que había elegido para ministro de Justicia me pidió que hiciera otra elección; cuando la haya hecho informaré a la Asamblea nacional. — Firmado, *Luis*.»

La Asamblea recibió con aclamaciones este mensaje; dueña del rey, podía convertirlo en instrumento de regeneración. Parecía que reinaba en el consejo la más

perfecta armonía; el rey admiraba a sus nuevos ministros por su asiduidad y por su aptitud para los negocios; hablaba a cada uno su lenguaje; preguntaba a Roland por sus obras; a Dumouriez por sus aventuras y a Claviere por la Hacienda, evitando las cuestiones irritantes de la política general. La señora Roland convenía a su marido por estas conversaciones, y le aconsejaba que aprovechara el tiempo, fijara las discusiones, y llevara un registro auténtico para salvar su responsabilidad. Los ministros acordaron comer en casa de Roland cuatro veces a la semana, antes de ir al consejo, para concertar allí sus actos y lo que debían decir al rey. En estas reuniones íntimas, Buzot, Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot infundían a los ministros el espíritu de su partido, y reinaban anónimos sobre la Asamblea y sobre el rey. No tardó mucho Dumouriez en hacerse sospechoso, pues el espíritu de éste se escapaba a su imperio por la grandeza, y el carácter se escapaba a su fanatismo por la flexibilidad. La señora Roland, seducida por su elegancia, le admiraba sin querer admirarlo, conociendo que el genio de este hombre era necesario a los girondinos; pero, comprendiendo también que el genio sin virtud sería fatal a la república, sugería desconfianzas contra Dumouriez a sus amigos. Como el rey prorrogaba indefinidamente la sanción que le pedían los girondinos a los decretos de la Asamblea contra los emigrados y los clérigos, la señora Roland, previendo que más pronto o más tarde tendrían los ministros que dar cuenta al público de la suspensión de estas sanciones, trató de preparar a la opinión. Al efecto, persuadió a su marido a que escribiera al rey una carta confidencial llena de las más austeras lecciones de patriotismo, a que la leyera él mismo en pleno consejo delante del monarca, y a guardar copia de ella para publicarla en el momento oportuno como acta de acusación contra Luis XVI y su propia justificación. Esta precaución contra la perfidia de la corte era odiosa como una celada, y cobarde como una denuncia. Sólo la pasión, que ciega al alma, podía cegar a esta mujer generosa, para no conocer la naturaleza de semejante acto; pero

el espíritu de partido ocupa algunas veces el puesto de la moral, de la justicia y también de la virtud. Esta carta, que era un arma con la que Roland se reservaba herir de muerte la reputación del rey salvando la suya, fué redactada por su esposa, que no cometió otro crimen, o extravió de su odio, que éste, y por el que tuvo remordimiento al pie del cadalso.

XVI

«Señor, decía Roland en esta famosa carta, las cosas no pueden quedar como hasta aquí, pues estamos en una situación crítica, de la que es preciso salir de cualquier modo. Francia se ha dado una Constitución, que la minoría barrena y la mayoría defiende, resultando de esto una lucha intestina encarnizada en la que nadie permanece indiferente. Vos gozabais de la autoridad suprema y os cuesta sentimiento perderla; pero los enemigos de la Revolución cuentan con vuestros sentimientos presuntos, y vuestro secreto favor constituye su fuerza. ¿Debéis aliaros con los enemigos, o con los amigos de la Constitución? Decidlos. El trono, el clero, la nobleza y la aristocracia aborrecen los cambios que los destruyen; pero el pueblo ve el triunfo de sus derechos en la Revolución, y no se los dejará arrebatar. La declaración de los derechos se ha convertido en Evangelio, y la libertad será, en lo sucesivo, la religión del pueblo. En este choque de intereses contradictorios, se han extremado todos los sentimientos, y las opiniones han adquirido los caracteres de la pasión. La patria no es ya una abstracción, sino un ser real al que estamos unidos por la felicidad que promete y por los sacrificios que se le han hecho. ¿Hasta qué punto va a exaltarse este patriotismo cuando las fuerzas enemigas de fuera se combinen para atacarlo con las intrigas de dentro? La cólera de la nación será terrible si no tiene confianza en vos; pero esta confianza no la conquistaréis con palabras, sino con hechos, por lo que debéis dar testimonios convincentes de vuestra sinceridad. Dos cosas importantes han sido decretadas, que interesan a la salvación del Estado, y la tardanza en sancionarlas despiertan la des-

confianza, que no está lejos del odio, y éste no retrocede ante el crimen. Si no dais satisfacción a la Revolución, ésta será cimentada con sangre, pues las medidas desesperadas que se os podrían aconsejar para intimidar a París y para dominar a la Asamblea servirían sólo para desarrollar esa sombría energía que es madre de las grandes decisiones y de los grandes atentados (esto era una indirecta a Dumouriez, que aconsejaba resoluciones violentas). Se os engaña, señor, presentándoos la nación como hostil al trono y a vos: amad, servid la Revolución, y el pueblo la amará en vos. Los sacerdotes desposeídos agitan las pequeñas poblaciones, y debéis ahogar su fanatismo; la ciudad de París no se considera segura, y conviene establecer un campamento de ciudadanos al pie de sus muros. Seguid hablando, y se os motejará de conspirador y de cómplice. ¡Justo cielo! ¡Habéis cegado a los reyes! Bien sé que el lenguaje de la verdad es pocas veces bien acogido por el trono; pero sé también que la falta de verdad en los consejos de los reyes hace las revoluciones necesarias con tanta frecuencia. Como ciudadano y como ministro debo la verdad al rey, y nada me impedirá decirla. Pido que haya un secretario del consejo que certifique nuestras deliberaciones, porque los ministros responsables necesitan un testigo de sus opiniones. Si este testigo existiera, no me habría dirigido por escrito a Vuestra Majestad.»

La amenaza era tan evidente como la perfidia en esta carta, cuya última frase indicaba, en términos equívocos, el odioso uso que Roland se reservaba hacer de ella algún día. La magnanimidad de Vergniaud se opuso a este acto del primer ministro girondino; la lealtad militar de Dumouriez se indignó, y el rey escuchó la lectura con la impasibilidad del hombre acostumbrado a soportar la injuria. Los girondinos lo supieron todo en los conciliábulos secretos de la señora Roland, cuyo marido guardó copia de esta carta para sincerarse el día de su caída.

XVII

Al mismo tiempo entablaron los tres jefes girondinos Vergniaud, Guadet y

Gensonné, por mediación de Boze, pintor del rey, relaciones secretas ignoradas hasta de Roland, y escribieron una carta con objeto de que la viera el rey, y que fué guardada en el armario de hierro para el día en que se les acusara. «Nos preguntáis, decían en este documento, cuál es nuestra opinión respecto al estado de Francia, y la elección de las medidas conducentes a salvar la causa pública, y no dudamos en responderos: que la conducta del poder ejecutivo es la causa de todo el mal, pues engañan al rey, persuadiéndole de que son los clubs y las facciones quienes sostienen la agitación pública, y esto no es más que atribuir la causa del mal a los síntomas. Si el pueblo estuviera seguro de que podía confiar en la lealtad del rey, se calmaría, y las facciones se concluirían por sí mismas; pero, mientras las conspiraciones en el exterior y en el interior parezcan favorecidas por el rey, las conmociones surgirán, agravadas con la desconfianza de los ciudadanos. El actual estado de cosas marcha evidentemente a una crisis, en la que todas las probabilidades están contra el trono, pues se hace del jefe de esta nación libre un jefe de partido, y el partido contrario lo considera, no como rey, sino como enemigo. ¿Qué se puede esperar del resultado de las intrigas tramadas con el extranjero para recuperar la autoridad del trono? Darían al rey la apariencia de una usurpación violenta de los derechos de la nación, y la fuerza que hubiera servido para esta restauración violenta se necesitaría para conservarla, lo cual equivaldría a una guerra civil permanente. Adictos, como somos, a los intereses de la nación, de los que nunca separaremos los del rey, creemos que el único medio que puede adoptar para prevenir los males que amenazan al trono y a la nación, es el confundirse con ésta, porque no bastan ya las protestas, son indispensables los actos. Renuncie el rey a todo aumento de poder que le ofrezcan los soberanos extranjeros; obtenga de los gabinetes hostiles a la Revolución que alejen las tropas que están junto a nuestras fronteras, y, si esto le es imposible, arme él mismo a la nación y sublévela contra los enemigos de la Constitución;

escoja ministros entre los hombres más entusiastas de la Revolución; ofrezca los fusiles y los caballos de su guardia; muestre la contabilidad de la lista civil para probar que su tesoro secreto no es la fuente de los complots contrarrevolucionarios; solicite una ley respecto a la educación del príncipe real, y hágale educar constitucionalmente, y, por último, separe al señor de Lafayette del mando del ejército. Si el rey adopta estas resoluciones con firmeza, la Constitución podrá salvarse.»

Esta carta fué entregada por Thierry al rey, quien se irritó de los consejos que en ella le prodigaban. «¿Qué quieren esos hombres?, dijo a Boze: ¿no he hecho ya cuanto me han aconsejado? ¿No he elegido ministros patriotas? ¿No he rechazado los socorros extranjeros? ¿No he desconocido a mis hermanos? ¿No he impedido, en la medida de mis fuerzas, la coalición y guarnecido las fronteras? ¿No soy, desde que acepté la Constitución, más fiel que los facciosos a mi juramento?»

Los jefes girondinos, indecisos aún entre la república y la monarquía, tanteaban de este modo el poder, tan pronto en la Asamblea, como en el ánimo del rey, estando dispuestos a apoderarse de él donde lo encontraran; y, como no lo encontraron al lado del rey, supusieron que era más seguro derribar el trono que consolidarlo, por cuya razón se inclinaron cada vez más a los facciosos.

XVIII

Los girondinos, dueños a medias del consejo por Roland, por Claviere y por Serván, que había reemplazado a de Grave, tenían hasta cierto punto la responsabilidad de estos tres ministros, y los jacobinos empezaban a pedirles cuenta de los actos de aquel ministerio que manejaban y que era hechura suya. Dumouriez, colocado entre el rey y los girondinos, veía acumularse contra él las sospechas de sus colegas, para quienes su probidad no era menos sospechosa que su patriotismo. Había utilizado su superioridad y su ascendiente sobre los jacobinos, cuando subió al poder, para pedir a la Asamblea la cantidad de seis millo-

nes de fondos secretos, cuyo destino aparente era corromper los gabinetes extranjeros, separar de la coalición a las potencias venales y fomentar los gérmenes revolucionarios en Bélgica. Sólo Dumouriez sabía el empleo que se daba a estos millones; pero el quebranto de su fortuna personal, los gastos dispendiosos que hacía, las relaciones que sostenía con una mujer seductora, la señora de Beauvert, hermana de Rivarol, y su intimidad con hombres sin principios y de malas costumbres que pululaban en torno del ministerio, lo denigraban en concepto de la señora Roland y del marido de ésta. La probidad es la virtud de los demócratas, porque el pueblo mira antes que otra cosa las manos de los que lo gobiernan. Los girondinos puros, como los hombres de la antigüedad, temían hasta la sombra de una sospecha de esta índole, y la frivolidad de Dumouriez a este respecto les ofendía y provocó murmuraciones entre ellos. Gensonné y Brissot le hicieron algunas insinuaciones en casa de la señora Roland, y el mismo Roland, con la autoridad de sus años y la austeridad de sus principios, recordó a Dumouriez el respeto que un hombre público debía a la decencia y el ejemplo que necesitaba dar a sus conciudadanos. El general respondió que él debía su vida a la nación; pero no el sacrificio de sus gustos ni el de sus amores, pues comprendía el patriotismo como héroe y no como puritano. La acritud de las palabras envenenó las almas, y se separaron enojados.

Desde aquel día abstuvo de ir a las reuniones de la señora Roland, quien, conociendo el corazón humano por el instinto superior de su genio y de su sexo, no se equivocó respecto a las disposiciones del general. «Llegó la hora de perder a Dumouriez, dijo ella a sus amigos. Bien sé, añadió, dirigiéndose a Roland, que tú no recurrirás a la intriga ni a la venganza; pero acuérdate de que Dumouriez debe conspirar contra los que le han ofendido. Cuando se hacen tales convenciones, es necesario herir o esperar ser herido.» Razonaba con lógica y decía la verdad. Dumouriez, cuya rápida ojeada percibía tras los girondinos un partido más fuerte y más atrevido que

el suyo, empezó desde aquel momento a unirse con los jacobinos más agitadores, pues pensó, con razón, que el odio entre los partidos sería más poderoso que el patriotismo, y que adulando la rivalidad de Robespierre y de Dantón contra Brissot, Pethión y Roland, encontraría en ellos apoyo para el gobierno. Amaba al rey y compadecía a la reina, pues todas sus preocupaciones estaban en favor de la monarquía, y tanto se hubiera envanecido con restaurar el trono, como con salvar la república. Hábil para manejar a los hombres, utilizaba todos los instrumentos que le parecían buenos para sus designios: vencer a los girondinos, que oprimían al rey y le amenazaban a él, y buscar más lejos y más bajo que estos retóricos la popularidad que necesitaba, era una maniobra del talento; la intentó y le resultó bien, quedando unido desde entonces a Camilo Desmoulins y Dantón.

Dantón y Dumouriez se entendieron fácilmente por la semejanza de sus vicios y por la de sus cualidades. No querían de la Revolución más que la acción, sin importarles los principios, pues lo que halagaba su actividad y su ambición era el tumultuoso movimiento que precipitaba y elevaba los hombres del trono a la nada, y de la nada a la fortuna y al poder. La embriaguez de la acción era para Dantón, como para Dumouriez, una constante necesidad de su naturaleza; y la Revolución era para ellos un campo de batalla, cuyo vértigo los encantaba y engrandecía.

Pero cualquiera otra revolución les hubiera convenido del mismo modo: despotismo o libertad, rey o pueblo. Hay personas que, teniendo por atmósfera el torbellino de los acontecimientos, no respiran libremente sino en el aire agitado. Además, si Dumouriez tenía los vicios o las veleidades de la corte, Dantón tenía los vicios y la licencia de la multitud; y estos vicios, que, aunque diferentes en la forma, son los mismos en el fondo, se comprenden, porque tienen un punto de contacto entre las debilidades de los grandes y las corrupciones de los pequeños. Dumouriez comprendió en seguida a Dantón, y éste se aproximó y familiarizó con Dumouriez, cuyas relaciones, sospe-

chosas con frecuencia de concusión por una parte y de venalidad por la otra, subsistieron secreta o públicamente hasta el destierro de Dumouriez y la muerte de Dantón. Camilo Desmoulins, amigo de éste y de Robespierre, simpatizó también con Dumouriez y lo vulgarizó en sus folletos. El partido de Orleans, que por medio de Sillery, Laclous y la señora de Genlis continuaba al lado de los jacobinos, solicitó también la amistad del nuevo ministro; pero Robespierre, cuya política era una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó favor ni odio respecto a Dumouriez, aunque experimentó una secreta alegría al ver elevarse a un rival de sus enemigos. Al menos jamás le acusó, y es difícil aborrecer mucho tiempo al enemigo de los que nos aborrecen.

XIX

El odio naciente de Robespierre y de Brissot acrecentábase de día en día. En las sesiones de los jacobinos y en la prensa sosteníase la lucha y las reconciliaciones de estos dos hombres que contaban con fuerzas iguales en la nación y con igual talento en la tribuna. Aunque se atacaban, se temían; pero disfrazaban bajo su mutuo respeto las ofensas. Esta animosidad reprimida roía más profundamente sus almas, y estallaba de vez en cuando, velada con la firmeza de las palabras, como la muerte bajo el pulimento del acero.

Estos gérmenes de división, de rivalidad y de resentimiento reveláronse en las sesiones de abril, que fueron una especie de revista general de los dos grandes partidos que iban a desgarrar a la nación, disputándose su poderío. Los fuldenses o los constitucionales moderados eran las víctimas que cada uno de los dos partidos populares sacrificaba a la envidia, a las sospechas y a la cólera de patriotas. Røederer, jacobino moderado, fué acusado de haber asistido a una comida con los fuldenses, amigos de Lafayette. «No culpo sólo a Røederer, dice Tallián, sino que también denuncié a Condorcet y a Brissot; expulsemos de nuestra sociedad a todos los ambiciosos y cromwelistas.»

«El momento de desenmascarar a los traidores ha llegado, dijo a su vez Ro-

bespierre; pero no quiero que se les desenmascare hoy, porque es preciso que, cuando demos el golpe, sea decisivo. Quisiera en este momento que Francia entera me oyese y quisiera que el jefe que tiene la culpa de que haya estas facciones, Lafayette, asistiera a esta sesión con todo su ejército, para decir a sus soldados, presentándoles mi pecho: herid, pues este momento sería el último de Lafayette y de todos los intrigantes.» Fauchet se excusó de haber dicho que Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot podían reconciliarse con la patria poniéndose a la cabeza del gobierno. A los girondinos los acusaban de ambicionar un protector, y a los jacobinos de pretender un tribuno del pueblo. Por fin Brissot subió a la tribuna para decir: «Vengo a defenderme. ¿Cuáles son mis crímenes? Se me acusa de haber hecho ministros, de estar en correspondencia con Lafayette y de pretender convertirlo en protector de Francia. Gran poder me atribuyen los que creen que desde mi cuarto piso he dictado leyes al palacio de las Tullerías; pero, aun cuando yo hubiera hecho los ministros, ¿desde cuándo es un crimen confiar a los amigos del pueblo la defensa de los intereses del pueblo? Dicen que este ministro distribuye sus favores entre los jacobinos. ¡Ah! ¡Ojalá ellos desempeñaran todos los cargos!»

Al oír esto Camilo Desmoulins, enemigo de Brissot, y que estaba oculto en el salón, inclinóse al oído de su vecino diciéndole en voz alta, con irónica sonrisa: «¡Cuánta habilidad tiene este pícaro! Cicerón y Demóstenes no hicieron nunca insinuaciones más elocuentes.» Estas palabras, que fueron oídas por los amigos de Brissot, provocaron su cólera y empezaron a gritar, pidiendo la expulsión de Camilo Desmoulins. Un censor de la sala calificó de infame la exclamación del libelista y restableció el silencio. Brissot continuó: «La denuncia es el arma del pueblo, y no me quejo. ¿Sabéis quiénes son los crueles enemigos? Los que constituyen la denuncia. ¡Denuncias! sí, pero ¡pruebas! ¡Desprecia al que denuncia y no prueba! Desde hace algún tiempo se habla de protector y de protectorado. ¿Sabéis por qué? Para

acostumbrar los ánimos al nombre de tribunado y de tribuno; pero no comprenden que el tribunado nunca existirá. ¿Quién se atrevería a destronar al rey constitucional? ¿quién se atrevería a ceñirse la corona? ¿quién puede creer que está extinguida la raza de Bruto? Y cuando ya no hubiera Brutos, ¿quién es el que tiene diez veces el talento de Cromwell? ¿Creéis que el mismo Cromwell hubiera obtenido un éxito feliz en una revolución como la nuestra? Tenía para la usurpación dos caminos fáciles, que no existen hoy, la ignorancia y el fanatismo. Vosotros, que creéis ver un Cromwell en Lafayette, ni conocéis a Lafayette ni a vuestro siglo. Cromwell tenía carácter y a Lafayette le falta, y nadie llega a ser protector sin audacia y sin carácter; pero, aun cuando tuviera ambas cosas, esta sociedad encierra una multitud de amigos de la libertad que perecerían antes de sostenerlo. Yo soy el primero que presto juramento, ¡o la igualdad reinará en Francia, o moriré combatiendo a los protectores y a los tribunos!... Los tribunos son los verdaderos enemigos del pueblo, a quien adulan para encadenarlo, haciendo sospechosa la virtud que se niega a envilecerse. Recordad a Arístides y a Foción, que no siempre asediaban la tribuna.» Brissot, al lanzar este dardo, volvióse hacia Robespierre, a quien indirectamente dirigía la injuria. Robespierre palideció y levantó bruscamente la cabeza. «No siempre asediaban la tribuna, repite Brissot, pues también ocupaban sus puestos, en el campo o en los tribunales. (Los girondinos se ríen sardónicamente acusando a Robespierre de abandonar su puesto en el peligro.) No desdeñaban ningún empleo, por modesto que fuese, cuando el pueblo se lo confiaba; hablaban poco de sí mismos, no adulaban a los demagogos, y nunca denunciaban sin pruebas. Los calumniadores no perdonaron nunca a Foción, que fué víctima de un adulator del pueblo. ¡Ah! ¡esto me recuerda la horrible calumnia proferida contra Condorcet! ¿Quiénes sois vosotros para calumniar a este gran hombre? ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde están vuestras obras, vuestros escritos? ¿Podéis citar, como él, tantos asaltos dados durante tres años

con Voltaire y d'Alembert, al trono, a la superstición, a las preocupaciones y a la aristocracia? ¿Dónde estaríais vosotros, dónde estaría esta tribuna sin esos grandes hombres? ¡Son vuestros maestros y los insultáis! ¡Despedazáis a Condorcet, cuya vida es una serie de sacrificios! De filósofo se hizo político; de académico, periodista; de cortesano, pueblo, y de noble, jacobino!... Tened cuidado, mirad que seguís los impulsos secretos de la corte... ¡Ah! No, no imitaré a mis adversarios, no repetiré los rumores que propalan, pagados por la lista civil.» (Circulaba el rumor de que habían ganado a Robespierre para que se opusiera a la guerra.) «Nada diré del comité secreto a que concurren y donde se conciertan los medios de obtener influencia en esta sociedad; pero afirmaré que siguen la misma marcha que los fautores de la guerra civil, y que, sin pretenderlo, ocasionan más daño a los patriotas que la corte. ¡Y en qué momento introducen la disensión entre nosotros! Cuando estamos en guerra con el extranjero y la guerra intestina nos amenaza... Demos tregua a estos debates, y tratemos de la orden del día, despreciando las odiosas y funestas denuncias.»

XX

Robespierre y Guadet, que habían sido igualmente provocados, se disputaron la tribuna. Guadet dijo: «Hace cuarenta y ocho horas que gravita sobre mi corazón la necesidad de justificarme, y sólo hace algunos minutos que esta necesidad pesa sobre el alma de Robespierre; a mí me corresponde hablar.» Se le concede el uso de la palabra y se disculpa brevemente, terminando de este modo: «Estado, sobre todo, con cuidado (señalando con el gesto a Robespierre), con esos oradores empíricos, que tienen siempre en la boca las palabras libertad, tiranía y conjuración, y que hacen su propio elogio mientras adulan al pueblo. ¡Que la justicia caiga sobre tales hombres!» «Al orden, gritó Fréron, amigo de Robespierre, llámese al orden a la injuria y al sarcasmo.» Las tribunas prorrumieron en aplausos y en silbidos, y los que ocuparon el salón se dividieron en dos ban-

dos que se apostrofaban; todos hacían gestos, y, poniéndose de pie, agitaron los sombreros en la punta de los bastones. «Bien claro me han llamado malvado, prosiguió diciendo Guadet, y ¿no he de denunciar a un hombre que antepone su orgullo a la causa pública, a quien, hablando sin cesar de patriotismo, abandona el puesto a que era llamado? Sí, os denunció un hombre, que, por ambición o por desgracia, ha llegado a ser el ídolo del pueblo.» El tumulto arrecia ahogando la voz de Guadet.

Robespierre reclama entonces silencio para que se oiga a su enemigo. «Pues bien, prosigue Guadet, atemorizado o enternecido con la fingida generosidad de Robespierre, os denunció un hombre que por amor a la libertad de su patria, debería expatriarse, porque es servir al pueblo ocultarse a su idolatría.» Estas palabras son ahogadas por carcajadas sardónicas, y Robespierre sube con afectada tranquilidad los escalones de la tribuna, provocando las sonrisas y los aplausos de los jacobinos. «Este discurso que acabáis de oír, satisface todos mis deseos, dice mirando a Brissot y a sus amigos, porque abarca todos los cargos que acumulan contra mí los enemigos de que estoy rodeado, y contestando al señor Guadet, habré contestado a todos. Me invitan a expatriarme, pero seguramente habría algún exceso de vanidad en mí, condenándome al ostracismo, porque ése es el castigo de los grandes hombres, y sólo el señor Brissot puede clasificarlos. Se me censura el ocupar constantemente la tribuna. ¡Ah! que se asegure la libertad; que la igualdad se afirme; que desaparezcan los *intrigantes* y huiré de esta tribuna y hasta de este recinto; porque entonces se habrá realizado el más sincero de mis deseos. Feliz con la dicha pública, pasaré tranquilamente los días en las delicias de una dulce e ignorada amistad.»

Estas palabras fueron interrumpidas por los murmullos de los amigos de Robespierre, quien se limitó a lo dicho, y difirió su respuesta hasta la sesión siguiente. Dantón ocupa el sillón presidencial para dirigir la lucha entre sus enemigos y su rival. Robespierre, elevando su causa a la altura de causa nacional,

defiéndose de haber sido el primero en provocar a sus adversarios y cita las acusaciones formuladas y las injurias lanzadas contra él por el partido de Brissot. «Jefe de partido, agitador del pueblo, agente secreto del comité austriaco, dice, tales son las calificaciones con que me designan, y las acusaciones a que se pretende que responda. No responderé como Escipión, ni como Lafayette, quienes, acusados en la tribuna del crimen de lesa nación, dieron la llamada por respuesta. Yo responderé con mi vida.

»Discípulo de J. J. Rousseau, me he inspirado en sus doctrinas para trabajar en favor del pueblo. El espectáculo de las grandes Asambleas en los primeros días de nuestra revolución me llenó de esperanza, pues bien pronto advertí la diferencia que hay entre estas Asambleas raquílicas compuestas de ambiciosos o de egoístas, y la nación misma. Mi voz fué ahogada allí; pero prefiero provocar los murmullos de los enemigos de la verdad, antes que obtener aplausos vergonzosos. Extendí mis miradas más allá del recinto, porque mi objeto era hacerme oír de la nación y del mundo, y por esto he fatigado a la tribuna; pero he hecho más, he dado a Francia a Brissot y a Condorcet. Estos dos grandes filósofos han ridiculizado y combatido a los clérigos, mas no por eso han dejado de hacer la corte a los reyes y a los poderosos, de quienes sacaron muy buen partido. (Risas.) No olvidéis con qué encarnizamiento han perseguido el genio de la libertad en la persona de Juan Jacobo, único filósofo que en mi concepto ha merecido los honores públicos que la intriga ha prodigado desde hace algún tiempo a tantos charlatanes políticos y a tantos héroes dignos del mayor desprecio. Brissot al menos debería estarme agradecido, porque, ¿dónde estaba él cuando yo defendía la sociedad de los jacobinos contra la misma Asamblea constituyente? Sin lo que yo hice en aquella época, no me hubiera ultrajado en esta tribuna, porque no existiría. ¡Yo, el corruptor, el agitador, el tribuno del pueblo! No soy nada de esto; lo que soy todo entero es pueblo. Me reconvenís porque abandoné mi puesto de acusador público; pero lo hice porque comprendí

que allí sólo podría acusar a los ciudadanos por delitos civiles, y me quitaría el derecho de acusar a los enemigos políticos, y precisamente por esto es por lo que el pueblo me ama. ¿Pretendéis que me condene al ostracismo para substraerme a su confianza? ¡El destierro! ¿con qué cara os atrevéis a proponérmelo? ¿adónde queréis que me retire? ¿en qué lugar seré recibido? ¿qué tirano me dará asilo? ¡Ah! Puede abandonarse la patria feliz, libre y triunfante; pero a la patria amenazada, despedazada y oprimida, no se abandona, se la salva o se muere con ella. El Cielo, que me dió un alma apasionada por la libertad y me hizo nacer bajo la dominación de los tiranos; el Cielo, que me trajo a la vida en medio del reinado y de las facciones y de los crímenes, me llama quizá para señalar con mi sangre el camino de la felicidad y de la libertad de los hombres. ¡Exigid de mí otro sacrificio, el de mi fama, y os lo haré, porque no deseo la reputación más que en beneficio de mis semejantes; y, si para conservarla es necesario traicionar con un cobarde silencio a la causa de la verdad y a la causa del pueblo, tomadla; manchadla... no la defiendo.

»Y ahora, después de haberme defendido podría atacaros; pero no lo haré, y os ofrezco la paz. Olvido vuestras injurias y devoro vuestros ultrajes; pero a condición de que combatiréis conmigo a los partidos que destrazan la patria, de los cuales es el más peligroso el de Lafayette, de ese falso héroe de dos mundos, que después de haber presenciado la revolución del nuevo, se esfuerza ahora por detener los progresos de la libertad en el antiguo. Y vos, Brissot, ¿no habíais reconocido conmigo que este jefe era el verdugo y el asesino del pueblo, y que el degüello del Campo de Marte había hecho retroceder la revolución veinte años? ¿Es acaso Lafayette menos temible hoy porque está a la cabeza del ejército? No. Apresuraos, pues, a empuñar la espada de la ley para cortar todas las cabezas de los grandes conspiradores. Las noticias que recibimos de su ejército son desconsoladoras, porque introduce la discordia entre los guardias nacionales y las tropas de línea, hace correr la sangre de los ciudadanos en Metz, y arresta a los

mejores patriotas de Estrasburgo. Os lo repito, se os acusa de todos estos males y debéis borrar esas sospechas, uniéndoos a nosotros. Reconciliémonos, pues, para salvar a la patria.»

LIBRO XIV

Los periódicos toman parte en las guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Se decreta la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Lafayette contemporiza.—Consideraciones acerca de Bélgica.—Coblenza, capital de la emigración francesa.—El conde de Provenza.—El conde de Artois.—El príncipe de Condé.—Luis XVI, rehén de Francia.—La reina es considerada como alma del gabinete austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick.

I

Quando Robespierre concluyó de pronunciar su elocuente discurso, que fué escuchado muy atentamente por los jacobinos, estaba muy avanzada la noche. Estos y los girondinos se separaron más irritados que nunca, y vacilaban ante este gran rompimiento, que, debilitando el partido de los patriotas, podía entregar el ejército a Lafayette y la Asamblea a los fuldenses. Pethión, amigo de Robespierre y de Brissot, querido por los jacobinos y en relaciones con la señora Roland, sostenía la balanza de su popularidad en equilibrio, temeroso de perderla si se inclinaba a una de las dos facciones, y, al siguiente día, intentó que se reconciliaran. «En ambos lados, dijo temblando, tengo amigos.» Hubo una tregua aparente; pero Guadet y Brissot hicieron imprimir sus discursos con adiciones injuriosas contra Robespierre y minaron sordamente su reputación con nuevas calumnias, provocando una nueva tempestad que estalló el día 30 de abril.

Tratábase de prohibir las denuncias de que no se aportasen pruebas. «Reflexionad, acerca de lo que se os propone, dijo Robespierre. Aquí la mayoría es de una facción, que pretende utilizar este medio para calumniarnos libremente y ahogar nuestras acusaciones en el silencio; si decretáis que se me prohíba defenderme de los libelistas conjurados en contra mía, abandonaré este recinto y me sepultaré

en un lugar solitario.» «Robespierre, allá te seguiremos», exclamaron algunas mujeres en las tribunas. «Se han aprovechado del discurso de Pethión, continuó diciendo, para lanzar odiosos libelos contra mí, hasta el extremo de que el mismo Pethión se ha indignado; pero su corazón se ha abierto al mío, y siente los ultrajes con que me agobian. Leed el diario de Brissot, y en él veréis que se me invita a no apostrofar al pueblo en mis discursos; sin duda es necesario que se prohíba pronunciar el nombre del pueblo bajo pena de pasar por faccioso o por tribuno. Me comparan a los Gracos, y tienen razón en compararme con ellos, aunque lo único que quizá haya de común entre nosotros será el trágico fin; pero, como si esto no fuera aún suficiente, me hacen responsable de un escrito de Marat que me designa para tribuno, predicando sangre y matanza. ¿He profesado nunca semejantes principios? ¿Tengo yo la culpa de la extravagancia de un escritor tan exaltado como lo es Marat?» Lasource, amigo de Brissot, al oír estas palabras, pide la palabra, pero no se le concede. Merlin pregunta si la paz jurada ayer puede obligar sólo a uno de los partidos y autorizar al otro para difundir calumnias contra Robespierre. La Asamblea, en la que reinaba en aquel momento un verdadero tumulto, impuso silencio a los oradores. Legendre acusó de parcialidad a la mesa; Robespierre abandonó la tribuna, y, acercándose al presidente, le dirigió, con gestos amenazadores, algunas palabras, que el ruido que había en la sala y las injurias que se proferían en las tribunas impidieron oír. «¿Por qué este encarnizamiento de los intrigantes contra Robespierre? — gritó uno de sus partidarios apenas se hubo restablecido la calma—. Porque es el único capaz de levantarse contra su partido, si consiguieran formarlo. Sí; en las revoluciones son necesarios estos hombres, que, sacrificándose, se entregan como víctimas voluntarias a los facciosos; el pueblo debe sostenerlos, y vosotros habéis encontrado estos hombres en Robespierre y Pethión. ¿Los abandonaréis a sus enemigos?» «No, no», gritaron miles de voces. Un decreto pro-

puesto por el presidente declaró que Brissot había calumniado a Robespierre.

II

La prensa intervino también en estas guerras intestinas de los patriotas, defendiendo cada periódico el partido a que pertenecía. «¡Robespierre!, decían las *Revoluciones de París*, ¿cómo es que este hombre, a quien el pueblo llevaba en triunfo a su casa al salir de la Asamblea constituyente, es hoy un problema? Durante mucho tiempo ha creído que era la única columna de la libertad francesa, su nombre era como el arca santa, que no se podía tocar sin ser herido de muerte; ha querido ser el representante del pueblo, pero no tiene ni el aspecto de orador, ni el genio que concierta las voluntades; ha animado los clubs con sus palabras, y el incienso que en su honor se quema en ellos, le ha embriagado; el dios del patriotismo se ha vuelto hombre. Su gloria llegó al apogeo el 17 de julio de 1791; pero desde entonces su estrella se ha eclipsado. Robespierre, los patriotas no quieren que hagáis exhibición de vuestra persona, pues cuando el pueblo se agolpa en torno de la tribuna donde subís, no es para oír vuestro propio elogio, sino para oír ilustrar la opinión pública. Sois incorruptible, sí; pero hay ciudadanos que valen más que vos, y no se alaban de ello. ¿Por qué no sois sencillo y virtuoso?

»Se os acusa, Robespierre, de haber asistido a la conferencia secreta, que se celebró no hace mucho tiempo en casa de la princesa de Lamballe en presencia de la reina María Antonieta, aunque se ignoran las condiciones del trato que habéis hecho con estas dos mujeres; pero se han observado desde aquel día algunos cambios en vuestras costumbres domésticas, habéis tenido el dinero necesario para fundar un periódico. ¿Se habrían concebido sospechas tan injuriosas contra vos en julio de 1791? Nosotros no creemos estas infamias; no creemos que seáis cómplice de Marat, que os ofrece la dictadura; ¡no os acusamos de imitar a César, haciéndose presentar la diadema por Antonio! no; pero tened cuidado, no hagáis tantos elogios de vos mismo. Opor-

funamente advertimos a Lafayette y a Mirabeau, e indicamos la roca Tarpeya a los ciudadanos que se creen más grandes que la patria.»

III

«¡Los miserables, respondía Marat, a quien entonces patrocinaba el acusado, pretenden hacer sospechosas las virtudes más puras! El genio de Robespierre les ofusca; pero les castiga con sus sacrificios, porque, aunque deseaba retirarse del campo de la política, ha permanecido en él por amor a la patria. Los hombres mediocres no se resignan a oír los elogios de otro, y la multitud cambia de héroes con frecuencia.

»La facción de los Lafayette, de los Guadet y de los Brissot los rodea, llamándole jefe de partido. ¡Robespierre jefe de partido! Suponen que ha introducido su mano en el vergonzoso tesoro de la lista civil y le atribuyen como crimen la escasa confianza que en él ha depositado el pueblo, como si un simple ciudadano, sin fortuna y sin poder, pudiera conquistar la popularidad más que con sus virtudes. ¡Como si el hombre que está aislado en medio de una sociedad de intrigantes, de hipócritas y de maulas, pudiera nunca llegar a ser temible! Pero este censor incorruptible les inquieta, dicen, suponiendo que se ha entendido conmigo para que se le ofreciera la dictadura. Pues yo declaro que Robespierre está tan lejos de disponer de mi pluma, como que jamás he tenido con él la menor relación; le he hablado una sola vez, y esta única conversación me ha convencido de que no es el hombre que busco para depositar en él el poder supremo, porque le falta la energía que reclama la Revolución.

»Las primeras palabras que me dirigió fueron para reconvenerme que mojaba mi pluma en la sangre de los enemigos de la libertad, censurándome que hablara siempre de horcas, de espadas y de puñales, palabras crueles que sin duda desaprobaba mi corazón y que desacreditaban mis principios; pero lo desengañé haciéndole entender que mi crédito en el pueblo no proviene de mis ideas, sino de mi audacia, del entusiasmo impetuoso

de mi alma, de mis gritos de rabia, de desesperación y de furor contra los malvados que ponen trabas a la marcha de la Revolución. Comprendo la cólera, la justa cólera del pueblo, y ésa es la razón por que me escucha y tiene confianza en mí. Los gritos de alarma y de furor, que os parecen palabras arrojadas al viento, son la más ingenua y sincera expresión de las pasiones que abrasan mi alma. Si yo hubiera dispuesto de los brazos del pueblo, después del decreto dictado contra la guarnición de Nancy, habría diezmado a los diputados que lo aprobaron; después de la instrucción que originaron los sucesos del 5 y 6 de octubre, habría hecho perecer en una hoguera a todos los jueces; ¡después del degüello del Campo de Marte, si hubiera contado con dos mil hombres animados de los mismos sentimientos míos, habría ido con ellos a dar de puñaladas a Lafayette en medio de sus batallones de pillos, a quemar al rey en su palacio y a degollar a nuestros representantes en sus sillas!... Robespierre me escuchaba espantado, palideció y guardó silencio durante largo rato; me alejé, con la impresión de que era un hombre íntegro, pero no un hombre de Estado.» En esta forma el malvado horrorizaba al fanático; Robespierre había inspirado piedad a Marat.

IV

Estas primeras luchas entre jacobinos y girondinos proporcionaban al hábil Dumouriez un doble punto de apoyo para el desarrollo de su política. La enemistad de Roland, de Claviere y de Serván no le inquietaban ya en el consejo, porque balanceaba su influencia con la alianza de sus enemigos; pero los jacobinos querían prendas y él se las ofrecía con la guerra. Dantón, tan violento, pero más político que Marat, repetía constantemente que la Revolución y los déspotas eran irreconciliables, y que no tenía Francia que esperar más salvación que la que proviniera de su audacia y de su desesperación. La guerra, según Dantón, era el bautismo o el martirio por que debía pasar la libertad, como una religión nueva, porque era preciso templar



nuevamente a Francia en el fuego, para purificarla de las manchas y de las vergüenzas pasadas.

Dumouriez, de acuerdo en esto con Lafayette y los fuldenses, deseaba también la guerra, pero la deseaba como soldado, para conquistar en ella la gloria y destruir las facciones. Desde que se había encargado del ministerio, trataba de obtener de Austria una respuesta decisiva, y había renovado casi todo el personal del cuerpo diplomático, reemplazándolos por hombres enérgicos. Sus despachos tenían acento bélico y militar, muy semejante a la voz del pueblo armado, intimando a los príncipes del Rin, al emperador, al rey de Prusia, al rey de Cerdeña y a España, para que reconocieran o combatesen al rey constitucional de Francia; pero, mientras los enviados oficiales pedían a los gabinetes extranjeros respuestas prontas y categóricas, los agentes secretos de Dumouriez trabajaban para separar a algunos Estados de la coalición que se formaba, haciéndoles ver las ventajas de la neutralidad para su engrandecimiento, y prometiéndoles después de la victoria la protección de Francia. No creyendo poder atraerse aliados, el ministro trataba al menos de proporcionar complicidades secretas a Francia; a cuyo fin corrompía por la ambición a los Estados que no podía dominar por el terror, restando fuerzas a la coalición con la esperanza de romperla más adelante.

V

El príncipe, cuyo ánimo se trataba de vencer con más ahinco, era precisamente el duque de Brunswick a quien el emperador y el rey de Prusia destinaban de común acuerdo para el mando de los ejércitos combinados contra Francia, esperando que éste llegara a ser el Agamenón de Alemania.

Carlos Federico Fernando de Brunswick-Wolfenbützel, educado en los campos de batalla, y familiarizado con las letras y los placeres, había respirado al lado del gran Federico el genio de la guerra, el espíritu de la filosofía francesa y el maquiavelismo de su maestro, y había hecho con este rey filósofo y soldado to-

das las campañas de la guerra de Siete Años. Firmada la paz, viajó por Francia e Italia, siendo acogido en todas partes como el héroe de Alemania. Como heredero del genio de Federico, había contraído matrimonio con una hermana del rey de Inglaterra, Jorge III. En la capital de su Estado, donde brillaban sus queridas y disertaban los filósofos, reuníanse el epicureísmo de las cortes y la austeridad de los campos, y él reinaba siguiendo los preceptos de los prudentes, aunque vivía según los ejemplos de los sibaritas; pero su alma de soldado, que se entregaba demasiado fácilmente a la belleza, no se extinguía en su amor, porque, aunque entregaba el corazón a las mujeres, reservaba la cabeza para la gloria, para la guerra y para el gobierno de sus Estados. Mirabeau, joven entonces, se detuvo en esta corte cuando fué a Berlín a recoger los últimos destellos del genio del gran Federico, y fué muy bien acogido por el duque de Brunswick, que supo apreciar su mérito. Estos dos hombres, colocados en rangos tan distintos, parecíanse por las cualidades y por los defectos que ambos tenían. Eran dos revolucionarios; pero, por las diferencias de posición, el resultado fué que Mirabeau quedó seducido por el soberano a quien tenía encargo de seducir. «La figura de este príncipe, dice en su correspondencia secreta, revela profundidad y destreza; habla con elegancia y precisión; es sumamente instruído, laborioso y perspicaz; tiene inmensas relaciones, que sólo debe a su mérito, y es económico hasta para sus pasiones, bien es verdad que su querida, la señorita de Hartfeld, es también la mujer más razonable de su corte. Verdadero Alcibíades, ama el placer, pero jamás abandona por él sus ocupaciones. En funciones de general prusiano, nadie madruga tanto, nadie es tan activo, tan minucioso y tan exacto como él. Bajo su aspecto tranquilo, que debe al dominio que tiene de sí mismo, su brillante imaginación y su temple ambicioso le arrebatan muchas veces; pero la circunspección que se impone y el reflexivo cuidado de la gloria le contienen sugiriéndole dudas, que son, quizá, su único defecto.» Desde entonces predijo Mirabeau al duque de Bruns-

wick la suprema influencia que tuvo en los negocios de Alemania después de la muerte del rey de Prusia, a quien se llamaba el gran rey.

El duque, que tenía entonces cincuenta años de edad, veíase obligado a reprimirse, cuando hablaba con Mirabeau, para no manifestar que amaba la guerra. «Las batallas no son más que juegos de azar, decía al viajero francés, en los que hasta ahora no he sido desgraciado; pero, ¿quién sabe si hoy, aunque más diestro, seré tan favorecido por la fortuna?» Un año después de haber dicho estas palabras, invadía triunfalmente a Holanda a la cabeza de tropas inglesas; y, algunos años más tarde, Alemania le nombraba generalísimo. Pero la guerra a Francia, que sonreía a su ambición de soldado, repugnaba a su alma de filósofo, porque comprendía que no podía combatir bien las ideas con que había sido educado. Mirabeau lo caracterizó con una frase profunda que profetizaba su molicie y las derrotas de la coalición que lo habían nombrado jefe. «Este hombre, dijo, posee un temple raro, pero tiene demasiada prudencia para que lo teman los prudentes.»

Esta frase explica el ofrecimiento que Custine, en nombre del partido monárquico de la Asamblea, hizo de la corona de Francia al duque de Brunswick. La francmasonería, religión secreta a que se habían afiliado casi todos los príncipes reinantes de Alemania, envolvía en sus misterios las inteligencias que mediaban entre la filosofía francesa y los soberanos de las orillas del Rin, pues hermanos en religión, no podían ser enemigos sinceros en política. El duque de Brunswick era en el fondo de su corazón más ciudadano que príncipe, y más francés que alemán, y, como el ofrecimiento del trono de Francia le había halagado, no podía combatir bien a un pueblo del que esperaba ser rey, ni a una causa que se desea vencer, pero no destruir. Tal era la situación de ánimo del duque de Brunswick, quien, consultado por el rey de Prusia, aconsejaba a este monarca que enviara sus fuerzas a Polonia para conquistar allí provincias en vez de conquistar principios en Francia.

VI

Dumouriez proponíase separar cuanto fuera posible a Prusia de Austria para tener sólo un enemigo a quien combatir, y, como además, la unión de estas dos potencias rivales y celosas le parecía tan contraria a la naturaleza, esperaba impedirlo o romperlo; pero el odio instintivo del despotismo contra la libertad frustró todas sus previsiones. Rusia, por la influencia de Catalina, obligó a Prusia y a Austria a que hicieran causa común contra la Revolución; el joven emperador Francisco I preparábase en Viena para combatir mucho más que para negociar; y el príncipe de Kaunitz, su ministro principal, contestaba a las notas de Dumouriez de una forma que equivalía a un desafío a la Asamblea nacional.

De estos documentos dió cuenta Dumouriez a la Asamblea, cuya justa cólera supo prevenir, manifestándose él mismo indignado y patriótico. Estas escenas de París repercutieron hasta en el gabinete del emperador de Viena, Francisco I, que asistía diariamente a las conferencias que celebraba el príncipe de Kaunitz, tendido en el lecho, con los enviados prusianos y rusos, encargados por sus soberanos de fomentar la guerra, reprimió, pálido y temblando de cólera, la lentitud de su ministro, y pidió al rey de Prusia que le confiara la dirección de la campaña. Propuso, como el medio más a propósito para economizar sangre, invadir de súbito el territorio francés, sorprendiendo la Revolución, y haciendo estallar en Francia la contrarrevolución con que le halagaban los emigrados. Acordóse de que el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe se reunirían en Leipzig para convenir las medidas más convenientes que Austria y Prusia podían adoptar; pero, mientras tanto, continuaban celebrando conferencias en Viena, Noailles, embajador de Francia, y el conde Felipe de Cobentzel, vicescanciller de la corte. Estas conferencias, donde luchaban para conciliarse dos principios tan opuestos como son la libertad de los pueblos y la soberanía absoluta de los monarcas, sólo sirvieron para hacerse

mutuas reconvenções. (El ultimátum de Cobentzel puso término a las negociaciones, haciendo estallar la guerra. Dumouriez la propuso al consejo, y conduxo al rey, como por la mano de la fatalidad, a que él mismo la propusiera al pueblo. «El pueblo, le dijo, creará en vuestra adhesión cuando os vea abrazar su causa y combatir a los reyes para defenderla.» El rey, rodeado de todos los ministros, presentóse inopinadamente en la Asamblea el 20 de abril después de salir del consejo. En el salón reinaba un silencio imponente; se presentía que iba a pronunciarse la palabra decisiva, y así fué. Después de la lectura de un extenso informe respecto a las negociaciones sostenidas con la casa de Austria, redactado por Dumouriez, el rey añadió con voz concentrada, pero firme: «Acabáis de oír la relación que se ha hecho en mi consejo, cuyas conclusiones han sido adoptadas por unanimidad, incluso por mí mismo. Habiendo ya agotado todos los medios para conservar la paz, vengo ahora, en cumplimiento de los deberes que me impone la Constitución, a proponeros formalmente la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.» Dichas estas palabras, el rey salió de la Asamblea en medio de los gritos y de las demostraciones de entusiasmo que resonaban en la sala y en las tribunas. El pueblo se reunió, Francia estaba segura de sí misma, siendo la primera en atacar a Europa conjurada en su contra. Creían los buenos ciudadanos que todos los disturbios interiores iban a cesar ante la gran conmoción del pueblo que defendía sus fronteras; que el proceso de la libertad iba a juzgarse en pocas horas en los campos de batalla, y que la Constitución sólo necesitaba una victoria para que la nación fuese en lo sucesivo libre dentro, y triunfante fuera. El rey volvió a entrar en palacio aliviado del peso cruel de sus irresoluciones. La guerra contra sus aliados y contra sus hermanos le había ocasionado muchas angustias, y el sacrificio hecho a la Constitución le parecía acreedor a la gratitud de la Asamblea. Identificándose con la causa de la patria, creía volver a encontrar la justicia y el amor del pueblo; pero la Asamblea se

separó sin deliberar, dando algunas horas menos a la reflexión que al entusiasmo.

VII

Uno de los principales fuldenses, llamado Pastoret, fué el primero que apoyó en la sesión de la noche la proposición de guerra, diciendo: «Se nos censura que deseamos votar el derramamiento de sangre humana en un acceso de entusiasmo: pero, ¿acaso es hoy cuando han empezado a provocarnos? La casa de Austria ha violado desde hace cuatrocientos años los tratados hechos con Francia. ¡Ved nuestros motivos! ¡no vacilemos, pues, la victoria será fiel a la libertad!»

Becquet, realista constitucional, orador reflexivo y valeroso, fué el único que se atrevió a oponerse a la declaración de guerra. «En un país libre, dijo, sólo debe combatirse para defender la Constitución ó la patria. Nuestra Constitución es de ayer, y es necesario tranquilidad para que se arraigue. Un estado de crisis como la guerra se opone a los movimientos regulares del cuerpo político; si vuestros ejércitos combaten fuera, ¿quién contendrá las facciones intestinas? Se os engaña diciéndoos que sólo tenéis que combatir con Austria, y que el resto del Norte permanecerá neutral; pero no creáis semejante cosa, pues ni aun Inglaterra puede permanecer neutral en este caso. Si las necesidades de la guerra os obligan a insurreccionar a Bélgica o a invadir a Holanda, se reunirá a Prusia para sostener el partido del estatúder contra vosotros. Inglaterra ama, sin duda alguna, la libertad que aquí se establece; pero su vida depende del comercio, y no puede abandonároslo en los Países Bajos. Esperad que se os ataque, y el pueblo combatirá entonces por vosotros, pues la justicia de una causa equivale a numerosos ejércitos; pero, si se pinta ante las naciones como pueblo inquieto y conquistador, que vive de las turbulencias y de la guerra, las naciones se alejarán de vosotros con espanto. Además, ¿no es la guerra la esperanza de los enemigos de la Revolución? ¿por qué complacerles ofreciéndosela? ¡Los emigrados, despreciables ahora, serán peligrosos cuando tengan el apoyo de los ejércitos de nuestros enemigos!»

Este profundo y sensato discurso, cien veces interrumpido por las risas sarcásticas y por las injurias de la Asamblea, concluyó en medio de los silbidos de las tribunas. Era necesario heroísmo en la convicción para oponerse a la declaración de guerra en una cámara francesa. Sólo Bazire, amigo de Robespierre, se atrevió a pedir, como Becquet, amigo del rey, un breve plazo para reflexionar antes de adoptar el acuerdo del derramamiento de sangre humana. «Si os decidís por la guerra, dijo, hacédla de modo que no parezca una traición.» Algunos aplausos indicaron que la alusión republicana de Bazire se había comprendido, y que era necesario primero separar al rey y a los generales sospechosos. «No, no, respondió Mailhe, decretad inmediatamente la libertad del mundo entero.» «Apagad, exclamó Dubayet, las teas de vuestras discordias en el fuego de los cañones y de las bayonetas», y Brissot solicitó: «Que se diera cuenta sin levantar la sesión.» «Declarad la guerra a los reyes y la paz a las naciones», añadió Merlin; y la guerra quedó decretada.

Condorcet, previamente advertido por los girondinos del consejo, leyó en la tribuna un proyecto de manifiesto a las naciones, cuyo espíritu era el siguiente: «Toda nación tiene derecho a darse leyes y cambiarlas a su antojo, y la nación francesa no podía dudar que verdades tan sencillas fueran aceptadas por todos los jefes de Estado; pero su esperanza ha resultado fallida, pues se ha formado una liga contra su independencia y nunca el orgullo de los tronos ha insultado más audazmente a la majestad de las naciones, siendo los motivos que alegan los déspotas contra Francia un ultraje a la libertad. Este orgullo, lejos de intimidarla, excita su ira. Disciplinar a los esclavos del despotismo exige algún tiempo; pero cualquier hombre es buen soldado cuando combate contra la tiranía.»

VIII

Pero el principal orador de la Gironda, Vergniaud, fué el último que subió a la tribuna, y dijo: «Debéis a la nación el tomar todas las medidas para asegu-

rar el éxito de la grande y terrible determinación con que habéis señalado este día memorable. Recordad la federación general en que todos los franceses ofrecieron su vida por la defensa de la libertad y la de la Constitución; recordad el juramento que prestasteis el 14 de enero, de sepultaros bajo las ruinas de este templo antes que consentir en la menor capitulación, ni en que se introdujera la más simple modificación en la ley fundamental. ¿Qué frío corazón no palpita en estos supremos momentos? ¿qué alma no se eleva, me atrevo a decir, hasta el cielo con las aclamaciones de la alegría universal? ¿qué hombre hay tan apático, que no se engrandece y eleva sus fuerzas por un noble entusiasmo a un grado superior a las de la humanidad? Pues bien; ¡dad aún a Francia, a toda Europa, el espectáculo imponente de aquellas fiestas nacionales! ¡Recobrad la energía que hace caer las Bastillas! Haced que resuenen en todos los puntos de la nación estas sublimes palabras: *¡Vivir libres o morir! ¡la Constitución sin modificación alguna, o la muerte!*, y que estos gritos lleguen hasta los tronos coligados contra vosotros, para hacerles saber que en vano se ha contado con nuestras divisiones interiores, porque, cuando la patria está en peligro, sólo tenemos un deseo: el de salvarla o morir. Pero si la fortuna hiciera traición, en los combates, a una causa tan justa como la nuestra, nuestros enemigos podrán insultar nuestros cadáveres; pero no sujetarán a un solo francés con sus cadenas.»

IX

Estas palabras de Vergniaud tuvieron eco en Berlín y en Viena. «Nos han declarado la guerra, dijo el príncipe de Kaunitz al embajador de Rusia, príncipe de Galitzin, en la tertulia del emperador, que es lo mismo que si os la hubieran declarado a vos.» El mando general de las fuerzas prusianas y austriacas fué confiado al duque de Brunswick, en lo que no se hizo más que ratificar la elección de Alemania, siendo la opinión quien lo había nombrado. Alemania se movilizó con lentitud, pues las federaciones son impropias para las gue-

rras repentinas, y los franceses rompieron las hostilidades antes que Prusia y Austria hubieran preparado sus armamentos.

Dumouriez había contado con esta lentitud de las monarquías alemanas. Su plan consistía en deshacer la coalición, e invadir rápidamente a Bélgica, antes que Prusia pudiera estar sobre el terreno. Si Dumouriez hubiera sido el inventor y el ejecutor de su plan, se habría concluido con Bélgica y Holanda; pero a Lafayette, encargado de llevar a efecto la invasión a la cabeza de cuarenta mil hombres, le faltaban la osadía y el ardor de aquel guerrero. General de salón, más que general de ejército, estaba acostumbrado a mandar ciudadanos en la plaza pública, pero no soldados en campaña. Valiente y amado por las tropas, pero más ciudadano que militar, había hecho la guerra de América con puñados de hombres libres y no con masas indisciplinadas, y su táctica consistía en no comprometer a sus soldados, defender con intrepidez las fronteras, morir generosamente en las Termópilas, arengar con heroísmo a los guardias nacionales, e interesar a sus tropas en pro o en contra de las opiniones. La osadía de la guerra en grande, que arriesga mucho para salvarlo todo y que descubre en un momento una frontera, para herir a un imperio en el corazón, no convenía a sus hábitos, y menos aún a su situación. Aunque general, Lafayette no había pasado de jefe de partido, y, al combatir al extranjero, miraba siempre hacia el interior, porque sin duda necesitaba la gloria para sostener la influencia y para reconquistar el papel de árbitro de la Revolución que empezaba a escapársele; pero, en primer término, necesitaba no comprometerse, porque una derrota lo hubiera perdido, y él lo sabía, no ignorando tampoco que quien no arriesga la derrota jamás puede vencer. Lafayette era general contemporizador, y perder el tiempo de la Revolución era perder toda la fuerza. La de las masas indisciplinadas consiste en la impetuosidad, y el que las contiene las pierde.

Dumouriez, impetuoso, que estaba instintivamente penetrado de esta verdad, se esforzó, en las conferencias que prece-

dieron al nombramiento de los generales, por inculcarla en el alma de Lafayette. Lo puso a la cabeza del principal cuerpo de ejército que debía penetrar en Bélgica, por creerlo el general más apto para fomentar las insurrecciones populares y para hacer que en las provincias belgas la guerra se convirtiera en revolución. Sublevar a Bélgica en favor de la libertad francesa, hacer su independencia solidaria de la nuestra, era lo mismo que arrancarla a Austria y volverla contra los enemigos.

Los belgas, según el plan de Dumouriez, debían conquistarnos a Bélgica, donde los gérmenes de la insurrección no estaban completamente extinguidos, y el paso de los primeros soldados franceses debía ponerlos en movimiento y reanimarlos.

X

Bélgica, largo tiempo dominada por España, profesaba un catolicismo lleno de supersticiones y de celos. La nación pertenecía al clero, cuyos privilegios parecíanle privilegios del pueblo, y, cuando José II, filósofo antes de tiempo, pero filósofo armado, había tratado de emanciparla del despotismo del sacerdocio, se insurreccionó, en 1790, contra la libertad que se pretendía darle, y tomó la defensa de los opresores. El fanatismo de los clérigos y el fanatismo de los privilegios municipales, reunidos por un solo sentimiento de resistencia contra José II, habían sublevado aquellas provincias. Los revoltosos tomaron a Gante y a Bruselas, y proclamaron la destitución de la casa de Austria de la soberanía de los Países Bajos. La revolución belga se dividió, apenas se consideró triunfante, formándose el partido sacerdotal y aristocrático, que deseaba una Constitución oligárquica, y el partido popular, que aspiraba a una democracia calcada en la Revolución francesa. Van-der-Noot, tribuno elocuente y cruel, era el alma del primer partido, y Van-der-Mersh, soldado intrépido, el jefe del partido popular, cuando la guerra civil aumentó los horrores de la guerra de la independencia. Van-der-Mersh, prisionero de los aristócratas y de los clérigos, fué encerrado en

un calabozo. Leopoldo, sucesor de José II, aprovechó estas disensiones para reconquistar a Bélgica, que, cansada de libertad antes de haberla disfrutado, se sometió sin resistencia. Van-der-Noot se refugió en Holanda, y Van-der-Mersh, puesto en libertad por los austriacos, fué perdonado generosamente. La guerra de la independencia fué reprimida por fuertes guarniciones austriacas; pero, el contacto de los ejércitos franceses, le hizo levantar nuevamente la cabeza.

Parecía que Lafayette había comprendido y aprobado este plan, por lo que se convino en que el mariscal de Rochambeau mandaría en jefe al ejército que amenazase a Bélgica, mientras Lafayette tendría a sus órdenes un cuerpo considerable que la invadiría, y, apenas verificada la invasión, mandaría él solo en los Países Bajos. Rochambeau, envejecido y gastado por la inacción, sólo tendría en esta forma los honores del rango, y Lafayette toda la parte activa de la campaña y toda la propaganda armada de la Revolución. «Este papel le conviene, decía el viejo mariscal, pues yo no entiendo nada de la guerra en el interior de poblaciones.» Hacer marchar a Lafayette sobre Namur, que estaba mal defendido, apoderándose de él; marchar desde allí sobre Bruselas y Lieja, dos capitales de los Países Bajos, que eran dos focos de la independencia belga; lanzar al mismo tiempo al general Biron con diez mil hombres sobre Mons contra el general austriaco Beaulieu, cuyo ejército sólo constaba de dos o tres mil hombres; destacar de la guarnición de Lila otro cuerpo de tres mil soldados que ocuparía a Tournay, y que, después de dejar guarnecida la ciudadela, fuera a engrosar el cuerpo de Biron; sacar de Dunkerque mil doscientos hombres para sorprender a Furnes; avanzar luego convergiendo al corazón de las provincias belgas con los cuarenta mil hombres reunidos bajo el mando de Lafayette; atacar, a la vez, en diez días a un enemigo mal preparado; insurreccionar las poblaciones que quedaran a la espalda; reforzar este ejército de ataque hasta completar el número de ochenta mil soldados, y agregarle los batallones belgas, levantados, en nombre de la independencia, para com-

batir al ejército del emperador a medida que fuera llegando de Alemania, tal fué el atrevido plan de campaña que concibió Dumouriez. Nada faltaba en él de cuantas condiciones eran necesarias para obtener un feliz éxito, más que un hombre que lo supiera ejecutar, y con arreglo a este plan fueron organizadas las tropas y distribuidos los mandos.

XI

El entusiasmo de Francia respondía al entusiasmo de su genio. Al otro lado del Rin hacíanse también los preparativos enérgica y ordenadamente; el emperador y el rey de Prusia se reunieron en Francfort, donde se les agregó el duque de Brunswick. La emperatriz de Rusia se adhirió a la agresión de las potencias contra Francia y envió sus tropas contra Polonia para extirpar allí los gérmenes de los principios que se iban a combatir en París. Alemania entera cedió a su pesar al impulso de los tres gabinetes, conmoviéndose por masas hacia el Rin. El emperador ensayó la guerra de los tronos contra los pueblos con su coronación en Francfort. El cuartel general del duque de Brunswick se organizó en Coblenza, capital de la emigración, donde celebró una entrevista el generalísimo de la confederación con el conde de Provenza y el conde de Artois, hermanos de Luis XVI, a quienes prometió devolverles en un plazo brevísimo la patria y el rango de que estaban desposeídos. Al duque le llamaban anticipadamente el *héroe del Rin* y el *brazo derecho de los reyes*.

Todo adquiría aspecto militar: los dos príncipes de Prusia, acantonados en un pequeño pueblo cerca de Coblenza, no disponían más que de una alcoba donde dormían en el suelo; el rey de Prusia era acogido en todas las riberas del Rin con salvas de artillería, y en todos los pueblos que atravesaba, los emigrados, el vecindario y las tropas le proclamaban el salvador de Alemania. Su nombre, escrito con letras de fuego en las iluminaciones preparadas para agasajarlo, aparecía rodeado de esta aduladora leyenda: *¡Viva Guillermo, exterminador de los franceses y restaurador de los derechos de los reyes!*

XII

Coblenza, ciudad, situada en la confluencia del Mosela y del Rin en los Estados del elector de Tréveris, habíase convertido en capital de la colonia francesa, donde se reunieron veintidós mil nobles en torno de los siete príncipes emigrados de la casa de Borbón. Estos príncipes eran el conde de Próvenza y el conde de Artois, hermanos del rey; los dos hijos del conde de Artois, el duque de Berry y el duque de Angulema; el príncipe de Condé, primo del rey; el duque de Borbón, su hijo, y el duque de Enghién, su nieto. Toda la nobleza militar del reino, exceptuando los partidarios de la Constitución, había abandonado las guarniciones o las fortalezas en que prestaban servicio para alistarse en aquella cruzada de los reyes contra la Revolución francesa.

Este movimiento, que armaba a los ciudadanos contra la patria e imploraba el auxilio extranjero para combatir a Francia, no revestía entonces a los ojos de la nobleza francesa el carácter patriótico que el patriotismo más ilustrado de los últimos tiempos le atribuye. Culpable ante la razón, era explicable ante el sentimiento, pues la infidelidad de la patria llamábase fidelidad al rey, y la deserción se llamaba honor.

La fe al trono era la religión de la nobleza francesa, que consideraba a la soberanía del pueblo como un dogma insolente, contra el cual era necesario desenvainar la espada, so pena de ser cómplice en el crimen. Esta nobleza había sufrido pacientemente los desmanes y los despojos personales de títulos y de riquezas que la Asamblea constituyente le había impuesto para destruir los últimos vestigios del feudalismo, o, por mejor decir, ella misma había hecho estos sacrificios a la patria en la noche del 6 de agosto; pero los ultrajes al rey le eran más intolerables que los suyos propios. Libertarlo de la cautividad; arrancarle a los peligros; salvar a la reina y a los príncipes; restablecer la majestad en toda su plenitud, o morir combatiendo por esta santa causa, reputábanlo como deber de su posición y de su sangre. Peli-

grando el honor por un lado, y la patria por otro, no había vacilado en defender el honor, todavía más santificado a sus ojos por la mágica palabra de adhesión; y, efectivamente, demostraban verdadera adhesión aquellos jóvenes y aquellos viejos abandonando los empleos en el ejército, los bienes, la patria y las familias, para agruparse en tierra extranjera en torno de la bandera blanca, desempeñando el servicio de simples soldados, y arrojando el destierro eterno, la expoliación, las fatigas de los campamentos, o la muerte en los campos de batalla. Si la adhesión de los patriotas a la Revolución era sublime como la esperanza, la decisión de los nobles emigrados era generosa como la desesperación. En las guerras civiles se debe juzgar a cada uno de los partidos desde el punto de vista de las ideas, porque las guerras civiles son casi siempre la expresión de deberes contrapuestos. El deber de los patriotas era la patria; el de los emigrados, el trono; uno de los dos partidos estaba, por consiguiente, equivocado, pero ambos creían cumplir con su deber.

XIII

Los emigrados formaban dos partidos muy distintos: los políticos y los combatientes. Los políticos agrupábanse alrededor de los condes de Provenza y de Artois; lanzaban imprecaciones, sin correr el menor peligro, contra las verdades de la filosofía y contra los principios de la democracia; escribían libros y periódicos en que presentaban a la Revolución francesa ante los soberanos extranjeros como una conspiración infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra Dios; formaban consejos de un gobierno imaginario, intrigaban en las misiones; forjaban planes; anudaban intrigas recorriendo todas las cortes; soliviantaban a los reyes y a los ministros contra Francia; se disputaban el favor de los príncipes franceses; devoraban sus subsidios y fomentaban hasta en el destierro la ambición, la rivalidad y la avaricia de las cortes.

Los militares sólo habían llevado a la emigración el valor, la indiferencia, la veleidad y la gracia del país natal y de

su profesión; Coblenza era el campo de las ilusiones y de la valentía, donde un puñado de hombres, creyéndose una nación, se apercebía, ejercitándose en las maniobras y en los campamentos de guerra, para reconquistar la monarquía. Los emigrados de todos los países y de todos los tiempos ofrecen siempre el mismo espectáculo, pues la imaginación tiene refracciones engañosas como el desierto. Creyendo llevar a la patria en la suela de los zapatos, como decía Dantón, sólo lleva su sombra, sólo acumula su cólera, y sólo encuentra piedad.

XIV

Las tres facciones en que se dividían los primeros emigrados pertenecían a estos diversos partidos.

El conde de Provenza, después Luis XVIII, era un príncipe filósofo, político, diplomático e inclinado por su genio a las innovaciones, enemigo de la nobleza y del clero, favorable a la democracia, y que hubiera perdonado la Revolución, si la Revolución hubiera respetado al trono. Como las enfermedades le prohibían el ejercicio de las armas, se dedicaba a la política, cultivaba su talento, estudiaba la historia, presintiendo la caída próxima, aunque temiendo la muerte probable de Luis XVI; creía en las vicisitudes de las revoluciones, y preparábase anticipadamente a ser el pacificador del país y el conciliador del trono y la libertad. Siendo poco varonil, tenía defectos y cualidades de mujer; necesitando amistades, se entregaba a favoritos, que escogía más por su gracia que por su mérito; y sólo veía a los hombres y las cosas al través de los libros o del corazón de los cortesanos que le rodeaban. Príncipe un poco teatral, colocabase como estatua del derecho y de la desgracia ante Europa; estudiaba sus actitudes, y hablaba académicamente de sus desgracias, encubriéndose con el manto de la adversidad a manera de víctima y de sabio. El ejército no lo quería.

XV

El conde de Artois, más joven que el conde de Provenza, favorecido por la naturaleza, y adulado por la corte y por

las mujeres, había adoptado el papel de héroe, y representaba en Coblenza el antiguo honor, la decisión caballeresca y el carácter francés. La nobleza de la corte, cuya gracia, elegancia y orgullo personificaba, adoraba en él. Tenía buen corazón y talento claro, pero sus conocimientos eran poco extensos. Filósofo por diversión y por ligereza antes de la Revolución, supersticioso después por seducción y por debilidad, desafiaba de lejos a la Revolución con su espada, aunque parecía más apto para irritarla que para vencerla, haciendo ya entonces las temeridades injustificadas y las provocaciones infundadas que debían, al fin, costarle el trono; pero su belleza, su gracia y su cordialidad, encubrían sus faltas de inteligencia, pareciendo que estaba destinado a no morir nunca. Viejo en edad, debía reinar y morir eternamente joven. En otra época, hubiera sido Francisco I, pero en la que vivía fué Carlos X.

El príncipe de Condé, militar por la sangre, por vocación y por oficio, despreciaba las dos cortes trasplantadas a las orillas del Rin, porque la suya era el campamento. Su hijo, el duque de Borbón, empezaba a ser militar bajo sus órdenes; y su nieto, el duque de Enghién, de diez y siete años de edad, le servía de ayudante de campo. Este joven príncipe era la gracia varonil del campo de los emigrados; su valor, su entusiasmo y su generosidad hacían suponer que sería un nuevo héroe de la heroica raza de los Condés; era digno de vencer en defensa de una causa más simpática, o de morir en pleno día sobre el campo de batalla, y no como murió algunos años después en el fondo del foso de Vincennes a la luz de una linterna y sin más compañía que la de su perro, y herido por las balas de un pelotón de hombres que salió a buscarlo de noche como se sale cuando se trata de cometer un asesinato.

XVI

Luis XVI temía las consecuencias de la guerra, pues comprendía que más que jefe era rehén de Francia, ante la cual respondía de los reveses de las armas con su cabeza, con la de su esposa y con la de sus hijos.

La prensa y los clubs denunciaban con mayor insistencia que nunca la existencia del *comité austriaco*, cuya alma era la reina, y estos rumores, que eran fomentados por el pueblo, costaban la popularidad a María Antonieta durante la paz; pero podían costarle la vida en caso de guerra. De modo que aquella desgraciada familia a quien se había acusado de hacer traición a la paz, era acusada ahora de traicionar a la guerra. Como en las situaciones falsas todo es peligroso, el rey advertía los peligros y acudía siempre a remediar el más próximo.

Envió un agente secreto al rey de Prusia y al emperador para rogar a estos soberanos que suspendieran las hostilidades, y que hicieran preceder la invasión de un manifiesto de conciliación que permitiese a Francia retroceder sin vergüenza, y que pusiera las vidas de la familia real bajo la responsabilidad de la nación. Este agente secreto era Mallet-Dupán, joven publicista ginebrino, establecido en Francia y mezclado en el movimiento contrarrevolucionario; amaba la monarquía por principios, y al rey por afecto personal. Salió de París con el pretexto de volver a Ginebra, su patria, desde donde fué a Alemania a conferenciar con el mariscal de Castries, confidente de Luis XVI en el extranjero, y uno de los jefes de los emigrados. Recomendado por el duque de Castries, se presentó en Coblenza al duque de Brunswick, y en Francfort a los ministros del emperador y del rey de Prusia, quienes se negaron a dar crédito a sus comunicaciones si no presentaba una carta del mismo rey. Luis XVI le envió estas tres líneas escritas de su mano en una tira de papel de dos pulgadas de ancho. «El portador de este billete conoce mis intenciones, y puede darse crédito a cuanto diga en mi nombre.» Este testimonio real de reconocimiento abrió a Mallet-Dupán los gabinetes de la coalición.

El negociador francés, el conde de Cobenzel, el conde de Haugwitz y el general Heyman, plenipotenciarios del emperador y del rey de Prusia, celebraron varias conferencias. Estos ministros, después de haber comprobado el título de la misión de Mallet-Dupán, hicieron que les

comunicara sus instrucciones, que eran: «que el rey unía sus súplicas a sus exhortaciones para rogar a los emigrados que, al tomar parte en la guerra, en nombre del restablecimiento de la monarquía, no le hicieran perder su carácter de guerra de potencia a potencia, pues, si así no lo hacían, provocarían una guerra civil que pondría en peligro la vida del rey y de la reina, derrumbaría el trono y haría degollar a los realistas. El rey añadía que suplicaba a los soberanos armados en favor suyo que distinguieran bien en el manifiesto la facción de los jacobinos del resto de la nación, y la libertad de los pueblos de la anarquía que los destroza; que declarasen formal y enérgicamente a la Asamblea, a los cuerpos administrativos y a las municipalidades, que responderían con sus cabezas de todos los atentados que se cometieran contra la sagrada persona del rey, de la reina y de los hijos de éstos, y, en fin, que anunciaran a la nación que la guerra no produciría ningún desmembramiento del territorio; que sólo se negociaría la paz con el rey, y que, por consecuencia, la Asamblea debía apresurarse a dejarlo en completa libertad para entablar negociaciones, en nombre del pueblo, con las potencias.»

Mallet-Dupán expuso en todo su desarrollo estas instrucciones con la superioridad de miras y la energía de adhesión al rey de que estaba animado. Describió con trágicos colores el interior del palacio de las Tullerías, y los terrores que continuamente asaltaban a la familia real; los negociadores se conmovieron hasta enternecerse; ofrecieron comunicar sus impresiones a su soberano, y aseguraron a Mallet-Dupán que los deseos del rey serían la regla y la medida de las palabras que el manifiesto de la coalición daría a la nación francesa.

Sin embargo, no le ocultaron su extrañeza de que el lenguaje de los príncipes franceses emigrados en Coblenza fuera tan opuesto a los propósitos del rey en París. «Manifiestan claramente, dijeron, la intención de reconquistar el reino por medio de una contrarrevolución; declararse independientes; destronar a su hermano y proclamar una regencia.» Después de esta entrevista, el confidente de

Luis XVI volvió a Ginebra, y el emperador, el rey de Prusia, los principales príncipes de la confederación, los ministros, los generales y el duque de Brunswick marcharon a Maguncia, donde las fiestas se interrumpían para celebrar consejos. Maguncia fué durante algunos días el cuartel general de los tronos, y allí se adoptaron por inspiración de los emigrados resoluciones extremas. Se decidió combatir cuerpo a cuerpo a la revolución que aumentaba más cuantos mayores miramientos se le guardaban, y las súplicas de Luis XVI y las advertencias de Mallet-Dupán fueron dadas al olvido y adoptado el plan de campaña.

XVII

El emperador habíase encargado de la suprema dirección de la guerra en Bélgica, donde el duque de Saxe-Teschén tenía el mando del ejército. Quince mil hombres debían cubrir la derecha de los prusianos, uniéndose a ellos cerca de Longwy; veinte mil hombres del emperador, mandados por el príncipe de Hohenlohe se situarían entre el Rin y el Mosela, cubrirían la izquierda de los prusianos, y operarían sobre Landau, Sarrelouis y Thionville. Un tercer cuerpo de ejército a las órdenes del príncipe Esterhazy y reforzado con cinco mil emigrados conducidos por el príncipe de Condé, amenazaría las fronteras, desde Suiza hasta Filipsburgo. El rey de Cerdeña situaría su ejército de observación sobre el Var y el Iser. Adoptadas estas disposiciones, resolvióse responder al terror con el terror, publicando en nombre del generalísimo duque de Brunswick, un manifiesto que no dejase a la Revolución francesa otra alternativa que la de someterse o morir.

Colonne inspiró el manifiesto; el marqués de Limón, antiguo apoderado de las haciendas del duque de Orleans, al principio ardiente revolucionario, y después emigrado y realista implacable, lo redactó y presentó al emperador, y éste hizo que lo aprobara el rey de Prusia, quien lo impuso al duque de Brunswick. El duque murmuró y pidió que se le facultara para dulcificar algunos términos, a lo que accedieron los soberanos;

pero el marqués de Limón, apoyado por el partido de los príncipes franceses, restableció el texto, lo que indignó al duque de Brunswick, que rasgó el manifiesto sin atreverse a desaprobarlo. La proclama, con todos sus insultos y todas sus amenazas, fué dirigida a la nación francesa, y el emperador y el rey de Prusia, instruidos de las secretas debilidades del duque de Brunswick por Francia, y de la oferta de la corona que los facciosos le habían hecho, procuraron que recayera la responsabilidad del documento sobre este príncipe, como venganza o como desaprobación. En este desafío de los reyes a la libertad, se amenazaba de muerte a todos los guardias nacionales que fuesen sorprendidos con las armas en la mano defendiendo la independencia y la patria, y, en el caso de que los facciosos infirieran el menor ultraje a la majestad real, se haría desaparecer a París de la superficie de la tierra.

LIBRO XV

Discordia en el consejo de Ministros.—Campamento de veinte mil hombres alrededor de París.—El rey rehusa nuevamente sancionar el decreto contra los clérigos.—Roland, Clavière y Serván son destituidos.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente a sancionar el decreto contra los clérigos.—Reuniones en el arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimisión.—Nuevo ministerio formado el 17 de junio.—Marcha Dumouriez al ejército.—Su adiós al rey.—La casa de la señora Roland, centro del partido girondino.—Se conspira para suprimir la monarquía.—Barbaroux.—Buzot, amigo de la señora Roland.—Dantón.—Su nacimiento.—Su retrato.—Hostilidades en Bélgica.—Desastres.—Sus causas.—Generales.—París consternado.—Estado de Francia.

I

Mientras el peligro próximo de una guerra a muerte agitaba al pueblo y amenazaba al rey, reinaba la discordia en el Consejo de ministros. Dumouriez acusaba al ministro de la Guerra, Serván, de seguir las inspiraciones de la señora Roland, con servilismo más parecido al amor que a la complacencia, y de hacer abortar el plan de invasión en Bélgica. Los amigos de la señora Roland, por su parte, amenazaban a Dumouriez de hacer que la Asamblea le pidiera cuenta de los seis millones de gastos secretos, respecto a

cuya inversión tenían sospechas. Guadet y Vergniaud estaban apercibidos con discursos y un proyecto de decreto para pedir también que se publicara la cuenta de estas sumas. A Dumouriez, que había conquistado con este dinero muchas amistades y cómplices entre los jacobinos y los fuldenses, le indignó esta sospecha y se negó en nombre del honor ultrajado al rendimiento de cuentas, ofreciendo solamente su dimisión. Con esta novedad gran número de miembros de la Asamblea, fuldenses y jacobinos, y hasta el mismo Pethiön, se pusieron de parte del ministro ultrajado, y le conjuraron que no abandonara el ministerio. Accedió Dumouriez, pero a condición de que se fiara sólo a su conciencia la distribución de aquellos fondos. Los girondinos, intimidados ante la amenaza de esta dimisión, y conociendo que necesitaban un hombre de su temple para suplir la debilidad de que ellos adolecían, renunciaron a presentar el anunciado proyecto de decreto y le dieron un voto de confianza pública. El pueblo le aplaudió al salir de la Asamblea, y estos aplausos resonaron dolorosamente en el conciliábulo de la señora Roland, a quien la popularidad de Dumouriez le daba envidia, porque ella la quería toda para su esposo y para su partido. Roland y sus colegas girondinos Serván y Claviere, redoblaban sus esfuerzos y violencias sobre el ánimo del rey, y acudían a las denuncias para conquistarlo. Adular a la Asamblea; lisonjear al pueblo; irritar a los jacobinos contra la corte; asediar al monarca con la imperiosa demanda de sacrificios, cuya imposibilidad reconocían ellos mismos; denunciarle sordamente a la opinión como causa de todos los males y como obstáculo a todo bien; obligarle, en fin, a fuerza de ultrajes y de insolencias a castigarlos para poder acusarlo como traidor a la Revolución: tal era su táctica, resultado de su debilidad más que de su ambición.

El propósito de denigrar al soberano, cuyos ministros eran, formaba el fondo de la conjuración de la señora Roland, para cuyo marido este modo de obrar no era sino efecto del mal humor, así como para sus colegas no era otra cosa que la consecuencia de la rivalidad de patrio-

tismo que sostenía con Robespierre. La señora Roland obraba por su pasión a la República, pasión que se exacerbaba contra el resto del trono, y que la sonreía con complacencia a las facciones dispuestas a destruir la monarquía. Cuando a las facciones les faltaban armas, la señora Roland y sus amigos se encargaban de prestárselas.

II

El ministro de la Guerra, Serván, dominado por la señora Roland, propuso a la Asamblea nacional que, sin oír la opinión del Consejo, se estableciera un campamento de veinte mil hombres alrededor de París. Este ejército, compuesto de federados escogidos entre los hombres más exaltados de las provincias, debía ser, según el plan de los girondinos, una especie de centro de la opinión, adicto a la Asamblea, que contrabalanzase la guardia del rey, comprimiendo la guardia nacional, y recordando aquella armada del Parlamento que, a las órdenes de Cromwell, había conducido a Carlos I al cadalso.

La Asamblea, a excepción del partido constitucional, aprobaba esta idea, porque el furor acepta siempre el arma que se le ofrece.

El rey sentía el golpe, y Dumouriez, que comprendía la perfidia, no pudo contener su cólera contra Serván en el Consejo, y lo recriminó como leal defensor del rey; pero el ministro de la Guerra sólo respondió con evasivas e insultos. Ambos ministros desenvainaron la espada y, a no haberlo impedido la presencia del rey y la intervención de sus colegas, hubiera corrido la sangre en el Consejo.

El rey no quería sancionar el decreto relativo al campamento de los veinte mil hombres; pero Dumouriez le dijo: «Es demasiado tarde. Vuestra negativa revelaría temores demasiado fundados, que es forzoso ocultar a vuestros enemigos. Sancionad el decreto, que yo procuraré neutralizar el peligro de este armamento.» El rey pidió tiempo para reflexionar.

Al día siguiente los girondinos presentaron a la sanción del rey el decreto referente a los eclesiásticos no juramenta-

dos; pero encontraron oposición en su conciencia religiosa. Apoyado en su fe, declaró el rey que antes perdería la vida que firmar la persecución contra la Iglesia. Dumouriez y los girondinos insistían para obtener la sanción; pero el rey se mantuvo inflexible. En vano Dumouriez le hizo ver que, rehusando dictar estas medidas legales contra el clero no juramentado, expondría a los sacerdotes al asesinato y sería él responsable de la sangre que se derramara; en vano le demostró que la negativa de esta sanción despopularizaría al ministerio, quitando toda esperanza de salvar la monarquía, y en vano se dirigió a la reina, haciendo un llamamiento a sus sentimientos de madre para inclinar el ánimo del rey, pues los ruegos de la reina fueron largo tiempo inútiles. El rey, en fin, citó a Dumouriez para celebrar con él una entrevista secreta por la tarde, previniéndole que le presentara tres ministros que reemplazaran a Roland, Claviere y Serván. Dumouriez, que ya los tenía preparados, presentó a Vergennes para Hacienda, a Naillac para Negocios Extranjeros y a Mourgues para el Interior. En cuanto a él se reservó el de la Guerra, ministerio de dictadura en momentos que toda Francia era un ejército. Profundamente irritados Roland, Claviere y Serván por una deposición que habían manifestado desear, pero que no esperaban, se apresuraron a exponer sus quejas y acusaciones ante la Asamblea, que los acogió como mártires del patriotismo. Las tribunas estaban ocupadas por sus parciales.

III

Roland, Claviere y Serván asistieron a la sesión con pretexto de dar cuenta de los motivos de su deposición. Roland leyó a la Asamblea la famosa carta confidencial dictada por su esposa, y que había leído al rey en su cámara, fingiendo creer que la remoción de los ministros era el castigo de su deber. Los consejos que daba al rey en la citada carta, se convirtieron también en acusación contra Luis XVI, quien jamás había recibido de los facciosos un golpe más terrible que el que le disparaba su ministro.

Las pasiones hacen variar los sentimientos del pueblo, y hay ocasiones en que la perfidia ocupa el lugar del heroísmo. Por eso los girondinos declararon a Roland un héroe, y se decretó la impresión de la carta, que fué enviada a todos los departamentos.

Roland salía de la Asamblea en medio de los aplausos, y Dumouriez era recibido con silbidos; pero éste, que tenía en la tribuna la misma sangre fría que en el campo de batalla, principió anunciando a la Asamblea la muerte del general Gouvión. «Ha sido feliz, dijo, habiendo muerto combatiendo contra el enemigo, sin presenciar las discordias que nos destrozan. Envidio su muerte.» Su acento revelaba la serenidad enérgica de un ánimo esforzado y la resolución de pelear hasta el último momento contra las facciones. Leyó después una memoria relativa al ministerio de la Guerra, en cuyo exordio, que era una agresión contra los jacobinos, reclamaba el respeto debido a los ministros del poder ejecutivo. «¿Oís a Cromwell?, gritó Gaudet con voz espantosa. Se considera ya tan seguro en el poder que pretende imponernos sus preceptos.» «¿Y por qué no?», respondió arrogantemente Dumouriez, volviéndose a la Montaña. Su serenidad impuso a la Asamblea y su actitud militar impuso respeto al pueblo. Los diputados fuldenses salieron con él, y le acompañaron a las Tullerías. El rey le dijo que consentiría en sancionar el decreto relativo al campamento de los veinte mil hombres, pero que no sancionaría el que se refería a los eclesiásticos, y mandó llevar al presidente de la Asamblea una carta escrita de su puño y letra, expresando los motivos de su veto. Los ministros se despidieron respetuosamente y salieron consternados.

IV

Al salir de palacio, supo Dumouriez que se habían formado numerosos grupos en el barrio de San Antonio, donde reinaba gran excitación, y volvió atrás para notificárselo al rey; pero, creyendo éste que se le quería amedrentar, retiró su confianza a Dumouriez, que hizo dimisión, y fué aceptada. A Chambonas se

le confió la cartera de Negocios Extranjeros; a Lejard, militar del partido de Lafayette, la de la Guerra; y la del Interior, a Monciel, constitucional fuldenero y amigo del rey. El 17 de junio, en que ocurrió esto, los jacobinos y el pueblo, guiado por los girondinos, promovieron un trastorno en París, donde se observaron síntomas de una insurrección próxima. Los nuevos ministros, sin fuerza armada, sin prestigio y sin partido, aceptaban la responsabilidad de los peligros preparados por sus predecesores. El rey habló otra vez con Dumouriez, despidiéndose ambos muy afectuosamente.

—¿Os vais, pues, al ejército? — preguntó el rey.

—Sí, señor — respondió Dumouriez—. Dejaría con placer esta ciudad de horrores, si no llevara conmigo el pesar de prever los disgustos que amenazan a V. M. Oídme, señor; ya no volveré a veros. Cincuenta y tres años de experiencia me han enseñado, y conozco que se abusa de vuestra conciencia al pretender que sancionéis el decreto referente a los eclesiásticos, por cuyo medio se os conduce a la guerra civil. Como no tenéis fuerza, sucumbiréis, y la historia, compadeciéndoos, os acusará de haber hecho desdichado a vuestro pueblo.

El rey estaba sentado junto a una mesa, donde acababa de firmar las cuentas del general; y Dumouriez permanecía en pie a su lado, con las manos cruzadas. El rey, tomándolas entre las suyas y con voz conmovida, pero que revelaba resignación, le dijo:

—Dios sabe que no tengo otro deseo que el de hacer feliz a Francia.

—No lo dudo — respondió Dumouriez, enternecido—; pero tenéis que dar cuenta a Dios no sólo de la pureza, sino también del uso discreto de vuestras intenciones. Creéis salvar la religión, y la destruíis. Los sacerdotes serán asesinados; os despojarán de vuestra corona; y hasta puede ser que vos, la reina, vuestros hijos...

No pudo proseguir y besó la mano del rey, que por su parte derramaba abundantes lágrimas.

—Espero la muerte — dijo el rey con tristeza — y desde ahora perdono a mis

enemigos. Os agradezco vuestro interés hacia mí; me habéis servido bien y del mismo modo os aprecio. ¡Qué Dios os haga más feliz que a mí!

Y, mientras pronunciaba estas palabras, Luis XVI acercábase al hueco de un balcón para ocultar su conmoción.

Dumouriez no volvió a verlo más. Durante algunos días permaneció en un barrio distante del centro de París; pero, viendo en el ejército el único lugar donde un ciudadano podía servir aún a la patria, partió para Douai, donde se encontraba el cuartel general de Luckner.

V

A los ministros girondinos les aterró la humillación de su caída, aunque disfrutando de antemano el placer de la próxima venganza.

—Heme aquí depuesto — dijo Roland a su esposa, al entrar en su casa—. No tengo otro pesar que el de que nuestra lentitud nos haya impedido tomar la iniciativa.

La señora Roland retiróse a una modesta vivienda sin perder en lo más mínimo su influencia, y sin echar de menos el poder, puesto que conservaba el genio, el patriotismo y los amigos. La conjuración no hizo más que cambiar de lugar, pasando toda entera del ministerio del Interior al pequeño círculo que la señora Roland reunía, y al que inspiraba su pasión.

Este círculo se ensanchaba diariamente. La atracción que esta mujer poseía, confundíase con la atracción de la libertad en el corazón de sus amigos, que adoraban en ella a la futura república, y el amor que éstos no se atrevían a confesar que le profesaban formaba parte de su política. Las ideas no llegan a ser activas y poderosas, sino cuando la pasión las vivifica, y la señora Roland era la pasión del partido.

Este atrajo a sus filas por aquel tiempo a un hombre extraño a la Gironda, pero cuya juventud, peregrina belleza y energía debían conducir naturalmente a esta facción de la ilusión y del amor dirigida por una mujer. Este joven era Barbaroux.

Barbaroux sólo contaba a la sazón veintiséis años de edad. Natural de Marsella, era hijo de una de las familias de marineros, que conservan en sus costumbres e inclinaciones algo del atrevimiento de su antigua profesión y de la agitación de su elemento. La elegancia de su figura, y la gracia ideal de su rostro recordaban las formas esbeltas que adoraba la antigüedad en las estatuas de Antinoo. La sangre de aquella Grecia asiática, cuya colonia es Marsella, revelábase en el perfil del nuevo Foción. Enriquetado Barbaroux con dones físicos e intelectuales, se ejercitó desde luego en la oratoria, don de los naturales del Mediodía. Habiendo seguido la carrera de abogado, defendió con habilidad algunas causas; pero el poder y la sinceridad de su alma rechazaban esa elocuencia frecuentemente mercenaria, que sólo finge la pasión. Necesitaba defender causas nacionales en las que, al mismo tiempo que la palabra, ejercitara el alma. El período revolucionario en que había nacido se las ofrecía, y esperaba impacientemente la ocasión y el momento de servir las.

La juventud no le había permitido aún entrar en la escena a que deseaba lanzarse, y pasaba la vida en la pequeña aldea de Olioules, donde su familia tenía una pequeña propiedad, oculta en la escasa sombra que prestan las encinas y alcornoques a las pendientes calcinadas de este valle. Allí se ocupaba en el cultivo de los frutos, que el ardor del sol y la aridez del suelo disputaban a las rocas, y, durante los ratos de ocio estudiaba las ciencias naturales, manteniendo correspondencia con dos suizos, cuyos sistemas de física embargaban entonces la atención del mundo científico: los señores Saussure y Marat. Empero, la ciencia no bastaba a un alma que reboaba pasión, y Barbaroux la ponía en las poesías en que ejercitaba su inspiración, poesías elegíacas ardientes como el mediodía, o vagas como el horizonte del mar que se extendía ante sus ojos. Adviértese en aquellas composiciones la melancolía meridional, cuya languidez tiene más de voluptuosa que de débil, y que se parece a los cantos que entona el soldado, sentado al sol, antes o después de la acción

guerrera. Así había comenzado también su vida Mirabeau, porque los genios más enérgicos se revelan frecuentemente en la tristeza, como si el germen de su vida contuviera el presentimiento de su ulterior destino. Se diría, leyendo los versos del joven Barbaroux, que, al través de sus primeras lágrimas, preveía sus faltas, su expiación y el cadalso.

VI

Había ya sido elegido Mirabeau y habían tenido lugar las agitaciones que siguieron a esta elección, cuando Barbaroux fué nombrado secretario del ayuntamiento de Marsella. Noticioso de las revueltas de Arlés, empuñó las armas y se puso al frente de los jóvenes marseleses para oponerse a los dominadores del Condado. Su aspecto marcial, su semblante, su vehemencia y su voz le designaban para jefe en cuanto emprendía; comisionado en París para notificar a la Asamblea nacional los sucesos del Mediodía, los girondinos Vergniaud y Guadet, que deseaban conceder la amnistía a los criminales de Aviñón, lo lisonjearon para atraerlo a su partido. Barbaroux, que con la fogosidad propia de la juventud, no justificaba a los verdugos de Aviñón, pero detestaba a las víctimas, era el hombre que los girondinos necesitaban. Sorprendidos de su elocuencia y entusiasmo, lo presentaron a la señora Roland, quien, encontrándose en todo el esplendor de su belleza y con toda la emoción de sensibilidad que la pureza de costumbres no había podido extinguir en su corazón libre, habla de él con el más tierno acento. «Había leído, dice, en el gabinete de mi esposo las cartas de Barbaroux, llenas de convicción y de sabiduría prematuras; pero, cuando le vi, por haberse afiliado en el partido de los girondinos, quedé admirada de su juventud. Lo tratamos más después de nuestra salida del ministerio, y entonces fué, cuando reflexionando acerca de la situación crítica por que atravesaban los negocios públicos y temiendo el triunfo del despotismo en el norte de Francia, concebimos el proyecto de formar una república en el Mediodía. «Esto ocurrirá necesariamente», me de-

cía sonriendo Barbaroux; pero los marselleses que llegaron a París nos dispensaron de recurrir a este medio.»

VII

Habitaba entonces Roland en el último piso de una casa sombría de la calle de Santiago, casi debajo del tejado, como un filósofo, esclarecido por su esposa. Presente ésta a todas las conversaciones de Roland, asistía también a las conferencias que celebraba con el joven marsellés. Barbaroux refiere con estas palabras la sesión que tuvieron cuando a ambos se les ocurrió la primera idea de establecer la república: «Se encontraba presente esta mujer admirable, cuando Roland me preguntó los medios que yo pensaba que pudieran adoptarse para salvar a Francia. Le abrí francamente mi corazón, y mis confianzas avivaron las suyas. Perderemos la libertad, decía, si no hacemos fracasar inmediatamente los complots de la corte. Lafayette proyecta traicionarnos en el Norte; el ejército del centro se encuentra sistemáticamente desorganizado, y dentro de seis semanas estarán los austriacos en París. Y ¡habremos empleado tantos años en hacer la más grande de las revoluciones, para verla destruída en un solo día! Si la libertad desaparece de Francia, quedará perdida para el resto del mundo; se defraudarán todas las esperanzas de la filosofía, y las preocupaciones y la tiranía imperarán nuevamente en todo. ¡Prevengamos este infortunio, y si el Norte se esclaviza, llevemos con nosotros la libertad al Mediodía y fundemos en alguna parte una colonia de hombres libres! La esposa de Roland lloraba escuchándolo, y yo me enternecía observándola. ¡Oh! ¡qué verdad es que los desahogos de la confianza alivian y fortifican las almas afligidas! Yo bosquejé rápidamente el cuadro de esperanzas y recursos que la libertad podría encontrar en el Mediodía, y el rostro de Roland se iluminó de júbilo; me estrechó la mano, y ambos trazamos sobre la carta geográfica de Francia los límites del imperio de la libertad. Comprendían desde el Doubs, de l'Ain y el Ródano hasta la Dordoña, y desde las inaccesibles mon-

tañas de Auvernia hasta la Durance y el mar. Yo escribía, bajo el dictado de Roland, pidiendo a Marsella un batallón y dos cañones, y, convenidas estas bases, dejé la casa, penetrado de un sentimiento respetuoso hacia aquel matrimonio. Cuando volví a ver a los señores Roland, en la época en que el marido fué ministro por segunda vez, vivían tan modestamente como en el humilde retiro en que los había conocido, pues Roland es de todos los hombres de la época el que en mi opinión se parece más a Catón, aunque es preciso confesar que debe en gran parte a su mujer el valor y el talento que posee.»

Así nació el pensamiento de una república federativa en la primera entrevista de Barbaroux y la señora Roland. Esto que ellos preveían como resolución desesperada en caso de que peligrase la libertad, sirvió para lanzar en contra suya la acusación de un complot. En el primer suspiro de patriotismo de dos almas ardientes que se encuentran, se adivinan y se unen por un atractivo irresistible, consistió el único crimen que cometieron.

VIII

Los girondinos, exentos desde entonces de todo compromiso con el rey y con los ministros, conspiraban secretamente en casa de los señores Roland, y públicamente en la tribuna, para derrocar la monarquía, pareciendo que envidiaban a los jacobinos el honor de asestarle golpes más mortíferos. Robespierre no hablaba todavía más que en nombre de la Constitución, amparándose en la ley, pero sin ponerse al frente del pueblo. Los girondinos hablaban ya de la república, y su aspecto hacía suponer que estaban próximos a dar un golpe de Estado en sentido republicano. Los conciliábulos en casa de Roland eran más frecuentes y prolongados, concurriendo a ellos algunos nuevos afiliados: Roland, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Condorcet, Pethión, Lanthenas que, llegado el momento del peligro, los vendía; Valazé, Pache, que perseguía y diezmaba a los amigos; Grangeneuve, Louvet, que, a pesar de la ligereza de sus costumbres, tenía un va-

lor heroico; Chamfort, familiar de los grandes, espíritu brillante y corazón rencoroso, que desconfiaba del pueblo antes de haberle servido; Carra, periodista popular y entusiasta partidario de la república, que deliraba por la libertad; Chénier, poeta de la Revolución y destinado a sobrevivirla, que le rindió culto hasta la muerte bajo la tiranía del imperio; Dusaulx, que ocultaba bajo sus cabellos blancos el entusiasmo de la juventud por la filosofía, y que era el Nestor y el moderador de todos estos jóvenes, y Mercier, que se burlaba de todo, incluso de las prisiones y de la muerte.

IX

Entre todos estos hombres, a quienes el entusiasmo revolucionario agrupaba en torno de la señora Roland, el preferido por ésta era Buzot. Más adicto a esta mujer que a su partido, Buzot era para ella un amigo, en tanto que los demás sólo eran sus instrumentos o sus cómplices. A Barbaroux lo había conocido muy pronto; pero este conocimiento, mezclado con cierto pesar, era como el arrepentimiento del favor secreto que la belleza de este joven le había arrancado. La señora Roland acusábase de haberlo encontrado demasiado bello, y quería preservar su corazón contra el atractivo de sus miradas. «Barbaroux es ligero, decía, las adoraciones que mujeres fáciles le prodigan, perjudican la gravedad de sus sentimientos. Cuando contemplo a estos jóvenes demasiado envanecidos por la impresión que producen, como Barbaroux y Herault de Sechelles, no puedo menos de persuadirme de que se adoran demasiado a sí mismos para adorar bastante a la patria.»

Si es lícito levantar el velo que cubre el corazón de esta mujer virtuosa más de lo que ella lo ha levantado, temerosa de descubrir un pensamiento contrario a sus deberes, se adquiera la persuasión de que su afecto instintivo la había inclinado un momento a Barbaroux, pero que su ternura reflexiva la dedicaba a Buzot. No pueden el deber ni la libertad ocupar por completo el alma de una mujer joven y apasionada como la señora Roland, porque el deber hiela el cora-

zón, la política lo engaña, la virtud lo contiene y el amor lo llena. La señora Roland amaba a Buzot, y Buzot adoraba a la señora Roland, que era su inspirador y su ídolo. Acaso no se revelaron nunca uno a otro con palabras este sentimiento, que habría sido menos sagrado, si hubiera llegado a ser culpable; pero, lo que se ocultaban involuntariamente, lo descubrió la muerte, porque, en los últimos días, en las últimas horas de ambos, se cruzaron miradas, suspiros y palabras que dejaron entrever el secreto fielmente guardado durante la vida. Sin embargo, este secreto, así revelado, encubre el misterio de su pasión, pues la posteridad, que tiene el derecho de entrever, no tiene el de acusar.

Roland, anciano estimable pero melancólico, tenía las exigencias de la debilidad, sin el reconocimiento y la gratitud a que era acreedora su esposa, que le era fiel, más por respetarse a sí misma, que por el amor que le profesaba. Ambos defendían la causa de la libertad; pero el fanatismo de él era frío como el orgullo, mientras que el de ella era inflamable como el amor. La señora Roland inmolábase diariamente a la gloria de su marido, sin que éste apenas advirtiese el sacrificio. Ella soportaba con valor este yugo, aunque le parecía pesado; pero, en cambio, al hablar de Buzot, llena de complacencia, lo describía como el ideal de una felicidad interior, diciendo: «Sensible, ardiente, melancólico, contemplador, apasionado de la naturaleza, y nacido para agradar y para proporcionar la felicidad, este hombre olvidaría el universo en las dulzuras de sus virtudes privadas. El vulgo, que se complace en rebajar al que no puede imitar, le acusa de delirante, porque lo cree capaz de ímpetus sublimes y de constantes afectos. De aspecto agradable y elegante presencia, procura que su traje tenga la propiedad y la decencia que revelan el respeto de sí mismo y atraen el de los demás. Mientras la hez de la nación confía a los aduladores y a los corruptores del pueblo la dirección de los negocios públicos, y mientras los asesinos juran, beben y se visten con harapos para hermanarse con el populacho, Buzot profesa la moral de Sócrates y conserva la polí-

tica de Escipión. Por este motivo se allana su casa y se le destierra como a Arístides, y estoy asombrada de que no hayan decretado que se olvide su nombre.» El hombre de quien la señora Roland hacía tales elogios el día antes de morir, estaba entonces desterrado, errante, refugiado en las grutas de Saint-Emilión, y cayó como herido por el rayo, quedando como loco, cuando supo la muerte de la mujer a quien adoraba.

Dantón, cuyo nombre comenzaba a repetir la multitud por haber adquirido una celebridad hasta entonces harto trivial, solicitaba en la misma época la intimidad de la señora Roland. ¿Cuál era el secreto del ascendiente de este hombre? ¿de dónde procedía? ¿en qué se fundaba? ¿adónde se dirigía? Se remontaba a su origen, a su primera aparición en escena, a sus relaciones con los personajes célebres de la época. Buscábase la causa de su prodigiosa popularidad; pero ésta estaba principalmente en su natural carácter.

X

Dantón no era solamente uno de los aventureros de la demagogia que surgen, como Masaniello o Hebert, del hervidero de las turbas; su procedencia venía de las clases intermedias del pueblo y del centro de la nación. Su familia, pura, honrada, propietaria e industrial, de antiguo nombre y de costumbres loables, estaba domiciliada en la pequeña ciudad de Arcis-sur-Aube, en cuyas inmediaciones poseía una casa de labranza, figurando en el número de las familias modestas, pero respetadas, que tienen por patrimonio el suelo y por principal ocupación el cultivo, que dan a sus hijos una educación literaria muy esmerada, preparándolos para el ejercicio de las profesiones liberales. El padre de Dantón había muerto joven, y su madre había contraído segundas nupcias con un fabricante de Arcis-sur-Aube, que poseía una pequeña fábrica de hilados. Todavía existen hoy fuera de la ciudad y a la orilla del río en un sitio delicioso, la casa medio elegante y medio rústica y el jardín en la margen del Aube donde pasó Dantón su infancia.

Su padrastro, el señor Ricordín, cuidó de su educación con el mismo esmero que si fuera hijo propio. El niño era de genio abierto, amable y hacíase querer a pesar de su fealdad y su aturdimiento, porque su prematura inteligencia hacía olvidar la fealdad, y una caricia de la madre apaciguaba su viveza. Había estudiado en Troyes, capital de la Champagne. Rebelde a las reglas de la disciplina escolástica, perezoso en el trabajo, pero querido por sus maestros y condiscípulos, poníase en un momento por su rara comprensión al nivel de los más aplicados. Su talento le dispensaba de reflexionar. Sus colegas le llamaban Catilina, nombre que él aceptaba y que representaba algunas veces en las sediciones y tumultos que suscitaba o calmaba con sus arengas, como si ensayara en las aulas el papel que estaba destinado a representar en su vida.

XI

Al llegar a edad avanzada, los señores Ricordín lo posesionaron, después de su educación, de la modesta fortuna de su padre; y entonces vino a París para terminar la carrera de leyes, obteniendo después una plaza de abogado en el Parlamento, en cuyo cargo se ejerció poco y sin lucimiento. Despreciaba las sutilezas legales, porque su alma y su palabra se acomodaban mejor a las grandes causas del pueblo y del trono.

Comenzaban las ruidosas agitaciones de la Asamblea constituyente, y Dantón, intrépido y apasionado, impacientábase por tomar parte en ellas. Buscando los hombres célebres cuyas palabras resonaban en toda Francia, se asoció a Mirabeau y entró en relaciones con Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Pethión, Brune, después mariscal, Fabre d'Eglantine, el duque de Orleans, La Croix, Laclós y con todos los agitadores más o menos ilustres que a la sazón conmovían al pueblo de París, pasando los días en las tribunas de la Asamblea, en los cafés y en los paseos, y las noches en los clubs. Algunas frases oportunas, algunas breves arengas, algunos resplandores de genio y, sobre todo, su cabellera semejante a la melena de un león, su

figura gigantesca y su voz aterradora lo hicieron famoso. Empero, bajo las cualidades puramente físicas de orador, las personas sensatas advirtieron en él profundo buen sentido y conocimiento instintivo del corazón humano, adivinando en el agitador al hombre de Estado. Dantón, en efecto, leía la historia, estudiaba a los oradores antiguos, se ejercitaba en la verdadera elocuencia, que instruye apasionando, y premeditaba ocupar un alto puesto. Deseaba que la Revolución lo elevase bastante para poder dominarla después.

Desposado con la señorita Charpentier, hija de un cafetero del muelle de l'Ecole, regularizó sus costumbres y abandonó insensiblemente los desórdenes de la juventud, cambio que produjo el ascendiente que su esposa adquirió sobre él por la ternura y el cariño, extinguendo el fuego de sus pasiones, pero no el de la ambición a un gran destino. Retirado Dantón a una pequeña vivienda del tribunal de comercio, cerca de su madre política, vivía en una estudiosa medianía, no recibiendo más que a un reducido número de amigos admiradores de su talento y asociados a su suerte, siendo Pethiön, Camilo Desmoulins y Brune los que con más frecuencia le visitaban. De estos conciliábulos salían las señales de las grandes sediciones; pero los subsidios secretos de la corte tentaron la codicia del jefe de la juventud revolucionaria, que los empleó en excitar y moderar a la vez las agitaciones de la opinión.

De su primer matrimonio tuvo Dantón dos hijos, a quienes su muerte dejó huérfanos en la infancia y que heredaron su modesto patrimonio de Arcis-sur-Aube. Estos dos hijos de Dantón, horrorizados con la triste celebridad de su nombre, vivieron retirados en una posesión rural de su familia, que cultivaron con sus propias manos, ocultando en una honrada y laboriosa mediocridad el renombre de su padre. Como el hijo de Cromwell, prefirieron la obscuridad y el silencio al siniestro resplandor de su nombre, permaneciendo célibes a fin de que su apellido se extinguiera en ellos.

Dantón, a quien su ambición revelaba el próximo cambio de fortuna favorable

a los girondinos, ansiaba unir su suerte a la de este partido, aportando a él su valor y su importancia. La señora Roland lo lisonjeaba; pero, con temor y repugnancia, como la hembra acaricia al león.

XII

Mientras los girondinos avivaban en París la cólera del pueblo contra el rey, principiaron en Bélgica las hostilidades por contratiempos que se atribuían a las traiciones de la corte; pero no fueron sólo éstas las causas que originaron aquellas desgracias. La perplejidad de los generales que no supieron inspirar a las tropas el valor que arrastra a las masas y que intimida a los que se resisten; la desorganización del ejército, que, privado, por la emigración, de sus antiguos oficiales, no tenía aún confianza en los nuevos, y la insubordinación, elemento de las revoluciones que los clubs y el jacobinismo fomentaban en los cuerpos, contribuyeron muy poderosamente al desarrollo de los sucesos.

Lafayette, en vez de marchar inmediatamente sobre Namur, conforme al plan de Dumouriez, perdió el tiempo reuniendo y organizando el ejército en Givet y en el campo de Ransenne, y lejos de dar con su ejemplo a los generales subalternos la señal de la invasión y de la victoria ocupando a Namur, tanteó al país con diez mil hombres, dejando el resto de la fuerza acantonada en Francia, y replegándose al primer amago de descalabro que sufrieron los destacamentos de Birón y de Teobaldo Dillon. Estos descalabros fueron afrentosos para las tropas francesas, aunque parciales y pasajeros, pues se debieron al aturdimiento del ejército, poco acostumbrado a la guerra, que se amedrentaba al empezar a combatir contra toda Europa; pero que no tardó en fortalecerse. El duque de Lauzún, segundo de Lafayette, y conocido por el general Birón, era un cortesano convertido sinceramente al partido del pueblo. Joven, bello, caballeroso, dotado de la serenidad intrépida que se burla de la muerte, se afilió en el partido republicano con todo el honor aristocrático. Querido por los soldados, amado

por las mujeres, franco en los campamentos, y taimado en la corte, era alumno de aquella escuela de brillantes vicios, cuyo tipo había sido en Francia el mariscal de Richelieu. Decíase que la reina lo había amado sin haber podido fijar su inconstancia. Amigo del duque de Orleans y su compañero de orgías no había, sin embargo, conspirado jamás con él, pues odiaba la perfidia y le indignaba la bajeza. Adoptaba la Revolución como idea elevada y quería ser soldado, pero no cómplice suyo. No era traidor al rey, y rindió siempre culto de piedad y de ternura a la reina. Apasionado por la libertad y por la filosofía, en vez de fomentarlas con facciones las defendía en la guerra, modificando su afecto a los reyes por afecto a la patria. La noble causa que defendía y las trágicas escenas de la Revolución templaron y afirmaron su carácter, impulsándole a combatir y a morir con la serenidad del héroe.

Estaba acampado con diez mil hombres en Quievrain, cuando rompió la marcha contra el general austriaco Beaulieu que, con muy escasas fuerzas, ocupaba las alturas de Mons. La vanguardia de Birón, formada por dos regimientos de dragones, se sobrecogió de terror pánico cuando vió las tropas de Beaulieu. Los soldados exhalaban el grito de traición y fueron vanos los esfuerzos que realizaron los oficiales para contenerlos, pues volvieron grupas sembrando el desorden y el miedo en las columnas. El ejército entero se dispersó y huyó maquinalmente. Birón y sus ayudantes de campo se precipitaron en medio de las tropas para contenerlas y rehacerlas; pero fueron atropellados por los fugitivos, que pasaron por encima de sus cuerpos, les hicieron algunos disparos de fusil, y se apoderaron de las tiendas de campaña, de la caja militar y hasta del equipaje de Birón.

Mientras esta derrota sin combate humillaba en Quievrain al ejército francés al dar su primer paso, los asesinatos cometidos en Lila ensangrentaban su bandera. El general Dillón había salido de la ciudad con tres mil hombres, marchando sobre Tournay, y a poca distancia encontró en una llanura al enemigo en número de novecientos hombres. A

su vista, la caballería francesa dió el grito de traición, atropelló a la infantería, pasando sobre ella y huyó hasta Lila sin ser perseguida, abandonando la artillería, los carros y los equipajes. Dillón, arrastrado por sus propios escuadrones hasta Lila, fué asesinado al llegar a la ciudad por sus soldados, cayendo a su lado el coronel de ingenieros, Berthois, atravesado a bayonetazos por los traidores que lo abandonaron. Los cadáveres de estas dos víctimas sacrificadas al terror, fueron colgados en la plaza de armas y entregados por los sediciosos a los insultos del populacho de Lila, que arrastró por las calles los cuerpos mutilados. Así principiaron, por la traición y el crimen, estas guerras de la Revolución, que debían producir durante veinte años tantos héroes. Había penetrado la anarquía en los campamentos, donde faltaba el honor y hasta el patriotismo. El orden y el honor son absolutamente necesarios en los ejércitos, pues aun en medio de la anarquía puede existir la nación; mientras que sin disciplina no puede haber ejército.

XIII

Quando en París se tuvo noticia de estos desastres, se consternó el pueblo, la Asamblea se llenó de inquietud, los girondinos temieron y los jacobinos vomitaron imprecaciones contra los traidores. Las cortes extranjeras y los emigrados abrigaron la convicción de triunfar en muy pocos días de una revolución que tenía miedo a su sombra. Lafayette, sin haber sido derrotado, se replegó prudentemente sobre Giver; y Rochambeau envió a París su dimisión de comandante del ejército del Norte, en cuyo cargo fué reemplazado por el mariscal Luckner. Lafayette, aunque con disgusto, conservó el mando del ejército del centro.

Luckner tenía más de setenta años de edad, pero conservaba aún el fuego y la actividad de un guerrero, faltándole sólo el genio para ser un gran general. Habíase creado en torno suyo una reputación de complacencia, que todo lo disimulaba, acaso porque un general, cuando es extranjero en el país que sirve, no excita envidias, perdonándole su superioridad,

o atribuyéndosela cuando no la tiene, para desairar a sus rivales. El anciano Luckner, que era natural de Alemania y discípulo de Federico *el Grande*, había servido en la guerra de los Siete Años, como jefe de la vanguardia, cuando este emperador daba nuevo aspecto a la guerra y creaba la táctica militar. El duque de Choiseul había querido privar a Prusia de este general y traerlo a Francia para que enseñara a los generales franceses el arte militar moderno, lo que consiguió a fuerza de seducciones, de dádivas y de honores. La Asamblea nacional, por respeto al rey filósofo, seguía pagando a Luckner la pensión de 60.000 francos de que disfrutaba antes de la Revolución, y este general, aunque indiferente a las constituciones, se hizo revolucionario por gratitud, siendo acaso el único de los antiguos militares de su graduación que no había emigrado. Rodeado de un brillante estado mayor del partido de Lafayette, Charles Lameth, de Jari y Mathieu de Montmorency, creía que éstos tendrían las opiniones que se les inspiraban. El rey lo festejaba, la Asamblea lo lisonjeaba, el ejército lo respetaba, y la nación veía en él el genio misterioso de la antigua guerra dando lecciones de victorias al patriotismo de la inexperta Revolución, y ocultando recursos poderosos bajo su aspecto severo y su lenguaje incomprensible. De todas partes se le enviaban obsequios como a un dios misterioso; pero ni merecía estas adoraciones, ni los ultrajes que más tarde se le infirieron. Era soldado bizarro, pero poco sagaz y tan extraño a la corte como a los clubs, que, después de haber sido adorado como un ídolo durante algunos días, sirvió de burla a los jacobinos, que lo arrastraron al cadalso, sin que él hubiera podido comprender el motivo de su popularidad ni el de su crimen.

XIV

Berthier, que llegó a ser luego el brazo derecho de Napoleón, era a la sazón jefe de estado mayor de Luckner. El veterano general había aprendido con el instinto de la guerra el plan atrevido de Dumouriez, y logró penetrar al frente de veintidós mil hombres en el territorio

austriaco por Courtray y Menin, donde Birón y Valence, sus dos tenientes generales, le rogaban que permaneciese. Dumouriez le escribió instándole en el mismo sentido; pero, al llegar a Lila; supo éste que Luckner había retrocedido repentinamente sobre Valenciennes, después de haber incendiado los arrabales de Courtray, dejando de este modo en todas las fronteras francesas señales de temor y de fuga. Las poblaciones belgas, contenidas en su ímpetu por estos desastres o por la timidez de Francia, perdían toda esperanza y se sujetaban al yugo de Austria. El general Montesquieu reunía trabajosamente su ejército en el Mediodía; el rey de Cerdeña enviaba fuerzas considerables al Var; la vanguardia de Lafayette, situada en Gliswel, a una legua de Maubeuge, era derrotada por el duque de Saxe-Teschén, que mandaba doce mil hombres; el duque de Brunswick preparábase a invadir la Champaña; la emigración arrastraba a los oficiales; la desertión diezaba los soldados, y, por último, los clubs introducían la desconfianza contra los comandantes de las plazas fuertes, todo lo cual era suficiente para sembrar la alarma en nuestras fronteras. Los girondinos incitaban al motín; los jacobinos propagaban la anarquía en el ejército; los voluntarios no se presentaban; el ministerio era nulo, y el comité austriaco de las Tullerías mantenía secretas relaciones con las potencias enemigas, para salvar la vida de la familia real. Gobierno sospechoso, Asamblea hostil, clubs sediciosos, guardia nacional intimidada y acéfala, periódicos incendiarios, conspiraciones sordas, municipalidad facciosa, alcalde conspirador, pueblo receloso y hambriento, Robespierre y Brissot, Vergniaud y Dantón, girondinos y jacobinos, frente a frente, dispuestos a disputarse la monarquía, y la demagogia luchando para captarse el favor del pueblo; tal era la situación de Francia en el interior y el exterior, en el momento en que la guerra estrechaba a la nación por todas partes y preparaba la explosión y los crímenes. Los girondinos y los jacobinos, unidos momentáneamente, daban tregua a sus enconos, esforzándose uno y otro partido por trastornar la débil constitución que los se-

paraba. Sólo el vecindario personificado en los fuldenses, en la guardia nacional y en Lafayette permanecía adicto a la Constitución. La Gironda, desde la tribuna, soliviantaba al pueblo contra el rey, como más tarde lo llamó en su favor y contra los jacobinos, aunque inútilmente. Brissot, Roland y Pethión sublevaban, para dominar la ciudad, a los barrios, verdaderas capitales de miserias y sediciones. Siempre que un pueblo, que ha estado durante largo tiempo sumido en la esclavitud y en la ignorancia, se conmueve hasta en sus cimientos, brotan de su seno monstruos y héroes, prodigios de crímenes y héroes de virtud. Esto es lo que ocurrió bajo la dominación de los girondinos y de los demagogos.

LIBRO XVI

El poder pasa al ayuntamiento de París.—Pethión.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunión de Charentón.—Ataque resuelto contra el palacio.—Jornada del 20 de junio.—El pueblo, partiendo de la plaza de la Bastilla, va engrosando en el trayecto.—Sus jefes: Santerre, Saint-Huruge, Théroigne de Mericourt.—Cuadro de la sublevación popular.—La Asamblea permite a los conjurados desfilar con armas ante ella.—Suspende la sesión.—Tropas preparadas en los patios de las Tullerías.—Nobles que acuden a Palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Pethión, alcalde de París, evita la responsabilidad.—Los insurrectos en las Tullerías.—Abnegación de madama Isabel.—El rey ve obligado a cubrirse con el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea vuelve a abrir su sesión.—No puede contener las masas.—Pethión vuelve a las Tullerías, y por último dispersa la sedición.—Los marseleses en París.—Su canto de guerra.—El pueblo sale a su encuentro.—Origen de la *Marsellesa*.

I

A medida que iba desvaneciéndose el poder, arrebatado de manos del rey por la Asamblea, pasaba al ayuntamiento de París, acaso porque, siendo éste el primer elemento de formación de las naciones cuando se fundan, es también el último asilo de la autoridad cuando se descomponen. El poder, antes de venir a parar a manos de la plebe, se detiene un momento en el consejo de los magistrados de la ciudad, y, por eso, el palacio municipal llegó a ser las Tullerías del pueblo. Después de Lafayette y Bailly,

reinaba en él Pethión, a quien el populacho, con su instinto de las situaciones, le llamaba el *rey Pethión*. Este había adquirido popularidad, primero por sus virtudes privadas, que el pueblo confunde casi siempre con las virtudes públicas, y luego por medio de los discursos democráticos pronunciados en la Asamblea constituyente. El equilibrio oportuno en que mantenía a los jacobinos entre los girondinos y Robespierre lo había hecho respetable y dádole importancia. Amigo de Roland, de Robespierre y de Dantón, y, como Brissot, sospechoso por las relaciones demasiado íntimas que sostenía con la señora de Genlis y con el partido del duque de Orleans, se cubrió siempre con el manto de su adhesión legal al orden y de la superstición constitucional, poseyendo de este modo todos los títulos aparentes al aprecio de los hombres probos y a la consideración de las facciones, siendo el mayor de todos la medianía de su fortuna. La medianía, preciso es confesarlo, es casi siempre el sello de los ídolos del pueblo, ya porque la muchedumbre constituída también en la medianía sólo gusta de lo que se asemeja a ella, ya porque los contemporáneos envidiosos no pueden remontarse hasta la justicia por lo relativo de los grandes caracteres y las grandes virtudes, ya porque la Providencia, que distribuye los dones y las facultades, no consiente que sólo un hombre reúna en su persona, en un pueblo libre, estas tres fuerzas irresistibles: la virtud, el talento y la popularidad, o, quizá más bien, porque el favor duradero de la muchedumbre es cosa de tal naturaleza, que su precio supera a su valor a los ojos de los hombres verdaderamente virtuosos, siendo necesario humillarse para adquirirlo, y ser demasiado débil para conservarlo. Pethión era el rey de París, con la condición de mostrarse complaciente con sus excesos. Sus funciones de alcalde de París en aquella época de turbulencias, lo colocaban constantemente entre el rey, la Asamblea y los motines, por lo que se veía precisado a hacer frente al rey, a lisonjear a la Asamblea y a reprimir los crímenes. Inviolable como la capital, cuya personificación era en calidad de primer magistrado del pueblo, su dictadura invisible

no tenía otro título que su inviolabilidad, de la que usaba con atrevimiento respetuoso en presencia del rey, inclinándola ante la Asamblea y humillándola ante los sediciosos. En sus reconvenções oficiales a los amotinados, siempre encontraba una excusa para el crimen, una sonrisa para los culpables y un estímulo para los ciudadanos ilusos. El pueblo lo amaba, del mismo modo que la anarquía ama a la debilidad, pues conocía que con hombres de tal carácter podía hacer cuanto quisiera. Como alcalde tenía la ley en la mano, y, como hombre, la indulgencia en los labios y la complicidad, en el corazón, siendo el magistrado que se necesitaba en tiempo de los golpes de estado de los arrabales. Pethiön cerraba los ojos para no ver prepararlos y los legalizaba cuando se verificaban.

II

Las relaciones que, siendo niño, había tenido con Brissot, le facilitaron el acceso a la señora Roland. El ministerio de Roland, de Clavier y de Serván le obedecía más que al mismo rey; asistía a sus conciliábulos; reinaba en su nombre; y, aunque su caída no le derribó, le arrebató el poder ejecutivo. Los girondinos expulsados no necesitaban exasperar su sed de venganza en el alma de Pethiön, quien, no pudiendo conspirar abiertamente contra el rey, conspiraba con las facciones en las Tullerías. Como la guardia nacional, el pueblo, los jacobinos, los franciscanos, los arrabales y la ciudad estaban en sus manos, podía proporcionar las sediciones a la Gironda, para ayudar a este partido a reconquistar el poder, y se las proporcionó con todas las eventualidades y con todos los crímenes que la sedición puede encerrar en su seno. Entre estas eventualidades estaba el asesinato del rey y de la familia real, acontecimiento que aceptaban de antemano los que provocaban la reunión de las masas y la invasión del palacio de Luis XVI. De los girondinos, orleanistas, republicanos y anarquistas, quizás ninguno pensaba en perpetrar este crimen, considerándolo todos como un azar de la fortuna; pero Pethiön, que sin duda tampoco lo quería, lo arriesgó, y, si

su intención fué inocente, su temeridad fué un asesinato. ¿Qué distancia mediaba entre la punta de veinte mil lanzas y el corazón de Luis XVI? Pethiön no entregó, pero jugó la vida del rey, la de la reina y la de los hijos de éstos.

La guardia constitucional del rey había sido licenciada injuriosamente por los girondinos, y el duque de Brissac, que la mandaba, vióse obligado a comparecer ante el tribunal superior de Orleans como sospechoso de complots imaginarios; pero su único complot fué su honor, pues había jurado morir como soldado leal en defensa de su señor y amigo. El rey le aconsejó que se fugara. a lo que respondió, negándose: «Si huyo, se creará en mi culpabilidad, de la que se os acusará como cómplice, y no puedo permitir que se os acuse; prefiero morir.» Marchó, pues, para presentarse al tribunal nacional de Orleans, y no fué juzgado; pero sí asesinado en Versalles el día 6 de septiembre, y su cabeza, coronada de blancos cabellos, fué colocada en el extremo de una barra de la verja de palacio. ¡Sarcasmo horrible de la fidelidad caballeresca que guardaba, después de la muerte, la entrada de la morada de los reyes!

III

Las primeras insurrecciones de la Revolución no fueron otra cosa que movimientos espontáneos del pueblo, estando a un lado el rey, la corte y la nobleza, y, al otro, la nación. Estos dos partidos, puesto uno frente al otro, chocaban entre sí al impulso de las ideas y de los intereses encontrados, bastando una palabra, un ademán, una casualidad, una reunión de tropas, un día de carestía, o la arenga de un orador entusiasta a la multitud congregada en torno del Palacio Real, para arrastrar a las masas al tumulto, o para hacerlas marchar a Versalles. El espíritu de sedición confundíase con el espíritu revolucionario; todos eran facciosos, todos soldados, todos jefes; el ardor público daba la señal y la casualidad ejercía el mando.

Pero, después de efectuada la Revolución y jurada recíprocamente la Constitución, las cosas variaron de aspecto.

Las asonadas del pueblo no eran ya agitaciones, sino planes; las facciones organizadas tenían, entre los ciudadanos, partido, clubs, reuniones, ejército y palabra de orden. Hasta la anarquía se había disciplinado, animada por un espíritu oculto, que la dirigía sin conocerlo ella misma, y su desorden era sólo exterior. Como el ejército tiene jefes, a quienes reconoce por su inteligencia y denuedo, los cuarteles y los barrios de París tenían caudillos a quienes prestaban obediencia. Detrás de las grandes popularidades nacionales de Mirabeau, Lafayette y Bailly había otras popularidades subalternas, ya antiguas en la ciudad y en los arrabales. El pueblo confiaba en determinado nombre y en determinado brazo, y favorecía a determinado semblante; así es que, cuando estos hombres se mostraban, hablaban y marchaban, la muchedumbre iba tras ellos, sin saber siquiera adonde la conducía la corriente de las turbas. Bastaba que los jefes indicaran una reunión, que esparcieran un terror pánico, que encendieran un enojo repentino, que denunciassen un objeto cualquiera, para que las masas, ciegas, se dispusieran inmediatamente a entrar en acción, en el lugar convenido.

IV

La plaza de la Bastilla, Monte Aventino del pueblo, campo nacional, donde el terreno y las piedras le recordaban su esclavitud y su fuerza, era casi siempre el lugar en que se congregaba la turba-multa. Entre todos los hombres que estaban al frente de los agitadores de los arrabales, el más temible era Dantón, pues Camilo Desmoulins, que tan temerario era para concebir, no tenía tanta resolución para obrar. La naturaleza, que había dado a este joven la actividad de los caudillos de la muchedumbre, habíale negado la presencia y la voz necesarias. El pueblo no comprende nada en punto a fuerzas intelectuales, y, por eso, los favoritos de la muchedumbre necesitan tener, indispensablemente, estatura elevada y voz robusta. Camilo Desmoulins era bajo, delgado, de voz poco elevada, y, por lo tanto, limitábase a chillar detrás de Dantón, que era el único

que podía rugir como la muchedumbre.

Pethión era muy estimado por los anarquistas; pero su legalidad oficial le dispensaba de fomentar abiertamente el desorden, y se conformaba con desearlo; pero, como nada podía hacerse sin él, prestaba su complicidad. Después de él seguía Santerre, comandante del batallón del arrabal de San Antonio, que era hijo de un cervecero flamenco, y él mismo lo había sido también. Era uno de esos hombres que el pueblo comprende porque son pueblo, y que respeta porque son ricos, aristócratas de cuartel, que se hacen perdonar su fortuna a causa de su familiaridad. Conocido por los trabajadores por el considerable número de ellos que empleaba en su cervecería, y conocido por la multitud, que frecuentaba los domingos sus establecimientos de cerveza y vino, Santerre tenía, además, popularidad por los numerosos favores que dispensaba a los desgraciados, habiendo repartido, en una época de escasez, trescientos mil francos de pan. Adquirió popularidad con su beneficencia, la conquistó con su valor en la toma de la Bastilla, y la prodigaba con su presencia en todas las conmociones de la plaza pública. Era descendiente de la raza de los cerveceros de Bélgica, que embriagaban al pueblo de Gante para insurreccionarlo.

El carnicero Legendre, que era, respecto a Dantón, lo que Dantón respecto a Mirabeau, había sido marinero durante diez años, y reunía las costumbres toscas y feroces de sus dos profesiones. Tenía el semblante intrépido, los brazos ensangrentados y la palabra mortífera, pero su corazón era bueno. Habiendo tomado parte, desde el año 89, en todos los movimientos tumultuarios, las oleadas de esta agitación habíanle revestido de cierta autoridad. Había fundado, a las órdenes de Dantón, el club de los franciscanos, que era el club de los golpes de mano, como el de los jacobinos era el de las teorías radicales, y lo conmovía con su elocuencia. Desaliñado y salvaje, se comparaba al campesino del Danubio. Dispuesto siempre a descargar un golpe y a hablar, el aspecto de Legendre abrumaba antes que su palabra; era la maza de Dantón.

Huguenín había rodado, de profesión en profesión, por la pendiente de los tiempos de revueltas, sin poder detenerse en parte alguna. Abogado expulsado de su corporación, y, después, soldado y empleado de puertas, encontrábase mal en todas partes, aspiraba al poder para conseguir la fortuna, y sospechábase de él que tenía propensión al pillaje; Alejandro, comandante del batallón de los gobelinos, héroe de arrabal y amigo de Legendre; Marat, conspiración viviente, salido de las tinieblas de su subterráneo, verdadero mártir de la demagogia, sediento de bullicio, llevaba su rencor a la sociedad hasta el delirio, jactándose de ello, y representaba voluntariamente el papel de bufón del pueblo, como otros habían representado en la corte el papel de bufones del rey; Dubois-Grancé, militar instruído y valiente; Brune, sable al servicio de las conspiraciones; Momore, impresor, ebrio de filosofía; Dubuisón, literato mediocre, a quien los silbidos del teatro habían arrojado a la intriga; Fabre d'Eglantine, poeta dramático, que ambicionaba otra tribuna; Chabot, capuchino disgustado en el claustro, que anhelaba vengarse de la superstición que lo había encerrado en él; Lareynie, sacerdote-soldado; Gonchón y Duquesnois, amigos de Robespierre; Carra, periodista girondino; el italiano Rotondo; Henriot, Sillery, Louvet, Laclós, y, por último, Barbaroux, emisario de Roland y de Brissot, tales fueron los principales fomentadores de la asonada del 20 de junio.

V

Reunidos todos estos hombres en una casa aislada de Charentón, discutieron, en el silencio y secreto de la noche, el pretexto, el plan y la hora de la insurrección. Todos experimentaban la misma impaciencia, aunque las pasiones que los agitaban eran diversas, queriendo unos intimidar, los otros herir, y todos obrar. Una vez lanzado el pueblo, su impulso seguiría los derroteros del destino. A las reuniones que presidía Dantón, no concurría nadie que tuviera escrúpulos, y los discursos eran superfluos, porque no había más que un pensamiento; bastaban las resoluciones y las miradas eran

suficientes para entenderse. Un apretón de manos, una mirada de inteligencia y gestos expresivos, son toda la elocuencia de los hombres de acción. Dantón expuso en pocas palabras el objeto de la reunión; Santerre los medios de ejecutar el movimiento; Marat inspiró la energía; Camilo Desmoulins, la jovialidad cínica, y todos manifestaron su resolución de conmover al pueblo. Desplegóse sobre la mesa el plano de París y el dedo de Dantón señaló en él los puntos de partida, las afluencias, la dirección y los centros de reunión de los afiliados.

La plaza de la Bastilla, inmensa encrucijada en la que desembocaban como otros tantos ríos las populosas calles del arrabal de San Antonio, unido, por medio del cuartel del Arsenal y de un puente, al arrabal de San Marcelo, poblado por doscientos mil jornaleros, y que, por el baluarte abierto delante de la antigua fortaleza, tiene un camino expedito y ancho en el centro de la ciudad y sobre las Tullerías, fué el lugar de la cita para las reuniones y el punto de partida de las columnas, que debían dividirse en tres cuerpos. El motivo aparente del movimiento era presentar una petición a la Asamblea y al rey contra el veto puesto a los decretos referentes a los sacerdotes y al establecimiento de un campamento de veinte mil hombres en los alrededores de la ciudad; el llamamiento de los ministros patriotas, Roland, Serván y Claviere, debía ser la palabra de orden; y el terror del pueblo esparcido por París y conducido hasta el palacio de las Tullerías serían el efecto de la jornada. París se disponía a recibir esta visita de los arrabales.

El día anterior habíase celebrado en los Campos Elíseos un banquete de quinientos cubiertos, en el que el jefe de los confederados de Marsella y los revoltosos de los cuarteles del centro habían fraternizado con los girondinos, entonando allí el actor Dugazón canciones amenazadoras contra el palacio de las Tullerías, desde cuyo balcón oyó el rey los aplausos y los cantos siniestros, que llegaban a su alcázar. Respecto al orden de la marcha, a los emblemas grotescos, a las armas ridículas, a los trajes repugnantes, a las banderas ensangrentadas,

a los discursos frenéticos que debían señalar la aparición de este ejército de los arrabales en las calles de la capital, nada dispusieron los conjurados, pues, como el desorden y el horror formaban parte del programa, dejáronse a merced de la inspiración desordenada de la muchedumbre y de la rivalidad de cinismo que llevan consigo semejantes reuniones. Dantón conocía esos elementos y contaba con ellos.

VI

Aunque la presencia de Panís y de Sergent, miembros del ayuntamiento, daba al plan la sanción tácita de Pethión, los caudillos encargáronse de reclutar sigilosamente la sedición, por medio de grupos poco numerosos durante la noche, y haciendo pasar a los primeros desde el cuartel de San Marcelo y del Jardín de Plantas a la orilla del Arsenal, con el auxilio de una barca que era entonces la única comunicación establecida entre los dos arrabales. Lareynie debía insurreccionar el arrabal de Santiago y el mercado de la plaza de Maubert, al cual concurren diariamente las mujeres del pueblo para hacer sus provisiones. Wender y comprar es la vida del pueblo bajo, como el dinero y el hambre son sus dos pasiones, en las plazas, donde lo aglomeran especialmente estas dos pasiones, se muestra siempre tumultuario, y la sedición cunde en ellas con más prontitud y en mayores masas que en otra cualquiera parte.

El tintorero Malard, el zapatero Isambert, el curtidor Gibón, artesanos ricos y acreditados, debían atraer a las calles sombrías y pestilentes del arrabal de San Marcelo a los miserables y tímidos que pocas veces frecuentan los grandes cuarteles. Alejandro, que mandaba un batallón de este mercado de París, del que era tribuno militar, estaría en la plaza desde antes del amanecer, para reunir los grupos e impulsarlos hacia los muelles y las Tullerías, Varlet, Gonchón, Ronsin y Siret, subtenientes de Sante-re, prácticos en esta táctica de movimientos desde los primeros motines del año 89, estaban encargados de efectuar las mismas maniobras en el arrabal de

San Antonio, cuyas calles, llenas de talleres, de fábricas, de tabernas y de cervecerías, verdaderos albergues de la miseria, del trabajo y de la sedición, que se extienden desde la Bastilla hasta la Roquette y Charentón, encerraban un ejército invasor contra París.

VII

Hacia ya cuatro años que este ejército conocía a sus jefes, quienes se apostaban a la salida de las principales encrucijadas a la hora que los jornaleros abandonan los talleres, o se posesionaban de una silla y una mesa en la taberna más acreditada y, encaramados sobre estas tribunas manchadas de vino, llamaban por sus nombres a algunos transeuntes; éstos detenían a otros y la reunión iba tomando incremento con los hombres, con las mujeres y con los muchachos que acuden adondequiera que hay bullicio. El orador arengaba a la multitud, mientras el vino o la cerveza circulaban gratuitamente alrededor de la mesa, siendo los temas ordinarios de estas peroratas la suspensión del trabajo, la escasez de dinero, la carestía del pan, las maniobras de los aristócratas para introducir el hambre en París, las traiciones del rey, las orgías de la reina, y la necesidad en que estaba la nación de oponerse a los complots de la corte austriaca. Cuando la agitación llegaba al frenesí, lanzábase el grito de *marchemos!*, y la reunión se conmovía al mismo tiempo en todas las calles del barrio. Algunas horas después, las masas de jornaleros de los cuarteles de Popincourt, de los Quinze-Vingts, de la Greve, del puerto de Blé y del mercado de San Juan, desembocaban desde la calle del arrabal de San Antonio y ocupaban la plaza de la Bastilla, donde la confusión producida detenía momentáneamente la corriente de hombres, pero el impulso recobraba de nuevo toda su fuerza, y las columnas se dividían instintivamente para engolfarse en las grandes bocacalles de París. Unas avanzaban por el baluarte, mientras otras desfilaban por los muelles hasta el Puente Nuevo, incorporándose a las reuniones de la plaza Maubert, y todas juntas iban a desembocar, aumentándose

a medida que avanzaban, al Palacio Real y al jardín de las Tullerías, riéndose melancólicamente, si verá mañana ponerse el sol?»

Tal fué la maniobra que se encargó realizar, en la noche del 19 de junio, a los trastornadores de los diferentes barrios, quienes se separaron dejando al movimiento del día siguiente toda la vaguedad de la esperanza con estas palabras, que sin mandar el último crimen, autorizaba los últimos excesos: *Acabar con el palacio.*

VIII

Tal fué el objeto de la reunión celebrada en Charentón, y tales los hombres misteriosos encargados de imprimir movimiento a un millón de ciudadanos. Laclós y Sillery, que buscaban un trono en los arrabales para el duque de Orleans, su señor, esparcieron el oro y el engaño. Así se dijo por lo menos, y así se creyó; pero no se han aducido pruebas que lo acredite, aunque su presencia en este conciliábulo es un indicio. Sin embargo, la historia podrá sospechar sin evidencia, pero no le es lícito acusar sin pruebas. El asesinato del rey, al día siguiente, ponía la corona en las sienes del duque de Orleans. Luis XVI podía ser asesinado hasta por el puñal de un hombre ebrio; pero, como no lo fué, los orleanistas se justificaron de esta acusación. Algunos de aquellos hombres eran malvados, como Marat y Hebert; otros, como Barbaroux, Sillery, Laclós y Carra, facciosos turbulentos; y, finalmente, otros, como Santerre, no fueron más que ciudadanos fanatizados por la libertad. Los conspiradores, puestos de acuerdo, activaban y disciplinaban la ciudad. Las malas pasiones personales fomentaban la pasión colectiva y virtuosa del pueblo, haciendo entrever el triunfo de la democracia, así como en un incendio las materias más impuras sirven generalmente de pábulo a las llamas que son puras. La llama de la Revolución era la libertad, cuyo brillo podían amortiguar los facciosos, pero no mancharla.

Mientras los conspiradores de Charentón se repartían los cargos y reclutaban fuerzas, temblaba el rey en las Tullerías por la vida de su esposa y de sus hijos. «¿Quién sabe, decía a Malesherbes, son-

Si Pethión hubiera ordenado con una palabra la resistencia al ayuntamiento y a la guardia nacional, que estaban a sus órdenes, habría podido refrenarlo o disolverlo todo; pero el directorio del departamento, presidido por el desgraciado duque de La Rochefoucauld, asesinado después, le instaba enérgicamente a que cumpliera su deber, y él aplazaba, se sonreía, respondía de todo y justificaba las reuniones proyectadas y las peticiones dirigidas en masa a la Asamblea. Vergniaud en la tribuna rechazaba las alarmas de los constitucionales como calumnias lanzadas contra la inocencia del pueblo. Condorcet reía de los temores que manifestaban los ministros y de las peticiones de fuerzas que hacían a la Asamblea. «¿No es ridículo, decía a sus camaradas, ver al poder ejecutivo solicitando de los legisladores medios de acción? Que se salve a sí mismo, pues éste es su deber.» De esta manera agregábase el escarnio a los complots urdidos contra el desgraciado monarca, burlándose los legisladores del poder que ellos habían desarmado y aplaudiendo a los facciosos.

IX

Bajo estos auspicios se inauguró la jornada del 20 de junio. Durante la noche del 19 al 20 habíase celebrado en casa de Santerre otro conciliábulo más secreto y menos numeroso al que concurrieron todos los hombres de acción. Cada cual, colocado en su puesto, había despertado a los hombres más seguros y distribuídolos en grupos pequeños, encargándoles que recogieran y dieran la consigna a los jornaleros a medida que fueran saliendo de sus casas. Santerre había respondido de la inmovilidad de la guardia nacional, diciendo a los conjurados: «Estad tranquilos, que Pethión no faltará allí.»

Efectivamente, Pethión había mandado el día anterior a los batallones de la guardia nacional que estuvieran sobre las armas, no para oponerse a la marcha de las columnas del pueblo, sino para fraternizar con los peticionarios y para for-

mar la comitiva de la sedición. Esta medida de carácter equívoco, salvaba al mismo tiempo la responsabilidad de Pethión ante el directorio del departamento, y su complicidad ante el pueblo, pues decía a los unos, estoy vigilante; y a los otros, voy con vosotros.

Al rayar el día encontrábanse reunidos estos batallones, con las armas en pabellón, en todas las grandes plazas. Santerre arengaba sobre las ruinas de la Bastilla, y en torno suyo iba aglomerándose una multitud inmensa, bulliciosa, impaciente, y dispuesta a caer sobre el centro de la ciudad tan pronto como se le diera la señal. Los uniformes de los militares se confundían con los harapos de los indigentes. Los destacamentos de inválidos, de gendarmes, de guardias nacionales y de voluntarios recibían las órdenes de Santerre y las comunicaban a la muchedumbre. Una disciplina instintiva presidía al desorden. El aspecto tan popular como militar de este campamento, daba al conjunto carácter de expedición más que de motín. La muchedumbre reconocía a los jefes, maniobraba a sus órdenes, seguía sus banderas, obedecía su voz, y hasta refrenaba su impaciencia para esperar los refuerzos, y para dar a los pelotones diseminados apariencia y uniformidad de movimientos simultáneos. Santerre a caballo, rodeado de un estado mayor de hombres de los arrabales, daba órdenes, fraternizaba con los ciudadanos, estrechaba la mano a los insurrectos, imponía silencio y dignidad al pueblo, y formaba lentamente sus columnas de marcha.

X

A las once, el pueblo se puso en movimiento hacia el cuartel de las Tullerías, calculándose en veinte mil el número de hombres que salieron de la plaza de la Bastilla. Estaban divididos en tres cuerpos: el primero, compuesto por los batallones de los arrabales, armados de bayonetas y sables, obedecía a Santerre; el segundo, formado por los hombres del pueblo, desarmados, o armados de picas y de palos, marchaba a las órdenes del demagogo Saint-Huruge; y el tercero, horda y tropel confuso de hombres

vestidos de harapos, de mujeres y de chiquillos, seguía desordenadamente a una mujer joven y hermosa, vestida de hombre, que con un sable en la mano y un fusil a la espalda iba sentada sobre un cañón que arrastraban los jornaleros, con los brazos desnudós. Esta mujer se llamaba Theroigne de Méricourt.

Como Santerre era el rey de los arrabales, todos lo conocían, y Saint-Huruge era desde el año 89 el gran agitador del Palacio Real.

El revolucionario marqués de Saint-Huruge, natural de Macón, y descendiente de una familia noble y rica, parecía ser la personificación de las masas. Dotado de elevada estatura y de continente marcial, su voz era atronadora, sobresaliendo sobre el bullicio de la muchedumbre. Tenía agitaciones, furores, arrepenimientos, y algunas veces hasta cobardía; no era cruel, pero no estaba exento de vicios. Demasiado aristócrata para ser envidioso, demasiado rico para ser saqueador, demasiado frívolo para ser fanático de principios, dejábase arrastrar por la revolución, del mismo modo que la corriente arrastra tras de sí las miradas por el vértigo que produce. Su vida era la locura y amaba la revolución en movimiento, por lo que ésta se asemeja con aquélla. Desde su juventud el marqués había prostituido su nombre, su fortuna y su honor en el juego, la disipación y el libertinaje; gozaba en el Palacio Real y en los cuarteles del desorden y de la celebridad del escándalo y todos lo conocían. Su familia lo había hecho encerrar en la Bastilla, y el 14 de julio le devolvió la libertad, de lo que él había jurado vengarse, y mantenía su juramento. Cómplice voluntario e infatigable de todas las facciones, habíase ofrecido sin remuneración alguna al duque de Orleans, a Mirabeau, a Dantón, a Camilo Desmoulins, a los girondinos y a Robespierre, figurando siempre en el partido más avanzado, y adhiriéndose a la conmoción que más estragos prometía realizar. Despierto antes de amanecer, presente en todos los clubs, vagando durante la noche, acudía al más pequeño bullicio para aumentarlo, y se agregaba al más pequeño grupo para conducirlo. Se hacía partícipe entusiasta de la pasión

que dominaba a la mayoría antes de comprenderla, multiplicándola con la voz, los ademanes y el extravío de las facciones; proclamaba a gritos el tumulto, sembraba el delirio, electrizaba a las masas indecisas, encauzaba la corriente y todos le seguían, porque él solo era ya una sedición.

XI

Detrás de Saint-Huruge, marchaba Theroigne, o Lambertina, de Méricourt, que mandaba el tercer cuerpo del ejército de los arrabales, y a la cual daba el pueblo el nombre de *la hermosa liejana*. La Revolución francesa la había atraído a París, como el torbellino atrae a las cosas que fluctúan. Esta mujer era la Juana de Arco impura de la plaza pública. El amor ultrajado había la impelido al desorden, y el vicio, que la ruborizaba, le inspiraba deseos de venganza. Creyendo reparar su honor al hacer la guerra a los aristócratas, lavaba su afrenta con sangre.

Era natural de la aldea de Méricourt, en las cercanías de Lieja, hija de una familia de ricos labradores, que la había educado como corresponde a las clases elevadas. A la edad de diez y siete años, su rara hermosura cautivó a un noble joven de las orillas del Rin, cuyo palacio estaba próximo a su casa. Amada, seducida y abandonada, había huído del hogar paterno para refugiarse en Inglaterra. Después de algunos meses de permanencia en Londres, trasladóse a Francia, siendo recomendada a Mirabeau, por cuya mediación conoció a Sieyés, a José Chénier, a Dantón, a Ronsín, a Brissot y a Camilo Desmoulin. Romme, republicano místico, excitó en ella el fuego del iluminismo alemán, y la juventud, el amor, la venganza y el contacto con este foco revolucionario volcanizaron su cabeza, viviendo en la embriaguez de las pasiones, de las ideas y de los placeres. Adherida al principio a los grandes innovadores de 1789, se había deslizado desde los brazos de éstos a los de los ricos voluptuosos, que pagaban sus favores a precio muy elevado. De cortesana de la opulencia, descendió a ser la prostituta voluntaria del pueblo, y, a imita-

ción de las célebres ramerías de Egipto o de Roma, entregaba a la libertad el oro que le proporcionaba el vicio.

Desde las primeras asonadas presentóse en la calle, consagrando su belleza a servir de enseña a la muchedumbre. Vestida de amazona, con traje de color de sangre, un penacho en el sombrero, el sable a un lado y dos pistolas en la cintura, tomaba parte en todas las insurrecciones. Siempre en primera fila, forzó las verjas del cuartel de los Inválidos para apoderarse de los cañones; en el asalto de la Bastilla fué la primera que subió a la torre, y los vencedores decretaron en la brecha que se le regalara un sable de honor; y en las jornadas de octubre condujo a Versalles a las mujeres de París. A caballo al lado del terrible Jourdan, llamado el *hombre de la barba larga*, acompañó al rey a París, siguiendo sin inmutarse las cabezas cortadas de los guardias de corps, que servían de trofeos en las puntas de las lanzas. Aunque su palabra adolecía del acento extranjero, tenía la elocuencia de los tumultos; alzaba la voz en las borrascas de los clubs; denostaba al salón desde las galerías, y, algunas veces, arengaba a los franciscanos. Camilo Desmoulin habla del entusiasmo que despertó en ellos una improvisación de esta mujer, en estos términos: «Sus imágenes estaban tomadas de Píndaro y de la Biblia; la animaba el patriotismo de Judith.» Proponía edificar el palacio de la representación nacional en la plaza de la Bastilla: «Para fundar y embellecer este edificio, despojémonos, dijo en cierta ocasión, de nuestros brazaletes de oro y de nuestras joyas; yo daré el ejemplo.» Y, efectivamente, se despojó en la tribuna de sus alhajas. Ejercía tanto ascendiente en las conmociones, que un además suyo condenaba o absolvía a las víctimas. Los realistas temían encontrarla a su paso.

En este tiempo, y por una de esas casualidades que parecen venganzas premeditadas del destino, encontró en París al joven belga que la había seducido y abandonado, a quien con una sola mirada dió a entender los peligros que le amenazaban. Queriendo el joven conjurarlos, se apresuró a pedirle perdón; pero Theroigne se apresuró a responder: «¡Mi

perdón! ¿con qué precio podríais pagármelo? ¡Mi inocencia burlada, mi honor perdido, mancillado el de mi familia, mis hermanos blanco del sarcasmo de los parientes, la maldición de mi padre, mi expatriación, mi alistamiento en la raza infame de las prostitutas, la sangre con que mancho y mancharé mis manos, mi memoria envilecida por los hombres, y esta inmortalidad de maldición que acompaña a mi nombre, en lugar de la inmortalidad de la virtud, de la que me habéis enseñado a dudar! ¿Esto es lo que pretendéis rescatar? ¿Conocéis por ventura en la tierra algo cuyo valor pueda indemnizarme de todo esto?» El culpable guardó silencio y Theroigne no lo perdonó, sino que, por lo contrario, lo hizo perecer en los asesinatos de septiembre. A medida que la Revolución se fué haciendo más sanguinaria, Theroigne se comprometió más, no pudiendo ya vivir sino del frenesí de los disturbios públicos. Sin embargo, cuando cayeron los girondinos, renació en ella su primer culto a Brissot, e intentó detener la Revolución, pero había mujeres en torno suyo, y estas mujeres, llamadas las *furias de la guillotina*, desnudaron a la hermosa liejana y la azotaron en la explanada de las Tullerías el 31 de mayo. Este castigo, más infamante que la muerte misma, la volvió loca. Recogida del fango y encerrada en la celda de un manicomio, pasó en él veinte años, en un constante acceso de furor, no permitiendo jamás, impúdica y sanguinaria, que la vistiesen, en recuerdo del ultraje que había recibido. Revolcábase desnuda, con los cabellos blancos y desordenados, por las losas del aposento, y enlazaba sus manos descarnadas con las barras de la ventana, desde donde dirigía discursos a un pueblo imaginario, pidiendo la sangre de Suleau.

XI

Detrás de Theroigne de Méricourt marchaban los demagogos parisienses menos conocidos, pero célebres ya en sus respectivos cuarteles, como Rossignol, platero; Briere, tabernero; Gonor, vencedor de la Bastilla; Jourdan, cortacabezas; el famoso jacobino polaco Lazouski,

encerrado después por el pueblo en el Carrousel; y, finalmente, Henriot, que llegó a ser general de confianza de la Convención. A medida que las columnas se internaban en París, aumentábanse con los grupos que desembocaban de las populosas calles que terminan en los baluartes o en los muelles. A cada incorporación de nuevos reclutas, partía del centro de las columnas un clamor inmenso de regocijo, y las músicas militares ejecutaban el canto cínico y bárbaro de *Ça ira*, marsellesa de los asesinos. Los insurrectos lo entonaban en coro, esgrimiendo las armas y haciendo ademanes amenazadores contra los balcones de los que creían aristócratas.

Estas armas no se parecían a las armas resplandecientes de un ejército regular, que al mismo tiempo producen espanto y admiración; eran las armas extrañas y ridículas de que se había apoderado el pueblo, en el primer momento de la defensa o del furor, tales como picas, lanzas enmohecidas, asadores, cuchillos sin mango, hachas de carpintero, martillos de albañil, trinchetes de zapatero, hierros de planchadora, sierras, morrillos de chimeneas, palas, tenazas, los enseres más vulgares de la habitación de los pobres y el hierro viejo de los muelles. Parecía que estos diferentes utensilios llenos de orín, negros, repugnantes a la vista, y con cada uno de los cuales se hería de diferente modo, multiplicaban el horror de la muerte, presentándola bajo mil formas crueles y desacostumbradas. La confusión de sexos, de edades, de condiciones, de trajes; los harapos junto a los uniformes; los viejos al lado de los jóvenes; hasta los niños llevados unos en brazos por sus madres, otros de la mano o asidos a la ropa de sus padres; prostitutas con trajes de seda manchados de lodo, con la deshonestidad en el semblante y el insulto en los labios; centenares de mujeres infelices del pueblo, reclutadas en los camaranchones de los arrabales, para aumentar el número y para inspirar compasión, con vestidos llenos de jirones, flacas, escuálidas, con los ojos hundidos y las mejillas surcadas por la miseria, imágenes del hambre; y, por último, el pueblo, con todo el desorden, con toda la confusión, con toda la des-

nudez de una ciudad que abandona precipitadamente sus casas, sus talleres, sus buhardillas, sus lupanares y sus escondrijos; tal era el aspecto de intimidación de que los conjurados vistieron a este tropel.

Por doquier ondeaban banderas sobre las columnas, en las que se leía: *¡La sanción o la muerte! ¡Llamamiento de los ministros patriotas! ¡Tiembra, tirano, ha sonado tu hora!* Un hombre, con los brazos desnudos, llevaba una horca de la que pendía la figura de una mujer coronada, con estas palabras: *¡Cuidado con la linterna!* Más allá un grupo de mujeres levantaba en brazos una guillotina en relieve, con el siguiente rótulo: *¡Justicia nacional contra los tiranos! ¡Veto y su mujer a la muerte!* Pero en medio de esta aparente confusión, advertíase un orden relativo. Algunos hombres con chupas o vestidos de harapos, pero con camisa fina y manos blancas, cubríanse la cabeza con sombreros en que se leían consignas convenidas, escritas en grandes caracteres con tierra blanca.

La multitud seguía tras ellos y los obedecía. El núcleo principal atravesó la calle de San Antonio y las lóbregas avenidas del centro de París, hasta la calle de San Honorato, arrastrando a su paso la población de estos cuarteles, y cuanto más incremento tomaba este torrente de hombres, mayor ímpetu adquiría. Aquí se le reunía una turba de jóvenes carniceros, cada uno de los cuales llevaba clavado en la punta de una pica un corazón de vaca, destilando sangre, con esta inscripción: *Corazón de aristócrata.* Algo más allá, una cuadrilla de traperos andrajosos, levantaba sobre la multitud una lanza de la que colgaban los restos desgarrados de vestidos, con estas palabras: *Temblad, tiranos; ved aquí los sans-culottes.* La miseria había recogido el insulto que la aristocracia le había lanzado, convirtiéndolo en arma contra la opulencia.

Este ejército empleó tres horas en desfilar por la calle de San Honorato. A veces un silencio formidable, sólo interrumpido por el rumor de millares de pasos sobre el empedrado, oprimía la imaginación como síntoma de la cólera reconcentrada de esta masa terrible;

otras, las voces aisladas, los insultantes apóstrofes y los atroces sarcasmos, resonaban mezclados con las carcajadas de la muchedumbre, y otras, en fin, salían de estas oleadas de hombres rumores súbitos, inmensos, confusos, que, elevándose en los aires, dejaban únicamente percibir las últimas sílabas de estas prolongadas aclamaciones: *¡Viva la nación! ¡Vivan los sans-culottes! ¡Abajo el veto!* Este tumulto llegaba a la sala del Picadero, donde estaba reunida en aquellos momentos la Asamblea legislativa, a cuyas puertas se detuvo la cabeza de la comitiva, mientras las columnas invadieron el patio de los fuldenses, el del Picadero y todas las avenidas de la sala. Estos patios, estas avenidas y estos pasadizos que cubrían en aquella época el terraplén del jardín, ocupaban el espacio libre que se extiende actualmente entre el parque de las Tullerías y la calle de San Honorato, arteria central de París. Eran las dos de la madrugada.

XIII

Rœderer, procurador síndico del directorio del departamento, cargo que equivalía en 1792 al de prefecto de París, encontrábase en aquel momento en la barra de la Asamblea.

Rœderer, partidario de la Constitución, de la escuela de los Mirabeau y Talleyrand, era enemigo acérrimo de la anarquía, porque veía en la Constitución la fórmula de reconciliación entre su fidelidad al pueblo y su lealtad al rey, y quería defender esta Constitución con todas las armas legales que la sedición no había podido romper aún en sus manos. «Las turbas armadas amenazan con violar la Constitución, el recinto de la representación y la morada del rey, dijo Rœderer en la barra. Los partes de esta noche son alarmantes, y el ministro del Interior pide que pongamos inmediatamente en movimiento las tropas para que defiendan su palacio. La ley prohíbe las reuniones a mano armada, a pesar de lo cual avanzan y solicitan entrar en vuestro recinto. Si lo permitís, ¿qué serán en lo sucesivo las leyes en nuestras manos? Si vuestra indulgencia las deroga, los magistrados no tendrán autori-

dad para imponerse a las turbas. Pedimos, pues, que se nos encargue el cumplimiento de nuestros deberes; ¡que se nos deje la responsabilidad; que nada nos exima de la obligación que tenemos de morir por el mantenimiento de la tranquilidad pública!» Estas palabras, dignas del canciller L'Hôpital o de Mateo Molé, fueron acogidas fríamente por la Asamblea, y escarnecidas por las risotadas de los tribunos. Vergniaud las escuchó con atención hipócrita y no hizo caso.

«Sí, no hay que dudarle, agregó el orador, a quien la turba debía lanzar de la tribuna un año después; sí, obraríamos con más cordura no recibiendo nunca a hombres armados, porque, si hoy el civismo trae aquí a los buenos ciudadanos, la aristocracia traerá mañana a sus genízaros; pero el error en que hemos incurrido autoriza el error del pueblo. Las reuniones formadas hasta aquí parecen autorizadas por el silencio de la ley, pero los magistrados os piden la fuerza para reprimirlas. En las circunstancias actuales, ¿cuál es vuestro deber? Sería extremo rigor mostrarse inexorable con una falta, que debe atribuirse a la deficiencia de vuestros decretos; sería inferir una ofensa a los ciudadanos que solicitan en este momento presentaros sus homenajes, suponerlos animados de malas intenciones. Se supone que esta gente trata de presentar un memorial en palacio, y no creo que pretendan llegar armados a la presencia del monarca, sino que, ajustándose a las leyes, irán sin armas y como meros peticionarios. Propongo, por consiguiente, que los ciudadanos reunidos con objeto de desfilar ante nosotros, sean inmediatamente admitidos.»

Indignados al oír estas palabras pérdidas o cobardes, Dumolard y Ramond se opusieron enérgicamente a esta debilidad o complicidad de la Asamblea. «El homenaje más digno que podéis tributar al pueblo de París, dijo Ramond, es obligarle a que obedezca las leyes, y, por lo tanto, propongo que los ciudadanos abandonen las armas antes de ser admitidos en vuestra presencia.» «¿Qué habláis, repuso Guadet, de desobediencia a la ley, cuando vos la habéis derogado tantas veces? ¡Cometeríais una notoria injusticia

y os pareceríais a aquel emperador romano, que, con el propósito de tener más culpables a quienes castigar, mandó escribir las leyes con caracteres confusos que nadie podía descifrarlos!»

La diputación de los insurrectos entró al pronunciar Guadet estas últimas palabras, en medio de los aplausos y de los gritos de indignación que lanzaban, según sus opiniones, los miembros de la Asamblea.

XIV

Huguenin, en nombre de los insurrectos, leyó la petición convenida en Charentón, en la que se declaraba que la ciudad estaba alerta, a la altura de las circunstancias, y dispuesta a emplear grandes medios para vengar la majestad del pueblo, deplorando, sin embargo, la necesidad en que estaba de manchar sus manos con la sangre de los conspiradores. «Pero la hora ha sonado, exclamó con aparente resignación, y correrá sangre, porque los hombres del 14 de julio no están dormidos aunque parezca lo contrario, sino que despiertan terribles. Hablad y obraremos. ¡El pueblo está ahí para juzgar a sus enemigos! ¡Elijan entre Coblenza y nosotros! ¡Purguen la tierra de la libertad! Vosotros conocéis a los tiranos y el rey no está de acuerdo con vosotros, de lo cual no necesitamos más prueba que la expulsión de los ministros patriotas y la inacción de nuestros ejércitos. La cabeza del pueblo, ¿no vale tanto como la de los reyes? ¿Debe correr la sangre de los patriotas impunemente sólo para satisfacer el orgullo y la ambición del perverso palacio de las Tullerías? Si el rey no obra, destitúidlo, porque un hombre solo no puede oponerse a la voluntad de veinticinco millones de hombres. Si por deferencia lo mantenemos en su puesto, ha de ser bajo la condición de que lo ocupe constitucionalmente; y, en caso contrario, que pierda toda su representación. ¿Pero qué hace la excelsa corte de Orleans? ¿dónde están las cabezas de los delincuentes a quienes debe castigar?... ¿Se nos obligará a que nosotros empuñemos otra vez la cuchilla?...»

Estas palabras siniestras consternaron

a los constitucionales, e hicieron sonreír a los girondinos, a pesar de lo cual, respondió el presidente con entereza que no secundaron sus colegas.

Decidióse al fin permitir al pueblo de los arrabales que desfilara armado dentro del salón.

XV

Un momento después de haber sido votado este decreto, se abrieron las puertas para dejar paso franco a los treinta mil peticionarios que se agolpaban a ellas. Mientras se verificaba este largo desfile, ejecutaba la música los cantos demagógicos de la *Carmañola* y del *Ça ira*, pasos de ataque de los motines. Las mujeres, armadas de sables, esgrimíanlos frente a las tribunas que las aplaudían; y bailaban delante de la lápida en que estaban escritos los derechos del hombre, como los israelitas alrededor del tabernáculo. Las mismas banderas, las mismas inscripciones vulgares que manchaban las calles, profanaron el recinto de las leyes. Los harapos de pantalones, ondeando a manera de trofeos, la guillotina y la horca, con la figura de la reina pendiente de ella, desfilaron impunemente ante la Asamblea. Algunos diputados aplaudían, otros volvían la cabeza u ocultaban el rostro entre ambas manos; y otros, más resueltos, abalanzáronse al miserable que llevaba todavía el corazón ensangrentado clavado en la pica, y le obligaron a alejarse con su sangriento emblema del asesinato. Una parte de la turba miró con respeto el recinto que estaba profanando con su presencia, y la otra apostrofaba al pasar a los representantes de la nación, pareciendo que se gozaba en humillarlos. El estruendo producido por el choque de las extravagantes armas de la muchedumbre, el ruido producido por los zapatos ordinarios y por los zuecos sobre el piso del salón, los chillidos de las mujeres, las voces de los muchachos, los gritos de *¡viva la nación!*, las canciones patrióticas y el sonido de los instrumentos, ensordecieron a los circunstantes. Los andrajos del populacho contrastaban con los mármoles, las estatuas y las decoraciones del recinto. Los miasmas de aquellas heces en movimien-

to envenenaban el ambiente y sofocaban la respiración. Eran las tres cuando el confuso tropel concluyó de desfilar, y el presidente suspendió en aquel momento la sesión, esperando los acontecimientos y desmanes que se anunciaban.

XVI

En los patios y en el jardín de las Tullerías apercebíanse numerosas fuerzas para defender la morada del rey contra la agresión de los arrabales. Tres regimientos de línea, dos escuadrones de gendarmería, muchos batallones de la guardia nacional y de artillería, esperaban, formados, a la turbamulta; pero estas tropas, irresolutas y contaminadas de la sedición, eran sólo una apariencia de fuerza. Los gritos de *¡viva la nación!*, los ademanes amistosos de los insurrectos, la presencia de las mujeres que abrazaban a los soldados, al través de las verjas, la presencia de los oficiales municipales, que manifestaban en su actitud la neutralidad, todo debilitaba el sentimiento de resistencia en el corazón de aquellos soldados que, a una y otra parte, veían el uniforme de la guardia nacional. Entre la población de París, de cuyos sentimientos participaban, y el palacio que suponían lleno de traiciones, no sabían a qué lado les inclinaba el deber. Røederer, órgano decidido de la Constitución y los jefes de la guardia nacional, como Acloque y Romainvilliers, les mostraban inútilmente el texto abstracto de la ley que les mandaba repeler la fuerza con la fuerza. Como la Asamblea acababa de darles ejemplo de complicidad con los revoltosos, el alcalde Pethión se substraía a toda responsabilidad, y el rey, inmóvil, amparábase en su inviolabilidad, las tropas, abandonadas a sí mismas, tenían infaliblemente que estrellarse contra la amenaza o contra la seducción.

En el interior del palacio habíanse congregado precipitadamente al primer amago de peligro para el rey, cerca de doscientos nobles, a cuyo frente figuraba el anciano mariscal de Mouchy. ¡Eran víctimas voluntarias del antiguo honor francés, más que defensores útiles de la monarquía! Temiendo herir la suscepti-

bilidad de la guardia nacional y de la tropa, estos nobles permanecían ocultos en sus aposentos, más dispuestos a morir que a pelear. No llevaban uniforme y ocultaban sus armas debajo de los vestidos, de donde procedió el nombre de caballeros del puñal, con que les designó el rencor del pueblo. Habiendo abandonado sigilosamente sus provincias respectivas para ofrecer su afecto desesperado al desgraciado monarca, sin conocerse mutuamente, sólo provistos de una papeleta de entrada en palacio, corrían a su lado en los días de peligro. Hubieran debido ser diez mil y sólo eran doscientos; formaban la reserva de la fidelidad; cumplían su deber sin saber cuántos eran, y vengaban a la nobleza francesa de las faltas y del abandono de la emigración.

XVII

Al salir de la Asamblea, la turbamulta había marchado en columna cerrada al Carrousel, Santerre y Alejandro, al frente de sus batallones, imprimíanle movimiento. Una masa compacta de insurrectos ocupaba la calle de San Honorato. Los demás pelotones, diseminados y separados del cuerpo principal, obstruían el paso en los patios del Picadero y de los fuldenses, esforzándose por romper desembocando violentamente por una de las salidas que ponían en comunicación estos patios con el jardín, cuya entrada estaba defendida por un batallón de la guardia nacional. La debilidad o la tolerancia de un oficial municipal franqueó el paso, y el batallón se replegó tomando posiciones debajo de las ventanas de palacio. La muchedumbre atravesó en línea oblicua el jardín y, al pasar frente a los batallones, los saludó con el grito de ¡*Viva la nación!*!, invitándoles a quitar la bayoneta de sus fusiles. Las bayonetas fueron quitadas y la turba se deslizó por la puerta del Puente Real, replegándose en los postigos del Carrousel que cerraban esta plaza por la parte del Sena; la guardia de estos postigos cedió también dejando pasar cierto número de sediciosos, y volvió a impedirse el paso. Los revoltosos, excitados por la marcha, los cantos, los aplausos de la Asamblea y la embriaguez, esparciéronse lanzando au-

llidos por los patios del palacio, a cuyas puertas principales agolpáronse los destacamentos que las defendían llamando en su auxilio a los camaradas que se encontraban fuera. Se desquiciaron los goznes de la puerta real, y el oficial municipal Panís, ordenó que se la franqueasen. El Carrousel fué forzado, y las masas, a la vista de las piezas de artillería asestadas contra ellas y de los escuadrones de la gendarmería formados en orden de batalla, quedáronse indecisos durante breves momentos. Saint-Prix, comandante de los artilleros, separado de los cañones por un movimiento de la muchedumbre, dió al segundo comandante la orden de que los replegara en la puerta del palacio, pero éste se negó a obedecerle, gritando: *El Carrousel ha sido forzado, y es preciso forzar también el palacio. ¡A mí, artilleros! Ahí está el enemigo.* Al pronunciar estas palabras, señaló con un ademán los balcones de palacio; dió vuelta a los cañones y los apuntó contra el edificio. Las tropas, arrastradas por esta deserción de la artillería, continuaron formadas en orden de batalla, pero arrojaron en presencia del pueblo los cebos de los fusiles en señal de fraternidad y franquearon todas las avenidas a los sediciosos.

Al ver esto, el comandante de la guardia nacional, gritó a los granaderos que estaban en los balcones del zaguanete de guardias, que empuñaran las armas para defender la escalera; pero los granaderos, en vez de obedecerle, salieron de palacio por la galería que había sobre el jardín. Santerre, Theroigne y Saint-Huruge precipitáronse a la puerta del palacio, y algunos hombres, más temerarios y robustos que los demás, penetraron bajo la bóveda que desde el Carrousel conducía al jardín; alejaron violentamente a los artilleros; se apoderaron de un cañón; lo arrancaron de la cureña y lo llevaron en brazos hasta el zaguanete de guardias, situado en el extremo de la escalera principal. Envalentonada la muchedumbre con este prodigio de fuerza y de valor, inundó el salón y se esparció, a manera de torrente, por las escaleras y por los corredores de palacio. Todas las puertas se conmovieron o cayeron al empuje de los brazos o de las hachas de la

muchedumbre que buscaba al rey, prorrumpiendo en voces desaforadas. Una sola puerta la separaba ya de él, y ésta, desquiciada, está próxima a ceder al esfuerzo de las palancas y a los golpes de pica de los asaltantes.

XVIII

El rey, que confiaba en las promesas de Pethión y en las numerosas fuerzas que rodeaban el palacio, había arrostrado tranquilamente el avance de las turbas, así es que el asalto repentino de su aposento le sorprendió de un modo extraordinario, cuando se creía en completa seguridad.

Retirado en compañía de la reina, de Madama Isabel y de sus hijos en los aposentos interiores que miraban al jardín, oía bramar a lo lejos las masas, sin presumir que no iban a tardar en atacarle. Los gritos de los servidores aterrados, que huían en todas direcciones, el estruendo de las puertas que caían hechas pedazos sobre el pavimento, y los aullidos del pueblo que se aproximaba, infundieron súbito espanto en aquella familia que se hallaba reunida en la alcoba del monarca. Este, confiando por medio de un ademán, la salvación de la reina, de su hermana y de sus hijos a los oficiales y camareras que lo rodeaban, arrojóse sin defensa al bullicio, en la sala del Consejo, donde encontró al fiel mariscal de Mouchy, que no se cansaba de ofrecerle los postreros días de su dilatada existencia; a d'Hervilly, comandante de la guardia constitucional de caballería licenciada pocos días antes; al generoso Acloque, comandante del batallón del arrabal de San Marcelo, quien, revolucionario moderado al principio, y vencido después por las virtudes privadas de Luis XVI, era en aquel momento su amigo, y mostraba vehementes deseos de morir defendiéndole; a tres bizarros granaderos del batallón del arrabal de San Martín, llamados Lecrosnier, Bridaut y Gossé, que habían permanecido solos en su puesto del interior en medio de la general deserción, y que buscaban al rey para escudarle con sus bayonetas; y algunos hombres del pueblo, extraños a la corte, agrupados por el sentimiento del deber y del cariño, que

sólo defendían al hombre en la persona del monarca.

En el momento en que se presentó el rey en esta sala, las puertas del aposento contiguo, llamado sala de los nobles, caían derrumbadas a los golpes de los asaltantes. Luis XVI se precipitó a ella arrostrando el peligro. Las hojas de la puerta cayeron a sus pies y pasaron, al través de las aberturas, hierros de lanza, palos con puntas de hierro e innumerables picas, uniéndose al ruido de los hachazos los gritos de furor, los juramentos y las imprecaciones de las turbas. El rey mandó con voz firme a dos ayudas de cámara de confianza que lo siguen, Hue y de Marchais, que abrieran las puertas. «¿Qué puedo temer en medio de mi pueblo?», dijo el rey, acercándose resueltamente a los que asaltaban.

Estas palabras, este movimiento hacia adelante, la serenidad de su rostro y el respeto que durante tantos siglos se había profesado a la persona sagrada del rey, detuvieron el ímpetu de los primeros agresores, que se quedaron perplejos. En este momento de perplejidad, el mariscal de Mouchy, Acloque, los tres granaderos y los dos servidores hicieron retroceder al rey algunos pasos, interponiéndose entre él y el pueblo. Los granaderos calaron las bayonetas y mantuvieron a raya por un instante al tropel; pero la oleada de la muchedumbre, que iba en aumento, empujó hacia adelante, a las filas primeras. Adelantóse entonces un hombre cubierto de andrajos, con los brazos desnudos, los ojos extraviados y echando espumarajos por la boca. «¿Dónde está el *Veto*?», gritó blandiendo sobre el pecho del rey un largo palo provisto de una punta de hierro. Uno de los granaderos inclinó al suelo con el peso de su bayoneta el palo, y desarmó el brazo de aquel energúmeno, que cayó a los pies del ciudadano. Este rasgo de energía impuso respeto a los demás granujas, que pisaron despreciativamente al caído. Las picas, las hachas, y los cuchillos se inclinan o se apartan, y la majestad real recobra por un momento su prestigio. La turba se contiene por sí misma, a cierta distancia del rey, en actitud de curiosidad brutal, más bien que de cólera.

XIX

Algunos oficiales de la guardia nacional, reunidos al propalarse la noticia de los peligros que amenazaban al rey, se incorporaron a los valientes granaderos y consiguieron dejar un corto espacio alrededor de Luis XVI. Este, dominado por el exclusivo pensamiento de alejar al pueblo del aposento en que había dejado a la reina, mandó cerrar a su espalda la puerta de la sala del Consejo, llevando en pos de sí a la muchedumbre al vasto salón del Ojo del Buey, bajo el pretexto de que esta habitación, por su mayor amplitud, permitiría a mayor número de ciudadanos el verle y hablarle. Conseguido su propósito y rodeado por una muchedumbre inmensa y amotinada, felicitóse de ser él solo el expuesto a los golpes de las armas de todo género, agitadas por miles de brazos sobre su cabeza; pero, al volverse, vió a su hermana Isabel, que le alargaba los brazos deseando reunírsele.

Esta princesa había rechazado los esfuerzos de las señoras que detenían a la reina y a los niños en la alcoba regia; adoraba a su hermano y quería morir al lado suyo. Joven todavía, dotada de hermosura celestial, y santificada en la corte por la piedad de su vida y por su apasionado cariño al rey, había renunciado al amor de los hombres para entregarse únicamente al amor de la familia. Sus cabellos desordenados, sus ojos humedecidos por las lágrimas, y sus brazos extendidos hacia el rey, le daban una expresión desesperada y sublime. «¡Es la reina!», exclamaron algunas mujeres de los arrabales, palabras que en aquellos críticos momentos equivalían a una condena de muerte. Los furiosos abalanzáronse a Madama Isabel con los brazos levantados, queriendo asesinarla, pero los oficiales de palacio desvanecieron su error. Al oír el respetado nombre de la hermana del rey, abatieron por segunda vez las armas. «¡Ah! ¿qué hacéis?, gritó penetrada de dolor la princesa; ¡dejadles en la creencia de que soy la reina! ¡Muriendo en su lugar, la habría quizá salvado!» Al pronunciar estas palabras, un movimiento irresistible de la multitud

la separó violentamente del lado de Luis XVI, llevándola al hueco de uno de los balcones de la sala, donde la muchedumbre la contempló con respeto.

XX

El rey había llegado hasta el fondo del hueco del balcón del medio. Aclaque, Vannot, d'Hervilly y unos veinte voluntarios y guardias nacionales, formábanle una muralla con sus cuerpos. Algunos oficiales desenvainaron la espada, y el rey les dijo tranquilamente: «Envainad las espadas; esta turba está alucinada, pero no es culpable.» Subió a un banco arrimado al balcón y los granaderos subieron a su lado, mientras otros se colocaron delante de él, bajando, separando y deteniendo los palos, las hoces y las picas que esgrimía la muchedumbre cólerica, de la que salían, confusamente mezcladas, atroces vociferaciones: ¡Abajo el veto! ¡el campamento en París! ¡Volvednos los ministros patriotas! ¿Dónde está la austriaca? Constantemente, separábase de las filas algunos hombres desenfrenados, para vomitar más cerca sus injurias y amenazas de muerte contra el rey. No pudiendo aproximársele a causa del muro de bayonetas cruzadas delante de él, agitaban sobre su cabeza las repugnantes banderas y los lemas siniestros, los pedazos de pantalones, la guillotina, el corazón ensangrentado y la horca. Uno que tenía una pica en la mano, no cesaba de hacer esfuerzos por llegar hasta el rey; era el asesino que dos años antes había lavado en un cubo de agua las cabezas cortadas de Berthier y de Foulón, y que, llevándolas asidas por los cabellos al muelle del Hierro Viejo, las había arrojado al pueblo para que le sirvieran de emblemas de carnicería y excitaciones a nuevos asesinatos.

Un joven rubio, con traje elegante y aspecto terrible acometía constantemente a los granaderos, lastimándose los dedos con las bayonetas al intentar separarlas y abrir paso. «¡Señor, señor!, gritaba, ¡os pido encarecidamente en nombre de las cien mil almas que me rodean, que sancionéis el decreto contra los sacerdotes. ¡O lo sancionáis o morís!»

Otros hombres del pueblo, aunque ar-

mados de sables desenvainados, de espadas, de pistolas y de picas, reprimían los esfuerzos que hacían los más perversos para atentar contra la vida del rey, y hasta se advertían señales de respeto y de dolor en el rostro de la mayoría. En esta revista de la revolución, el pueblo se mostraba terrible, pero no se confundía con los asesinos.

Empezaba a establecerse cierto orden en las escaleras y en las salas, y el tropel, oprimido por el tropel, después de haber contemplado al rey y prorumpido en amenazas en su presencia, recorría triunfalmente los demás aposentos del llamado *palacio del despotismo*.

El carnicero Legendre separó, para abrirse paso, las cuadrillas de mujeres y de muchachos, que acostumbraban temblar al escucharle. Mostró deseos de hablar, y todos guardaron silencio. Los guardias nacionales se separaron para dejarle que interpelara al rey. «Señor mío...», dijo con voz atronadora, y el rey, al oír estas palabras, que eran una humillación, hizo un movimiento de dignidad ofendida. «Sí, señor, repuso Legendre, insistiendo con más fuerza en el título, escuchadnos, puesto que estáis ahí para escucharnos. ¡Sois un pérfido! ¡nos habéis engañado siempre! ¡nos engañáis ahora mismo!; pero tened cuidado, porque la paciencia se acaba. El pueblo está ya cansado de ser juguete y víctima vuestros.» Aquel miserable, después de pronunciar estas amenazadoras palabras, leyó una solicitud, redactada en términos igualmente imperiosos, en la que pedía, en nombre del pueblo, que se llamara a los ministros girondinos y se sancionaran inmediatamente los decretos de la Asamblea. El rey respondió con dignidad inalterable: «Haré lo que la Constitución me manda.»

XXI

No bien había pasado una oleada de gente, la reemplazaba otra, y las fuerzas del rey y del escaso número de sus defensores iban agotándose en esta lucha, siempre renaciente, con una multitud incansable. No bastando ya las puertas a la impaciente curiosidad de los miles de hombres que habían acudido a infamar

la realeza, entraban por los tejados, por las ventanas y por las galerías que terminan en las azóteas. Estos escalos divertían a los innumerables espectadores congregados en el jardín, cuyas palmas, bravos y carcajadas servían de estímulo a los asaltantes. Entablábanse a gritos diálogos siniestros entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Lo han herido? ¿ha muerto? ¡echadnos la cabeza!», gritaba la multitud, y los miembros de la Asamblea, los periodistas girondinos, Garat, Gorzas y Marat, mezclados en el tropel, prorumpían en chanzonetas acerca de este martirio de vergüenza impuesto al rey. Hubo un momento en que se difundió el rumor de que lo habían asesinado; pero ni un solo grito de horror partió de aquella muchedumbre, cuyas miradas se dirigieron al balcón, para ver si le mostraban el cadáver.

Sin embargo, la turba, aun en medio de su rabia, parecía tener necesidad de reconciliación. Un hombre del pueblo alargó un gorro encarnado en la punta de una pica a Luis XVI. «¡Que se lo ponga! ¡que se lo ponga!, gritaba la muchedumbre. Esta es la señal de patriotismo; ¡si se adorna con él, creeremos en su buena fe!» El rey indicó a uno de los granaderos que le entregase el gorro encarnado, y se lo puso, sonriendo, en la cabeza. La turba gritó inmediatamente: ¡viva el rey! El pueblo había coronado a su jefe con el signo de la libertad, y el gorro de la demagogia reemplazaba a la diadema de Reims. El pueblo, triunfante, había ya aplacado.

Otros oradores, encaramados sobre los hombros de los camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con ruegos, ya con amenazas, que prometiese llamar a Roland y sancionar los decretos; pero Luis XVI, invencible en su resistencia constitucional, dudó o se negó constantemente a acceder las imposiciones de los sediciosos.

—Custodio de la prerrogativa del poder ejecutivo, no la entregaré a la violencia — respondió el monarca—. No es éste el momento oportuno de deliberar, puesto que no se delibera libremente.

—No temáis, señor, le dijo un granadero de la guardia nacional.

—Amigo mío — respondió el rey, to-
mándole la mano y acercándola a su pe-
cho—, pon aquí tu mano y observa si mi
corazón late con más violencia que de
ordinario.

Este ademán y estas palabras de con-
fianza, visto y oídas por la muchedum-
bre, apaciguaron a los sediciosos.

Un hombre, cubierto de andrajos y con
una botella en la mano, acercóse al rey
y le dijo:

—Si amáis al pueblo, bebed a su sa-
lud.

Los que rodeaban al monarca, temien-
do que se pretendiera envenenarlo, le ro-
garon que no bebiese; pero Luis XVI
alargó la mano, tomó la botella, la puso
en sus labios y bebió a la salud de la na-
ción. Esta familiaridad con la muche-
dumbre, representada por un mendigo,
concluyó de popularizar al rey. Las tur-
bas vitorearon nuevamente al soberano,
y las exclamaciones de los que estaban en
la sala fueron repetidas por los que ocu-
paban las escaleras y conmovieron, en la
explanada del jardín, a los grupos que,
esperando una víctima, recibían una lec-
ción de ternura de los verdugos.

XXII

Mientras el desgraciado monarca lu-
chaba solo contra el pueblo, la reina su-
fría en una sala inmediata los mismos
improperios y los mismos caprichos. Más
aborrecida que Luis XVI, corría más pe-
ligros. Las naciones conmovidas necesi-
tan personificar sus rencores, lo mismo
que su amor, y María Antonieta repre-
sentaba, a la vez, la corrupción de las
cortes, el orgullo del despotismo y las
maldades de la traición. Su hermosura,
la propensión de su juventud al placer,
y la ternura de su corazón, eran consi-
deradas como un desenfreno por la ca-
lumnia; y la sangre de la casa de Aus-
tria, su altivez, debida a la naturaleza
más que a la raza, sus estrechas rela-
ciones con el conde de Artois, sus com-
plots con los emigrados, su presunta
complicidad con la coalición, y los libelos
escandalosos o infamatorios, esparcidos en
contra suya hacía ya cuatro años, con-
vertían a esta princesa en víctima propi-
ciatoria de la opinión. Las mujeres la

despreciaban como esposa culpable; los
patriotas la detestaban como conspirado-
ra, y los políticos la temían como conse-
jera del rey. El nombre de la *Austriaca*,
que le daba el pueblo, compendia todas
estas faltas. Era la impopularidad del
trono, del que debió ser la gracia y el
perdón.

María Antonieta sabía que el pueblo
la odiaba, y no ignoraba que su presencia,
al lado del rey habría sido un incentivo
al asesinato. Por esta razón permanecía
aislada con sus hijos en la alcoba real.
El rey se lisonjeaba de que hubiera sido
olvidada; pero a la reina buscaban espe-
cialmente las mujeres, y, llamándola a
gritos, con los epítetos más denigrantes
para una mujer, para una esposa y para
una reina.

No bien había sido encerrado el rey por
las masas del pueblo en el Ojo de Buey,
cuando las puertas de la alcoba real fue-
ron atacadas con los mismos aullidos y
con los mismos golpes; pero este grupo
estaba, casi en su totalidad, compuesto
de mujeres, cuyos brazos más débiles se
agitaban con furia ante las puertas de
encina. Llamaron, para que les presta-
ran apoyo, a los hombres que habían con-
ducido en brazos el cañón hasta el za-
guanete de los guardias, y aquéllos acu-
dieron a su llamamiento. La reina, pues-
ta en pie y estrechando contra su cuerpo
a sus dos hijos, oía con mortal angustia
los gritos de las turbas enfurecidas. A su
lado se encontraban el fiel Lajard, mi-
nistro de la Guerra, algunas señoras de
la servidumbre y la princesa de Lam-
balle, lealísima amiga tanto en los días
prósperos como en los adversos.

Hija política del duque de Penthièvre
y cuñada del duque de Orleans, la prin-
cesa de Lamballe había reemplazado en
el corazón de la reina la afectuosa ter-
nura que María Antonieta había profe-
sado durante largo tiempo a la condesa
de Polignac. La amistad de María An-
tonieta rayaba en adoración. Disgustada
por la tibieza del monarca, que poseía
las virtudes pero ninguna de las gracias
del esposo; odiada por el pueblo, y can-
sada del trono, había depositado en esta
amistad íntima el tesoro afectivo de su
corazón, tan sediento como vacío de efu-
siones. Se censuraba este favoritismo,

porque todos los actos y afectos de la reina servían de pasto a la calumnia.

La princesa de Lamballe había enviado a los diez y ocho años, y, exenta de sospechas desfavorables respecto a sus costumbres, y superior a toda ambición y a todo interés por su categoría y su fortuna, sólo amaba en la reina una amiga. Cuanto más se encarnizaba el infortunio contra María Antonieta, más se complacía en participar de él la joven favorita, a quien no atraía la grandeza, sino la desgracia. Superintendente de la casa, habitaba en las Tullerías en un aposento contiguo al de la reina para participar de todas sus lágrimas y de todos sus peligros; pero, a veces, se veía en la precisión de ausentarse para ir al palacio de Vernón a cuidar al anciano duque de Penthièvre. La reina, que presentía las tormentas, hábíale escrito algunos días antes del 20 de junio una carta interesante, rogándole que no volviese. Esta carta, que fué encontrada entre el cabello de la princesa de Lamballe, después de su asesinato, e *ignorada hasta hoy*, descubre la ternura de la una y la adhesión de la otra.

«No vuelvas de Vernón, mi querida Lamballe, antes que te restablezcas por completo. El buen duque de Penthièvre se entristecería y afligiría mucho, y todos debemos tener consideración a su avanzada edad y a sus virtudes. Te he repetido con tanta frecuencia que te cuides, que, si me amas, te ocuparás de ti misma. Se necesita hacer acopio de fuerzas en la época fatal que atravesamos. ¡Ah! no vuelvas... vuelve lo más tarde posible. Sufrirías demasiado, y tendrías que llorar mucho a causa de mis desgracias, amándome con tanta ternura. La raza de tigres que infesta el reino se complacería cruelmente si llegara a saber lo que padecemos. Adiós, mi querida Lamballe, pienso constantemente en ti, y ya sabes muy bien que no puedo cambiar jamás.»

La señora de Lamballe, por lo contrario, se apresuró a volver, y, cuando las turbas invadieron el palacio real, se abrazaba a la reina para ser herida por el mismo golpe.

Al lado de María Antonieta se encontraban también, en sus respectivos pue-

tos, la princesa de Tarento-Latremouille, las señoras de Tourzel, de Makau y de Laroche-Aymón.

De Lajard, militar dotado de sangre fría y responsable ante el rey y ante sí mismo de tantas vidas idolatradas o sagradas, reunía apresuradamente por los pasadizos secretos que desde la alcoba comunicaban con el interior de palacio, algunos oficiales y guardias nacionales diseminados en el tumulto. Hizo que la reina llevara consigo a sus hijos con el objeto de que su presencia y sus gracias, enterneciendo a la muchedumbre, sirvieran de escudo a la madre; abrió por sí mismo las puertas, colocó a la reina y a sus doncellas en el hueco de un balcón, y puso delante de este grupo la mesa maciza del Consejo, para interponer un muro entre las armas del populacho y la vida de la familia real. Algunos guardias nacionales se agruparon a ambos lados, un poco delante de la mesa. La reina, de pie, tenía asida de la mano a su hija, que entonces contaba catorce años de edad.

Niña dotada de hermosura noble y de madurez prematura; las pesadumbres de familia que veía en torno suyo, habían reflejado en su rostro la gravedad y la melancolía. Sus ojos azules, su frente despejada, su nariz aguileña, sus cabellos rubios, que flotaban en largos rizos sobre sus hombros, recordaban, en la decadencia de la monarquía, las doncellas de las Galias que adornaban el trono de las primeras razas. La joven apretábase contra el seno de su madre para escudarla con su inocencia. Nacida en los primeros tumultos de la revolución, conducida a París como prisionera, en medio de las escenas sangrientas del 6 de octubre, no conocía del pueblo más que las convulsiones y la cólera. El Delfín, niño de siete años, estaba sentado en la mesa delante de la reina. Su rostro sencillez, en el que resplandecía toda la belleza de los Borbones, revelaba más sorpresa que espanto; volvíase continuamente hacia su madre y alzaba los ojos hacia los de ésta, como si pretendiera leer en ellos, a través de las lágrimas, la confianza o el miedo que era preciso tener. En esta actitud, llegó la muchedumbre precipitándose por la sala de el Ojo de Buey, encontró a la reina y des-

filó triunfalmente ante ella. La cólera de los sediciosos, que había sido aplacada por la firmeza y por la confianza del rey, no era ya tan imponente. La moderación de las turbas revelábase en los gritos y en los ademanes.

Los hombres más feroces se amansan en presencia de la debilidad, de la hermosura y de la niñez. Una mujer hermosa, reina, humillada; una joven inocente y un niño que sonríe a los enemigos de sus padres, tenían que despertar necesariamente la sensibilidad hasta en la misma cólera. Los hombres de los arrabales desfilaban silenciosos y casi avergonzados de su violencia ante este grupo de la realeza ultrajada. Sólo algunos, los más cobardes, desplegaban, al pasar frente a la familia real, las insignias satíricas que deshonoraban la insurrección; pero los cómplices, indignados, apartaban con la mano estos emblemas y obligaban a pasar apresuradamente a los portadores. Algunos dirigían miradas de inteligencia y de compasión, otros se sonreían y hablaban familiarmente al Delfín. Entablábase diálogos, medio terribles y medio respetuosos entre la turba multa y el niño.

—Si amas a la nación — dijo un voluntario a la reina—, pon el gorro encarnado en la cabeza de tu hijo.

La reina tomó el gorro encarnado de manos de aquel hombre, y lo puso sobre la cabellera del Delfín. Admirado el niño, recibió como un juego estos insultos; los hombres aplaudieron, pero las mujeres, más implacables, no cesaban de lanzar injurias a María Antonieta. Las palabras obscenas, propias de los mercados, resonaban por primera vez en las bóvedas del palacio y en los oídos de los niños. Su ignorancia, que les hacía desconocer su significación, les evitaba el horror de entenderlas. La reina se ruborizaba al oír las; pero su pudor ofendido no amenguaba su varonil presencia de ánimo. Advertíase que se avergonzaba por el pueblo y por sus hijos; pero no por ella. Una joven de agraciada presencia y decentemente vestida, demostró mayor encarnizamiento, desahogándose en amargas inyectivas contra la *Austriaca*. Admirada la reina del contraste que hacían el frenesí de esta joven y la dulzura de

su rostro, le preguntó bondadosamente: —¿Por qué me aborreces? ¿te he injuriado, acaso sin saberlo, alguna injuria o algún mal?

—A mí no — repuso la bella patriota—; pero causáis la desgracia de la nación.

—¡Pobre joven! — replicó la reina—. Te han engañado; ¿qué interés tengo en labrar la infelicidad del pueblo? Esposa del rey, madre del Delfín, soy francesa por los sentimientos de mi corazón de esposa y de madre. ¡Ya no volveré a ver mi país! No puedo ser feliz o desgraciada más que en Francia; ¡y sería feliz si vosotros me amarais!

Esta tierna reconvencción conmovió el corazón de la joven; su furor se deshizo, de pronto, en lágrimas, y pidió perdón a la reina.

—No os conocía — le dijo—; pero ahora comprendo que sois muy buena.

En aquel momento atravesó Santerre por medio de la muchedumbre.

Variable y sensible, aunque brutal, Santerre pasaba fácilmente a la rudeza, a la exaltación y a la ternura. Los arrabales le franquearon el paso y temblaron al oírlo. Mandó con ademán imperioso que salieran del salón; empujó a la turba hacia la puerta que está frente a la sala del Ojo de Buey, y la corriente dirigióse por las salidas opuestas del palacio.

El calor era irresistible, y por la frente del Delfín caía el sudor debajo del gorro encarnado.

—Quitad el gorro a este niño — gritó Santerre—, ¿no veis que lo sofoca?

La reina dirigió a Santerre una mirada de madre, y él, acercándosele, apoyó su mano en la mesa e inclinándose hacia María Antonieta, le dijo a media voz:

—¡Tenéis amigos muy poco hábiles, señora, pues conozco a algunos que os servirían mejor!

La reina bajó la vista y guardó silencio; este incidente originó las inteligencias secretas que luego sostuvo con los perturbadores de los arrabales. Estos grandes facciosos, después de haber conmovido la monarquía, complacíanse en oír las súplicas de la reina. Su orgullo quedaba satisfecho ensalzando a la mujer que habían vilipendjado. Mirabeau, Barnave y Dantón habían vendido, u

ofrecido vender, alternativamente, la influencia de su popularidad; Santerre únicamente ofreció compasión.

XXIII

La Asamblea abrió nuevamente sesión al saberse que iba a ser invadido el palacio, y envió una diputación compuesta de veinticuatro individuos para que sirviera de salvaguardia al rey; pero, habiendo llegado tarde, vagaban estos diputados por los patios, por los pórticos y por las altas escaleras de palacio. Aunque les repugnaba la idea del último crimen perpetrado contra la persona del monarca, no les afligía la amenaza largo tiempo sufrida por la corte. Sus pasos se perdían en la confusión de la muchedumbre y sus palabras en el estrépito. Vergniaud, subido en un escalón encumbrado de la escalera grande, llamaba en vano al orden, a la legalidad y a la Constitución. La elocuencia, que tan eficaz es para conmover a las masas, es impotente para detenerlas. De vez en cuando, los diputados realistas entraban llenos de indignación en el salón, subían con sus trajes desordenados a la tribuna, y repriminaban a la Asamblea por la indiferencia que mostraba. Entre ellos distinguíanse Vaublanc, Ramond, Becquet y Girardin. Mateo Dumás, amigo de Lafayette, exclamó, señalando con un ademán, los balcones de palacio:

—Vengo de allí; ¡el rey peligra! Acabo de verlo; lo aseguro con el testimonio de mis colegas Isnard y Vergniaud, que se esfuerzan inútilmente por contener al pueblo. ¡Sí, he visto al representante hereditario de la nación, insultado, amenazado, envilecido! ¡He visto el gorro de lana encarnado sobre su cabeza! ¡Sois responsables ante la posteridad!

Estas palabras fueron acogidas con carcajadas y gritería.

—¿Acaso el gorro de los patriotas es señal de infamia en las sienas del rey? — repuso el girondino Lasource—. ¿No podría creerse que estamos alarmados por la vida del rey? No insultemos al pueblo atribuyéndole sentimientos que no tiene. El pueblo no amenaza a la persona de Luis XVI, ni a la del príncipe real; no comete ningún exceso, ninguna violencia.

Adoptad medidas morigeradas y conciliadoras.

Este era el pérfido letargo de Pethiön; la Asamblea se adormeció nuevamente al oír estas palabras.

XXIV

Sin embargo, Pethiön no podía ya fingir que desconocía la marcha de las cuarenta mil personas que estaban atravesando París desde el amanecer, ni la entrada de esta muchedumbre armada en la Asamblea, ni la invasión de las Tullerías. Su dilatada ausencia hacía recordar el sueño de Lafayette, el 6 de octubre; pero uno era cómplice y el otro inocente. Acercábase la noche, que podía encubrir con sus sombras desórdenes y atentados que fueran más allá de lo que se proponían los girondinos. Pethiön presentóse en los patios, fué saludado con aclamaciones de ¡viva Pethiön! y llevado en brazos, de unos en otros, hasta las últimas gradas de la escalera. Entró en la sala donde hacía tres horas que estaba soportando ultrajes Luis XVI, y dijo:

—Acabo de saber ahora mismo la situación en que se encuentra V. M.

—Es asombroso — le contestó el monarca con indignación reconcentrada—, porque hace mucho tiempo que dura esta escena.

Pethiön subió a una silla y arengó repetidamente a la muchedumbre, que permanecía inmóvil, sin poder conseguir que se pusiera en movimiento. Por último, haciéndose levantar más alto en hombros de cuatro granaderos, dijo:

—Ciudadanos y ciudadanas, habéis ejercitado con dignidad y moderación vuestro derecho de petición, y espero que acabéis este día como lo habéis empezado. Hasta este momento vuestra conducta se ha ajustado a la ley, y en nombre de la ley os mando ahora que sigáis mi ejemplo y os retiréis.

La turbamulta, obedeciendo a Pethiön, se deslizó lentamente atravesando la larga avenida de las habitaciones del palacio. Tan pronto como empezaron a disminuir las oleadas de aquella gentuza, el rey, separado por los granaderos del hueco del balcón en que estaba encerrado, reunióse a su hermana, que cayó en

sus brazos; salió con ella por una puerta secreta, y corrió al lado de la reina. María Antonieta, defendida hasta aquel momento contra las lágrimas por su carácter altivo, sucumbió al exceso de efusión y de ternura al ver nuevamente al rey; arrojóse a sus pies, y estrechándole las rodillas con los brazos, prorrumpió, no en sollozos, sino en gritos. Madama Isabel y los niños, oprimidos unos en brazos de otros, y todos en los del rey, que lloraba sobre ellos, gozaban del placer de estar juntos, como después de un naufragio, elevándose al cielo su silencioso regocijo con la sorpresa y la gratitud de la salvación. Los guardias nacionales fieles, los generosos amigos del rey, el mariscal Mouchy, los señores Aubier y Aclouque, felicitaron al monarca por el valor y la presencia de ánimo que había demostrado. Refirieron mutuamente los peligros de que acababan de libertarse, las frases ofensivas, los ademanes, las miradas, los trajes y el súbito arrepentimiento de la multitud. Al acercarse casualmente el rey a un espejo, vió en su cabeza el gorro encarnado, que nadie se había acordado de quitarle, y se ruborizó, lo arrojó con despecho, y dejándose caer en un sillón, acercó un pañuelo a sus ojos.

—¡ Ah, señora! — exclamó mirando a la reina—, ¡ por qué quiso el destino que os hiciera salir de vuestra patria para soportar la ignominia de este día!

XXV

Eran las ocho de la noche. El martirio de la familia real había durado cinco horas. La guardia nacional de los cuarteles inmediatos, reunida espontáneamente, iba llegando, hombre tras hombre, para prestar apoyo a la Constitución. Oíanse todavía desde el aposento del rey los pasos tumultuosos y los gritos siniestros de las columnas del pueblo que salían lentamente por los patios y por el jardín. Los diputados constitucionales, indignados, reuniéronse, vomitando imprecaciones contra Pethión y la Gironda. Una diputación de la Asamblea recorrió el palacio para examinar y dar testimonio de las huellas de violencia y desorden que había dejado tras de sí la expedición

de los arrabales. La reina les hizo observar con ademanes las cerraduras forzadas, los goznes arrancados, los pedazos de armas, los hierros de las picas, las tablas del pavimento y hasta el cañón cargado con metralla, que estaban esparcidos confusamente por las habitaciones; pero el desorden de los vestidos del rey, de su hermana y de sus hijos; los gorros encarnados con escarapelas, puestos, poco menos que a viva fuerza, en su cabeza; los cabellos esparcidos de la reina, la palidez de su rostro, la agitación de sus labios y las señales de sus lágrimas en sus mejillas, eran pruebas más elocuentes que los despojos abandonados por el pueblo en el campo de batalla de la sedición. Este espectáculo humedecía todos los ojos y provocaba la indignación hasta en los corazones de los diputados más hostiles a la corte. La reina, advirtiéndolo, preguntó a Merlín:

—¿ Lloráis, señor?

—Sí, señora, respondió el estoico diputado—; lloro las desgracias de la mujer, de la esposa y de la madre; pero mi ternura se detiene aquí, porque aborrezco a los reyes y a las reinas.

Estas palabras, que podían ser sublimes en otra ocasión, eran duras en aquel momento ante el rey ultrajado, los niños inocentes y la mujer ofendida, y debieron resonar en el corazón de la reina más cruelmente que los hachazos descargados por el pueblo sobre las puertas del palacio, pues le anunciaban la inflexibilidad de la Revolución. ¡ Era necesario asociar la cólera a la compasión en una misma frase en presencia de tan crueles infortunios! Las opiniones más exclusivas, ¿ no tienen también decencia y decoro que les prohíben manifestarse cuando pueden herir corazones que brotan sangre? ¿ No hay, acaso, en la naturaleza humana algo que sea más santo y duradero que los odios que origina la diversidad de opiniones, es decir, la piedad en las vicisitudes de la suerte, el respeto a la fortuna en la desgracia y la compasión al dolor?

Esta fué la triste jornada del 20 de junio, en la que el pueblo mostró disciplina en el desorden y moderación en la violencia; el rey, intrepidez heroica en la resignación, y algunos girondinos, la

fría perversidad que presta a la ambición el disfraz del patriotismo, y que, para hacerse dueña del poder, lo degrada con los baldones de la chusma, y que luego no encuentra sino hecho pedazos.

XXVI

Los departamentos hacían los preparativos necesarios para enviar a París los veinte mil hombres decretados por la Asamblea. Los marseleses, llamados por Barbaroux a instancia de la señora Roland, se acercaban a la capital. El fuego de las almas del Mediodía venía a atizar el foco revolucionario, muy amortiguado en París en concepto de los girondinos. Este cuerpo, de mil doscientos a mil quinientos hombres, componíanlo genoveses, ligurianos, corsos y piemonteses expatriados y alistados por medio de un golpe de mano decisivo en todas las costas del Mediterráneo; la mayor parte eran mineros o soldados fogueados; algunos criminales avezados al delito, y todos obedecían las órdenes de varios jóvenes de Marsella, amigos de Barbaroux y de Isnard. Abrasados con el sol y la elocuencia de los clubs provenzales, adelantábanse entre los aplausos de las poblaciones del centro de Francia, que los recibían, los obsequiaban y los embriagaban de entusiasmo y de vino en los festines patrióticos que les ofrecían a su paso. El pretexto de su marcha era confraternizar, en la próxima confederación del 14 de julio, con los demás confederados del reino; pero el propósito secreto era intimidar a la guardia nacional de París, estimular la energía de los arrabales, y ser la vanguardia del campamento de veinte mil hombres, que los girondinos habían obligado a votar a la Asamblea para dominar al mismo tiempo a los fuldenses y a los jacobinos, al rey y a la misma Asamblea, con aquel ejército de los departamentos compuestos en su totalidad de hombres que les eran adictos.

Rugía el mar del pueblo a su aproximación. Los guardias nacionales, los confederados, las sociedades populares, los chiquillos, las mujeres y la parte de las poblaciones que vive de los tumultos callejeros y que asiste a todos los espectáculos públicos, apresurábanse a salir

al encuentro de los marseleses. Sus rostros curtidos, su aspecto marcial, sus ojos de fuego, sus uniformes llenos del polvo de los caminos, su peinado frigio, sus armas extrañas, los cañones que traían, las ramas verdes con que hacían sombra a sus gorros encarnados, sus idiomas extranjeros mezclados con juramentos y acentuados con ademanes feroces, eran circunstancias bastantes para impresionar vivamente la imaginación de la muchedumbre. Parecía que la idea revolucionaria habíase hecho hombre y marchaba con esta horda al asalto de los últimos despojos de la realeza. En las ciudades y en las aldeas por donde pasaban, levantábanse arcos triunfales en su honor, y ellos los atravesaban cantando versos terribles. Estas canciones, alternando con el ruido regular de sus pasos por las calles y con el eco de los tambores, semejaban coros guerreros, que respondían, a intervalos iguales, al choque de las armas y a los instrumentos de muerte en una marcha al combate.

XXVII

El canto guerrero que Francia tenía grabado en el corazón, era el siguiente:

I

Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé!
Contre nous de la tyrannie
L'étendard, sanglant est levé.
Entendez-vous dans les campagnes
Mugir ces féroces soldats?
Ils viennent jusque dans nos bras
Égorger nos fils et nos compagnes!...
Aux armes, citoyens! formez vos
[bataillons!
Marchons! qu'un sang impur abreuve nos
[sillons! (1).

(1) ¡Marchemos, hijos de la patria, el día de la gloria ha llegado ya! Contra nosotros el sangriento estandarte de la tiranía, se ha levantado. ¿Oís rugir en los campos a esos feroces soldados? ¡Vienen a degollar en nuestros brazos a nuestros hijos y a nuestras compañeras! ¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Que la sangre impura riegue nuestros campos!

ESTROFA DE LOS NIÑOS

II

Que veut cette horde d'esclaves,
De traîtres, de rois conjurés?
Pour qui ces ignobles entraves,
Ces fers dès longtemps préparés?
Français, pour nous, ah! quel outrage!
Quels transports il doit exciter!
C'est nous qu'on ose méditer
De rendre à l'antique esclavage!...

Aux armes, citoyens! formez vos
[bataillons!
Marchons! qu'un sang impur abreuve nos
[sillons! (1).

Nous entrerons dans la carrière
Quand nos aînés n'y seront plus;
Nous y trouverons leur poussière
Et la trace de leurs vertus!
Bien moins jaloux de leur survivre
Que de partager leur cercueil,
Nous aurons le sublime orgueil
De les venger ou de les suivre!...

Aux armes, citoyens! formez vos
[bataillons!
Marchons! qu'un sang impur abreuve nos
[sillons! (1).

XXVIII

VI

'Amour sacré de la patrie,
Conduis, soutiens nos bras vengeurs!
Liberté, liberté chérie,
Combats avec tes défenseurs!
Sous nos drapeaux, que la victoire
Accoure à tes mâles accents;
Que tes ennemis expirants
Voient ton triomphe et notre gloire!
Aux armes, citoyens! formez vos
[bataillons!
Marchons! qu'un sang impur abreuve nos
[sillons! (2).

(1) ¿Qué pretende esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿A quién destinan los grillos innobles y las cadenas que tienen preparadas desde hace mucho tiempo? Franceses, son para nosotros. ¡Ah! ¡qué ultraje! ¡Qué cólera debe provocar! ¡Se atreven a proyectar el someternos nuevamente a la antigua esclavitud!... ¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Que la sangre impura riegue nuestros campos!

(2) Amor sagrado de la patria, conduce y da fuerza a nuestros brazos vengadores! ¡Libertad, amada libertad, combate con tus defensores! Acuda a tus varoniles acentos la victoria bajo nuestras banderas. ¡Que tus enemigos expirantes vean tu triunfo y nuestra gloria! ¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Que la sangre impura riegue nuestros campos!

Entonábanse estos cánticos con sujeción a notas alternativamente graves y agudas, que, al principio, parecían resonar dentro del pecho con los sordos bramidos de la cólera popular, y, momentos después, con el júbilo de la victoria. Eran solemnes como la muerte, y tranquilos como la confianza inmortal que inspira el patriotismo. Hubiera podido creerse que era un nuevo eco de las Termópilas este heroísmo cantado.

Entre estos cantos, percibíanse los pasos acompasados de miles de hombres, que marchaban juntos a la defensa de las fronteras sobre el suelo de la patria que retumbaba a sus pies, la voz lastimera de las mujeres, los quejidos de los niños, los relinchos de los caballos, los silbidos de las llamas del incendio que destruía los palacios y las chozas, y los sordos golpes de la venganza hiriendo una y otra vez con el hacha a los enemigos y a los profanadores del territorio. Las notas de este himno destilaban sangre como la bandera que acaba de empaparse en la derramada sobre el campo de batalla. Estremecían, pero el estremeci-

(1) ¡Entraremos en la carrera cuando nuestros mayores hayan dejado de existir; encontraremos su polvo y la huella de sus virtudes! ¡Menos deseosos de sobrevivirles que de participar de su tumba, ciframos nuestro sublime orgullo en vengarlos o en seguirlos!...
¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Que la sangre impura riegue nuestros campos!

miento que con sus vibraciones comunicaba al corazón, inspiraba intrepidez; infundían valor, duplicaban las fuerzas y ocultaban la muerte. Eran el aguardiente de la Revolución, infiltrando en los sentidos y en el alma del pueblo la embriaguez del combate.

En momentos determinados el alma nacional de todos los pueblos se enardece con cánticos que nadie ha escrito, pero que entona todo el mundo. Todos los sentidos rinden tributo al patriotismo estimulándose recíprocamente. Los pies marchan, el ademán anima, la voz embriaga el oído, y el oído conmueve al corazón. El hombre se temple como un instrumento de entusiasmo. El arte llega a ser santo; el baile, heroico; la música, marcial, y la poesía, popular. El himno que en tales momentos entonan todos los labios es eterno, y no se profana en ocasiones vulgares. Semejante a las banderas sagradas suspendidas en las bóvedas de los templos y que sólo salen al público en días solemnes, se conserva el canto nacional, como arma extrema para las grandes necesidades de la patria. El himno francés recibió de las circunstancias en que tuvo origen un carácter particular, que lo hace tan majestuoso como siniestro; en sus estrofas aparecen enlazados la gloria y el crimen, la victoria y la muerte. Fué el canto del patriotismo y la imprecaación del furor que condujo a los soldados a la frontera, y acompañó a las víctimas al cadalso. El hierro defende el corazón del país en manos del soldado, como degüella a las víctimas en manos del verdugo.

XXIX

La *Marsellesa* es un canto de gloria y un grito de muerte; gloriosa como la una, y fúnebre como la otra, tranquiliza a la patria y hace palidecer a los ciudadanos. Su origen fué el siguiente:

Había, en aquella época, en la guarnición de Estrasburgo, un joven oficial de artillería llamado Rouget de Lisle, natural de Lons le Saulnier, en el Jura, país de ilusiones y de energía como todas las montañas. Este oficial, que amaba la guerra como soldado y la Revolución como filósofo, distraía con la poesía y la

música las impaciencias de la guarnición. Estimado por su doble talento de músico y poeta, frecuentaba con mucha familiaridad la casa del barón de Dietrich, patriota alsaciano, amigo de Lafayette y alcalde de Estrasburgo, cuya esposa e hijas participaban del entusiasmo, del patriotismo y de la Revolución que palpitaba especialmente en las fronteras, lo mismo que las contracciones del cuerpo amenazado son más perceptibles en las extremidades. Las hijas de Dietrich amaban al oficial, para quien eran una especie de musas que le inspiraban las composiciones poéticas y líricas, que ejecutaban ellas tan pronto como brotaban del pensamiento de Rouget. Este acostumbraba consultarles las dudas que su talento le sugería.

Sucedía esto en el invierno de 1792, cuando reinaba una gran miseria en Estrasburgo. La casa de Dietrich, opulenta al principio de la Revolución, había llegado a empobrecerse a causa de los sacrificios que las calamidades del tiempo habían ido exigiendo. La mesa frugal del barón era hospitalaria para Rouget de Lisle, quien se sentaba a ella mañana y tarde, como un miembro cualquiera de la familia. Cierta día en que sólo había pan de munición y algunas tajadas de jamón en la mesa, Dietrich miró a de Lisle con tristeza, y le dijo:

—La abundancia no es mucha en nuestros banquetes; pero, ¿qué importa si es grande el entusiasmo en nuestras funciones cívicas, y temerario el valor en el corazón de nuestros soldados? Todavía conservo una botella de vino en mi bodega. Subidla — agregó, dirigiéndose a una de sus hijas—, y bebámosla a la salud de la libertad y de la patria. Estrasburgo debe celebrar pronto una ceremonia patriótica, y es preciso que de Lisle haga brotar de estas últimas gotas uno de esos himnos que embriagan al pueblo, como embriaga el vino que lo inspira.

Las jóvenes aplaudieron la idea, trajeron el vino, llenaron el vaso de su anciano padre y del joven oficial, quienes bebieron hasta agotar el licor. Eran las doce de una noche muy fría. De Lisle estaba pensativo; su corazón, agitado, y su cabeza, acalorada. El frío apoderóse de él y entró trémulo en su alcoba soli-

taria; buscó pausadamente la inspiración, ora en las palpitaciones de su alma de ciudadano, ora en el teclado de su instrumento de artista, componiendo ya el tono antes que la letra, ya la letra antes que el tono, y combinándola de tal modo en su pensamiento, que él mismo no podía saber si había nacido antes la nota que el verso, pues era imposible separar la poesía de la música, y el sentimiento de la expresión: cantaba todo y no escribía nada.

XXX

Agobiado con esta inspiración sublime, durmióse con la cabeza apoyada en el instrumento, y así despertó a la mañana siguiente. Los cantos de la noche volvieron vagamente a su memoria, como las impresiones de un sueño. Los escribió, los solfeó y corrió a casa de Dietrich, a quien encontró en el jardín, sembrando con sus propias manos lechugas de invierno. La esposa y las hijas del anciano patriota no se habían levantado aún, y Dietrich las despertó, llamando después a algunos amigos aficionados como él a la música y capaces de ejecutar la composición de de Lisle. La hija mayor de Dietrich acompañó al piano a Rouget, que cantó. Todos empalidecieron al oír la primera estrofa, lloraron al escuchar la segunda, y, al terminarse el himno, el entusiasmo de los oyentes llegó al delirio. La esposa de Dietrich, las hijas, el padre y el joven oficial arrojáronse llorando unos en brazos de otros. ¡Se había encontrado el himno de la patria! Pero, ¡ay! también debía ser el himno del terror. El desgraciado Dietrich fué conducido, pocos meses después, al cadalso al compás de aquellas notas que resonaron por vez primera en su hogar y que habían brotado del corazón de su amigo y de la voz de sus hijas.

El nuevo himno, cantado algunos días después en Estrasburgo, voló de ciudad en ciudad, ejecutado por todas las orquestas populares. Marsella lo adoptó para cantarlo al principio y al fin de las sesiones de sus clubs, y los marselleses lo divulgaron por toda Francia, cantándolo en su camino, y de aquí que se le diera el nombre de *Marsellesa*. La an-

ciana madre de Rouget de Lisle, realista y religiosa, aterrada con la popularidad que adquirió el nombre de su hijo, le escribió: «¿Qué himno revolucionario es ése que canta una horda de forajidos que atraviesa Francia, y al que va unido tu nombre?» El mismo de Lisle, desterrado como realista, lo oyó, lleno de horror, como una amenaza de muerte, al huir por los senderos de los Altos Alpes.

—¿Cómo se llama ese himno? — preguntó a su guía.

—La *Marsellesa* — le contestó el campesino.

Y así supo el nombre de su obra, cuando era perseguido por el entusiasmo que había despertado su persona, costándole gran trabajo poder librarse de la muerte. El arma se volvía contra la mano que la había forjado, pues la Revolución, en su demencia, no conocía ya su propia voz.

LIBRO XVII

Reacción contra el 20 de junio.—Pethión suspendido por el Directorio de París.—Indignación del ejército.—Lafayette viene a París.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Dantón.—Infructuosas negociaciones de Lafayette.—La reina cuenta con Dantón.—Inteligencias de los girondinos con la corte.—Guadet es introducido secretamente en las Tullerías.—Su enternecimiento.

I

Al saber que se aproximaban los marselleses, la corte se echó a temblar, pues, para defenderse, sólo contaba con el fantasma de la Constitución en la Asamblea y con la espada de Lafayette en las fronteras. Los oradores constitucionales Vaublanc, Ramond, Girardin y Bequet, luchaban con su elocuencia; pero era escaso su influjo con los oradores de la Gironda, y veíanse obligados a defender, letra a letra, el código que la nación acababa de jurar, demostrando en esta crisis el valor más heroico y más meritorio, puesto que era un valor sin esperanza. Lafayette, por su parte, desafiaba con generosa intrepidez a los jacobinos en las proclamas que dirigía al ejército y en las cartas que dirigía a la Asamblea; pero, cuando el pueblo está sobre las armas, no escucha las frases largas. Una palabra y un gesto son la verdadera elocuen-

cia de un general, y Lafayette tomaba el tono de dictador, sin tener fuerza para desempeñar este papel que sólo produce efecto después de las victorias. Por esto, sin duda, las enérgicas denuncias lanzadas contra la facción de los jacobinos obtuvieron muy pocos aplausos en la Asamblea y las sonrisas de los girondinos, pudiendo decirse que sólo fueron una advertencia para aquellos partidos, que comprendieron era preciso apresurarse para anteponerse a Lafayette. La insurrección se resolvió, poniéndose de acuerdo los girondinos, jacobinos y franciscanos para hacer que fuera, si no decisiva, al menos significativa y terrible contra la realaleza.

II

Apenas habían entrado en los arrabales las bandas de Santerre y de Dantón, cuando la opinión del centro de París estaba ya toda indignada. La guardia nacional, tan pusilánime la víspera, la clase media tan indiferente, y la misma Asamblea tan pasiva o tan cómplice antes del hecho, gritaban unánimemente contra los atentados del populacho, contra la duplicidad de Pethión, y contra las ofensas inferidas al trono, a la libertad y a la persona del soberano constitucional. Todo el día 21 estuvieron llenos los patios, el jardín y los vestíbulos de las Tullerías de personas conmovidas y consternadas, que por su actitud y sus palabras parecía que pretendían vengar al trono de los ultrajes que le habían hecho, mostrándose unos a otros, horrorizados, los vestigios que la insurrección había dejado en los postigos, en las verjas y en las ventanas de palacio. Todos se preguntaban dónde se detendría la democracia que trataba de aquel modo a los poderes constituidos, comentando el pesar de la reina, los sustos de los niños, la adhesión sobrenatural de Madame Isabel y la intrépida dignidad de Luis XVI. Jamás este monarca había manifestado, ni manifestó después, más magnanimidad, que en aquella ocasión; la enormidad del agravio hizo desarrollar en su pecho el heroísmo de la resignación. Hasta entonces habíase puesto en duda su valor, y se vió que este valor era

grande; pero su firmeza era modesta, y, por decirlo así, tímida como su carácter, siendo necesario que circunstancias extremas la pusieran de manifiesto, a su pesar. Durante cinco horas de suplicio había estado contemplando, sin variar de color, las picas y los sables de cuarenta mil federados colocadas a algunas pulgadas de su pecho, desplegando en esta lenta revista de la sedición más energía y corriendo más peligros, que los que necesita un general para ganar diez batallas. El pueblo de París lo comprendió así y, por primera vez, pasó del aprecio y de la compasión a la admiración por el monarca, proclamando por doquier la necesidad de venganza.

III

Más de veinte mil ciudadanos acudieron espontáneamente a las casas de los funcionarios públicos a pedir por escrito que se castigaran aquellos crímenes; la administración del departamento decidió que había lugar a perseguir a los autores de los desórdenes, y la Asamblea decretó que en lo sucesivo las reuniones armadas, bajo pretexto de petición, serían dispersadas por la fuerza. Los jacobinos y los girondinos temblaron, callaron, o se limitaron a regocijarse, en el misterio de sus conciliábulos, del envilecimiento del trono, extinguiéndose la sensibilidad hasta en el corazón de las mujeres. El espíritu de partido hizo que el corazón de esposa y de madre permaneciera cruelmente insensible ante el suplicio de la madre y de la esposa ultrajada.

La señora Roland, refiriéndose a María Antonieta, dijo en cierta ocasión:

— ¡Cuánto hubiera deseado ver su humillación y el sufrimiento de su orgullo!

Estas palabras eran un crimen de la política contra la naturaleza; crimen que la señora Roland lloró más tarde, cuando le hicieron comprender su crueldad unas mujeres feroces que se complacieron en su martirio y palmotearon delante de la carreta que la conducía al cadalso.

Pethión trató de justificarse publicando un escrito que sirvió para acusarle más. Cuando se presentó el día 21 en las Tullerías, acompañado de algunos em-

pleados municipales, se le despreció, se le reconvinó y se le amenazó. El batallón de los Hijos de Santo Tomás (un barrio de París), compuesto de hombres adictos a la Constitución, cargó sus fusiles al ver a Pethión, a quien la voz unánime del pueblo acusaba de haber deseado el crimen sin tener la franqueza de cometerlo. Sergent, que acompañaba a Pethión, fué arrojado al suelo por un guardia nacional indignado, y pisoteado en el patio de las Tullerías; el Directorio de París suspendió al alcalde; se hicieron preparativos de defensa alrededor de palacio contra el nuevo motín que se anunciaba para por la noche, y se trató de proclamar la ley marcial y de desplegar la bandera encarnada. Estas noticias conmovieron a la Asamblea en la sesión de la noche, en la que dijo Guadet que se pretendía renovar los horrores del Campo de Marte contra el pueblo.

Pethión presentóse por la noche en las Tullerías para dar cuenta del estado de París al rey, y la reina le lanzó una mirada de desprecio.

—Bien — le contestó Luis XVI—, ¿se ha restablecido la calma en la capital?

—Señor—respondió Pethión—, el pueblo os ha expuesto sus deseos y está tranquilo y contento.

—Confesad que el día de ayer se ha promovido un gran escándalo, y que el ayuntamiento no ha hecho todo lo que debía.

—Señor, el ayuntamiento ha cumplido con su deber, y la opinión pública lo juzgará.

—Decid la nación entera.

—No temo el juicio de la nación.

—¿En qué situación se encuentra en este momento París?

—Señor, todo está tranquilo.

—Eso no es verdad.

—Señor...

—Callaos.

—El representante del pueblo no debe callar cuando cumple con su deber y dice la verdad.

—Bueno, retiraos.

—Señor, el ayuntamiento conoce sus deberes y no necesita para cumplirlos que se los recuerden.

Cuando Pethión salió, la reina, alarmada por las consecuencias que pudie-

ran derivarse de este diálogo tan áspero por una parte, y tan provocativo por la otra, dijo a Rœderer:

—¿No creéis que el rey manifestó mucha viveza? ¿no teméis que esto le perjudique ante la opinión pública?

—Señora — respondió Rœderer—, nadie se asombrará de que el rey imponga silencio a quien habla sin escucharle.

El rey escribió el 22 a la Asamblea quejándose de los excesos cometidos en su palacio y poniendo esta causa en sus manos; y dirigió una proclama al pueblo francés, describiendo las violencias de la multitud, las armas introducidas en palacio, las puertas rotas a hachazos y los cañones dirigidos contra su familia.

«Ignoro dónde querrían detenerse, decía al final. Si los que pretenden derribar la monarquía tienen necesidad de un crimen más, ¡pueden cometerlo!»

El rey y la reina pasaron revista a los guardias nacionales de París, en medio de las aclamaciones de *viva el rey y viva la nación!*; algunos departamentos, indignados, testimoniaron su adhesión al trono, mientras otros enviaban su adhesión a los girondinos; todo presagiaba una lucha decisiva, pues Luis XVI no había cedido, el motín había frustrado la esperanza de los que deseaban herir y de los que sólo pretendían intimidar. El 20 de junio era demasiado para una amenaza, y muy poco para un atentado.

IV

Este atentado había indignado al ejército sobre todo, pues, siendo el rey su jefe, los ultrajes inferidos al rey le parecían hechos a él. Cuando la autoridad soberana es violada, no hay oficial que no tiemble por la suya, y, además, el honor francés fué siempre la segunda alma del ejército. Los relatos de los sucesos del 20 de junio que llegaban de París y que circulaban por los campamentos, mostraban a las tropas a una reina tan hermosa como desgraciada, a una hermana adicta, y a unos tiernos niños que durante muchas horas habían sido juguete de las iras del populacho. Las lágrimas de aquellos niños y de aquellas damas caían sobre el corazón de los soldados, incitándolos a vengarlas y con

ese objeto solicitaron que se les condujera a París.

Lafayette, acampado entonces bajo el cañón de Maubeuge, favoreció las manifestaciones del ejército. Al notificarle la impunidad del atentado del 20 de junio, y el triunfo de los jacobinos y de los girondinos, se le hizo saber al mismo tiempo el completo anonadamiento de su influencia, y él soñó durante algunos días representar el papel de Monk, y sostener al rey, a quien había abatido, considerando esta tentativa digna de su posición de jefe de partido y de su lealtad de soldado. Creyendo poder contar con el débil Luckner, cuyo cuerpo de ejército se encontraba en Menín y en Courtray, envió a Bureau de Puzy para que le informara de su resolución de regresar a París e intentar fraternizar con la guardia nacional y la Asamblea, para inutilizar a los jacobinos y la Gironda y para afirmar la Constitución. Luckner recibió con asombro esta comunicación; pero, aunque general en jefe, no se opuso a las intenciones de Lafayette, desconociendo que, al dar tácitamente su consentimiento al propósito de un subordinado, se hacía cómplice suyo.

—Los descamisados — contestó a Bureau de Puzy—cortarán la cabeza a Lafayette. Que tenga cuidado.

Lafayette salió de su campamento con un solo oficial de confianza, llegó de improviso a París, se apeó en casa de su amigo la Rochefoucauld, y presentóse al día siguiente en la barra de la Asamblea. Durante la noche, la Rochefoucauld había advertido a los constitucionales y a los principales jefes de la guardia nacional, y preparado manifestaciones en las tribunas. Lafayette, al entrar en la Asamblea, fué saludado con algunas salvas de aplausos, que contrarrestaron los girondinos con murmullos de admiración y de indignación; pero el general, acostumbrado a los tumultos populares, mostróse tranquilo ante sus enemigos. Colocado, por lo temerario del paso que acababa de dar, entre el gran tribunal de Orleans y el triunfo, aquella hora fué la de la crisis de su poder y de su vida. Más intrépido de corazón que dispuesto para los golpes de mano, no se inmutó.

—Señores — dijo—, debo, en primer

término, aseguráros que el ejército no corre ningún peligro por mi presencia en este lugar. Se ha censurado la carta que escribí el 16 de junio en mi campamento, y era mi deber protestar contra la imputación de timidez que se me hizo, salir de la honrosa muralla, que el afecto de las tropas formaba en torno mío, y presentarme solo, porque un motivo más poderoso me llamaba aquí. Las violencias cometidas el 20 de junio han indignado y alarmado a todos los buenos ciudadanos y especialmente al ejército, cuyos oficiales, sargentos y soldados forman un solo hombre. Todos los cuerpos han declarado su adhesión a la Constitución y su odio contra los facciosos, y me ha encargado de manifestar aquí los sentimientos de todos, hablandoos como ciudadano. Ya es tiempo de garantizar la Constitución, de asegurar la libertad de la Asamblea nacional, y la libertad y la dignidad del rey, y, por lo tanto, suplico a la Asamblea que disponga que los causantes de los desórdenes del 20 de junio sean perseguidos como autores del crimen de lesa nación; que adopte las medidas más eficaces para que todas las autoridades constituídas, y particularmente la vuestra y la del rey, sean respetadas, y, por último, que dé al ejército la seguridad de que no ha de infringirse en lo más mínimo la Constitución en Francia mientras los valientes franceses derraman su sangre defendiendo las fronteras.

V

Estas palabras, que fueron escuchadas con enojo por los girondinos, las aplaudió la mayoría de la Asamblea. Tras de Lafayette, Brissot y Robespierre veían la guardia nacional y el ejército; su popularidad, que sólo era una sombra, lo protegía aún. Además, cuando los jacobinos y los girondinos, consternados, comprendieron que aquello no era otra cosa que un golpe de Estado conminatorio, y que no había bayonetas detrás de aquella conminación, principiaron a tranquilizarse, y dejaron al general atravesar triunfalmente la sala e ir a sentarse en el banco de los humildes peticionarios;

hasta tantearon su ascendiente en la Asamblea para apreciar su solidez.

—Al ver al señor de Lafayette — dijo irónicamente Guadet—, ocurrióseme una idea consoladora, y me dije a mí mismo: ya no tenemos enemigos exteriores, los austriacos han sido vencidos; pero la ilusión ha durado poco, porque nuestros enemigos son los mismos, nuestros peligros en el exterior no han aminorado, y, sin embargo, Lafayette está en París, arrogándose la representación de los hombres honrados y del ejército. ¿Quiénes son esos hombres honrados? El ejército, ¿cómo ha podido deliberar? Por de pronto, que nos muestre la licencia que le permite abandonar su puesto.

La Gironda es nuevamente aplaudida, y Ramond, respondiendo a Guadet, hace un caluroso elogio de Lafayette:

—¡Este hijo primogénito de la libertad francesa, este hombre que ha sacrificado a la Revolución su nobleza, su fortuna y su vida!

—¿Vais a predicar un panegírico? — preguntó Saladín.

El joven Ducós declaró que la libertad de las deliberaciones se coarta con la presencia de un general de ejército. Isnard, Morveau, Ducós y Guadet, se agruparon en las escaleras de la tribuna y se oyó la palabra *malvado*. Vergniaud dijo que Lafayette había abandonado su puesto ante el enemigo, y que era preciso saber si lo había hecho sin licencia. Guadet insistió en su proposición; Gensonné pidió votación nominal, que fué favorable, por pocos votos de mayoría, a los amigos de Lafayette, y su carta fué enviada a la comisión de los Doce.

Esta fué toda la victoria que obtuvo el general, quien, lo mismo que los girondinos el 20 de junio, se atrevió a demasiado, o a demasiado poco, pues en política amenazar sin herir es descubrirse; es revelar el secreto de la debilidad a los que pueden creer aún en la fuerza. Si Lafayette hubiera intentado dar con su presencia en París un golpe de Estado, y no un golpe parlamentario; si hubiera llevado consigo un regimiento, o algunos batallones de la guardia nacional; si hubiera atacado a los jacobinos y cerrado sus clubs encaminándose a la Asamblea en medio de los aplausos de

sus conciudadanos, y si hubiera hecho que sus amigos hubieran tenido preparada una moción invistiéndole de la dictadura militar de París, y haciéndole responsable del cumplimiento de la Constitución, la guardia de la Asamblea y del rey habría podido anonadar a los facciosos, pero no hizo más que irritarlos.

VI

La Asamblea continuó deliberando cuando él salió, sin haber obtenido más que algunas sonrisas y algunas palmas. De allí fué a palacio, donde estaba reunida la familia real, y el rey y la reina lo recibieron con la gratitud debida a su adhesión, pero con el sentimiento de la inutilidad de su valor; hasta temieron interiormente que su temeridad provocase un nuevo levantamiento contra la corte. En aquella circunstancia, Lafayette comprometió, en obsequio al rey, más que su vida, su popularidad; pero la reina, desde entonces, buscaba su salvación en una clase de orden inferior, porque había encontrado entre los facciosos subalternos otros Mirabeau dispuestos a venderse. El oro de la lista civil corría por los clubs y los barrios, pues Dantón dirigía con una mano a los jóvenes y el club de los franciscanos, mientras con la otra sostenía las tramas secretas de la corte. Infundía bastante miedo a la una para que comprara su connivencia, y daba bastante rienda a los otros para que confiasen en su demagogia, traicionando a ambos y complaciéndose en el doble poder que debía a su doble inmoralidad. Este doble papel sugirió a Dantón la frase terrible, que a muchos pareció inexplicable: «Salvaré al rey o lo mataré.»

La reina notificó a Dantón por la noche que Lafayette se proponía pasar al día siguiente, juntamente con el rey, revista a los batallones de la guardia nacional, mandados por Acloque, arengarlos e inducirlos a la reacción contra la Gironda y contra los clubs, y Pethión, avisado por Dantón, dió contraorden antes de amanecer para evitar la proyectada revista. Lafayette pernoctó en su casa con guardia de honor de un desta-

camento de guardias nacionales y salió al día siguiente para incorporarse a su ejército; pero no abandonó su propósito de intimidar a los jacobinos y de afirmar el trono constitucional; lo que no había podido hacer con su presencia en París, trató de hacerlo por escrito. Al marcharse, dirigió una carta a la Asamblea, llena de buenos consejos y de severas lecciones, amenazando enérgicamente a los facciosos; pero los golpes de Estado, consistentes en cartas depositadas sobre una mesa, se frustraron, como era natural que se frustrasen. Con la espada en la mano es como un general puede hacer que lo respeten las facciones, pues sólo se obtiene de ellas lo que se les arranca. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet oyeron la lectura de aquella correspondencia dictatorial sonriéndose desdeñosamente.

VII

Este viaje de Lafayette a París fué la única tentativa de dictadura que realizó en toda su vida. El motivo era generoso, el peligro grande, y los medios ningunos; pero Lafayette, después de haber fracasado, recurrió a otros procedimientos. Su único pensamiento fué salvar al rey, haciéndole salir del palacio en que lo había guardado dos años, plan que se ajustaba perfectamente a la norma de toda su vida: sostener el equilibrio entre el pueblo y la monarquía, de modo que se sustentaran la una por el otro, y dignificar la libertad entre los partidos.

Mirabeau, presintiendo esta política de su rival, había dicho a la reina en las últimas conferencias que celebró con ella:

—Desconfiad de Lafayette, pues si algún día manda al ejército, querrá guardar al rey en su tienda.

El mismo Lafayette, que no ocultaba esta ambición de protectorado sobre Luis XVI, escribía a su confidente Lacolombe: «En cuanto a la libertad, no me fío ni del rey ni de nadie; y si él quisiera hacer alarde de soberano, me batiría contra él como el año 89.»

Propuso a Luis XVI dos planes distintos para sacarlo de París, juntamente

con su familia, y colocarlos en medio de su ejército; el primero debía ejecutarse el día del aniversario de la federación del 14 de julio, viniendo nuevamente a París Lafayette con Luckner, para rodear al rey de algunas tropas de confianza. Lafayette arengaría entonces a los batallones de la guardia nacional reunidos en el Campo de Marte, y pondría al rey en libertad, escoltándolo hasta fuera de París. El segundo plan consistía en situar las tropas a veinte leguas de Compiègne, simulando una marcha de guerra, y llevar Lafayette hasta esta plaza dos regimientos de caballería, desde donde se dirigiría a París para acompañar al rey a la Asamblea. El rey declararía entonces que, de acuerdo con la Constitución, que le permitía residir a veinte leguas de distancia de la capital, se retiraba a Compiègne; algunos destacamentos de caballería preparados por el general y apostados alrededor de la sala, escoltarían al monarca, asegurando su marcha, y, al llegar a Compiègne, Luis XVI estaría a salvo en medio de los regimientos, donde renovaría libre y espontáneamente su juramento a la Constitución. Esta prueba de la sinceridad del monarca bastaría, según Lafayette, para granjearse todas las voluntades y para asegurar el trono y la Constitución. Después de conseguido el objeto, Luis XVI entraría nuevamente en París en medio de las aclamaciones del pueblo; pero estos sueños de restauración, fundados en tales cambios de opinión, aunque honrosos, eran quiméricos. Mirabeau, Barnave y Lafayette parecíanse unos a otros en sus planes de restauración monárquica; eran omnipotentes en la agresión, pero débiles en la defensa, porque para derribar contaban con el pueblo, y para reedificar no disponían más que de su valor personal y de su virtud.

VIII

Estos planes fueron sucesivamente desaprobados por Luis XVI, que, colocado en el centro del peligro, conocía lo impracticable del remedio, pues no se fiaba de los arrepentimientos de ambi-

ción, que le presentaban para salvarse las mismas manos a que debía su pérdida. Pasar al campamento de Lafayette no era más que cambiar de esclavitud.

—Sabemos bien — decían los amigos de Luis XVI — que Lafayette salvará al rey; pero no salvará la monarquía.

A la reina, cuya arrogancia corría pareja con su valor, parecióle que la última de las humillaciones era deber la vida a la conmiseración de quien había abatido su orgullo. Efectivamente, de todos los hombres de la época a ninguno aborrecía tanto como a Lafayette, porque había sido para ella la primera imagen de la Revolución; sin duda los otros la amenazaban, pero Lafayette la había humillado, así es que, prefiriendo los peligros al abatimiento, lo rehusó todo: además, las secretas relaciones que sostenía con Dantón, la tranquilizaban. La moderación del pueblo el 20 de junio, a pesar de los insultos de algunos furiosos, le inspiraba seguridad en cuanto a la vida del rey, y creía tener, por medio de misteriosos agentes, los hilos de la conducta de los grandes demagogos; pero respecto a muchos de ellos la engañaban. Este fué el origen de los rumores de corrupción que circulaban entonces acerca de Robespierre, de Santerre y de Marat. La reina acababa de entregar a Dantón 150.000 francos, para asegurar con las dádivas el ascendiente de este orador sobre el populacho de los barrios; hasta Madama Isabel contaba firmemente con Dantón, sonriendo complacida al creer que la imagen de la fuerza popular estaba ganada para la causa de su hermano.

—No tememos nada — confesó a la marquesa de Raigecourt, su confidente —; pues Dantón está de nuestra parte.

La reina respondía a un ayudante de campo de Lafayette, que la suplicaba que se refugiara en el campamento de las tropas:

—Estamos muy agradecidos a los deseos de vuestro general, pero lo mejor para nosotros es permanecer encerrados tres meses en una torre.

El secreto del abandono de las Tullerías el 10 de agosto sin resistencia y de la traslación de la familia real a la torre del Temple, lo revelan estas palabras de

Madama Isabel. Dantón conocía el pensamiento de la reina, y ésta contaba con Dantón para la prisión temporal del rey, pues, protector por protector, María Antonieta prefería Dantón a Lafayette.

IX

Hasta los girondinos sostuvieron en aquella época inteligencias secretas con la corte; pero, si el patriotismo y la ambición de los hombres de este partido accedieron a mantener tales relaciones, la venalidad no las corrompió. A Guadet se le hicieron proposiciones que él rechazó indignado. El desinterés de la antigua virtud republicana elevaba el corazón de aquellos jóvenes sobre las tentaciones viles: podía seducirseles con la gloria o con la compasión, pero con el oro jamás.

Guadet, a los veinte años, era ya orador político: su oposición mordaz había sido causa de que le negasen durante mucho tiempo el título de abogado en el tribunal de Burdeos, donde después se hizo célebre por su elocuencia, y esta celebridad lo designó al partido popular. La elección lo separó de la vida privada y del amor de una joven con quien acababa de contraer matrimonio, y el movimiento político lo elevó a la tribuna nacional. Su palabra, menos brillante que la de Vergniaud, daba golpes igualmente terribles. Tan honrado, pero más áspero, se le admiraba menos, pero se le temía más. El rey, que conocía el ascendiente de Guadet, deseó atraerlo por la confianza, que es la seducción de que son susceptibles los corazones generosos. Los girondinos dudaban aún en decidirse por la monarquía constitucional o la república; pero, partidarios de la democracia, estaban dispuestos a servirla bajo la forma que más pronto les asegurara su dirección.

Guadet consintió en celebrar una entrevista secreta en las Tullerías, amparado por las sombras de la noche: una puerta y una escalera secretas lo condujeron a una habitación, donde el rey y María Antonieta lo esperaban solos. La sencillez y naturalidad de Luis XVI dominaban en seguida las prevenciones po-

líticas de los hombres rectos que se le acercaban, y el monarca acogió a Guadet como quien acoge la última esperanza; le describió el horror de su situación, como rey, y, sobre todo, como esposo y como padre; la reina lloró en presencia del diputado y la conversación se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche. Se pidieron consejos, se dieron, y tal vez no se siguieron, pues, aunque por ambas partes había buena fe en los corazones, no había constancia ni firmeza en la resolución. Cuando Guadet quiso retirarse, le preguntó la reina si no deseaba ver al Delfín, y, cogiendo ella misma una luz de encima de la chimenea, lo condujo a un gabinete donde dormía el joven príncipe. Los encantos de su rostro, la tranquilidad de su sueño en medio de las agitaciones de aquel palacio, y la joven madre, reina de Francia, valiéndose, por decirlo así, de la inocencia del niño, para excitar la conmiseración de un enemigo del trono, enternecieron a Guadet. Separó con la mano los cabellos que ocultaban la cara del Delfín, lo besó en la frente sin despertarlo, y dijo a la reina, ocultando las lágrimas que rodaban por sus mejillas:

—Educadlo para la libertad, señora; es la condición de su vida.

La naturaleza en el corazón del hombre prevalece siempre sobre el espíritu de partido. ¡Extraño espectáculo dado a la historia por el destino en aquel aposento donde dormía un niño, alumbrado con su propia mano por una reina! ¡Aquel hombre que besó llorando la frente del joven príncipe, fué uno de los que nueve meses después le quitaron la corona y entregaron la vida de su padre al pueblo! ¡Qué abismo es la suerte! ¡Qué noche es el porvenir! ¡Qué sarcasmo de la fortuna fué aquel beso de Guadet! Salió de palacio tan conmovido como si hubiese previsto un lazo siniestro bajo sus pasos, pues Guadet, el hombre sensible, temía al hombre político.

LIBRO XVIII

Tercera carta de Lafayette a la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre permanece alejado de los movimientos.—Mociones de Dantón.—Lafayette es acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspensión de Pethión.—Irritación de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Sus costumbres y carácter.—Su educación.—Su retrato.—Discurso de Vergniaud.—Manifiesto de los jacobinos a los ferrocarriles, redactado por Robespierre.—Dantón provoca una nueva petición en el campo de Marte.

I

Tan pronto como Lafayette llegó a su campamento, escribió otra carta a la Asamblea; era la tercera, pero tan vana e imponente como los pasos que daba, y cuya lectura fué escuchada con igual indiferencia.

—Me admiro — dijo Isnard — de que la Asamblea no enviara desde esta barra a Orleáns, a ese soldado faccioso.

En el club de los jacobinos se amortiguó un tanto la lucha entre Robespierre y los girondinos, que sólo rivalizaban en insultar a la corte y en amenazar a Lafayette; pero la explosión del 20 de junio no había extinguido aquel foco de odio. La inacción de los ejércitos, los peligros siempre crecientes en la frontera, la equívoca actitud de Lafayette, la retirada de Luckner, a quien se creía su cómplice, y la aproximación de las tropas a París, fomentaban la cólera y las alarmas de los patriotas. Robespierre continuaba separado de los movimientos, sin comprometerse con ninguno de los partidos extremos, y absorbiéndose en las consideraciones generales de la causa pública. Observar, ilustrar y denunciar todos los peligros al pueblo, era el papel que apetecía; su popularidad era grande, pero fría y razonada como el papel que desempeñaba.

Sus largas arengas en la tribuna de los jacobinos eran frecuentemente interrumpidas con murmullos por los impacientes; pero él se mantenía en actitud impasible soportando crueles humillaciones. Su instinto, seguro de la variabilidad de la opinión, parecía revelarle de antemano que, en un conflicto de movimientos contrarios y desordenados, el

triunfo sería del más inmutable o del más paciente. Dantón hizo en el club de los franciscanos y en el de los jacobinos mociones terribles, pareciendo que buscaba su fuerza en el escándalo de las violencias contra la corte, para disimular sus inteligencias con palacio.

—Me comprometo — dijo — a introducir el terror en la corte, que, si despliega tanta audacia, es porque nosotros somos demasiado tímidos. La casa de Austria causó siempre la desgracia de Francia; votad una ley que obligue al rey a repudiar a su esposa y a enviarla a Viena con toda la consideración, miramientos y seguridad que le son debidos.

El odio que se manifestaba contra la reina era lo único que podía salvarla.

Brissot, que fué durante mucho tiempo amigo de Lafayette, se entregó al fin a la cólera de los jacobinos.

—Este hombre se ha desenmascarado — dijo—. Extraviado por su ciega ambición se erige en protector, pero esta audacia lo perderá; ¡qué digo! ya lo ha perdido. Cuando Cromwell creyó poder hablar como dueño al parlamento de Inglaterra, estaba rodeado de un ejército de fanáticos y había conseguido algunas victorias; pero, ¿dónde están los laureles de Lafayette? ¿Dónde están sus sedes? Castigaremos su insolencia, y probaré su traición; probaré que pretende crear una especie de aristocracia constitucional y que está de acuerdo con Luckner, y demostraré que ha perdido, viniendo a París, la ocasión de vencer en las fronteras. No temamos nada, sino de nuestras divisiones: en cuanto a mí — añadió, dirigiéndose a Robespierre—, declaro que olvido todo lo pasado.

—Yo — respondió Robespierre, algo conmovido — he conocido que el olvido y la unión estaban en mi corazón, en el placer que me produjo esta mañana el discurso de Guadet en la Asamblea, y en el placer que experimento ahora, oyendo a Brissot. Unámonos todos para acusar a Lafayette.

II

Las diferentes secciones de París hicieron enérgicas reclamaciones respondiendo al pensamiento de Robespierre, de

Dantón y de Brissot, que reclamaban un ejemplo terrible contra Lafayette y una ley para conjurar el peligro de la patria. Lafayette, amenazando a la Revolución, no había hecho más que despertarla con mayor furor.

—Dad un gran golpe — decían los peñoneros patriotas—; licenciad, al estado mayor de la guardia nacional, que, como Lafayette, es traidor y carece de patriotismo.

El pueblo congregóse nuevamente en los jardines públicos, y la muchedumbre reunida ante la casa de Lafayette quemó un árbol de la libertad, que los oficiales habían plantado frente a la puerta para honrar al general: se temía una nueva invasión de los arrabales. Pethión dirigió proclamas ambiguas a los ciudadanos, en las que las insinuaciones contra la corte se confundían con las recomendaciones paternales del magistrado, y el rey sancionó la suspensión de Pethión de sus funciones de alcalde de París, y los facciosos se indignaron, respondiendo a esta destitución con el grito de *Pethión o la muerte*. Los guardias nacionales y los *descamisados* se batieron en el Palacio Real. Los federados de los departamentos llegaban por destacamentos para reforzar a los de París; las reclamaciones de los departamentos y de las ciudades, presentadas por diputaciones designadas para este solo efecto, respiraban la cólera nacional.

«¡Rey de los franceses, decían, lee y relea la carta de Roland! Venimos a castigar a todos los traidores; es necesario que Francia esté en París para echar fuera a todos los enemigos del pueblo; el punto de reunión es bajo las ventanas de tu palacio.»

«Marchemos allá», agregaban los federados de Brest.

El ministro del Interior pidió a la Asamblea leyes contra las reuniones sediciosas, y la Asamblea contestó, sancionando aquel agrupamiento tumultuoso en París, y decretando que los guardias nacionales y los federados que acudieran se alojasen en las casas de los ciudadanos; el rey, intimidado, sancionó este decreto.

Se estableció un campamento junto a Soissons; los caminos se llenaron de

hombres que se dirigían a París; Luckrier evacuó Bélgica sin combate; los gritos de traición resonaron en todo el imperio; Estrasburgo pidió refuerzos; el príncipe de Hesse, revolucionario expatriado al servicio de Francia, propuso a la Asamblea ir a defender a Estrasburgo contra los austriacos, prometiendo llevar delante un ataúd sobre la muralla para no olvidar su deber, teniendo siempre presente la perspectiva de la muerte; Sieyés pidió que se enarbolase en los ochenta y tres departamentos el estandarte del peligro de la patria; y los girondinos adoptaron por unanimidad el siguiente grito: *¡Muera la Asamblea, muera la Revolución, muera la libertad, si la guillotina de Orleans no castiga a Lafayette!*

III

La Asamblea acogió estos gritos de muerte con convulsivas conmociones, hasta que una de aquellas grandes voces que reasumen en sí el grito de todo un pueblo y que dan a la pasión pública el brillo y el eco del genio, la de Vergniaud, en la sesión del 3 de julio, resonó, elevándose por primera vez a la cumbre de su elocuencia, para pedir, como Sieyés, su inspirador y su amigo, que se proclamara que la patria estaba en peligro.

Hasta aquel momento, Vergniaud sólo había sido fecundo; pero desde entonces fué la voz de la patria, y no dejó de serlo hasta que pereció en el cadalso. Hacía pocos meses que Vergniaud había llegado a París, y, desconocido y modesto, sin presentir su mérito, se había alojado con tres de sus colegas del Mediodía en un humilde cuarto de la calle de Jeuneurs, desde donde se trasladó a un pabellón retirado del arrabal, que rodeaban los jardines del Tívoli. En las cartas que escribía a su familia daba los más humildes pormenores respecto a su ajuar, y, teniendo apenas con que vivir, reducía extremadamente sus menores gastos, hasta el punto de que algunos luises pedidos a su hermana le parecían suma suficiente para vivir durante largo tiempo, y pedía que le enviasen alguna ropa blanca por el conducto más económico. No pensando en la fortuna, ni siquiera en la celebra-

dad, asombrábase, con ingenuidad patriótica, de la misión que Burdeos le confiaba. Su probidad resalta en las comunicaciones confidenciales que hacía a sus parientes: su familia tenía intereses que solicitar de los ministros, y él se negó a hacer valer sus derechos, temiendo que, al pedir justicia, se creyera que exigía un favor.

—Respecto a este punto, soy extremadamente delicado, imponiéndome a mí mismo esta ley —decía a su cuñado, el señor Alluau de Limoges, que era para él un segundo padre.

Todas las cartas cruzadas entre Vergniaud, su hermana y su cuñado respiran sencillez, ternura de alma e intimidad, pareciendo que el hombre público se nutría en el terreno de las costumbres privadas. Ningún rasgo de afectación, de fanatismo republicano, ni de odio contra el monarca se descubre en la intimidad de los sentimientos de Vergniaud, quien hablaba de la reina con ternura y de Luis XVI compasivamente.

«La conducta equívoca del rey, escribía en aquella época, acumula nuestros peligros y los suyos. Asegúrase que viene hoy a la Asamblea; pero, si no se pronuncia de un modo decisivo, habrá alguna gran catástrofe. Muchos esfuerzos se necesita hacer para dar al olvido tantos pasos falsos, que se consideran traiciones.»

Luego, pasando a hablar de su situación doméstica, escribe:

«No tengo dinero, mis acreedores de París me buscan, y les pago algo cada mes, pues los alquileres son caros y me es imposible pagarlo todo.»

Este joven, cuyos gestos hacían temblar al trono, apenas tenía donde reclinar la cabeza en el imperio que iba a conmover.

IV

Vergniaud, que había sido educado en un colegio de jesuitas, por cuenta de Turgot, intendente entonces del Limousin, ingresó, después de sus estudios, en el seminario, disponiéndose a seguir la carrera del sacerdocio; pero retrocedió al dar el último paso y volvió al lado de su familia. Solitario y triste, su imagina-

ción lo hizo poeta antes que orador, juzgando él con su genio sin conocerlo. A veces se encerraba en su habitación, y, creyendo que el pueblo lo escuchaba, improvisaba discursos cuyo tema eran catástrofes imaginarias. Un día su cuñado Alluaud oyóle detrás de una puerta, y, adivinando que había de ser la gloria de la familia, lo envió a Burdeos a estudiar la práctica de las leyes.

Vergniaud fué recomendado al presidente Dupaty, escritor famoso y elocuente parlamentario, a quien inspiró el joven una confusa esperanza de grandeza. Dupaty lo quiso, lo protegió, lo condujo por la mano y lo admitió a trabajar en su casa, recordando su solicitud los patronazgos antiguos de Hortensio y de Cicerón.

«Pagué con mi dinero, y continuaré pagando durante algunos años la pensión de vuestro cuñado, escribía Dupaty al señor Aullaud. Le proporcionaré causas escogidas para que haga los primeros ensayos, y día llegará en que honre mucho su nombre, pues no le falta más que tiempo para conquistar la celebridad. Ayudadle a satisfacer sus necesidades más urgentes, pues aun no tiene traje para asistir al tribunal. Escribo a su tío para excitar su generosidad, y espero que obtendremos una casaca; por lo demás, confiad en mí y en el interés que me inspiran sus infortunios y su talento.»

Pronto justificó Vergniaud estos presagios de Dupaty, en cuya casa adquirió las virtudes austeras de la antigüedad, tanto como las majestuosas formas del foro romano. Bajo el abogado revelábase el ciudadano, y el hombre de bien daba autoridad a la palabra. Apenas rico con los primeros emolumentos del Foro, se deshizo de todo y vendió la pequeña herencia que le quedaba de su madre para pagar las deudas que su padre había dejado al morir, comprando el honor de su memoria con cuanto poseía, por lo que llegó a París casi indigente. Sus amigos Boyer-Fonfrede y Ducós de Burdeos lo recibieron como huésped en su casa y lo sentaron a su mesa. Vergniaud, pensando muy poco en los medios de prosperar, como todos los que están dotados de una gran fuerza interior, trabajaba poco y confiaba en la ocasión y en la natura-

leza. Su genio, indolente por desgracia, complacíase en dormir y en abandonarse a la flojedad de la edad y del ánimo. Se necesitaba sacudirlo para sacarlo de los goces juveniles y hacer que fuera a la tribuna o al consejo, pues para él, como para los orientales, no había transición entre la ociosidad y el heroísmo; la acción lo arrebatava, pero la impresión era momentánea y volvía a caer en el sueño del talento. Brissot, Guadet y Gensonné lo presentaron en casa de la señora Roland, que no lo encontró bastante varonil ni bastante ambicioso para su genio. Sus costumbres meridionales, sus aficiones literarias, y el atractivo de una belleza menos imperiosa, llevábanlo frecuentemente a la tertulia de la señora Simón-Candeille, actriz del teatro francés, para quien escribió algunas escenas del drama *La Bella Arrendadora*. Esta joven, poetisa, escritora y actriz, desplegaba en este drama todas las fascinaciones de su alma, de su talento y de su belleza, y Vergniaud se embriagaba con aquella vida de artista, de música, de declamación y de placeres, apresurándose a gozar de su juventud, como si tuviera el presentimiento de que iba a concluirse pronto. De costumbres reflexivas y perezosas, se levantaba a mediodía; escribía poco y siempre en hojas sueltas, apoyando el papel en las rodillas, como hombre apurado que se disputa el tiempo; componía lentamente los discursos durante las distracciones, reteniéndolos por medio de notas en la memoria; y pulía la elocuencia en los ratos de ocio, como el soldado pule el fusil en los de asueto, pues no sólo quería que sus golpes fueran mortales, sino también brillantes. Una vez dado el golpe, abandonaba el rechazo al destino, entregándose de nuevo a la pereza, pues no era el hombre de todas las horas, sino el hombre de los grandes días.

V

Vergniaud era de estatura mediana, robusta y fornida con el aplomo de la estatua del orador, viéndose en él al luchador de palabras; su nariz era corta, ancha y muy levantada de las ventanas, y sus labios, algo gruesos, marcaban mucho la

boca, como si hubieran sido modelados para proferir la palabra a borbotones, a semejanza de los labios de un Tritón en la abertura de una gran fuente. Sus ojos, negros y brillantes, parecían faltar bajo las cejas prominentes; su frente, espaciosa y chata, tenía el pulido del espejo donde se reflejaba la inteligencia; sus cabellos, castaños, ondulaban cuando sacudía la cabeza, lo mismo que los de Mirabeau; las huellas de las viruelas timbraban el cutis de su rostro como mármol desbastado por el martillo puntiagudo del cantero, y su cara, pálida, tenía la lividez de las emociones profundas. En estado de reposo, nadie hubiera reparado en él en medio de la multitud, entre la cual habría pasado sin llamar la atención, ni atraer las miradas; pero, cuando el alma se le reflejaba en el rostro, éste se iluminaba de elocuencia, y los músculos palpitantes de sus cejas, de sus sienes y de sus labios se modelaban sobre el pensamiento, siendo la transfiguración del genio. La luz de Vergniaud era la palabra, y el pedestal de su belleza, la tribuna; cuando él la abandonaba, aquélla se desvanecía y el orador no era más que un hombre.

VI

Tal era el diputado que subió el 3 de julio a la tribuna de la Asamblea nacional, y que, consternado y colérico, se recogió un instante en sus pensamientos, antes de proferir una palabra, con las manos puestas delante de los ojos. El temblor de su voz al hablar y lo grave y sonoro de sus palabras, más profundas que de ordinario, su gesto abatido y la energía triste y concentrada de su rostro, revelaban la lucha de una resolución desesperada, y predisponían a la Asamblea a una grande emoción. Era uno de los días en que se espera todo.

—¿Cuál es — murmuró Vergniaud — la extraña situación en que se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué fatalidad nos persigue y señala cada día con acontecimientos que, desordenando nuestros trabajos, nos ponen constantemente en la agitación tumultuosa de las inquietu-

des, de las esperanzas y de las pasiones? ¿Qué destino prepara a Francia esta terrible efervescencia, en medio de la que se siente uno inclinado a dudar si la Revolución retrocede o avanza? Cuando parece que nuestros ejércitos del Norte hacen progresos en Bélgica, los vemos de pronto replegarse ante el enemigo, trayendo la guerra hacia nuestro territorio, y dejando a los desgraciados belgas únicamente el recuerdo de los incendios, con que se ha alumbrado nuestra retirada. Los prusianos, por el lado del Rin, agólpanse en nuestras descubiertas fronteras, precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la existencia de la nación, que se suspende el movimiento de nuestros ejércitos, y cuando, por la súbita desorganización del ministerio, se rompen los lazos de la confianza y se entrega al azar y a manos sin experiencia la salvación del imperio. ¿Será verdad que se temen nuestros triunfos? ¿Es la sangre del ejército de Coblenza o la del nuestro la que se desea economizar? Si el fanatismo de los clérigos nos amenaza con la guerra civil y con la invasión, ¿qué se proponen los que rechazan tenazmente la sanción de nuestros decretos? ¿Quieren reinar sobre ciudades abandonadas y sobre campos devastados? ¿Cuál es la cantidad de lágrimas, de miserias, de sangre y de muertes que puede satisfacer su venganza? ¿dónde estamos por fin? A vosotros, señores, cuyo valor se vanaglorian de haber conmovido los enemigos de la Constitución; a vosotros, cuyas conciencias y probidad tratan de alarmar diariamente, calificando vuestro amor a la libertad de espíritu de facción, como si hubierais olvidado que la corte despótica y los cobardes héroes de la aristocracia han dado el nombre de facciosos a los representantes que fueron a prestar juramento al Juego de Pelota, a los vencedores de la Bastilla, y a todos cuantos han hecho y sostenido la Revolución; a vosotros se os calumnia sólo porque no pertenecéis a la raza que la Constitución ha hundido en el polvo, porque los hombres degradados que se humillan ante ella, no esperan encontrar en vosotros cómplices; a vosotros, a quienes se quisiera separar del pueblo, porque el pueblo es vuestro apoyo, y que

si, por culpable abandono de su causa, merecierais ser abandonados por él, le sería muy fácil disolveros; a vosotros, a quienes se ha querido dividir, pero que dejaréis para después de la guerra vuestras discusiones y vuestras quejas, porque no es tan grato el aborreceros, que preferáis este infernal goce a la salvación de la patria; a vosotros se ha pretendido amedrentar con peticiones armadas, como si ignorarais que, al principio de la Revolución, el santuario de la libertad fué rodeado por los satélites del despotismo, París sitiado por el ejército de la corte, y que aquellos días de peligro fueron los días de gloria de nuestra primera asamblea; voy, en fin, a llamar vuestra atención respecto a la situación crítica en que nos encontramos. Estas turbulencias interiores tienen dos causas: las maniobras aristocráticas y las maniobras sacerdotales, y ambas se proponen el mismo objeto, la contrarrevolución.

VII

»El rey no ha querido sancionar vuestro decreto sobre los tumultos religiosos, acaso porque el sombrío genio de Médicis y del cardenal de Lorraine anda vagando todavía bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías, o porque al rey lo agitan las ideas fantásticas que se le sugieren; pero no es dado creer, sin injuriarle, y sin acusarle de ser el enemigo más peligroso de la Revolución, que quiere animar con la impunidad las tentativas criminales de la ambición sacerdotal, y devolver a los orgullosos dependientes de la tiara el poder con que han oprimido a los pueblos y a los reyes. No es lícito creer sin ofenderle, y sin declararlo el más cruel enemigo del imperio, que se complace en perpetuar las sediciones y en eternizar los desórdenes, que le precipitarían por la guerra civil hacia la ruina, de donde deduzco que, si se resiste a sancionar vuestros decretos, es porque cree poseer poder bastante sin los medios que vosotros le ofrecéis para conservar la paz pública; luego, si la paz pública no se sostiene, si la tea del fanatismo amenaza aún incendiar el rei-

no, si las violencias religiosas continúan desolando los departamentos, es porque los agentes de la autoridad real son los causantes de todos nuestros males. ¡Pues bien, que respondan con la cabeza de todos los tumultos a que la religión sirve de pretexto, y exigidles responsabilidad para calmar las inquietudes de la nación!

»Vuestra solicitud por la seguridad exterior del imperio os hizo decretar el establecimiento de un campamento en las inmediaciones de París, en el que debían reunirse todos los federados de Francia el 14 de julio para repetir el juramento de vivir libres o morir. El emponzoñado hálito de la calumnia ha frustrado este proyecto, y el rey ha rehusado la sanción. Respeto demasiado el ejercicio de un derecho constitucional para proponeros que hagáis responsables a los ministros de esta negativa; pero, si antes de la reunión de los batallones es profanado el suelo de la libertad, debéis considerarlos traidores y arrojarlos en el abismo que su incuria o su maldad habrá abierto. Desgarremos, en fin, la venda que la intriga y la adulación han puesto sobre los ojos del rey, y mostrémosle el término a que le conducen sus pérfidos amigos.

»El nombre de Luis XVI figura en todas las sublevaciones que los príncipes franceses provocan en las cortes europeas, pues para vengar la dignidad del rey han concluido el tratado de Pílnitz; para defender al rey corren en Alemania bajo las banderas de la rebelión las antiguas compañías de guardias de corps; para socorrer al rey, se afilian los emigrados en los ejércitos austriacos, disponiéndose a desgarrar el seno de la patria; para reunirse con esos valerosos caballeros de la prerrogativa real, abandonan otros su puesto a la vista del enemigo, hacen traición a sus juramentos, roban las cajas y corrompen a los soldados como si su honor estuviera en la cobardía, en el perjurio, en la insubordinación, en el robo y en los asesinatos; y, en suma, en nombre del rey se cometen todos los desastres.

»Pues bien, si el rey se pone a la cabeza del ejército y dirige sus fuerzas contra la nación, o si no se opone formalmente a semejante empresa ejecutada en

su nombre, se creerá que ha abdicado la corona. En vano respondería Luis XVI: es verdad que los enemigos de la nación pretenden obrar sólo para levantar mi poder, pero yo he probado que no era su cómplice; he obedecido a la Constitución y he puesto mis tropas en campaña; es verdad que los ejércitos eran demasiado débiles, pero la Constitución no determina el grado de fuerza que yo debía darles; es verdad que los he reunido demasiado tarde, pero la Constitución no señala el tiempo en que debía reunirlos; es verdad que algunos campamentos de reserva hubieran podido sostenerlos, pero la Constitución no me obliga a formarlos; es verdad que, cuando los generales avanzaban sin resistencia por el territorio enemigo, les mandé retroceder, pero la Constitución no me impone el deber de conseguir la victoria; es verdad que mis ministros han engañado a la Asamblea nacional respecto al número, la disposición de las tropas y sus provisiones, pero la Constitución me concede el derecho de escoger mis ministros, pues en ninguno de sus artículos me ordena otorgar mi confianza a los patriotas y destituir a los contrarrevolucionarios; es verdad que la Asamblea nacional ha decretado lo necesario para la defensa de la patria y que yo he rehusado sancionar sus decretos, pero la Constitución me garantiza esta facultad; es verdad, por último, que la contrarrevolución se va consumando, que el despotismo va a poner nuevamente en mis manos el cetro de hierro, que os anonadará, que vais a ser humillados y que os castigaré por haber tenido la insolencia de pretender ser libres; pero todo se hace constitucionalmente, pues ningún acto he realizado que la Constitución condene; no se puede, por consiguiente, dudar de mi fidelidad ni de mi celo por la defensa de la Constitución. (Aplausos entusiastas.)

»Señores, si, al hablar de calamidades de una guerra funesta y de los desórdenes de un trastorno contrarrevolucionario, el rey de los franceses pudiera emplear un lenguaje risible; si fuera posible que hablase de su amor a la Constitución con ironía tan insultante, no tendríamos derecho a responderle:

VIII

»¡Oh, rey! Seguramente habéis creído, como el tirano Lisandro, que la verdad no vale más que la mentira, y que se puede divertir a los hombres con juramentos como se divierte a los niños con las tabas; sólo fingisteis amar las leyes para conservar el poder, que os había de servir para infringirlas; sólo aparentáis amar la Constitución, para que no os precipitase del trono, donde necesitabais permanecer para destruirla; y amar a la nación, sólo para asegurar el éxito de vuestras perfidias, inspirándole confianza. ¿Creéis engañarnos hoy con falsas protestas? ¿Creéis alucinarnos respecto a la causa de nuestras desgracias con el artificio de vuestras excusas y la audacia de vuestros sofismas? ¿Era defendernos oponer a los soldados extranjeros fuerzas cuya superioridad ni siquiera nos deja duda de la derrota? ¿Era defendernos separar los proyectos que tendían a fortificar el interior del reino, o hacer preparativos de resistencia para la época en que seríamos ya presa de los tiranos? ¿Era defendernos no contener a un general que viola la Constitución, y encadenar el valor de los que la servían? ¿Era defendernos paralizar constantemente el gobierno la continua desorganización del ministerio? ¿Os dejó la Constitución la elección de los ministros para nuestra felicidad o para nuestra ruina? ¿Os hizo jefe del ejército para nuestra gloria o para nuestra vergüenza? ¿Y, por último, se os otorgó el derecho de sanción, una lista civil y tantas prerrogativas, para perder constitucionalmente la Constitución y el Imperio? No, no, ¡hombre que la generosidad de los franceses no ha podido conmover; hombre a quien sólo el amor al despotismo ha podido hacer sensible, no habéis cumplido el voto de la Constitución! Esta puede ser derribada; ¡pero vos no recogeréis el fruto de vuestro perjurio! No os habéis opuesto formalmente a las victorias que en vuestro nombre se conseguían contra la libertad; pero no recogeréis el fruto de estos indignos triunfos; ¡ya no sois

nadie para la Constitución que tan indignamente habéis violado, ni para el pueblo que tan cobardemente habéis vendido! (Reiterados aplausos.)

»Como los hechos que acabo de enumerar tienen relación bien marcada con muchos actos y muchas frases del rey; como los falsos amigos que lo rodean están vendidos a los conjurados de Coblenza, y desean ardientemente perder al monarca para colocar la corona sobre las sienes de alguno de los jefes de los complots; como importa a su seguridad personal tanto como a la seguridad del imperio, que su conducta sea claramente definida, propondré que se le dirija una comunicación recordándole las verdades que acabo de exponer, y demostrándole que la neutralidad que guarda entre la patria y Coblenza es una traición a Francia.

IX

»Pido, además, que declaréis que la patria está en peligro, y veréis cómo, cuando oigan este grito de alarma los ciudadanos, se apresurarán a reunirse, cómo se cubre la tierra de soldados y se renuevan los prodigios que han hecho gloriosos los pueblos de la antigüedad. ¿Han perdido el patriotismo los franceses regenerados en 89? ¿No ha llegado el día de reunirse los que están en Roma y los que están en el Monte Aventino? ¿Esperáis que, cansados de las fatigas de la Revolución, o corrompidos por la costumbre de detenerse alrededor de palacio, hombres débiles se habitúen a hablar de libertad sin entusiasmo y de esclavitud sin horror? ¿Qué es lo que se nos prepara? ¿Es el gobierno militar lo que se pretende restablecer? Se sospecha que la corte abriga pérfidos proyectos, haciendo hablar de movimientos militares y de ley marcial, y la imaginación se familiariza con la sangre del pueblo. El palacio del rey de los franceses se convierte de repente en fortaleza; pero, ¿dónde están los enemigos? ¿Contra quién se dirigen los cañones y las bayonetas? Los amigos de la Constitución han sido separados del ministerio y las

riendas del gobierno permanecen flotando a la aventura cuando, para sostenerlo, se necesita tanto vigor como patriotismo; en todas partes se fomenta la discordia, y triunfa el fanatismo. La concivencia del gobierno no sólo aumenta la audacia de las potencias extranjeras, que vomitan contra nosotros ejércitos y cadenas, sino que también entibia la simpatía de los pueblos, que hacen secretos votos por el triunfo de la libertad. Las cohortes enemigas se conmueven; la intriga y la perfidia fragan traiciones; el cuerpo legislativo opone a estos complots decretos rigurosos, pero necesarios, y el rey los invalida. Llamad, que todavía es tiempo, llamad a todos los franceses para salvar la patria; mostradles toda la inmensidad del golfo, y verán que sólo por un extraordinario esfuerzo podrán pasarlo. A vosotros os corresponde prepararlos con un movimiento eléctrico que preste vehemencia a toda la nación. Imitad a los espartanos de las Termópilas, o a los venerables ancianos del senado romano, que esperaron en el umbral de su puerta la muerte que los feroces vencedores llevaban a su patria. No; no necesitaréis hacer votos para que los vengadores surjan de vuestras cenizas; el día en que vuestra sangre enrojezca la tierra, la tiranía, el orgullo, los palacios y los protectores de los tiranos se desvanecerán para siempre ante la omnipotencia nacional y ante la cólera del pueblo.»

X

Este discurso, en que se atribuían todos los peligros y todas las calamidades del tiempo al rey solo, resonó en toda Francia como el toque a rebato del patriotismo. Meditado en casa de la señora Roland; comentado en el club de los jacobinos; enviado a todas las sociedades populares del reino, y leído en las sesiones de todos los clubs, removió en la nación entera los resentimientos contra la corte: el 10 de agosto estaba en aquellas palabras. La nación que había manifestado semejantes sospechas y dirigido tales amenazas al rey, no podía ya

obedecerle ni respetarle. Proclamar el peligro de la patria no era otra cosa que proclamar la traición del poder ejecutivo.

Brissot y Condorcet, el uno en un discurso y el otro en un proyecto de manifestación al rey, desarrollaron con menos grandeza, pero con más rencor las mismas consideraciones, envenenando la herida que el golpe de Vergniaud había asestado contra el trono.

Robespierre redactó en el club de los jacobinos un manifiesto dirigido a los federados, repitiendo la exposición de los peligros señalados por Vergniaud en sus discursos, e indicando previamente al pueblo que bien pronto tendría que combatir más enemigos que la corte. Sembraba por anticipado las sospechas en las almas y tomaba medidas contra el triunfo de los girondinos. En el citado manifiesto decía:

«¡Salud a los franceses de los ochenta y tres departamentos! ¡Salud a los marseleses! ¡Salud a la patria poderosa e invencible, que agrupa a sus hijos en torno suyo en el día de los peligros y de las fiestas! Abramos nuestras casas a nuestros hermanos. Ciudadanos; ¿habéis venido sólo para una vana ceremonia de federación y para prestar superfluos juramentos? No, no; habéis obedecido al grito de la nación que os llama porque estamos amenazados fuera y vendidos dentro. Nuestros pérfidos jefes conducen los ejércitos a las celadas; nuestros generales respetan el territorio del tirano austriaco, y queman las ciudades de nuestros hermanos los belgas. Otro monstruo, Lafayette, ha venido a insultar cara a cara a la Asamblea nacional. ¡Vilipendiada, amenazada, ultrajada, existe aún! Tantos atentados despiertan, al fin, a la nación, y habéis acudido; los adúladores del pueblo pretenderán seduciros; evitad sus caricias, no os sentéis a sus mesas, donde se bebe el moderantismo y el olvido del deber. Guardad las sospechas en los corazones; va a sonar la hora fatal, y ahí está el altar de la patria. ¿Sufriréis que bajos y despreciables ídolos sean colocados en él, entre la libertad y vosotros, para usurpar el culto que le es debido? Prestemos sólo juramento a la patria en manos del *Rey inmortal de*

la naturaleza. Todo nos recuerda en el Campo de Marte los perjurios de nuestros enemigos, pues en él no hay donde poner un pie que no esté manchado con la sangre inocente que derramaron. ¡Purificad aquel suelo, vengad aquella sangre, y no abandonéis aquel recinto hasta después de haber decidido salvar a la patria!»

XI

Camilo Desmoulins y Chabot denunciaron también a los jacobinos los proyectos de fuga del rey y la próxima llegada de Lafayette.

—Pueblo, te engañan — dijo a su vez Dantón—; no hay transacción posible con los tiranos. Nuestros hermanos de los departamentos deben jurar no separarse hasta que los traidores sean castigados por la ley o pasen al extranjero. Como el derecho de petición no ha sido sepultado en el Campo de Marte con los cadáveres de los que allí fueron inmolados, presentad una petición nacional respecto a la suerte del poder ejecutivo.

Dijo, y salió dejando esta enigmática proposición a la consideración de los patriotas. Dantón, sobrio en palabras e impaciente por las convulsiones, no era amigo de largos discursos. Imprimía una palabra, como se graba una medalla, y la lanzaba a la multitud. Encontró al salir un grupo de hombres alarmados que se agolparon en torno suyo preguntándole qué opinaba de las cosas públicas.

—Ahí están — repuso, mostrando con un gesto de desprecio la puerta del club de los jacobinos—; un montón de charlatanes que no hacen otra cosa que deliberar; ¡qué imbéciles sois! ¿A qué conducen tantas palabras, tantos debates acerca de la Constitución y tantos cumplimientos con los aristócratas y con los tiranos? ¡Haced lo que ellos! ¿Estáis debajo? Poneos encima; pues en eso consiste toda la Revolución.

LIBRO XIX

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivarais.—Exaltación de los patriotas.—Chabot.—Grangeneuve.—Tentativa de reconciliación de los partidos en la Asamblea.—Lamourette.—La suspensión de Pethión exaspera los resentimientos.—Terror de la reina al aproximarse el día de la Federación.—Temores de la familia real.—Esperanza de la reina.—Ultrajes a la familia real.—El armarío de hierro.—El rey y la familia real en el Campo de Marte.—Asesinatos.—Depresmenil.—Situación de la guardia nacional.—Barbaroux y Rebecqui, jefes de los marseleses.—La señora Roland, alma del 10 de agosto.—Pethión, cómplice.—Barbaroux, Dantón y Santerre a la cabeza del movimiento.—Conciliábulos secretos en Charentón.—Banquete en los Campos Elíseos.—Riñas entre los marseleses y los realistas.—Tentativas de los amigos de Robespierre para entregarle la dictadura.

I

Todo indicaba, como se advierte en la manifestación de Robespierre y en las palabras de Dantón, una cita dada para el Campo de Marte, el 14 de julio, para derrocar la monarquía e implantar la república o la dictadura de una aclamación de los federados. «Somos un millón de facciosos», escribía en su periódico el girondino Carra.

Alarmada la nación, sin defensores en las fronteras, sin gobierno en el interior, sin confianza en los generales, viendo las divisiones de las facciones en la Asamblea y creyéndose vendida por la corte, encontrábase en el estado de emoción y de angustia que entrega al pueblo al azar de los acontecimientos. Bretaña principiaba a insurreccionarse en nombre de la religión bajo la bandera del rey, y esta insurrección, completamente popular, buscó jefes entre los nobles. La guerra de la Vendee, que pronto debía de ser terrible, fué desde el primer día guerra de conciencia, más bien que de opinión. La emigración se armaba en defensa del rey y de la aristocracia; la Vendee en defensa de la religión.

El 8 de julio un simple labrador, llamado Alain Redeler, al salir de misa, en la parroquia de Fonestán, convocó a los campesinos a una reunión armada para el día siguiente junto a la capilla de los llanos de Kerbader, y acudieron quinientos hombres; pero esta reunión, bien dis-

tinta de las tumultuosas de París, manifestaba en su actitud el recogimiento de sus pensamientos. Los signos religiosos se mezclaban con las armas, y las oraciones consagraban la insurrección. Se tocaba a somatén de parroquia en parroquia, y el pueblo de las campiñas acudía al llamamiento de las campanas, como a la voz del mismo Dios; pero no hubo el menor desorden en aquel levantamiento: el pueblo se limitaba a estar alerta, pidiendo solamente la libertad de sus altares. Los guardias nacionales, las tropas de línea y la artillería de todos los puntos del departamento acudieron allá, y el choque fué sangriento y la victoria disputada. Sin embargo, pareció desvanecerse la insurrección, que continuó fermentando sordamente en la Bretaña para estallar más tarde: fué ésta la primera chispa de la guerra civil.

II

Al mismo tiempo estalló, aunque con menos obstinación, en otro punto del reino. Un noble, llamado Dusailant, y un clérigo, el abate de la Bastide, reunieron en nombre del conde de Artois tres mil campesinos en el Vivarais, país montañoso, lleno de estrechos desfiladeros, cruzado de torrentes y sembrado de bosques de pinos, que es como una ciudadela levantada por la naturaleza entre los llanos del Bajo Languedoc y los hermosos valles del Ródano y el Saone, donde imperaba el catolicismo. Los numerosos palacios que dominan los valles pertenecían a una nobleza muy emparentada por la sangre y por las costumbres con la clase media, cuyas ocupaciones rurales y religión compartían, pues los nobles no eran allí más que los primeros entre los labradores, que, unidos por interés con los clérigos, agitaban el país.

Dusailant apoderóse del castillo gótico y almenado de Jalés; lo fortificó, estableciendo en él el centro general del levantamiento, e hizo prestar a los sublevados juramento de fidelidad al rey solo y a la religión antigua. Los jóvenes nobles de la comarca condujeron sucesivamente ante este jefe sus destacamentos, que algunos predicadores inflamaban en nombre de la fe. Jóvenes señoritas a ca-

ballo, vestidas y armadas de amazonas, recorrían las filas, distribuyendo corazones de Jesús para el pecho y cruces de oro para el sombrero, que eran los signos de la insurrección. Estas señoritas despertaban en nombre del amor el heroísmo de la antigua caballería, y la raza piadosa, entusiasta e intrépida de los Cevennes, se levantaba a su voz. La insurrección, que parecía aislada en aquel país inaccesible, sostenía inteligencias con Lyon, y ofrecía a la ciudad refuerzos y comunicaciones con el Mediodía, para cuando llegara el momento de la contrarrevolución. Atravesando el Ródano, al pie del monte Pilatos, el ejército de Jalés poníase en contacto con el Piamonte de los Bajos Alpes, y, extendiéndose en el Bajo Languedoc, llegaba a los Pirineos y a España. Dusaillant había fijado admirablemente el núcleo de la guerra civil, porque el centro del país, el curso del Ródano y el nudo de Francia meridional habrían sido suyos si hubiera triunfado.

La Asamblea lo comprendió así, y los patriotas se inquietaron en Lyon, en Nimes, en Valence y en todas las ciudades del Mediodía: un ejército de guardias nacionales con artillería se puso en movimiento, y el castillo de Bannes y las gargantas que cubrían el campo, fueron valerosamente defendidos y heroicamente tomados, sosteniéndose un desesperado combate en torno del castillo de Ialés, plaza fuerte de la sublevación. Los nobles, los campesinos y los clérigos sostuvieron con intrepidez muchos asaltos de las tropas; hasta las mujeres distribuían las municiones, cargaban las armas y socorrían a los heridos. Durante la noche los insurreccionados abandonaron el castillo, acibillado de balas de cañón y cuyos muros empezaban ya a desplomarse sobre los defensores, cuando éstos se dispersaron en las gargantas del Ardeche, dejando numerosos cadáveres, entre ellos algunos de mujeres. El jefe del movimiento, Dusaillant, abandona su caballo y sus armas, y se disfraza de clérigo; pero fué conocido y detenido por un veterano, a quien ofreció sesenta luises por el rescate, que aquél rehusó. Dusaillant pereció asesinado por el pueblo al entrar en la ciudad donde lo conducían las tropas para ser juzgado, y la misma suerte

sufrió el cura de la Bastide, pues el furor ya no juzgaba, hería

III

Estas noticias consternaron a París, exaltando hasta el delirio el patriotismo amenazado, pues las nuevas ideas aspiraban a tener sus mártires, como las ideas antiguas tenían sus víctimas. Los impacientes por el reinado de la libertad temblaban ante la lentitud de la crisis e imploraban un acontecimiento cualquiera, que, impeliendo al pueblo a los extremos, imposibilitara toda reconciliación entre la nación y el rey. Como la ocasión no se presentaba por sí misma, pensaron en provocarla artificialmente; necesitaban un pretexto para la insurrección, aunque fuera a costa de la vida.

Había entonces en París dos hombres de fe intrépida y de adhesión inquebrantable a su partido, que eran Chabot y Grangeneuve. Este último, afiliado en el partido de los girondinos, tenía pocos alcances, pero era recto e inflexible, y sólo aspiraba a servir a la humanidad como soldado obscuro. Conociendo que la medianía de su genio no le permitía ser útil a la libertad más que muriendo por ella, estaba dispuesto a sacrificarse.

Chabot, hijo de un cocinero del colegio de Rodez, educado por la caridad de sus maestros, y embriagado en su juventud de una ascética piedad, había vestido el hábito de capuchino, en cuya orden se distinguió durante mucho tiempo por la mendicidad más humilde y por la indecencia más repugnante. Entre aquellos Diógenes del cristianismo, era un espíritu móvil y exagerado, a quien había sorprendido el contagio de las ideas revolucionarias en la celda del monasterio. El delirio de la libertad y de la transformación social inflamó su alma, haciéndole abandonar la religión y los hábitos. El ruido que produjo su conversión al nuevo Evangelio, su rencor contra los altares de su juventud, y el fuego y el desenfreno de sus peroratas populares, lo dieron a conocer al pueblo, que lo llevó a la Asamblea constituyente. Oculto tras de Robespierre y Pethión, veía más allá de la Constitución del 1791 la ruina del trono y aspiraba a ella abiertamente;

Dantón de la Iglesia, desdeñaba los rodeos y creía que el odio activo y declarado es la mejor política contra las instituciones que se pretende destruir. Chabot y Grangeneuve eran de los conciliábulos de Charentón.

IV

Una noche salieron juntos de sus conferencias, afligidos y desanimados por las dudas y las temporizaciones de los conspiradores. Grangeneuve caminaba con la cabeza baja y en silencio.

—¿En qué piensas? — le preguntó Chabot.

—Pienso — respondió el girondino — que estas lentitudes enervan la Revolución y a la patria; pienso que, si el pueblo da tiempo al trono, el pueblo se pierde; pienso que sólo hay una hora para las revoluciones y que los que la dejan pasar no vuelven a encontrarla y deben dar cuenta de su negligencia a Dios y a la posteridad. Mira, Chabot, el pueblo no se levantará por sí mismo, pues necesita un móvil, un acceso de rabia o de espanto que le aumente la energía necesaria en el último momento para sacudir las antiguas instituciones. ¿Cómo sugerirle ese acceso? En esto pensaba y he encontrado el medio; pero, ¿encontraré también el hombre capaz de realizar semejante acto?

—Habla — replicó Chabot—, soy capaz de todo para destruir lo que aborrezco.

—Pues bien — continuó Grangeneuve—, la sangre es la embriaguez del pueblo, y hay sangre pura en la cuna de todas las grandes revoluciones, desde la de Lucrecia hasta la de Guillermo Tell y de Sidney. Para los hombres de Estado las revoluciones son una teoría; pero para el pueblo son una venganza. Para impulsar al pueblo a la venganza se necesita señalarle una víctima, y puesto que la corte nos rehusa este placer, es necesario que la demos nosotros mismos a nuestra causa. Busquemos una víctima, que parezca caer bajo los golpes de los aristócratas, que parezca inmolada por la corte y sea uno de sus enemigos más conocidos y miembro de la Asamblea, y así al atentado contra la representación

nacional se agregará el asesinato de un ciudadano. Es necesario que este acto se cometa a las puertas de palacio para que clame venganza de más cerca; pero, ¿cuál será este ciudadano? Yo, porque siendo nula mi palabra y mi vida inútil a la libertad, mi muerte será provechosa, pues mi cadáver servirá de estandarte a la insurrección.

Chabot, que escuchaba admirado a Grangeneuve, repuso:

—Es el genio del patriotismo quien te inspira; si son necesarias dos víctimas, yo seré la otra.

—Tú serás más — replicó Grangeneuve—, tú serás, no el asesino, pero sí el que me dé la muerte que imploro. Esta noche pasearé solo y sin armas por el sitio más desierto y más obscuro, cerca de los postigos del Louvre; ten apostados dos hombres decididos y armados de puñales, les haré una señal que convenamos para que me reconozcan, me herirán, recibiré la muerte sin exhalar un solo grito y ellos huirán. Cuando amanezca será encontrado mi cadáver; tú acusarás a la corte, y la venganza del pueblo consumará la obra.

Chabot, tan fanático y tan resuelto como Grangeneuve a calumniar al rey atribuyéndole la muerte de un patriota, juró a su amigo realizar esta odiosa superchería de la venganza. Convínose el asesinato, la hora y la señal que había de hacerse; Grangeneuve se retiró a su casa, hizo testamento, y se dispuso a morir yendo a media noche al sitio señalado; se paseó durante dos horas y varias veces vió adelantarse algunos hombres que él creyó que eran sus asesinos; hizo la señal convenida y esperó el golpe, pero nadie le hirió. Chabot no cumplió su promesa, ya fuera por falta de resolución, ya por falta de cómplices. La víctima no faltó al sacrificio; pero faltó el sacrificador.

V

En medio de estos prodigios de odio, otro hombre intentó hacer otro prodigio de reconciliación de los partidos. Era Lamourette, antiguo gran vicario del obispo de Arrás, y a la sazón obispo constitucional de Lyon. Sinceramente religioso,

al pasar por su alma la Revolución tomó algo de la caridad del cristianismo. La Asamblea lo veneraba por su moderación, virtud rara en las luchas de ideas, y él recogió en un día el fruto de la estimación que se le tenía. Disponíase Brissot a subir a la tribuna para proponer nuevas medidas de seguridad nacional, cuando Lamourette se adelantó a pedir al presidente la palabra para una moción de orden y le fué concedida. Entonces dijo: «De todas las medidas que se os propongan para contener las divisiones que nos destrozan, no hay que olvidar que bastaría para establecer el orden en el gobierno y la seguridad en la nación la unión de todos sus hijos en un mismo pensamiento, o sea la reconciliación de todos los miembros de esta Asamblea, ejemplo irresistible que reconciliaría inmediatamente a todos los ciudadanos. ¿Y qué se opone a ello? Nada hay irreconciliable más que el crimen y la virtud. Los hombres honrados tienen un terreno común de patriotismo y de honor en que se pueden encontrar siempre. ¿Qué es lo que nos separa? Las preveniciones y las sospechas de los unos contra los otros. ¡Ahuguémoslas en un abrazo patriótico y en un juramento unánime y anatemicemos con una común execración la república y las dos cámaras!...»

Al oír esto, todos los miembros de la Asamblea se pusieron en pie, y prestaron juramento; gritos de entusiasmo resonaron en el salón e hicieron saber fuera que la palabra de un hombre honrado había puesto término a las divisiones, confundido los partidos y reconciliado a los hombres. Los miembros de las fracciones más encontradas abandonaron su puesto para abrazar a sus enemigos. Ya no existían izquierda ni derecha; Ramond, Vergniaud, Chabot, Vaubland, Gensonné, Basire, Condorcet y Pastoret; jacobinos y girondinos, constitucionales y republicanos, todos se mezclaban, todos se confundían y todo se olvidaba en unión fraternal. Las almas, cansadas de divisiones, reposaban un momento, olvidaron sus odios y enviaron un mensaje al rey notificándole la concordia de su pueblo. El rey fué a la Asamblea, siendo recibido con gritos de entusiasmo, y su

alma respiró un momento halagüeñas esperanzas. La emoción arrancó a su timidez natural algunas palabras tiernas, que redoblaron los transportes de la Asamblea.

—Yo no soy más que uno de vosotros — dijo con voz conmovida—. Nuestra unión salvará a Francia.

Salió, acompañado hasta palacio por las bendiciones de la multitud, creyendo haber reconquistado el corazón de los franceses; abrazó a la reina, a su hermana y a sus hijos, y, deseando poder abrazar a todo el pueblo, mandó abrir, como muestra de confianza, el jardín de las Tullerías, que continuaba cerrado desde los atentados del 20 de junio. Un gentío inmenso se precipitó en él ensordeciendo con sus gritos de amor los mismos sitios que la víspera había ensordecido con sus insultos. La familia real creyó poder disfrutar de algunos días felices; pero, ¡ay!, aquella felicidad sólo duró hasta la tarde.

El decreto del departamento, que suspendía a Pethión de sus funciones, llevado a la sesión de la noche, volvió a poner de manifiesto las mal ahogadas disensiones, porque el sentimiento, por dulce que sea, no prevalece sobre una situación. El odio se había acallado un momento; pero estaba en las cosas más que en los corazones y vibró de nuevo con mayor fuerza.

El pueblo acompañó con gritos de muerte al directorio del departamento, que la Asamblea había llamado a su seno. «Devolvednos a Pethión; La Rochefoucauld a Orleáns.» Estas terribles voces quitaron al corazón del rey la pasajera alegría que había experimentado, y la sesión celebrada por los jacobinos fué más turbulenta que la de la víspera.

—Se abrazan en la Asamblea — dijo Billaud-Varennes—; pero es el beso de Judas el suyo, el beso de Carlos IX tendiendo la mano a Coligny, pues lo mismo se abrazaban cuando el rey preparaba su fuga para el 6 de octubre. Así se abrazaban también antes de los degüellos del Campo de Marte. Se abrazan, ¿pero cesa la corte de conspirar? ¿Dejan por eso de avanzar los enemigos hacia nuestras fronteras y Lafayette es menos traidor?...

VI

Se aproximaba el día de la federación, y la reina lo veía llegar con terror, pues todo anunciaba proyectos siniestros para aquel aniversario. La Francia revolucionaria, al enviar los federados de Brest y de Marsella, había enviado todos los hombres de acción a París: la familia real vivía en las angustias del asesinato, y toda su esperanza estaba cifrada en las tropas extranjeras, que prometían librarla dentro de un mes. Contábase en palacio día por día la llegada del duque de Brunswick a París; el día de la libertad estaba señalado de antemano por el dedo de la reina en el calendario de su habitación, pues sólo se trataba de vivir hasta entonces, temiendo María Antonieta que el rey fuese víctima del veneno, del puñal o de las balas de los asesinos.

Espiada hasta en el interior de las habitaciones más secretas por los centinelas de la guardia nacional, que vigilaban en todas las puertas más como carceleros que como defensores, la familia real sólo tocaba por fórmula los alimentos que se le servían a la mesa, haciéndose llevar misteriosamente otra comida por manos seguras y de confianza. La reina hizo que el rey se pusiera un peto compuesto de quince dobleces de seda fuerte a prueba de puñal y bala, a lo que Luis XVI accedió sólo por complacerla, pues abrigaba la convicción de que es inútil luchar contra el destino. Las revoluciones no asesinan, inmolan, y el infortunado príncipe lo sabía.

—No me herirán por la mano de un malvado — dijo en voz baja a la camarera de la reina que le probaba el chaleco forrado —; han cambiado el plan y me harán morir en medio del día y como rey.

Alimentaba estos pensamientos con la lectura de las catástrofes reales que habían precedido a la suya. El retrato de Carlos I, pintado por Van-Dyck, estaba frente a él en su gabinete, y estudiaba y consultaba la historia de aquel monarca, siempre abierta sobre su mesa, como si sus páginas encerrasen el misterio del destino que él trataba de comprender para evitarlo; pero ya no se forjaba ilu-

siones, el porvenir le reveló la palabra. Salvar a la reina, a sus hijos y a su hermana, era su última esperanza y el móvil único de sus esfuerzos, pues en cuanto a él ya estaba resignado al sacrificio que renovaba diariamente en los ejercicios religiosos que elevaban y consolaban su resignación.

—No soy feliz — respondió a uno de sus confidentes, que le aconsejaba jugar heroicamente su suerte con la fortuna —; seguramente podría intentar aún medidas audaces; pero las consecuencias son extremas, y si puedo arriesgarlas por mí, no me atrevo a exponer a mi familia. La fortuna me ha enseñado que debo desconfiar de ella, y no quiero huir segunda vez, porque me salió muy mal la primera. Prefiero la muerte, puesto que nada tiene que me asuste, y la aguardo, y me preparo a ella todos los días; se contentarán con mi vida y perdonarán las de mi esposa y de mis hijos.

VII

La reina tenía el mismo pensamiento, y su abatida melancolía, interrumpida sólo por algunos arranques de varonil altivez, reemplazaba en su rostro y en sus palabras a la voluptuosa ligereza de los días felices.

—Principio a ver que instruirán un proceso contra el rey — decía a su amiga la princesa de Lamballe —. A mí, como soy extranjera, me asesinarán. ¿Qué será de nuestros pobres hijos?

Con mucha frecuencia sus camaristas la sorprendían llorando, y habiéndole presentado una de ellas una poción calmante en una de las crisis de dolor, respondió la reina:

—Dejad esos medicamentos inútiles, pues no sirven para los males del alma. Las languideces y los espasmos son las enfermedades de las mujeres felices, pues desde que mis desgracias empezaron, ya no siento mi cuerpo, sino mi destino; pero no se lo digáis al rey.

VIII

Sin embargo, algunas veces, prevalecía la esperanza sobre el abatimiento en aquella alma, merced a la juventud y al

carácter. Obligada por el temor de las reuniones de los barrios y de las sorpresas nocturnas a dejar su habitación baja, hizo colocar su cama en un aposento del primer piso entre el del rey y el de sus hijos. Como despertaba siempre mucho tiempo antes de amanecer, había prohibido que se cerraran las persianas y las cortinas de sus ventanas con objeto de disfrutar de la primera luz del día, que abreviaba sus noches insomnes.

En una del mes de julio en que la luna iluminaba su aposento, contempló durante largo rato el cielo con recogimiento de alegría interior.

—¿Veis esa luna? — preguntó a la persona que velaba al pie de su cama—. Pues, cuando vuelva a brillar nuevamente dentro de un mes, seré libre y feliz, y nuestras cadenas estarán ya rotas.

Notifícle sus esperanzas, sus temores, sus angustias y los itinerarios de los príncipes y del rey de Prusia, su próxima entrada en París, sus inquietudes respecto a la explosión de la capital al acercarse los ejércitos extranjeros, y lo que lamentaba era la falta de energía del rey en la crisis.

—No es cobarde — decía —; al contrario, es impasible ante el peligro; pero su valor está en el corazón, y allí se queda. Su abuelo, Luis XV, ha prolongado su infancia hasta los 21 años, y su vida se resiente de ello; a nada se atreve, y su misma voz le asusta. Si ahora dijera una palabra enérgica a la guardia nacional, se llevaría tras sí a todo París, pero no la dirá. Yo podría montar a caballo si fuera preciso, pero eso sería dar armas contra él, pues todos gritarían: ¡a la Austriaca! ¡Una reina, que no es regente, en mi situación debe guardar silencio y apereibirse para morir!

IX

Madama Isabel recibía las confidencias de los dos esposos y las caricias de los niños; y su fe, más sumisa que la de la reina, más tierna que la del rey, hacía de su vida un continuo holocausto. Como Luis XVI, sólo encontraba consuelo al pie de los altares, siendo la capilla del palacio el refugio donde la familia real se guarecía contra los dolores; pero aun

allí la perseguía el odio de los enemigos. Uno de los últimos domingos de julio, los soldados de la guardia nacional, que ocupaban la galería por donde el rey pasaba a oír misa, gritaron: «Nada de rey, ¡abajo el veto!» El rey, acostumbrado a los ultrajes, oyó aquellos gritos y vió aquellos gestos sin conmoverse; pero, apenas la familia real se había arrodillado en la tribuna, los músicos de capilla atronaron la bóveda con las notas revolucionarias de la *Marsellesa* y el *Ça ira*. Hasta los cantores, escogiendo entre los salmos las estrofas amenazadoras que la ira de Dios dirige al orgullo de los reyes, las cantaron con afectación repetidamente, como si la amenaza y el terror hubieran salido del mismo santuario en que la familia condenada buscaba consuelo. El rey sintió estos ultrajes más que los otros miembros de la familia, «pareciéndole, dijo al salir, que hasta Dios se volvía contra él». Las princesas se cubrieron los ojos con los devocionarios para ocultar las lágrimas.

La reina y sus hijos ya no podían respirar el aire exterior, pues siempre que se abrían los balcones, oíase gritar en el terraplén de los fuldenses: *La vida de María Antonieta*. Los vendedores de papeles públicos mostraban estampas que representaban a la reina como Mesalina, y al rey como Vitelio, y las carcajadas del populacho respondían a los apóstrofes obscenos que aquellos hombres dirigían con el gesto a las ventanas de palacio, del que ni aun el interior de las habitaciones estaba al abrigo del insulto y del peligro.

Una noche el ayuda de cámara, que velaba en un corredor a la puerta del aposento de la reina, vióse obligado a luchar con un asesino que, en medio de la obscuridad, trataba de introducirse en él. María Antonieta se levantó al oír el ruido, exclamando:

—¡Qué situación! ¡ultrajes de día, y asesinatos de noche!

X

Esperábase por momentos que las gentes de los arrabales asaltarán nuevamente el palacio. Una noche en que se temía una irrupción, el rey y Madama Isabel,

despiertos y levantados, habían prohibido despertar a la reina.

—Dejadla descansar algunas horas — dijo el rey al señor Campan — ; bastantes penas tiene, no se las anticipemos.

La reina, al despertar, quejose amargamente de que la hubieran dejado dormir mientras la alarma cundía en palacio.

—Mi hermana Isabel estaba cerca del rey y yo dormía — exclamó — ; pero soy su esposa y no quiero que corra ningún peligro sin que yo participe de él.

Durante estos días de desorden fué cuando el rey recogió y ocultó los papeles, encontrados después en el armario de hierro. Se sabe que Luis XVI descansaba de los trabajos del trono haciendo trabajos manuales, y que era excelente cerrajero. Para perfeccionarse en este arte, había admitido hacía diez años en su familiaridad a un obrero llamado Gamain, a cuyo lado pasaba muchas horas, y a quien comunicaba muchos de sus pensamientos. Luis XVI, creía en la fidelidad de este compañero de trabajo, le confió el encargo de practicar en el hueco de un muro, en un pasillo obscuro que conducía a su aposento, una abertura cubierta con una puerta de hierro, y oculta artificiosamente por planchas de madera, y allí ocultó el rey los papeles políticos importantes y las correspondencias secretas que había tenido con Mirabeau, Barnave y los girondinos; pero Gamain fué un traidor, y denunció, más que al rey, al compañero y amigo.

XI

Luis XVI, el día de la federación, fué con la reina y sus hijos al Campo de Marte, escoltado por tropas indecisas. Un gentío inmenso rodeaba el altar de la patria, y los gritos de viva Pethión insultaron al rey a su paso. La reina temblaba por la vida del esposo, que marchó a la izquierda del presidente de la Asamblea hacia el altar por medio de la multitud. La reina, inquieta, lo seguía con la vista, creyendo a cada momento verlo inmolar por los miles de bayonetas y de picas bajo las que tenía que pasar, siendo aquellos minutos para ella siglos de angustia. Junto al altar de la patria

prodújose un movimiento de confusión, a causa del flujo y reflujo de la gente, durante el cual el rey desapareció, y la reina, creyéndole herido, exhaló un grito de horror; pero el rey volvió a aparecer y prestó el juramento cívico. Los diputados que lo rodeaban invitaronle a poner fuego con su propia mano a un trofeo expiatorio, que reunía todos los símbolos de la feudalidad, para reducirlos a cenizas, y Luis XVI, viendo en aquella invitación un ultraje a su dignidad, se negó, diciendo que el feudalismo estaba abolido en Francia por la Constitución mejor que por el fuego. Los diputados Gensonné, Juan Debry, Garreau y Antonelle encendieron entonces la hoguera en medio de los aplausos del pueblo, y el rey fué a reunirse con la reina, para regresar a palacio. Desvanecidos los peligros de aquel día, éstos le presagiaron otros más terribles, evidenciándole que sólo había vencido uno.

XII

Al día siguiente, Duval de Epremesnil, uno de los grandes agitadores del año 1789, y primer provocador de los Estados generales, que se había hecho odioso porque sólo había querido la Revolución para el beneficio de los parlamentos, y que apenas éstos fueron atacados, se pasó al partido de la corte, fué encontrado en el terraplén de los fuldenses por los grupos del pueblo que le insultaron y designaron al furor de los marseleses. Herido con muchos sablazos, pisoteado por los asesinos, arrastrado, todo lleno de sangre, por los cabellos, hasta el arroyo de la calle de San Honorato, junto a un sumidero, donde iban a arrojarlo, algunos guardias nacionales lo arrancaron moribundo de las manos de los asesinos y lo llevaron al cuerpo de guardia del Palacio Real, que sitió la multitud, sedienta de sangre. Advertido Pethión, corrió allá, abrióse paso, entró, contempló a de Epremesnil durante largo rato, en silencio y con los brazos cruzados sobre el pecho, y se desvaneció de horror ante aquel siniestro cambio de opinión.

Quando el alcalde de París recobró los sentidos, el infortunado de Epremesnil se levantó, no sin gran trabajo, del lecho

de campaña en que estaba tendido y dijo a Pethión :

—Yo también he sido el ídolo del pueblo y ya veis lo que ha hecho conmigo. ¡Ojalá os reserve diferente suerte!

Pethión no respondió ; pero sus ojos se llenaron de lágrimas, y desde aquel día no pensó más que en la inconstancia y en la ingratitud del pueblo.

Otros asesinatos repentinos revelaban el sordo delirio popular, cuyos accesos no tardaron en estallar con actos más trágicos y generales. Un sacerdote que había prestado el juramento constitucional y retractándose después, fué colgado de un farol en la plaza de Luis XV. Un guardia de corps, que atravesaba el jardín de las Tullerías y que contemplaba, enternecido, el palacio de sus antiguos señores convertido en prisión, delatado por sus lágrimas, fué apresado por una multitud de mujeres y de niños de 15 a 16 años, arrastrado por la arena y ahogado bárbaramente en el estanque del jardín debajo de las ventanas del rey.

La guardia nacional reprimía débilmente estos atentados, pues conocía que su fuerza moral se iba desvaneciendo con la llegada de los marseleses. Colocada entre los excesos del pueblo y las traiciones imputadas a la corte, temía que se creyera que, castigando a los unos, protegía a los otros, por lo que su posición resultaba tan falsa como la del rey, colocado entre la nación y los extranjeros. La corte conocía su aislamiento y reclutaba secretamente defensores para cuando llegara la crisis que veía aproximarse sin demasiado terror. Los suizos, tropa mercenaria, pero fiel ; la guardia constitucional recientemente licenciada, pero cuyos oficiales y sargentos, pagados en secreto, se detenían en París para reunirse cuando conviniera : quinientos o seiscientos nobles, llamados de las provincias, porque era conocida su adhesión caballerosa a la monarquía, diseminados en las diferentes posadas del barrio de las Tullerías, provistos de armas ocultas bajo sus vestidos y teniendo todos un santo y una tarjeta que les abría el palacio en los días de motines ; compañías de hombres del pueblo y antiguos militares pagados por la lista civil y mandados por Augremont, en número de qui-

nientos o seiscientos, además de los innumerables criados de palacio ; los batallones de la guardia nacional de los barrios adictos al rey, como los de Buttes-Moulins y de las Hijas de Santo Tomás ; un cuerpo de gendarmería montado, compuesto de soldados escogidos en los regimientos de caballería ; y, por último, diez o doce mil hombres de tropas de línea de la guarnición de París, congregados todos alrededor de las Tullerías, ofrecían a la corte apoyo sólido y la perspectiva de la victoria en un combate, de que el rey podía sacar partido para recuperar su autoridad. Estas fuerzas eran efectivas y más que suficientes si hubieran sido bien dirigidas contra las fuerzas numerosas, pero desordenadas, de los arrabales. El rey confiaba en ellas y el palacio se consideraba tan seguro, que en los conciliábulos de las Tullerías, lejos de temerse la nueva insurrección, la deseaban. La seguridad de anonadar a los promotores de los sucesos del 20 de junio animaba a todos. El trono había llegado al punto de decadencia, de donde ya no es posible salir, más que por medio de una victoria ; por eso esperaba la batalla, apercibiéndose para ella.

XIII

Los girondinos y los jacobinos, consternados con la reacción de la opinión que produjo en París y en las provincias el haber errado el golpe el 20 de junio, disponíanse a dar el último asalto. Aunque nada tenían pensado respecto a la clase de gobierno que darían a Francia después del triunfo del pueblo, necesitaban este triunfo y conspiraban juntos para destronar al enemigo común. La llegada de los marseleses a París debía de ser para aquellos dos partidos la señal y el medio de acción. Aquellos hombres enérgicos, feroces, enardecidos con la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del verano y exaltados durante el trayecto con el fuego de las opiniones que devoraba las ciudades y aldeas, lo traían a París. Más aguerridos en las empresas desesperadas que el pueblo ardiente, pero perezoso, de la capital, los marseleses debían ser el foco de la gran insurrección. Era una banda de

mil quinientos hombres, acceso continuo del furor demagógico que reflúa de los extremos de la nación para vigorizar el centro, acercábanse conducidos por jefes subalternos, porque sus dos verdaderos jefes, los jóvenes Barbaroux y Rebecqui, se habían adelantado.

Barbaroux es ya conocido. En cuanto a su compatriota y amigo, había sido uno de los primeros agitadores de su país en el año 1789, en la época en que la elección de Mirabeau para la Asamblea constituyente alborotaba a Aix y a Marsella. Procesado por la parte que tomó en aquellos desórdenes, había sido defendido en la Asamblea por su elocuente cómplice; y, llegando a ser uno de los jefes de los jacobinos de Marsella, púsose al frente de los batallones de la guardia nacional de aquella ciudad que habían marchado sobre Arlés y arrancado a la venganza de las leyes los asesinos de Aviñón. Enviado por este hecho al tribunal de Orleáns, fué comprendido en la amnistía que los girondinos consiguieron para los crímenes del Mediodía; pero, resuelto a impulsar la Revolución hasta el fin, aunque fuera a riesgo de traspasarle, Rebecqui, unido al principio a los girondinos, volvió a Marsella donde reclutó, de acuerdo con Barbaroux, esta columna móvil de marseleses, de que necesitaban los conspiradores de París para electrizar a Francia y llevar a cabo sus designios. La llamada de esta fuerza popular a París efectuáronla, por indicaciones de la señora Roland, estos dos jóvenes seides. Mientras los oradores y los tribunos de la Asamblea peroraban en vano en el club de los jacobinos, en el de los franciscanos y en el Picadero, agitando las masas sin darles dirección fija, una mujer y dos jóvenes tomaban sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos preparando el derrocamiento de la monarquía. Barbaroux y Rebecqui encontraron a Roland en los Campos Elíseos pocos días antes de la llegada de los marseleses, y el anciano y los jóvenes se abrazaron con el sentimiento de solemne tristeza que precede a la realización de los grandes proyectos. Después de haber hablado en voz baja acerca de las desgracias de la patria y de los planes que les ocupaban, convinieron, para evi-

tar ser vistos por los espías de la corte, en celebrar al otro día en casa de la señora Roland la última conferencia. Los dos marseleses fueron por la noche a la pequeña habitación de la calle de Santiago, donde vivía desde su caída el ministro desgraciado. La señora Roland, alma de su marido e inspiración de sus amigos, presenció la conferencia elevándola a la altura y a la resolución de sus pensamientos.

—La libertad está perdida si dejamos tiempo a la corte — dijo Roland —, pues Lafayette ha venido a revelar a París con su presencia dictatorial el secreto de las traiciones que proyecta realizar en el ejército del Norte. El del centro no tiene comité, ni decisión, ni general, y dentro de seis semanas estarán los austriacos en París.

Se consultaron los mapas, estudiando las posiciones, los cursos de los ríos, las montañas escarpadas y los desfiladeros que podían presentar mayores obstáculos a la invasión del extranjero; se habló de los campamentos de reserva destinados a ocupar sucesivamente las líneas secundarias, cuando fueran forzadas las principales; y, por último, se resolvió apresurar la llegada de los batallones de Marsella para ejecutar el decreto del campamento que había de establecerse cerca de París, y prevenir, por medio de una insurrección decisiva, el efecto de las maquinaciones de la corte. Convinieron en que Pethión, necesario, por el ascendiente de su nombre, para el movimiento proyectado y necesario en la alcaldía para paralizar toda resistencia del ayuntamiento y de la guardia nacional, formara parte del complot guardando una aparente neutralidad legal, muy útil a los proyectos de los agitadores. Barbaroux, al comer algunos días después en casa del alcalde de París, le dijo en voz alta que no tardaría en estar prisionero en su casa; Pethión lo comprendió y se sonrió, y la esposa de éste fingió alarmarse.

—Tranquilizaos, señora — repuso Barbaroux —; si encadenamos a Pethión, será cerca de vos y con cintas tricolores.

Carra advirtió igualmente a Pethión que se le haría cumplir sus deberes oficiales de alcalde de París, dándole una guardia de seguridad, que fingiría impe-

dirle obrar en el momento de la insurrección. De tal modo aceptó Pethión su papel en aquella farsa de legalidad, que se quejó, después del suceso, de que los conjurados se olvidaran de arrestarlo, viéndose obligado a avisar a los revoltosos para que apresuraran el envío de los que debían fingir arrestarlo. La señora Roland fué el alma, Pethión el medio, y Barbaroux, Dantón y Santerre los agitadores del movimiento. Los conspiradores buscaron durante algunos días un general capaz de imprimir dirección militar a aquellas fuerzas indisciplinadas y de crear un ejército del pueblo para oponerlo al ejército de la corte, fijándose en Montesquieu, general del ejército de los Alpes, que se encontraba a la sazón en París, adonde había venido en busca de refuerzos. Montesquieu, ambicioso de gloria, de dignidades y de fortuna, unido por su nacimiento al partido de la corte, y, por sus principios y por la perspectiva que la Revolución abría a su fortuna, al partido del pueblo, parecía a Dantón uno de los hombres que pueden dejarse tentar igualmente por un gran servicio que pueda prestarse hacer al trono. Roland y sus amigos, que no creían en sus opiniones, pero sí en su ambición, celebraron una conferencia con él en casa de Barbaroux, descubriéndole parte de sus planes. Montesquieu los escuchó sin admiración y sin repugnancia; pero no se decidió. Los conjurados creyeron entonces que la corte se les había adelantado y que el general, dudando del resultado de aquella postrera lucha entre el pueblo y el monarca, quería permanecer indeciso como el azar, y libre como el acontecimiento. Se separaron sin romper con él, decidiendo no dar al pueblo otra táctica que su furor, ni otro general que la fortuna.

XIV

Al día siguiente, 29 de julio, los marseleses llegaron a Charentón. Barbaroux, Bourdón de l'Oise, Merlin y Santerre fueron a recibirlos acompañados de algunos hombres de acción de los jacobinos y de los arrabales. Los jefes de los marseleses y los conspiradores de París reuniéronse en banquete fraternal, y sus

corazones se comprendieron, las voces se mezclaron y se estrecharon las manos; los jefes acababan de encontrar el ejército que necesitaban, y éste a sus jefes, y, por consiguiente, la acción no podía tardar. Después del banquete, durante el cual el entusiasmo que devoraba las almas se desfogó con la música de Rouget de Lisle, los conjurados despacharon por algunas horas a los marseleses, que se alojaban en las casas de los principales patriotas de Charentón, y, protegidos por la noche, fueron a una casa aislada del pueblo, rodeada de jardines y que desde hacía muchos meses servía de asilo misterioso a sus conciliábulos. Santerre, Dantón, Fabre d'Eglantine, París, Huguenín, Gonchón, Marat, Alexandre, Camilo Desmoullins, Varlet, Lenfant, Barbaroux y algunos otros encontrábase en aquella casa, donde a todos los sucesos de la Revolución se señalaba la hora y se daba el santo. Deliberaciones secretas, pero muchas veces tumultuosas, precedían a aquellas resoluciones. Callejuelas desiertas y grandes campos cultivados por los hortelanos de los arrabales separaban la casa de los conjurados de las demás habitadas, para que no se advirtiese la concurrencia de los conspiradores y para que las voces se perdieran en el espacio. Las puertas y las ventanas, siempre cerradas, daban a aquella mansión aspecto de una casa de campo deshabitada, y el portero sólo abría, por la noche, después de oír las señales convenidas. Era más de media noche cuando los agitadores fueron allá por diferentes senderos, con la cabeza caliente aún por los himnos patrióticos y los vapores del vino. Por una de aquellas extrañas coincidencias, que parecen asociar algunas veces las grandes crisis de la naturaleza a las grandes crisis de las naciones, un gran nublado descargaba entonces sobre París. Un calor pesado y pegajoso había ahogado durante el día la respiración; espesas nubes, jaspeadas de colores siniestros, habían, a la caída de la tarde, ocultado el sol como en un océano suspendido. A las diez desprendióse la electricidad en millares de relámpagos, semejantes a luminosas palpitations del cielo. Los vientos, encadenados tras de aquel telón de nubes, se desprendieron

de ellas, asemejándose al ruido de las olas, inclinando las mieses, rompiendo las ramas de los árboles y destruyendo los tejados. La lluvia y el granizo resonaban en el suelo, como si la tierra fuese apedreada desde las nubes. Las casas se cerraron, las calles y los caminos quedaron desiertos instantáneamente. El trueno, que no cesó de retumbar y el rayo de surcar el espacio durante ocho horas consecutivas, mató gran número de personas de las que suelen ir a París con provisiones para el día siguiente; algunos centinelas fueron encontrados heridos por el rayo entre las cenizas de sus garitas; las verjas de hierro, torcidas por el viento o por el fuego del cielo, fueron arrancadas de los muros en que estaban enclavadas y arrastradas a distancias increíbles. Las dos cúpulas naturales que se elevan sobre el horizonte de la campiña de París, Montmartre y el Monte Valeriano, atrajeron en mayor cantidad el flúido amontonado en las nubes que las circundaban. El rayo, que se dirige preferentemente a los monumentos aislados y coronados de hierro, destruyó también las cruces que se elevaban en la campiña en las encrucijadas de los caminos, desde el llano de Issy y los bosques de San Germán y de Versalles hasta la cruz del puente de Charentón, apareciendo el suelo, al día siguiente, sembrado de mástiles y brazos de cruces, como si un ejército invisible hubiera derribado al pasar aquellos signos repudiados del culto cristiano.

XV

En medio del fragor de aquella horrible tormenta, acordaron los conjurados de Charentón derribar el trono. Dantón, Huguénin, Alexandre, Gonchón y Camilo Desmoullins, que tenían más relaciones con los barrios de París, respondieron de las disposiciones revolucionarias del pueblo.

Santerre ofreció presentar al día siguiente cuarenta mil hombres de los arrabales a los marseleses, para que fraternizaran con ellos, conviniéndose en que éstos se colocarían en el centro de la formidable columna, y en que se la haría desfilar desde los arrabales por los

muelles. Por orden del cómplice Pethión, un tren de artillería, débilmente guardado, debía situarse en el camino de los marseleses, de modo que éstos pudieran apoderarse de él. Mil insurreccionados debían destacarse de la columna principal, cuando ésta marchase hacia el Louvre, rodear el palacio municipal, detener a Pethión y proteger la llegada de los nuevos comisionados de las secciones que irían a destituir al ayuntamiento, poseer a la insurrección. Cuatrocientos hombres irían a prender al directorio del departamento. El Arsenal, el Mercado del Trigo, los Inválidos, las casas de los ministros y los puentes del Sena se ocuparían con numerosas guardias. El ejército del pueblo, dividido en tres cuerpos, avanzaría hacia las Tullerías; acamparía en el Carrousel y en el jardín con cañones, víveres y tiendas de campaña; se fortificaría allí construyendo fosos, barricadas y reductos, e interceptaría todas las comunicaciones entre el palacio y los defensores de fuera si se presentaban algunos. La débil guardia suiza de las Tullerías no trataría de luchar contra un innumerable ejército provisto de artillería; no se atacarían a los otros regimientos suizos en los cuarteles, limitándose a sitiarnos y a ordenarles que esperasen inmóviles la determinación de la voluntad nacional; no se penetraría a viva fuerza en palacio, pero se bloquearía a la majestad en su último asilo; y, a imitación del pueblo romano cuando se retiraba al Monte Aventino, se enviaría un plebeyo a la Asamblea para manifestarle que el pueblo, acampado en las inmediaciones de las Tullerías, no depondría las armas hasta después que la representación nacional hubiera conjurado los peligros de la patria y asegurado la libertad. No quedaría impune ningún desorden, ninguna violencia ni pillaje, ni se derramaría sangre alguna, efectuándose el destronamiento con imponentes demostraciones de fuerza que, desanimando toda resistencia, quitan pretexto y ocasión a todo exceso. Sería un acto de la voluntad del pueblo, grande, puro, e irresistible como él.

Tal era el proyecto de los girondinos, escrito con lápiz por Barbaroux, copiado

por Fournier *el Americano*, uno de los jefes de los marseleses, y adoptado por Dantón y Santerre.

XVI

Los conjurados juraron llevarlo a cabo el día siguiente; y para garantizarse mutuamente contra la revelación de un traidor, si lo hubiera entre ellos, convinieron en vigilarse unos a otros. Cada jefe marselés llevó consigo a uno de los jefes de París, y cada agitador parisiense se unió a un oficial marselés: Herón con Rebecqui, Barbaroux con Bourdón, y así los demás, a fin de que la traición, por cualquier lado que viniera, encontrase inmediatamente su vengador en el cómplice que había escogido. En cuanto a la decisión de la Asamblea nacional, abstuvieron de prejuzgarla, por temor a que surgieran divisiones cuando tan necesaria era la unión. El objeto de los partidos debe ser vago e indeciso como las pasiones y como las quimeras de cada uno de los que los componen; todo lo que se precisa, se disminuye, pues en no definir nada y esperarulo todo estriba el prestigio de las revoluciones.

El grito general de los patriotas era la destitución del rey, que se solicitaba ya abiertamente en los clubs, en las secciones, en las peticiones y en la Asamblea. El pueblo, acampado alrededor del palacio que se le indicaba como foco de la traición, la pediría inevitablemente a sus representantes; pero, caído el rey del trono, ¿haría que se levantara otro nuevo? En este caso, ¿a quién se llamaría para que lo ocupase? ¿Sería a un niño bajo la tutela del pueblo? ¿Sería al duque de Orleans? Este tenía familiares, pero pocos partidarios. Si su presunta complicidad contra la corte tentaba a algunos hombres sin honor y endeudados, la mala reputación de su nombre repugnaba a los amigos íntegros de la libertad. Nacimiento, fortuna, conformidad de intereses, popularidad, igualdad de opiniones y adhesión a la causa popular, el duque de Orleans poseía méritos bastantes para ser coronado por el pueblo y para triunfar con él; pero le faltaba uno, que era la consideración pública. Podía servir y salvar a Francia,

pero no podía ilustrar la Revolución; ésta era su falta. Robespierre y los jacobinos rehusaban aceptar su nombre; los girondinos lo despreciaban por la gente que lo rodeaba, y lo eliminaron, por común acuerdo, del programa que proponían.

Roland, Vergniaud, Gensonné, Guadet y Barbaroux, aunque indecisos y dudosos ante la república, la preferían con todas las probabilidades de anarquía a la dominación de un príncipe que haría suceder sobre el trono la duda a la debilidad, y que daría a la Constitución joven y sana, todas las miserias de la caducidad. Cambio de dinastía, regencia, dictadura o república, todo permaneció en completa reticencia entre los agitadores; todo se dejó hasta ver lo que resultaba, limitándose a preparar el acontecimiento, sin preguntarle de antemano su secreto: éste fué el procedimiento constante de los girondinos; impulsar siempre sin saber adonde. Este sistema de imprevisión hizo de aquellos hombres los instrumentos de la Revolución, sin permitirles jamás dominarla: estaban destinados por su carácter a darle el impulso, y nunca dirección; por eso, ella los llevó consigo a otro lugar más lejos de aquel a que ellos pretendían ir.

XVII

Este plan abortó por no haber podido adoptar, en lo que quedaba de noche, las disposiciones necesarias para reunir los insurreccionados. Barbaroux acusó de este retardo a Santerre, que deseaba más la agitación de su arrabal que derribar el gobierno; pero ni Pethión estaba pronto, pues siendo centro de todos los movimientos legales o insurreccionales de la guardia nacional, confidente tanto de los que defendían la Constitución, como de los que la atacaban, hablaba a cada cual lenguaje diferente y daba órdenes contradictorias. De aquí resultó tal confusión de disposiciones, de consejos y de medidas, que, dejando a todos en la incertidumbre respecto a las verdaderas intenciones del alcalde de París, quedó todo en suspenso... y ni París ni los arrabales se movieron. Los marseleses se pusieron en marcha, sin más acompañamien-

to que el de los jefes con quienes habían fraternizado la víspera. Doscientos hombres de la guardia nacional y unos cincuenta federados sin uniforme, armados con picas y cuchillos, fueron los únicos que presenciaron su entrada en París; lo peor de los arrabales y del Palacio Real, muchachos, mujeres y ociosos, formaban las filas en la plaza de la Bastilla y en las calles que atravesaron al dirigirse al ayuntamiento. Pethión arengó a las columnas, a las que se les asignó cuartel en la Chaussée d'Antin, adonde se encaminaron.

Santerre y algunos guardias nacionales del arrabal de San Antonio habíanles preparado un banquete en una fonda de los Campos Elíseos; pero no lejos de allí, reuniéronse en otra fonda, premeditada o casualmente, cierto número de oficiales de la guardia nacional de los batallones adictos al rey, algunos guardias de corps licenciados y jóvenes escritores realistas. Este encuentro no podía menos de producir un choque, y se cree que los realistas lo deseaban para conmover a París contra aquella horda extranjera, y para pedir que los marseleses fueran enviados al campamento de Soissons. Durante la comida afectaron dar el grito de *viva el rey!*, provocando a los enemigos del trono, que respondieron con el de *viva la nación!* Los grupos del pueblo que presenciaban desde lejos los banquetes, arrojaron bolas de barro a los granaderos realistas y éstos desenvainaron los sables; el pueblo llamó a los marseleses en su socorro, y los fosos y las empalizadas que separaban ambos jardines desaparecieron inmediatamente; se cruzaron los sables, y las empalizadas arrancadas sirvieron de armas a los contendientes; corrió la sangre, resultando heridos muchos guardias nacionales. Uno de ellos, el agente de cambio Duhamel, disparó dos pistoletazos a los agresores y cayó muerto bajo la bayoneta de un marseles. El comandante general de las tropas que estaban de guardia en palacio, mandó tocar generala y preparar la artillería en el jardín, como si temiera una invasión. El batallón de las Hijas de Santo Tomás tomó espontáneamente las armas para volar al socorro de los granaderos; algunos otros batallones, imitán-

dolos, se apostaron en los baluartes y quisieron ir, para vengarse, al cuartel de los marseleses. Pethión acudió a este cuartel, puso en libertad a algunos prisioneros, contuvo a la guardia nacional y restableció el orden.

Durante este tumulto, los realistas fugitivos se refugiaron en el jardín de las Tullerías, siendo transportados los heridos al cuerpo de guardia nacional de palacio. El rey, la reina, las camaristas y los nobles, que al tener noticia del peligro se habían congregado allí, bajaron al cuerpo de guardia; curaron con sus propias manos las heridas de sus defensores y manifestaron interés por la guardia nacional y odio contra los marseleses. Regnault de Saint-Jean-d'Angely fué uno de los heridos, y aquella misma noche la opinión pública de la clase media estaba ya pronunciada contra los marseleses. En la sesión de la Asamblea del día siguiente numerosos diputados pidieron que se alejasen, siendo los peticionarios silbados por las tribunas; Merlín pidió la orden del día; Montaut acusó a los caballeros del puñal; Gastón manifestó que aquello era una provocación de la corte para principiar la guerra civil; Grangeneuve denunció los proyectos de venganza meditados por la guardia nacional; y los demás diputados girondinos eludieron desdeñosamente la petición de alejar a los marseleses, sonriéndose al ver aquellos preludios de violencias.

La corte, intimidada, trató de ganar a los jefes de aquella tropa por medio de la corrupción, como creía haber ganado a Dantón; pero, si a la intriga se la corrompe fácilmente, no se corrompe el fanatismo. Había hombres sangrientos entre los marseleses, pero no había traidores, y hubo que renunciar a este plan de seducción.

Marat, por su parte, dirigió a Barba-roux un escrito incendiario, encargándole que lo imprimiese y distribuyese entre sus soldados. En aquel manifiesto aconsejaba Marat que se degollase al cuerpo legislativo, y que se respetara al rey y a la familia real. Sus relaciones ocultas con los agentes secretos de la corte hacían sospechosos estos consejos, que procedían de una pluma que sólo destilaba sangre. Como Marat entonces no creía

aún en la victoria del pueblo ni en la crisis que se preparaba, temía por sí mismo y pidió el 9 de agosto una cita secreta a Barbaroux para suplicarle que le substrajera a los golpes de sus enemigos, llevándolo con él a Marsella, disfrazado de carbonero.

XVIII

Otro paso se dió también, en nombre de Robespierre, sin él saberlo, para atraer a los marseleses a su causa. Dos de los confidentes de aquél, Panís y Frerón, sus colegas en el ayuntamiento, hicieron llamar a Rebecqui y Barbaroux al palacio municipal, so pretexto de dar a los batallones marseleses un cuartel más próximo al centro de los movimientos de la Revolución, en el club de los franciscanos. Esta oferta fué aceptada; y Panís, Frerón y Sergent envolvieron su pensamiento en misterios. «El pueblo necesita un jefe, Brissot aspira a la dictadura, Pethión la posee sin ejercerla, y es hombre demasiado pequeño, porque, aunque ama la Revolución, aspira a lo imposible; ¡revoluciones legales! Si no se le violentara, nunca se conseguiría nada provechoso.»

Barbaroux, al día siguiente, dejóse llevar a casa de Robespierre, quedando admirado al entrar en la habitación del severo y frío filósofo. La personalidad de Robespierre, semejante a un culto que él se tributara a sí mismo, advertíase hasta en los más sencillos adornos de su modesto gabinete. Por todas partes veíase su imagen reproducida por el lápiz, por el cincel o por el buril. Robespierre no pasó de las reflexiones generales respecto a la marcha de la Revolución; respecto a la celeridad que los jacobinos y él habían impreso a sus movimientos; respecto a lo inminente de una próxima crisis y respecto a la urgencia de dar centro, alma y jefe a aquella crisis, revistiendo a un hombre con omnipotencia popular.

—Nosotros rechazamos a un dictador tanto como a un rey — respondió Rebecqui bruscamente, y se separaron.

Panís acompañó a los jóvenes marseleses y dijo a Rebecqui, apretándole la mano:

—Respondisteis mal, pues sólo se tra-

taba de una autoridad momentánea e insurreccional para dirigir y salvar al pueblo, y de ningún modo de una dictadura: Robespierre es, sin duda, el hombre del pueblo que se necesita.

Exceptuando esta conversación, provocada por los amigos de Robespierre, sin él saberlo y aceptada por los jefes marseleses, no hay indicio alguno de que ambicionara prematuramente la dictadura ni siquiera la menor participación directa en el movimiento del 10 de agosto. La república era para él una perspectiva halagüeña en una lontananza casi ideal, pues la regencia le presagiaba un reinado de debilidad y de turbulencias civiles, y el duque de Orleans le repugnaba. La Constitución de 1791, legalmente ejecutada, le hubiera bastado sin las traiciones que él atribuía a la corte. La dictadura que ambicionaba era la de la opinión pública, la soberanía de su palabra; no aspiraba a más, y cualquiera movimiento convulsivo podía serle perjudicial.

LIBRO XX

Fermentación.—Los marseleses y el ayuntamiento de París piden la deposición del rey.—La corte se prepara a la resistencia.—Deséchase la proposición de procesar a Lafayette.—Los diputados constitucionales son insultados.—Preparativos de los insurrectos.—La noche del 9 al 10 de agosto.—Escenas íntimas entre los conjurados.—Angustias de la reina y de madama Isabel.—Descripción de las Tullerías.—Enumeración de las tropas.—Espíritu que las anima.—Posibilidad de rechazar a los insurrectos.

I

La fermentación aumentaba por momentos; por doquier oíase el vago murmullo que presagia las catástrofes de los imperios como las de la naturaleza. Lafayette, decían, va a marchar sobre París; el viejo Luckner había confiado este proyecto a Guadet en un banquete celebrado en el palacio del obispo de París; y Luckner, advertido del peligro de aquella confesión, la retractaba ya. Los federados reunidos en París se negaban a salir, pretextando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas, a cuyas órdenes se les enviaba a la muerte. Dumouriez había recibido la orden de levantar su campamento, franqueando así

la entrada de la capital a los austriacos, pero esta orden la había desobedecido; en palacio hacíanse secretamente preparativos de ataque y de defensa; las habitaciones interiores del rey estaban atestadas de nobles y de emigrados que habían regresado a la patria nuevamente, y el estado mayor de la guardia nacional conspiraba con la corte. El palacio de las Tullerías era una fortaleza dispuesta a vomitar metralla y a incendiar a París; el Carrousel y el jardín eran su campamento; hasta el suelo del jardín de las Tullerías lo consideraba el pueblo tierra maldita, pues estaba prohibido penetrar en su recinto. Entre el terraplén de los fuldenses y aquel jardín no había más barrera que una cinta tricolor extendida, con esta inscripción amenazadora. «Tirano, nuestra cólera está suspendida de una cinta y tu corona de un hilo.»

Las secciones de París, aquellos clubs legales, aquellos fragmentos incoherentes de los ayuntamientos, centros perpetuos de deliberaciones anárquicas, trataron de unirse para hacerse más imponentes y más terribles a la Asamblea y a la corte. Pethión organizó en el ayuntamiento una oficina de correspondencia general entre las secciones, y en ella se redactó en su nombre una proclama dirigida al ejército, que no era otra cosa que una provocación al degüello de los generales. En ella se decía a las tropas: «No es contra los austriacos, adonde desea Lafayette conducirnos, sino contra nosotros. Con la sangre de los mejores ciudadanos quisiera él regar el pavimento del palacio del rey, para complacer a la corte insaciable y corrompida; pero nosotros lo vigilaremos, y somos fuertes. En el momento en que los traidores pretendan entregar nuestras ciudades al enemigo, los traidores habrán desaparecido y nosotros quedaremos sepultados bajo los escombros de nuestras ciudades.»

Discursos análogos a esta proclama, pronunciados en las secciones, soliviantaban al pueblo; la prensa difundió por todo el reino uno de estos discursos pronunciado en la sección del Luxemburgo, y cuya concisión lo hacía más enérgico aún.

«¡Franceses! habéis hecho una revolu-

ción; ¿contra quién? — Contra el rey, contra la corte, contra los nobles y contra sus partidarios. — ¿A quién habéis confiado la suerte de esta revolución después de haberla hecho? — Al rey, a la corte, a los nobles y a sus partidarios. — ¿A quién hacéis la guerra fuera? — A los reyes, a las cortes, a los nobles y a sus partidarios. — ¿A quién pusisteis al frente de vuestros ejércitos? — Al rey, a la corte, a los nobles y a sus partidarios. Pues bien, sacad las consecuencias; o el rey, los nobles y los intrigantes que dirigen vuestros asuntos y vuestros ejércitos son todos Brutos que sacrifican sus padres, sus hermanos y sus hijos a la salvación de la patria, u os hacen traición.» La conclusión de este discurso, fácil de deducir, era que no se debe confiar una revolución a aquellos contra quienes ha sido hecha; es decir, que todas las semirrevoluciones son quimeras, y que sólo la república puede combatir sinceramente a la monarquía.

«Levantaos, ciudadanos, decía la sección Mauconseil: un tirano despreciable se burla de nosotros. ¡Que caiga! Puesto que la única fuerza de los reyes es el prestigio, deshágase el prestigio, declarando que en lo sucesivo no reconocemos ya a Luis XVI por rey de los franceses.»

Dantón, en la sección del Teatro Francés, escarneció aquella distinción aristócrata entre los ciudadanos activos y los pasivos, aconsejando a todos, propietarios y proletarios, que empuñasen las armas para salvar la patria común.

II

Dantón, más lógico que Lafayette, no ponía el límite de la riqueza en lugar del límite del nacimiento entre los ciudadanos, pues para él no había límites. Este llamamiento al derecho y al número debía de embotar las bayonetas de la guardia nacional con las innumerables picas de los federados. Activáronse los alistamientos voluntarios para ir a pelear en las fronteras, haciéndose solemnemente en la plaza del Ayuntamiento; estos alistamientos eran antiguos en cuanto a la forma. En cuatro tribunas levantadas en los cuatro ángulos de la plaza, los comisarios recibían las filiaciones en medio

de los acordes de la música y de las aclamaciones de la multitud. Ardientes alocuciones inflamaban el corazón de los voluntarios.

«Ciudadanos, vamos a marchar, dijeron los oradores de la sección del Hospital de los Trescientos, estáis cerca del timón, vigilad al piloto; pero más valdría arrojarlo al mar que poner en peligro la tripulación. El siglo XIX se acerca: ¡ojalá que en el año de 1800 todos los hombres, ilustrados y libres, puedan dirigir a Dios un himno de gratitud y de libertad! Preguntad nuevamente a Luis XVI si quiere tomar parte en aquella fiesta universal, pues en caso afirmativo le reservaremos el primer puesto en el banquete; pero, si se niega, ¡adiós! Nuestras mochilas están preparadas, y nuestra dirección es el relámpago que precede al rayo.»

Estas convulsiones exteriores repercutían en el club de los jacobinos, en el de los franciscanos y hasta en la Asamblea, que pasaba todo el tiempo de la sesión viendo desfilar las diputaciones y escuchando sus arengas. Los marseleses, en número de quinientos, declararon que el nombre de Luis XVI sólo les recordaba la traición, y solicitaron que se procesara a los ministros y se depusiera al rey.

«El pueblo se ha levantado, exclamó el orador de los federados, y os pide una respuesta categórica: ¿podéis salvarnos o no?»

Isnard, en un discurso acalorado e incoherente, como las exclamaciones de la cólera, acusó al rey, lo ultrajó, lo escarneció y le amenazó de muerte. Pethión, razonando fríamente su odio, leyó en la barra, con la autoridad de su magistratura, la petición del ayuntamiento de París, que no era más que una acusación contra el rey. «No os describiremos, decía, la conducta de Luis XVI desde el principio de la Revolución, sus proyectos sanguinarios contra la ciudad, su predilección por los nobles y los clérigos y su aversión al pueblo: la Asamblea constituyente, ultrajada por los criados de la corte, invadida por hombres armados, errante en medio de una población real y sin más asilo que un Juego de Pelota. ¿Cuántas razones teníamos para arrojarlo del trono cuando la nación pudo hacerlo? Pero lo dejamos en

paz, y añadimos a esta generosidad cuanto puede elevar, fortificar y embellecer la monarquía. El ha vuelto contra la nación todos estos beneficios; se ha rodeado de nuestros enemigos; ha destituido a los ministros que nos inspiraban confianza; se ha ligado con los emigrados, que fraguan la guerra exterior contra nosotros; con los clérigos, que conspiran para encender la guerra civil, y ha contenido nuestros ejércitos cuando se disponían a invadir a Bélgica; forma el primer anillo de la cadena contrarrevolucionaria; transporta a Pílnitz en medio de París, y lucha contra la nación, separando sus intereses de los del pueblo. Separémonos nosotros de él, destituyéndolo.»

En la sesión de 5 de agosto, Guadet leyó las exposiciones de los departamentos, que concluían, como la de Pethión, pidiendo la destitución del rey. Vaublanc habló valerosamente contra aquellas exposiciones inconstitucionales y contra la opresión de los insultos y de las amenazas, que la tribuna y los peticionarios ejercían sobre la libertad de los representantes de la nación. Condorcet defendió los términos de la exposición del distrito de París respecto a la destitución de Luis XVI, e hizo, como Dantón, un llamamiento al pueblo contra los ricos. Los federados anunciaron que habían determinado sitiar el palacio de las Tullerías hasta que la Asamblea decretara la destitución.

III

Mientras tanto, la corte velaba, los ministros pasaban las noches en compañía del rey y de algunos empleados municipales con sus insignias a fin de estar dispuestos a dar carácter legal a la resistencia. Los rumores de la fuga del rey que circulaban entre el pueblo, fueron desmentidos por el ministro del Interior en un oficio que empezaba de este modo: «Se reparte con profusión en París una nota que dice: — Esta noche, a las dos, el rey, vestido de paisano, salió de palacio; se dirigió hacia el puente giratorio, siguiendo la gran calle de árboles de las Tullerías; la estatura del monarca no permite desconocerle, y el centinela

lo conoció en seguida; gritó a las armas, y el monarca regresó corriendo a palacio, y escribió al alcalde, que acudió inmediatamente. El rey le refirió el suceso a su manera, afirmando que sólo había tratado de dar un paseo. Se dice que el señor de La Rochefoucauld lo esperaba en palacio para conducirlo a lugar seguro.» El ministro concluía asegurando que el rey no había salido de las Tullerías durante la noche, y que los oficiales municipales podían certificar su presencia, pues éstos estaban allí con motivo del anuncio de una agresión nocturna en el momento mismo en que se decía que se había evadido.

El 6, la noticia del degüello de los cuatro administradores de Toulón consternó a la Asamblea, que discutió si debía procesarse a Lafayette. La comisión extraordinaria, que se nombró para resolver este asunto, concluyó afirmando que procedía la formación de causa. Vaublanc defendió al general, diciendo: «Si hubiese abrigado proyectos ambiciosos o criminales, habría desde luego pensado como Sila, César o Cromwell en fundamentar el poder en sus victorias. Cromwell marchó a la tiranía, apoyándose en la facción dominante; pero Lafayette la combate. Cromwell fundó un club de agitadores; pero Lafayette los aborrece y los persigue. Cromwell hizo perecer al rey; pero Lafayette defiende la majestad constitucional.» Brissot, tantas veces acusado en el club de los jacobinos como cómplice de Lafayette, quiso blasonar de popularidad con Robespierre y sus amigos, sacrificando a Lafayette a las sospechas. «Lo acuso, exclamó, yo que fui su amigo; lo acuso de haber dirigido nuestros ejércitos como si hubiera estado de acuerdo con la casa de Austria; ¡lo acuso de no haber vencido! ¡lo acuso de haber perdido el tiempo en hacer redactar y firmar peticiones a las tropas! ¡lo acuso de haber aspirado a ser el moderador de Francia! ¡y lo acuso de haber abandonado al ejército cuando se encontraba frente al enemigo!» Sin embargo, acordó la Asamblea, por gran mayoría de votos, no haber lugar al procesamiento.

Vaublanc, al salir de la sesión, fué perseguido, insultado y herido por el pueblo, viéndose obligado a refugiarse en un

cuerpo de guardia de los nacionales. El pueblo no quería ya más legisladores, sino gente que le complaciese. Girardín y Dumolard fueron también ultrajados. Un federado penetró con Dumolard hasta el cuerpo de guardia, dió un golpe sobre la mesa y declaró al valiente representante que, si volvía a la Asamblea, le cortarían la cabeza de un sablazo. Estos hechos, referidos al día siguiente en la Asamblea, indignaron a los constitucionales, y provocaron las sonrisas de los girondinos y los silbidos de las tribunas. Girardín declaró que la víspera, al salir de la sesión, había sido herido.

—¿En qué sitio? — le preguntaron con sonrisa irónica.

—¡Me preguntan dónde fui herido! — continuó con gran indignación Girardín—. Fué por detrás, pues los asesinos jamás hieren de otra manera.

Estas palabras le reconquistaron el respeto, pues el valor es la primera de las elocuencias, porque es la elocuencia del carácter, y Girardín la poseía en el más alto grado. Discípulo de Rousseau en Ermenonville, tenía la oportunidad de Voltaire. Nadie despreció tanto como él las pasiones brutales de la multitud en aquellos tiempos de furor, ni nadie se hizo perdonar más audacia a fuerza de talento. El mismo día se presentaron en casa de Vaublanc doce hombres armados; forzaron la puerta, lo buscaron inútilmente y dijeron al retirarse, que si éste subía otra vez a la tribuna, se le mataría al bajar, y Vaublanc subió aquella misma noche para denunciar estas tentativas de intimidación. Hombre recto, de palabra fácil y sonora y de intrepidez, si carecía de la elocuencia de orador de primer orden, tenía la decisión de buen ciudadano. Luchaba, solo y siempre vencido, con los girondinos. «Desafío toda violencia, dijo, que nos haga faltar a nuestros juramentos a la Constitución; desafío a la imaginación más bárbara que se figure los indignos tratamientos de que algunos de nuestros colegas han sido ayer víctimas. ¿Pues qué, si algunos de vuestros embajadores fuera envilecido en una corte extranjera, no desenvainaría yo la espada para vengar a Francia ultrajada en él? y ¿permitís que los representantes de la Francia soberana y libre sean tratados

dentro de la patria como no lo serían entre los austriacos o entre los prusianos?»

Grangeneuve e Isnard defendieron a Pethión por su impotencia y culparon a los aristócratas de aquellos excesos. Guadet hizo la proposición risible de que se preguntara al rey si tenía medios de garantizar el orden público y de proteger la nación, y las carcajadas y los aplausos de la izquierda demostraron a Guadet que lo habían comprendido. Rœderer, procurador síndico del departamento, llamado a la barra, no disimuló los peligros públicos; anunció que se debía tocar a rebato aquella noche en los dos barrios de la insurrección; enumeró las medidas tomadas y manifestó que no había fuerzas suficientes para resistir al movimiento. Pethión, citado también, sucedió a Rœderer, justificó al ayuntamiento, acusó al departamento, insinuó que los ciudadanos llamados a defender el orden estaban divididos, y envolvió su complicidad con los girondinos con palabras ambiguas que tienen sentido diferente, según a quien se dirigen. Los girondinos y los constitucionales interpretaron este discurso, según la propia conveniencia, cada cual a su modo, Pethión se retiró con popularidad, y la Asamblea no sacó nada en limpio.

IV

Durante esta meditada indecisión del ayuntamiento y de los girondinos, un directorio secreto, conocido por Pethión, y con el que, según confesión propia, había concertado mucho tiempo antes el plan de la insurrección del 10 de agosto, obraba en la obscuridad. Existía en París un comité central de federados compuesto de cuarenta y tres jefes de los de París y de los departamentos, reunidos bajo los auspicios y en el recinto del club de los jacobinos, para concertarse entre sí respecto a la dirección que había de dar a los movimientos, y aquél era el cuartel general del campamento de la Revolución. Demasiado numeroso para que sus reuniones pudieran ser secretas y tener la unidad indispensable en las conjuraciones, este comité eligió un di-

rectorio ejecutivo compuesto de cinco miembros de resolución y capacidad probadas a quienes confió la dirección de los asuntos y los preparativos. Estos cinco miembros eran: Vaugeois, gran vicario del obispo de Blois; Debessé, federado de la Drome; Guillaume, profesor en Caen; Simón, periodista en Estrasburgo, y Galissot de Langres. Muy pronto reunieron a los agitados de París, que hacía ya tiempo que tenían los hilos de la agitación en los diferentes barrios de la capital y a los principales demagogos de los arrabales, que eran el periodista girondino Carra, Fournier *el Americano*, Westermán, Kieulin *el Alsaciano*, Santerre, Alexandre, Lazouski, polaco nacionalizado por su fanatismo republicano, Antonio de Metz, antiguo miembro de la Asamblea constituyente, Lagrey y Garín, electores de 1789.

V

La primera sesión de este directorio celebróse en una pequeña taberna de la calle de San Antonio, llamada *El Sol de Oro*, cerca de la Bastilla, durante la noche del jueves al viernes 26 de julio. Gorsás, redactor del *Correo de Versalles*, y uno de los jefes de la columna que marchó el 6 de octubre para conducir al rey a París, ligado después con los girondinos para reprimir el movimiento que él había acelerado, presentóse a las dos de la mañana en aquella taberna para tomar a los conjurados el juramento de morir o conquistar la libertad. Fournier *el Americano* llevó una bandera con esta inscripción: *Ley marcial del pueblo soberano*. Carra encaminóse desde allí a casa de Santerre a recoger quinientos ejemplares de un anuncio que sólo contenía estas palabras: *Mueran los que disparen sobre las columnas del pueblo*.

La segunda sesión celebróse el 4 de agosto, en el *Cadran-Bleu*, en el baluarte de la Bastilla, con asistencia de Camilo Desmoulins, agente y secretario de Dantón. Los conjurados, no habiendo podido resolver nada, salieron a las ocho de la noche para adquirir informes más completos a la casa de Antonio, el ex constituyente, calle de San Honorato, frente a

la iglesia de la Asunción, donde también habitaba Robespierre. La señora Duplay, apasionadamente adicta a las ideas de éste, y temiendo ver comprometida la vida de su huésped por un conciliábulo que designaría su casa como foco de la insurrección, subió al aposento de Antonio a media noche, y preguntóle colérica si deseaba que degollasen a Robespierre.

—¿Quién se acuerda de Robespierre?— respondió Antonio a la señora Duplay—. Que se oculte, si tiene miedo, pero, si han de ser degollados algunos, seremos nosotros.

Carra escribió de su puño y letra, en casa de Antonio, el último plan de la insurrección, la marcha de las columnas y el ataque de palacio. Simón, de Estrasburgo, sacó varias copias que envió a media noche a Santerre y Alexandre, comandantes de los arrabales. La insurrección, mal preparada, suspendióse hasta el 10. Por último, en la noche del 9 al 10 los miembros del directorio se subdividieron en tres núcleos insurreccionados y se reunieron en tres puntos diferentes a la misma hora, a saber: Fournier el *Americano* con Alexandre en el arrabal San Marcelo; Westermán, Santerre y otros dos en el barrio de San Antonio; Carra y Garín en el cuartel de los marseleses, y en el mismo cuarto del comandante donde deliberaron en presencia de la tropa. En la misma noche reuniéronse los realistas, para acordar los medios de poner a salvo al rey, a poca distancia de los conciliábulos de los revoltosos. Un emisario de una de estas reuniones contrarrevolucionarias, cargado de papeles importantes, equivocóse de puerta y entró en la casa en que conspiraban los republicanos, error que se advirtió al abrir los pliegos. Carra propuso entonces dar muerte al mensajero para evitar que se divulgara el secreto de la conjuración republicana que la casualidad acababa de revelar; pero este crimen aislado era inútil cuando el toque de rebato iba a descubrir la conspiración de todo el pueblo.

Las campanas sonaron, efectivamente, en algunas iglesias de los barrios más extraviados de París. Una página de confianza íntima arrancada a los recuerdos del corazón de Lucila Duplessis, esposa

de Camilo Desmoulins, y manchada con la sangre de aquella bella víctima, ha conservado a la historia las impresiones alternativamente gratas y siniestras que aquellos primeros toques produjeron a los conspiradores del 10 de agosto. Mientras arman sus brazos y componen su gesto para el combate o para la muerte, léense sus emociones al través del papel que representan. El 8 de agosto, Lucila Duplessis, atraída por el mucho amor que profesaba a su marido, volvió del campamento a París para estar a su lado la víspera del día del peligro, pues lo adoraba. Camilo y su joven esposa obsequiaron, el 9, con una comida de familia a Fréron, Rebecqui, Barbaroux y a los principales jefes marseleses, comida que fué alegre, como la imprevisión de la juventud. La presencia de aquella linda mujer, la amistad, el vino, las flores, el amor dichoso, los chistes de Camilo y la esperanza de la próxima libertad encubrían la muerte que podía llegar durante la noche. Los comensales se separaron para ir cada uno a su puesto.

Lucila, la madre de ésta, y Camilo Desmoulins fueron a casa de Dantón, a cuya esposa encontraron llorando; su hijo lloraba también, sin comprender, como si tuviera el presentimiento de los crímenes y del suplicio a que aquella noche fatal iba a condenar a su padre. Dantón estaba tranquilo, resuelto y casi alegre, con un secreto pensamiento de gravedad; era dichoso viendo aproximarse el gran acontecimiento cuyo resultado le era indiferente, con tal que saliese de él acción para su genio; pero aun no estaban bien seguros los conjurados de que el pueblo se levantara en masa bastante imponente y que pudiera efectuarse el movimiento aquella noche. La señora Desmoulins aseguraba que se efectuaría y sería triunfante, encontrando estos pronósticos en la felicidad que la hacía sonreír.

—¿Puede reírse de ese modo en hora tan inquieta? — le preguntó repetidamente Dantón.

—¡Ay! — respondió la joven republicana, que cambiaba de fisonomía y de acento como de impresión—. Esta insensata alegría presagía que quizá derramaré muchas lágrimas esta noche.

VI

El cielo estaba sereno, cuando las señoras salieron a respirar el aire paseando por la calle, donde había bastante movimiento; a su lado pasaron muchos descamisados gritando: ¡Viva la nación!; después algunas tropas a caballo, y, al fin, un gentío inmenso. Lucila principió a tener miedo.

—Vámonos — dijo a sus amigas.

Pero la señora Dantón, acostumbrada a los tumultos en medio de los cuales vivía su marido, se burló del miedo de Lucila. Sin embargo, a fuerza de oírle repetir que temblaba, llegó a temblar ella también. Ya van a tocar a rebato, se dijeron, y entraron en casa de Dantón.

Los hombres empuñaron las armas y Camilo Desmoulins llegó con un fusil; su esposa escondióse en la alcoba, se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar; pero, no queriendo demostrar debilidad en público, ni disuadir claramente a su marido de que tomara parte en el combate, aprovechó un momento que pudo hablarle en secreto, para notificarle en voz baja sus temores. Camilo Desmoulins trató de tranquilizarla, asegurándole que no se apartaría de Dantón. El joven Frerón, amigo de Camilo, que adoraba también a Lucila, mostrábase resuelto a perecer.

—Estoy cansado de la vida — decía — y deseo morir.

Los pasos de cada patrulla que pasaba por la calle hacían creer a la señora Desmoulins que veía a su esposo y a sus amigos por última vez, y fué a ocultarse en un salón inmediato donde no había luz, para no ver salir a los conjurados; pero, cuando éstos se marcharon, volvió a sentarse en una silla, con la cabeza apoyada en el brazo, y quedóse aletargada llorando.

Después de una ausencia de algunas horas, Dantón volvió a acostarse, sin mostrar impaciencia por tomar parte en la acción; pero a media noche vinieron a buscarle y marchó al ayuntamiento cuando sonó el toque de rebato en los franciscanos. Era Dantón el que lo hacía sonar, mientras su palabra, como otra campana, despertaba a los marse-

lleses en el cuartel. Las campanas tocaron mucho tiempo; sola, bañada en lágrimas y de rodillas junto a una ventana con la cabeza oculta en el vestido, la señora Dantón escuchaba el tañido lúgubre y febril de aquella campana. Dantón entró otra vez; a cada instante llegaban confidentes a anunciarle el progreso del levantamiento. A la una volvió también Camilo Desmoulins, abrazó a su esposa y se durmió; pero salió de nuevo antes de amanecer. Por la mañana tronaron los cañones, y la señora Dantón, al oírlos, se puso pálida y cayó al suelo desvanecida. Las otras señoras se turbaron y prorumpieron en reconvenciones diciendo que era Camilo Desmoulins con su pluma y sus ideas quien tenía la culpa de todo. Oyéronse llantos, gritos y gemidos en la calle, y creyóse que todo París estaba inundado de sangre. Camilo Desmoulins volvió a entrar y dijo a Lucila que la primera cabeza que había visto caer había sido la de Suleau. Este era escritor como Camilo, y sus crímenes eran sólo sus opiniones y su talento. Este presagio hizo palidecer y llorar a Lucila.

VII

Aquella misma noche y a las mismas horas, a poca distancia de la casa de Dantón, los toques de rebato llevaban el espanto y la muerte al oído de algunas mujeres que velaban, que rezaban y que lloraban también por los peligros en que estaban su marido, su hermano o sus hijos.

La reina y Madama Isabel escuchaban desde los balcones altos de las Tullerías los rumores que, ya crecían, ya disminuían en las calles de París. Su corazón comprimíase o se dilataba a medida que este síntoma de la agitación de la capital les llevaba desde lejos la esperanza o la consternación. A media noche las campanas dieron la señal para las reuniones, y los suizos se formaron en batalla como murallas de hombres. Como disminuyera el ruido de las campanas y dijieran los espías que costaba trabajo formar las reuniones y que el toque de rebato *no movía a la gente*, la reina y Madama Isabel fuéronse a descansar, vestidas, sobre un sofá en un gabinete

de los entresuelos, cuyas ventanas daban al patio de palacio. El rey, a quien suplicó la reina que se pusiera el chaleco forrado que le había hecho preparar, se negó a ello noblemente, diciendo:

—Eso es bueno para preservarme del puñal o de las balas de un asesino en días de ceremonia, pero en días de combate, cuando todo mi partido expone la vida por defender el trono y a mí, sería una cobardía no arrostrar el peligro como mis amigos.

El rey volvió a entrar en su aposento, encerrándose con su confesor, el abate Herbert, para purificar su conciencia y ofrecer su sangre; las princesas quedaron solas con sus camaristas. Madama Isabel, al desprender su mantellina de los hombros antes de acostarse en el sofá, quitóse del pecho un broche de cornalina, en el que la piadosa princesa había hecho grabar las siguientes palabras: *Olvídate de las ofensas y perdón de las injurias*.

—Mucho temo — dijo con melancólica sonrisa — que esta máxima no sea una verdad para nosotros; pero no por eso deja de ser un precepto divino y no debe sernos menos sagrado.

La reina hizo sentarse a sus pies a su camarista predilecta, y ni ella ni su cuñada pudieron dormir, pasando el tiempo en hablar, en voz baja, del horror de la situación y de los temores que les inspiraba la vida del rey. A cada momento se levantaba una, se acercaba a la ventana, miraba y escuchaba los movimientos, los ruidos confusos y hasta el silencio perdido de la ciudad. De pronto oyóse el disparo de un arma de fuego en uno de los patios, y ambas se levantaron sobresaltadas y subieron al aposento del rey para no separarse más; pero no había sido más que una falsa alarma, porque todavía separaba una noche a la familia real del día supremo que iba a amanecer. Esta noche la emplearon en hacer preparativos contra el asalto que esperaban al día siguiente.

VIII

El palacio de las Tullerías, más casa de lujo y de parada de la majestad que verdadera mansión real, no tenía ningun-

na de las defensas con que los soberanos militares y feudales habían fortificado en otro tiempo sus residencias. Destinado a las fiestas y no a la guerra, el cincel de Filiberto Delorme lo había dibujado para agrandar a la vista, y no para intimidar al pueblo. Extendiendo sus ligeras alas del muelle del Sena a las calles más tumultuosas de París, entre patios y un jardín flanqueado de terraplenes aéreos, sostenidos por columnas; rodeado de graciosos pórticos accesibles por dos o tres escalones, únicos que los separaban del terreno del jardín; teniendo en el centro un pórtico inmenso que lo atravesaba de parte a parte y bajo el cual desembocaba la escalera principal; y, en fin, abierto por todas partes por anchas y altas ventanas, que permitían a las miradas del pueblo introducirse hasta el interior de las habitaciones, este palacio filigranado con galerías, salones de dilatadas perspectivas, teatro, capilla, estatuas, cuadros y museos, más parecía museo nacional que fortaleza del trono. Era el palacio de las artes en una ciudad libre y pacífica.

Otros edificios toscos y particulares habíanse construido después sin ninguna elegancia, bajo la influencia del mal gusto del rey Luis XIV, en los extremos de este palacio de los Médicis, y estas construcciones, por su poca gracia, por sus muchos pisos y por sus desproporcionados techos que en apariencia los sepultan, contrastaban notablemente con la arquitectura elegante de Italia, que armoniza las líneas como el músico armoniza las notas, y de cuyos monumentos puede decirse que son música de los ojos. Estos dos edificios macizos, unidos al palacio central por dos cuerpos de poca elevación, se llaman el uno el pabellón de Flora, y el otro el pabellón Marsán. El de Flora llegaba al Sena por la extremidad del Puente Real, y el de Marsán a las calles estrechas y tortuosas que unen el Palacio Real a las Tullerías.

Un inmenso jardín plantado de árboles seculares, que refrescaban abundantes surtideros, entrecortado con pequeñas praderas en medio de las que se elevaban sobre pedestales algunas estatuas de mármol y acirates plantados de arbustos y de flores, se extendía a lo ancho desde

las orillas del Sena hasta el pabellón Marsán, por toda la fachada del palacio, y, a lo largo, desde el palacio hasta la plaza de Luis XV, que lo separaba de los Campos Elíseos. Las calles de árboles de este jardín, largas y anchas como pensamientos regios, parecían haber sido trazadas, no para que paseara la familia real o la corte, sino para que pudieran transitar por ellas las columnas de todo un pueblo. Un ejército entero podría acampar en el espacio que media entre el palacio y los árboles. Dos anchos terraplenes flanqueaban este jardín a lo largo: uno, a la orilla del río, estaba reservado a la familia real, y en él había hecho construir Luis XVI un pabellón rústico y plantar un jardincito para el ejercicio e instrucción del Delfín; el otro terraplén, llamado de los Fuldenses, ocupaba la parte opuesta del jardín, desde el pabellón Marsán hasta el terraplén de la Naranjería, describiendo un semicírculo, y conduciendo por una rambla al puente Giratorio.

IX

Este puente Giratorio era la entrada del jardín de las Tullerías por el lado de los Campos Elíseos, y, efectivamente, giraba sobre un foso y estaba defendido por un puesto de guardia. El terraplén de los Fuldenses estaba cortado por dos escaleras a alguna distancia del pabellón Marsán, una de las cuales conducía a un café, en otro tiempo abierto en el jardín, y cerrado por aquella parte desde que empezaron los desórdenes. Se llamaba el café Hottot y era el punto de reunión de los oradores del pueblo, que la proximidad a la Asamblea nacional llevaba allí desde que empezaron las sesiones en París. La otra escalera conducía desde el jardín a la Asamblea, con cuyo recinto se comunicaba por un pasadizo estrecho, obscuro e infecto, que el rey tenía que atravesar a pie siempre que iba de ceremonia a presentarse a los legisladores. Por el lado del Carrousel, cuatro patios separados los unos de los otros, y apartados por edificios de servicio bajos y sin armonía, y por murallas a las que estaban adosados los cuerpos de guardia, cerraban el palacio: estos patios tenían puertas para comunicarse entre sí. El prime-

ro de ellos, por el lado del río, daba paso al pabellón Marsán, y se llamaba el patio de los Príncipes. El segundo era el patio Real, estaba frente al centro de palacio y conducía a la escalera principal. El tercero se llamaba el patio de los Suizos, porque estas tropas estaban acuarteladas en él; y, en fin, el cuartel correspondía al pabellón Marsán y tomaba su nombre. El pabellón de Flora unía, por una puerta abierta en el primer piso, las Tullerías a la larga galería del Louvre, que dominaba sobre el muelle del Sena, desde el pabellón hasta la columnata. Esta galería estaba destinada a museo de Francia, en el que se guardan las obras maestras de escultura y de pintura, antiguas o modernas, que los siglos se transmiten como testimonios de su civilización, y como patrimonio intelectual del genio. Preveyendo una invasión del pueblo, que hubiera podido escalar el Louvre, cortóse el pavimento interior de aquella galería a distancia de sesenta pasos de las Tullerías, cuyo corte hacía imposible la agresión por el primer piso, al paso que una guardia de treinta suizos vigilaba constantemente en el espacio comprendido entre la cortadura y el pabellón de Flora.

Tal era la situación de los lugares en que el rey estaba condenado a recibir el ataque del pueblo. En su palacio, no tenía arsenal, ni murallas, ni libertad de movimientos, ni retirada. El palacio de las Tullerías no había sido construido para defender la corona, sino para disfrutar de ella en paz, o sucumbir.

X

La gravedad del ataque no era dudosa para ninguno de los partidos. Pethiön, desde hacía algunos días, iba frecuentemente a palacio para conferenciar con los ministros y con el rey respecto a los medios de defender el palacio y la Constitución. ¿Cumplía con sinceridad los deberes que su cargo le imponía? ¿Gozaba de antemano viendo las angustias de la familia real y la impotencia de sus defensores? Su secreta complicidad con los conjurados, sus resentimientos personales contra el rey y su amistad con Roland, permiten conjeturar esto.

XI

Pethión, en la tarde del día 9, fué a la Asamblea y anunció que se tocaría a rebato por la noche. Dió personalmente a Mandat la orden de doblar los guardias y rechazar la fuerza con la fuerza. A Mandat, uno de los tres jefes de división que mandaban alternativamente la guardia nacional, le imponía su cargo el mando general en las Tullerías. Era un noble de las inmediaciones de París, capitán, antes de la Revolución, en las guardias francesas y después jefe de batallón de la guardia nacional a las órdenes de Lafayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto a la Constitución y sinceramente al rey, creía confundir sus deberes de opinión y sus deberes de soldado, defendiendo a Luis XVI, el rey de sus abuelos y el jefe legal de la nación. Hombre intrépido, pero de pocos alcances intelectuales, era más a propósito para morir honrosamente que para mandar con acierto; sin embargo, el rey confiaba fundamentalmente en su adhesión. El jueves 9, Mandat ordenó a diez y seis batallones, escogidos de la guardia nacional, para que estuvieran preparados para ponerse en marcha, y a las seis de la tarde todas las guardias se triplicaron en palacio. Hacía ya dos días que había llegado el regimiento de guardia suiza, compuesto de novecientos hombres a las órdenes de Maillardoz, quedando sólo un destacamento de cien hombres en el cuartel de Courbevoie. Alojáronse en la casa de Brionne y en las cuadras del pabellón Marsán, y a las once, estaban sobre las armas, siendo colocados como puestos avanzados en todas las entradas.

XII

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el patio del palacio, al pie de la escalera principal; habían recibido de Mandat la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, como Pethión la había dado al comandante general. En París no había tropas de línea, pues los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaba la 17.^a división militar, en la que estaba comprendida la capital de

Francia, sólo tenían a sus órdenes la gendarmería. La de a pie estaba consignada en los cuarteles, a excepción de ciento cincuenta hombres colocados en el patio de Tolosa para proteger en caso necesario el tesoro real; otros treinta gendarmes de las inmediaciones de París, estaban apostados junto a la escalera del rey en el patio de los Príncipes. La gendarmería montada contaba seiscientos hombres, mandados por los señores Rulhiere y Verdier; ésta formó en línea de batalla, a las once de la noche, en el patio del Louvre, y otro pequeño escuadrón a caballo, que por la noche llegó del departamento, situóse en el Carrousel. En el patio del palacio real habíanse colocado tres piezas de artillería frente la puerta principal, otra en el patio de los Suizos, dos en el de los Príncipes, otra en el patio Marsán, dos en el puente Giratorio, otra en la embocadura del Puente Real, y otra a la puerta del Picadero, doce piezas en conjunto, servidas por artilleros de la guardia nacional, orgullosos con la superioridad de sus armas, pero poco acostumbrados a la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional fueron llegando por destacamentos de hora en hora: reunidos con dificultad, no componían entre todos más de dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaron con los de estos destacamentos a medida que iban llegando, manifestándoles que sus soldados, deferentes con la nación, seguirían el ejemplo de la guardia nacional, y *no harían, más ni menos, que los ciudadanos de París*. Los suizos fueron colocados en el vestíbulo; allí estaba su bandera. Sentados en los bancos del vestíbulo y en los peldaños de la escalera, con los fusiles en la mano, pasaron en profundo y marcial silencio las primeras horas de la noche. La reverberación de las luces en las armas, el ruido de las culatas de los fusiles que resonaban de vez en cuando sobre el mármol, y el *quién vive* lanzado por la voz bronca de los centinelas, daban al palacio el aspecto de un campamento frente al enemigo. Los uniformes encarnados de los ochocientos suizos, sentados o tendidos en el suelo, en los escalones y en las ramblas, semejaban un torrente de sangre que se precipitaba

por las regias escaleras. Indiferentes a toda causa política, republicanos dispuestos a combatir contra la república, aquellos hombres no tenían más alma que la disciplina, ni más opinión que el honor; iban a morir en cumplimiento de su deber y no en defensa de sus ideas ni de su patria; pero la fidelidad es una virtud, y aquella indiferencia de los suizos por la causa del rey o del pueblo, hizo que su heroísmo fuera no más santo, pero sí más militar. Les faltó la adhesión del patriota, pero tuvieron la del soldado.

XIII

Exceptuando aquellos suizos, mandados por Bachmann, Maillardoz y d'Erlach, oficiales intrépidos, las demás tropas diseminadas en el jardín y en los patios, gendarmería, artillería y guardias nacionales no presentaban número, ni unidad, ni decisión. El soldado voluntario no conocía a los oficiales, y éstos no contaban con los soldados; faltaba, por consiguiente, confianza recíproca. El valor era individual como las opiniones; pero faltaba el espíritu de cuerpo, esa alma de las tropas que dominaba el espíritu de palacio.

Pero las opiniones, en vez de ser la fuerza, son el disolvente de los ejércitos; cada uno tenía una opinión y trataba de imponerla en las controversias que con frecuencia degeneraban en riñas. Unos querían que se previniese el ataque y que se marchara al ayuntamiento y a las principales desembocaduras de las columnas del pueblo, para disolver los grupos antes de que engrosasen; otros pedían que se bloqueara a los marseleses, que permanecían aún en el cuartel de los franciscanos, desarmarlos con la artillería y sofocar el incendio antes de que estallase. El mayor número, temiendo la responsabilidad del día siguiente si daban los primeros golpes, y encerrados en una estricta legalidad como en una fortaleza, querían esperar impasibles la agresión del pueblo, limitándose a rechazar la fuerza con la fuerza, según ordenaba la Constitución. Puritanos de la legalidad, creían que la Constitución podía defenderse por sí misma.

Algunos lanzaban sordas imprecacio-

nes contra el rey, cuya debilidad, paliada con traiciones, había llevado a la patria a tales extremos en lo exterior, y producido en el interior aquellas crisis intestinas. Mostraban con gestos las ventanas de palacio, maldiciendo a la corte pérfida que seducía al rey, que, siendo bueno, pero impotente, era causa de las calamidades de la patria. Los artilleros manifestaban a voces que dirigirían las piezas al palacio antes que disparar sobre el pueblo; la confusión reinaba en los patios, en los jardines y en los puestos de tropas; los batallones incompletos colocábanse y se desbandaban a la aventura, y las órdenes de los jefes eran contradictorias. No había plan militar en aquellos movimientos desordenados; los soldados se colocaban aquí o allí, según el capricho de los batallones o de cualquier oficial; compañías enteras separábanse de los batallones yendo con las armas debajo del brazo a situarse en el Carrousel o en los muelles, ignorando hasta el último momento si ponerse al lado de los defensores o de los sitiadores.

La guardia nacional variaba de opinión a cada momento y a medida que llegaban los batallones. Los de los barrios del centro, que fueron los primeros en acudir y se componían de los ricos de la clase media, estaban animados del espíritu de Lafayette, de quien habían sido tres años los pretorianos. Vencedores en el Campo de Marte, en Vincennes y en veinte motines, despreciaban al pueblo y deseaban vengar la Constitución y al rey de los ultrajes del 20 de junio. Los batallones del barrio de San Germán, abandonado por la nobleza y entregado a los proletarios de aquel barrio de la emigración, y los batallones de los arrabales, compuestos de trabajadores y que contaban más picas que bayonetas en sus filas, saturados de insinuaciones contra el rey y de calumnias contra la reina, no comprendían la Constitución que les mandaba defender el palacio, ni a la corte, que diariamente se les señalaba como objeto de odio. Agrupados como máquinas al toque de llamada en torno de su bandera, entraban en las Tullerías gritando ¡Viva Pethión! y ¡Viva la Nación! Los batallones fieles respondíanles con los gritos de ¡Viva el rey!, que se oían también en las

ventanas de palacio, cruzándose miradas amenazadoras, gestos provocativos y apóstrofes injuriosos entre los cuerpos destinados a combatir en defensa de la misma causa. Los artilleros estrechaban la mano a los hombres de las picas, ofreciéndoles permanecer impasibles o acudir en defensa del pueblo. El batallón del distrito de las Hijas de Santo Tomás, alarmado con estas disposiciones de los artilleros, envió cuarenta granaderos escogidos a apostarse al lado de los artilleros para vigilarlos sin que lo advirtieran e impedirles mover los cañones.

XIV

Tales eran el aspecto de la fuerza, y la actitud y disposiciones morales de los defensores de palacio: Cuatro o cinco mil hombres, algunos decididos, muchos indiferentes, y la mayor parte hostiles, reunidos por la impresión del momento, y cuyo número variaba de hora en hora, a medida que la fidelidad o la deserción engrosaba o debilitaba las filas. Fuera de los patios, en las calles adyacentes y en el Carrousel, la multitud curiosa o irritada asediaba las entradas de palacio. Los hombres del 20 de junio, los federados ociosos y que vagaban por París, los marseleses a quienes no había reunido aún Dantón en el club de los franciscanos, agrupábanse en los postigos y en las puertas del lado del jardín, del del Puente Real y del de los patios, acogiendo con gritos de júbilo a los batallones de las picas.

—Somos vuestros hermanos y allí tenéis al enemigo — les decían, mostrándoles las ventanas del rey—. Llevad su cabeza y la de su mujer y de sus hijos por bandera en la punta de vuestras picas.

Estas imprecaciones eran acogidas con carcajadas y signos de inteligencia.

Las puertas que separaban el patio Real de las Tullerías estaban abiertas, y el flujo del pueblo amenazaba constantemente traspasar el umbral; para impedirlo se colocaron dos centinelas suizos a los lados de cada puerta. Un marsellés, que salió de entre el gentío con el sable desnudo en la mano, dijo a los suizos, levantando su arma sobre ellos:

—¡ Miserables, recordad que ésta es la

última guardia que montáis, pues faltan pocas horas para que os exterminemos!

Hombres, niños y mujeres, subiéndose sobre las espaldas los unos de los otros, colocábanse sobre los tejados y sobre las paredes que se extendían entre el Carrousel y los patios de palacio, y desde allí insultaban a los guardias nacionales y a los suizos; hasta en las habitaciones del rey se oía el murmullo sordo del pueblo, que no cesaba de aumentar alrededor de palacio.

XV

En el interior de las Tullerías, las fuerzas eran más homogéneas, pero no más imponentes; tenían más resolución, pero no más unidad. Los jefes de los batallones de la guardia nacional del distrito de las Hijas de Santo Tomás y del cerro de los Molinos, habían situado allí a los hombres de más confianza, y a su lado habíanse colocado también algunos voluntarios de los otros batallones sin que nadie se lo mandara, formando un total de setecientos a ochocientos defensores, que ocupaban con bastante confusión los puntos principales, las galerías, las antecámaras del rey, de la reina y de Madama Isabel. Estas habitaciones, que estaban entre la escalera de los Príncipes en el pabellón de Flora y la escalera principal en el pabellón del Reloj, centro del edificio, abarcaban un espacio inmenso. Madama Isabel habitaba el pabellón de Flora, arreglado para su vida recogida entre pájaros, flores, labores de mano, y lo necesario para las prácticas piadosas. La reina ocupaba las habitaciones del piso bajo en la parte maciza de palacio, que se extiende desde la escalera de los Príncipes a la principal. En aquellas habitaciones, casi al nivel del patio y de los jardines, y en aquellos entresuelos que ella había convertido en gabinetes particulares, era donde recibía a los consejeros secretos del trono; estas piezas comunicaban con los aposentos del rey por escaleras de servicio. El rey ocupaba, al lado de sus hijos, las grandes habitaciones del primer piso en el mismo cuerpo del edificio, detrás de las galerías de los *Carrachios*, nombre que adoptaron los pintores que las habían decorado; las

ventanas daban al jardín. El rey, amante de las costumbres sencillas y laboriosas del hombre del pueblo, había mandado hacer en sus espaciosas habitaciones pequeños aposentos separados, adonde le gustaba retirarse para dedicarse al estudio y a los trabajos de cerrajería. Tanto como otros desean subir, Luis XVI deseaba bajar. En estos aposentos estrechos, desde donde sus miradas no divisaban más que las cimas de los árboles de las Tullerías y de los Campos Elíseos, en medio de los libros de historia y de viajes, de los mapas y de los instrumentos de su taller, complacíase en forjarse ilusiones respecto a su condición. Sin acordarse de que era rey, se creía un hombre vulgarmente dichoso, rodeado de su esposa, de sus hijos y de los instrumentos de su ejercicio diario; robaba a los cuidados del trono aquellas horas de soledad y de paz, y abdicaba por un momento el supremo rango, creyendo que el destino lo olvidaba porque él olvidaba al destino.

XVI

Toda esta parte de palacio, como la galería de los *Carrachios*, la sala del Consejo, el dormitorio, las salas de los guardias, el teatro y la capilla, habíanse convertido en plaza de armas llena de fusiles colocados en pabellones, de puestos militares y de grupos de hombres armados. Unos sentados y silenciosos en las banquetas adormecíanse con los fusiles entre las piernas, mientras los otros, tendidos y arropados con los capotes sobre el pavimento de las salas, y la mayoría formando grupos en los huecos de las ventanas, en los anchos balcones de palacio iluminados por la luna, hablaban en voz baja de los preparativos del ataque y de los azares de la noche. A cada momento, Mandat, comandante general y sus ayudantes de campo pasaban de los jardines y de los patios a palacio y de palacio a los puestos. Los ministros y los generales señores de Boissieu y de Lachesnaye, segundo comandante general de la guardia nacional a las órdenes de Mandat; de Ermigny, comandante de la gendarmaría; Carl y Guinguerlo, sus tenientes; Røederer, los miembros del departamen-

to de París, dos oficiales municipales, Leroix y Borie y el mismo Pethión circulaban constantemente por las habitaciones; sus rostros, más sombríos o más serenos, según eran las noticias que comunicaban al rey, inspiraban confianza o inquietud en los salones. Las medias palabras pronunciadas al pasar por aquellos jefes a los comandantes de los puestos, pasaban de boca en boca; las horas eran largas como la incertidumbre, y agitadas como la expectativa.

XVII

Mientras estas tropas se agrupaban por imperio de la ley en torno del jefe constitucional del reino, otros, defensores voluntarios, llamados del interior de las provincias por los peligros de aquel día, agrupábanse en derredor del rey para cubrirlo con sus cuerpos. Sin más título que su valor para entrar en palacio, donde su presencia era sospechosa a la guardia nacional, introducíanse uno a uno sin uniforme y ocultando las armas, con la cabeza baja y como avergonzados de ir a ofrecer su sangre y su vida. Eran éstos en primer lugar los oficiales de la guardia constitucional recientemente licenciada por el decreto de la Asamblea, pero que conservaban las armas, fieles a su juramento. Eran también algunos jóvenes realistas de París, que se condeñaban de las lágrimas de la reina, de las virtudes de Madama Isabel, de la inocencia de los niños y de los suplicios de la majestad, considerando glorioso afiliarse en el partido de los débiles. Andrés Chénier, Champeenetz, Suleau, Richer-Serizy y todos los escritores realistas y constitucionales que dejaban alternativamente la espada por la pluma, y ésta por la espada, encontrábanse reunidos allí. Eran también algunos fieles servidores de palacio unidos a la corte de padres a hijos, para quienes el hogar del rey era, en cierto modo, su propio hogar; ancianos que habían acudido de Versalles, de Fontainebleau y de Compiègne al enterarse de que su señor estaba en peligro. Algunos traían a sus hijos, educados entre los pajes y que apenas tenían la fuerza necesaria para sostener un arma; pero estas familias, adictas a la majestad

por los beneficios recibidos, se ofrecían completas, sin reservarse la vejez ni la infancia, dispuestas a dar todo al trono de quien lo habían recibido todo. Sumaban cerca de doscientos nobles de París y de las provincias, la mayor parte oficiales valientes, retirados recientemente, que no habían querido hacer traición a su clase, marchando contra sus hermanos emigrados, ni hacer traición a la nación emigrando. Al acudir de provincias para ofrecer sus brazos al rey, representaban por sí solos todo lo que quedaba en Francia de la nobleza militar que había ido a poner sus campamentos contra el extranjero. Colocados entre la conciencia que les prohibía combatir contra la patria, entre el pueblo que sospechaba de ellos y entre la corte que les echaba en cara la fidelidad al suelo patrio, estos nobles cumplían su deber sin esperanza y sin ilusión, seguros de la ingratitud de la corte si el trono triunfaba, y seguros de morir si el pueblo vencía. Decisión austera que sólo tenía el premio en sí misma, muerte ingrata y desconocida, único destino que la desgracia de los tiempos reservaba a la nobleza, que deseaba permanecer fiel como los caballeros y patriota como los ciudadanos. El anciano e intrépido mariscal de Mailly, de ochenta años de edad, pero joven por la adhesión a su desgraciado señor, de quien, además, era amigo, pasó la noche armado y de pie a la cabeza de los nobles. Los señores d'Hervilly, de Pont-Labbé, de Viomenil, de Casteja, de Villers, de Lamartine, de Virieu, de Vigier, de Clermont d'Amboise, de Bouves, d'Autichamp, d'Halonville, de Maillé, de Puysegur, todos militares de graduación y armas diferentes, mandaban, a las órdenes del mariscal de Mailly, pelotones de aquella tropa escogida.

XVIII

Este cuerpo de reserva dividióse en dos compañías, una a las órdenes del señor de Puysegur, teniente general, y del señor de Pont-Labbé, mariscal de campo, y la otra a las del señor de Viomenil, teniente general, y del señor d'Hervilly, que había sido comandante general de la guardia nacional disuelta. Estos oficiales

habían creído encontrar armas de combate en palacio, y no las habían llevado, por lo cual la mayor parte no tenía más que espada y pistolas en el cinto. Algunos empleados civiles de la casa del rey, que se agregaron a aquella tropa, habíanse armado apresuradamente de morrillos y de tenazas cogidos en las chimeneas de los aposentos; pero estas armas estaban ennoblecidas por el valor desesperado de los servidores, que las empuñaban para defender el hogar del soberano. El señor d'Hervilly hizo que el rey y la reina pasasen revista a aquellas dos compañías formadas en los salones. La familia real, más conmovida por la adhesión de la nobleza, que asustada por su reducido número, dirigió palabras de agradecimiento a aquellos fieles oficiales. Algunas frases enérgicas de María Antonieta, la dignidad de su rostro y la seguridad de su mirada electrizaron de tal modo a aquel puñado de valientes, que desenvainaron las espadas y cargaron espontáneamente las armas, sin necesitar más orden que el entusiasmo unánime y marcial. Esta demostración era un juramento, y la victoria se revelaba en su actitud. Algunos granaderos de la guardia nacional se confundieron en estas filas para demostrar la confianza mutua y la unidad de decisión que animaba a todos los amigos del rey, sin distinción de armas. La masa de los guardias nacionales diseminados por las habitaciones y en los patios, censuró aquella manifestación realista, creyendo ver una conspiración en aquella fidelidad, y pidieron que se alejaran aquellos hombres; pero la reina, colocándose a la puerta de la sala del Consejo entre los nobles y la guardia nacional, se resistió firmemente a la petición de expulsar a los últimos y más leales amigos del rey.

—Ved, señores — dijo a los guardias nacionales, dirigiendo la vista a las columnas realistas—, son nuestros amigos y los vuestros, que vienen a participar de vuestros peligros y sólo aspiran al honor de combatir a vuestro lado; colocadlos donde queráis, os obedecerán y seguirán vuestro ejemplo demostrando a todos los defensores de la monarquía cómo se muere por el rey.

Estas palabras calmaron la irritación

de los que las oyeron bien por encontrarse cerca; pero, mal oídas y mal interpretadas por los que estaban más distantes, introdujeron los celos y el rencor en los batallones.

Uno de los nobles, al pasar por un puesto de guardias nacionales formados en batalla en el patio Real, cometió la imprudencia de acercarse a los oficiales que los mandaban, y decirles:

—Vamos, señores guardias nacionales, éste es el momento de demostrar vuestro valor.

Estas palabras hirieron la susceptibilidad de los ciudadanos.

—¡Valor! Estad tranquilo — le respondió uno de los capitanes de aquel batallón—; no nos faltará; pero no será a vuestro lado donde lo demostraremos.

Luego, saliendo de las filas y de los patios, pasó al Carrousel y fué a unirse a las filas del pueblo, adonde le siguió la mitad del batallón. Todo presagiaba la defección y nada inspiraba entusiasmo; se confiaba en la suerte, pero nada se hacía para atraerla, pues hasta el rey rezaba, en vez de obrar.

XIX

Luis XVI, más cristiano que rey, encerrado durante muchas horas con el padre Hebert, su confesor, empleaba aquellos instantes supremos, que las más desesperadas catástrofes dejan aún a los grandes caracteres para recobrar la fortuna, en resignarse. Cuatro o cinco mil combatientes en posición fuerte, que tenían por campo de batalla el palacio de los reyes, con bayonetas disciplinadas, artillería, dos cuerpos de caballería, el rey a la cabeza, la reina intrépida, inocentes niños en medio de ellos, la Asamblea indecisa a la puerta, la legalidad y la Constitución en favor suyo, la opinión nacional dividida, podían quizá rechazar a las masas confusas y desordenadas que la insurrección enviaba lentamente a palacio, romper las columnas del pueblo, que sólo se engruesan con los indecisos que arrastran; caer sobre los marseleses que eran odiados en París; limpiar los arrabales; reunir los batallones flotantes de la fuerza cívica por el prestigio que da la victoria; imponerse a la Asamblea, cuya

mayoría dudaba aún la víspera; recuperar el ascendiente de la legalidad y de la fuerza; llamar a Lafayette y a Luckner; unirse con las tropas en Compiegne, colocar al rey en el centro del ejército, entre el extranjero y el pueblo francés, y hacer retroceder a la coalición y a la revolución durante algunos días; pero para esto se necesitaba un héroe, y la monarquía sólo disponía de una víctima.

LIBRO XXI

Valor y actitud de la reina.—Los insurrectos instituyen nuevo ayuntamiento.—Pethión se constituye en arresto simulado.—Asesinato de Mandat.—Santerre le reemplaza en el mando de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maille.—Rœderer.—Masa siempre creciente de insurrectos.—El rey pasa revista a las tropas.—Duplicidad de intenciones de la guardia nacional.—Dantón arenga a los marseleses.—Se retira a su casa a esperar los acontecimientos.

I

Durante las largas horas de aquella noche y las primeras de la mañana, la reina y Madama Isabel pasaban alternativamente del aposento del rey al dormitorio de los niños, y de allí a la sala del Consejo donde estaban los ministros en sesión permanente. Atravesaban los salones que ocupaban sus defensores, ocultando las lágrimas e inspirando con su fingida tranquilidad, con su sonrisa y con sus palabras, la confianza que aun no habían ellas perdido. La presencia de las dos augustas damas vagando durante la noche por el palacio en medio de las armas: la una reina y madre, temblando a la vez por su esposo y por sus hijos; la otra, hermana decidida, temblando por su hermano, y ambas insensibles a los propios peligros, era el más elocuente llamamiento a la compasión, a la generosidad y al valor de los defensores de palacio.

María Antonieta, a quien los libelos de sus enemigos han representado en aquella noche suprema como una furia coronada llevando la exaltación hasta el delirio y el abatimiento hasta las lágrimas, tan pronto declarando que se haría elevar a los muros de su palacio, tan pronto presentando pistolas al rey para impul-

sarle al suicidio, no tuvo arrebatos ni debilidades. Fué digna y naturalmente, sin heroísmo afectado como sin tímido abatimiento, lo que su sexo, su rango y su cualidad de esposa, de madre y de reina querían que fuese un momento en que todos los sentimientos se revelaban en su actitud. A la altura de todas sus ternuras, de todas sus grandezas, de todas sus catástrofes, su alma, su rostro, sus palabras y sus actos reflejaron fielmente todas las fases del trono en la cautividad que tuvo que sufrir durante aquellas prolongadas horas. Fué mujer, madre, esposa y reina amenazada o herida en todos estos sentimientos, y temió, esperó, se desesperó y se tranquilizó alternativamente; pero confió sin delirio y se desanimó sin envilecimiento. Las fuerzas y los amores de su alma fueron iguales en los diversos golpes del destino; lloró, no por debilidad, sino por amor; se enterneció, pero fué por sus hijos; ocultó sus angustias y su dolor al respeto que se debía a sí misma, al trono, a la sangre de su madre María Teresa y al pueblo que la contemplaba. Después de haber llorado sobre la cuna de su hijo, de su hija, sobre las rodillas del rey y en los brazos de su hermana y de su amiga, se cubra en sus mejillas la huella de las lágrimas, procurando ocultar la rojez de sus ojos. Volvía a presentarse en público, seria, pero tranquila; enternecida, pero firme; teniendo corazón, pero domiéndole.

Tal fué la actitud de María Antonieta durante aquella crisis de veinticuatro horas, prolongación de otras crisis que pudieron haber agotado su valor. Mujer como todas las mujeres, pero mejor inspirada por la naturaleza que por la política, había nacido más para soportar heroicamente, que para dirigir las circunstancias extremas, y mostrábase más a su altura en la acción que en el consejo.

II

El rey había hecho llamar a Røederer, procurador general del departamento de París; Pethión no estaba en palacio; pero llegó, informó al rey del estado de la capital, y negó la pólvora que le pidió el comandante general Mandat, que se

quejó de no haberle entregado más que tres cartuchos por plaza. Con pretexto del gran calor que le incomodaba en el gabinete del rey, salió llevándose consigo a Røederer; bajaron juntos al jardín, y Pethión fué rodeado por los oficiales de su confianza y por jóvenes guardias nacionales que cantaron e hicieron mil locuras en torno suyo. Aquel grupo de magistrados y de guardias nacionales se paseó tranquilamente a la luz de la luna sobre el terraplén de la orilla del río, hablando de cosas indiferentes, como pudieran hacerlo en una noche de regocijos. Encontrándose al final del terraplén, oyeron tocar generala en palacio y se volvieron; el cielo estaba puro y el aire era suave, oyéndose muy distintamente el toque de rebato en los arrabales. Pethión, que afectaba una serenidad estoica y que disimulaba el peligro, dejó a Røederer subir solo al aposento del rey, quedándose él fuera del terraplén, cerca de la escalera principal. Tenía miedo.

La noche no estaba obscura, y la sombra del palacio dibujábase muy lejos en el jardín; habíanse encendido luces en tazones de barro, que se colocaron sobre las baldosas que bordeaban el terraplén. Algunos granaderos del distrito de las Hijas de Santo Tomás, cuyo batallón estaba estacionado en aquel punto y que en Pethión aborrecían al instigador secreto de la insurrección, destruyeron con los pies las tazas apagando las luces, y rodearon al alcalde como para tenerlo en rehenes. Pethión comprendió bien esta maniobra, pues oyó algunas palabras y entrevió signos siniestros.

—Su cabeza responderá de los sucesos de esta noche — dijo un granadero a sus camaradas.

Pethión, ocultando sus temores bajo una actitud tranquila, tomó asiento en el pretil del terraplén, en medio de algunos oficiales municipales y a alguna distancia de los granaderos, y habló muy tranquilamente a los que permanecieron a su alrededor gran parte de la noche. Decíase en voz alta en palacio y en las filas de los defensores del trono, que supuesto que Pethión había tenido el atrevimiento de ir a arrostrar la venganza de los realistas, era preciso detenerlo y exponerle a los golpes que él pretendía asestar con-

tra la monarquía. Un empleado municipal, llamado Mouchet, al ver a Pethión cogido en el lazo, y advertido por un signo de inteligencia de éste, corrió a la Asamblea nacional y habló a muchos diputados, diciéndoles:

—Si no llamáis inmediatamente al alcalde de París a vuestro seno, será asesinado.

Luis XVI, de rodillas ante Dios y con el corazón más lleno de compasión que de venganza, no pensaba en el asesinato; pero la Asamblea fingió creer el proyecto criminal de la corte y llamó al alcalde. Dos ujieres precedidos de guardias y de hachones presentáronse aparatosamente a notificar a Pethión el decreto libertador. En el mismo instante el ministro de Justicia le enviaba un emisario para suplicarle que subiera al aposento del rey.

—Si subo — dijo —, no volveré a bajar.

Pethión fué a la Asamblea y desde allí al ayuntamiento, donde lo detuvieron sus cómplices de Charentón, y no volvió a presentarse en palacio.

III

Era más de media noche; todas las ventanas de las Tullerías estaban abiertas, y en ellas se agrupaban todos para oír el toque de rebato, que escuchaban designando sucesivamente el barrio, la iglesia y el campanario de donde salía la llamada de las revoluciones. En París los ciudadanos salían de las casas al ruido de aquel toque, y permanecían en el umbral de las puertas, dispuestos a seguir el torrente adonde los quisiera arrastrar. Las secciones convocadas insurreccionalmente desde las diez, habían deliberado casi a puertas cerradas y enviado cada una un comisionado al ayuntamiento, para reemplazar el consejo municipal por otro de la insurrección. La misión unánime y concertada de estos agentes era adoptar las medidas que reclamaban la salud de la patria y la conquista de la libertad. Estos comisionados, reunidos sin oposición en el ayuntamiento en número de ciento noventa y dos miembros, se constituyeron dictatorialmente en municipalidad, conservando

en su seno a Pethión, Dantón y Manuel, y nombrando presidente interino a Huguenín, del arrabal de San Antonio, el orador de la petición del 20 de junio. Tallián, joven patriota de veinticinco años, y redactor de un periódico titulado *El amigo de los ciudadanos*, fué elegido secretario del ayuntamiento que, desde las once de la noche, quedó convertido en comité director de los movimientos del pueblo y del curso de la insurrección. Pethión, en situación de arresto fingido, para salvar en su cargo de magistrado el pudor de la ley, no tomó parte alguna en los actos de aquella noche.

IV

El comandante general Mandat, hombre confiado, que respondía valerosamente del rey al pueblo, y del pueblo al rey, adoptó sus últimas disposiciones, dando crédito a las órdenes que Pethión le había firmado como alcalde de París. Mandat envió quinientos hombres con artillería al ayuntamiento para guardar el paso del arco de San Juan, por el que debían desembocar los revolucionarios del arrabal de San Antonio, y colocó otro batallón con dos cañones en el Puente Nuevo para disputar el paso a los marseleses, obligarlos a retroceder al barrio de San Germán y rechazarlos hacia el Puente Real, donde el cañón del pabellón de Flora los batiría en cuanto se presentaran; pero, para cumplir estas disposiciones, buenas en sí mismas, faltaban tropas seguras. Apenas Mandat había dado órdenes, cuando un decreto del ayuntamiento lo llamó al palacio municipal para que fuese a dar cuenta del estado de las Tullerías y de las medidas que había tomado para mantener la tranquilidad en París. Mandat, al recibir este decreto, vaciló entre sus presentimientos y su deber legal, pues, por la ley, la guardia nacional estaba a las órdenes del ayuntamiento y podía llamar al comandante. Además, Mandat ignoraba que el ayuntamiento, cambiado violentamente por las secciones, no era ya más que un comité de insurrección. Consultó a Rœderer, que, ignorando igualmente el cambio, le aconsejó que fuese; pero Mandat,

advertido por un secreto presentimiento, buscó pretextos, inventó excusas e intentó la dilación, hasta que, al fin, se decidió a marchar con su hijo, de doce años de edad, que se obstinó en acompañarle. Montó a caballo, y, seguido del chiquillo y de un ayudante de campo, encaminóse por los muelles al palacio municipal, y apenas subió las escaleras, se turbó al ver las caras austeras y desconocidas de los nuevos municipales, comprendiendo que tenía que responder ante los conspiradores de las medidas tomadas para hacer fracasar la conspiración.

—¿Por orden de quién — le preguntó Huguenin — habéis doblado la guardia de palacio?

—Por orden de Pethión — respondió tartamudeando el infortunado Mandat.

—Mostrad esa orden.

—La he dejado en las Tullerías.

—¿Desde cuándo está dada esa orden?

—Desde hace tres días, y la traeré.

—¿Por qué hicisteis marchar a la artillería?

—Porque cuando el batallón marcha, los cañones van detrás.

—¿La guardia nacional no retiene a Pethión a viva fuerza en palacio?

—Eso es falso; los guardias nacionales han manifestado gran deferencia y respeto al alcalde de París; yo mismo lo he saludado cuando salía.

Cuando se celebraba este interrogatorio, púsose sobre la mesa del Consejo general una carta de Mandat dirigida al comandante de la guardia del ayuntamiento y se pidió la lectura. Mandat daba en ella al batallón del ayuntamiento la orden de disolver los grupos que se dirigieran a palacio, atacándolos de flanco y por detrás. Esta carta era la sentencia de muerte de Mandat, y el Consejo ordenó que se le condujera a la Abadía. El presidente, al dar esta orden, hizo un gesto, que revelaba el alcance de ella. Un pistoletazo derribó al infortunado comandante en las escaleras del palacio municipal, y las picas y los sables acabaron de matarlo. Su hijo, que lo esperaba en el peristilo, precipitóse sobre su cuerpo y disputó en vano el cadáver a los asesinos. El cuerpo de Mandat, lanzado al Sena, hizo desaparecer la orden de Pethión.

Se ha acusado de este crimen a aquel en cuyo interés se cometió; pero la historia, severa en cuanto a la duplicidad de espíritu de Pethión, jamás ha encontrado su mano manchada con sangre. Sirvió a la Revolución con sus debilidades, con sus complicidades morales, pero jamás con el crimen. La orden de disparar sobre el pueblo, si se hubiera encontrado, acusaba a toda la corporación municipal, y la muerte de Mandat hacía desaparecer el único testimonio; aquel asesinato, cometido por manos desconocidas, no acusó a nadie y la corriente del Sena encubrió la responsabilidad del ayuntamiento. El Concejo nombró inmediatamente a Santerre comandante general de la guardia nacional, para reemplazar a Mandat. Pethión, que entraba entonces en su casa de regreso de la Asamblea, encontró a la puerta seiscientos hombres enviados por Santerre para guardarlo y defenderlo contra las emboscadas de la corte.

V

La noticia de la muerte de Mandat, llevada a las Tullerías por su ayudante de campo, consternó a los reyes e hizo dudar a la guardia nacional. Lachesnay, jefe de batallón, encargóse del mando; pero el ayuntamiento, ocupado por las secciones, y el mando general confiado a Santerre, le quitaban toda fuerza moral, y la suerte de Mandat presagiaba la suya.

Las dos vanguardias del ayuntamiento y del Puente Nuevo habían sido forzadas; los revolucionarios del arrabal de San Antonio, en número de quince mil hombres, desembocaban por el arco de San Juan; los marseleses y la gente del arrabal de San Marcelo, en número de seis mil, pasaban el Puente Nuevo; y una inmensa multitud de curiosos engrosaba aquel ejército del pueblo y, haciéndole ascender en apariencia, a más de cien mil almas. Estos dos cuerpos debían reunirse en el muelle del Louvre y adelantarse sin obstáculo hacia el Carrousel. La gendarmería a caballo, formada en orden de batalla en el patio del Louvre, viéndose sitiada por todos los postigos y no pudiendo cargar contra las paredes en

el estrecho recinto en que la habían encerrado, principió a murmurar contra los jefes y se dividió en dos destacamentos, uno de los cuales siguió ocupando inútilmente el patio del Louvre y el otro fué a formarse en la plaza del Palacio Real. Por el lado de los Campos Elíseos, de la plaza Vendôme y de la calle de San Honorato, no había obstáculo alguno que impidiera la afluencia del pueblo, e inmensas masas bloqueaban el jardín. El procurador del departamento, Røederer, al tener conocimiento de la muerte de Mandat y la instalación de un concejo insurreccional, escribió al consejo del departamento para que fuera a palacio a tomar medidas contra el nuevo ayuntamiento o a ratificar sus órdenes. El departamento envió dos comisionados a palacio para ponerse de acuerdo con Røederer. Estos comisionados eran los señores Levieillard y de Fauconpret, quienes, con Røederer, pasaron a un pequeño aposento que daba al lado de la habitación del rey. Røederer pidió al monarca que firmara una orden para el consejo del departamento, autorizándole para desalojar el lugar habitual de sus sesiones; pero Luis XVI respondió:

—Mis ministros no están ahí. Cuando vuelvan, daré la orden.

Aun no se veía claro en las habitaciones. Un momento después oyóse el ruido de un coche en el patio, entreabrieron las persianas del gabinete del rey para conocer la causa de aquel ruido: era el coche de Pethión que se alejaba vacío. El día principiaba a clarear. Madama Isabel acercóse a la ventana y contempló el cielo, que estaba encendido como por la reverberación de un incendio.

—Hermana — dijo a la reina —, venid a ver salir la aurora.

La reina se levantó, miró al cielo y exhaló un suspiro; aquél fué el último día en que María Antonieta vió el sol a través de una ventana sin rejas. Toda etiqueta había desaparecido y las clases se confundían por la común agitación. A cada noticia que llevaban al rey o a la reina, la multitud de criados, de amigos y de militares se agolpaban familiarmente en torno de ellos, manifestando sus impresiones y dándoles consejos. El rey veíase obligado a cambiar con frecuencia

de sitio y buscar los aposentos más retirados para oír a los ministros que tenían que hablarle en privado.

A las tres se retiró de nuevo a su aposento, dejando a la reina, a Madama Isabel, a los ministros y a Røederer en la sala del Consejo. Se cree que, abrumado por las fatigas y emociones del día y de la noche, y tranquilo con las noticias que acababa de recibir, fué a buscar algunos momentos de descanso para recobrar fuerzas que habían de serle necesarias al despuntar el nuevo día. La reina y su hermana tenían a su lado a la princesa de Lamballe, la princesa de Tarente-Latremouille, las señoras de Laroche-Aymón y de Ginestous; las señoras de Tourzel, aya de los príncipes, de Makau, de Bouzy y de Villefort, segundas ayas; damas de la corte, a quienes los peligros y los reveses de sus señores elevaron de un golpe en aquella noche hasta el completo olvido de sí mismas, ¡heroísmo natural en las mujeres! La duquesa de Maillé, dama de palacio, que no estaba allí la víspera y cuyas opiniones populares la habían hecho sospechosa para la corte en los primeros días de la Revolución, cuando por la noche tuvo noticia del próximo ataque a las Tullerías y de los peligros de la familia real, salió a pie de su casa y cruzó sola y sin ocultar su nombre y su adhesión a la reina, las oleadas de pueblo que obstruían las entradas de las Tullerías para penetrar en palacio; pero la turbamulta la separaba como a una insensata.

—Dejadme ir — gritaba — adonde la amistad y el deber me llaman. ¿Las mujeres no tienen también honor y corazón? ¡El mío es de la reina! ¡Vuestro patriotismo consiste en aborrecerla, el mío en morir a sus pies!

VI

Las mujeres del pueblo, enternecidas con esta demencia de fidelidad que arrojaba a la muerte, rechazaron sin insultar a la duquesa de Maillé y la obligaron a viva fuerza a retroceder a su casa. La reina, Madama Isabel, todas aquellas señoras, todos aquellos magistrados y todos aquellos militares se sentaban indis-

tintamente en las banquetas y en los taburetes de la sala del Consejo, y las princesas hablaban con frecuencia a Røederer. Este mostró durante toda la noche, como el 20 de junio, su carácter de gran ciudadano constitucional, pues aunque adicto al partido de la Constitución, inspiró confianza a la familia real, y su actitud fué la de la ley. Intrépido como magistrado, triste como ciudadano, respetuoso como hombre, su enternecimiento ante las angustias que había en palacio no se ocultó a la reina, ni a su hermana, ni al rey. Madama Isabel se acercaba con frecuencia a él para hacerle preguntas con triste jovialidad, y la reina veía en él un consejero austero, pero leal, y el rey un íntimo amigo. A las cuatro el rey volvió a salir de su dormitorio y se presentó en la sala del Consejo. Las arrugas de su traje y el desarreglo de su peinado demostraban que se había acostado un momento. Su cabello, empolvado y rizado por un lado, estaba aplastado y sin polvos del otro; la palidez de su rostro, la tristeza de sus ojos y los músculos de su boca tendidos y palpitantes con involuntarios movimientos, atestiguaban que había llorado en secreto; pero en su frente había la misma serenidad, y la misma sonrisa de bondad en sus labios. Las cosas humanas no tenían poder para imprimir el resentimiento en el alma ni en el rostro de aquel rey, cuyos amigos jamás habían amado, ni sus enemigos despreciado en él más que la bondad: tal era su defecto y su virtud. La reina y Madama Isabel se arrojaron en sus brazos con una sonrisa de felicidad; lo llevaron al hueco de una ventana y le hablaron durante algunos minutos en voz baja, con la más tierna familiaridad. Cada una de las princesas tenía una de las manos del rey entre las suyas; él las miraba alternativamente con tristeza, pareciendo pedirles perdón por los tormentos que por su causa padecían. El respeto había alejado a todos los nobles. La familia real pasó después al lado de los patios para apreciar sin duda el número y la actitud de las tropas acampadas junto a palacio; un poco después la reina hizo llamar a Røederer, a quien recibió en la habitación de Thiéri, ayuda de cá-

mara del rey. Esta habitación daba al pequeño taller de cerrajería de Luis XVI. La reina estaba sola sentada cerca de la chimenea, con la espalda vuelta hacia la ventana, cuando entró Dubouchage, ministro de Marina, que se quedó algo separado, como quien vigila y espera. La reina, visiblemente inquieta por lo que había visto en los patios, por el pequeño número de defensores y por lo que le habían dicho de las masas siempre crecientes de los sitiadores, empezaba a desalentarse de nuevo: encontrábase en uno de aquellos momentos en que la realidad, que se teme ver, aparece por primera vez, y en que uno, al reconocerla, se rebela todavía contra ella. María Antonieta preguntó a Røederer qué había que hacer en tales circunstancias, y el interrogado no disimuló lo que podía despedazarle el corazón para ilustrarla. Indicóle la idea de poner al rey y a su familia bajo la salvaguardia de la nación, conduciéndolos al seno de la representación nacional, y haciéndolos así tan inviolables y sagrados como la misma Constitución.

—Si el rey ha de perecer, señora —dijo Røederer—, es necesario que perezca del mismo golpe que la Constitución; pero el pueblo se detendrá ante su propia imagen personificada en la Asamblea de sus representantes. La misma Asamblea no podrá menos de defender al rey; la insurrección, ante la casa del rey, tendrá que ser parricida ante el santuario de la nación.

Estos fueron los consejos que Røederer dió a María Antonieta, quien enrojeció al escucharlos, pues su orgullo de reina luchaba en su alma con su ternura de esposa y de madre. Dubouchage, noble, leal, y marino intrépido, vino al socorro de las perplejidades de la reina.

—De ese modo, señor —dijo a Røederer—, proponéis llevar al rey ante el enemigo.

—La Asamblea es menos enemiga de lo que creéis —replicó el procurador del departamento—, supuesto que en la última votación monárquica, cuatrocientos contra doscientos lo hicieron en favor de Lafayette. Además, entre los peligros escojo el menor y propongo el único partido que puede salvar al rey.

VII

La reina, con acento de resolución como si hubiera tratado de asegurarse a sí misma con el sonido de su propia voz, dijo:

—Señor, hay fuerzas aquí; entre el rey y los facciosos, ¿se puede saber quién ganará?

Rœderer propuso que se oyera al comandante general, que había sucedido al infortunado Mandat; era Lachesnay. Le mandaron llamar, y, cuando se presentó, le preguntaron si las disposiciones adoptadas en el exterior para la defensa eran suficientes para considerar el palacio seguro, y si él había tomado medidas para contener los revoltosos que venían sobre las Tullerías. Lachesnay respondió afirmativamente, añadiendo que el Carrousel estaba guardado; y luego, dirigiendo la palabra con tono algo serio y como de reconvencción, dijo a la reina:

—Señora, no debo ocultaros que las habitaciones están llenas de gentes desconocidas que rodean al rey y cuya presencia irrita a la guardia nacional.

—La guardia nacional no tiene razón, son hombres seguros—respondió la reina.

La actitud y el lenguaje de María Antonieta convencieron a Rœderer de que en palacio estaban decididos a aceptar la batalla al día siguiente, y que se deseaba obtener una victoria para imponer la ley a la Asamblea. Entonces, insinuó que, al menos, escribiera el rey al cuerpo legislativo solicitando socorros; pero el señor Dubouchage combatió también la idea.

—Si esta idea no vale nada — replicó Rœderer—, que vayan dos ministros a la Asamblea y le pidan que envíe comisionados a palacio.

Adoptóse este partido, y Joly y Champión salieron para presentarse a la Asamblea.

Esta deliberaba tranquilamente acerca de la trata de negros cuando llegaron los dos ministros. Joly, que era el de Justicia, expuso los peligros de la situación, la urgencia de las medidas, y declaró que el rey deseaba que una diputación de la representación nacional secundara sus

esfuerzos para preservar la Constitución y proteger a su familia; pero la Asamblea pasó desdeñosamente a discutir la orden del día. Era poco numerosa, estaba distraída y como aletargada, y encontrábase en la actitud de los cuerpos políticos que esperan una gran ruina y se colocan fuera del acontecimiento.

VIII

Joly y Champión salieron desanimados. Rœderer y los demás ministros permanecieron en sesión en el gabinete inmediato al del rey. Los miembros del departamento llegaron; notificaron a los ministros la formación del nuevo ayuntamiento, enterándoles también de que acababa de repartir cartuchos a los marseleses, quienes, con el batallón de los franciscanos, debían estar ya en marcha. La ley, menospreciada en todas partes, no tenía ya otro asilo que las Tullerías, y los ministros insistieron en que el rey fuera a pedir protección a la Asamblea.

—¡No — respondió Dubouchage, que acababa de oír desde la ventana los ultrajes proferidos contra el rey por los batallones de las picas—; sólo aquí puede estar seguro Luis XVI; es necesario que triunfe o que perezca!

Los miembros del departamento con Rœderer a la cabeza resolvieron entonces ir ellos mismos al cuerpo legislativo, hacerle conocer la situación, los consejos que daban al rey, y tratar de que la Asamblea adoptase una resolución que lo salvara todo. Junto a la Asamblea encontraron a los dos ministros que salían, y el de Justicia dijo:

—¿Qué vais a hacer? Venimos de suplicar a la Asamblea que llame al rey a su seno, y apenas nos ha escuchado; no hay número suficiente para tomar acuerdos, pues no llegan a sesenta los miembros presentes.

El departamento, desanimado, regresó al palacio con los ministros. Los artilleros, que estaban con los cañones debajo del vestíbulo al pie de la escalera, los detuvieron.

—Señores — les preguntaron con gran ansiedad—, ¿tendremos que disparar contra nuestros hermanos?

—No estáis ahí — respondió Rœderer

— más que para guardar la mansión del rey e impedir que se fuerce la entrada. Loş que hagan fuego contra vosotros, no serán vuestros hermanos.

Habiendo tranquilizado, al parecer, estas palabras a los artilleros, se suplicó a Røederer y a sus colegas que las repitiesen en los patios donde los guardias nacionales tenían los mismos escrúpulos. Røederer y sus compañeros atravesaron el vestíbulo y entraron en el palacio, que estaba apercebido para la defensa. A la derecha había un batallón de granaderos de la guardia nacional, formado en ala, que se extendía desde las ventanas del palacio hasta el muro del Carrousel. A la izquierda, y dando frente a este batallón cívico, había otro de guardias suizos. Estos dos batallones, cruzando sus fuegos, destrozarian a los revolucionarios que penetrasen desde el Carrousel en el patio; entre estas dos filas de bayonetas, había cinco piezas de artillería enfiladas contra el Carrousel, junto a la puerta principal de palacio que acribillarían a los que diesen el asalto por aquel lado, como las cinco piezas situadas a la puerta del jardín, los hostilizarían por el lado opuesto; idénticas disposiciones daban a los demás patios apariencias inexpugnables. La diputación del departamento encaminóse directamente al sitio en que se encontraba el batallón de la guardia nacional, y Røederer, colocándose en el centro, le arengó en términos claros, firmes y moderados, como convenía a un órgano impenetrable de la ley.

—Nada de ataque — dijo —, sino serenidad, firmeza, y defensa resuelta.

IX

El batallón no manifestó entusiasmo ni duda; el procurador sındico fué al medio del patio para dirigir la misma alocución a los artilleros. Estos afectaron colocarse fuera del alcance de su voz para no oír órdenes ni consejos que no querían obedecer; pero uno de ellos, hombre de aspecto marcial y de resuelta fisonomía, acercándose al magistrado, le dijo:

—Si disparan contra nosotros, ¿estareis ahí?

—Estaré — respondió Røederer — y no detrás de vuestras piezas, sino delante,

a fin de que si alguno debe perecer en este día, perezcamos nosotros los primeros en defensa de las leyes.

—*Nosotros estaremos todos* — gritaron al unísono los miembros del departamento.

Al oír esto, el artillero, con gesto más expresivo que las palabras, descargó su cañón, derramó la pólvora por tierra, y apagó la mecha que estaba encendida, poniéndole el pie encima. Era la ley que se desarmaba en presencia del pueblo, y éste aplaudió al artillero desde lo alto de las tapias del Carrousel.

Mientras así se defraudaban las esperanzas del departamento, los empleados municipales daban a los suizos la orden de rechazar la fuerza con la fuerza. A pocos pasos de allí algunos emisarios marseleses, que habían penetrado en los patios, arengaban a los soldados extranjeros tratando de persuadirles de que no hicieran fuego contra los patriotas que querían ser libres y republicanos como ellos. De repente, oyéronse redoblados golpes en la puerta real; acudió Røederer, hizo abrir un postigo, y entró un joven delgado, pálido y conmovido, oficial de artillería, diciendo que su destacamento deseaba ir a la Asamblea y bloquear el cuerpo legislativo hasta que decretara la destitución del rey, y que el pueblo tenía doce cañones en el Carrousel.

—Pedimos — añadió — que se nos deje pasar atravesando el palacio y el jardín para ir a exponer el deseo del pueblo al cuerpo legislativo; pero no queremos ocasionar daño alguno, pues todos somos ciudadanos. Como vos, no queremos atentar contra la libertad de la Asamblea, sino, por lo contrario, devolverle la libertad que le han arrebatado las conspiraciones de la corte.

Después de un diálogo sostenido por aquel joven con los magistrados, en medio de los repetidos golpes que conmovían la puerta y del murmullo de la multitud que aumentaba detrás del muro, el departamento se retiró, y el destino precipitó el desenlace.

X

Previendo la reina que este desenlace ocurriría al amanecer y que sería sangriento, y no queriendo que el asalto a

palacio y el hierro de los marseleses sorprendiera a sus hijos en el lecho, lo hizo despertar, vestir y llevar junto a su lado a las cinco de la mañana. El rey y la reina los besaron con gran ternura, como se ase con más fuerza aquello que tememos que nos arrebaten. El Delfín estaba contento y juguetón, como correspondía a su edad, pues la inusitada hora de levantarse, y el aparato militar de las habitaciones, del jardín y de los patios le divertían, ocultándole la muerte el brillo de las armas. Su hermana, de más edad y más formal, adivinaba el triste destino en los ojos de su madre y en las oraciones de su tía. La presencia de aquellos dos hermosos niños entre las dos augustas damas conmovió a los guardias nacionales apostados en la habitación, e hizo derramar las lágrimas el entusiasmo de los voluntarios acampados en la galería de los Carrachios. El mariscal de Mouchy y los ministros suplicaron al rey que robusteciera con su presencia aquellas buenas disposiciones y pasara revista a todas las fuerzas que la adhesión a la realza o la obediencia a la ley habían reunido en torno de palacio. Aquellas tropas eran poco numerosas y poco resueltas; pero, ¡cuántas veces la presencia de un príncipe no ha duplicado su número con el entusiasmo y ha hecho cambiar la fortuna!

Pero para comunicar esta electricidad moral a las masas, es necesario sentirla en sí mismo, pues sólo los héroes comunican el heroísmo, y Luis XVI nada tenía en la palabra ni en el alma que pudiera inflamar a la multitud: ésta buscaba en él a un rey, y encontraba un padre de familia, pues hasta el aspecto del hombre quitaba todo prestigio al rey. Si los batallones indecisos hubieran visto salir al amanecer por las puertas de palacio a un príncipe a caballo, joven, atrevido, ardoroso y dispuesto a jugarse la vida con la intrepidez que favorece la juventud; si un anciano, descubriendo la frente, hubiera mostrado sus blancos cabellos ante el pueblo y hecho un llamamiento a la compasión, última elocuencia de los reveses; si algunas palabras dirigidas al corazón de los soldados hubieran circulado de fila en fila e impreso una de las corrientes de emoción marcial

que tan fácilmente arrebatan a los hombres; si una bandera, un gesto o una espada desenvainada a tiempo hubiera fascinado los ojos e inclinado aquel bosque de bayonetas bajo la más ligera emoción de entusiasmo, se habría combatido, se habría vencido, y la Constitución, afirmada por una victoria, hubiera durado algunos meses más.

Pero Luis XVI no tenía ni la gracia de la juventud que seduce, ni la majestad de la vejez que entenece. Su aspecto carecía de la marcialidad que revela el jefe al soldado, y el padre al pueblo; en lugar de vestir uniforme y montar a caballo, estaba a pie, con frac color de violeta, color de luto de los reyes; sin botas, sin espuelas, con zapatos de hebillas, calzado de corte, medias de seda blanca, el sombrero debajo del brazo, y el cabello rizado y empolvado la víspera, sin que una mano cuidadosa hubiera arreglado en el peinado el desorden de los sueños rápidos y de las agitaciones de la noche. Su mirada era triste e indecisa; en su boca se descubría la sonrisa graciosa, pero ordinaria en todas las horas de su vida de rey; y su paso, pesado e incierto, hacía balancear su cuerpo ya sobre un pie, ya sobre otro, como en los fríos recibimientos de la corte. Todo en él carecía de expresión; se esperaba todo y no inspiraba nada, siendo necesario reflexionar para entenererse, porque no había en él otro prestigio que el del abatimiento.

XI

Sin embargo, la presencia de Luis XVI, arrancado al sueño por la insurrección, de la reina, de Madama Isabel vestida de luto y de los niños conducidos por la mano, que solicitaban, yendo procesionalmente y en silencio por las salas y los patios de su casa, la fidelidad de los amigos, el honor del soldado y la piedad de los enemigos, tenían una elocuencia arrebatadora. El rey tartamudeaba algunas palabras, que apenas eran oídas y siempre las mismas, como un refrán que evita el pensar.

—Señores... se dice que vienen... no sé lo que quieren... veremos... mi causa es la de la Constitución y la de todos los



buenos ciudadanos... cumpliremos nuestro deber, ¿no es verdad?

Estas palabras, pronunciadas de vez en cuando e interrumpidas por algunas aclamaciones y por el sonido de las armas que los centinelas presentaban al rey, no eran suficientes para la gravedad del momento, aunque la reina, que seguía paso a paso al rey, les daba elevación por la nobleza de su continente, por el movimiento grave y gracioso de su cabeza y por la expresión de su mirada. Hubiera querido inspirar su alma al rey y sentía revelar en su actitud, en su palidez y en su emoción, los sentimientos de reina, de esposa y de madre, que el sexo le sugería. Se conocía que lloraba interiormente, pero que el valor y la cólera secaban sus lágrimas a medida que brotaban; su respiración era corta, fuerte y ruidosa, y su pecho se elevaba al impulso de la indignación. Su rostro, fatigado y pálido por el insomnio, pero colorado por la voluntad y exaltado por la intrepidez de su alma; sus ojos, que hablaban como relámpagos continuos a los ojos que la contemplaban; su mirada, que imploraba, que conmovía y que desafiaba, según encontraba los semblantes fríos, amigos u hostiles; la ansiedad con que buscaba en los rostros la impresión que producían las palabras del rey; su labio, levantado y palpitante; su nariz aguileña, con las ventanas abiertas por la emoción; la actitud de su cabeza erguida por el peligro; su paso, triste; sus brazos, caídos; su apostura, orgullosa; las señales aún recientes de la belleza que principiaban a borrar los años; el recuerdo de las adoraciones que había respirado en aquellas salas, en que ahora buscaba inútilmente algunos brazos que la defendieran, los rayos del sol de la mañana que penetraban en los aposentos, ondeando sobre sus cabellos como una corona vacilante en su cabeza; las armas, la multitud, las aclamaciones, el silencio en medio del cual marchaba, todo imprimía a su persona una majestad de valor, de dignidad y de tristeza, que igualaba ante los espectadores la solemnidad de la escena con la grandeza del acontecimiento. Era la Niobe de la monarquía, la estatua de la majestad descendiendo del trono, sin

haberse manchado ni degradado con su caída. Jamás fué tan reina como aquel día.

XII

Fué reina, a pesar de su pueblo y de su suerte, y su aspecto enterneció profundamente a los guardias nacionales más indecisos, haciéndoles desenvainar los sables. Los guardias suizos, la gendarmería, los granaderos, los voluntarios, los nobles, la clase media, el pueblo, todas las armas, todos los puestos, todas las salas y todas las escaleras se conmovieron del mismo modo al verla pasar, prometiéndole todas las miradas; todos los gestos y todas las palabras mil vidas por defenderla. La palidez de las grandes emociones habíase esparcido sobre todos los semblantes, y las lágrimas corrían de los ojos de los aguerridos soldados. Llena de seducción para la guardia nacional, de benévola dignidad para los guardias suizos, de gracia para los amigos, fué al pasar ante las filas de los nobles, reunidos en la gran galería, objeto de un culto caballeresco. Unos le pedían la mano para besarla, otros le suplicaban que tocase sus armas, aquéllos arrojábanle los capotes a los pies y a los del Delfín y de madama Real, éstos, más familiares, levantaban en brazos al niño por encima de sus banderas, bandera viva por la que juraban morir.

Al ver estos transportes, la reina se llenó de exaltación, y cogiendo dos pistolas del cinto del señor d'Affry, comandante de los suizos, presentólas al rey, diciéndole:

—He aquí el momento de presentarse o de morir con gloria en medio de los amigos.

El rey devolvió las pistolas al señor d'Affry, comprendiendo que la vista de aquellas armas le despopularía y que su mejor defensa en concepto de los ciudadanos eran su inviolabilidad y la ley.

Después de haber visitado todos los puestos del interior de palacio con su familia, el rey bajó al vestíbulo de la escalera principal e hizo subir a la reina, a Madama Isabel y a los niños a las habitaciones, porque quiso concluir solo la revista de las fuerzas exteriores, temero-

so de que la reina, tan calumniada por el pueblo, tuviera que sufrir algunos ultrajes, y quizá algunos peligros personales al pasar ante los batallones.

XIII

El rey se adelantó hacia el patio de palacio, seguido de los señores de Bois-sieu y de Menou, mariscales de campo que mandaban en las Tullerías; de los señores Maillardoz y de Bachmann, oficiales superiores de los guardias suizos; del señor de Lajard, antiguo ministro de la Guerra; del señor Dubouchage, ministro de Marina, y del príncipe de Piox-Noailles, antiguo capitán de los guardias de corps. El ruido de los tambores que hacían los honores, las voces de mando de los oficiales, las aclamaciones de los realistas que se agolpaban a las puertas, a las ventanas y a los balcones de palacio, y que, agitando los sombreros en el aire, gritaban ¡*Viva el rey!*, impresionaron a los batallones que estaban sobre las armas, arrancándoles algunos últimos gritos de fidelidad. La reina, Madame Isabel, las camaristas y los sirvientes que los rodeaban, lloraron de alegría al contemplar desde el balcón de la sala de Guardias aquellas muestras de adhesión; pero esta alegría tuvo poca duración. Dos batallones dudosos entraron en el patio mientras duró la revista; silenciosos y tristes, formaban gran contraste con los batallones decididos; los artilleros, impasibles hasta entonces, fueron a unirse con ellos, y el señor de Boissieu, creyendo que era prudente alejarlos, los situó en el terraplén de la orilla del Sena. Desfilaron ante el rey, dando gritos de ¡*Viva la Nación!*

El rey, desde los patios, pasó al jardín, y los batallones realistas de los barrios de Petits-Peres y de las Hijas de Santo Tomás, formados en orden de batalla a derecha e izquierda de la puerta principal, sobre el terraplén de palacio, lo cubrieron con sus bayonetas, haciéndole objeto de su entusiasmo y de sus juramentos. Los granaderos lo rodearon suplicándole que pasara revista a sus camaradas apostados, al extremo del jardín, en el puente Giratorio, para afirmar con su presencia aquel punto tan importante

para la defensa. El rey se arriesgó a ello, a pesar de las observaciones de algunas personas de su acompañamiento que temían que lo atacasen en el camino los batallones de picas, formados en orden de batalla en el terraplén de la orilla del río.

La pequeña comitiva real atravesó el jardín a lo largo sin accidente, y los granaderos del puente se mostraron resueltos y enérgicos; pero la guardia nacional estaba dividida en dos partidos, como Francia, y, apenas se separó el rey del puente para regresar a palacio, cuando los batallones de picas, los del arrabal de San Marcelo y los dos batallones que entraron mientras se pasaba revista y que habían sido colocados por Boissieu en el terraplén del Sena, prorrumpieron, a grandes voces, en insultos y amenazas contra la corte, rumor que subió desde el jardín a las habitaciones de las Tullerías. La reina, sentada en el aposento del rey, descansaba rodeada de sus hijos, de su hermana, de los ministros y de Røederer. Al oír aquel estrepitoso rumor, uno de los ministros acercóse corriendo a la ventana, la reina corrió también; pero el ministro la separó respetuosamente para evitar que viera los ademanes y los ultrajes de que se hacía víctima a Luis XVI.

—¡Gran Dios! — exclamó María Antonieta—. ¡Es al rey a quien silban! ¡Estamos perdidos! — y cayó abatida bajo el peso de aquellas alternativas de vida y de muerte.

El rey entró, pálido, desencajado y sudoroso, con la esperanza perdida en el alma y la vergüenza en la frente; en el trayecto del puente Giratorio a las Tullerías, devoró la desesperación y la ignominia, viendo blandir de lejos contra él las picas, los sables y las bayonetas que debían defenderle. Los puños levantados, los gestos amenazadores, los apóstrofes cínicos, los movimientos de rabia de algunos furiosos que se esforzaban por bajar desde el terraplén al jardín para caer sobre la escolta, apenas contenidos por sus camaradas y vengándose de su impotencia con sus imprecaciones, acompañaron al rey hasta la puerta de palacio. La débil escolta ni siquiera hubiera podido salvarle la vida. Un hom-

bre, con uniforme de la guardia nacional y de siniestro aspecto, metíase frecuentemente la mano debajo del uniforme como para buscar un puñal, y seguía al rey paso a paso. Un granadero acercóse a aquel hombre permaneciendo siempre colocado entre el rey y él. Al volver a entrar en el cuerpo de guardia, después de haber puesto al rey al abrigo en el palacio, el granadero se desmayó por el horror que le había causado la escena que acababa de presenciar.

Apenas había entrado el rey en palacio, cuando dos de los batallones situados a la orilla del río, salieron por la verja del Puente Real con los cañones, y se colocaron en orden de batalla en el muelle entre el puente y el jardín para esperar a los marseleses y atacar juntos, y en el patio real se desbandaron otros dos batallones. Volvieron a entrar en el Carrousel para esperar a los que tardaban en venir e inducirles a la rebelión, y la masa del pueblo, los federados de Brest y los insurreccionados de los arrabales agrupáronse en la plaza alrededor de aquellos batallones.

XIV

Eran las siete de la mañana; las campanas no habían cesado de tocar a rebato en toda la noche; desde la hora matinal en que el pueblo se levanta para ir a sus trabajos, las calles y las plazas, casi desiertas al principio, se encontraban atestadas de gente, que, detenidas en sus movimientos, esperaban que los batallones de sus barrios se reunieran para seguirlos, y apenas se percibía una débil corriente hacia el Louvre y hacia el Puente Real, en las calles que se dirigen desde los barrios de San Antonio y San Marcelo al centro de París. Los dos focos principales del movimiento eran entonces el palacio municipal con Sauterterre y Westermann, y el antiguo edificio de los Franciscanos, donde celebraba sus sesiones el club de este nombre y estaban acuartelados los marseleses.

Los franciscanos, con su club y su cuartel, eran para el arrabal de San Marcelo y la orilla izquierda del Sena, lo que el palacio municipal para el arrabal de

San Antonio y para la orilla derecha; el corazón y el brazo de la insurrección. A media noche Dantón, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Carra, Rebecqui, Barbaroux y los principales agitadores del club habíanse constituido en sesión permanente. Dantón, el orador de los franciscanos y el hombre de Estado del pueblo, hizo abrir el salón de los marseleses, a quienes dijo:

—¡A las armas! La campana, que es la voz del pueblo, os llama al socorro de vuestros hermanos de París; habéis venido de un extremo de Francia para defender la capital de la nación amenazada por los conspiradores del despotismo, y ¡ojalá que este toque anuncie la última hora de los reyes y la primera de la venganza y de la libertad del pueblo! ¡A las armas, y todo se hará!

Tan pronto como Dantón concluyó de pronunciar estas palabras, resonó la canción de *Ça ira* en las bóvedas de los franciscanos. Carra, Fabre d'Eglantine, Rebecqui, Barbaroux y Fournier *el Americano* habían empleado la noche en poner a los marseleses sobre las armas y en agrupar a los federados de Brest alrededor de los batallones revolucionarios. Gran número de federados sueltos de los departamentos uníanse a aquella cabeza de columna, formando un verdadero campamento en los patios y en los edificios de los franciscanos. Los artilleros de Brest y de Marsella descansaron con la mecha encendida junto a los cañones. Dantón habíase retirado, poco seguro aún del resultado de la noche, y, cuando se le creía ocupado en anudar en misteriosos conciliábulos las últimas tramas de la conjuración, entraba en su casa y se acostaba vestido para dormir un momento, mientras su mujer velaba y lloraba al lado de su cama. Después de haber concebido y dado impulso al proyecto, abandonaba el resto a los hombres de acción, y el éxito a la cobardía o a la energía del pueblo; pero no obraba así por timidez, sino por conocimiento profundo de las revoluciones. Dantón, que profesaba la filosofía de las tempestades, sabía que, una vez formadas, es imposible dirigir las, y que hay en las convulsiones de los pueblos, lo mismo que en las batallas, azares contra los que el

hombre es impotente, sin que le quede otra cosa que hacer que sentarse y descansar mientras espera.

LIBRO XXII

Los insurrectos emprenden la marcha.—Westermann se apodera del mando de la vanguardia.—Disposiciones que adopta.—Sus antecedentes.—Rœderer aconseja al rey que se presente a la Asamblea.—El rey resuelve hacerlo.—Partida.—Atraviesa el jardín.—Aspecto de la Asamblea.—Palabras del rey.—Contestación del presidente (Vergniaud).—El rey y su familia en la tribuna del logógrafo.—Contestación del pintor David al rey.—Arresto de Suleau y de otros muchos realistas.—Su asesinato.—Confusión general en palacio.—Victoria pasajera de los suizos.—Emoción de la Asamblea.—Los marseleses atacan nuevamente las Tullerías.—Defensa y matanza general de los suizos.—El pueblo saquea el palacio.—Asesinatos.—Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil.—El joven Carlos de Antichamp.—El vizconde de Broves.—Las damas de honor y las criadas de la reina.—Los señores Sallas, Marchais, Diet.—El señor de Clermont-Tonnerre es asesinado.—Westermann en casa de Dantón,

I

Cuando Santerre hubo convenido en el ayuntamiento las últimas medidas con los nuevos comisarios de las secciones, fué al muelle y envió a decir a los marseleses que el Puente Nuevo sería el punto de reunión de ambas columnas. Estas se confundieron desordenadamente, al son de tambor y de los cánticos de *Ça ira*, en la plaza del Louvre, e invadieron sin obstáculo el Carrousel, precedidas por un hombre montado en un caballo negro que, cuando llegó a los postigos del Carrousel, se apoderó del mando por el derecho del uniforme y por la autoridad de Dantón. La multitud le obedeció por la necesidad que tenía de dirección y de unidad que subordina a las masas en el momento del peligro. El jefe le mandó desfilar en buen orden, la formó en orden de batalla en el Carrousel, colocó los cañones en el centro, extendió las dos alas de modo que pudieran sitiar y dominar los batallones indecisos que estuvieran esperando la fortuna para pronunciarse. Adoptadas estas disposiciones con el golpe de vista y la sangre fría de un general consumado, condujo su caballo al paso hacia la puerta del palacio, acompa-

ñado de un grupo de federados de Brest y de marseleses, pegó con el puño del sable en la puerta y pidió imperativamente que se franqueara la entrada al pueblo.

Aquel hombre era Westermann, joven prusiano expatriado que había entrado al servicio de Francia pocos años antes de la Revolución, siendo poco después elevado al grado de oficial, a causa del excesivo número de militares franceses que habían emigrado. Inteligente, aventurero e intrépido, su instinto había previsto la guerra civil y las fortunas militares que las revoluciones ocultan en su seno para los soldados felices. Al acercarse el 10 de agosto, vino a París con objeto de acechar la ocasión de ascender o de morir, decidiéndose por la causa del pueblo. Dantón adivinó su propósito, lo conoció, afilió, y lo puso al frente de la multitud después de haberla sublevado. Santerre, aunque comandante general, conoció la superioridad del joven alemán, y dejóle el mando de la vanguardia y los azares de la expedición.

Viendo Westermann que los suizos y los granaderos nacionales rehusaban abrir las puertas, mandó avanzar cinco piezas de artillería y amenazó echarlas abajo. Las puertas, que eran de madera y se caían de viejas, no podían resistir ni la primera descarga, y, al acercarse Westermann, los empleados municipales Borrie y Leroux, Rœderer y los otros miembros del departamento, testigos de la incertidumbre de las tropas y conociendo la inminencia del peligro, subieron precipitadamente a palacio y atravesaron las salas que precedían al aposento del rey con la consternación reflejada en los rostros. El rey encontrábase a la sazón sentado junto a una mesa colocada a la puerta del gabinete, con las manos apoyadas en las rodillas en la actitud de quien espera y escucha; la reina, con los ojos enrojecidos y las mejillas animadas por la inquietud, estaba sentada con su hermana y los ministros entre la ventana y la mesa del rey; y la señora Lamballe y de Tourzel con los niños, cerca de la reina.

—Señor — dijo Rœderer —, el departamento desea hablar a V. M. sin más testigos que su familia.

El rey hizo una señal, y todos, excepto los ministros, se retiraron.

—Señor — continuó el magistrado—, no tenéis más que cinco minutos que perder; ni el número ni la actitud de los hombres congregados aquí para defenderos pueden garantizar vuestra vida y la de vuestra familia, pues los artilleros acaban de descargar los cañones, y en todas partes se ve la insubordinación, en el jardín y en los patios. El Carrousel está ocupado por los marseleses, y no hay otro lugar de salvación para vos que la Asamblea: ésta es la opinión del departamento, único cuerpo constituido que tiene en este momento la responsabilidad de vuestra vida y de la Constitución.

—Pero yo — contestó el rey — no he visto mucha gente en el Carrousel.

—Señor — replicó Rœderer—, hay doce cañones y un innumerable ejército de los arrabales sigue a los marseleses.

Gerdret, administrador del departamento, conocido de la reina, a quien suministraba fondos, apoyó con algunas palabras la opinión de Rœderer, y María Antonieta dijo:

—Calla, Gerdret, a vos no os toca alzar aquí la voz; dejad hablar al señor procurador síndico—y, después, dirigiéndose a Rœderer, agregó—: Pero nosotros tenemos aún fuerzas.

—Señora — contestó éste—, todo París está en movimiento—y, reanudando con tono más afirmativo su diálogo con el rey, prosiguió—: Señor, el tiempo urge; esto no es una súplica, no es un consejo que os dirigimos, es el último recurso que nos queda. Os pedimos permiso para violentaros y conducirnos a la Asamblea.

El rey levantó la cabeza, miró fijamente a Rœderer durante algunos minutos para leer en sus ojos si aquella insistencia ocultaba la salvación o alguna asechanza, y, después, volviéndose hacia la reina e interrogándola con una rápida mirada, dijo: «Marchemos», y se levantó. Madama Isabel, al oír esto, se levantó también y, adelantando la cabeza por encima del hombro del rey, exclamó:

—Al menos, señor Rœderer, ¿respondéis de la vida del rey?

—Sí, señora, tanto como de la mía — respondió ambigüamente.

Recomendó al rey que no se hiciera acompañar por nadie de la corte, ni llevara más comitiva que el departamento y una doble fila de granaderos nacionales. Los ministros reclamaron el derecho de no separarse del jefe del poder ejecutivo, y la reina imploró el mismo favor para la princesa de Lamballe y para la señora de Tourzel, aya de sus hijos, a lo que accedió el departamento.

En aquel momento, Rœderer adelantándose hacia la puerta del gabinete del rey y alzando la voz, dijo a la multitud de espectadores:

—El rey y su familia van a la Asamblea solos, sin más comitiva que el departamento y los ministros; abridles paso.

II

Inmediatamente se divulgó en todo el palacio la noticia de la marcha del rey. Si hubiera sonado la hora postrera de la monarquía, no habría sido más terrible ni más funesta para sus defensores. Sólo el respeto contuvo la indignación y el dolor en el alma de los guardias suizos y de los nobles, cuyos brazos y sangre dejaban de utilizarse. Lágrimas de vergüenza se desprendían de los ojos de aquellos leales servidores, algunos de los cuales arrancáronse del pecho la cruz de San Luis y rompieron las espadas con los pies.

Mientras que Lachesnaye hacía avanzar la escolta del rey para formar filas alrededor de él, éste se detuvo algunos minutos en su aposento, recorrió lentamente el círculo formado por las personas de su intimidad, y anuncióles su resolución. La reina, sentada e inmóvil, ocultaba el rostro en el seno de la princesa de Lamballe cuando llegó la guardia. El acompañamiento desfiló silenciosamente por medio de una multitud de rostros consternados y cuyas miradas fijábanse en el suelo por temor de encontrarse con otras. Al atravesar la sala llamada *Ojo de Buey*, el rey tomó, sin decir nada, el sombrero del guardia nacional que marchaba a su derecha, y puso sobre la cabeza de aquel granadero el suyo adornado con un plumero blanco. El guardia nacional, admirado, quitóse respetuosa-

mente el sombrero del rey, se lo puso debajo del brazo y marchó con la cabeza descubierta; nadie ha sabido el pensamiento que indujo al rey a hacer este cambio; ¿se acordaría del gorro encarnado, que, colocado en su cabeza, había adulado al pueblo el 20 de junio, y quería popularizarse con la guardia nacional, vistiendo parte del uniforme del ejército cívico? Nadie se atrevió a preguntarle, pero no se puede atribuir al miedo en un monarca tan impasible ante el ultraje y tan sereno ante la muerte.

Al dejar el peristilo y dar el primer paso fuera del umbral de palacio, el rey dijo al procurador síndico, que iba delante de él:

—Y ¿qué será de los amigos que quedan arriba?

Røederer tranquilizó al rey respecto a su suerte, diciéndole que no se oponía a la salida de los que estaban sin armas y sin uniformes, aserción involuntariamente engañadora que en breve iba a quedar desmentida. Por último, estando ya en los últimos escalones que conducen del vestíbulo al jardín, Luis XVI tuvo aún como una última advertencia de su destino y un remordimiento de su voluntaria abdicación, y, volviéndose hacia los patios, dirigió una mirada a los que le seguían, suspendió la marcha, y dijo a los miembros del departamento:

—Sin embargo, no hay tanta gente en el Carrousel.

Se le volvió a repetir lo que había dicho Røederer, a lo que no pareció prestar mucho crédito, y dió al fin el último paso fuera del umbral, como quien, cansado de contradecir, cede a la fatiga y a la fatalidad más que a la convicción.

III

El rey atravesó el jardín sin dificultad entre dos filas de bayonetas que caminaban al mismo paso que él; el departamento y los empleados municipales iban a la cabeza; la reina, Madama Isabel y los niños cerraban la marcha. El vasto espacio que en el jardín se extiende de uno a otro terraplén, estaba desierto; la hora matinal y las consignas de las tropas no dejaban ver a nadie, ni aun en el terraplén de los Fuldenses, de ordina-

rio accesible al público. Los cuadros, las flores, las estatuas y los céspedes brillaban como una aurora de verano; un sol abrasador reverberaba sobre la arena; el cielo era puro y el aire tranquilo. Aquella fuga parecíase a los paseos de Luis XVI al través de los jardines. Sólo turbaban el silencio el mesurado paso de la tropa y el canto de los pájaros en las ramas; parecía que la naturaleza, ignorante de lo que pasaba en el corazón de los hombres aquel día, hacía brillar aquel duelo lo mismo que hubiera sonreído en una fiesta; únicamente los precoces calores de aquel año habían enrojecido ya los castaños de Indias de las Tullerías. Cuando el acompañamiento llegó bajo los árboles, hundíanse los pies en los montones de hojas caídas durante la noche y que los jardineros acababan de reunir para hacerlas desaparecer durante el día. El rey lo advirtió y, fuese por indiferencia afectada, o por hacer una triste alusión a la suerte, dijo:

—Ved cuántas hojas; este año caen muy temprano.

Manuel había escrito algunos días antes en un periódico que la vida del rey no pasaría de la caída de la hoja. El Delfín, que iba al lado de la señora de Tourzel, se divertía en juntar aquellas hojas secas con los pies y ponerlas delante de los de su hermana. ¡Era la infancia que jugaba en el camino de la muerte!

Allí se separó de la comitiva el presidente del departamento para ir a notificar a la Asamblea la próxima llegada del rey y los motivos de esta retirada. La lentitud con que marchaban dió tiempo a que una diputación de la Asamblea acudiera al jardín antes que el rey hubiera acabado de atravesarle.

—Señor — dijo el orador de la diputación—, la Asamblea, deseando contribuir a vuestra seguridad, os ofrece a vos y a vuestra familia asilo en su seno.

Los representantes uniéronse al acompañamiento y rodearon al rey.

La marcha de las columnas, que atravesaban el jardín, vista desde el café Hottot y desde las ventanas del Picadero, y la noticia de la aproximación del rey, divulgada entre los grupos que sitiaban la Asamblea, había congregado en un momento a la gente sobre el terraplén

de los Fuldenses, en el sitio que era necesario atravesar para pasar desde el jardín a la Asamblea. Cuando llegaron al pie de la escalera que conduce de la calle principal a aquel terraplén, una masa compacta de hombres y de mujeres gritaban y gesticulaban furiosamente, negando el paso a la familia real.

—No, no; no irán a engañar nuevamente a la nación — gritaban—, es preciso que esto acabe, pues son causa de todas vuestras desgracias: ¡Abajo el veto! ¡muera la Austria! ¡la destitución o la muerte!

Una actitud injuriosa y gestos amenazadores acompañaban a estas palabras. Un hombre colosal, vestido de zapador, llamado Rocher, jefe ordinario de los tumultos en el patio del Picadero, se distinguía entre aquel gentío por la violencia de las exclamaciones y por el frenesí de los insultos. Detrás de él, caras menos innobles, pero más siniestras, atizaban constantemente el furor del populacho. Rocher tenía en la mano una percha larga, que agitaba sobre la real comitiva, y con la que se esforzaba por separar o por alcanzar al rey. Se arengó a la multitud y los diputados afirmaron que un decreto de la Asamblea llamaba al rey y a su familia a su seno. La resistencia amenguó y Rocher dejóse desarmar de su pica por el procurador síndico, que arrojó el arma al jardín. La escolta, autorizada por un nuevo decreto para penetrar en el recinto del poder legislativo, formó una doble fila en el terraplén, y el rey pudo de este modo llegar hasta la entrada del pasadizo, que conducía desde el terraplén a la Asamblea.

Algunos individuos de la guardia del cuerpo legislativo lo recibieron allí y marcharon a su lado.

—Señor — le dijo uno de ellos con acento meridional—, no tengáis miedo; el pueblo es bueno, pero no quiere que se le traicione por más tiempo. Sed buen ciudadano y arrojad de vuestro palacio a los curas y a vuestra mujer.

El rey respondió tranquilamente a aquel hombre. La turbamulta ocupaba el estrecho y sombrío pasadizo, y un movimiento tumultuoso e irresistible separó a la reina y a sus hijos del rey, que les

precedía. La madre temblaba por el hijo, y el zapador, que acababa de vomitar inyectivas y amenazas de muerte contra la reina, conmovido repentinamente por las angustias de la mujer, cogió al niño que ella llevaba por la mano, lo levantó en sus brazos, lo llevó delante de ella, abriéndole paso con los codos, entró en la sala detrás del rey y colocó, en medio de los aplausos de las tribunas al Delfín, en la mesa de la Asamblea.

IV

El rey, su familia y los dos ministros dirigiéronse a las sillas que les estaban destinadas y tomaron asiento al lado del presidente, que era Vergniaud. El rey dijo lo siguiente:

—He venido aquí para evitar un gran crimen, pues he creído que sólo podía estar seguro en medio de vosotros.

—Podéis contar, señor — respondió Vergniaud—, con la firmeza de la Asamblea nacional, pues sus miembros han jurado morir defendiendo los derechos del pueblo y a las autoridades constituidas.

El rey tomó asiento; había muy pocos miembros en la Asamblea y un silencio de muerte reinaba en la sala; los semblantes estaban tristes, las miradas se dirigían involuntariamente, respetuosas o enternecidas, al rey, a la reina, a Madama Isabel, a la joven princesa, que ya tenía todo el brillo de su adolescencia, y a aquel niño que la reina tenía por la mano y cuya frente limpiaba. El odio cedía ante aquel sentimiento de vicisitudes repentinas que acababan de arrancar al rey, al padre, a los niños y a las augustas damas de su casa, ignorando si volverían a entrar en ella otra vez. Jams más la suerte mostró al público más dolores secretos; eran las angustias del corazón humano que se patentizaban. El rey las encubría con impasibilidad, la reina con dignidad, Madama Isabel con piedad, la joven con lágrimas y el Delfín con indiferencia. El público no veía nada indigno del rango, del sexo, de la edad y del momento. La fortuna parecía haber encontrado almas de temple igual a la rudeza de los golpes.

V

Empezó a deliberarse, pero inmediatamente se levantó un diputado para manifestar que la Constitución prohibía que se deliberara en presencia del rey.

—Es verdad — dijo inclinando la cabeza Luis XVI.

Para obedecer a aquel escrúpulo irónico de la Constitución cuando ésta no existía, se decretó que el rey y su familia se colocaran en una de las tribunas de los periodistas, llamada la *tribuna del logógrafo*. Era un pequeño aposento de diez pies en cuadro, situado detrás del presidente, que estaba al nivel de los asientos más altos de la Asamblea; sólo lo separaba de la sala una verja de hierro introducida en la pared. Condujeron allá al rey y a los jóvenes secretarios que tomaban notas de los discursos para reproducir literalmente las sesiones, viéndose éstos obligados a estrecharse para hacer sitio a la familia de Luis XVI. El rey se sentó delante; la reina en una esquina para ocultar su rostro con la sombra; Madama Isabel, los niños y el aya en una banqueta de paja arrimada a la pared, y en el fondo se colocaron los dos ministros; finalmente, algunos oficiales de la casa real, el duque de Choiseul, Carl, comandante de la gendarmería de a caballo, de Sainte Croix, Dubouchage y el príncipe de Poix, Viomenil, de Montmorin, d'Hervilly y de Briges, cortesanos de última hora, quedáronse de pie cerca de la puerta. Un puesto de granaderos de la guardia de la Asamblea, con algunos oficiales superiores de la escolta real, ocupaba el pasadizo interceptando el aire, lo que aumentaba el calor extraordinario que hacía, y Luis XVI y los niños estaban bañados de sudor; la Asamblea y las tribunas, que iban llenándose, exhalaban el vapor de un horno por aquella estrecha abertura. La agitación de la sala, las mociones de los oradores, las peticiones de las secciones, el ruido de los diálogos entre los diputados y los tumultos del pueblo que se agolpaba al pie de los muros, los asaltos dados a las puertas para forzar las consignas, los gritos de la multitud y de los sicarios que empezaban a degollar en el patio del Pi-

cadero, las súplicas de las víctimas, los golpes de muerte que daban y los cuerpos que caían, formaban un rumor extraño que llegaba de fuera. Apenas entró el rey en aquel asilo, cuando el doble clamor exterior hizo temer que las puertas cedieran y que el pueblo entrara a inmolar al rey en aquel calabozo sin salida. Vergniaud dió la orden de arrancar la reja de hierro que separaba de la sala al pequeño aposento, para que Luis XVI pudiera refugiarse en medio de la Asamblea si el pueblo invadía los pasadizos. No habiendo obreros ni herramientas para cumplimentar la orden, algunos de los diputados más inmediatos al rey, el señor de Choiseul, el príncipe de Poix, los ministros y el monarca mismo, acostumbrado a servirse de los brazos para los rudos trabajos de cerrajería, reunieron sus esfuerzos y sacaron la reja de donde estaba enclavada. Gracias a esta precaución, quedaba aún a Luis XVI una muralla contra la furia del pueblo; pero la majestad real estaba bastante a descubierto ante los enemigos que tenía en la sala; los diálogos de que era objeto llegaban a sus oídos; el rey y la reina veían y oían todo, y espectadores y víctimas a la vez asistieron durante catorce horas a su propia degradación. En la *tribuna del logógrafo*, David, joven entonces, cónsul general y diputado, anotaba respetuosamente para la historia la actitud, la fisonomía, los gestos, las lágrimas, el color, la respiración y hasta las palpitations involuntarias de los músculos del rostro, que las emociones de aquellas largas horas imprimían en las facciones de la familia real. El rey estaba tranquilo, sereno, mostrando tan poco interés en el acontecimiento como si presenciara la representación de un drama ajeno a él. Su robusta naturaleza hacíale sentir los apetitos del cuerpo y la apremiante necesidad de alimento hasta en medio de las emociones; nada suspendía su poderosa vida, hasta la agitación del alma le aguijoneaba los sentidos, y tuvo hambre a la hora en que acostumbraba comer; le dieron pan, vino y algunos fiambres; comió, bebió y trinchó un ave con tanta tranquilidad como si hubiera hecho un almuerzo en la caza después de una larga carrera a caballo en los bosques de Ver-

salles. El hombre físico dominaba en él al hombre moral. La reina, que sabía que las calumnias populares interpretaban la gran necesidad de alimento que experimentaba el rey, como grosera sensualidad y hasta como embriaguez, padecía viéndole comer en semejantes momentos; en cuanto a ella, rehusó toda clase de alimento y el resto de la familia la imitó. La reina no hablaba, tenía los labios comprimidos, los ojos ardientes y secos, y las mejillas inflamadas con el ardor de la cólera y de la humillación; su actitud era triste, abatida, pero siempre firme; sus brazos caídos descansaban sobre las rodillas como si los tuviera atados; el rostro, la expresión y la actitud de héroe desarmado que no puede combatir ya, pero que se rebela aún contra la fortuna.

Madama Isabel, de pie detrás de su hermano, parecía el genio sobrehumano de aquella casa. No tomaba parte en las escenas que la rodeaban, sino por el alma del rey, de la reina y de los niños. El dolor no estaba reflejado en su rostro, sino como de rechazo de lo que se sentía en los otros; levantaba con frecuencia los ojos al cielo y rezaba mentalmente. De sus ojos escapábanse gruesas lágrimas que el calor le secaba en las mejillas; el Delfín miraba a la sala y preguntaba a su padre los nombres de los diputados; Luis XVI se los decía sin que pudiese advertirse en su gesto o reconocerse en el sonido de la voz si nombraba un amigo o un enemigo; dirigía a veces la palabra a los que pasaban ante él para ir a su asiento. Unos se inclinaban con expresión de doloroso respeto; otros volvían la cabeza y fingían no verle, pero ninguno le insultó; la catástrofe calmaba la irritación; la generosidad aplazaba el ultraje. Sólo el pintor David, a quien, habiéndole reconocido el rey entre los que se agolpaban para mirarlo en el pasadizo a la puerta de la *tribuna del logógrafo*, le preguntó si acabaría pronto su retrato, respondió con acritud:

—No haré en lo sucesivo el retrato de ningún tirano, hasta que contemple su cabeza en el cadalso.

El rey cerró los ojos y devoró el insulto. David se equivocaba, pues un rey destronado no es más que un hombre, y

una palabra enérgica ante la tiranía es una infame cobardía ante la adversidad.

VI

Mientras la sala se llenaba y permanecía en la actitud agitada, pero inactiva, que precede a las grandes resoluciones, el pueblo, a quien no había fuerza que contuviera por el lado de la calle de San Honorato, se introdujo en el patio de los Fuldenses, invadiendo hasta el umbral de la Asamblea, y pidiendo a gritos que se le entregaran los veintidós prisioneros realistas que había cogido la guardia nacional, durante la noche, en los Campos Elíseos. Se acusaba a estos prisioneros de haber formado parte de las patrullas secretas repartidas por la corte en diferentes barrios para examinar las disposiciones del pueblo y para dirigir los golpes de los satélites de palacio. Los uniformes de los prisioneros, las armas y las tarjetas de entrada en las Tullerías que llevaban consigo, demostraban que, efectivamente, eran guardias nacionales de los voluntarios adictos al rey, enviados a los alrededores de palacio para dirigir la defensa. A medida que se les arrestaba, habían sido conducidos al cuerpo de guardia nacional establecido en el patio de los Fuldenses, donde a las ocho se llevó también un joven de treinta años, vestido de guardia nacional, cuyo rostro altivo e irritado, la elegancia marcial de su vestido, el brillo de sus armas y el nombre de Suleau, odioso al pueblo, nombre que algunos repetían al verle pasar, atrajo sobre él todas las miradas. Era, en efecto, Suleau, uno de los jóvenes escritores realistas que, como Andrés Chenier, Roucher, Mallet-Dupán, Serizy y otros muchos, habían abrazado el dogma de la monarquía cuando todo el mundo lo repudiaba, y cuando, seducidos por el peligro del papel que representaban, tomaban la generosidad de su carácter por convicción de su alma. La libertad de la prensa era el arma defensiva que habían recibido de manos de la Constitución y de la que se servían valerosamente para combatir el libertinaje; pero las revoluciones no quieren armas más que en manos de los amigos. Suleau había provocado a los partidos populares,

ya con libelos sangrientos contra el duque de Orleans, ya con chistosos sarcasmos contra los jacobinos, y habíase burlado de la omnipotencia del pueblo, que no conserva mucho tiempo el rencor, pero que tampoco tiene piedad en la venganza, y el populacho lo aborrecía, como toda tiranía aborrece a su Tácito. El joven escritor mostró en vano una orden de los comisionados municipales, por la que se le llamaba a palacio; se le introdujo con los demás presos en el cuerpo de guardia, y su nombre engrosó y enardeció a los grupos que pedían su cabeza. Un comisario subió en un poyo, arengó a la multitud y trató de evitar el crimen prometiendo hacer justicia. Theroigne de Méricourt, vestida de amazona y con el sable desnudo en la mano, arrojó al comisario de la improvisada tribuna para subir ella. Las palabras de esta mujer encendieron la sed de sangre en el pueblo, que la aplaudió, y dispuso que se nombraran comisionados por aclamación, para que la acompañaran al comité de la sección para arrancar las víctimas a las leyes. El presidente de la sección, Bonjour, primer oficial de marina, que ambicionaba el ministerio, prohibió a la guardia nacional oponer resistencia al pueblo, y doscientos hombres armados obedecieron la orden y entregaron los prisioneros, once de los cuales se escaparon por una ventana y los otros once fueron bloqueados en el cuerpo de guardia, llamándoseles uno a uno para inocularlos en el patio. Algunos guardias nacionales, más humanos o menos cobardes, intentaron, a pesar de la orden de Bonjour, disputárselos a los asesinos.

—No, no — gritó Suleau—, dejadme ir ante ellos, pues comprendo que el pueblo quiere sangre, y quizá una sola víctima le baste. Yo pagaré por todos.

Iba a arrojarle por la ventana y lo contuvieron.

VII

El abate Bougón, autor dramático, había sido apresado antes que él. Era hombre de talla colosal y de brazos de hierro y luchó contra los asesinos con la energía de la desesperación, siendo muchos los que llevaron las señales de sus

manos; pero, sucumbiendo al número, fué despedazado.

El antiguo guardia del rey, Solminiac, pereció el segundo, y a éste siguieron otros dos. Los que esperaban su suerte en el cuerpo de guardia oían los gritos y las luchas de sus compañeros y morían diez veces; al fin llamaron a Suleau, a quien habían quitado ya la gorra de granadero, el sable y la cartuchera: tenía los brazos sueltos. Una mujer se lo mostró a Theroigne de Méricourt, que no le conocía personalmente, pero que lo aborrecía y que ardía en ansias de tomar venganza de las burlas que con la pluma le había hecho. Theroigne lo agarró por el cuello y lo llevó tras sí; pero él logró desprenderse y, arrebatando el sable a uno de los asesinos, se abrió paso hacia la calle. Ya estaba el periodista a punto de escaparse, cuando sus perseguidores, corriendo, lo cogieron por detrás, lo derribaron, lo desarmaron y las puntas de veinte sables le atravesaron el cuerpo, pereciendo el infeliz bajo los pies de Theroigne. Después, le cortaron la cabeza y la pasearon por la calle de San Honorato.

Por la noche un criado de Suleau compró a precio de oro aquella cabeza a los asesinos, que la habían convertido en trofeo. El fiel doméstico buscó luego el cadáver y entregó aquellos restos desfigurados a la joven esposa de la víctima, hija del pintor Hall, famosa por su belleza, que sólo hacía dos meses que había contraído matrimonio y que llevaba ya en su seno el fruto de aquella unión.

Mientras Suleau luchaba con sus asesinos, dos de las víctimas consiguieron escaparse, quedando sólo una, que era el joven de Vigier, guardia de corps del rey, cuya belleza, que admiraban los estatuarios, había llegado a ser una celebridad, hasta el extremo que en los lugares públicos lo detenía la gente. Tan valiente como hermoso, tan diestro como fuerte, empleó para defender la vida cuanto de la elevación de la estatura, la soltura de los músculos, el aplomo del cuerpo y el vigor de los brazos podían servirle. Solo y desarmado contra sesenta, cercado, abatido, levantado de nuevo, ensangrentó todas las escaleras, cansó varias veces a los asesinos, y prolongó su desesperada

defensa más de un cuarto de hora. Libre dos veces, dos veces volvió a ser cogido, cayendo, al fin, de cansancio y abrumado por el número; su cabeza fué el trofeo del combate, y después de colocada en la punta de una pica donde la enarbolaron los sicarios, aun la admiraban. Esta fué la primera sangre derramada aquel día, que sólo sirvió para aumentar la sed homicida del pueblo.

VIII

La marcha del rey había dejado el palacio en la incertidumbre y en la turbación, como si se hubiera establecido una tregua tácita entre los defensores y los sitiadores, que trasladaron el campo de batalla de las Tullerías a la Asamblea, donde la monarquía iba a levantarse o a hundirse. La conquista o la defensa del palacio vacío no debía costar sangre más que inútilmente, y así lo comprendieron las avanzadas de ambos partidos; pero, sin embargo, el impulso dado de tan lejos a la turbamulta, no podía contenerse sólo con el anuncio de la retirada del rey a la Asamblea, y las fuerzas militares que, sin ser despedidas por el rey habían quedado en las Tullerías, no podían, sin recibir órdenes en contrario, entregar la mansión real y volver las armas a la insurrección. Una orden clara y precisa del rey podía evitar el choque autorizando la capitulación; pero el rey, al abandonar las Tullerías, no había perdido por completo la esperanza de volver a entrar.

—Volveremos bien pronto — había dicho la reina a sus camaristas, que la esperaban en su aposento.

La familia real no veía en los acontecimientos de la noche más que los preparativos de un segundo 20 de junio, y sólo había ido a la Asamblea para intimar con el paso que daba al cuerpo legislativo para que la defendiese, evitando la responsabilidad del combate, alejándose de los peligros extremos de las horas de ansiedad. El mariscal de Mailly, a quien el rey había confiado el mando de las fuerzas de palacio, tenía orden de impedir la violación del domicilio real. Dos esperanzas vagas quedaban aún al

rey y a la reina durante las primeras perplexidades del día; la primera era que la mayoría de la Asamblea, conmovida por el abatimiento de la majestad y orgullosa con darle asilo, sería bastante generosa y tendría suficiente imperio sobre el pueblo para hacer que volviera el rey a su palacio y vengar al poder ejecutivo. La segunda, que el pueblo y los marseleses, empezando el combate a las puertas de palacio, serían acibillados por los suizos y por los batallones de la guardia nacional, y que la victoria ganada en las Tullerías libraría al rey de la Asamblea. Si Luis XVI y sus consejeros no hubieran alimentado esta esperanza, ¿es creíble que él hubiese dejado pasar tantas horas, desde las siete de la tarde a las diez de la mañana, sin enviar a sus defensores, por uno de los ministros o por cualquiera de los oficiales generales que le rodeaban, la orden de capitular y replegarse, aunque sólo hubiera sido por salvar tantas vidas comprometidas por su silencio? Por consiguiente, él esperaba un acontecimiento cualquiera, dentro o fuera; su única falta era no dirigirle. Aun después de haber puesto a su esposa, a su hermana y a sus hijos bajo la protección de la Asamblea, podía haber regresado a palacio con la escolta, reunir a los defensores y esperar el asalto. En tal caso, habría tenido el prestigio que da la victoria, o, vencido, no hubiera caído más abajo en el infortunio y habría caído como rey.

IX

Privado el palacio de una parte de sus fuerzas militares y de toda su fuerza moral con la ausencia del rey y de la escolta, asemejábase más en aquel momento a un lugar público poblado por una confusa multitud que a un cuartel general. Nadie daba órdenes; ninguno las recibía y todo marchaba a la aventura. Los suizos y los nobles hablaban, los unos, de ir a reunirse con el rey en la Asamblea y de morir defendiéndole, aunque fuera contra su voluntad; y los otros, de formar una columna de ataque, limpiar el Carrousel, coger a la familia real

y conducirla, al amparo de dos o tres mil bayonetas, a Rambouillet y, desde allí, al ejército de Lafayette. Este último partido ofrecía más probabilidades de salvación; pero todos eran capaces de proponer y nadie de decidir; perdiéndose el tiempo en estos vanos consejos, mientras las fuerzas disminuían. Doscientos suizos con Bachman y el estado mayor, y trescientos guardias nacionales de los más resueltos habían seguido al rey a la Asamblea y permanecían a sus órdenes a las puertas del Picadero; no quedaban, por consiguiente, en el interior de las Tullerías más que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados y cien guardias nacionales, o sean mil combatientes en total, diseminados en multitud de puestos. En el jardín y en los patios había algunos batallones desbandados y cañones dispuestos a volverse contra el palacio; pero la intrépida actitud de los suizos y las murallas del edificio, que con frecuencia habían pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, imponían al pueblo, haciendo que se dilatara el ataque.

X

A las nueve y diez minutos fueron echadas a tierra las puertas del patio del palacio, sin que la guardia nacional opusiese la menor resistencia; algunos grupos penetraron en el patio, pero sin acercarse a palacio, observando y hablando de lejos, sin que sus palabras contuvieran amenazas, como si esperasen de común acuerdo la resolución de la Asamblea respecto al rey. Las columnas del arrabal de San Antonio no estaban aún en el Carrousel; pero tan pronto como principiaron a desembocar del muelle en la plaza, mandó Westermann a los marseleses que lo siguieran; entró a caballo con una pistola en la mano en el patio, y formó la tropa lenta y militarmente en frente de palacio. Aquél fué el momento en que se sublevaron los artilleros, quienes retiraron las seis piezas que había a cada lado del patio y las dirigieron contra la puerta de palacio; el pueblo respondió a esta maniobra con aclamaciones de alegría, abrazando a los artilleros y gritando:

—¡Mueran los suizos! ¡Es necesario que los suizos entreguen las armas al pueblo!

Pero los suizos, impasibles en las puertas y en las ventanas de palacio, oían los gritos y veían aquellos ademanes sin manifestar ninguna emoción, como si la disciplina y el honor los hubieran petrificado. Los centinelas, colocados en la bóveda del peristilo, paseaban mesuradamente como si hubieran montado la guardia en los patios desiertos y silenciosos de Versalles. Cada vez que este paseo alternativo del centinela los llevaba del lado de los patios y a la vista del pueblo, la multitud intimidada replegábase hacia los marseleses volviendo hacia palacio inmediatamente después que los suizos desaparecían debajo del vestíbulo. Sin embargo, aquel gentío se hacía temible, acercándose cada vez más, hasta que, por fin, unos cincuenta hombres de los arrabales y de los federados, concluyeron por adelantarse hasta el pie de la escalera principal, y los suizos se replegaron a la meseta y sobre los escalones separados del peristilo por una valla de madera, dejando sólo un centinela fuera, con la orden de no disparar cualquiera que fuera el insulto que recibiese: debía sufrirlo todo para que el derramamiento de sangre no pendiese de un azar; pero esta longanimidad alentó a los sitiadores, y el combate principió por un juego, siendo la risa el preludio de la muerte. Algunos hombres del pueblo, armados con largas alabardas de cuchillas corvas aproximáronse al centinela, lo engancharon por el uniforme o por el cinturón con el garfio de su pica, y, atrayéndole con fuerza hacia ellos en medio de grandes carcajadas, lo desarmaron y lo hicieron prisionero. Cinco veces renovaron los suizos su centinela y cinco veces el pueblo se apoderó de él del mismo modo; las estrepitosas aclamaciones de los vencedores y la presencia de los cinco suizos desarmados animaron a los grupos, que dudaban aún en medio del patio, y se precipitaron tumultuosamente, lanzando grandes gritos debajo de la bóveda, donde algunos hombres feroces, arrancando a los suizos de entre las manos de los primeros sitiadores, los asesinaron a golpes delante de sus camaradas. Al mismo

tiempo, oyóse el primer disparo de arma de fuego en el patio ó en una ventana; unos dicen que salió del fusil de un suizo, y otros que de la pistola de un marseles. Este disparo fué la señal de ataque.

XI

Al oír la explosión el capitán Durler y el señor de Reding, que mandaban el destacamento, formaron a sus soldados en orden de batalla detrás de la barrera, a unos sobre los peldaños de la escalera, a otros en el peristilo de la capilla que domina aquellos peldaños, y el resto en la doble rambla de la escalera de los ramales que va desde el peristilo de la capilla a la subida de la sala de los guardias; posición formidable que permite cruzarse cinco fuegos y hostilizar el vestíbulo. El pueblo, impelido por el pueblo, no podía evacuarlo, y la primera descarga de los suizos llenó de muertos y de heridos los escalones del peristilo; la bala de un soldado hirió a un hombre de talla gigantesca y enormemente grueso, que acababa de matar él solo a cuatro de los centinelas desarmados, y el asesino cayó sobre los cadáveres de las víctimas, asustando a la multitud que huyó en desorden hasta el Carrousel, donde la alcanzaron aún algunas balas disparadas desde las ventanas. El cañón del Carrousel respondió a aquella descarga; pero sus balas, mal dirigidas, fueron a parar al tejado. El patio de palacio quedó vacío, sembrado de fusiles, de picas y de gorras de granaderos; los fugitivos se ocultaron a lo largo de los muros protegidos por las garitas de los centinelas de caballería, tendiéndose algunos en el suelo y fingiéndose muertos; los artilleros abandonaron los cañones, siendo víctimas del terror pánico general.

Los suizos, al ver esto, bajaron en tumulto la escalera principal y se dividieron en dos columnas; una, mandada por Salís, salió por la puerta del jardín para apoderarse de tres cañones que estaban a la puerta del Picadero y conducirlos a palacio; y otra, en número de ciento veinte hombres y de algunos guardias nacio-

nales a las órdenes del capitán Durler, desembocó por el patio de palacio, pasando sobre los cadáveres de los camaradas que habían sido degollados. El patio quedó limpio con la aparición de los soldados, quienes se apoderaron de tres cañones abandonados y los llevaron a la bóveda del peristilo; pero no tuvieron municiones ni mechas para utilizarlos. El capitán Durler, al ver el patio despejado, penetró en el Carrousel, mandó formar el cuadro, e hizo fuego graneado por tres frentes sobre las tres partes de la plaza. El pueblo, los federados y los marseleses replegarónse sobre los muelles y hacia las calles imprimiendo un movimiento de reflujo y de terror que se comunicó hasta el palacio municipal y los baluartes; y, mientras aquellas dos columnas recorrían el Carrousel, ochenta suizos con cien nobles voluntarios y treinta guardias nacionales, formándose espontáneamente en columna en otra ala de palacio, bajaron por la escalera del pabellón de Flora y volaron al socorro de sus camaradas. Al atravesar el patio de los Príncipes para dirigirse hacia donde se oía el ruido de los disparos en el patio Real, una descarga de artillería, disparada desde la puerta de los Príncipes, derribó gran número de ellos y acribilló las paredes y las ventanas de la habitación de la reina, y reducida entonces aquella columna a ciento cincuenta combatientes se volvió, marchó al paso de camino sobre los cañones, los tomó, entró en el Carrousel, apagó los fuegos de los marseleses y regresó a las Tullerías por la puerta Real. Los dos cuerpos llevaron los cañones, y después de colocar a los heridos bajo el vestíbulo, entraron nuevamente en palacio.

XII

Los suizos separaron los cadáveres que cubrían el pavimento del peristilo para hacer sitio a los heridos, a los que colocaron en sillas y banquetas; las escaleras y las columnas estaban ensangrentadas. El señor de Salís traía del jardín los dos cañones de que fué a apoderarse a la puerta del Picadero. Los soldados,

martirizados al ir y venir por el fuego cruzado de los batallones de la guardia nacional, que ocupaba el terraplén de la orilla del río y el de los fuldenses, sufrieron ciento treinta bajas en el tránsito. No habían contestado con un solo disparo a la metralla inesperada de la guardia nacional, pues la disciplina había vencido en ellos al instinto de conservación; su consigna era morir por el rey, y morían sin disparar contra los uniformes franceses.

Si en el momento de la evacuación repentina de las Tullerías y del Carrousel por efecto de la salida de los suizos, éstos hubieran sido secundados por algunos cuerpos de caballería, la insurrección rechazada y cortada por todas partes, habría entregado el campo de batalla a los defensores del rey. Los novecientos hombres de gendarmería, apostados desde la víspera en el patio del Louvre, en la plaza del Palacio Real, en los Campos Elíseos y en la entrada del Puente Real por el lado de la calle de la Barca, eran más que suficientes para introducir el desorden en las masas confusas y desarmadas del pueblo; pero este cuerpo, que era con el que más se contaba en palacio, se abandonó a sí mismo y se desanimó bajo la dirección de los comandantes. A poco de la llegada de los marseleses al Carrousel, los quinientos gendarmes del patio del Louvre estaban insubordinados, y respondían a las incitaciones de los grupos armados que pasaban sobre los muelles lanzando los sombreros al aire y gritando: ¡Viva la nación! Al oírse el ruido del primer cañonazo en el Carrousel, montaron precipitadamente a caballo, creyéndose encerrados en aquel recinto para el degüello. El mariscal de Mailly les ordenó que salieran en escuadrones por la puerta de la Columnata, que cortaran el ejército de Santerre dándole una carga en el muelle; que se dividieran luego en dos cuerpos, uno de los cuales procuraría rechazar al pueblo hacia el arrabal de San Antonio y el otro hacia los Campos Elíseos, donde otro escuadrón de gendarmería, formado en orden de batalla en la plaza de Luis XV con cañones, cargaría contra las masas obligándolas a pasar el río. El señor de Rulhieres, que mandaba la gendarmería,

reunió a los oficiales para comunicarles esta orden, y todos le respondieron que los soldados los abandonarían, y que para conservar aparentemente el dominio sobre ellos y prevenir la desertión, era preciso alejarlos del campo de batalla y apostarlos en otro punto.

—Sois unos cobardes — repuso uno de los oficiales indignado; y, dirigiéndose a los soldados, agregó—: Si sólo queréis correr, id a los Campos Elíseos, que allí no falta sitio.

En aquel momento, cuando estaban suspensos los ánimos, la multitud de fugitivos que se escapó del Carrousel huyendo del fuego de los suizos, entró corriendo en la plaza del Louvre, metiéndose entre las filas y entre los pies de los caballos, gritando:

—¡Asesinan a nuestros hermanos!!

Al oír estos gritos, la gendarmería se desbandó, tomó por pelotones la puerta que conduce a la calle de Coq, y huyó al galope por las inmediatas al palacio real.

XIII

Los suizos habían quedado vencedores, los patios estaban vacíos, los cañones tomados, y el silencio reinaba en torno de las Tullerías: los suizos cargaron nuevamente sus armas y formáronse a la voz de los oficiales. Los nobles, rodeando al mariscal de Mailly, le suplicaban que organizara una columna de ataque con las fuerzas disponibles que quedaban en palacio; que fuera al Picadero con la artillería; que reuniera a los quinientos hombres de la escolta del rey, que permanecían aún formados en orden de batalla en el terraplén de los Fuldenses; que llamase a los doscientos suizos que se habían quedado en el cuartel de Courbevoie y que saliera de París con la familia real en medio de aquella columna. Los criados del rey, las criadas de la reina y la princesa de Lamballe, asomándose a todas las ventanas de palacio, tenían el alma y las miradas fijas en la puerta del Picadero, creyendo a cada momento ver salir el acompañamiento real para aprovecharse de la victoria obtenida por los suizos. ¡Vana esperanza! Aquella victo-

ría no era más que uno de los breves intervalos que las catástrofes inevitables dejan a las víctimas, para que respiren.

XIV

Los cañonazos de los marseleses y las descargas de los suizos conmovieron las bóvedas del Picadero, produciendo efectos bien diferentes en el corazón de las personas cuya suerte, ideas, trono y vida se decidían a algunos pasos de aquel recinto en un combate invisible. El rey, la reina, Madama Isabel, y el pequeño número de amigos adictos y encerrados con ellos en la *tribuna del logógrafo*, hacían votos fervientes por el triunfo de sus defensores, respondiendo con las palpitaciones de la esperanza a cada una de las descargas del combate cuya victoria les salvaba y coronaba de nuevo. Esto no obstante, ocultaban bajo la dolorosa consternación de su rostro el gozo secreto que albergaban en el corazón; se observaban unos a otros ante los enemigos y se contenían para que Dios no les reconviniese por alegrarse de la sangre derramada. Sus facciones estaban mudas, sus corazones cerrados y sus pensamientos pendientes del ruido exterior; escuchaban, pálidos y silenciosos, surgir el destino del medio de aquellos golpes. Los cañonazos redoblaban; el ruido de las descargas parecía acercarse y aumentar; las vidrieras crujían como si el viento de las balas las hiciese temblar al pasar sobre la sala; las tribunas se agitaban lanzando gritos de espanto y de horror; y una general inquietud de cólera se difundía por los rostros de los diputados, que escuchaban el ruido y miraban con indignación al rey. Vergniaud, triste, mudo y tranquilo, se cubrió en señal de duelo, y, al ver esta acción, los diputados se levantaron, gritando, al unísono, ¡*Viva la nación!* El rey se levantó también, y anunció a la Asamblea que acababa de enviar orden a los suizos de que no hicieran fuego y regresaran a sus cuarteles. El señor d'Hervilly salió para llevar esta orden a palacio, y los diputados volvieron a sentarse esperando silenciosos durante algunos minutos el efecto de la

orden del monarca. De repente, oyéronse en la sala nuevas descargas de fusilería, mucho más cerca; era el fuego de los guardias nacionales del terraplén de los Fuldenses que disparaban sobre la columna de Salís. En las tribunas gritaron diciendo que los suizos vencedores estaban a las puertas e iban a degollar a los representantes de la nación; sonaron pasos precipitados y ruido de armas en los pasadizos; algunos hombres armados se esforzaron por penetrar en el salón, y los diputados, saliéndoles al encuentro, los rechazaron. La Asamblea creyó que los suizos vencedores iban a inmolarla a su venganza, y el entusiasmo por la libertad la embriagó con una alegría fúnebre, sin que ninguno de los diputados hiciera un movimiento de terror.

—Es el momento de morir dignos del pueblo en el puesto a que nos ha enviado—dijo Vergniaud.

Al oírlo, todos los diputados tomaron asiento en los bancos, diciendo:

—¡Juremos todos en este momento solemne vivir o morir libres!

Toda la Asamblea se levantó; todos los brazos se tendieron y todos los labios se abrieron para jurar; las tribunas, entusiasmadas, con aquel movimiento de heroísmo se levantó como la Asamblea.

—Y nosotros también — exclamaron — juramos morir con vosotros.

Los ciudadanos, que se agolpaban a la barra, los periodistas en las tribunas, y hasta los secretarios del logógrafo al lado del rey, tendieron una mano en señal de juramento, y se descubrieron con la otra, asociándose, movidos por un entusiasmo irresistible, a aquella sublime aceptación de la muerte por la causa de la libertad. No era aquél el juramento vano con que los cuerpos políticos arrostran el peligro ausente o desafían a la debilidad, pues la muerte se cernía sobre sus cabezas y llamaba a sus puertas, y nadie conocía el secreto del combate. El corazón de los ciudadanos corrió al encuentro del puñal, y la muerte los hubiera herido en medio de su orgullo y de sus juramentos; pero los oficiales suizos se retiraron y las descargas se alejaron debilitándose. Los diputados, las tribunas y los espectadores permanecieron de pie, durante algunos minutos, con los brazos extendidos y mi-

rando a la puerta con gesto de desafío; ya había pasado el peligro y aun conservaban su actitud, como si el fuego del entusiasmo los hubiera electrizado. La historia lo referirá así siempre que desee hacer respetar la cuna de la libertad y engrandecer la imagen de las naciones.

XV

Los que habían ocasionado aquel movimiento, eran los oficiales suizos de la escolta del rey que buscaban refugio en aquel recinto para evitar el fuego de los batallones del terraplén de los Fuldenses; se les hizo entrar en el patio del Picadero y se les desarmó por orden del rey. Mientras tanto, el señor d'Hervilly llegaba a palacio pasando por en medio de las balas en el momento en que la columna de Salfs volvía a entrar con los cañones.

—Señores — les gritó desde lo alto del terraplén del jardín, apenas estuvo a distancia conveniente para ser oído—, el rey os manda rendiros a la Asamblea nacional — y agregó de *motu proprio*, y como último pensamiento de previsión por el rey—: con vuestros cañones.

Al oír esta orden, el capitán Durler reunió cerca de doscientos soldados, hizo llevar un cañón del vestíbulo del jardín, y, después de tratar inútilmente de cargarlo, púsose en marcha hacia la Asamblea, sin que los otros puestos del exterior, prevenidos a tiempo de esta retirada, tuvieran tiempo para seguirle. Esta columna, acribillada en el camino por las balas de la guardia nacional, llegó desordenada y mutilada a la puerta del Picadero, siendo introducida en la Asamblea donde rindió las armas. Informados los marseleses de la retirada de una parte de los suizos y testigos de la deserción de la gendarmería, avanzaron por segunda vez, y las masas de los arrabales de San Marcelo y de San Antonio inundaron los patios. Westermann y Sauter, con el sable en la mano, les mostraron la escalera principal y los impulsaron al asalto cantando el *Ça ira...* Al ver a sus camaradas muertos y tendidos en el Carrousel, se les irritó el deseo de

venganza, y consideraron a los suizos como asesinos pagados, jurando lavar aquellas losas y aquel palacio con la sangre de los extranjeros y penetrando como un torrente de bayonetas y de picas en las anchas bóvedas del peristilo. Otras columnas, dando vuelta al palacio, penetraron en el jardín por la puerta del Puente Real y del Picadero, agrupándose al pie de los muros. Seis piezas de artillería, llevadas del ayuntamiento y colocadas en la esquina de la calle de San Nicasio, de las Ortigas y de la escalera de mano, dispararon balas y metralla sobre el palacio. Los débiles destacamentos esparcidos en las habitaciones reunieronse desordenadamente en el puesto más próximo, agrupándose ochenta hombres en los escalones de la escalera principal, desde donde hicieron dos descargas que derribaron en el vestíbulo a cuatrocientos marseleses. Estos cadáveres sirvieron de escala a los demás combatientes para subir, y los suizos se fueron replegando lentamente de paso en paso, dejando a muchos de ellos en cada escalón. El fuego disminuyó con el número, pero todos se defendieron hasta morir, de suerte que el último fusilazo se disparó con la última vida. Ochenta cadáveres quedaron en la escalera, y desde aquel momento el combate ya no fué más que un degüello. Los marseleses, los de Brest, los federados y el pueblo inundaron las habitaciones e inmolaron a los suizos aislados que encontraron al paso, sirviendo la obstinada defensa de algunos sólo para aumentar la rabia de los verdugos y los horrores del suplicio. La mayor parte arrojaron las armas a los pies del pueblo, y se pusieron de rodillas, presentando la cabeza al golpe o pidiendo la vida; pero los agarraban vivos por las piernas y los brazos y los tiraban por las ventanas. Un pelotón de diez y siete se refugió en la sacristía de la capilla, donde fueron descubiertos; en vano el estado de las armas que presentaron demostró que no habían disparado en todo el día, pues los diez y siete fueron desarmados, desnudados y degollados al grito de *¡Viva la nación!* *¡Ni uno escapará!*

XVI

Los que en el momento del ataque se encontraban en el pabellón de Flora y en las habitaciones de la reina, reuniéronse con los doscientos nobles y algunos guardias nacionales a las órdenes del mariscal de Mailly, formando un total de cerca de quinientos combatientes, e intentaron obedecer la orden del rey, evacuando el palacio militarmente y colocándose cerca de su persona en la Asamblea; pero la salida del patio estaba ocupada por las turbas y amenazada por un cañón, mientras la del jardín era practicable todavía, aunque bajo el fuego de los batallones del arrabal que ocupaban el Puente Real y la orilla del río. La columna tomó, por consiguiente, esta dirección, pero la verja de la reina, que daba entrada al jardín, estaba cerrada, y, aunque se hicieron desesperados esfuerzos para forzarla, resistió. Sin embargo, lograron, con mucho trabajo, doblar uno de los barrotes de hierro macizo, y, haciendo palancas de las bayonetas, practicaron una abertura por donde la columna pudo salir hombre a hombre. Entre soldados, nobles y guardias nacionales sumaban quinientos, que prefirieron morir de un balazo a ser asesinados vilmente. Los siete primeros que pasaron la verja cayeron en seguida; pero los otros marcharon a paso de carga sobre ellos y se lanzaron al jardín. Las casacas encarnadas de los suizos los designaban al fuego de los batallones, y el encarnizamiento contra ellos salvó a muchos nobles, porque la bala escogía al extranjero y perdonaba al francés, siendo todos los suizos muertos o alcanzados en la fuga. Entre los criados del rey y los voluntarios sólo hubo dos víctimas, los señores de Clermont de Amboise y de Casteja; los demás llegaron a los árboles que los protegieron, recibieron a boca de jarro el fuego de un puesto de la guardia nacional, colocado en medio del jardín, dejaron treinta muertos en la gran calle de árboles y entraron en el Picadero, donde el señor de Choiseul, en nombre del rey, se presentó resueltamente ante ellos,

los reunió y penetró en el recinto de la Asamblea para ponerlos bajo la salvaguardia de la nación.

XVII

El resto de la columna, que salió huyendo de palacio, esperó abrirse paso por el puente Giratorio, y lo consiguió ocultándose tras los árboles, cuyos troncos estaban ya descortezados por las balas; pero una descarga de metralla que le dispararon desde el puente les obligó a dirigirse hacia el Naranjal. Sesenta suizos y quince nobles cubrieron con sus cuerpos la orilla del gran estanque, junto a la estatua de César; otro gran número alcanzado por la metralla o por los pedazos de las ramas, que caían de los castaños sobre sus cabezas, escapó, ensangrentando el suelo, entre ellos los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil. Al llegar al pie del terraplén del Naranjal, deliberaron bajo el fuego, y, dividiéndose en dos las opiniones, formaron también dos columnas. Unos volvieron a la Asamblea y otros atravesaron la plaza de Luis XV, bajo la metralla de los cañones del puente Giratorio para reunirse en los Campos Elíseos con la gendarmería, un escuadrón de la cual estaba allí formado en orden de batalla. Los que regresaron al Picadero fueron recibidos, desarmados y enviados después de la victoria a las cárceles de París y asesinados el 2 de septiembre. Los que salieron del jardín por la verja del Naranjal, perecieron, unos en la plaza de Luis XV y otros en los Campos Elíseos por los gendarmes que hicieron causa común con el pueblo. Algunos, como el señor de Viomenil, encontraron asilo en las bodegas de la calle de San Florentín, de la calle Real, y en el palacio del embajador de Venecia, Pisani, que arrojó la muerte por salvarles la vida a pesar de serles desconocidos; otros se apoderaron del cañón de un pequeño destacamento situado cerca del puente de Luis XV, con la pretensión de utilizarlo para proteger su retirada, pero una carga de la gendarmería lo impidió arrollándolos hacia el Sena. El señor de Villers, que acababa

de salir de aquel cuerpo, de que era mayor, creyendo que los gendarmes avanzaban para socorrerlos, adelantóse hacia sus antiguos compañeros, diciéndoles:

—A nosotros, amigos míos.

Al oír estas palabras uno de los oficiales, que le conoció, sacó tranquilamente una de sus pistolas y se la disparó a la cabeza a quema ropa; los demás lo remataron a sablazos.

La retirada de los débiles restos de los defensores de palacio fué una consecuencia de los azares individuales; unos, arrojando las armas, para perder su aspecto militar, se confundieron con la masa de los espectadores del combate; otros, abriéndose paso con la pistola en la mano hasta la orilla del río, se apoderaron de los barcos abandonados y atravesaron el Sena, yendo a refugiarse a los bosques de Issy y de Meudón, donde consiguieron salvarse, gracias a la desinteresada hospitalidad de los pobres aldeanos, ignorantes de las discordias civiles, pues la hospitalidad es la caridad del pobre; y algunos, divididos en pequeños grupos, internáronse por las calles laterales de los Campos Elíseos o saltaron las palizadas y las tapias de los jardines.

XVIII

Uno de los destacamentos, compuesto de treinta individuos, veintinueve de los cuales eran suizos y el otro un paje de la reina, se introdujo en el patio del ministerio de Marina, en la esquina de la calle Real. El paje hizo ver inútilmente a sus compañeros que, forzados en aquel estrecho asilo, no tendrían más remedio que perecer, pero los fugitivos insistieron, confiando en la generosidad del pueblo. Un grupo de ocho federados se presentó ante la puerta, y los suizos salieron uno a uno, arrojando los fusiles a los pies, creyendo sin duda que sus enemigos se conmoverían al verlos vencidos y entregándose a su clemencia.

—Cobardes — les dijo uno de los federados —, sólo os rendís por miedo; pero no tendréis cuartel.

Y, al decir esto, clavó el hierro de su pica en el pecho de un suizo y dió muerte

a otro de un pistoletazo, cortándole luego la cabeza para pasearla en triunfo.

Al ver esto los suizos, volvieron sobre sí indignados y, encontrando energía en la desesperación, salieron a la voz del paje, recogieron los fusiles e hicieron una descarga a los federados, matando a siete de los ocho que eran; pero llegaron otros con un cañón cargado de metralla, lo colocaron delante de la puerta y dispararon. Veintitrés soldados de los veintiseiete cayeron al suelo, y los otros cuatro, con el paje, se ocultaron a favor del humo, sin ser vistos, en un sótano del edificio, cubriéndose con la arena húmeda para burlar a sus enemigos. Cerró la noche, y el portero del ministerio, que era el único que conocía el secreto de esta fuga, les llevó alimentos y mantas con que arroparse, haciendo que entraran en calor sus miembros, adormecidos por el frío y la humedad de aquellas heladas bóvedas. Además, les proporcionó vestidos menos sospechosos y les cortó el pelo y los bigotes, y, así disfrazados, salieron uno a uno.

Otros sesenta, que se retiraban ordenadamente al mando de cuatro oficiales, atravesando los Campos Elíseos y dirigiéndose al cuartel de Courbevoie, fueron cercados por la gendarmería y llevados al ayuntamiento; pero, al llegar a la plaza de la Greve, fueron todos asesinados por la misma escolta, en medio de las aclamaciones de la chusma a la vista del concejo de la ciudad.

Treinta hombres mandados por el señor Forestier de Saint-Venant, joven oficial suizo apenas adolescente, se vieron rodeados por todas partes en la plaza de Luis XV, y, convencidos de que iban a morir, quisieron vengar su sangre y cargaron a la bayoneta contra la gendarmería y los artilleros que rodeaban la estatua de Luis XV en medio de la plaza. Tres veces forzaron el puesto y otras tantas llegaron refuerzos, haciendo más crítica la situación de aquellos treinta hombres que cayeron uno a uno, diezmados lentamente por el fuego que les rodeaba. Reducidos al número de diez, consiguieron forzar el paso, e, introduciéndose en los Campos Elíseos, combatieron allí de árbol en árbol hasta sucumbir. El señor Saint-Venant, único que quedaba vivo e

ileso, estaba ya a punto de escalar la muralla de un jardín, cuando un gendarme de caballería saltó el foso que separaba el paseo de la calzada y le dió muerte de un tiro en los riñones.

El joven Carlos de Autichant, saliendo de palacio y retirándose solo por la calle de la Escalera de mano, vióse detenido por dos federados de Brest; descargó sus dos pistolas a un tiempo y mató a ambos. El pueblo entonces se apoderó de él y lo llevó a la plaza de la Greve para inmolarlo allí, precisamente en el momento en que degollaban a los sesenta suizos. Un movimiento de la multitud lo separó de los hombres que lo escoltaban y, al pretender la turbamulta apasionarlo nuevamente, él se apoderó de una bayoneta caída a sus pies, y atravesó el pecho a un guardia nacional que lo sujetaba por el cuello. Luego, hiriendo o amenazando a cuantos se le acercaban, se precipitó en una casa, cuya puerta estaba abierta, subió la escalera, salió por el tejado, volvió a bajar por otra casa que daba a la calle opuesta, tiró el arma, y escapó a la venganza de diez mil brazos. Un noble de ochenta años, el vizconde de Broves, diputado en la Asamblea constituyente, herido en palacio y ocultando su herida, fué vendido por la sangre que, brotándole de la cabeza, le manchaba el rostro; el pueblo lo reconoció como enemigo y lo asesinó en la escalinata de la iglesia de San Roque.

XIX

Mientras fuera del recinto de palacio, se dispersaban o perecían las fuerzas militares que lo habían guarnecido, el pueblo implacable, que había subido al asalto de las habitaciones sobre los cadáveres de los marseleses y de los suizos, saciaba su sed de venganza en el interior. Nobles, pajes, sacerdotes, bibliotecarios, ayudas de cámara, ujieres de cámara, hasta los más humildes criados, todos cuantos se encontraban en palacio fueron considerados por la canalla como cómplices de los crímenes de Su Majestad; parecía que hasta las paredes les inspiraban horror y venganza. Aquellas pare-

des habían ocultado en su seno todas las tramas del clero, de la aristocracia y de las potencias extranjeras, desde la conjuración de San Bartolomé hasta las traiciones del comité austriaco, y las descargas pérfidas de aquellos satélites extranjeros que acababan de asesinar al pueblo, cuya sangre pretendieron vengar con sangre, que por todas partes corría, no pudiéndose andar más que sobre cadáveres. La muerte no bastaba al odio que proseguía aún más allá de la vida la saciedad de la rabia, depravaba la naturaleza y hacía al pueblo muy inferior a los brutos que matan, pero que no despedazan. Apenas las víctimas habían caído bajo el hierro de los marselleses, cuando una horda furiosa se precipitaba sobre los cadáveres que les arrojaban desde los balcones; los despojaba de sus vestidos, gozándose en su desnudez; les arrancaba el corazón, exprimiendo la sangre como el agua de una esponja; cortaba las cabezas y presentaba obscenos trofeos a las miradas y risas de las mujeres de la calle. Nadie se defendía, y el combate no era ya más que una carnicería.

Cuadrillas de hombres de los barrios, armados con picas o cuchillos, recorrían las escaleras interiores, los pasadizos oscuros de aquel inmenso laberinto y los pisos de palacio, derribando las puertas, sondeando el pavimento, rompiendo los muebles y arrojando los objetos de arte o de lujo por las ventanas, rompiendo por romper, mutilando por mutilar, y no buscando despojos, sino ruinas. En aquel saqueo general de palacio hubo devastación, pero no pillaje, pues el pueblo, a pesar de su ferocidad, se hubiera avergonzado de buscar otra cosa que a sus enemigos: el objeto de su levantamiento era la sangre y no era el oro. Se observaba a sí mismo y mostraba las manos teñidas de sangre, pero vacías, y algunos ladrones vulgares, sorprendidos en el momento de apoderarse de objetos robados, fueron colgados inmediatamente con un letrero que revelaba lo vergonzoso de su acción. La pasión deprava, pero también eleva, y el entusiasmo general que sublevaba a aquel pueblo, le hubiera hecho avergonzarse sólo de pensar en otra cosa que en la venganza y en la libertad, pues el furor que le dominaba no le dejaba

perder de vista la dignidad de su causa. Se manchaba con los asesinatos, se embriagaba con los tormentos; pero hasta en la sangre respetaban al defensor de la libertad. Cuadros, estatuas, jarrones, libros, porcelanas, espejos, obras maestras de todas las artes acumuladas por los siglos en aquel palacio espléndido y delicioso de los soberanos, todo quedó hecho pedazos, todo fué reducido a polvo y cenizas. Por una extraña casualidad, sólo quedó intacto un cuadro que había en la cámara del rey en el que Fetti había pintado la *Melancolia*, como si el emblema de la tristeza y de la vanidad de las cosas humanas fuera el único monumento eterno destinado a sobrevivir al destino de las dinastías y de los palacios.

XX

Las camaristas de la reina, las damas de honor de las princesas, las criadas de servicio, la princesa de Tarento, las señoras de Laroche-Aymón, de Ginestous y la joven Paulina de Tourzel, hija de la marquesa de Tourzel, aya de los príncipes, habíanse refugiado, desde el principio del combate, en la habitación de María Antonieta. Las descargas de artillería, la metralla de los cañones del Carrousel que rechazaban aquellos muros, la invasión del pueblo, la salida de los suizos, la victoria momentánea, seguida de un asalto más terrible, los gritos, el silencio, la fuga de las víctimas perseguidas en la galería de los Carrachios, la caída de los cuerpos arrojados por las ventanas al patio y los gritos de la multitud debajo de las ventanas, suspendieron en ellas la respiración y la vida, pudiendo decirse que hacía tres horas que estaban muriendo de mil modos. La multitud que hizo la primera irrupción por la otra escalera de palacio, no había descubierto aún su asilo, adonde sólo se podía ir por una escalera secreta que ponía en comunicación el aposento de la reina con el del rey, y por la escalera de los príncipes que obstruía un enorme montón de cadáveres marseleses. Uno de los grupos de degolladores descubrió por fin

la entrada de la escalera secreta e introdujose en ella a través de la obscuridad; aquellos escalones interiores conducían a los pasadizos bajos de los entresuelos de la reina, practicados entre los dos pisos más espaciosos, y en estos entresuelos vivían los sirvientes de ambos sexos que tenían más intimidad con la familia real. Las puertas fueron derribadas a hachazos, y los asesinos dieron muerte a los servidores de la reina. La señora Campán, su doncella favorita, y dos de las mujeres de servicio arrodilláronse ante los asesinos, agarrádoles los sables levantados sobre ellas.

—¿Qué hacéis? — gritó desde abajo un marselés—. No se matan las mujeres.

—Levantaos, miserables, la nación os perdona — dijo un hombre de barba larga que acababa de asesinar a un criado, y, haciendo subir a tres mujeres sobre una banqueta colocada en el hueco de una ventana, donde la multitud podía verlas y oírlas, les mandó que gritasen ¡*Viva la nación!*

La chusma aplaudió frenética.

Dos ujieres de la cámara del rey, los señores Sallás y Marchais, que podían haberse evadido entregando la puerta, prefirieron morir siendo fieles a su juramento. Calándose el sombrero y desenvainando la espada, dijeron a los marseleses:

—Este es nuestro puesto, y aquí deseamos morir, sobre el umbral que hemos jurado defender.

El ujier del aposento de la reina, llamado Diet, quedó solo, centinela generoso, a la entrada de la habitación en que se habían refugiado las mujeres, y cayó defendiéndolas; su cadáver, atravesado ante la puerta, sirvió de muralla a aquellas infelices. La princesa de Tarento, que oyó la caída del fiel guardián, fué personalmente a franquear la entrada a los marseleses, cuyo jefe, conmovido al ver la dignidad de aquella mujer ante la muerte, contuvo inmediatamente a la tropa, y la princesa, que llevaba cogida por la mano a la joven y bella Paulina de Tourzel, que su madre le había confiado, dijo a los marseleses:

—Heridme a mí, pero salvad el honor y la vida de esta joven, pues es un depósito que he jurado devolver a su ma-

dre. Entregadle la hija y tomad mi sangre.

Los marseleses, enternecidos, respetaron y salvaron a aquellas mujeres, ayudándoles a pasar por encima de los cadáveres que cubrían las antesalas y los pasadizos.

Algunos hombres del pueblo, al saquear las habitaciones, habían roto las fuentes de mármol de los baños de la reina, y el agua, mezclada con la sangre, inundaba los pavimentos tiñendo de rojo los pies y los vestidos largos de las fugitivas, que les fueron confiadas para que las condujeran furtivamente a lo largo del río por debajo de los muelles, hasta el puente de Luis XVI, y las entregaran a sus respectivas familias.

XXI

La persecución de las víctimas que hacían desesperados esfuerzos por escapar a la muerte duró tres horas. Los subterráneos, las cocinas, las cuevas, los pasadizos secretos y hasta los tejados estaban ensangrentados. Algunos suizos, que se habían refugiado en las cuadras y ocultado bajo montones de hierba, fueron sofocados por el humo o quemados vivos; el pueblo quería convertir las Tullerías en una inmensa hoguera, y ya las cuadras, los cuerpos de guardia, los edificios de servicio que rodeaban los patios, estaban ardiendo iluminando el Carrousel las hogueras formadas con los muebles, cuadros, colecciones y librerías de los artesanos que habitaban en palacio, costando gran trabajo a las diputaciones que acudieron de la Asamblea y del distrito para salvarlo del incendio. Creía el pueblo que si se dejaba el palacio en pie, tarde o temprano había de recordar la tiranía, y deseaba derribarlo para que otra nueva majestad no tuviera ni una sola piedra en aquella ciudad libre, por lo que, no pudiendo incendiar las piedras, se vengó asesinando a los hombres. Todos los ciudadanos de una notoria adhesión a la corte de quienes se sospechaba que sentían la caída del rey que fueron encontrados y conocidos, cayeron bajo sus golpes, siendo la más inocente y la

más ilustre de aquellas víctimas el señor de Clermont-Tonnerre.

Fué éste de los primeros apóstoles de la reforma política, aristócrata popular, orador elocuente de la Asamblea constituyente, que no se había detenido en la revolución, sino en los límites de la monarquía, deseando establecer un equilibrio ideal entre los tres poderes, cuya quimera creía ver realizada en la Constitución británica; pero la Revolución lo había repudiado como antes lo había hecho con Monnier, Malouet y Mirabeau, aborreciéndole por haber defraudado sus esperanzas: cuando los principios se convierten en furor, la moderación se convierte en traición. El señor de Clermont-Tonnerre fué acusado en la mañana del 10 de agosto de tener un depósito de armas en su casa, que fué rodeada por un grupo que, apoderándose de él, lo condujo a la sección de la Cruz Roja para que diese cuenta de los lazos que tenía al pueblo; pero, su casa invadida por el populacho, le disculpó. El pueblo, que, cuando es desengañado por un hombre honrado, pasa fácilmente de la justicia al favor, aplaudió al acusado y lo llevó de nuevo a su casa en triunfo; pero los sicarios a quienes se había designado la víctima, temblaron temiendo que se les escapara. Uno de los criados del señor de Clermont-Tonnerre, que había sido despedido, amotinó a un grupo de furiosos contra él, que en vano, subido sobre un poyo, arengó con sangre fría a los asesinos; el disparo de un arma de fuego que recibió en la cara ahogó su voz en sangre; precipitose entonces en una fonda que vió abierta en la calle de Vaugirard y subió hasta el cuarto piso, a donde le siguió la turbamulta que lo degolló en la escalera, y lo arrastró sangrando a la calle, abandonando luego el cadáver a la piedad de los amigos. Desfigurado, mutilado y despedazado, su joven esposa sólo pudo reconocer el cuerpo por el traje.

XXII

Apenas hubo concluido el combate, Westermann, lleno de polvo y ensangrentado, fué a recibir a casa de Dantón las

felicitaciones por su triunfo, acompañado de algunos de los héroes de aquel día, todos los cuales fueron abrazados por el tribuno de la Gironda. Brune, Robert, Camilo Desmoulins, Marat y Fabre d'Eglantine corrieron, uno tras otro, a abrazar a su jefe y a recibir las nuevas consignas para la noche. Las mujeres lloraban de alegría al ver que sus esposos, de quienes tenían que hubieran sido víctimas de los cañones de los suizos, habían salido vencedores. Dantón parecía estar pensativo, y se hubiera podido decir que, asombrado y como arrepentido de la victoria, fluctuaba entre dos partidos que se podían aceptar; pero era de los hombres que no dudaban mucho tiempo y que dejan a los acontecimientos la decisión. La fortuna, elevándolo aquel día, lo hizo ministro al siguiente.



FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Preámbulo.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situación de la Asamblea nacional en 1791.—Aparición de la idea democrática.—La revolución desde su punto de partida.—Los partidos.—Principales jefes.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont-Tonnerre, el abate Maury, Cazalés, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Pethión.—Sociedades populares.—Retrato de Lafayette.—Apreciaciones.

Pág. 7

LIBRO II

La Asamblea piensa en disolverse.—Los periódicos se multiplican.—Negociaciones de los hermanos del rey en lo exterior.—Proyectos de evasión del rey y de su familia.—Fuga del rey.—Es reconocido en Chalóns y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes.—Es conducido a París.—Continúa prisionero en las Tullerías.

Pág. 29

LIBRO III

Actitud de la Asamblea.—Barnave ingresa en el partido monárquico, con Duport y los Lameth.—Los de la derecha adoptan la resolución de abstenerse en la Asamblea.—La Asamblea discute la fuga del rey.—Inviolabilidad del rey reconocida.—Los clubs y la prensa aceleran la marcha de la revolución.—Periodistas influyentes: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—El pueblo principia a pedir el destronamiento del rey y la república.—Petición firmada en el Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan a viva fuerza a los facciosos.—Debilidad de la Asamblea.—Semblanzas de Condorcet, Danton y Brissot.

Pág. 61

LIBRO IV

Diputación de la Gironda.—Agitación en los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslado de los restos mortales de Voltaire al Panteón.—Apreciación de sus escritos y de su carácter.—La Asamblea nacional revisa la Constitución.—El rey acepta la Constitución.

Pág. 84

LIBRO V

Estado de Europa.—Las potencias empiezan a conmoverse.—El ejército de los príncipes franceses en Coblenza.—Conferencias de Pillnitz.—Primeros rumores de la guerra acogidos favorablemente por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, a excepción de Robespierre.—Madama de Staël.—Su retrato.—Su influencia en el partido de los constitucionales.—El conde Luis de Narbona.—Los constitucionales quieren atraer a su partido al duque de Brunswick.—Este se resiste.

Pág. 99

LIBRO VI

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—El ceremonial de la monarquía es motivo de cuestiones.—El rey se presenta en la Asamblea.—Es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigración, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, clérigo juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós solicita la impresión de esos discursos.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los clérigos no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y contra los emigrados.

—Discurso de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube a la tribuna.—Su retrato.—Discurso de Vergniaud.—Discurso de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y a sus consejeros.—Carta de Andrés Chenier acerca de la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos girondinos y jacobinos contra los fuldenses.—Lafayette renuncia el mando de la guardia nacional.—Baillly, alcalde de París, se retira en esa misma época.—Pethión ocupa su puesto.—Dantón como sustituto del procurador del ayuntamiento, comienza su fortuna popular.

Pág. 119

LIBRO VII

Ligera ojeada a la Asamblea constituyente.—Su composición.—Juicio acerca de la declaración de los derechos del hombre.—Concurso de la Asamblea constituyente a una obra universal.—Examen razonado de esta obra.—Situación en que dejaba a la monarquía.—Impotencia de la monarquía en tiempo de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales.

Pág. 144

LIBRO VIII

El rey procura adquirir fuerzas.—Medios que emplea.—Primera reunión de los patriotas republicanos.—La señora Roland es el centro de estas reuniones.—Retrato de la señora Roland.—Su vida.—Su matrimonio.—La Platière.—Descripción.—Los señores Roland en París.—Sus relaciones con los hombres del partido popular.

Pág. 152

LIBRO IX

Remoción de personas y de cosas.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland es impelido al poder por sus amigos.—El señor de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey flota entre los partidos.—El entusiasmo general que despierta la guerra.—Sólo Robespierre se resiste a él y lo combate.

Pág. 165

LIBRO X

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan los acontecimientos.—Proyecto de manifiesto presentado por Vergniaud.—El rey no sanciona los decretos contra el clero y los emigrados.—La guerra civil germina en la Vendée.—Estalla la guerra en el Mediodía.—Asesinato de Lécuyer en Aviñón.—Jourdan llega al Constat.—Asesinatos en Aviñón.—La Asamblea de-

creta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos consi-guen que se les indulte.—Santo Domingo.—Reacción de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa común con los negros.—Insurrección.—El mulato Oge, jefe de la insurrección, es condenado a muerte y ejecutado.—Sublevación general.—Matanza de blancos.—En Francia se multiplican los desórdenes interiores.—Sfutomás de una guerra religiosa.—Trastornos públicos en Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reacción realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes de las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateaufieux.

Pág. 173

LIBRO XI

El triunfo de la indisciplina y de los asesinatos.—El gobierno, impotente, es desarmado.—Rigores del invierno.—Carestía de granos.—Sobre el gobierno recae la responsabilidad de estas calamidades.—El acaparamiento es castigado con la pena de muerte.—Asesinato de Simoneau, alcalde de Etampes.—El duque de Orleans procura congraciarse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viajes.—La señora de Genlis se encarga de la educación de sus hijos.—Partido de Orleans.—La reconciliación entre el duque de Orleans y el rey fracasa.—El duque de Orleans se pasa a los jacobinos.—Armas del emperador.—Francia se decide a la guerra.

Pág. 194

LIBRO XII

Muerte de Leopoldo.—Destitución del conde de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—El gabinete de Luis XVI.—Se reunen todos los partidos para derribarlo.—Brisot, el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior.

Pág. 209

LIBRO XIII

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situación de Roland.—Dumouriez es el mediador entre el rey y la nación.—Consejos que da a la reina.—Su presencia en el club de los Jacobinos.—Viste el gorro encarnado y abraza a Robespierre.—Carta del rey a la Asamblea.—El rey acepta la elección de los nuevos ministros.—En el consejo parece reinar la armonía.—Reunión de los girondinos en casa de la señora Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre Vergniaud, Guadet, Gensonné y el palacio.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez se relaciona con Dantón.—Antagonismo de Brissot y Robespierre.—Discurso de Brissot.—Discurso de Robespierre.

Pág. 213

LIBRO XIV

Los periódicos toman parte en las guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Se decreta la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Lafayette contemporánea.—Consideraciones acerca de Bélgica.—Coblenza, capital de la emigración francesa.—El conde de Provenza.—El conde de Artois.—El príncipe de Condé.—Luis XVI, rehén de Francia.—La reina es considerada como alma del gabinete austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick.

Pág. 239

LIBRO XV

Discordia en el consejo de Ministros.—Campamento de veinte mil hombres alrededor de París.—El rey rehusa nuevamente sancionar el decreto contra los clérigos.—Roland, Clavière y Serván son destituidos.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente a sancionar el decreto contra los clérigos.—Reuniones en el arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimisión.—Nuevo ministerio formado el 17 de junio.—Marcha Dumouriez al ejército.—Su adiós al rey.—La casa de la señora Roland, centro del partido girondino.—Se conspira para suprimir la monarquía.—Barbaroux.—Buzot, amigo de la señora Roland.—Dantón.—Su nacimiento.—Su retrato.—Hostilidades en Bélgica.—Desastres.—Sus causas.—Generales.—París consternado.—Estado de Francia.

Pág. 251

LIBRO XVI

El poder pasa al ayuntamiento de París.—Pethión.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunión de Charentón.—Ataque resuelto contra el palacio.—Jornada del 20 de junio.—El pueblo, partiendo de la plaza de la Bastilla, va engrosando en el trayecto.—Sus jefes: Santerre, Saint-Huruge, Théroigne de Mericourt.—Cuadro de la sublevación popular.—La Asamblea permite a los conjurados desfilar con armas ante ella.—Suspende la sesión.—Tropas preparadas en los patios de las Tullerías.—Nobles que acuden a Palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Pethión, alcalde de París, evita la responsabilidad.—Los insurrectos en las Tullerías.—Abnegación de madama Isabel.—El rey ve obligado a cubrirse con el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea vuelve a abrir su sesión.—No puede contener las masas.—Pethión vuelve a las Tullerías, y por último dispersa la sedición.—Los marseleses en París.—Su canto de guerra.—El pueblo sale a su encuentro.—Origen de la *Marselesa*.

Pág. 262

LIBRO XVII

Reacción contra el 20 de junio.—Pethión suspendido por el Directorio de París.—Indignación del ejército.—Lafayette viene a París.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Dantón.—Infructuosas negociaciones de Lafayette.—La reina cuenta con Dantón.—Inteligencias de los girondinos con la corte.—Guadet es introducido secretamente en las Tullerías.—Su enternecimiento.

Pág. 286

LIBRO XVIII

Tercera carta de Lafayette a la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre permanece alejado de los movimientos.—Mociones de Dantón.—Lafayette es acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspensión de Pethión.—Irritación de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Sus costumbres y carácter.—Su educación.—Su retrato.—Discurso de Vergniaud.—Manifiesto de los jacobinos a los federados, redactado por Robespierre.—Dantón provoca una nueva petición en el campo de Marte

Pág. 293

LIBRO XIX

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivarais.—Exaltación de los patriotas.—Chabot.—Grangeneuve.—Tentativa de reconciliación de los partidos en la Asamblea.—Lamourette.—La suspensión de Pethión exaspera los resentimientos.—Terror de la reina al aproximarse el día de la Federación.—Temores de la familia real.—Esperanza de la reina.—Ultrajes a la familia real.—El armario de hierro.—El rey y la familia real en el Campo de Marte.—Asesinatos.—Depresmenll.—Situación de la guardia nacional.—Barbaroux y Rebecqui, jefes de los marseleses.—La señora Roland, alma del 10 de agosto.—Pethión, cómplice.—Barbaroux, Dantón y Santerre a la cabeza del movimiento.—Conciliábulos secretos en Charentón.—Banquete en los Campos Elíseos.—Riñas entre los marseleses y los realistas.—Tentativas de los amigos de Robespierre para entregarle la dictadura.

Pág. 302

LIBRO XX

Fermentación.—Los marseleses y el ayuntamiento de París piden la deposición del rey.—La corte se prepara a la resistencia.—Deséchase la proposición de procesar a Lafayette.—Los diputados constitucionales son insulta-

doz.—Preparativos de los insurrectos.—La noche del 9 al 10 de agosto.—Escenas íntimas entre los conjurados.—Angustias de la reina y de madama Isabel.—Descripción de las Tullerías.—Enumeración de las tropas.—Espíritu que las anima.—Posibilidad de rechazar a los insurrectos.

Pág. 315

LIBRO XXI

Valor y actitud de la reina.—Los insurrectos instituyen nuevo ayuntamiento.—Pethión se constituye en arresto simulado.—Asesinato de Mandat.—Santerre le reemplaza en el mando de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Mailly.—Roederer.—Masa siempre creciente de insurrectos.—El rey pasa revista a las tropas.—Duplicidad de intenciones de la guardia nacional.—Dantón arenga a los marseleses.—Se retira a su casa a esperar los acontecimientos.

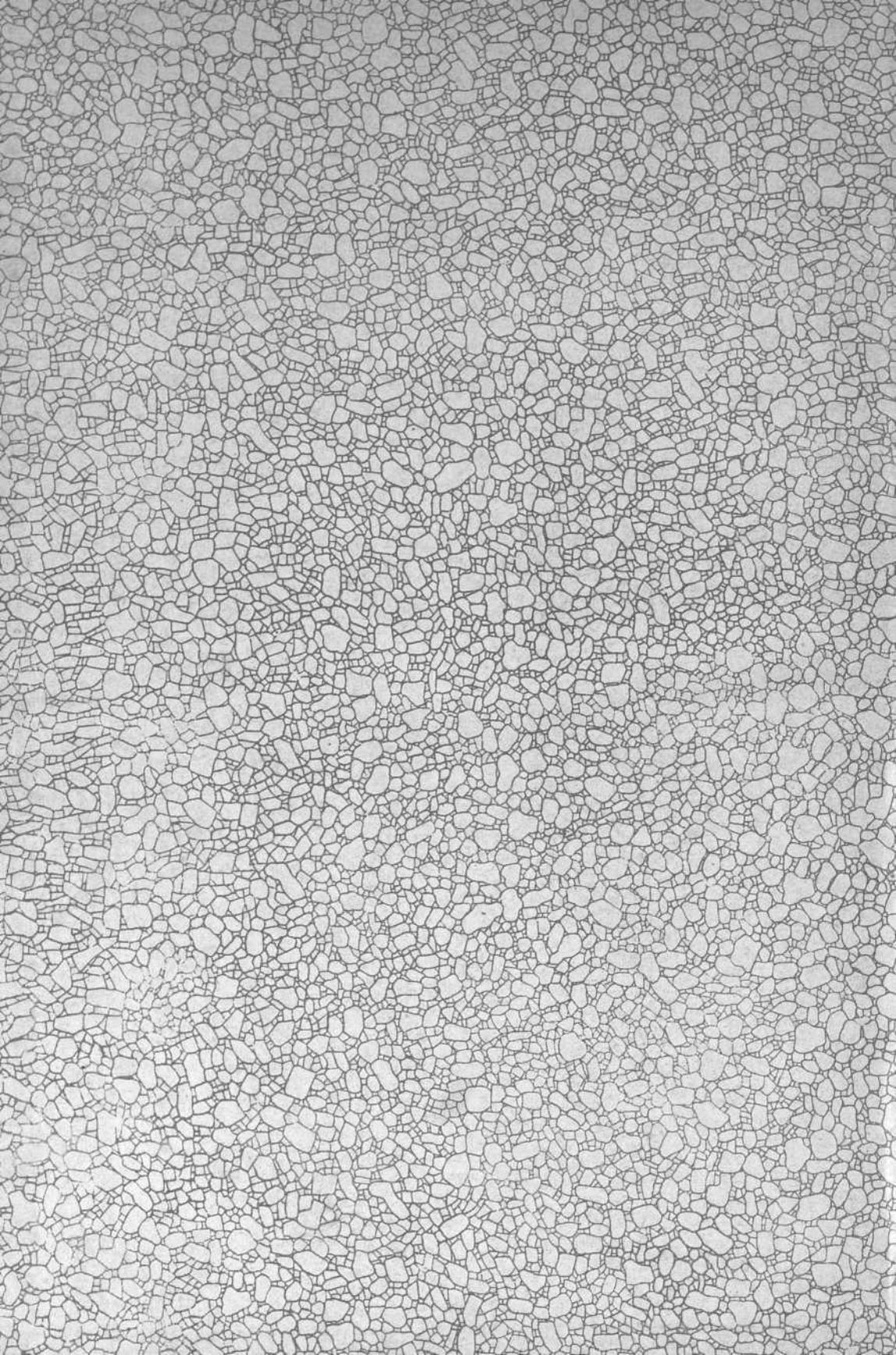
Pág. 329

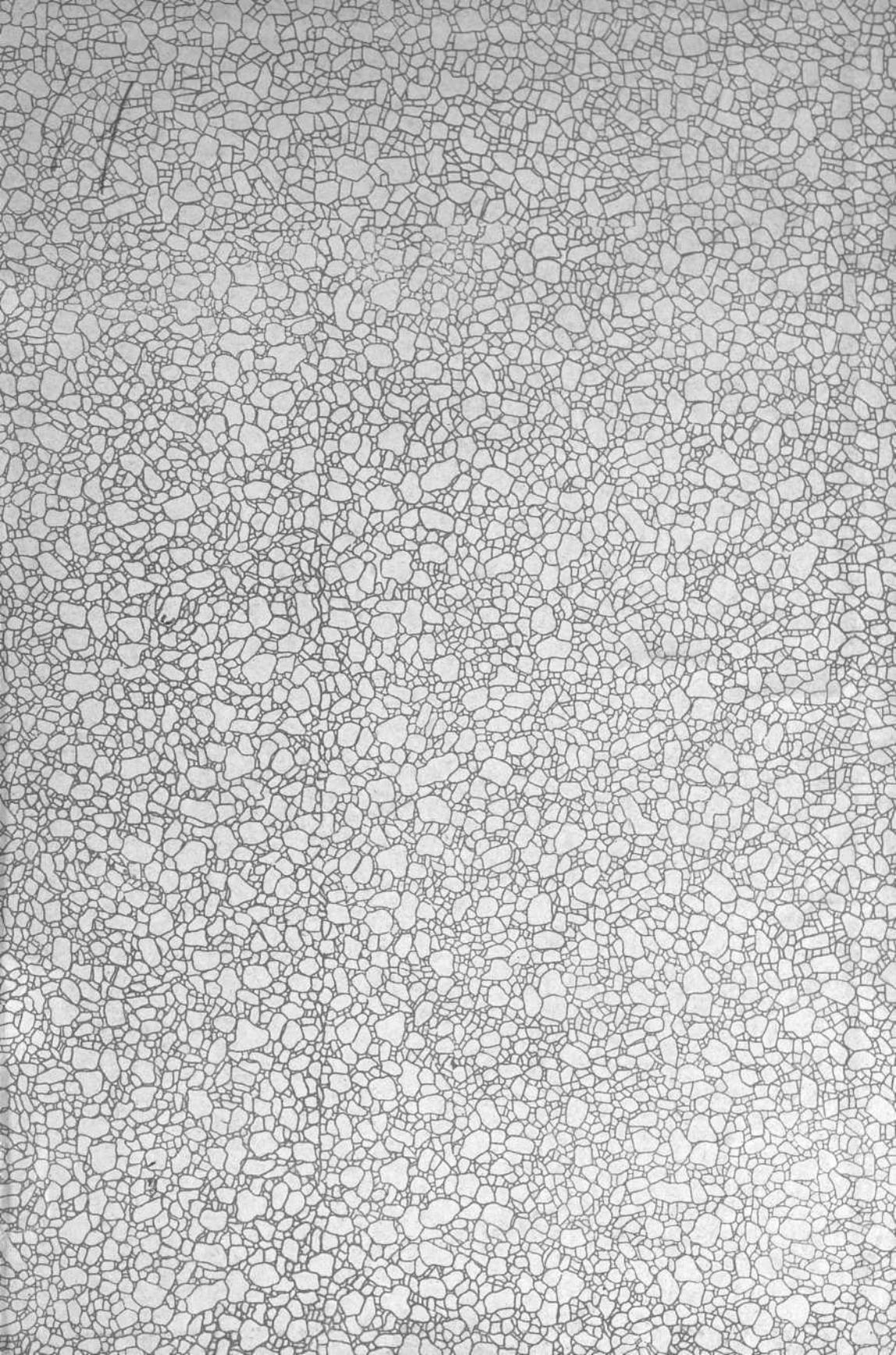
LIBRO XXII

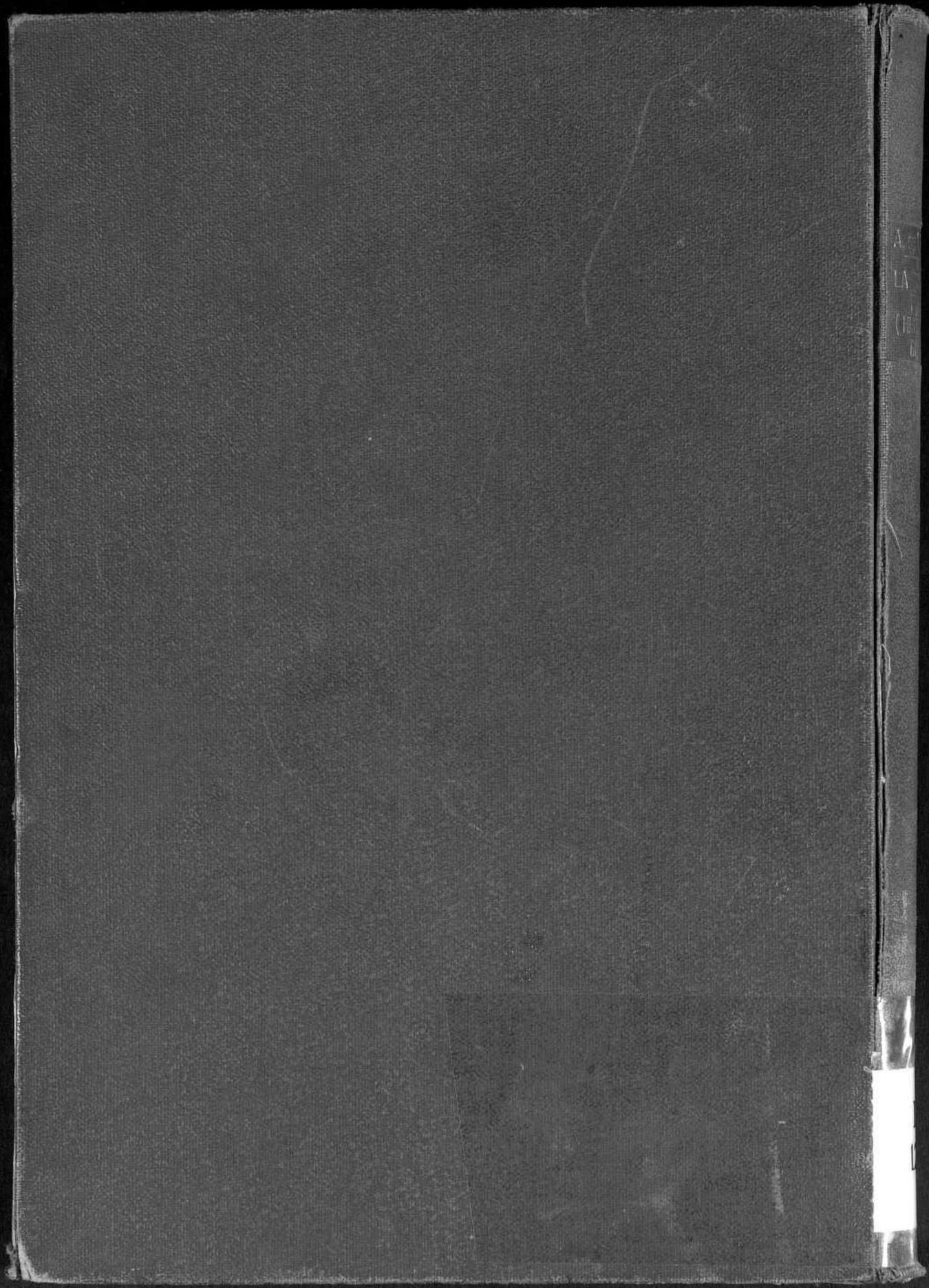
Los insurrectos emprenden la marcha.—Westermann se apodera del mando de la vanguardia.—Disposiciones que adopta.—Sus antecedentes.—Roederer aconseja al rey que se presente a la Asamblea.—El rey resuelve hacerlo.—Partida.—Atraviesa el jardín.—Aspecto de la Asamblea.—Palabras del rey.—Contestación del presidente (Vergniaud).—El rey y su familia en la *tribuna del logógrafo*.—Contestación del pintor David al rey.—Arresto de Suleau y de otros muchos realistas.—Su asesinato.—Confusión general en palacio.—Victoria pasajera de los suizos.—Emoción de la Asamblea.—Los marseleses atacan nuevamente las Tullerías.—Defensa y matanza general de los suizos.—El pueblo saquea el palacio.—Asesinatos.—Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil.—El joven Carlos de Antichamp.—El vizconde de Broves.—Las damas de honor y las criadas de la reina.—Los señores Sallas, Marchais, Diet.—El señor de Clermont-Tonnerre es asesinado.—Westermann en casa de Dantón.

Pág. 341









A. DE LAMARTINE

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA
(HISTORIA DE LOS
GIJORNOS)

D-2
12624